
VIVA LA REPUBLICA
Novela Historic
POR
Vicente Blasc
Ibañez
DERECHOS DEL HOMBRE

VIVA LA REPÚBLICA

Esta novela histórica, aparecida originalmente en forma de novela por entregas, trata la Francia de finales del siglo XVIII, donde los personajes de la trama se mezclarán con Godoy, Danton o Marat, y de aquí los llamados 'afrancesados', y vivirán los momentos fundamentales de la Revolución Francesa.

E autor subtituló esta obra, a diferencia de otras de sus novelas por entregas, como «novela histórica», quizá por su vocación divulgativa y rigor documental; pero hay también en este texto una intensa pasión política, vinculada a las afinidades republicanas del autor valenciano, uno de los más activos y comprometidos en aquellos años.

La sencilla pero lograda prosa de Blasco Ibáñez, que le hizo ser uno de los autores más vendidos a nivel mundial en aquellas décadas, no ha perdido su eficacia, y nos sigue sorprendiendo cuando la comparamos con la de otros autores de novela por entregas de la época.

Retrato de época, historia de aventuras e indagación sobre los orígenes ideológicos del republicanismo español, ¡Viva la Reública! es un antecedente del género que no ha perdido su vigencia.

Colección: CIAN, 5
ISBN: 9788415065050
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: ramón Hortelano, 30/11/2018

La FORJA DE UN ESCRITOR REPUBLICANO

Germán Gullón

Pocos escritores españoles poseen una personalidad humana tan fuerte como la de Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 1867-Mentón, Francia, 1928). Tuvo esa doble cualidad de artista y de hombre de acción, y su vida puede considerarse un ejemplo del más firme individualismo del siglo XIX. No olvidemos que durante el Ochocientos el ser humano fue desarrollando un fuerte sentido del yo, del ego, inducido, entre otras cosas, por las largas miradas de los pintores a la naturaleza donde reflejaban sus humores, los espejos y los lagos románticos, el nacimiento de la fotografía, la psicología de Sigmund Freud, que acabó llevando al modernismo, a la suprema exaltación del yo. Miguel de Unamuno exclamaría yo, yo, yo, en el brocal del pozo de la iglesia salmantina de San Esteban, para que el eco le devolviera duplicados esos yoes; Rubén Darío cantaría a los poetas como si fueran dioses. Pero en aquel tiempo también se desarrollaría un sentido de fraternidad social como nunca antes jamás, debido en gran parte a la influencia de El capital (1867) de Karl Marx. Imagínense además a un niño, Vicente, hijo de padres aragoneses, Ramona y Gaspar, inmigrantes en Valencia, dueños de una modesta tienda de ultramarinos en un barrio popular de la ciudad levantina. El chaval pasaba sus días infantiles en la calle, junto al mercado central, por donde pululaban trabajadores de todo tipo, modestos industriales, zapateros, donde la gente sobrevivía a duras

penas. Fue allí y entonces cuando se forjó el rebelde. Él contaba que tenía memorias de cuando los guardias repelieron a sablazos los disturbios ocasionados por el fin de la Primera República (1873-1874), exagerado quizás, pero, sea anécdota o hecho certificado, dice dónde Blasco Ibáñez buscaba sus raíces. Otro contemporáneo suyo, el francés Emile Zola (1840-1902), tuvo una trayectoria intelectual semejante y, como el valenciano, se dedicó a representar la injusticia social en sus novelas y a combatir las injusticias de su tiempo, siendo el mejor ejemplo la defensa del capitán Alfred Dreyfus, acusado de traición a Francia por ser judío (1894). Su carta abierta enviada a un periódico de París, *J'accuse*, donde denunciaba el desmán, es una pieza política fundamental de la época, una suerte de documento a la WikiLeaks. También unirá a ambos escritores la valentía, la de escritores que serían denominados desde entonces intelectuales, es decir, artistas comprometidos con la justicia social.

Por ello, hay que entender que la forja de un republicano va unida con sus experiencias vitales, de la calle, que encontraban en la masa, en el colectivo humano la gran riqueza de valores que había salvado a España de la miseria en que sus monarcas del siglo XIX la habían sumido una y otra vez. Esa serie de reyes incompetentes, empezando por Femando VII (1784-1833), que traicionó a sus padres y se vendió a los franceses para recuperar el poder, y a quien curiosamente el pueblo se lo devolvió. ¿Y qué hizo el monarca? Nada más volver a España tras su destierro en el país vecino derogó la Constitución Española de 1812, la Pepa, porque rechazaba la parte que decía que la soberanía nacional residía en el pueblo y que la monarquía era constitucional. Fernando VII (18141820; 1823-1833) hizo de este documento de la nación española papel mojado, traicionando así a sus súbditos, que habían dado su vida en las guerras contra Napoleón, desde el 2 de mayo en Madrid (1808) hasta la batalla de Arapiles (1812). Luego ocupó el trono su hija, Isabel II (1843-1868), una reina sin calado intelectual, caprichosa, aburrida, ultraconservador, que sólo veía en las personas su exterior; de ahí su afición al otro sexo. Cuando en 1868 estalla el pueblo (Revolución de Setiembre) y mandan a la reina al exilio, la alegría popular resultó enorme. Sin embargo, los espadones Serrano y Prim, y luego el político Antonio Cánovas de Castillo, impondrán un futuro a la república española que era igual a su pasado, y que conocemos con el nombre de

Restauración (1874-1931). La cual nos arrastrará por el último tercio del siglo XIX y terminará en el 1931 con la llegada de la Segunda República. La impaciencia civil con el privilegio, con los gobiernos no democráticos, inspiraron a Blasco Ibáñez y le llevaron a la acción en diversos campos, el del periodismo, por el que sufrió persecución debido a sus ideas; el de la literatura, del que se valdría para expresar desde las miserias de los desheredados del campo valenciano hasta la explotación social de la iglesia; y el de la política, donde se mostraría como un indomeñable defensor del republicanismo.

Vicente Blasco Ibáñez es uno de esos escritores, como lo sería después Camilo José Cela, que gustaba de la vida, de la buena vida, las mujeres —con Benito Pérez Galdós intercambió sabrosas cartas sobre damas cuyos favores compartían—, y de expresar sus opiniones sin ponerles ningún trapito piadoso encima. Era un hombre impulsivo, aventurero, que enseguida entendió la sociedad en que le tocó vivir, y a quien impresionaba la injusticia del reparto social de la riqueza y del privilegio. Fue, como adelanté, un decidido partidario del sistema de gobierno republicano desde muy joven, inclinación nacida en las calles populares valencianas donde creció.

Sus modestos orígenes no le impidieron hacer estudios de Derecho en la Universidad de Valencia, donde se manifestaron ya sus mencionados intereses: la política, las letras y el periodismo. También se adhirió a la masonería, en 1888, y era conocido en sus filas con el nombre de Danton. Como corresponde a tan singular persona, su vida está llena de cambios, viajes, llegaría hasta Estambul, Italia, Portugal, Francia, Argentina, Chile, Norteamérica, y de novedades e incidentes. Incluso exhibió su bravura en un duelo. Baste pues sumar esta perpetua inquietud a su vitalidad e íntimas creencias políticas para saber que el personaje pertenece a ese tipo de escritores que no separan los procesos racionales de los físicos, como hacen los introvertidos, sino que viven arrebatados el continuo redoble de sus convicciones.

De Valencia marchó a Madrid, el escenario de la política española de su tiempo. Durante esta primera etapa capitalina abandonó toda prudencia y se comportó como un agitador político, atacando con ardor y sin tregua a la monarquía y a la Iglesia. Fue encarcelado varias veces, y tuvo que acabar refugiándose en Francia (1890). Al regreso se instaló en Valencia, contrajo matrimonio con su prima María Blasco de Cacho, con

quien tuvo cuatro hijos. Sus ideales republicanos se vieron afianzados, encarrilados por multitud de lecturas, siendo la más importante la de Francisco Pi y Margall (1824-1901), el político de ideas más avanzadas de su tiempo, y que siempre sería su gran ejemplo. El político catalán pensaba que la república federal era el modelo ideal para nuestro país. Blasco redactaría durante el resto de su vida cientos de artículos para el periódico, *El Pueblo*, que fundó en 1894, justo cuando escribía a enorme velocidad la novela que prologamos, para defender precisamente los principios del republicanismo federal. Esta empresa le traerá multitud de quebraderos de cabeza e incluso prisión por unos meses. El tono de sus artículos en defensa de las clases sociales menos privilegiadas era incendiario en ocasiones, y le acarreó contratiempos mil, el mencionado duelo, una temporada de exilio en Italia, cárcel, etcétera.

Blasco Ibáñez entró en política tras la muerte de Cánovas del Castillo, y cuando estallaba la guerra hispano-americana tras la voladura del Maine en Cuba (1898). Fue elegido diputado republicano por Valencia, y ocuparía un escaño en el congreso de los diputados en diversos partidos de signo republicano entre los años 1898 y 1907. Durante esa década madrileña su actividad política fue menos ardorosa, si bien incesante.

Vicente Blasco Ibáñez es además uno de los grandes novelistas españoles del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, aunque no ha tenido suerte con diversos estudiosos de la literatura. Hay incluso historias de las letras españolas, como la de Donald Shaw[1], que sólo lo incluyen en la nómina de la novela realista-naturalista de pasada. No obstante, sus obras poseen las características más apreciadas por el lector actual, una mezcla de localismo e intriga, que se agregan para conformar lecturas interesantes. Una parte de las mismas, las valencianas o naturalistas, Arroz y tartana (1894), Cañas y barro (1902) y La barraca (1898), constituyen un acercamiento a la realidad española extraordinario. En estos textos se representa el ambiente rural valenciano con enorme fuerza y destreza, que sirve de escenario apto para dejar que las pasiones de los personajes se desencadenen libremente y la acción se desarrolle de un modo muy natural. Son textos vigorosos, con considerable energía creadora, detallismo expresivo, necesario, según las normas del naturalismo, para pintar los entresijos de un ambiente social cargado por las tensiones interpersonales y el choque de intereses entre

los dueños de la tierra y los desheredados.

Tras numerosas obras, varias de ellas dedicadas a contar viajes, aparecieron otras cinco novelas donde reaparece su veta de narrador inconformista. Son las siguientes: La catedral (1903), El intruso (1904), La bodega (1905), La horda (1905), y Sangre y arena (1908). Nosotros las nombramos novelas de tipo naturalista, si bien una buena parte de la crítica las denomina sociales. Sangre y arena, que conoció una versión cinematográfica (1922) con Rodolfo Valentino encabezando el reparto, ofrece un carácter más psicológico que las precedentes. En cualquier caso, advertimos en las cinco la influencia directa de Zola, por el fuerte contenido político, tan característico del autor de Germinal (1885). A partir de este momento, y tras dejar la política activa, su vida da un cambio radical. Marcha a Argentina, donde fundará dos colonias, Cervantes y Nueva Valencia, y pronuncia conferencias en diversos lugares del país. Regresó a Europa al comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914), tomando partido por los aliados.

Entonces se abre otra etapa en su vida, la del hombre de éxito mundial, debido especialmente a la famosa obra Los cuatro jinetes del Apocalipsis (1916). A continuación visitará los Estados Unidos, donde las versiones cinematográficas de varias de sus obras alcanzan éxito mundial. En 1921 se instalará en la Costa Azul; en 1925 murió su mujer, y enseguida contrajo matrimonio con la chilena Elena Ortúzar Bulnes. Aunque cambió su vida, sus últimas obras fueron novelas históricas, donde seguía hostigando a la monarquía, como en Alfonso XIII desenmascarado (1924).

El hecho de que sus novelas carecen de la finura formal propia de la narrativa modernista (Azorín, Unamuno) le restó mérito ante quienes prefieren el arte por el arte y las evoluciones de la imaginación. Nadie, sin embargo, podrá negar que la representación de la realidad social española que encontramos en sus textos resulta única en el panorama novelístico de la centuria del Ochocientos. La grandeza de su narrativa reside, pues, en el poder de sus novelas para transmitir un tema, poblado por seres de ficción con personalidad definida, que viven en los lugares donde habita el hombre, ocupado en llevar vidas dignas, mantener el trabajo, alimentar a su familia, y así. Es literatura, como la de Benito Pérez Galdós, muy humana.

Este genial valenciano contó entre sus grandes amigos a espléndidos

artistas, como Mariano Benlliure, Joaquín Sorolla y Santiago Rusiñol, al periodista de El Imparcial y diputado republicano por Valencia, Rodrigo Soriano, y a escritores de la talla de Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós. Fue querido por su sinceridad y entrega a los amigos, de quienes nunca exigía vasallaje, pues creía en la riqueza aportada al diálogo por las opiniones diferentes.

Si bien ¡Viva la República! (1893) y sus primerizas obras folletinescas de la misma época, La araña negra, Roméu, el guerrillero, El conde Garci-Fernández, Fantasías (leyendas y tradiciones) fueron luego repudiadas por el autor, no dejan de ser importantes para conocer el pensamiento republicano de Vicente Blasco Ibáñez, y pueden ser complementados con el libro Contra la Restauración. Periodismo político, 1895-1904, una selección de sus artículos sobre el tema recopilados en 1978. El folletín ¡Viva la República! lo escribió en su primera etapa de residente en Madrid, cuando vivía en plena agitación ideológica, y trabajaba de secretario para el famoso escritor Manuel Fernández y González, el más fértil folletinista del XIX, que dictaba varias obras a la vez, y cuya influencia, así como la del francés Eugenio Sue (1804-1857), notará el lector en las páginas que siguen.

Al morir fue enterrado en Francia, y el 29 de octubre de 1933, durante la Segunda República Española, los restos mortales del patriota Blasco Ibáñez regresaron a Valencia, donde fueron acogidos en el cementerio civil de esa ciudad.

Germán Gullón (Santander, 1945) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Ámsterdam e investigador en el Ámsterdam Schoolfor Cultural Analysis. Ha publicado numerosos estudios sobre narrativa y poesía españolas, modernas y contemporáneas, caracterizados por su rigor filológico y claridad teórica. Ejerce además como crítico literario en El Cultural del diario El Mundo

PROLOGO

La inquisición de Sevilla

I

El hecho no ha llegado a conocimiento de la historia, pero no por esto es menos cierto que en la tarde del primer jueves del mes de mayo de 1791, el padre Bartolomé Torres, de la orden de dominicos, gran predicador que desde el púlpito ponía en conmoción a toda Sevilla, ilustre teólogo, amigo de todas las personas de algún viso, y el más ardoroso y temible de los inquisidores que formaban el tribunal del Santo Oficio en la ciudad andaluza, estaba de un humor de todos los diablos, circunstancia que no pasó desapercibida a ninguno de los respetables señores que acompañaban al fraile en su diario paseo.

Bueno era el velar por la pureza de la religión y de las tradicionales costumbres, juzgando en el santo tribunal a que pertenecía, pero resultaba algo pesado tener que privarse de asistir en aquella tarde a la tertulia de la marquesa de Medinasol y de saborear sus ricos cangilones de chocolate, para después de la siesta y apenas comenzado el diario y saludable paseo, ir a meterse por unas cuantas horas en el sombrío palacio de la Inquisición y manejar los voluminosos procesos sobre asuntos de fe interrogando a los contados herejes, sobre los cuales, en aquellos pecaminosos tiempos, consentía el poder civil que cayese la garra

inquisitorial.

El reverendo dominico paseó hasta las cinco por la ribera del Guadalquivir con el señor corregidor y dos oidores de la Audiencia, parándose los cuatro ilustres personajes a contemplar las maniobras de un bergantín francés que debía salir aquella misma noche con cargamento de vino; y al fin, obligado por sus ocupaciones, el inquisidor se separó de sus respetables amigos, después de haberse enterado de las últimas noticias, de la salud de sus majestades, de la privanza cada vez más escandalosa de don Manuel Godoy y, sobre todo, de cómo iban las cosas allá por Francia desde la muerte de Mirabeau, que acababa de bajar al sepulcro abrumado por el peso de la gloria y extenuado por los desvaríos del vicio.

Cuando el padre Bartolomé llegó a la santa casa, vio abiertas aquellas puertas, chapadas y claveteadas como las de un castillo, cual si fuesen las ocho de la mañana, hora a que acostumbraba diariamente el tribunal despachar sus asuntos.

Los vecinos parecían extrañados de aquel inusitado aparato y adivinaban que iba a tratar el tribunal algún asunto grave, ya que se reunía en hora extraordinaria.

El padre Bartolomé subió a la cámara de juicios y encontró sentados ya ante la negra mesa y bajo el colosal Cristo cubierto por un fúnebre crespón, a sus dos compañeros de tribunal; el inquisidor general de la provincia, un fraile enjuto, austero y casi imbécil, cuyo cargo codiciaba el recién llegado; y el secretario, otro dominico insignificante, que sólo mostraba cierta distinción consignando las declaraciones del modo que más perjudicase a los procesados.

La cámara de juicios era grande y destartalada, no había en ella más asientos que los sillones del estrado y un banquillo de pino para los acusados, lustroso por el roce de una porción de generaciones de infelices, y a pesar de que por las abiertas rejas entraban los rayos de un hermoso sol y el ambiente estaba impregnado del tibio beso de la primavera, junto al estrado se veía un gran brasero, sin duda porque haciéndose todo en aquella casa conforme a tradicional rutina, no había llegado la fecha marcada para retirar el fuego; y allí continuaba éste, aunque la temperatura obligase a abrir las ventanas.

En todo aquel edificio parecía notarse un aire de vejez y cansancio, como si transparentase el verdadero estado de la institución que

albergaba, la cual, a pesar de la protección de la Monarquía y de la Iglesia, languidecía y agonizaba herida de muerte por el progreso y por el nuevo espíritu de la nación, que era incompatible con los barbarismos inquisitoriales.

—¡Que Dios guarde a vuestras reverencias! —exclamó el padre Bartolomé al entrar en la sala, dirigiéndose a sus compañeros.

—Él oiga a vuestra paternidad —contestó el inquisidor general—. Vuesa merced ha sido más perezoso que nosotros; sin duda le dolía dejar la buena compañía del señor corregidor y demás amigos, que siempre son los primeros en saber las noticias interesantes. ¿Y qué hay de novedades? Hable vuesa merced, pues debe estar bien enterado. ¿Cómo van las cosas de Francia? ¿Aún sigue ese país tan dado a los diablos?

El padre Bartolomé, subiendo al estrado, se había arrellanado en su sillón y oía con gran complacencia estas preguntas, que halagaban su presunción de persona bien enterada.

—¡Oh, la Francia! ¡La Francia! —decía afectando la entonación del hombre que dice verdades de trascendencia—. Allá todo va de mal en peor. La marea revolucionaria sube rápidamente; Luis XVI se ve prisionero en su palacio de las Tullerías y esclavo de una levantisca Asamblea; y para colmo de infortunio, la muerte de Mirabeau ha venido a quitar al pobre monarca las pocas esperanzas que le quedaban de volver las cosas a su primitivo ser y estado.

—Todo eso lo sabíamos ya, padre Bartolomé —dijo el secretario del tribunal—. Lo que deseamos son noticias nuevas, lo último que usted haya oído en el despacho de las gacetas donde se reúnen todos los noveleros de la ciudad. ¿Qué hace nuestro amado rey en vista de lo que ocurre en Francia? ¿Qué piensa su ministro el señor conde de Floridablanca?

—En punto a esto no me faltan tampoco noticias. El conde de Floridablanca se ocupa de que las aduanas registren con la mayor escrupulosidad cuantos objetos lleguen de Francia, para evitar de este modo que entren en España los numerosos impresos que escritos en castellano envían los infernales clubs de París, para propagar en nuestra patria sus diabólicas doctrinas. Las disposiciones del ministro resultan muy acertadas, pues tanto en la frontera como en varios puertos, se han recogido miles de periódicos y de folletos, en los cuales, los malditos jacobinos exponen sus ideas. Aquí mismo, en Sevilla, han sido

decomisados algunos de esos impresos, y el señor corregidor ha tenido la amabilidad de dejarme leer uno, aunque exigiéndome la mayor reserva.

Los dos frailes, al oír estas palabras de su compañero, mostraban en sus ojos la viva curiosidad que los dominaba.

—¿Quieren vuestras paternidades saber lo que decía la hoja revolucionaria? Eran cosas horribles. El periódico llevaba el título de El Amigo del Pueblo, y lo escribe, según me dijo el señor corregidor, un tal Marat, médico loco, que pide, en lo que yo he leído, el exterminio de todos los reyes y el establecimiento de la República.

El secretario abrió la boca como espantado por las últimas palabras, pero el inquisidor general, más franco o menos instruido, no tuvo reparo en preguntar:

—¡La República! ¿Y qué es eso, padre Bartolomé? ¿Qué significa la tal palabreja? Nunca la he hallado en los tratados de teología.

—¡Qué ha de encontrar vuestra paternidad! Eso de la República es una herejía nueva, o más bien dicho, resucitada, pues ya se conoció en otros tiempos; allá entre griegos y romanos. La República es, como si dijéramos, puro salvajismo. Figúrese vuestra paternidad que matan el día de mañana (Dios no lo quiera) a nuestro amado rey el señor don Carlos IV; que echan del reino a su sagrada familia; que acaban para siempre los títulos de nobleza; que suprimen este santo tribunal y quedan los hombres en libertad para decir cuántas herejías se les ocurran; que nos suprimen a los frailes; que un duque es igual a un labrador; que un zapatero puede por el voto de sus conciudadanos llegar a primer magistrado de la nación y que todos, pequeños y grandes, aprenden a leer y a escribir y que se enteran en los libros de una porción de cosas que no les importan; pues eso es la República.

—¡Qué barbaridad! —exclamó escandalizado el inquisidor general —. Parece imposible que en un pueblo cristiano haya gente que crea en tales monstruosidades. Afortunadamente los que desean la República serán pocos en Francia.

—Se engaña vuestra paternidad. El maldito jacobinismo se ha apoderado completamente de los franceses y ascienden ya a millones los enemigos del rey. En cuanto a su audacia diabólica no hay que hablar, pues ya recordarán vuesas mercedes lo ocurrido el mes pasado en Aranjuez, donde el respetable conde de Floridablanca fue herido por el

puñal de un energúmeno que los clubs de París habían enviado contra él.

—Fue el tal atentado un hecho monstruoso —observó el padre secretario—, pero el autor ya recibió su castigo, pues hace dos semanas fue ahorcado en Madrid. ¡Diabólico hereje resultó el tal francés! Murió sin querer recibir los auxilios de la religión, y tan empedernido era, que no consintió declarar quiénes eran sus cómplices, por más que se le dio tormento y se emplearon todos los medios para hacerle cantar.

—Algo tiene que ver ese asunto —dijo el inquisidor general— con el que vamos a tratar esta tarde en sesión extraordinaria. Sepan vuestras paternidades que el buen servicio de Dios y del rey es lo que me ha obligado a convocarles con tanta urgencia. Han llegado órdenes de Madrid para que despachemos prontamente todas las causas de carácter político o religioso que sean de nuestra competencia, pues el Gobierno, para aterrorizar a los malditos jacobinos e impedir la repetición de atentados como el que sufrió el conde de Floridablanca, desea hacer un escarmiento. Además, yo tengo buenos amigos en la corte, que me han hecho saber que en ella se vería con mucho gusto el que adoptásemos medidas enérgicas contra esa propaganda revolucionaria que viene del otro lado de los Pirineos. Así me lo ha dicho mi amigo don Manuel Godoy.

—¡Ah! ¡El protegido de la reina doña María Luisa, que Dios guarde!

—Sí, el mismo. Un joven de grandes prendas y brillante porvenir, a quien Dios ha dotado de una mano de oro para tocar la guitarra, embelesando con esto a nuestra bondadosa reina. Ya sabe vuestra paternidad que con menos condiciones hay quien ha llegado a ministro.

—No dudo que ese joven llegará a gran altura y pronto solicitaré de vuestra paternidad que me recomiende a la benevolencia del señor Godoy.

El padre Bartolomé se había arrellanado en un sillón de cuero, adoptando la actitud del hombre que está dispuesto a resistir un pesado trabajo.

—¿Y qué asunto, padre general, es el que vamos a despachar esta tarde?

—El proceso de Félix Guzmán, ese mozalbete lenguaraz, impío y revolucionario, que tanto escándalo produjo hace poco en las tertulias de Sevilla exponiendo sus ideas endemoniadas. Es un hombre peligroso.

—Ya me figuraba que el tal sujeto sería el reo de esta tarde. Le conozco bien. Su padre es un aventurero, una mala cabeza, que después de servir en el ejército, se fue a Francia, donde en la actualidad creo que es teniente coronel y alborota mucho en el club de los jacobinos, siempre unido a ese infernal Marat, de quien es grande amigote. No ha sacado mal hijo: de tal palo tal astilla. Además, dicho mocito tiene aquí a su tío el marqués de Tilly, el cual, si no es un revolucionario y un hereje, resulta tan revoltoso como su hermano y su sobrino y aprovecha todos los motines que ocurren en la ciudad para dar libre expansión a su genio levantisco y amigo de agitaciones.

—Eso es, padre Bartolomé: conoce vuesa merced al tal sujeto. El joven Félix Guzmán perdió a su madre siendo muy niño, y privado de su padre, que abandonó España hace ya unos ocho años, se ha criado en Granada, al lado de su abuela, y cuando hace medio año lo arrojaron de la Universidad por las doctrinas ateas y disolventes que iba propagando entre sus compañeros, vino a Sevilla a vivir a la sombra de su tío el revoltoso marqués. Los padres inquisidores de Granada le tuvieron alguna consideración en vista de su juventud y de que el escándalo no fue grande, pero aquí ya sabe vuestra paternidad el descaro con que ha procedido y que ha hecho necesaria la intervención de nuestra bondadosa autoridad. Hace ya dos semanas que le tenemos en los calabozos de abajo. Si quiere vuestra paternidad hojear los autos, aquí los tiene.

Y al decir esto, el inquisidor general golpeaba con su huesuda mano un abultado cuaderno que tenía sobre la mesa.

—No es necesario, conozco el proceso —contestó el padre Bartolomé—. He seguido paso a paso todas las diligencias; he oído a todos los testigos que secretamente vinieron a declarar contra él y sé por los mismos que le escuchó, lo que ese muchacho, en tertulias dignas del mayor respeto, ha dicho contra la religión y contra el rey. Además he examinado los libros y papeles que se encontraron en su casa y cuyo texto no puede ser más horrendo y espeluznante. Son, impresos que contaminan de pecado y que deben ir al fuego tan pronto como termine esta causa.

—Perfectamente: veo que vuestra paternidad conoce bien el proceso, y, por lo tanto, procederemos inmediatamente al examen de Guzmán.

—Una palabra, padre general —interrumpió el secretario con marcada inquietud—. ¿No habíamos quedado hace un rato en que antes

de examinar a ese hereje tomaríamos el chocolate? Con un loco así, el interrogatorio puede prolongarse mucho, y no es justo que sacrifiquemos nuestros estómagos por un pecador tan despreciable.

Los dos frailes aprobaron, moviendo sus cabezas y sonriendo placenteramente. Sonó la campanilla del inquisidor general; acudió un criado, y momentos después, una bandeja de plata con tres humeantes y soberbias tazas, un cestillo de bizcochos y grandes vasos de agua azucarada, descansó sobre la mesa del tribunal.

Los hocicos de los tres inquisidores parecían prolongarse con las excitantes emanaciones del oloroso Caracas.

Reinó el mismo silencio que si estuvieran desempeñando una función sublime, y cuando ya había quedado reducido a la mitad el contenido de los tazones, volvió a entablarse la conversación.

—Ahora mismo subirán al preso —dijo el inquisidor general—. Hay que prepararse a oír monstruosidades, pues ese jovenzuelo tiene el demonio en el cuerpo y con la mayor desfachatez, sin importarle gran cosa los peligros a que se expone, habla en favor de los enemigos de los reyes y alaba a esos filósofos que escriben contra nuestra santa madre la Iglesia.

—¿Y a qué le parece vuestra paternidad que le condenemos? —preguntó el padre Bartolomé con indiferencia.

—Si se arrepiente de sus errores y jura ser buen católico y adicto a los reyes, seremos misericordiosos con él. Le enviaremos a presidio por toda su vida, no sin antes darle doscientos azotes y hacer que el próximo domingo, vestido de penitente, con una cuerda al cuello, un cirio en la mano y descalzo, oiga la misa mayor en la catedral. Esto sería un edificante espectáculo, capaz de enternecer a las gentes.

—¿Y si persiste en sus errores? Piense vuestra reverencia que esto es lo más probable: conozco bien a ese mozuelo.

—Pues entonces lo ahorcaremos. Es lo más sencillo.

Y los tres frailes siguieron engullendo su chocolate con la misma tranquilidad que si hablasen de cosas insignificantes.

El padre Bartolomé era el único que parecía algo preocupado, y al fin manifestó la idea que le obsesionaba.

—Hace cincuenta años hubiéramos podido quemar a ese muchacho en cualquier plaza de Sevilla, dando con esto un día de fiesta a la

población. Es una indignidad que las costumbres pecadoras que se van arraigando en España nos obliguen a ahorcar a nuestros reos y no nos permitan enviarlos a la hoguera, como en otros felices tiempos.

II

Félix Guzmán fue sacado de la mazmorra que ocupaba hacía ya quince días, y andando con la lentitud propia de quien tiene entumecidas las piernas por la humedad y la inercia que se sufre en un estrecho y profundo calabozo, atravesó las subterráneas galerías, rozando las puertas de otros compartimientos tan oscuros y miserables como el suyo y dentro de los cuales no sonaba ruido alguno.

Aquellas frías mortajas de piedra, que en otro tiempo habían guardado a tantos infelices, estaban ahora deshabitadas en su mayor parte. La Inquisición a fines del pasado siglo iba ya de capa caída. Parecía avergonzada, en el seno de una sociedad que aunque muy lentamente iba emancipándose; no se atrevía a ejercer una vigilancia tan continua e irritante como en anteriores siglos, y sólo de tarde en tarde daba señales de existencia, animando su furia con un estremecimiento galvánico y cargando sobre los apóstoles que la regeneración social iniciada en Francia encontraba en nuestra patria.

El joven prisionero, en su marcha por aquel subterráneo, iba precedido por un carcelero que llevaba un gran farol, cuya macilenta luz apenas si lograba disipar la densa sombra del camino. Dos viejos con rostros de facinerosos y más aire de contrabandistas que de ayudantes del Santo Oficio, cerraban la marcha llevando al brazo sus antiguas escopetas, que indudablemente les habían prestado muy buenos servicios en empresas menos religiosas.

El prisionero andaba con dificultad al salir de su calabozo y se apoyaba en el brazo de otro esbirro de cara hosca, que manifestando exagerada repugnancia le había ofrecido su auxilio.

El ruido del manojo de llaves del que marchaba delante, y los pasos de los cinco hombres, eran lo único que turbaba el fúnebre silencio de aquel camino subterráneo.

Por una escalera empinada, de húmedos y resbaladizos peldaños, salieron al gran patio del edificio, y el infeliz prisionero, al hallarse allí, no pudo evitar el dirigir una mirada codiciosa al portón entreabierto que le mostraba la desierta calle; o lo que es lo mismo, la libertad anhelada.

Si el joven hubiera sentido mayor vigor en las piernas, es posible que obedeciendo a su instinto hubiese intentado fugarse, a pesar de las dos escopetas que tenía a su espalda y de aquel brazo robusto y rígido que le oprimía al prestarle apoyo.

La comitiva volvía su espalda al portón y comenzaba a subir la gran escalera que conducía a la cámara de los juicios, cuando en el oído del prisionero sonó una voz débil y amortiguada.

Era el esbirro en quien se apoyaba el que le dirigía la palabra, fingiendo una indiferencia completa y sin mover apenas los labios.

—Don Félix: miradme sin que esta gente se aperciba.

El joven miró a su acompañante con el rabillo del ojo y vio que el esbirro inquisitorial se llevaba la mano al pecho, trazando sobre éste un misterioso signo.

Guzmán se estremeció con la sorpresa que le causaba encontrar un amigo en aquel carcelero hosco e intratable, que extremaba sus modales groseros para no hacerse sospechoso de complicidad.

—Animo, don Félix; no estáis solo —continuó el esbirro hablando con las mismas precauciones—. Los hermanos no os abandonan, y hoy mismo, antes que cierre la noche, quedaréis en salvo. Hay en el río un bergantín francés, fletado por nuestro poderoso hermano el conde de Aranda, y que sólo espera vuestra llegada a bordo para levar el ancla. Pero… ¡por Dios!, don Félix. Tened más serenidad; no os mostréis tan conmovido, pues esta gente que nos sigue puede apercibirse de lo que hablamos.

Guzmán estaba emocionado. Siempre había creído tener gran dominio sobre sus impresiones, pero después de quince días de encierro, sin la menor esperanza de libertad, aquella salvación que se le ofrecía repentinamente, daba al traste con toda su calma.

—Cuando salgáis de la cámara de juicios —continuó el carcelero con su voz tenue, que se deslizaba como un suspiro en la oreja del joven, los hermanos de vuestra logia estarán apostados en el portón, que ya cuidaré yo de conservar abierto. Serán diez o doce, pues el resto estará apostado

en las calles inmediatas, hasta el embarcadero del río, para protegeros en la fuga. Vuestro tío el señor marqués de Tilly estará también entre los que nos acometerán cuando volvamos a conduciros al calabozo. Para que empiece la lucha y quedéis libre, basta que al atravesar el patio a nuestra vuelta hagáis la señal consabida.

—¿Qué señal? —preguntó el joven con voz tan queda como la de aquel misterioso auxiliar.

—La de nuestra orden; la que hacen todos nuestros hermanos cuando se ven en un peligro. Cruzaréis las manos sobre vuestra cabeza, y así que gritéis «¡A mí los hijos de la viuda!», los amigos, pasando el portón, se precipitarán sobre nosotros, y si intentan resistirse estos dos vetustos matachines que llevamos de escolta, peor para ellos. Esta noche, si la voluntad de Dios no tuerce nuestros planes, tengo la seguridad de que dormiréis descansadamente a bordo del bergantín francés, cuyo capitán es también hermano nuestro.

Aquel plan resultaba tan hermoso y sorprendente para un hombre que momentos antes se creía olvidado del mundo y gemía en un profundo calabozo, que Guzmán no pudo evitar cierto sentimiento de extrañeza y miró a su acompañante con desconfianza.

—Adivino lo que vuestra merced piensa —se apresuró a decir el fingido esbirro—. Dudáis de mi veracidad y teméis que todo esto no pase de ser una celada para empeorar vuestra situación. Realmente resulta muy extraño el encontrar un adorador de la luz en este antro de oscuridad. Reconozco que no es el mejor puesto para un francmasón el estar al servicio del Santo Tribunal, pero el hombre debe sacrificarse y permanecer allí donde pueda prestar servicios a sus hermanos. Miradme bien y os convenceréis de que no miento.

Y aquel misterioso protector, siempre distraído y afectando indiferencia, volvió a hacer sobre su pecho ciertas señas, que acabaron de tranquilizar a Guzmán.

La tétrica comitiva había ya subido la escalera de piedra; y después de atravesar algunas vastas habitaciones, se detuvo junto a la puerta de la cámara de juicios, que estaba cerrada por dos cortinajes negros, en los que campeaba la verde cruz del Santo Oficio.

Allí habló el protector esbirro por última vez, aprovechando el momento en que el llavero entraba en la cámara y los dos viejos

matamoros se sentaban en un banquillo con las escopetas entre las rodillas.

—Valor, don Félix —dijo al oído del joven—. Pensad en lo que jurasteis en sitio más sagrado que éste y no os dejéis intimidar por esos fanáticos sanguinarios que están ahí dentro.

Guzmán hizo un gesto que daba a entender la tranquilidad de su ánimo.

—Sobre todo —continuó el esbirro—, no vaciléis al atravesar el patio y dad inmediatamente la señal de auxilio con voz que se oiga desde la calle. No quiero ocultaros la situación; sois un hombre fuerte y debéis saberlo todo. Esos dos miserables que están ahí, llevan amartilladas sus escopetas, y como es gente avezada al crimen, es posible que al veros huir, en vez de defenderse de nuestros hermanos, cuiden más de apuntaros con el deseo de introduciros una bala en el cuerpo. Pero no hay que olvidar que esto es preferible a que los frailes que están ahí dentro se den el gusto de ahorcar a vuestra merced con todo el irritante ceremonial que ellos guardan para los que llaman impíos.

Guzmán dio a entender con un gesto que estaba conforme con estas palabras, e iba ya a hablar, cuando el llavero levantó un extremo de los negros cortinajes, gritando con voz ronca:

—¡Que pase el preso!

III

Daba luz a la cámara de los juicios una gigantesca reja despojada de vidrieras y por la cual entraba en aquel instante el rojizo sol de la tarde, trazando sobre el suelo una cuadrada mancha de oro, cruzada por las líneas de sombra que formaban los hierros del enrejado.

El banquillo de los infelices que comparecían ante el tribunal estaba en este espacio iluminado, y Guzmán, al acercarse a él, quedó envuelto en aquella ancha faja de luz, en la que pululaban, movedizas e impalpables, un infinito tropel de irisadas moléculas.

El rápido tránsito de la penumbra a la luz cegó momentáneamente a

Guzmán, que sólo logró adivinar vagamente en la sombra del estrado al colosal crucifijo con su horripilante contracción de dolor y a los tres silenciosos frailes.

Estos, inmóviles en sus asientos, contemplaban atentamente al terrible hereje que había caído entre sus manos.

Parecíales imposible a los tres padres inquisidores que el diablo pudiera tomar una forma tan agradable y simpática, pues Guzmán ejercía cierta atracción, con su aspecto modesto y sencillo, no exento de noble altivez.

Tenía veintiún años; su estatura era elevada; sus facciones correctas estaban realzadas por la palidez demacrada propia de quien acaba de sufrir un penoso encierro, y en su frente prominente y hermosa marcábase esa arruga vertical propia de los hombres tenaces que se hallan habituados a reflexiones profundas. Por sus ojos de joven, que miraban fija y francamente, pasaba a menudo el centelleo del entusiasmo, y en su boca fresca y hermosa como la de una mujer, vagaba una sonrisa seductora, propia del hombre que desea agradar, pero pronta a tornarse amarga y sarcástica, así que en su pensamiento comenzara a surgir la indignación.

Iba elegantemente vestido, pero toda su persona denotaba la miseria y el desarreglo del que ha estado encerrado por algún tiempo en un oscuro e infecto calabozo.

Sus cabellos, elegantemente echados atrás y atados con una cinta, sólo conservaban en algunas partes cierto vestigio de los polvos blancos, todavía en moda; y su casaca y su chupa estaban arrugadas, así como los calzones y las medias aparecían asquerosamente manchados por la humedad.

El joven, más habituado ya a la luz del salón, lanzó una mirada escudriñadora al silencioso tribunal, y con naturalidad, sin demostrar insolencia, dejó el sombrero que llevaba debajo del brazo, en un extremo del banquillo y sentose sin esperar la venia de los que iban a ser jueces.

Estos permanecieron silenciosos como si no supieran cómo empezar, y al fin, el padre Bartolomé, que por su fama de gran teólogo era siempre el que llevaba la principal parte en todos los juicios, inició el interrogatorio.

—Conteste el reo Félix Guzmán a cuantas palabras va a dirigirle este

tribunal.

—Ante todo, señores —dijo el joven sonriendo con ironía—, deben fijarse vuestras mercedes en que yo podré ser reo cuando se haya probado mi culpabilidad en aquello de que se me acuse; pero mientras tanto no ocurra esto, sólo seré un procesado.

—¡Cállese el reo! —exclamó el fraile fiscal con expresión iracunda —. Aquí se viene a contestar, y no a dar lecciones a la Santa Inquisición. Seréis reo o lo que quiera este sagrado tribunal, y cuidado con decir insolencias, pues de lo contrario, os pondremos una mordaza.

Y acompañó estas palabras con un vigoroso puñetazo, que hizo bailotear sobre la mesa los vacíos tazones de chocolate; pero Guzmán no se intimidó, y repuso sonriendo:

—Si me ponéis una mordaza, no podré contestaros; esto es sencillo.

El padre Bartolomé se apercibió que a pesar de toda su teología había dicho una simpleza, y procuró serenarse.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo mirando al joven con torvos ojos —; os conviene no excitar la cólera de este tribunal, y no dar gusto a ese diablo de impiedad que Neváis en el cuerpo. Contestad a todas nuestras preguntas.

—Antes de responder una sola palabra —repuso Guzmán— necesito saber de qué se me acusa. Todo aquel que comparece ante un tribunal, tiene derecho a esto.

—Aquí no entendemos de tales derechos, y andáis equivocado si creéis que vais a desorientarnos con todas esas ideotas que habéis adquirido leyendo libros heréticos. El santo tribunal no da explicaciones a los que juzga. Pregunta, escucha las contestaciones, y como Dios le ilumina, no necesita de más para sentenciar justamente.

—Pues aunque Dios os inspire, señores inquisidores, no responderé mientras no se me diga de qué se me acusa.

El presidente, que permanecía inmóvil, con la gravedad propia de una estupidez sesuda, creyó del caso intervenir para que continuase el interrogatorio, y dijo al joven con toda la amabilidad de que era susceptible su austero fanatismo:

—Ya que os negáis a contestar mientras no digamos de qué se os acusa, el santo tribunal se mostrará bondadoso una vez más. Sabed que vamos a juzgaros como impío, hereje y enemigo de Dios y del rey.

Habéis propalado con gran publicidad vuestras infernales ideas, y esto es lo que empeora vuestra causa.

—Preguntad ahora, señores, que yo me defenderé.

El teólogo acusador volvió su sillón de frente al procesado, apoyó su calva cabeza en una de sus manos, adoptando una actitud de imponente meditación, y comenzó el interrogatorio.

—Al practicar un registro en vuestro alojamiento, se han encontrado varios libros que leíais con asiduidad.

—No creo que la Inquisición considere pecado mortal el afán de instruirse, propio de todo hombre civilizado.

—Pues lo es, joven desgraciado; es gravísimo pecado el leer sin permiso de la Santa Madre Iglesia los libros que la infalible sabiduría eclesiástica ha marcado con el sello de prohibición. Leíais a Voltaire: ¿os atreveréis a negarlo?

—Voltaire —respondió el joven con reposado acento— es el primer escritor de Francia; el hombre insigne que ha rasgado todo el tejido de embustes fabricado en épocas supersticiosas y bárbaras; el más firme campeón de la verdad y del buen sentido; el que valerosamente se atrevió a desenmascarar a los falsarios que hace siglos explotan a la humanidad.

El padre Bartolomé agitábase nervioso en su asiento al escuchar tales palabras, y no pudiendo contener la indignación que sentía, interrumpió al joven.

—Voltaire es un hijo de Satanás, un ignorante que sólo ha sabido decir sandeces contra la Iglesia para que rieran los necios. Sus obras son suficientes para llevar a la hoguera a cualquier hombre.

—¿Las habéis leído? —preguntó con marcada ironía el joven Guzmán.

—¡Líbreme Dios de ello! —exclamó escandalizado el inquisidor—. Si hubiese paseado mis ojos por una sola de sus páginas, me consideraría indigno de ocupar mi puesto en este sagrado tribunal. Los hombres que desean no incurrir en pecado y salvar su alma, leen poco.

—¿Y cómo podéis juzgar con tanta seguridad a un autor que no habéis leído? —preguntó el joven acentuando su expresión irónica.

—La Santa Madre Iglesia ha juzgado por mí, y esto me basta para creer lo que ella cree, y decir que los libros de Voltaire son propios de gente perdida, y que únicamente se leen en los tenebrosos antros donde

se conspira contra Dios y el orden social. Padre secretario —continuó dirigiéndose a su compañero que ocupaba el otro extremo de la mesa—, con la venia del padre presidente, ruego a vuesa merced que haga constar bien claramente en la declaración que don Félix Guzmán confiesa haber leído a Voltaire, y asimismo, que tiene a dicho impío como uno de los más notables sabios del siglo.

Reinó un breve silencio, interrumpido solamente por el crujir de la barbada pluma del secretario al correr sobre el áspero papel del proceso. El padre Bartolomé, con los ojos entornados y la frente sobre una mano, parecía coordinar sus recuerdos, y al fin dijo levantando la cabeza:

—Continuemos el interrogatorio. Se ha encontrado en vuestra casa el libro del barón de Holbac, ese autor impío que… ¡Dios mío!, ¿me atreveré a decirlo? que tiene la audacia diabólica de colocar a Jesús, el Hijo de Dios, al mismo nivel que Moisés y Mahoma. ¿Negaréis que leíais ese libro?

—Yo no niego mis actos —respondió Guzmán con altivez—. He leído muchas veces con gusto ese libro, que es una imitación de la fabulosa obra De Tribus Impostoribus, que tanto ruido produjo en la Edad Media, y me ha parecido siempre un notable estudio histórico, tan exacto como desapasionado. Jesús no fue más que un hombre sublime, un propagandista de la más sana moral, y sus actos y su vida resultan más grandes proviniendo de un ser humano igual a nosotros, que si realmente fuesen de un Hijo de Dios.

Estas audaces palabras produjeron un efecto inmenso en el tribunal. El secretario, cesando de escribir, levantó sus ojos asombrado; el padre Bartolomé alzaba las manos con expresión indignada, y el inquisidor general, incorporándose en su asiento, avanzaba su huesudo rostro, lanzando furibundas miradas, al mismo tiempo que decía con voz fúnebre:

—Cállese el impío; cese de decir blasfemias, o de lo contrario le pondremos una mordaza.

El escándalo del tribunal duró algunos minutos, no alterándose por esto la impasible serenidad del joven procesado.

Esta audacia firme e inquebrantable de Guzmán indignaba aún más a los jueces que sus heréticas palabras.

Si la torre de la Giralda, rompiendo a andar, se hubiese presentado a

las puertas de la casa del Santo Oficio, esta aparición no les hubiese producido a los inquisidores tanta extrañeza como la presencia de un procesado que no se atemorizaba ante sus gestos imponentes y tenía aún atrevimiento para hacer alarde de unas creencias que a tanta gente habían conducido a la hoguera.

Estaban acostumbrados a ver en aquellos banquillos procesados trémulos y balbuceantes que negaban todos sus actos anteriores y mostraban empeño en ser tenidos como respetuosos con la Iglesia, y por esto la serenidad enérgica y firme de Guzmán atolondraba a los jueces como un prodigio inexplicable.

Cuando se restableció en el tribunal una relativa calma, el padre Bartolomé continuó su interrogatorio.

A las preguntas sobre los libros que se habían encontrado en su casa, contestaba Guzmán con claridad y energía. Sí; suyos eran cuantos impresos obraban en poder de la Inquisición, y todo lo había leído, lo mismo El espíritu de las leyes, de Montesquieu; El contrato social y el Emilio, de Rousseau, y los numerosos tomos de la Enciclopedia, que todos aquellos periódicos y folletos entre los cuales figuraban El amigo del pueblo, de Marat, y el Discurso del reverbero a los parisienses, del satírico y mordaz Camilo Desmoulins.

Guzmán no sólo afirmaba que era partidario de cuanto se sostenía en las citadas obras, sino que intentó exponer por su cuenta dichas doctrinas ante el reaccionario tribunal; pero inmediatamente se alarmaron los tres frailes, y el padre presidente, que no tenía grandes deseos de saber cosas nuevas que pusieran en conmoción su característica estupidez, exclamó con expresión entre iracunda y angustiosa:

—No; no habléis: callad por Dios, pues de lo contrario el cielo, indignado por tantas blasfemias, arrojará aquí uno de sus rayos. No deis gusto a ese diablo de impiedad que lleváis en el cuerpo y que os hace decir tantas herejías y limitaos a responder a lo que os pregunte el padre acusador.

Continuó el interrogatorio con gran satisfacción del padre Bartolomé, que era el que menos se asombraba de las palabras del joven.

—Desde que llegasteis a Sevilla fuisteis presentado por vuestro tío, el marqués de Tilly, en la tertulia de varias familias nobles y respetables, a las que habéis escandalizado con vuestras extrañas ideas. En una de

dichas reuniones habéis hablado mal de los reyes.

—Sí —dijo Guzmán con naturalidad—. Creo recordar que en cierta parte, habiéndome preguntado lo que pensaba sobre Francia, dije que pronto se cumpliría la gran justicia histórica, acabando para siempre los reyes y comenzando la época de los pueblos libres.

—Dijisteis más, recordadlo bien.

—No niego que iría más allá en la conversación, aunque no me acuerdo ahora de cuáles fueron mis palabras. Pero diciéndoos lo que pienso, comprenderéis todo lo que yo pude expresar en aquella reunión. Yo soy de los que creen que la historia de los reyes está escrita con la sangre y las lágrimas de los pueblos, y que si es que en el mundo existe la justicia, los verdugos coronados deben desaparecer.

Tan asombrosa resultó esta declaración para el tribunal, que el presidente, mirando al secretario, apoyó el dedo índice en su cabeza, como indicando que el procesado estaba loco. Pero el padre Bartolomé, a quien alteraba la bilis la serenidad del joven y la superioridad intelectual que parecía tener sobre él, sentía deseos de discutir, y creyendo poseer un argumento irrebatible, cesó en el interrogatorio y le dijo con expresión victoriosa:

—Os engañáis al suponer que los reyes son verdugos, y esta es una de las falsas y nocivas enseñanzas que habéis adquirido en vuestros heréticos libros. Los pueblos son verdaderos rebaños y los monarcas sus pastores, que les guían por el buen camino. ¿Qué sería de un rebaño sin pastor?

—Esto es cuestión de apreciación —contestó Guzmán sonriendo—. Esos rebaños de que habláis tienen a un rey por guía; pero el tal guía es siempre un lobo que, en vez de velar por la conservación de sus ovejas, se entretiene en devorarlas.

El padre Bartolomé, cruzando sus manos, elevó al cielo una mirada de indignación.

—¡Un lobo nuestro muy amado rey el señor Don Carlos IV! ¡Llamar así a un monarca que es modelo de bondad y de pureza de costumbres!

—No —exclamó con energía Guzmán—. Ese hombre es algo peor que una fiera; es un imbécil que deja que su pueblo marche por derroteros de perdición y que se hunda en la ignorancia más grosera, mientras el resto de Europa despierta a la luz del progreso. Ese hombre a

quien vosotros reverenciáis casi como a representante de Dios, carece de dignidad y sufre afrentas que no consentiría el último jornalero. Su vivienda es un foco de corrupción, y vosotros, sacerdotes encargados de velar por la moralidad, cerráis los ojos voluntariamente para no ver la deshonra de vuestro rey y los furores vergonzosos de vuestra reina, bestia lujuriosa que rueda de los brazos del Primer Ministro hasta los del último soldado de su guardia, y que llega a convertir en alcoba los bancos de sus jardines. ¡La monarquía!… ¡Hermosa institución! A ella sola debe culparse de la vergonzosa decadencia de esta España, que en otro tiempo fue la primera nación del mundo; y ella únicamente, sacando un Godoy de la sombra, puede realizar el vergonzoso milagro de convertir en árbitro de los destinos de un pueblo a un guardia de Corps, cuya ciencia y cuyos méritos consisten únicamente en pasar noches enteras sin rendirse al lado de una insaciable reina.

El presidente intervino otra vez.

—Basta, basta. No habléis más de ese modo, o me veré obligado a poneros una mordaza. Bien se ve, cuando tales calumnias lanzáis sobre nuestros reyes, que sois de los locos que desean esa extravagancia llamada República.

—Sí; soy republicano. Pertenezco, aunque humilde e ignorante, a esa clase de locos que anuncian utopías que al día siguiente son realidades. Sé que para vosotros resulto peligroso en la actualidad, pero también sé que si hubieseis vivido en los tiempos de Jesús, no hubieseis estado entre los pocos que seguían al innovador; vuestro puesto hubiera sido entre la inmensa mayoría que escarnecía y abofeteaba al hombre de la revolución moral. Sois topos que protestáis ante el menor rayo de luz, y por esto sentís un furor sin límites ante la República, esa sublime locura que acaba con los privilegios, que considerando a todos los hombres iguales, les hace abrazarse como hermanos, y que reconociendo su libertad, les da derecho a gobernarse por sí mismos.

El inquisidor general, inmóvil en su asiento, no parecía comprender gran cosa estas palabras, y únicamente el fiscal habló al terminar Guzmán, para decir al secretario con una sonrisa que daba miedo:

—Tened buen cuidado, reverendo padre, de consignar en los autos que el procesado es republicano, que ha insultado a nuestros reyes y en particular ha mancillado la honra de nuestra virtuosa soberana la señora doña María Luisa, suponiendo vergonzosas relaciones entre ella y Godoy,

y que ha tenido la soberbia satánica de compararse con Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Oh! No hay cuidado, padre Bartolomé —contestó el secretario con sonrisa de hurón—. Tengo buen oído y no se me escapa nada de lo que dice ese mozo. Aquí está —añadió en voz baja golpeando sus papeles—; aquí está todo cuanto ha dicho, mejorado en tercio y quinto. Hay en estos autos materia de sobra para fabricarle una buena soga.

Guzmán, después de aquella profesión de fe que acababa de hacer, se había sentado en el banquillo y esperaba impasible que continuase el interrogatorio.

El sol había desaparecido ya, y por entre los barrotes de la gran reja sólo entraba la tibia claridad de un hermoso crepúsculo.

—Vamos ahora al último punto del interrogatorio —dijo el padre Bartolomé—; os ruego, procesado, que contestéis con la misma franqueza que a las anteriores preguntas, pues así que notemos que faltáis a la verdad, nos veremos obligados, con gran pesar nuestro, a conduciros a la cámara de los tormentos.

—Preguntad cuanto queráis. Hace tiempo que juré ser irreconciliable enemigo de la mentira, y tengo valor para sostener mis creencias, aun enfrente de los mayores suplicios y de la misma muerte.

El padre acusador clavó su mirada famélica en su víctima, y con la expresión del que da el golpe decisivo, lanzó esta pregunta, que hacía tiempo tenía preparada:

—¿Pertenecéis a alguna sociedad secreta? ¿Sois francmasón? No intentéis faltar a la verdad, pues este tribunal tiene datos seguros para apreciar la certeza de vuestra respuesta.

Guzmán esperaba dicha pregunta y por esto sonrió al escuchar al fraile.

—Difícil es contestar a lo que preguntáis. En las sociedades secretas, según tengo yo entendido, se jura el ocultar siempre la pertenencia a ellas, y por lo tanto, aunque yo fuera francmasón, me sería imposible contestar a vuestra pregunta.

—¿Pero lo sois o no? —exclamó con impaciencia el terrible fraile.

—No tengo por costumbre contestar a preguntas impertinentes.

Y la desdeñosa y digna entonación con que el joven dijo estas palabras, exasperó de tal modo al padre Bartolomé, que le hizo

incorporarse en su sillón y exclamar con voz estentórea, acompañada de ademanes iracundos:

—Hacéis bien en negar que pertenecéis a esa sociedad vergonzosa e infernal. No se puede decir con la frente levantada y la conciencia tranquila, que se pertenece a la masonería, esa asociación de asesinos que tiene por emblema el puñal y que en sus inmundas reuniones llega hasta la horripilante locura de escupir a Dios. Negad, negad que sois masón. Esto, al menos, demuestra que aún os tenéis por persona honrada y que todavía queda en vuestra memoria un débil recuerdo de las enseñanzas religiosas que os dieron siendo niño. ¡Os compadezco, infeliz joven! Triste cosa es verse obligado a negar que se pertenece a una familia, por miedo a ser considerado como asesino y ladrón.

Guzmán, con nervioso impulso, había abandonado el banquillo, poniéndose en pie, y avanzó algunos pasos con el rostro pálido por el furor que le producían aquellas palabras, cada una de las cuales le causaba el efecto de un latigazo.

—Pues bien, fraile calumniador —gritó con voz trémula por la indignación—. No pretendo negar nada; no tengo por qué ocultar que soy masón; y miradme bien, señores inquisidores; esta declaración no hace asomar el rubor a mi rostro, ni conmueve en lo más mínimo mi conciencia. Mentís, mentís villanamente, cuando afirmáis con tanto cinismo que la asociación a que pertenezco y de la que me considero hijo es una colectividad de asesinos y de malvados. ¿Sabéis lo que es la francmasonería? Es la familia universal de los hombres libres; es el sublime concierto de los ciudadanos de todas las naciones que, olvidando odios de raza y preocupaciones absurdas, se agrupan en fraternal falange para hacer el bien, ser la vanguardia del progreso y sacar a los pueblos de la vil ignorancia en que viven.

Las palabras de Guzmán causaban ahora en el tribunal un efecto contrario.

El padre Bartolomé movía la cabeza con grotesca expresión de escándalo, el secretario se pasaba las barbas de la pluma por la boca para ocultar la risa que conmovía su abultado vientre, y el inquisidor general murmuraba mirando a sus compañeros:

—¡Está loco! ¡Decididamente está loco!

—Sí, padre presidente. Locos debemos ser todos los masones, cuando

sin reparar en peligros nos imponemos como única misión el remediar los inmensos males que en el mundo producís vosotros, los que pertenecéis a las órdenes religiosas.

Este ataque hizo cesar la Maridad del tribunal, y restableció la situación tal como estaba momentos antes.

El padre Bartolomé recobró su actitud amenazante, y mirando al secretario hizo un gesto, que este comprendió inmediatamente.

—Todo está consignado, padre acusador. Acabo de hacer constar en el proceso que el republicano don Félix Guzmán confiesa pertenecer a la francmasonería, y que además ha insultado a la religión católica en la persona de nosotros, que somos aquí sus representantes.

—Perfectamente —dijo entonces el padre Bartolomé dirigiéndose al inquisidor general—. Doy por terminado mi interrogatorio, y para que vuestra paternidad pueda sentenciar con estricta justicia, acuso solemnemente al don Félix Guzmán, aquí presente, de enemigo declarado de Dios, de los reyes y de todo orden social; de partidario apasionado de esa diabólica filosofía prohibida por la Iglesia y que tanto daño nos causa; de amigo de los jacobinos de París que conspiran contra la tranquilidad de nuestra nación; y al mismo tiempo, lo considero como poseído del demonio del escándalo, el cual le obliga a blasfemar contra las órdenes religiosas y nuestros muy amados monarcas, a los que hace víctima de sus asquerosas suposiciones. Por todos estos delitos, pido con arreglo a las prácticas de nuestro Santo Tribunal, que a don Félix Guzmán lo entreguen al brazo secular, para que vestido con una coroza y un sambenito que lleven pintados los diablos y demás seres inmundos que anidan en su conciencia, sea quemado en un día de fiesta para mayor edificación de los piadosos católicos de Sevilla; y si esto no fuera posible porque el Gobierno de Su Majestad usase con él de su inagotable misericordia, que se le ahorque públicamente con la vestidura antes citada y un cartel sobre el pecho, que diga: Por impío, blasfemo y hereje, para que de este modo no haya lugar a dudas y todos reconozcan la justicia que hace el Santo Tribunal de la Inquisición. Amén.

Guzmán, de pie junto al banquillo, escuchaba aquella acusación sin que ninguna de tan horribles conclusiones lograra desvanecer su fría impasibilidad.

—Procesado —dijo entonces el inquisidor general con una lentitud que daba a entender el gran trabajo que le costaba coordinar dos ideas—.

Ya habéis oído lo que pide el padre acusador. No puede ser más justo. La Inquisición es la espada de la Iglesia y tiene el deber de cortar cuantas ramas podridas encuentre en el árbol del catolicismo. Vuestra muerte es segura y aún se os presta un gran favor arrancándoos una vida que os serviría indudablemente para cometer nuevos pecados, haciéndoos merecedor de más terribles castigos en el infierno… Pero no sienta mal al lado de la justicia inexorable un poco de dulce misericordia, y además Dios ha dicho que no quiere la muerte del pecador, sino que viva y se arrepienta. Retractaos de todos vuestros errores, reconoced la santidad y la sabiduría infalible de la Iglesia, afirmaos en las sanas doctrinas que os enseñaron cuando niño, y haced una pública confesión de todas vuestras herejías; y de este modo no sólo os respetaremos la vida, sino que salvaremos vuestra alma poniéndoos en camino para que entréis en el cielo. Si os arrepentís de la pasada existencia y aborrecéis esas mismas doctrinas que el espíritu del mal os ha hecho defender hace pocos instantes, entonces, usando de una infinita misericordia, sólo os condenaremos a que vestido de penitente y descalzo oigáis la misa mayor en la catedral, recibiendo después doscientos azotes a las puertas mismas del templo, y a pasar luego el resto de vuestra vida en un convento de regla severa, donde con ayunos, disciplinas, cilicios y una continua oración, podáis hacer que Dios olvide las faltas de vuestra juventud y os abra las puertas del cielo. Ya veis que somos benignos y creo que no estaréis descontento de nuestra bondad. Arrepentíos, pues, joven; desechad todos los errores que vuestra inexperiencia os hace reconocer como verdades y de este modo la misericordia del Señor descenderá sobre vuestra cabeza.

—¡Arrepentirme yo! —dijo el joven, que con sus ademanes enérgicos demostraba la agitación nerviosa que le dominaba—. ¡Arrepentirme de mi pasado, y negar las mismas doctrinas que he reconocido después de grandes estudios y no menores meditaciones! ¡Cuán poco me conocéis, si es que en vuestra mente ha surgido la idea de que la hoguera o la horca son capaces de hacerme retroceder! Sé lo que vale la vida de un hombre, al tratarse de una empresa tan sublime cual es el despertar a la humanidad entera de su sueño, y cuando un Juan Hus y un Giordano Bruno han muerto entre las llamas sin abjurar de sus doctrinas ni mostrar el más leve temor, bien puedo yo, pobre y humilde, ya que no me es posible eclipsar a tales hombres en sabiduría, aspirar a la honra de saber

morir también como ellos. ¡Retractarse!… ¡Negar el propio pensamiento!… Eso queda para el apóstol Pedro, para ese santo que es la piedra angular de vuestra Iglesia, y que cobarde y egoísta, negaba por tres veces el conocer a su maestro Jesús, cuando este se hallaba en peligro. Nosotros, los impíos, los herejes, tenemos más valor, y en las llamas que atiza la Iglesia, todos sabemos morir como héroes de una causa sublime; desde los grandes mártires por la conciencia libre, cuyos nombres figuran en el gran panteón de la historia, hasta yo, que caigo como un modesto obrero de la próxima revolución, cuyas primeras palpitaciones comienzan ya a agitar al mundo.

Guzmán hablaba con toda su alma, poseído del sublime heroísmo de los mártires y dispuesto a marchar sonriendo al sacrificio.

En sus palabras no había nada de falso ni de convencional, pues agitado por su discusión con los inquisidores, había olvidado por completo aquella esperanza de salvación que tan inesperadamente le habían hecho concebir a la salida del calabozo. La figura del misterioso esbirro habíase borrado por completo de su memoria, y el joven se sentía dispuesto, al salir de aquella sala, a marchar rectamente al quemadero o a la horca.

—¿Cómo habéis llegado a imaginaros —continuó— que tenéis poder para violentar las conciencias? Risa me produce vuestra presunción, que os hace creer que con una amenaza de muerte lográis anular una conciencia. Podréis martirizar mis miembros; podréis reducir mi cuerpo a cenizas, pero no conseguiréis matar mi pensamiento, que es inmortal y libre, a pesar de vuestras hogueras y de vuestras cadenas.

El tribunal estaba indignado por aquella firmeza del reo, que calificaba de ingratitud.

El presidente, especialmente, estaba furioso, al ver despreciada de tal modo su infinita misericordia, que perdonaba la vida a un hereje, a cambio de tan pequeños sacrificios como eran humillarse públicamente, recibir una buena mano de azotes y vivir en eterna reclusión.

Por esto el inquisidor general, con expresión iracunda, gritó al joven:

—A más de hereje sois ingrato. Iréis a la hoguera, no habrá misericordia para vos. ¡Moriréis!

—Sí; moriré. No me atemoriza vuestra cólera, frailes sanguinarios. Al enviarme a la hoguera cometéis un asesinato; pero estáis en vuestro

derecho, pues sois los más fuertes en la presente sociedad y el pueblo está tan envilecido, que contempla impasible vuestros crímenes y aun aplaude el suplicio de los que trabajan por su regeneración. En España sois los dueños absolutos de todo. Junto al lecho de los moribundos, aterrorizados por el espectro del infierno, habéis adquirido la propiedad de casi todo nuestro suelo; desde el confesonario, tiranizáis las conciencias arrancándoles sus más íntimos secretos; por medio de la Inquisición atemorizáis a cuantos cerebros se atreven a pensar; sois los verdaderos monarcas de nuestro pueblo; los grandes os adulan, los humildes os reverencian, nadáis en riquezas, reináis tiránicamente lo mismo en el palacio de los reyes que en la choza del labriego; tenéis a vuestra disposición, como autómatas inconscientes, a esas masas infelices de las que sólo os habéis ocupado para enseñarlas a rezar e impedir que aprendan a leer; sois omnipotentes, la fortuna os sonríe; pero no os dejéis halagar por tanta felicidad, pues está próximo el día de las supremas expiaciones. Me asesináis ahora sin que vuestra conciencia se altere, pero también llegará para vosotros un día supremo en que el mismo fuego que habéis usado para impedir los avances de la inteligencia, se extienda por todas partes haciendo presa en vuestros grandiosos conventos, en estas mismas casas cuyos muros están amasados con lágrimas y sangre, y en ese día, el pueblo, despierto ya, viendo su situación y reconociendo a los seres que han producido todos sus males, corresponderá a las hipócritas bendiciones que ahora le dais con otras tantas puñaladas. Os ha gustado tener a los pueblos en la más abyecta ignorancia y los habéis hecho feroces. ¡Temed a la fiera que ahora miráis encadenada a vuestros pies!

La voz tonante de Guzmán, sonando como el eco de la venganza en la oscuridad crepuscular que invadía la vasta pieza, causaba una penosa emoción al religioso tribunal y especialmente al presidente, personaje tan supersticioso como ignorante, que acobardado por la sombra que invadía el salón, impidiéndole ver al procesado, llegaba a pensar si los espíritus malignos que anidaban en el cuerpo de este irían a asaltar el estrado con el consabido acompañamiento de horrendos bramidos y nubes de azufre.

Su terror fue lo que le hizo tocar la campanilla, a cuyos ecos descorrióse inmediatamente el cortinaje del fondo, entrando dos esbirros, que llevaban grandes candelabros de plata con cirios verdes.

La luz, difundiéndose por el salón, tranquilizó al presidente, quien no

vio ya en el terrible procesado otra cosa que un hombre valeroso, resignado con su suerte y que con los brazos cruzados y la frente pensativa, esperaba de pie junto al banquillo las órdenes del tribunal.

Esto hizo recobrar al fraile su soberbia de gran inquisidor, y con la expresión imperiosa de los débiles cuando se consideran fuertes, gritó a Guzmán:

—Nos habéis insultado tanto; habéis ofendido de tal modo al Santo Oficio, que resulta imposible ya que usemos de misericordia. Aunque ahora os retractarais de vuestros infernales errores, no por esto os libraríais de la muerte. Seréis quemados; yo os lo aseguro por mi fe de inquisidor general.

Guzmán contestó levantando los hombros en señal de desprecio e inmediatamente, obedeciendo una indicación del presidente, salió de la cámara de los juicios con paso lento.

Al llegar a la habitación contigua, vio ponerse en pie a los dos viejos matones que la Inquisición tenía a su servicio y que inmediatamente se terciaron las escopetas dispuestos a conducirlo al calabozo.

Cuando el joven vio que se aproximaba el esbirro que le había hablado antes, fue cuando pudo recordar aquella esperanza de salvación que había olvidado por completo discutiendo con sus jueces.

El misterioso agente le agarró de un brazo, y al ponerse en marcha, murmuró a su oído con acento angustioso:

—¡La señal!… Ahora mismo estamos en el patio. No olvidéis el dar el grito de alarma.

IV

Cuando quedó solo el tribunal, el padre presidente exhaló un suspiro de satisfacción y lo primero que se le ocurrió decir fue:

—Si ese joven no es el diablo, pertenece por lo menos a su familia. Viejo soy; llevo cerca de cuarenta años juzgando en este Santo Tribunal, y sin embargo, no creía que alguna vez llegase a oír tantas herejías reunidas, ni a contemplar una tenacidad tan satánica en la defensa de los

errores. Creo que Dios y nuestro seráfico padre Santo Domingo, experimentarán dentro de poco una gran satisfacción cuando quememos a ese maldito.

—Será una obra muy meritoria —observó el padre Bartolomé— y me complazco en pensar que algún efecto causará este suplicio entre los descamisados de París. Ya me parece estar viendo al teniente coronel Guzmán, al amigo de Marat, perorando en la tribuna de los jacobinos y maldiciendo a la Inquisición española por haber dado muerte a su lobezno.

Tan graciosas resultaron estas palabras para los otros dos frailes, que las acogieron con risotadas estrepitosas; pero pronto se desvaneció su hilaridad.

Llegó hasta el salón un confuso rumor, que parecía proceder de una lucha entablada en la misma puerta del edificio.

Sonó un disparo, e inmediatamente la más cómica expresión de espanto se reflejó en el rostro de los tres inquisidores, los cuales, pálidos y temblorosos, se incorporaron en sus asientos como dispuestos a emprender la fuga.

Una segunda detonación vino a aumentar el espanto, pero en vez de decidirse los frailes a emprender la fuga, sintiéronse aterrorizados por aquello que les parecía estruendosos cañonazos, y desalentados dejáronse caer en sus sillones con la pasividad resignada de la víctima que espera el golpe decisivo.

Sólo el padre Bartolomé manifestó su carácter de héroe con un rasgo de valor épico. Pálido, cejijunto, como si le molestara interiormente un penoso pensamiento, levantóse del sillón y avanzó con denuedo, cual si quisiera bajar a la calle para conocer de cerca aquella lucha, cuyas voces de «¡Favor a la Inquisición!» llegaban hasta su oído. Pero cuando con su paso vacilante y apresurado, llegó a la entrada de la cámara, en vez de seguir adelante, cerró ruidosamente la puerta, y después de este rasgo de valerosa audacia, regresó al lado de sus compañeros, afectando la modesta tranquilidad de un héroe que acaba de realizar una grande hazaña.

Aún se oyeron, durante algunos minutos, los gritos que pedían socorro para el Santo Tribunal, pero por fin se restableció el silencio, lo que no hizo cesar el temor de los inquisidores, que casi se ocultaban tras

la gran mesa, como si temiesen que un nuevo disparo viniese a introducir una certera bala por entre los hierros de la reja.

Aquella calma, en la cual les parecía a los frailes percibir el apresurado latido de sus corazones, vino a ser turbada por ruidosos golpes dados en la puerta del salón y por una voz conocida que pedía en nombre del cielo, que abriesen inmediatamente.

El padre Bartolomé, que ejercía en el tribunal de hombre valeroso, se decidió a abrir, aunque con marcada repugnancia, y cuando vio que el que había llamado era un dependiente del Santo Oficio, creyó del caso dar un bufido feroz y mirar de un modo iracundo, para que así nadie pudiera sospechar que el más ilustre teólogo de Sevilla había sufrido durante algunos minutos un susto que todavía hormigueaba en su cuerpo, agitado por convulsivo temblor.

Entró en la sala el mismo esbirro misterioso que había contribuido a la salvación de Guzmán, y nadie hubiese podido adivinar la falsedad de aquella expresión de dolor y de sorpresa que se notaba en su rostro.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿qué es lo que sucede? —preguntaron a un tiempo el presidente y el secretario, que no se cuidaban como el padre acusador de ocultar su miedo.

—Se ha escapado —exclamó el esbirro—. ¡Acaban de salvarle unos desconocidos!

—¿A quién? —preguntó el Inquisidor general, cuyo cerebro estaba turbado por el miedo.

—A don Félix Guzmán; ese impío que vuestras paternidades acaban de juzgar.

—Ya me imaginaba yo que ese mozuelo tiene hecho pacto con el espíritu maligno —exclamó el padre presidente—. De seguro que para salvarle, el infierno nos ha enviado aquí toda una legión de diablos.

—No sé si lo serían; lo único que puedo decir es que sabían pegar reciamente. Apenas bajamos al patio, cuando el preso, llevándose las manos a la cabeza, gritó unas palabras que yo no pude entender, pues quedé sorprendido al mirar cómo entraban en tropel por el abierto portón más de una docena de hombres que sin duda estaban apostados en la calle esperando la señal.

—Indudablemente eran los francmasones —dijo el padre Bartolomé con la expresión de una persona bien enterada.

—No sé quiénes eran, pues iban enmascarados y además no dejaban tiempo para examinarles, los puñales y las terribles cachiporras que llevaban en las manos. Los dos guardias de vuestras paternidades quisieron defenderse con las escopetas, pero uno de ellos, antes de que pudiera apuntar, recibió un garrotazo en la cabeza que le tendió en el suelo, y al caer, su escopeta se disparó, sin que haya podido conocer el sitio a donde fue la bala.

—¿Y el otro guardia?

—Este logró hacer fuego, pero no tocó a nadie, y en cambio durante algunos minutos ha estado recibiendo tantos palos, que es fácil que no se levante de la cama en dos meses. En cuanto a mí, defendíme como pude del furor de aquellos energúmenos, pues el carcelero huyó por la escalera de los subterráneos para ocultarse sin duda en alguna mazmorra, y yo vi el cielo abierto cuando aquellos enmascarados abandonaron el patio, después de encargarme irónicamente que saludase en su nombre a vuestras paternidades.

—¿Y Guzmán? ¿Qué hizo ese impío?

—¡Oh! Ese fue fisto y no quiso desperdiciar el tiempo. Apenas entró el grupo de enmascarados, corrió hacia la puerta apoyado en el brazo de uno de aquellos y desapareció inmediatamente, mientras que los compañeros nos apaleaban con el propósito de hacer más difícil su persecución.

Tardaron algunos minutos los tres inquisidores en darse cuenta exacta de lo que ocurría, y el padre Bartolomé fue el primero en salir de tal estupefacción y hablar de la necesidad de adoptar medidas que impidiesen la salvación del fugitivo.

—Vamos a ver al corregidor, que es grande amigo nuestro. Muévanse vuestras paternidades y no estén ahí como alelados, pues de ese modo es difícil que alcancemos al impío Guzmán.

El tribunal, dominando el miedo que le embargaba, se decidió por fin a abandonar el salón, y descendió por la gran escalera de piedra, deteniéndose varias veces, como si temiera recibir una descarga cerrada.

En el patio, alumbrado por un gran farol, había mucha gente que se agitaba haciendo en alta voz los más disparatados comentarios. Eran los vecinos de las calles inmediatas, que intimidados en el primer instante por los disparos y el ruido de la lucha, se habían decidido a abandonar

sus viviendas arrastrados por la curiosidad.

Algunas mujeres dedicábanse a la curación de los dos apaleados matones, que comenzaban a volver en sí, y el carcelero se agitaba en medio de un grupo de bravos de la vecindad, describiendo pintorescamente la lucha y presentándose a sí mismo como un modelo de héroes.

Aquella gentecilla fanática, y en especial las mujeres, que daban alaridos de venganza contra los picaros flainasones que trataban con tanta crueldad a los honrados guardias del Santo Oficio, al ver bajar a los tres representantes del sagrado tribunal, los saludó con veneración, y abandonando el patio, en el que sólo quedaron algunas viejas atendiendo a los heridos, escoltó a los tres frailes, engrosándose sus filas en el camino, hasta el punto de que cuando llegaron a las puertas de casa el corregidor, eran ya una muchedumbre inmensa.

V

Una hora después, circulaban por las calles de Sevilla numerosas patrullas que detenían a los transeúntes sospechosos, o practicaban registros en las viviendas de aquellos individuos que eran conocidos por su escasez de fervor religioso.

Las linternas de las rondas, como una bandada de luciérnagas se extendían por toda Sevilla, y sus puntos rojos, lo mismo se deslizaban por las riberas del Guadalquivir, que brillaban en las tortuosas revueltas de las morunas callejuelas.

Cuando el padre Bartolomé al frente de algunos hombres armados pasaba por el puente de Triana, en el centro del río, sobre el espacio iluminado por la luna, cuyas aguas parpadeaban luminosas semejando un bailoteo de estrellas, vio un colosal fantasma blanco que con sus vestiduras desplegadas a la fresca brisa y empujado por la corriente, se alejaba con lenta solemnidad.

Detúvose el fraile un instante alarmado por aquella aparición, pero inmediatamente levantó los hombros como burlándose de su propio

pensamiento.

—¡Bah! Esta fuga me ha trastornado hasta quitarme la memoria. Es el bergantín francés que estaba aparejando esta tarde después de hacer su cargamento de vino y que se aleja aprovechando la brisa de la noche.

El inquisidor siguió adelante, olvidando en seguida aquella aparición, para preocuparse únicamente de la captura de Guzmán.

Si la mirada del padre Bartolomé, atravesando las sombras iluminadas por la débil claridad de la lima, hubiese podido llegar hasta el bergantín que se alejaba, habría experimentado una conmovedora sorpresa, al reconocer junto al rojizo farol de popa a un joven que apoyado en la borda, sonreía irónicamente viendo los puntos luminosos que se agitaban en las inmediaciones del río.

Era Guzmán, que con esa confianza propia de una juventud enérgica y aventurera, se reía al ver el extraño modo cómo las circunstancias le hacían abandonar su patria.

PARTE PRIMERA

EN EL CRÁTER DEL VOLCÁN

I.- LA TABERNA DEL «BRAZO DE ORO»

De todos los establecimientos que existían en la plaza del Mercado de Varennes, la taberna del Brazo de Oro era el más notable por su antigüedad y su buena fama, que ni el tiempo ni la competencia habían logrado quebrantar.

El edificio, pequeño, ruinoso, con sus paredes gibosas y agrietadas y sus dos torrecillas, que los sucesivos temporales de aguas y de nieves iban dejando calvas, arrancándoles parte de su cubierta de pizarras, hacía un efecto deplorable entre las otras casas del Mercado, de más reciente construcción y con fachadas adornadas de todos los detalles artísticos de que entonces era capaz la imaginación de los burgueses enriquecidos; pero a pesar de esto, la célebre taberna no se achicaba ni perdía aquella superioridad que parecía tener sobre las otras viviendas, que al fin y al cabo eran para él como unas advenedizas.

La taberna brillaba per se; porque tenía carácter propio, y a pesar de sus gibas, de sus grietas y de sus torrecillas desmoronadas, podía anonadar a aquellas otras construcciones silenciosas y nacidas la víspera, presentándolas la animación y el bullicio que reinaba continuamente en sus habitaciones y ostentando su historia de cerca de dos siglos, en la cual eran tan innumerables las borracheras y las riñas como los toneles de vino aguados a conciencia, para mayor provecho de la bolsa del dueño y menor detrimento en la salud de los parroquianos.

Toda una dinastía de ilustres taberneros había ido desarrollándose bajo aquellos techos de madera, ennegrecidos por el vaho de las chirriantes sartenes y el humo de las pipas de seis generaciones de bebedores.

Los Bonifacios Dubois, que este era el nombre de aquella dinastía consagrada por Baco, resultaban personas muy conocidas y apreciadas

por todo Varennes, a causa de la exactitud con que cumplían sus compromisos y de la campechanía con que desplumaban a sus parroquianos.

El escudo de armas de aquella familia que reinaba en la plaza del Mercado, estaba en el Brazo de Oro, en aquella muestra tradicional que el primero de los Dubois había colocado sobre la puerta de la taberna y que debía llamarse ya el Brazo Verde, pues las lluvias y los vientos lo habían oxidado, sin que el último de los representantes de la familia, venciendo una supersticiosa veneración, se atreviese a limpiar la obra de sus mayores, pues temía que este sacrilegio espantase la buena fortuna que no se cansaba de favorecer a la taberna.

En toda la parte de Varennes que se llamaba la ciudad alta, hablábase con admiración y respeto de la buena suerte de los Dubois. Mientras las otras tabernas estaban vacías, la del Brazo de Oro tenía atestadas de bebedores sus habitaciones y hasta muy entrada la noche volteaban alegremente los repletos asadores en su siempre encendido hogar.

En aquella interminable familia de taberneros, tan celosa en la conservación del prestigio adquirido, habíase operado una lenta pero notable transformación en virtud de las circunstancias de la época.

El fundador de la casa, Bonifacio Dubois, primero de la dinastía, era adorador incondicional de todos los reyes, consideraba a Luis XIII como un dios, cuyo primer apóstol era Richelieu, y este fervor monárquico le daba muy buenos resultados, pues las autoridades le respetaban como ciudadano honrado, librándole de ciertas gabelas y concediéndole su protección, a la sombra de la cual iba enriqueciéndose.

Su hijo y sucesor, otro Bonifacio Dubois, que hizo llegar el establecimiento a su período de mayor brillantez durante el reinado de Luis XIV, ya no manifestaba igual entusiasmo por los reyes, tanto porque su reciente riqueza no le obligaba a ser sumiso y adulador con las autoridades, como por no estar muy conforme con la conducta de un monarca a quien llamaban el Rey Sol, sin duda porque arruinaba a su pueblo en quiméricas empresas de absurdo engrandecimiento y se divertía organizando las célebres dragonadas, para que sus feroces soldados se entretuvieran en cazar protestantes. Los sucesores de la dinastía de los Dubois, durante la Regencia y el reinado de Luis XV, fueron mostrándose cada vez más hostiles a una monarquía que empobrecía al país y corrompía las costumbres con sus escandalosos

ejemplos.

Sus creencias algo revolucionarias no les impedían seguir haciendo buenos negocios y gozar de la simpatía de todo Varennes, pues cuidaban de ocultar escrupulosamente cuanto pensaban; pero a pesar de esto, si el primero de' los Dubois, aquel tabernero sumiso con los poderosos, altanero con los débiles y cuidadoso únicamente de hacer su negocio, se hubiese levantado de la tumba, hubiera experimentado un asombro e indignación sin límites, al ver a sus descendientes preocuparse mejor de los asuntos públicos que del prodigioso arte de convertir en tres un solo tonel de vino.

Igual ocurría en toda Francia, y como la monarquía y la nobleza eran ciegas de nacimiento, de aquí que no se asustaran al ver discutir los asuntos públicos y mostrar gran independencia política, a los nietos de los antiguos siervos e hijos de los villanos que un siglo antes se dejaban apalear impunemente por los mosqueteros y los dragones.

El último de los Dubois era el tipo perfecto del patriota de aquella época; hombre entusiasta hasta la demencia, cándido hasta la ridiculez y valeroso hasta la heroicidad, según fuesen las circunstancias.

La fama que Bonifacio Dubois había heredado de sus antecesores estaba acrecentada por el prestigio de gran patriota que le concedía todo Varennes.

Era el principal ciudadano de la comarca y únicamente podía competir con él, en punto a civismo, el ciudadano Drouet, el joven maestro de postas de Santa- Menehould, que había sido dragón del regimiento de Condé, y que cuando iba a Varennes por los asuntos profesionales, no dejaba de avistarse con el tabernero, al que apreciaba, sin intentar excederle en entusiasmo por la naciente revolución.

Dubois, sin dejar abandonados los negocios de su antiguo establecimiento, vivía como obsesionado por el gran suceso político que se estaba desarrollando en Francia.

Con la pipa en la boca, el mandil arrollado a la cintura y en mangas de camisa, iba de la cocina al mostrador de la taberna, dando órdenes a sus criados y escuchando las indicaciones que le hacía su mujer, quien era la encargada del despacho de vino; pero apenas ponía en movimiento las diferentes dependencias de la gran taberna, entregábase a su diversión favorita, que era el formar corrillo con unos cuantos patriotas de

Varennes, que lo respetaban como a un grande hombre, y charlar con ellos acerca de los asuntos públicos y de la marcha del pequeño club patriótico establecido en la ciudad, y que tenía por presidente al fogoso tabernero.

Dubois tenía en su historia detalles más que suficientes para justificar el respeto que le profesaba Varennes, pequeña ciudad de costumbres tranquilas y que se conmovía al menor accidente.

Cuando en ella se supo la epopeya del 14 de Julio, el tabernero, para solemnizar la toma de la Bastilla, hizo un derroche, adornando e iluminando la vetusta fachada de su establecimiento y dando de beber gratuitamente a cuantos se presentaron; y al verificarse la fiesta de la Federación, aquella gran revista de la guardia nacional de toda Francia, ideada por el popular Lafayette, Dubois fue de los contados y distinguidos individuos del ejército popular que desfilaron por el Campo de Marte de París, en representación del departamento de los Ardennes. Las gentes que por la mañana se agolpaban en la plaza del Mercado de la pequeña ciudad, no podían menos de mirar con cierta expresión de respeto al patriota tabernero, que en los días que hacía buen tiempo, reclinaba su enorme cuerpo en el quicio de la puerta de su casa, y en esta posición permanecía horas enteras leyendo los periódicos que le llegaban de París, con la misma inmovilidad que un fakir indio cuando se entrega a la contemplación del infinito.

¡Qué impresiones tan encontradas y profundas experimentaba el patriota leyendo aquellos impresos, de los cuales tan abundante provisión le traía siempre el correo de París! ¡Cómo admiraba a la Libertadora Asamblea y a sus hombres más notables! Mirabeau había sido para él un semidiós, y después de muerto éste, había fraccionado la inmensa adoración que le profesaba, repartiéndola entre las numerosas estrellas que venían a reemplazar al gran sol que acababa de extinguirse. Admiraba a Barnave, el orador atildado y cuidadoso, que era como una reducción descolorida de la grandiosa elocuencia de Mirabeau; sentía el escalofrío que produce una grandeza misteriosa y oculta, al leer los discursos de aquel diputado de Arras que comenzaba a brillar y se llamaba Maximiliano Robespierre; y se entusiasmaba hasta el punto de cesar en la lectura y dar puñetazos en la pared, como poseído de una furia destructora, cada vez que encontraba en los periódicos revolucionarios alguno de los cortos y apostrofantes discursos de un gigantón de rostro

feo y voz atronadora, abogado sin pleitos, que se llamaba Danton, y presidía el ingobernable club de los Franciscanos.

Aún encontraba más ídolos el entusiasmo de Dubois, quien adoraba como periodista al joven Lostaulot, el desgraciado redactor de Las Revoluciones de París; a Marat, que en la demencia de la fiebre revolucionaria, tocaba continuamente a rebato en las columnas del Amigo del Pueblo; y sobre todos a Camilo Desmoulins, el satírico y profundo escritor, semejante en todo a un hijo de la república ateniense, y cuyo estilo parecía la resurrección de la ironía de Voltaire puesta al servicio de la causa popular.

Como Dubois leía mucho y era en todo Varennes el mejor enterado de todos los sucesos, de aquí que en su taberna se vieran siempre algunos grupos de patriotas pidiéndole noticias o rogando les explicase lo que era la nueva Constitución y el derecho del veto que se concedía al rey.

La tabernera, aunque no era mala patriota, según afirmaban los más exaltados de Varennes, no podía ver con tranquilidad el carácter político y popular que por culpa de su marido iba tomando el establecimiento, pues esto hacía que todos los viajeros de distinción, o sea los que más dinero dejaban, fuesen a hospedarse en la posada del Gran Monarca, que era el único establecimiento que podía sostener la competencia con el Brazo de Oro; pero callaba y se consolaba un tanto, al ver el gran consumo de vino y de cerveza que hacían los bulliciosos parroquianos mientras comentaban los sucesos políticos.

La reunión de todos los patriotas de Varennes en la antigua taberna, convirtiéndola en un verdadero club, hacía que fuese el establecimiento que por la noche cerraba más tarde sus puertas.

A última hora era cuando Dubois, después de haberse acostado su mujer y toda la servidumbre de la casa, se atrevía a revelar los secretos políticos ante sus atónitos admiradores y relataba las estupendas noticias que en aquella época fabricaba el exagerado entusiasmo, y que el tabernero, en su optimismo a toda prueba, admitía como artículos de fe.

En la noche del 21 de junio, la reunión patriótica del Brazo de Oro estaba más animada que de costumbre.

Corrían por el país noticias muy alarmantes y los principales patriotas habían ido como de costumbre en busca de Dubois para pedirle su opinión.

En la sala baja de la taberna había a las nueve de la noche más de treinta individuos formando un animado grupo, que bebía y hablaba acaloradamente, mirando a Dubois, que de vez en cuando se decidía a decir algunas palabras.

En la misma habitación, pero sentados alrededor de otras mesas, estaban los pocos huéspedes que en aquella noche tenía el establecimiento. A un extremo, cuatro ganaderos de las inmediaciones, gente tosca, con anchos sombreros de fieltro blanco, que hablaba del precio de la carne y de las nuevas enfermedades de las reses, sin fijarse para nada en la bulliciosa discusión de los patriotas, como si en su grosera y egoísta ignorancia, no pudiesen comprender que los hombres se preocuparan tanto de asuntos que en resumen no habían de hacer entrar un solo escudo en sus bolsillos.

En el fondo de la sala, y teniendo todavía sobre la mesa los restos de una modesta cena, estaba casi vuelto de espaldas a los patriotas, un joven que vestía con una modestia no exenta de elegancia y que calzaba unas botas de camino, con vueltas amarillas y fuertes espuelas de acero.

Había llegado al anochecer a la puerta del Brazo de Oro montando un caballo de no muy buena estampa, que llevaba a las ancas un modesto maletín.

Aunque el hecho de ir a alojarse en un establecimiento como el Brazo de Oro y de llevar en el sombrero la escarapela tricolor, entonces tan en moda, era suficiente para no inspirar sospechas en Varennes, Dubois quiso ver el pasaporte del viajero y de este modo supo que era un joven español que había desembarcado en Dunkerque y que se dirigía a París, comprendiendo que este viaje lo verificaba con tanta lentitud, sin duda porque sus recursos no le permitían utilizar, la posta.

El tabernero, para entretener a su huésped, después de hablar con él un buen rato sobre la marcha de la política, sin conseguir que el joven le dijera lo que iba a hacer en París, le entregó todos los periódicos que tenía a mano para que pasara el tiempo leyendo hasta la hora de la cena.

Apenas fueron llegando sus amigos y admiradores, Dubois olvidó al extranjero, el cual, después que hubo devorado su cena con el buen apetito propio de la juventud y de la excitación producida por una larga marcha, volvió a entregarse a la lectura de los impresos revolucionarios.

Parecía abismado el joven en aquella ocupación como si absorbiesen

todo su interés los periódicos que con su ardiente lenguaje incendiaban la Francia; pero de vez en cuando levantaba la cabeza para oír mejor las discusiones de los patriotas, que cinco o seis años antes se hubiesen cuidado de no hablar tan alto, pero que ahora, convencidos de su fuerza y seguros de que el triunfo estaría siempre de su parte, conversaban a gritos, sin importarles gran cosa que pudiera oírles un enemigo de la revolución.

—Los húsares son muy pillos, pero nosotros lo somos más —decía un hombrecillo vivaracho, que era de los más entusiastas admiradores del tabernero—. Ellos creen que nos chupamos el dedo y no vacilan en decirnos las más estupendas mentiras; pero se engañan si imaginan que nosotros vamos a considerar como una cosa natural este reciente movimiento de tropas.

—Afirman los soldados —dijo otro de los patriotas— que este movimiento extraño que han hecho por orden de sus jefes, obedece a la necesidad de escoltar un convoy de dinero que el gobierno envía al campamento del señor de Bouillé.

—¡Bueno está Bouillé! —dijo el tabernero con su acento sentencioso —. Siempre he creído que ese general reaccionario ha de ser traidor a la revolución, y que si ahora permanece quieto, es porque se ocupa en afilar su espada en la sombra para pasar a degüello a todos los buenos patriotas. Es hombre del que no debían fiarse los diputados de la Asamblea, y en cuanto a su mal corazón y su crueldad con el pueblo, no hay más que recordar la conducta sanguinaria que observó en Nancy cuando los suizos del regimiento de Chateauvieux se insubordinaron justamente contra sus oficiales, por la dureza despótica con que los trataban y por adeudarles las pagas que les correspondía. El general Bouillé derramó con placer la sangre de los infelices suizos, y desde entonces, que como hombre le tengo en el peor concepto y como general creo que está vendido a los enemigos de la revolución. Él y esa maldita austríaca que tenemos en el trono se entienden perfectamente.

—Así es —afirmó el mismo hombrecillo de antes—. No hay más que ver los numerosos porta-pliegos que van del campamento a París y viceversa, para adivinar que la austríaca y su regio consorte el simple Luis, cuentan con el ejército acampado en Verdón, para atentar contra esas leyes sabias y benéficas que nos ha dado la revolución limitando el poder de los reyes.

—Por fortuna —dijo otro de los patriotas con expresión de entusiasmo— tenemos allá en París a la Asamblea, que no pierde de vista al rey y le impedirá todo atentado contra la libertad.

—¿Y si el rey se escapara? —preguntó el tabernero—. ¿Y si abandonara París yendo a refugiarse en el campamento del señor de Bouillé?

Esta suposición asombró de tal modo a los patriotas, que les hizo permanecer silenciosos y pensativos por algunos minutos.

—Esto que os digo —continuó Dubois— no carece de fundamento. Los periódicos que recibo de París hablan continuamente de la fuga del rey; el general Lafayette, como jefe de la guardia nacional, vigila a todas horas el palacio de las Tullerías, y Marat ha hecho tales revelaciones en su Amigo del Pueblo, que es indudable que el proyecto de fuga existe en la vivienda de los reyes y que algunas personas de la servidumbre están enteradas de él. ¡Quién sabe si este avance incomprensible de la caballería que manda Bouillé será un preparativo para facilitar la fuga del rey! Los últimos periódicos que he recibido vienen muy amenazantes y aseguran que la fuga está próxima.

Estas palabras de Dubois impresionaron aún más a sus oyentes y hasta el joven extranjero dejó de leer, fijando su atención en el diálogo de los patriotas.

—Algo debe haber de eso —dijo el mismo hombrecillo de antes—. Lo del convoy de dinero indudablemente es una mentira, y resulta injustificado ese movimiento de fuerzas que en todos los pueblos de k carretera ha establecido destacamentos. En Puente de Somme Vesle está un escuadrón de húsares mandado por un jefe que es el duque de Choiseul; en Santa Menehould hay un gran destacamento de dragones mandado por Dandois; en Clermont está el conde de Damas con todo un escuadrón de dragones, y no sé si hay otras fuerzas en los demás pueblos; pero indudablemente así debe ser. También en Varennes se nota algo extraño, a pesar de que nuestra ciudad está fuera del camino real.

La más viva curiosidad se pintó en el rostro de los patriotas al escuchar esto que de tan cerca les atañía, y el hombrecillo continuó muy satisfecho del efecto que causaba en sus oyentes:

—Como yo vivo al otro lado del río, en la ciudad baja, al pasar frente a la posada del Gran Monarca, me ha llamado la atención ver en la puerta

a dos jóvenes oficiales pertenecientes a esa clase de aristócratas rizados y perfumados que tanto aborrecen los soldados patriotas. A pesar de que Santiago el posadero no es de los nuestros, pues atento únicamente a hacer dinero, no vacila en adular a las gentes privilegiadas, picado en mi curiosidad he entrado en la posada para hablar con él, y como ya sabéis que goza justa fama de charlatán, me ha dicho inmediatamente que los dos oficiales procedían del campamento de Verdión; que el uno se llama el conde de Raiguecourt y el otro el hijo segundo del señor de Bouillé, y que habían llegado hacía pocas horas, llevando algunos caballos destinados sin duda a relevar el tiro de un coche, ya que en Varennes no existe casa de postas. Los dos oficialetes se han quedado en la posada con la actitud ansiosa del que espera un aviso decisivo, y yo he venido aquí, preocupado por todos estos preparativos, que me parecen de mal agüero.

Dubois movía la cabeza con muestras de intranquilidad, y al fin se decidió a decir:

—Nada bueno auguran estas disposiciones de Bouillé. Indudablemente marcha alguien con dirección a la frontera, y el general tiene empeño en proteger su fuga; pero esto no supone que precisamente tenga que ser el rey y su familia los que desean salir de Francia. A pesar de cuanto dicen los periódicos de París, me parece muy difícil que el rey pueda escaparse. Lafayette no es lerdo, y seguramente que habrá hecho de las Tullerías una bella jaula, de la que no podrán escaparse los pájaros.

Las noticias de aquella noche eran demasiado graves para que los patriotas se mostrasen tan incrédulos como Dubois: así es que muchos de ellos daban ya por seguro que el rey se había fugado de París, por no sancionar con su presencia las conquistas políticas de la revolución, y que, marchando hacia la frontera, había de pasar forzosamente por Varennes.

—Lo que a mí me parece difícil —decía el tabernero— es que el rey logre fugarse de su palacio sin que nadie se aperciba, pues la vigilancia de Lafayette y de la municipalidad no puede ser mayor. Por lo demás, estoy firmemente convencido de que Luis quiere abandonar cuanto antes lo que él llama su buena ciudad de París, pues a pesar de su aspecto cachazudo y bonachón, su sangre de rey se inflama cada vez que tiene que reconocer alguna de esas leyes regeneradora que crea nuestra Asamblea. Si siendo rey absoluto accede aparentemente a ser rey

constitucional, es porque teme al pueblo del 14 de Julio y a los departamentos de Francia, que armados desfilaron por el campo de Marte en la gran fiesta de la Federación; pero a pesar de todos sus entusiasmos constitucionales y de ese fingido respeto que demuestra a la Asamblea, tengo la seguridad de que si pudiera disponer de la fuerza, como en otros tiempos, no tardaría en exterminar a los patriotas y a todos los diputados que nos representan. Para los reyes, el poder de su raza es antes que la gloria y el bienestar de la Francia. Hace poco tiempo, los dos hermanos del rey, los condes de Provenza y de Artois, huyeron de Francia para ir a mendigar cerca de los reyes extranjeros, el auxilio de un ejército que les permitiera marchar contra su propia patria, y hoy que toda la Europa parece armarse y prepararse contra nosotros para matar nuestra libertad, sólo falta ya que el rey y su familia huyan de París, y pasando la frontera vayan a reunirse con los que han de invadir nuestro territorio, pasándolo todo a sangre y fuego para exterminar nuestra naciente revolución. Poco cuidado debe inspirarnos Luis, que al fin y al cabo, no es más que un pobre hombre algo hipócrita: pero a su lado está María Antonieta, la maligna austríaca, Madama Veto, como la llaman los patriotas del arrabal de San Antonio de París, y a esa sí que hay que tenerla por peligrosa, pues es mujer capaz de todos los atentados y de todas las intrigas. De seguro que está en correspondencia con Bouillé y que anhela verse un día en la frontera rodeada de un ejército, para desde allí ordenar, si puede, el degüello de todos los patriotas. El pueblo empieza ya a cansarse de la doblez e hipocresía de esos monarcas que públicamente acatan la Constitución y en secreto conspiran contra ella, y de seguro que si siguen tan tortuosa senda, llegará el día en que la nación dé su merecido a los que corrompen el ejército para lanzarlo contra la nación que lo paga.

Las conversaciones de los patriotas iban animándose de tal modo, que ya no era uno sólo quien hablaba, sino que muchas veces todos a un tiempo formulaban sus opiniones, produciendo un estrépito tal, que sacaba de su tranquila situación a los cuatro ganaderos, los cuales, bebiendo vino, trataban por centésima vez su eterno tema sobre las enfermedades de las reses.

Los pacíficos negociantes mostraban con un gesto de desdén la extrañeza que les causaba ver que los hombres se ocupasen tanto de negocios que ningún medro personal habían de producirles, pero el joven extranjero se interesaba de tal modo por la discusión de los patriotas, que

había dejado de leer y tenía su vista fija en ellos, que sin saberlo iban iniciándole en la verdadera situación de Francia.

La discusión duró mucho tiempo, hasta que por fin al sonar las once en el campanario de Varennes, todos los patriotas se pusieron en pie para retirarse, pues como hombres dedicados al trabajo necesitaban levantarse temprano.

Dubois los acompañó hasta el despacho de la taberna, donde un soñoliento criado esperaba tras el mostrador la llegada de algún parroquiano tardío, y al separarse de ellos les dijo con aire paternal:

—Dormid tranquilos en vuestras casas, que yo velaré, y si algo ocurriese esta noche, iría a avisaros inmediatamente. Pero me parece que si alguien hubiera de pasar por aquí, indudablemente tendríamos aviso de nuestros amigos de los pueblos cercanos.

Cuando todos los patriotas hubieron salido, Dubois volvió a entrar en la gran sala de su establecimiento y después de entretenerse en alinear a lo largo de la pared los taburetes que sus amigos habían dejado revueltos, se acercó lentamente a la mesa del joven extranjero, con la expresión del que desea enviar a dormir pronto a su huésped para poder hacer lo mismo.

Los ganaderos, que por fin habían llegado a agotar su monótona conversación, jugaban ahora a la baraja y parecían muy ocupados en disputarse los pocos sueldos que cada uno había sacado de su cinturón de cuero.

Dubois apoyó sus manos en la mesa que ocupaba el joven extranjero, preguntando con toda la amabilidad que en él era posible:

—¿Os retiráis a descansar?

—Ahora mismo, y os doy las gracias por la atención que habéis tenido conmigo al prestarme estos periódicos. Me interesan mucho las cosas de Francia, así es que he experimentado gran satisfacción al leer esto y oír lo que antes decíais.

—Sois a lo que parece un buen patriota. Apenas entrasteis en esta casa os reconocí como uno de los nuestros. A los amigos de la libertad se les conoce inmediatamente en la noble franqueza impresa en su rostro.

El joven se ruborizó al escuchar tales palabras y dijo con modestia y sencillez:

—He tenido que huir de mi país a causa de mis ideas avanzadas, pues

la Inquisición quería quitarme la vida, y ahora vengo a ampararme bajo la protección de un pueblo heroico y sublime que algún día dará la libertad al mundo.

El tabernero, satisfecho de estas palabras que halagaban sus sentimientos patrióticos y aguijoneado por la curiosidad, pensaba rogar a su joven interlocutor que le relatase algo de su vida, presintiendo que en el extranjero huésped había algo grande que forzosamente merecería su admiración; pero cuando ya iba a hacer su súplica, se detuvo sorprendido al escuchar un galope de caballos que resonaba agigantado por la soledad de la inmediata plaza.

Dubois experimentó tal sorpresa al oír aquello, que permaneció inmóvil algunos instantes sin saber qué hacer, y cuando, volviendo la espalda al joven forastero, se dirigió hacia la puerta, vio entrar a un hombre joven y robusto, con traje de camino, látigo y espuelas, y que, sudoroso y cubierto de polvo, daba a entender con su aspecto que había tenido que hacer una larga y rápida marcha para llegar hasta allí.

—¡Calle! —exclamó Dubois con asombro—. Es Drouet; el amigo Drouet; el maestro de postas de Santa Menehould.

Y se quedó mirando con expresión bondadosa a su compañero y rival en patriotismo, joven robusto, de facciones rudas y enérgicas y de aire decidido, el cual, mirando con desconfianza a los cuatro ganaderos, que al verle entrar habían abandonado sus naipes, avanzó hacia el tabernero, parándose a poca distancia de la mesa que ocupaba el fugitivo español.

—Sí; soy yo —dijo en voz baja—. Soy Drouet que vengo a galope tendido desde Santa Menehould, solamente para decirte: Bonifacio, ¿eres buen patriota?

Dubois retrocedió un paso como asombrado por tan inesperada pregunta.

—Sí que lo soy. ¿Acaso tú puedes dudarlo? Bien sabes que por la salud de la patria estoy dispuesto a todo.

—Pues esta es noche de probarlo, Bonifacio. La casualidad nos ha puesto en camino para ser los salvadores de la nación. Ven conmigo; te necesito a ti y a algunos hombres más.

—Si se trata de servir a la nación, aquí tenéis uno —dijo una voz a espaldas de Drouet.

El enérgico maestro de postas volvióse rápidamente, y al ver al joven

y notar el acento extranjero con que hablaba, dijo con rudeza dirigiéndose al tabernero:

—Bonifacio, ¿quién es este hombre? Parece un extranjero.

—Es un buen patriota. He visto su pasaporte con la recomendación de nuestros amigos de Dunkerque, y viene fugitivo de España, donde lo perseguían por ser enemigo del despotismo.

Drouet clavó su fiera mirada en el rostro del joven español, y éste dijo con sencillez:

—Ciudadano: mi nombre es Félix Guzmán. Mi padre, que está en París, pasa por grande amigo de Marat, y yo traigo una carta de recomendación para Camilo Desmoulins. Ahora ya me conocéis, y si apreciáis que soy útil para el servicio de la nación, mandad, que os obedeceré.

Drouet hizo un gesto imperioso y dijo en voz baja, dirigiéndose al tabernero y a su huésped:

—Seguidme; fuera hablaremos.

Los dos hombres, siguiendo al maestro de postas, salieron de la sala, y pasando frente al mostrador en el que dormitaba el mozo de la taberna, llegaron a la plaza, viendo a los pocos pasos a un hombre a caballo que tenía cogido por la rienda a otro corcel.

Drouet se dirigió al jinete, que parecía ser un criado, y le dijo con acento que no admitía réplica:

—Guillermo, entra las cabalgaduras en el establo de la taberna. El criado de Bonifacio te dará cuanto necesites.

El maestro de postas se alejó con el tabernero y Guzmán, y al llegar al extremo opuesto de la plaza, se detuvo para preguntar a Dubois:

—Bonifacio, ¿quién es el individuo del común que te inspira más confianza y es tenido en Varennes por mejor patriota?

—El síndico Sausse —repuso sin vacilar Dubois—. Es un droguero de gran entusiasmo patriótico, y al mismo tiempo tan reservado, que cuando le hablas, puedes hacerte la cuenta de que tus palabras caen en un pozo sin fondo.

—¿Vive muy lejos?

—Tiene su tienda cerca del puente.

—¡Magnífico! El sitio no puede estar mejor escogido. Vamos allá.

Y los tres hombres, saliendo de la plaza, internáronse en las

callejuelas que conducían al puente, el cual ponía en comunicación las dos partes de Varennes, que se llamaban ciudad alta y ciudad baja. A los pocos pasos detúvose Drouet como si adoptara repentinamente una decisiva resolución, y dijo a sus dos compañeros:

—Supuesto que vamos a ir juntos, es inútil que guarde por más tiempo mi secreto. Oídme bien.

Y casi al oído de los dos hombres dijo en voz muy baja, pero que a Dubois y Guzmán, conmovidos por la sorpresa, les pareció que era un trueno que ponía en conmoción toda la ciudad:

—El rey con su familia, faltando a las leyes, se ha escapado de París. Esta tarde lo he visto yo mismo en Santa Menehould y antes de un cuarto de hora pasará por aquí. Vamos a cumplir nuestro deber de buenos ciudadanos.

II.- EN EL PUENTE DE VARENNES

El señor Sausse, síndico del común, droguero al por menor, patriota de gran prestigio en la ciudad alta, y hombre que aunque no tan popular como el tabernero Dubois le excedía mucho en punto a respetabilidad, estaba medio desnudo y ocupado en la importante tarea de ponerse el gorro de dormir, sin perder la gravedad propia de un individuo de la corporación municipal, cuando su vieja casa, inmediata al puente, se conmovió desde los cimientos al tejado con los violentos golpes que recibía la puerta de la calle.

El síndico miró a su esposa, que se incorporaba despavorida en la inmediata alcoba, y después de tranquilizarla suponiendo que aquella llamada obedecería a algún asunto urgente de la junta comunal, dijo con cierta alarma:

—¡Demonio! Esa gente va a echarme la puerta a tierra… ¿Quién va?

Yasomó su cabeza a una ventana que acababa de abrir, sin lograr por esto que sus ojos encontrasen en la oscuridad de la noche a los que aquel ruido producían,

—Soy yo. Bonifacio Dubois el del Brazo de Oro —contestó una voz desde la profunda oscuridad de la calle—. Bajad al momento, señor Sausse; sois buen patriota y la nación necesita vuestro auxilio.

Nunca se había mostrado sordo el síndico cuando le hablaban en nombre de la nación, y como esta vez era nada menos que el patriota Dubois quien reclamaba su auxilio, de aquí que inmediatamente, sin cuidarse de cerrar la ventana, comenzara a vestirse, mientras su esposa abandonaba el lecho alarmada por tan repentino llamamiento.

—Ya que te empeñas en esperarme —dijo el síndico a su mujer—, vístete, que tal vez mi ausencia sea un poco larga.

Y el señor Sausse se deslizó por la estrecha escalera de caracol que

conducía al piso bajo, donde estaba la tienda, y poco después salía a la calle, encontrando a su amigo Dubois con otros dos hombres.

—¿Qué ocurre, señores?

—Mirad, señor Sausse; este que está aquí es Drouet, el maestro de postas de Santa Menehould. Esta tarde a las seis ha visto al rey con su familia en una gran berlina, y asegura que antes de un cuarto de hora pasarán por aquí los fugitivos.

El síndico quedó aturdido por tan inesperada noticia.

—Ya decían —murmuró— que el rey pensaba desde hace mucho tiempo jugarle una mala partida a la nación. ¡Pero esto es inaudito! ¡Faltar tan abiertamente a la Constitución y huir de Francia para unirse a los enemigos de la libertad y de la patria!… ¿Pero qué hacer?… A mí me parece que lo mejor sería tocar a rebato, reunir el común, llamar a las armas a toda la guardia nacional de Varennes y detener al rey.

—Detenerlo, sí —dijo Drouet—, pero no hay tiempo para hacer todo lo demás que proponéis. Mientras se reúne la guardia nacional, es posible que los fugitivos hayan atravesado todo Varennes, y además, el toque de rebato antes de tiempo sería perjudicial, pues el rey, apercibiéndose de la alarma, huiría, y hay que contar además con que existen destacamentos para protegerle en todas estas poblaciones y que el señor de Bouillé, con su caballería alemana, no debe estar muy lejos. Apoderémonos ante todo de los fugitivos sin escándalo y sin ruido, que después ya haremos saber a Varennes entero la captura, para que todos vengan en nuestro auxilio.

Sausse encontraba muy razonable las observaciones de Drouet, y en vista del poco tiempo de que podían disponer, le excitaba a que él mismo se encargase de ordenar todo lo necesario para la captura del rey.

—No lleva escolta cerca de su coche —dijo el maestro de postas—, y, por lo tanto, pocos hombres son necesarios para detener a los fugitivos. Basta con que tú, Bonifacio, traigas al puente cuatro o cinco de tus amigos, bien armados, y allí es donde esperaremos el paso del rey.

El tabernero hizo un ademán, como indicando que no tardaría en volver, y desapareció en la oscuridad.

—Ahora, señores —dijo el síndico-, entrad en mi trastienda y podréis escoger entre algunos fusiles del común que tengo en depósito.

Algunos minutos después, el síndico, Drouet y Guzmán, que permanecía silencioso y como asombrado por aquella aventura tan grata para él que se le presentaba a los pocos días de haber

desembarcado en Francia, entraban con el fusil al hombro en el puente, que era estrecho, de construcción antigua, y que en el extremo de la parte alta de la ciudad tenía una oscura bóveda de piedra, por la que forzosamente habían de pasar los carruajes.

Casi a la entrada del puente y a la puerta de la última casa que hundía sus cimientos en el río, había una carreta que aún conservaba algunos haces de paja de la carga que habría llevado el día anterior.

—Tenemos suerte —exclamó alegremente Drouet al ver el vehículo—. He ahí un excelente baluarte para impedir el tránsito por el puente. Utilicemos la carreta.

Drouet, que era hombre forzudo, agarró decididamente la lanza del vehículo, y ayudado por Guzmán y el síndico, lo condujo hasta dentro del puente, donde bastó un solo empujón de sus hercúleos hombros para volcarlo de modo que cerrase el paso.

Entonces los tres hombres, con la mano en el gatillo de sus fusiles, colocáronse junto a la improvisada barricada, y así permanecieron mucho tiempo, con la inmovilidad del que acecha al enemigo y arrullados por aquel incesante murmullo que las aguas producían corriendo bajo los achatados arcos del puente y que turbaba el profundo silencio propio de una noche oscura y de una ciudad que despierta al amanecer.

Drouet aguzaba el oído como para percibir los ruidos más lejanos; pero la calma era absoluta y no se escuchaba nada que delatase la proximidad de los fugitivos.

—Es muy extraño esto —murmuraba el terrible maestro de postas—. Yo creía llevarles una ventaja a lo más de un cuarto de hora, y hace ya tiempo que me encuentro en Varennes, sin que nada nos indique la proximidad del rey. ¡Maldición! Tan afortunados son siempre los tiranos, que es posible que mientras yo venía hacia aquí por los atajos, el rey se haya detenido en las inmediaciones de Clermont, reuniéndose a algunos de los escuadrones que Bouillé le ha enviado para proteger su marcha. Esto sería demasiado terrible, pues si no queríamos morir aquí, tendríamos que ver cómo Luis se alejaba camino de la frontera, sin poder estorbar su marcha.

El síndico y Guzmán encontraban que era muy posible la suposición de Drouet. Consideraban probable el que desembocasen en el puente dos o tres centenares de jinetes que les acometieran sable en mano, a ellos, que aun contando con el auxilio de Dubois y los suyos, no llegaban a una docena de hombres; pero a pesar de esto, los dos no experimentaron el menor temor y con el fusil preparado siguieron esperando junto a la carreta.

El señor Sausse, que se había repuesto ya de la sorpresa producida por tan inesperada aventura, sentía una viva curiosidad, que al fin no pudo contener, y preguntó al maestro de postas:

— ¿Pero cómo habéis reconocido al rey?

—Fue esta tarde a las seis, cuando yo le vi pasar frente a mi misma casa. Todo el vecindario de Santa Menehould estaba muy excitado por la vista de tantos pelotones de dragones y húsares, que mandados por

oficiales insolentes, iban de uno a otro pueblo o aguardaban, sin dar una explicación clara que justificase sus movimientos. Yo no sé quién hizo correr la voz de que los soldados venían para obligar a viva fuerza a los labriegos que pagasen sus atrasos a los dueños de las tierras, y esto hacía que reinase gran excitación entre la gente, hasta el punto de que algunos grupos se habían dirigido a las Casas Consistoriales para decir que todo aquel movimiento no era natural, que había que desconfiar de Bouillé y repartir entre el paisanaje trescientos fusiles nuevos que la autoridad del departamento había remitido para que se formase la guardia nacional. Yo estaba de un humor de todos los diablos, pues por la mañana había tenido un gran altercado con el posadero del pueblo, por culpa de uno de los boquirrubios oficiales de húsares, que no había querido alquilar los caballos de mi establecimiento. Un escuadrón de dragones mandado por el capitán Dandoins estaba en la plaza del pueblo, inmóvil, y afectando tranquilidad, y yo que lo contemplaba desde la puerta de mi casa, sin saber por qué, comenzaba a concebir graves sospechas, de las que inmediatamente me burlaba, teniéndolas por absurdos que producía mi despecho. Percibióse el galopar de un caballo y pasó rápidamente un correo con chaqueta amarilla, que por su gallarda figura, más tenía tipo de aristócrata que de empleado de las postas. No fui yo sólo el asombrado. Todos los aldeanos que estaban en la plaza extrañáronse del gallardo porte del correo, pero el asombro fue aún mayor cuando algunos minutos después apareció una descomunal berlina amarilla, cargada con una gran balumba de cofres y cajas de cartón. Sólo un potentado podía viajar con tal aparato, y la gente comenzó a decir que era el príncipe de Condé que regresaba a Francia de incógnito. El carruaje pasó entre los dragones, que se llevaron la mano a la visera del casco, saludando con gran respeto, y una señora hermosa y de gesto altivo que asomaba su gran sombrero de plumas a la ventanilla del carruaje, les saludó a su vez con una expresión de dignidad que me causó gran asombro. Yo pensaba, como los demás curiosos, que todo aquello era muy extraño; pero cuando el carruaje se detuvo justamente junto a mi puerta, y un hombre asomó incautamente la cabeza a la ventanilla para volver a ocultarse inmediatamente, comprendí el significado de tan misteriosa escena. Apenas vi la cara de aquel hombre, examiné un asignado de cincuenta libras que tenía en mi bolsillo, y que ostentaba el retrato de Luis XVI. No me cabía la menor duda: el hombre que iba en el interior de la berlina era

el rey, y la mujer y los niños que le acompañaban, eran su familia. «Guillermo —dije a mi criado que estaba detrás de mí—, ahí dentro va el rey.» Le ordené que inmediatamente ensillase dos caballos, y permanecí quieto, con actitud indiferente, mientras estuvo el carruaje parado, pues temía a los dragones que estaban allí para proteger la marcha del rey. Tiempo me quedaba para alcanzar el carruaje o para tomarle la delantera. Apenas partió la berlina, corrí a la casa municipal y dije toda la verdad, produciéndose inmediatamente un tumulto indescriptible. Los mozos de labranza acudieron armados de hoces y horquillas, los tambores tocaron generala, la guardia nacional acudió con sus fusiles al municipio pidiendo pólvora y balas, y el pueblo desorganizó a los dragones haciéndoles gritar «Viva la nación», mientras que el síndico del común arrestaba al capitán Dandoins. Guillermo y yo montamos a caballo inmediatamente, y a todo galope salimos en persecución del carruaje del rey, por el camino de Clermont. Anochecía ya, pero a la media hora de marcha noté que nos perseguía a rienda suelta un corpulento dragón, con el sable pendiente del puño y una pistola en la mano. Así corrimos durante mucho tiempo; yo persiguiendo al rey para cogerle, y el dragón persiguiéndome a mí para matarme.

—¿Y no sabéis quién era vuestro perseguidor? —preguntó ansioso el síndico Sausse.

—No —respondió Drouet—, pero presumo que sería alguno de los dragones del capitán Dandoins, que apercibiéndose de mi marcha y comprendiendo la intención, había venido en mi seguimiento para salvar del peligro a su señor.

—¿Y cómo os librasteis de él? —dijo entonces el joven Guzmán.

—Cerca de Clermont me encontré a los postillones que habían enganchado los tiros en Santa Menehould y que volvían a casa después de haber sido relevados por los de Clermont. Hablé con ellos un solo instante y me dijeron que en la ciudad había también muchos dragones, mandados por el conde de Damas, y que la berlina, así que le engancharon los nuevos tiros, en vez de seguir la carretera real, había torcido con dirección a Varennes. Esta noticia era de gran importancia para mí. Yendo hasta Clermont, a más de perder mucho tiempo, exponíame a que el conde de Damas me detuviera si le inspiraba sospechas, y por esto Guillermo y yo abandonamos el camino, tomando por atajos que nosotros sólo conocíamos, lo que indudablemente iba a

librarnos de la encarnizada persecución de aquel gigantesco soldado. A la media hora de correr entre espesos bosques con dirección a Varennes, el dragón habíase despistado, perdiéndonos de vista. Nosotros vinimos hasta aquí, y ya sabéis todo cuanto hemos hecho desde que llegamos a la taberna del Brazo de Oro.

Mientras Drouet decía la última parte de esta relación, habían ido entrando uno a uno en el puente, cuatro o cinco hombres, que, deslizándose como sombras a lo largo del pretil, fueron a colocarse junto a la volcada carreta, saludando respetuosamente al señor Sausse.

El síndico los reconoció. Eran de los más exaltados patriotas de Varennes, y Bonifacio los enviaba armados de fusiles para que tomasen parte en aquella empresa, que iba resultando cada vez más peligrosa.

Era un rasgo de audacia el que intentase un pequeño grupo de hombres detener a un rey fugitivo que tenía en las inmediaciones muchos centenares de jinetes para proteger su marcha.

El silencio de la noche y aquella calma que contrastaba con lo aventurado de la situación, impresionaba al grupo de patriotas.

Hubo un instante en que creyeron todos oír un sonido débil y lejano, igual al campanilleo del tiro de un carruaje que entrara por la parte más elevada de la ciudad, pero pronto dejó de oírse aquel ruido, y todos los que estaban en acecho lo creyeron una ilusión de su deseo.

Drouet comenzaba a inquietarse por la desaparición de su amigo el tabernero, tanto como de la tardanza de la familia real.

—Pero… ¿dónde estará Bonifacio? —murmuraba. Algo debe haber visto en la ciudad alta, cuando permanece ausente después de habernos enviado a sus amigos.

Los relojes de Varennes dieron las once y media y aún transcurrieron algunos minutos antes de que un hombre, surgiendo de la oscuridad, se acercara corriendo a la barricada improvisada por los patriotas.

Al mismo tiempo, aquel alegre campanilleo que antes se había oído lejano e imperceptible, volvía a sonar más cerca y de un modo tan claro, que no daba lugar a dudas.

El grupo de patriotas reconoció inmediatamente a Bonifacio Dubois, que llegaba sudoroso y jadeante por la larga carrera que había dado a través de las oscuras y tortuosas calles de la ciudad alta.

—Ya están ahí —dijo el tabernero—. Esas campanillas que se oyen

son las del carruaje que los conduce.

Bonifacio notó en sus compañeros un movimiento de curiosidad y se apresuró a añadir:

—Me dirigía yo a las afueras de la ciudad alta para avisar a otro de mis amigos, cuando tropecé con un hombre vestido con el uniforme de los correos, y que llevando el caballo de la brida, se detenía ante algunas puertas, llamando, sin que nadie le contestara. Después he sabido que el tal correo es un noble disfrazado a quien llaman el conde de Valory. Yo le seguí a pocos pasos, y cuando él, cansado de llamar a las cerradas puertas, se dirigió a un carruaje que le seguía lentamente a corta distancia, no pudiendo contenerme, grité con toda mi voz: «Postillones! ¡De orden de la nación, desenganchad! ¡Conducís al rey!» Mi voz debió despertar a la gente que iba dentro del coche, pues inmediatamente este se detuvo y apeáronse una mujer y varios hombres. A la luz de los faroles del carruaje, reconocí al rey y a la reina, y los otros hombres me parecieron tan falsamente disfrazados de criados como el conde de Valory. Han pasado cerca de media hora vagando por las solitarias calles, seguidos por mí cautelosamente, y así he podido enterarme de que a quien buscaban era al hijo del general Bouillé, encargado de proporcionarles los caballos de relevo para llegar al campamento. Como ese boquirrubio oficial enviado por su padre se ha alojado en la ciudad baja, en la posada del Gran Monarca, y tal vez a estas horas esté durmiendo, no han podido encontrar el menor rastro de él, y desalentados y confusos han vuelto a subir en la berlina y ahora se dirigen hacia aquí.

—¿Llevan escolta? —preguntó Drouet.

—No; y bastante se lamentaban de ello en lo que yo he podido oír. Creían encontrar en Varennes un gran destacamento de húsares y ahora se conduelen de no haber traído consigo los dragones que capitanea en Clermont el conde de Damas. Cuentan con las numerosas fuerzas que Bouillé tiene destacadas en los pueblos inmediatos, pero en este momento no disponen de más auxilio que el que pueda proporcionarles ese conde disfrazado de correo y los lacayos de la berlina, que deben ser también servidores falsificados.

—Siento que ellos sean tan pocos con relación a nosotros —murmuró el terrible Drouet—, pero cuando se trata de servir fielmente a la nación, la nobleza y el desinterés son simples preocupaciones. Detendría al rey aunque este fuese solo y estuviera enfermo.

Callaron los patriotas y el campanilleo de la berlina se fue oyendo cada vez más cercano. La calle inmediata al puente conmovíase con el estrépito de las ruedas y las pisadas de los caballos, y por fin surgió en la oscuridad, a la misma entrada de la bóveda, un colosal objeto negro, con dos puntos rojos, luminosos y centelleantes, que parecían los ojos de un fantasma.

Eran los faroles de la berlina, que se movían inquietos, a causa del balanceo del vehículo al rodar sobre el desigual empedrado.

Cuando el carruaje entró en el puente, la escena fue tan rápida como decisiva.

Bonifacio con algunos patriotas detuvo los caballos delanteros del tiro, al mismo tiempo que Drouet por un lado y Guzmán por otro, introducían las bocas de sus fusiles dentro del coche por cada una de las portezuelas.

—¡Alto! ¡Los pasaportes! —gritó el síndico Sausse abalanzándose al carruaje.

Y arrancando uno de los faroles del pescante, el droguero dirigió su rojiza luz sobre el rostro de un hombre obeso que iba sentado en el banco delantero de la berlina.

Tres jóvenes de aspecto distinguido que vestidos de lacayo ocupaban la trasera del coche, al verse detenidos tan bruscamente, intentaron desenvainar sus cuchillos de monte, pero los fusiles que les apuntaban algunos patriotas paralizaron su movimiento.

—Bajad, señores —decía Drouet con una expresión de gozo que no podía ocultar—. Seguidnos a casa del síndico del común. Es preciso ver vuestros pasaportes, pues en estos tiempos viaja mucha gente que es enemiga de la nación y de los buenos patriotas.

El hombre obeso que estaba sentado a la portezuela sonreía con fingida bondad, mientras que la señora que ocupaba el fondo del carruaje pugnaba por borrar de su rostro una expresión altanera y desdeñosa que desde el primer momento había llamado la atención de Guzmán.

Junto con estas personas, ocupaban el interior del carruaje una dama de edad y una joven de aspecto sencillo y marcadamente cándido, con un niño y una niña que miraban a todas partes con la extrañeza propia de la inocencia.

El síndico Sausse había pedido sus pasaportes a los viajeros, y le

entregó un manojo de papeles la señora anciana que iba sentada al lado de aquella otra dama que tanta altanería mostraba en su gesto.

Bonifacio Dubois sostenía el pesado farol arrancado del coche, y a su luz, iba leyendo pausadamente el viejo droguero.

Resultaba imponente la escena que se desarrollaba sobre el puente de Varennes.

El grupo de patriotas, con el fusil preparado, permanecía oculto en la penumbra que formaba la rojiza luz del farol; los postillones miraban con aire indiferente y cansado al síndico y a sus amigos; los lacayos, montados en la trasera, y el correo que había bajado de su caballo para colocarse junto a una portezuela, mostraban en su rostro una expresión mezcla de alarma y terror, y los viajeros que ocupaban el interior del carruaje esforzábanse en aparecer tranquilos y sonrientes.

El síndico seguía leyendo los pasaportes y preguntaba a los viajeros conforme iba enterándose del contenido de aquellos.

—¿La baronesa de Korff?

—Yo soy, señor síndico —dijo la señora ya anciana que ocupaba el fondo de la berlina.

—¿Y la señora Rochet? —siguió preguntando el síndico sin levantar la vista de sus papeles.

—Es esta dama que se encuentra a mi lado. Como aya, está encargada de la educación de mis dos hijos que vienen aquí.

—Entonces esa joven que os acompaña será, según dice el pasaporte, la señorita Rosalía, vuestra doncella de estrado.

—Así es, caballero; y el hombre que viene con nosotras es Durand, mi fiel ayuda de cámara.

Sausse levantó los ojos y fijó una irónica mirada en aquel hombre obeso y todavía joven, vestido de paño pardo y con peluca, quien al oír su nombre, saludó profundamente, procurando afectar los modales de un criado.

Guzmán era también de los que no quitaban la vista de aquel ayuda de cámara de tan ramplón aspecto, mientras que el terrible Drouet rugía al oído del síndico:

—¡Farsa!, ¡pura farsa! Son los que buscamos: arrestémoslos inmediatamente.

Sausse sonreía con la amabilidad de un hurón, y dirigiéndose a la que

se llamaba la baronesa de Korff, dijo con galantería que resultaba un tanto grotesca:

—Señoras, siento deciros que os es imposible por ahora el continuar vuestro camino. No os detenemos, pues lleváis los pasaportes en regla, pero los caballos no pueden pasar adelante sin descansar, y mientras los postillones buscan en la ciudad baja el medio de reponer el tiro, podéis reposar en mi casa que está cerca y donde indudablemente pasaréis mejor la noche que en este carruaje.

Cruzóse una mirada interrogante entre el ayuda de cámara y la señora que aparecía como aya de los niños, e inmediatamente el llamado Durand se apeó, diciendo al síndico:

—Vamos a donde gustéis. Estas señoras agradecen vuestra atención.

Descendieron del coche las tres mujeres y los dos niños, y escoltados todos por el armado grupo de los patriotas, dirigiéronse a casa del droguero, cuya puerta estaba abierta, inundando una parte de la oscura calle con el resplandor de las luces encendidas en la tienda.

Los viajeros entraron en una sala del piso situada a continuación del despacho de drogas y desde la cual se veía la calle.

La titulada baronesa de Korff y su elegante aya sentáronse en un rincón, donde permanecieron inmóviles y silenciosas; la joven y los dos niños miraban con curiosidad simpática a la señora Sausse, que paseaba su blanco y almidonado gorro de un extremo a otro de la sala, arreglándolo todo para mayor comodidad de los viajeros, y en cuanto al ayuda de cámara, al entrar había pedido de beber, sin cumplimiento alguno, como si se encontrara en una taberna, y ahora, sentado junto a una gran mesa de roble, se mostraba muy entretenido con un cuarterón de queso de Brie y una botella de vino de Borgoña.

Drouet, Dubois y algunos de los patriotas habían desaparecido, quedando solo Guzmán y otros dos hombres, que con el fusil al brazo estaban a la parte de afuera de la droguería, vigilando como si se hallasen a la puerta de una cárcel.

Sausse permanecía al lado del ayuda de cámara viendo la avidez con que despachaba el queso y el vino, y hablándole con acento indiferente del estado del país y de la miseria de los campesinos.

De vez en cuando abandonaba al ayuda de cámara y salía a la tienda, en la que encontraba algún hombre del pueblo, con zuecos y bastón

herrado, como dispuesto a hacer una larga caminata.

El síndico, de pie junto a su mostrador, escribía rápidamente algunas líneas en un papel y lo entregaba a tales correos, quienes partían inmediatamente.

El contenido de aquellos partes del síndico era siempre el mismo: «Pronto: partid con armas y cañones, enviad vuestra guardia nacional. ¡Pronto! El rey está aquí con la familia real. ¡Pronto! ¡Pronto!»

Aquellos veloces emisarios que el tabernero del Brazo de Oro iba enviando, cogían los partes y corrían inmediatamente con dirección a los pueblos cercanos, esparciendo la alarma por toda la comarca y haciendo que el pueblo, al levantarse en armas en vista del peligro, afluyese en masa hacia Varennes.

En la trastienda todo seguía lo mismo. Las mujeres permanecían inmóviles y silenciosas, y en cuanto al ayuda de cámara, comenzaba a mostrarse inquieto y alarmado en vista de las continuas salidas del droguero.

No pasaban desapercibidas para aquel hombre la partida de tantos emisarios y las órdenes que daba Sausse a los que estaban en la calle; y al mismo tiempo causábale inquietud el ver a Guzmán, que atravesando la tienda, había venido a colocarse a la puerta de la sala, fijando con insistencia su mirada en el viajero.

El llamado Durand notaba algo que era poco vulgar en aquel joven de arrogante figura, que empuñando el fusil obstruía la puerta y manifestaba con su silencio lo poco dispuesto que estaba a dejar libre la salida.

El color moreno de su rostro y sus negros ojos de insistente mirada, llamaban la atención del obeso y bondadoso Durand, que al fin se decidió a preguntar:

—Perdonad, amigo. ¿Sois de Varennes?

—No. Soy español.

Esta contestación inesperada hizo que las señoras fijasen en él sus ojos y que el ayuda de cámara exclamase con extrañeza:

—¡Español!… ¿Y cómo os halláis aquí?

—Acabo de huir de mi patria por ser enemigo de los reyes.

Estas palabras hicieron que se bajasen los ojos que antes le miraban con interés, y en cuanto al ayuda de cámara, contestó con un «¡Ah!» prolongado que demostraba su sorpresa y extrañeza.

Sausse, que acababa de entrar en la sala, iba ya a salir, en vista de que le aguardaban en la tienda, cuando el ayuda de cámara, cada vez más alarmado, le dijo con irónica expresión:

—No salgáis: quedaos aquí y hablaremos, pues vuestra conversación me agrada.

El síndico, haciendo un gesto de indiferencia, sentose frente a Durand y reanudó la conversación al mismo tiempo que dirigía furtivas miradas a un retrato de Luis XVI que estaba colgado frente a la puerta de la sala.

Algo sonó fuera de la casa que inmediatamente llamó la atención de todos, haciéndoles aguzar el oído. En el interior de aquella habitación, que carecía de ventanas, semejaba aquel ruido el grave susurro de un colosal avispero.

—¿Qué es eso? —preguntó con alarma el ayuda de cámara.

Guzmán adelantó un paso y dijo con irónica cortesía:

—Es el toque de rebato que anuncia vuestra llegada. Ahora suena lejos, pero dentro de un instante voltearán todas las campanas de Varennes para anunciar al dormido vecindario que tiene el honor de haber recibido la visita de un rey fugitivo y traidor a la nación.

Aún no había dicho Guzmán las últimas palabras, cuando ya se oían otras campanas más próximas, que con sus continuos y estridentes sonidos demostraban la violencia con que eran volteadas.

En aquel impetuoso campaneo que conmovía a Varennes hasta los cimientos, notábase la furia de Drouet, el terrible fanático del patriotismo.

Sausse, ante tan violenta explosión de sonidos que despertaba toda la ciudad, creyó llegado el momento de hablar, y levantándose del asiento, irguió su raquítica figura majestuosamente, como si él fuese la encarnación del pueblo que después de dieciocho siglos de irracional obediencia a la monarquía, osaba dar órdenes a sus reyes, en nombre de la soberanía de los pobres y de los desgraciados.

El droguero señaló con un dedo la estampa colgada en la pared y dijo gravemente al ayuda de cámara:

—Señor, mirad vuestro retrato.

El llamado Durand abandonó conmovido su asiento y después de pasados algunos instantes repúsose de su sorpresa y se decidió a contestar:

—Pues bien, sí, amigo mío, soy el rey: es ya inútil negarlo.

Miró después a sus acompañantes de viaje, que parecían aterradas, y añadió:

—Soy Luis XVI, y esos pasaportes que antes habéis leído son falsos. El ayuda de cámara Durand es el rey de Francia; la que aparece como aya, es mi esposa la reina; esta señorita es madama Isabel, mi hermana; estos niños son mis hijos; y la señora Tourzel, encargada de su educación, es la que se ha presentado a vosotros con el título de baronesa de Korff. Ya estoy descubierto y confío en el amor de vosotros, que como buenos franceses, debéis ser fieles al rey y auxiliarle cuando esté en peligro.

Detúvose Luis, y después de mirar fijamente al síndico como si pretendiera deslumbrarle, dijo con la altanería majestuosa propia de una raza que se cree apoyada por Dios:

—¿Estáis dispuesto a obedecer a vuestro monarca?

El viejo Sausse sostuvo sin pestañear la regia mirada y contestó con sencillez y gravedad:

—Señor, los buenos patriotas sólo obedecen a la nación. Si vos no odiáis a vuestro pueblo, debéis ser el primero en obedecer su voluntad.

III.-ELCALVARIO DE UN REY

El toque de rebato había puesto en conmoción a todo Varennes.

Como por arte mágica, apenas comenzó aquel furioso campaneo, se abrieron ventanas y puertas, hombres y mujeres lanzáronse a la calle armados de lo primero que encontraron, y se preguntaban con terror si era que había vuelto a aparecer alguna de aquellas compañías de bandidos que tanto habían asolado al país dos años antes, y mientras tanto, Santiago Dubois iba por las calles gritando: «¡A las armas!», seguido de algunos pilluelos con tambores que tocaban generala estrepitosamente.

No faltaba gente enterada que explicaba al inquieto vecindario el motivo de aquella alarma, y el tumulto iba afluyendo a la calle donde vivía el síndico del común, agolpándose frente a la puerta los inquietos grupos, en los que aparecían revueltos los fusiles de la guardia nacional con las horquillas y las hoces de los labriegos.

El síndico Sausse, en vista de que la gente invadía su casa, había trasladado la real familia a una habitación del piso alto, y en el revuelto lecho del matrimonio, que aún conservaba las sábanas calientes, había sido acostado el hijo de Luis XVI, que dormía vestido, con el profundo y confiado sueño de la inocencia.

Guzmán, viendo ya bien guardada a la real familia por las turbas que cercaban la casa, iba por la ciudad animando a los grupos de guardia nacional que llegaban de los pueblos cercanos y tomando precauciones para rechazar una agresión de los destacamentos de caballería que iban presentándose.

Los escuadrones de húsares y de dragones apostados por Bouillé en los diferentes puntos del camino que había de seguir la fugitiva familia real, al enterarse de la detención de Luis XVI, llegaban a Varennes a todo

galope, conducidos por sus jefes, que parecían indignados.

Notábase en aquellas tropas que llegaban, muy diversas disposiciones. El duque de Choiseul, el conde de Damas y los demás oficiales que mandaban los destacamentos, mostrábanse furiosos y hablaban de acuchillar a la canalla que se había atrevido a detener al rey, pero los húsares aparecían impasibles como si no les importaran gran cosa los infortunios monárquicos, y cada vez que el pueblo en las calles de Varennes les gritaba «¡Viva la nación!», los soldados sonreían guiñando los ojos maliciosamente.

Allí, únicamente mostraban fidelidad inquebrantable al rey los hombres privilegiados, los elegantes oficiales pertenecientes a la primera nobleza; pero los soldados simpatizaban con el pueblo del cual procedían, y sin hacer la menor resistencia, dejaban que los paisanos, agarrando las riendas de sus caballos, los sacasen de las filas y los llevasen como en triunfo vitoreando el patriotismo del ejército.

Choiseul y Damas penetraron en la casa de Sausse espada en mano, con aire de bravos, dispuestos a sacar a viva fuerza a la familia real para ponerla en salvo; pero pocos instantes después, cuando ofrecían a Luis XVI el apoyo de sus húsares, estos ya se habían dispersado, obedeciendo a los que les decían que el ejército debía seguir a la nación y no al rey; y fraternizando con los patriotas, habíanse marchado a las tabernas, abandonando por completo a sus jefes.

Otro oficial, el barón de Goguelat, después de pasar algún tiempo en la estancia donde permanecía la familia real asombrada de aquella detención que nunca llegó a imaginarse, había bajado a la calle y poseído de la mayor desesperación iba en busca de los húsares, habiéndoles en nombre de la disciplina, sin que lograra ser oído.

Aquellos soldados viejos, que tenían en sus cuerpos más golpes de vara que cicatrices de guerra, no profesaban cariño alguno a unos jefes que siempre les habían tratado desde una desdeñosa distancia, y aprovechaban la ocasión para ponerse al lado de la patria que era quien les sustentaba, y emanciparse para siempre de la monarquía, que los había tratado más como bestias que como guerreros.

En todas las ventanas y puertas de Varennes habían sido colgadas cuantas luces poseían los vecinos, y por las calles, regularmente alumbradas, circulaba una gran multitud.

El toque de rebato, saltando de uno a otro campanario, extendíase por toda la oscura llanura hasta perderse en el infinito, y tanto este campaneo como los urgentes avisos de Sausse producían un inmediato efecto, pues el campo, lo mismo que la ciudad, levantábase en masa, y de muchas leguas a la redonda iban llegando los campesinos, con sus alcaldes a la cabeza, armados de fusiles e instrumentos de labranza.

En las primeras horas de la madrugada eran ya cerca de seis mil los hombres que habían acudido a auxiliar la autoridad municipal de Varennes, y la calle donde vivía Sausse estaba ocupada por una masa compacta de curiosos que fijaban sus miradas en las ventanas de la droguería, como si quisieran adivinar lo que ocurría dentro.

La situación era cada vez más crítica para la familia real. Luis XVI confiaba todavía en la llegada de Bouillé con algunos regimientos que le pusieran en salvo: pero mientras tanto los húsares bebían fraternalmente con los patriotas, prometiéndoles permanecer a su lado; la municipalidad, reunida en el consistorio, deliberaba sobre lo que debía hacerse; y Drouet, el terrible y desconfiado Drouet, vigilaba por sí mismo la casa del droguero, temiendo siempre que le arrebataran aquella presa, de la que dependía la tranquilidad de la nación.

Guzmán, impresionado por aquel hombre cuyo fanatismo político resultaba grandioso, le seguía a todas partes, pronto a auxiliarle así que estuviera en peligro, pues alguno de los fervientes monárquicos que pululaban por la puerta de la droguería miraban con ojos poco tranquilizadores al autor de la detención de los reyes.

El barón de Goguelat, oficial presuntuoso e insolente, que entre la nobleza gozaba fama de matón, iba con la mirada altanera y el gesto provocativo de un extremo a otro de la calle, buscando quien le ayudara a salvar al rey. Se abría paso en la muchedumbre a fuerza de golpes e insultos, y a las protestas de la gente contestaba con terribles juramentos, asegurando que antes de poco tendría allí auxilios suficientes para pasar a cuchillo a tanto pillete.

Drouet se acercó a él para decirle con terrible expresión:

—Veo, caballero, que queréis llevaros al rey, pero os prevengo que no lo tendréis sino muerto.

Goguelat lanzó una furibunda mirada al maestro de postas, pero su fusil y el de Guzmán le impusieron de tal modo, que en vez de responder

fue a desahogar su furia en un grupo de gente, curiosa e inofensiva, que le cerraba el paso.

Entonces se encaró con él, el comandante de la guardia nacional de Varennes, un anciano, que le dijo con energía:

—Os prohíbo, caballero, que deis un paso más. Retiraos inmediatamente.

Goguelat, dando un rugido, desenvaino su sable y fue a herir al viejo comandante, pero en el mismo momento un hombre se interpuso entre los dos.

Era Guzmán, a quien los insultos del aristocrático bravucón hacía tiempo que excitaban su carácter meridional, pronto a enfurecerse.

—Envainad esa espada —le gritó amenazante— y retiraos en seguida, pues estamos ya hartos de vuestras insolencias. La contestación del oficial fue dirigir al joven español un tremendo sablazo, que este paró prontamente presentando su fusil como escudo; y apenas acababa de presenciar la gente esta agresión, cuando sonó un tiro y el gigantesco Goguelat cayó al suelo con la frente atravesada.

Guzmán, con la prontitud de un temperamento nervioso, después de parar el sablazo, había apuntado su fusil y hecho fuego sobre el insolente oficial.

El agonizante cuerpo de Goguelat fue agarrado por algunos hombres y conducido a una casa próxima, mientras que los húsares, confundidos con la muchedumbre, reíanse de la muerte de aquel jefe feroz que tantas veces les había aporreado, y saludaban su caída gritando: «¡Viva la nación!»

El disparo había producido gran alarma en la familia real, que cada vez iba viendo su situación más difícil.

La sala del señor Sausse servía de decoración a una escena que hubiera resultado desconsoladora, a no ser porque los mismos actores habían buscado su infortunio haciendo traición al pueblo que los sostenía y marchando en busca del invasor extranjero.

El Delfín dormía descuidado en el mismo lecho del síndico; su aya, la señora Tourzel, estaba con la frente hundida en las manos como abrumada por tan inmensa desgracia; la hermana del rey y la hija hablaban junto a una ventana; Luis XVI contestaba con monosílabos a cuanto le decían sus oficiales Damas y Choiseul, y los guardias de Corps

que habían servido como lacayos en el viaje, estaban sentados en el fondo de la estancia asombrados de que terminara tan tristemente una expedición que había comenzado con felicidad.

La reina era la que presentaba un aspecto más desconsolador. Sentada en un banco, entre dos cajas de velas de sebo y sin quitarse su sombrero de rizadas plumas, hablaba con la señora Sausse, una buena mujer que bajo su almidonada papalina mostraba un rostro bondadoso, pero rudo.

Era aquello un terrible despertar, una horrorosa caída para María Antonieta.

La altiva y orgullosa hija de María Teresa, la princesa austríaca, desdeñosa hasta con sus iguales, criada en medio de las más exageradas delicadezas y de la mayor molicie, como una flor de invernadero, había venido a caer desde las más vertiginosas alturas en la humillación de verse detenida por unos cuantos aldeanos que la martirizaban con sus gritos de «¡Viva la nación!», los cuales crispaban los nervios de la mujer nacida para gozar del poder absoluto.

Ella que había sido reina de hermosura en los salones de Versalles, que había realizado todos los caprichos de su imaginación exaltada, organizando farsas pastoriles en el pequeño Trianón, y que en las Tullerías había mariposeado entre una corte de duques, cardenales y gentiles guardias, que se disputaban la más leve de sus sonrisas, veíase ahora caída y desalentada, en una miserable tienda de aldea, teniendo que implorar el auxilio de la señora Sausse, una lugareña tosca que no parecía entender sus palabras.

Esta humillación la debía a su terco empeño de ir contra la corriente popular; a su deseo de matar la naciente revolución, aunque para ello hubiera de solicitar el auxilio de los extranjeros enemigos de Francia, y al mismo tiempo, era sin saberlo la víctima propiciatoria que con sus desgracias había de expiar todos los crímenes con que habían afligido al pueblo las varias generaciones de monarcas monstruosos que la habían precedido en el trono.

María Antonieta, con el rostro desencajado, juntas las manos, y empañados por las lágrimas aquellos ojos que habían enloquecido a sus amantes del Trianón, suplicaba a la mujer del síndico que decidiese a su marido a que dejara huir al rey; y ella, que tan altanera se había mostrado siempre, lloraba por primera vez, y para convencer a la humilde lugareña, intentaba herirla en los sentimientos más íntimos de toda mujer.

—¡Ah, señora! —le decía a la droguera—. Procurad que el rey se salve. Dejadle que huya de sus enemigos de París y se refugie en el campamento de Bouillé. El rey es un hombre como vuestro esposo, y tiene hijos por quienes velar. ¿Acaso vosotros no tenéis hijos?

Pero la mujer del síndico, inspirada por la sensatez que aconseja siempre a las clases populares, contestaba con frialdad:

—Siento no poder serviros, señora. No quiero para mi marido responsabilidades que puedan costarle la vida. Las dos somos esposas, y si vos pensáis en el rey, yo pienso en el señor Sausse.

María Antonieta se desesperaba al ver que era imposible encontrar allí un medio de salvación.

La muerte del agresivo Goguelat había aumentado su terror, y su única esperanza era ya la llegada de Bouillé con algunos regimientos que desbandaran las masas revolucionarias reunidas en Varennes.

Hubo un momento en que la familia real se creyó próximamente a ser salvada. El coronel Deslon, que estaba en Duncon un fuerte destacamento de húsares esperando el paso de los fugitivos para escoltarlos, al saber que la familia real había sido detenida en Varennes, emprendió la marcha inmediatamente para librar al rey si aún era tiempo, y en menos de dos horas salvó las cinco leguas que existen de Dun a Varennes.

Al llegar al puente divisorio de la ciudad, sus soldados hubieron de echar pie a tierra, pues les cortaban el paso las barricadas levantadas por los patriotas; pero al ir a cargar sus armas, encontráronse sin municiones, conociendo entonces que en los varios alojamientos que habían ocupado, los cartuchos les habían sido robados por los paisanos, que ponían en sus bolsas guijarros de igual peso. La previsión del pueblo bastaba entonces para desbaratar todos los planes de la reacción.

El coronel hubo de avanzar completamente solo, llegando a la casa de Sausse, donde encontró al rey desalentado y abatido, hasta el punto de decirle con triste acento así que le vio:

—Decid al señor Bouillé que haga lo que pueda. Estoy preso y ya no puedo dar órdenes.

Deslon, al salir, intentó hablar en alemán a sus húsares excitándoles a que cargasen sable en mano sobre la muchedumbre, pero Drouet y los demás patriotas se lo impidieron gritándole a las primeras palabras con

acento amenazador:

—Basta ya de alemán. Callaos o tendréis la misma suerte que Goguelat.

Comenzaba a amanecer, cuando se produjo un gran oleaje en la muchedumbre que rodeaba la casa del droguero. Era que llegaban, procedentes de la capital, dos enviados de Lafayette y del ayuntamiento de París para ir en busca del rey.

Eran ya diez mil hombres armados los reunidos en Varennes, y al saber la alarma en que estaba París y la excitación que había producido la fuga del rey por no sancionar la Constitución, produjéronse amenazantes murmullos que acabaron con una explosión de furiosos gritos.

—¡A París! —exclamaba la muchedumbre—. ¡A París inmediatamente!

Y el grupo de patriotas exaltados que rodeaba a Drouet gritaba con expresión feroz:

—Si el rey no quiere partir, le arrastraremos por los pies hasta su coche.

La muchedumbre, por uno de esos caprichos que la hacen semejante a los niños tercos, se empeñó en que el rey saliese a la ventana, y Luis XVI, que temía el excitar la indignación de las masas, se apresuró a obedecer.

El nieto de Luis XTV, de aquel monarca que se apellidaba el Rey Sol, presentaba el más ridículo aspecto. ¿Qué había sido de la regia majestad? Los reyes sólo son imponentes cuando sus pueblos les contemplan prosternados, pero cuando se alzan poniéndose a su nivel, entonces sólo ven, en cada uno de ellos, un hombre cualquiera agitado por la zozobra y conmovido por el terror.

A la luz del sol naciente que doraba los tejados de Varennes, la muchedumbre vio al descendiente de los monarcas que se creían dioses, asomado a una ventana, vestido de pardo, con el rostro abatido y ojeroso, los brazos colgantes, la frente humilde, y mirando con estúpida vaguedad a la muchedumbre que le contemplaba silenciosa y extrañada.

Aquel hombre ya no era el descendiente de San Luis, sino el que se llamaba el lacayo Durand viajando con pasaporte falso.

La expresión de debilidad del monarca embraveció mucho más al pueblo y fue ya imposible demorar por más tiempo la marcha. Los

comisionados de París instaban a que cuanto antes se emprendiese el viaje; el pueblo rugía creyéndose engañado, y al fin la familia real, con los servidores fieles que la habían acompañado en su fuga, hubo de bajar a la calle para ocupar el mismo carruaje que por su desgracia la había conducido hasta allí.

La berlina, rodeada de diez mil hombres armados que arrastraban algunos cañones, emprendió lentamente la marcha y salió de Varennes entre el griterío de la gente que se quedaba y el gigantesco rumor que producía el paso de tan gran, muchedumbre.

Drouet y los enviados de París cabalgaban junto al coche y eran objeto de las ovaciones populares.

Bonifacio Dubois, creyendo que su condición de patriota modesto y desinteresado, no le permitía ir a París para recibir el agradecimiento que pudiera corresponderle, quedose en Varennes y se llevó a su taberna al joven Guzmán, queriendo celebrar con él una francachela en honor a los sucesos ocurridos durante la noche.

Guzmán no se hizo rogar mucho.

Estaba fatigado por la agitación de la noche anterior, y no le venía mal descansar algunas horas en el Brazo de Oro, emprendiendo la marcha después del almuerzo.

Complacíale, por otra parte, el marchar confundido entre la muchedumbre que escoltaba el coche de los reyes gozando de este modo la satisfacción del triunfo revolucionario, pero tenía la seguridad de que con su caballejo alcanzaría en unas cuantas horas a la ruidosa y abigarrada expedición.

Durmió hasta mediodía, tan bien como pueda hacerlo un hombre que ha pasado la noche de claro en claro, agitándose en el seno de una compacta muchedumbre y con el fusil preparado para defenderse, y cuando su amigo el tabernero le despertó, su apetito de joven robusto hizo honor a todos los platos de la cocina de la señora Dubois y a las botellas empolvadas por los años, que Bonifacio sacó de lo más recóndito de su cueva.

Era la una de la tarde cuando Guzmán, montado en su caballejo, salía de la taberna del Brazo de Oro, después de sostener una amistosa discusión con Dubois, que se empeñó en no quererle cobrar el importe de su hospedaje.

El tabernero no limitó a esto su generosidad, y Guzmán, para no causarle un disgusto, hubo de aceptar un magnífico par de pistolas inglesas, que el mismo Dubois metió en las viejas pistoleras del arzón de su montura.

Cuando ya iba a salir Guzmán de Varennes, supo por algunos vecinos que acababa de entrar en la ciudad baja un gran cuerpo de tropas de caballería.

Era el mismo Bouillé, que avisado por su hijo, galopaba en socorro del rey; pero el auxilio venía demasiado tardío. Había hecho correr una carrera desesperada a sus regimientos de caballería, teniendo que acuchillar algunos destacamentos de guardia nacional, que atraídos por el toque de rebato le salieron al paso, desde Verdún a Varennes. Caballos y jinetes caían de cansancio, y aunque Bouillé, con una valerosa terquedad, quería seguir adelante, sus oficiales más razonables le disuadieron. Para seguir el mismo camino que el rey y alcanzarle, habían de salvar primero el puente de Varennes, que los patriotas habían cortado con barricadas, colocando en ellas cañones; vadear el río era imposible, y además resultaba difícil, con caballos muertos de fatiga, llegar hasta la prisionera familia real, que les llevaba algunas horas de ventaja a través de un país que el toque de rebato había puesto en armas.

Guzmán, parando su caballo en la parte más alta de Varennes, contempló cómo se agitaban en la orilla opuesta del río todos aquellos vistosos uniformes poseídos del furor de la impotencia.

Después picó espuela a su caballo y al poco rato dejó a su espalda la pequeña ciudad, que había servido de escenario a la monarquía tradicional para la primera y más grande de sus humillaciones.

IV.-UN ENCUENTRO

En todo el camino fue notando Guzmán el efecto producido por el paso de aquella inmensa muchedumbre que escoltaba a la familia real.

Veía a los lados de la carretera los grupos de aldeanos que con sus mujeres e hijos habían acudido de muy distantes poblaciones para presenciar el paso de los reyes cautivos, y en los rostros de tantos curiosos parecía quedar retratada la impresión que había producido el paso de aquella berlina rodeada de un oleaje de picas, horquillas y fusiles, que avanzaba entre las nubes de polvo y las amenazas y rugidos de las masas, a las que parecía enloquecer el entusiasmo y los ardientes rayos del sol de junio.

Guzmán andaba ya más de dos horas llevando su cabalgadura a buen paso, y por los rezagados que encontraba comprendía que no debía hallarse muy lejos de la comitiva revolucionaria.

Nada hallaba a su paso que le indicase el haber ocurrido alguna revuelta, ni el haber sido objeto de atentado alguno la familia cautiva.

Los aldeanos con quienes hablaba decíanle que tanto el gentío que escoltaba el carruaje como las masas que salían al camino para conocer al rey, limitábanse a mirar impasibles y silenciosas las personas que iban en el interior del carruaje, pues aunque sentían deseos de echar en cara su traición a Luis XVI y a María Antonieta, se detenían a la vista de las rubias cabecitas de los dos niños, asomadas a la portezuela y que con su inocencia parecían escudar a sus padres; pero que en cambio la multitud se desataba en insultos contra los tres guardias de Corps, disfrazados de lacayos, que habían acompañado a la familia en su fuga y que iban en la trasera del vehículo expuestas a los ultrajes de todos, como reos colocados en la picota.

A las pocas horas de camino, cuando ya el sol comenzaba a caer en el

horizonte y la luz iba tomando un tinte diáfano y vago, Guzmán avistó el campanario de Santa Menehould, donde pensaba pasar la noche, proponiéndose alcanzar a la mañana siguiente a la familia real antes que saliera de Chalons.

Los inmensos bosques que se extendían a ambos lados del camino, cubriendo con una gigantesca capa de verdor todas las ondulaciones del terreno, tenían inmóviles y erguidas sus olas de follaje, sin que la más tenue brisa viniera a conmover los extremos de los álamos y las hayas.

El joven español avanzaba ahora por un camino completamente solitario, pues sin duda los aldeanos de las cercanías habían preferido esperar a los reyes dentro de Santa Menehould para tributar una ovación al maestro de postas Drouet, verdadero protagonista de aquel importantísimo suceso.

Era la primera vez que Guzmán, después de su llegada a Varennes, se veía completamente solo, envuelto en ese silencio animado que existe en la naturaleza en reposo.

Después de una noche tan agitada y abundante en accidentes, y de la algazara con que en el Brazo de Oro se había solemnizado la prisión del rey, aquella calma absoluta del campo producía cierta embriaguez en el joven, que para gozar mejor de los encantos del bosque, dejaba marchar a paso lento su caballo mientras él aspiraba con delicia los húmedos efluvios de la arboleda.

Al verse en tan absoluta soledad, creíase Guzmán el único ser existente, y recordaba como un sueño cuanto había ocurrido en Varennes, así como le parecía imposible que a algunas leguas de distancia marchase el más poderoso rey de Europa, vencido y humillado, en el centro de una multitud rugiente y enloquecida por el fanatismo político.

El joven español, por una extraña asociación de ideas, al mismo tiempo que se extasiaba con las caricias de la naturaleza, pensaba en París, en aquella ciudad de sus ensueños, en la que a más de encontrar a su padre, había de mezclarse en el torbellino revolucionario, del que hacía tanto tiempo deseaba formar parte.

Hacía ya media hora que el caballejo, cansado por los anteriores galopes, caminaba con lentitud, parándose algunas veces a rumiar alguna hierba crecida al lado del camino, cuando el joven salió rápidamente de su abstracción al escuchar un ruido semejante al apresurado pataleo de

gentes que huyen.

Guzmán vio atravesar el camino a unos cuantos toros que corrían a la desbandada, como si les acosase un enemigo invisible, y tras ellos aparecieron algunos caballos que galopaban coceándose y tan ciegos, que en poco estuvo que tropezando de través con la cabalgadura de Guzmán, arrojasen a éste al suelo.

El joven presintió una desgracia a la vista de aquellos animales domésticos que huían tan apresuradamente, y avanzó con precaución, mirando a todas partes y esperando encontrarse con un espectáculo horroroso que justificase aquella fuga.

En una revuelta del camino vio que a lo lejos, sobre las crestas de los árboles, elevábase una densa columna de negro humo, y a los pocos pasos encontró un camino que se internaba en el bosque y en el que aparecían revueltas numerosas huellas que delataban el paso de una multitud.

Guzmán, que, como todos los jóvenes audaces, gustaba de aventuras y sentía una vehemente curiosidad ante lo desconocido, no dudó un solo instante, y espoleando su caballo, que emprendió un buen trote, metiose por aquel camino, cuyo final desconocía.

A los cinco minutos de marcha, cuando el humo se veía más próximo y comenzaba a percibirse el olor del incendio, aclaráronse los árboles del bosque, y Guzmán distinguió a lo lejos, en el centro de un interminable prado, una quinta, con honores de castillo, que tenía consumida por el fuego una de sus alas.

El incendio se había apoderado igualmente de las diferentes dependencias de la quinta que, formando edificios separados, alzábanse alrededor de esta. De una gran casa de ladrillos rojos, donde parecían estar la cuadra y los establos de la posesión y cuyos techos levantaban en el horizonte una alta corona de llamas, escapábase ganado de todas clases, y las ovejas y los cerdos salían revueltos con otros caballos y bueyes, coceando por abrirse paso en las estrechas puertas y expresando con sus horrorosos bramidos el susto que les producía ver sus pesebres dominados por el fuego y el deseo de encontrarse cuanto antes correteando libremente por las frescas y dilatadas praderas.

Guzmán, a la vista del incendio, espoleó cruelmente su cabalgadura, que esta vez emprendió un galope desenfrenado con dirección al castillo;

pero a los pocos minutos paróse tan repentinamente, que en muy poco estuvo no apease al jinete por las orejas.

Guzmán miró a pocos pasos de su caballo buscando lo que le había hecho detener tan repentinamente, y vio un cadáver cubierto con un rico traje, rasgado por varias partes y manchado de sangre y lodo. Los pies, que eran la parte más próxima al joven, estaban calzados con charoladas botas de montar y espuelas de oro: pero cuando Guzmán, siguiendo con su vista de abajo arriba aquel inerte cadáver, se fijó en la parte superior, no pudo menos de palidecer.

Aquel cuerpo carecía de cabeza.

Por entre la rica camisa de batista, cuyo ancho cuello bordado descansaba sobre un barro sanguinolento, sólo asomaba un muñón informe y rojo, erizado de horrendas piltrafas, que delataban cómo la cabeza había sido arrancada a fuerza de numerosos tirones y golpes.

Guzmán, a pesar de que no se impresionaba fácilmente, experimentó un sentimiento de terror ante el mutilado cadáver, e hizo dar a su caballo un rodeo para no pasar sobre aquel tronco humano, hundido en el barro que había formado su propia sangre.

Aterrorizado por tan fúnebre encuentro, siguió adelante, y a los pocos minutos llegó frente al castillo, en el que rugía el incendio, estallando con el calor los vidrios de las ventanas y crepitando horrorosamente el maderamen de sus pisos, próximos a desplomarse.

Aquella gigantesca construcción de piedra se ennegrecía y resquebrajaba bajo la acción de la hoguera que ardía en su interior: las llamas se escapaban en rojizos haces por puertas y ventanas o se erguían rectas sobre el abierto tejado, sin que en la calma absoluta de la atmósfera experimentaran la menor oscilación, y a cada momento, en el interior de aquella colosal cáscara de piedra, sonaba un estampido y venían al suelo paredes y pavimentos, elevándose en el espacio una inmensa nube de fugaces chispas.

Los edificios sueltos de la quinta ardían también, semejando una constelación de fuego, de la cual eran ellos los planetas, y el castillo, el sol.

Esparcíase en el espacio un calor sofocante; el humo denso y nauseabundo hacía difícil la respiración; había momentos en que las chispas y encendidas pavesas, escapándose a chorros por los huecos de la

piedra, venían a caer casi a los pies del caballo de Guzmán, que se revolvía asustado; pero a pesar de todo esto, el joven se sentía atraído por un espectáculo tan terrible como grandioso y en vez de retirarse obligó a su cabalgadura a dar una vuelta en torno del ardiente castillo.

Encontró a su paso montones de muebles que sin duda habían sido arrojados por las ventanas; objetos de lujo de todas clases; armas antiguas y enormes paquetes de ropa; pero al poco de fijarse en aquella inmensa cantidad de objetos, conoció que el castillo antes de ser incendiado había sufrido un terrible saqueo.

Los muebles tenían forzadas todas sus cerraduras y junto a ellos aparecían esparcidos cuantos objetos de poco valor contenían sus cajones; los libros y papeles estaban rotos, hechos añicos por una furia excitada hasta la barbarie; no se veía una moneda ni un objeto de plata u oro entre aquel revoltijo que era cuanto había contenido el castillo, y en cambio en las ropas esparcidas sobre el césped, notábase que habían sido arrancados los botones violentamente, por ser sin duda en ellas lo de mayor valor.

Guzmán, extrañado de un saqueo que no había dejado tras de sí otro vestigio que el incendio y cuyos autores no se veían en parte alguna, acabó de dar la vuelta al edificio y paró otra vez su caballo frente a la gran puerta del castillo, cuyas verjas de hierro se enrojecían retorciéndose bajo la acción del fuego como infernales culebras.

Todavía permaneció el joven algún tiempo contemplando la horrorosa catástrofe, que parecía atraerle mágicamente, obligándole a permanecer inmóvil, hasta que de pronto oyó una débil voz que le hizo estremecer, pues se creía completamente solo en aquel lugar de desgracias.

—¡Caballero!, ¡caballero! —decía débilmente una voz infantil que sonaba a la izquierda de donde él se hallaba.

Guzmán, que atraído por la grandiosidad del incendio sólo se había fijado hasta entonces en el castillo, miró al lugar de donde procedía la voz, y vio cómo se aproximaba una mujer, llevando en las manos un pequeño paquete envuelto en un pañuelo de China.

Guzmán se fijó en ella y vio que era una mujer joven que se acercaba tímidamente, como si recelase algo malo de aquel mismo hombre cuyo auxilio parecía solicitar.

Vestía un traje corto y graciosamente abullonado, de seda rameada, que ajada por el tiempo, había perdido la brillantez de sus colores; y sobre una pañoleta de blonda, también antigua, erguíase su graciosa cabecita, blanca y sonrosada, coronada por la cabellera de un rubio ceniciento y apagado, que escapándose por debajo de una pequeña cofia de forma elegante, caía en torrentes de bucles sobre su frente y su nuca.

A la vista de aquella linda joven, tres cosas atrajeron inmediatamente la atención de Guzmán: el color verde mar de sus grandes ojos, que parecían dos límpidos lagos reflejando el follaje de los bosques; el encendido rojo de su boca, que la hacía semejante a una granada entreabierta, y la pequeñez aristocrática y delicada de sus manos y de sus pies, especialmente estos últimos, que estaban encerrados en ligeros zapatitos de raso blanco.

Era esbelta sin que su delgadez careciese de contornos estatuarios, y al andar movíase con la misma gracia ingenua e infantil que se veía retratada en su sonrisa y en la timidez de sus movimientos al acercarse a un hombre que era para ella un desconocido.

Guzmán, al considerar de una rápida ojeada aquella joven hermosa y de aspecto interesante, apeóse inmediatamente de su caballo, y con una cortesía puramente española, quitóse su sombrero al mismo tiempo que se erguía impulsado por la petulancia propia de un joven que quiere resultar agradable a los ojos de una muchacha bonita.

—¡Caballero! —dijo la joven cuando llegó junto a Guzmán, clavando en él una mirada suplicante que hubiese infundido valor al más tímido—. ¡Amparadme! Llevadme pronto lejos de aquí, pues me causa espanto este espectáculo. Tengo miedo de permanecer en un sitio donde tantos horrores he presenciado.

Guzmán, ante estas súplicas, dichas en tono vehemente, no supo qué contestar, y deseoso de conocer la causa que a una joven de tal clase la hacía aparecer en aquel lugar de desolación, se apresuró a preguntar:

—Ante todo, señorita, ¿podéis decirme quién sois?

La joven bajó los ojos con modestia, y jugueteando con las puntas del envoltorio que llevaba en la mano, repuso con lentitud:

—Mi nombre es Luisa Elena de Dampierre.

—¿Sois de este castillo?

—Su dueño es, o más bien dicho, era, mi tío el marqués de

Dampierre.

—¿Y dónde está vuestro tío?

—¡Ah, señor! ¡Si supierais cuán terrible ha sido su fin! Mi tío ha muerto, y su cadáver mutilado está allá abajo tendido en el camino. Tal vez lo habréis visto al dirigiros aquí.

Y la joven, al decir esto, como si pasadas escenas de horror volviesen a reproducirse en su memoria, comenzó a llorar, mientras que Guzmán permanecía silencioso, no queriendo turbar aquel llanto que resultaba justificado en un sitio donde se desarrollaba tan gran catástrofe.

Permanecieron silenciosos los dos jóvenes durante algunos minutos, hasta que por fin Luisa dijo levantando sus ojos empañados por las lágrimas:

—La verdad es, señor, que no debía afligirme tanto por lo que ocurre, pues al fin este suceso me proporciona la libertad; pero el marqués era hermano de mi padre, y forzosamente he de sentir su muerte, a pesar del mucho daño que me hizo durante su vida.

Guzmán adivinó en estas palabras una interesante historia, y sintió excitada su curiosidad; pero cierta prudencia le hizo contenerse, y no se atrevió a hacer pregunta alguna sobre lo ocurrido en aquel lugar.

Sin embargo, era preciso terminar de algún modo tan extraño encuentro, y por esto el joven se apresuró a decir:

—¿En qué puedo yo serviros, señorita? ¿Para qué necesitáis de mi auxilio?

—Llevadme lejos, muy lejos de aquí. Siento horror de permanecer junto a ese edificio donde tanto he sufrido.

—¿Y adonde queréis que os lleve? — ¡Oh!… No losé…

Quedose pensativa la joven, y luego añadió con ingenuidad:

—Yo creo que tengo una tía en París, que habita en un punto que llaman el fahourg San Germán. Es hermana de mi padre y no la he visto nunca, pero he oído decir que es una buena señora, y creo que me recibirá bien.

Detúvose Luisa, y añadió con la indecisión del que pide una cosa que teme no va a serle concedida:

—¡Ah! ¡Si vos fuerais a París!… ¡Cuán feliz sería yo si un hombre honrado me acompañara hasta la casa del único pariente que me resta!

Guzmán contestó que justamente se dirigía él al mismo punto, y

entonces la joven mostrose bastante satisfecha por la seguridad de que sería acompañada hasta París.

—He vivido siempre encerrada aquí, conozco poco a los hombres, pero vos demostráis en vuestro rostro ser un joven honrado y serio, y me siento inclinada a tener en vuestra amistad absoluta confianza. A vuestra dirección me entrego, segura de que Dios os premiará cuanto hagáis en favor de una pobre huérfana a quien ha afligido siempre la desgracia.

Guzmán contestó con juramentos de caballerosidad y respeto, y para tranquilizar más a la joven díjola quién era él, de dónde venía y cómo iba a París en busca de su padre.

La juventud y la simpatía realizan verdaderos milagros, y a esto se debió sin duda el que los dos jóvenes, impelidos por un mutuo sentimiento y tratándose con tan inocente confianza, como si se conocieran desde muchos años antes, conversaran abstraídos de todo cuanto les rodeara, sin fijarse en el incendio que rugía a corta distancia ni recordar el decapitado cadáver que estaba tendido un poco más lejos.

—No temáis acompañarme —decía Luisa con graciosa ingenuidad—. No os seré gravosa: aquí donde me veis, soy casi tan rica como un asentista real. Si no queréis creerlo, mirad, ¡mirad cuánta riqueza!

Luisa sacó a luz el envoltorio que llevaba dentro del pañuelo de China, y fue mostrando a Guzmán, con inocente presuntuosidad, unas cuantas joyas de no muy grande valor y hasta una veintena de luises de oro.

Félix comprendió que la joven, sin duda por haber vivido alejada del trato social, ignoraba el verdadero valor de todo aquello, que a lo sumo equivaldría a mil francos y que en su inocencia le parecía a Luisa que era una cantidad más que suficiente para dar la vuelta al mundo.

—Con esto —continuó la joven— nos será más fácil el viaje. Viajaremos como hermanos, pero no permitiré que paguéis por mí en ninguna parte. Ya sabéis que podéis disponer de mi tesoro.

Y la joven al volver a anudar las puntas de su envoltorio lanzó una mirada en derredor.

El sol se había hundido ya tras la verde crestería de los bosques, la luz iba palideciendo en el espacio y en cambio el incendio, que por momentos se hacía más imponente, destacaba mejor su hálito rojizo en la naciente oscuridad.

Las dilatadas praderas reflejando el llamear del castillo, que parecía el cráter de un volcán, iban tomando un tinte sanguinolento, que las hacía semejantes a un vasto campo de batalla donde los hombres se hubiesen degollado a millares.

Luisa parecía aterrada a la vista de tan siniestro espectáculo.

—¡Dios mío! ¡Cuán horrible es esto! Vámonos de aquí, caballero: llevadme lejos antes que venga alguien.

Esta última palabra la pronunció Luisa con una expresión de terror, que no pasó desapercibida para Guzmán; pero firme éste en contener su curiosidad, no quiso hacer indiscretas preguntas.

El joven, deseoso también de alejarse de aquel lugar siniestro, invitó a Luisa a que subiera a su caballo, mientras él marcharía a pie, pues la cabalgadura no era capaz de mantener por mucho tiempo el peso de dos cuerpos: pero la joven, por un inexplicable escrúpulo, se negó a montar mientras estuviesen a la vista del ardiente castillo, prometiendo hacerlo así que llegasen al camino real.

Guzmán, que se había propuesto sin duda obedecer ciegamente a la seductora aparición que la casualidad había colocado en su paso, colgó de la silla de su caballo el envoltorio que llevaba Luisa, y después, lanzando una ojeada de precaución a aquella dilatada campiña y a los vecinos bosques, que iluminados por el incendio tomaban un tinte lúgubre, sacó del arzón las pistolas inglesas que le había regalado el patriota Dubois y las introdujo en los grandes bolsillos de su redingot de viaje.

El joven ofreció su brazo a Luisa, tomó con su siniestra mano las riendas de la cabalgadura y así emprendieron lentamente la marcha, dejando a sus espaldas el rugiente incendio que sobre el rojo prado proyectaba las sombras de los tres, prolongándolas fantásticamente.

Guzmán, al acercarse al sitio donde yacía el mutilado cadáver del marqués de Dampierre, se apartó del camino, rodeando un poco a través de los prados, para evitar que Luisa contemplara un espectáculo tan horripilante: y con objeto de distraer su atención, comenzó a hablarle sobre las bellezas con que él se imaginaba a París, la ciudad de sus ensueños.

—Es inútil que intentéis distraer mi atención —dijo Luisa interrumpiéndole—; sé perfectamente que ahí, casi a nuestro lado y en

medio del camino, está el cadáver de mi tío, tal como quedó después que los aldeanos le cortaran la cabeza, ¡Ah, caballero! Fue una escena muy horrible que yo misma presencié de lejos, desde una de las terrazas del castillo.

Detúvose Luisa conmovida por el recuerdo del sangriento suceso, pero hacía ya mucho tiempo que parecía experimentar la necesidad de confiar a alguien aquello que había visto y cuyo recuerdo le horrorizaba, y por esto se apresuró a añadir, a pesar de que Guzmán no daba muestra alguna de curiosidad:

—El marqués de Dampierre era muy amigo del rey. Cuando joven había vivido en la corte, y ahora en los últimos tiempos, siempre que leía algo referente a ciertos señores que se llaman diputados y que se reúnen en una casa cuyo nombre es la Asamblea, poníase tan furioso, que golpeaba a los criados y con sus gritos aterrorizaba a cuantos vivíamos en el castillo. Esta mañana le dijeron que el rey y su familia, que habían salido de París, acababan de ser detenidos por los aldeanos en Varennes, y esta noticia le puso tan fuera de sí que todos creímos se había vuelto loco. Mandó que sacasen de su guardarropa el mejor de sus trajes, montó en su caballo favorito y seguido de su hijo, que es el único a quien permite hablar en su presencia, salió al camino real a esperar el paso de los reyes. Me han contado después que en torno del coche de estos iban más de diez mil hombres todos armados y que mi tío completamente solo, se abrió paso entre ellos, derribando algunos con su caballo y contestando con insultos a sus reclamaciones. Yo no extraño esto, pues el marqués trataba siempre a los aldeanos con el mayor desprecio y nunca se apartaba de sus labios la frase pícara villana. Después que saludó a los reyes, volvió a abrirse paso entre la muchedumbre aún con peores modales, y tanto insultó, que al fin, ofendidos los aldeanos, se abalanzaron a él para detenerle. El marqués huyó por este mismo camino que conduce a su castillo y como si en su locura se propusiera excitar hasta el último grado la indignación de aquella gente, disparó sus pistolas sobre los perseguidores, hiriendo a dos de estos. Yo vi desde la terraza del castillo cómo se acercaba mi tío a todo galope de su caballo, perseguido por un inmenso gentío que rugía de furor y gritaba «¡Muera el aristócrata!» con tanta fuerza que podía oírse a una legua de distancia. Una descarga le derribó de la silla, la gente se arremolinó en torno de su cuerpo y un momento después vi que en la punta de una pica levantaban

una cosa sangrienta, saludándola con ruidosos aplausos. Era la cabeza del marqués *de Dampierre*. La gente, después de sostener como bandera este horrible trofeo, limitóse a amenazar con los puños cerrados y algunos gritos al castillo del marqués y después la muchedumbre se alejó con dirección a la carretera para incorporarse a la comitiva real con aquella cabeza que demostraba su venganza. A los pocos minutos había desaparecido la furiosa turba.

—Entonces —preguntó Guzmán interesado por la relación—, ¿quién incendió el castillo?

—Fueron los criados, auxiliados por algunos vasallos de las cercanías, los que prendieron fuego al edificio y a sus dependencias, después de saquearlo todo, llevándose cuanto encontraron de algún valor. El marqués era muy malo; cuantas personas le rodeaban sólo conservaban memoria de violencias y atropellos, sin recordar el más leve beneficio, y por esto su muerte fue la señal para que una servidumbre ansiosa de venganza satisfaciera su odio robando y destrozando toda su fortuna. Mi tío ha hecho cosas horribles. Para desahogar su mal humor apaleaba a sus criados; a las sirvientas, por el más leve motivo, golpeábalas con sus tacones armados de espuelas, y una vez que sospechó que un pobre arrendatario que entraba en la casa le había robado una cuchara de plata, lo ahorcó de un árbol con sus propias manos. Fue un hombre terrible, y lo peor era que resultaba imposible quejarse ante nadie de sus violencias, pues como tenía el título de marqués, con el señorío de esta comarca, y en la corte disponía de antiguos y muy buenos amigos no había quien se atreviese a decir contra él cosa alguna. ¿No es verdad, caballero, que eso está muy mal y que no deben existir tan absurdas diferencias entre las personas? Dios ha hecho a todos los seres iguales, y así como el bueno debe recibir su premio, el malo debe ser castigado, aunque lleve el nombre más ilustre. A bien que mi tío ha recibido ya el castigo de que era merecedor. Ha muerto de un modo horrible, e inmediatamente Dios le ha castigado en su fortuna que era lo que él más estimaba. El castillo que cuidaba como si fuese un hijo está ahora ardiendo; los ganados, que tan escrupulosamente contaba todos los días al salir de sus establos, andan ahora sueltos a merced del primero que quiera cogerlos, y sus montones de oro, que contemplaba todas las noches, suenan ya en los bolsillos de sus fugitivos criados.

—Y vos —preguntó Guzmán—, ¿qué habéis hecho mientras la

servidumbre prendía fuego al castillo?

—Allá hacían poco caso de mí —contestó Luisa con sencillez—. Los criados imitaban a su amo, que me trataba poco menos que como la última de las sirvientas, y por esto al incendiar el castillo ni tan sólo me avisaron para que huyera de las llamas. Cogí ese envoltorio que constituye toda mi fortuna y que contiene numerosos recuerdos de la época en que vivía mi padre, y salí al campo, escondiéndome tras un montón de heno, donde permanecí asustada, viendo cómo se alejaban los saqueadores y cómo el ganado, espantado por el incendio, salía de los establos para derramarse aterrorizado por la campiña. Allí permanecí mucho tiempo sin que me atreviera a huir por el camino, temiendo encontrarme con el cadáver del marqués. Me era imposible escapar a través de los bosques, pues sólo los conozco de verlos desde lo alto de mi terraza, y por esto me consideré feliz y salvada cuando vos llegasteis. Sin duda os ha enviado Dios, pues si no venís, es seguro que yo hubiese muerto, al tener que pasar toda la noche en aquel horrible sitio.

—¿Y qué fue del hijo del marqués? ¿Qué fue de vuestro primo?

—¡Oh! ¡Callad!, ¡callad por Dios! Os ruego que no repitáis tal pregunta.

Guzmán sintió cómo temblaba convulsivamente el brazo de su compañera, enlazado con el suyo, y sorprendió la mirada de terror que Luisa dirigió en tomo, como si temiera ver aparecer algo que le producía inmenso miedo.

El joven, comprendiendo que no debía profundizar más para averiguar la oculta historia que se revelaba en aquel terror, guardó silencio y continuó caminando al lado de Luisa, que se dejaba conducir con franca confianza y parecía animarse conforme se hacía más débil el resplandor del incendio, ya lejano.

Acercábanse al trozo de bosque que atravesaba el camino del castillo antes de confundirse con la carretera real, y cuando los dos jóvenes entraron por fin en la espesa arboleda que comenzaba a estar obscura con las primeras sombras de la noche y en la que no penetraba el resplandor del incendio, Luisa dio un suspiro de satisfacción, como si saliese de un infierno y acabara de entrar en un lugar de felicidad.

—¡Ah! ¡Por fin! —exclamó—. Gracias a Dios que pierdo para siempre de vista ese maldito castillo.

—¿Habéis permanecido mucho tiempo en él?

—Desde los doce años, y esta es la primera vez que he traspuesto sus puertas.

—¿Tan grato os era vivir en él?

—Vivía como el preso en la cárcel. Mi tío se ha complacido en atormentarme durante siete años.

Siguieron caminando los dos jóvenes lentamente por aquel camino, en el que rápidamente aumentaba la obscuridad. De pronto Luisa cesó de andar, y dijo con adorable sencillez a su acompañante:

—Nuestro encuentro, que ha sido providencial, da a entender que mientras vivamos seremos buenos amigos. A vos confío mi salvación, y para un protector no deben existir secretos. Voy a contaros cuanto sé de mi propia historia.

Guzmán, comprendiendo que la joven necesitaba descansar en aquella obscuridad, acariciada por la húmeda frescura de la arboleda que contrastaba con la ardiente atmósfera de las inmediaciones del castillo, condujo a Luisa al pie de un corpulento álamo que existía junto al camino, y la hizo sentar sobre el césped de un ribazo.

Después ató las riendas de su caballo a una rama baja, y cruzando los brazos, esperó de pie, ante Luisa, que esta comenzase el relato de su historia.

V. HISTORIA DE LUISA

Pocas veces vio la aristocracia francesa dos jóvenes tan distintos en gustos, aficiones y carácter, como los dos hijos del viejo marqués de Dampierre, gran señor que después de brillar como un astro de corrupción elegante en la corte del Rey Sol, había sido el principal acompañante del regente Orleáns en sus orgías de la regencia, muriendo en los primeros años del reinado de Luis XVI.

Los hijos del viejo cortesano ingresaron en el ejército, pues la carrera de las armas era la ocupación favorita de todos los jóvenes pertenecientes a la nobleza francesa.

En la profesión militar marcáronse inmediatamente los distintos caracteres de los dos descendientes del marqués de Dampierre.

El mayor, Luis, era el más parecido a su madre, señora de dulces sentimientos y de gran inteligencia, que había muerto muy joven y que pasó los pocos años de su matrimonio casi divorciada de un esposo, que, fiel adorador de la corrupción de la época, hacía sonreír diariamente a la depravada corte con sus elegantes escándalos.

El primogénito del marqués de Dampierre mostrose desde sus primeros años dulce, sencillo e inteligente, como su madre, y tal fue su afición al estudio, en una época en que la juventud noble no iba más allá de componer madrigales amorosos bastante malos, que al entrar en el ejército escogió el cuerpo de ingenieros, siendo uno de los discípulos que sostuvieron mejor el prestigio de la notable escuela iniciada por el gran mariscal Vauban.

El hermano menor era el reverso del carácter de Luis y tan semejante a su padre, que este le adoraba, viendo en él su retrato de adolescente.

Antonio Dampierre entró siendo aún niño en los guardias de Corps, donde podían encontrar aplicación sus facultades de alborotador,

irascible y espadachín, juntas con su petulante ignorancia y su poca escrupulosidad en punto a la adquisición de placeres.

Entre los dos hermanos existía desde la niñez una distancia tan inmensa como la que separa a un sabio de costumbres virtuosas de un espadachín, visitante de tabernas, codicioso siempre de la mujer ajena y aporreador de gentes indefensas.

Cuando los dos hermanos se encontraban casualmente en la corte del rey, cruzábase entre ellos un apretón de manos tan tibio, como el de dos antiguos compañeros de colegio que no se han profesado gran amistad, e inmediatamente se separaban para ir en busca de sus respectivas aficiones.

Antonio vivía muy unido a su viejo padre, aquel cínico marqués que le enseñaba estocadas secretas para que las aprovechase en los desafíos o le criticaba las queridas vulgares, proporcionándole otras de una depravación más elegante. Mientras tanto, Luis llevaba la existencia aislada e independiente del hombre que no siente otro amor que el de la ciencia y que, absorbido por ella, se halla a tal altura, que pasan bajo sus pies todas las preocupaciones y alegrías de una frívola sociedad.

La última vez que los dos hermanos se hallaron juntos en vida de su padre, fue en la batalla de Fontenoy, en aquella guerra de empolvada peluca y media de seda, tan ceremoniosa como un minuet, en donde los combatientes se saludaron antes de cruzar los aceros y los batallones, próximos a exterminarse, disputaron cortésmente sobre quiénes debían tirar los últimos.

A la muerte del marqués de Dampierre, se completó la separación de los dos hermanos, y transcurrió mucho tiempo sin que ninguno tuviera noticias del otro.

Antonio, que por su vida crapulosa y sus hazañas de calavera que eclipsaban las glorías del padre, llegó a ser distinguido por la benevolencia de Luis XV, gozaba gran favor en la corte y hasta en varias ocasiones alcanzó la alta honra de acompañar al rey al Varque de los Ciervos, lugar donde en gabinetes reservados vivían unas cuantas docenas de jovencitas robadas a sus familias y destinadas a saciar el furor de aquel sátiro coronado, que se llamaba monarca cristianísimo, y a contagiarse de sus asquerosas enfermedades.

La corte de Luis XV, era un lupanar inmundo donde no podía poner

los pies un filósofo que gozase de existencia independiente, y por esto Luis Dampierre, a pesar de su título de marqués, de ser el primogénito de la casa y de gozar una inmensa fortuna, vivía alejado de la aristocracia y en trato continuo con otras gentes a las cuales despreciaban los cortesanos, a pesar de que por el imperio de la moda afectaban tributarles una falsa admiración. En vez de asistir a los bailes de la corte y comentar su crónica escandalosa, iba a visitar al señor Francisco Arrouet, que firmaba sus obras con el nombre de Voltaire y hablaba con él de historia y literatura, discutía temas filosóficos con Diderot; comentaba los últimos adelantos científicos con D'Alambert y asistía a las cenas semanales que daba en su casa el barón de Holbach y a cuya mesa se sentaban los animosos obreros que habían de levantar el grandioso edificio de la Enciclopedia.

Un hombre que llegó del otro lado de los mares; un cuáquero de aspecto extravagante, que por entre las faldas de colorines y las casacas llamativas como colas de colibrí que se agolpan en los jardines de Versalles, paseaba imperturbable sus medias de lana burda, sus gruesos zapatos, el bastón nudoso y el modesto sombrero de copa, logró entusiasmar de tal modo a Luis Dampierre, que le hizo olvidar sus libros y sus experimentos científicos, lanzándolo a la otra parte del Océano con la santa aspiración de defender los intereses de un pueblo que no era el suyo.

Aquel viejo de aspecto campesino, se llamaba Benjamín Franklin y a pesar de su pobreza era más que los reyes, pues si estos dominaban pueblos, él con su pararrayos había de esclavizar la tempestad.

Llegaba enviado por los republicanos de América, para solicitar el auxilio de

Francia contra Inglaterra que combatía la democracia naciente en las riberas del Delaware, y Luis Dampierre, entusiasmado por el heroísmo de aquel pueblo que luchaba por su libertad y seducido por la grandeza de Washington, cuya colosal figura, vista por encima de los mares, aún resultaba más grandiosa, determinó volver a empuñar su espada, que la afición a la ciencia había relegado al olvido desde la época de la juventud.

Era necesario un inmenso entusiasmo para que Luis Dampierre adoptase aquella aventurera resolución.

Se hallaba ya en edad madura, casi próximo a la vejez: sus

costumbres tranquilas y sedentarias de hombre dedicado al estudio, le habían quitado el vigor y la energía que se necesitaba para hacer la guerra, y además, él que hasta entonces había vivido independiente y como inexpugnable a las pasiones, acababa de caer víctima del amor casi a las mismas puertas de la vejez y se había creado una familia.

Dos años antes habíase sentido atraído dulcemente por una joven humilde y sencilla, hija de un modesto hombre de ciencia al que él había tratado en diversas ocasiones.

Al quedar huérfana Elena, que así se llamaba la joven, y carecer de protección y de recursos, el sabio marqués de Dampierre la visitó con la fría afectuosidad del que va a cumplir un deber de compañerismo y ofrece su apoyo a la familia de un camarada en profesión.

Varias veces visitó a aquella joven humilde y sencilla que se empeñaba en trabajar, no admitiendo los socorros de su protector más que en casos extraordinarios, y poco a poco, sin que el marqués pudiera darse exacta cuenta de ello, fue descubriendo en Elena nuevas perfecciones que hacían agradable su trato, hasta convertirlo en necesario.

Era un alma superior, una inteligencia notable, que viviendo al lado de su padre, habíase asimilado la ciencia, sin darse cuenta de ello, y manifestaba su ilustración sin hacer alardes pedantescos, que hubieran resultado ridículos en una obrera dedicada a las labores de aguja.

Sus conversaciones con el marqués eran siempre serias. Escuchaba sin pestañear sus profundas teorías, interrumpiéndolas de vez en cuando con alguna observación, que demostraba la independencia de su criterio y lo capacitada que estaba de cuanto oía, y hasta en los momentos en que más sublime resultaba la plática y en que las imaginaciones de los dos volaban por las infinitas alturas, ella no descuidaba sus quehaceres domésticos ni dejaba de manejar su diligente aguja.

Resultó de todo esto, que Elena ejercía, sin saberlo, una influencia mágica en el corazón del marqués, de la que tampoco este se daba exacta cuenta.

Dampierre hablaba con Elena como con un compañero de profesión; la trataba con la misma franqueza que a un ayudante de laboratorio químico, sin acordarse nunca de que aquel ilustrado colega llevaba faldas y tenía una cara bonita; y en cuanto a Elena, consideraba al marqués

como a un ser superior, que se hallaba por encima del vulgo de los hombres.

Si la hubiesen preguntado cómo era el rostro de Dampierre, y si comenzaban a marcarse con él las primeras arrugas, no hubiese sabido contestar. Ella veía en aquel hombre un rostro interno, incapaz de describirse, pero cuyos principales rasgos se marcaban en los conceptos sublimes que matizaban de continuo su conversación.

Tratándose de dos seres cuya educación y aficiones les habían mantenido lejos de los arrebatos de la naturaleza y que guardaban vírgenes e intactos todo sentimiento que no fuera el de fanatismo por la ciencia, aquella fraternidad intelectual, aquel continuo roce de sus imaginaciones, había de acabar forzosamente de un modo que los dos se hallaban muy lejos de pensar.

El sexo se reveló cuando menos podían imaginarlo. El marqués de Dampierre no recordaba si fue discutiendo sobre la posibilidad de las teorías de Mesmer o leyendo un fragmento de las obras de Fontenelle, pero lo cierto es que una tarde, ambos sin darse cuenta exacta de ello, sintieron el impetuoso impulso de confundirse, y después de una dulce embriaguez, que les asombraba no ser conocida hasta entonces de ellos que habían desentrañado los mayores secretos de la vida, despertaron y volvieron a la realidad abrazados estrechamente.

En un hombre como Luis Dampierre no cabían vacilaciones ni raciocinios egoístas. Desde aquel día la pobre obrera Elena fue su mujer.

Vivieron juntos, sin que ni a ella ni a él se les ocurriera pensar que eran precisas ciertas ceremonias para que la sociedad pudiera reconocer su unión, considerándola legal. El culto a la ciencia había alejado a los dos del culto de las religiones positivas, y no reconocían en ninguno de los hombres que se llaman sacerdotes el menor derecho a mezclarse en un amor que eran incapaces de comprender.

La tranquila felicidad de aquellos dos amantes, Cándidos e inocentes como niños a pesar de su asombrosa ilustración, duró unos dos años, y en este tiempo fue cuando vino al mundo la pequeña Luisa Elena, fruto de un sencillo amor y que llevaba en su rostro impresa la graciosa ingenuidad de la madre.

Por esto, aunque el marqués de Dampierre seguía figurando como soltero a los ojos de la sociedad, tenía mujer y una hija, cuando

entusiasmado por el valor y la constancia de los americanos, pensaba ir a ofrecer su espada y su talento de ingeniero ilustre a la naciente república de los Estados Unidos. Antes de partir y con el propósito de legitimar su unión para asegurar el porvenir de su hija, propuso a Elena el unirse en matrimonio canónico como lo hacía el vulgo de las gentes; pero aquella mujer superior rehusó, por repugnarle entrar en un templo fingiendo creencias que su elevada razón estaba lejos de aceptar. Tenía el convencimiento de que sería eternamente amada por su sabio compañero, y esto era suficiente para tranquilizarla.

Entonces el marqués, deseoso de no dejar sin protección a una mujer y a una niña, buscó el apoyo que necesitaban en su propia familia, de la que siempre había vivido separado.

Sus parientes más cercanos eran Antonio, su hermano menor, y una hermana solterona, a la que había mirado siempre como persona extraña, por ser tan cínica y elegantemente corrompida como su padre el viejo marqués de Dampierre.

Ahora que estaba próxima a la vejez, era lenta, gruñona, de una austeridad ridícula y vivía en el fabourg San Germán rodeada de una pequeña tertulia de clérigos ignorantes y abates afeminados, lo que no impedía que en su pubertad hubiese sido una de las amigas de Luis XV, considerándose como perpetua inquilina del Parque de los Ciervos.

Luis, que conocía bien a su hermana, adivinaba que esta devota arrepentida, a pesar de su antigua historia, era capaz de tratar con el mayor desprecio a la virtuosa Elena por haber prescindido de la religión en materias de amor, y creyó más acertado dirigirse a su hermano Antonio, al que tenía por caballero a pesar de sus costumbres licenciosas.

Dampierre el menor, en los últimos años de su amo Luis XV, había modificado un tanto sus costumbres. En la nueva corte, María Antonieta y sus damas, no gustaban de los calaveras viejos del anterior reinado; las fiestas del pequeño Trianón estaban reservadas únicamente a los jóvenes vizcondes y los apuestos capitanes que pululaban en la tertulia de Luis XVI, y por esto el antiguo compañero del rey sátiro, viose obligado a fingirse lo medianamente virtuoso que era necesario entonces para pasar por persona formal.

Se casó con una antigua educanda de la marquesa de Pompadour; sólo se le conocieron a un mismo tiempo dos o tres queridas, fue avaro e intrigante, y con todo esto pasó por modelo de buenas costumbres en

aquella corte monárquica y cristianísima.

Cuando Luis Dampierre pensaba marchar a América, su hermano Antonio acababa de enviudar, quedándole de su matrimonio un hijo que contaba nueve años más que la pequeña Luisa Elena.

El marqués fue en busca de su hermano, al que no había visto hacía mucho tiempo, y seguro de que aquel calavera habría sentado la cabeza con la edad, y que respetaría a Elena y a su hija como a legítima familia del hermano mayor, le encargó de la administración de sus bienes mientras él permaneciera ausente y de proteger a su mujer y a la niña.

Antonio Dampierre, que nunca había sido rico, pues los bienes de su casa pertenecían a su hermano mayor, y que sólo por las liberalidades de Luis XV y la menguada fortuna de su difunta esposa había logrado crearse un mediano pasar, aceptó gustosísimo las proposiciones de su hermano, e hizo numerosos juramentos, prometiendo que la pequeña Luisa tendría en él un segundo padre, y que a Elena la consideraría como a una buena hermana.

El marqués, alma sencilla y exageradamente optimista, que creía ver el bien hasta en las mayores maldades, quedó tranquilo con las promesas de su hermano y partió con rumbo a las playas americanas, formando parte de la pequeña, pero gloriosa expedición que capitaneaba el joven marqués de Lafayette.

Luis Dampierre peleó como un héroe a las órdenes de Washington; prestó a los animosos republicanos de América el auxilio de sus inmensos conocimientos científicos; su sabiduría fue en varias ocasiones una verdadera providencia para aquellos patriotas que carecían de todo, y modesto por temperamento, supo ocultarse de tal modo después de prestar sus servicios, que la gloria de estos vino a caer sobre otras cabezas, dejando la suya en la obscuridad.

Ocho años tardó en volver a Francia y en este tiempo tuvo pocas noticias de su familia, pues eran difíciles las comunicaciones a través del mar, teniendo por enemiga a Inglaterra.

El marqués de Dampierre desembarcó en su patria viejo y quebrantado por aquella guerra de gigantes, como si en ocho años hubiesen transcurrido para él más de treinta; pero se sentía animado y rejuvenecido interiormente, tanto por la esperanza de ver pronto a su mujer y a su hija, como por la satisfacción de haber cumplido con su

deber de filósofo militante, peleando por la emancipación y la libertad de un gran pueblo.

Al llegar a París, supo que su familia vivía con su hermano Antonio en el antiguo castillo de los Dampierre, situado en el departamento de los Ardennes, donde la noble casa había ejercido siempre jurisdicción señorial.

El veterano de América corrió inmediatamente hacia aquel lugar donde se habían desarrollado los primeros años de su existencia, y apenas pasó los umbrales del castillo, experimentó un rudo golpe que le causó más daño que todas las penalidades sufridas en una guerra sin cuartel contra los hombres y las fieras, allá en el dilatado territorio de la Unión.

Elena había muerto una semana antes.

Habían bastado unos cuantos días, para que el marqués no llegase a saber nunca, el terrible secreto que la infeliz mártir arrastraba consigo hasta el fondo de la tumba.

Aquella muerte era una fortuna para Antonio Dampierre, que de este modo podía seguir engañando a su hermano y fingiéndole un hipócrita cariño, sin que Luis llegase a saber nunca que la infeliz Elena había tenido que sostener una lucha de muchos años en defensa de su virtud, que el menor de los Dampierres se había empeñado en mancillar, inflamado por la postrera llamarada de una lujuria senil.

Las más infames emboscadas habían sido puestas en práctica contra la sencilla Elena, que por no dar un escándalo, se veía obligada a vivir bajo el mismo techo que el infame hermano de su esposo; y al fin la infeliz, en una funesta noche, vencida por una violencia brutal, había sido víctima de los deseos de su cuñado.

La vergüenza de su caída y el tenaz recuerdo de aquella noche horrible, habían sido suficientes para acabar con su vida, muriendo casi al mismo tiempo, que aquel esposo de alma tan sublime, avistaba las costas de Francia.

Nada de lo ocurrido llegó a sospechar Luis Dampierre. Su hermano, hipócrita a toda prueba, como ocurre siempre a los infames, sabía fingir un dolor espontáneo cada vez que hablaba de su difunta cuñada, y al ver que su hermano languidecía, a causa del inmenso pesar que le había producido tal desgracia, rodeábales de los más asiduos cuidados.

El marqués quedose a vivir en aquel castillo, que era suyo, pero del

cual disponían como cosa propia Antonio y su hijo, el cual era un mocetón montaraz y cruel como un salvaje, que se pasaba el día cazando, persiguiendo a las labriegas por los sembrados para tumbarlas a brazo partido en los ribazos, apaleando a los padres y cometiendo otra porción de graciosas hazañas, que alegraban a su padre, haciéndole decir que aquel hijo desmentía la sangre que llevaba en las venas.

El desconsolado marqués gustaba de vivir en el mismo sitio donde había muerto la mujer amada, y pasaba los días encerrado en el castillo, teniendo como única diversión el educar a su hija, aquella Luisa Elena que había dejado en pañales y que ahora veía ya crecida, lenguaraz y alegre, reviviendo en ella la gracia y la inocencia de la madre.

Transcurrió más de un año sin que nuevas desgracias viniesen a turbar la vida de aquellos dos hermanos tan distintos, que ya en la ancianidad vivían por primera vez acordes y sin divergencias de carácter.

El marqués en su optimismo, que no conseguían abatir los mayores infortunios, y sintiendo la necesidad de amar, adoraba no solo a su hija, sino también a su hermano y a su sobrino, fiera y cachorro, que en el fondo le profesaban un desprecio sin límites mezclado con odio.

El cariño que el marqués sentía ahora por su hermano, era también debido en parte al agradecimiento que le inspiraba el cuidado y el interés que Antonio mostraba por él en todas ocasiones.

Aquel sabio, cándido y confiado, que creía que en el mundo todo era bien y virtud y que el mal no pasaba de ser un accidente, habíase formado en el último período de su vida tal concepto de su hermano, que a conocerlo este, tal vez hubiese prorrumpido en una carcajada mefistofélica.

—Antonio es bueno —se decía el anciano marqués cuando su hipócrita hermano daba una muestra de su falso cariño—. Una perversa educación y el mal ejemplo de nuestro difunto padre, pudieron hacer que fuese un depravado sin conciencia, pero ahora que es viejo, que tiene un hijo y que conoce el mundo, ha cambiado radicalmente y los dulces sentimientos han renacido en él. Hay que reconocer que es digno de que le amen.

Luis Dampierre seguía cada vez más enfrascado en su optimismo, en sus tristes recuerdos y en la educación de su hija, sin que se preocupara gran cosa de su salud, que rápidamente iba tomando un aspecto poco

tranquilizador.

Languidecía visiblemente, perdía las fuerzas y aumentaba aquella decrepitud que al lado de su hermano le daba casi el mismo aspecto que si fuera su padre. Sufría frecuentemente vómitos, su estómago se negaba a digerir y lentamente iba apagándose en su organismo el fuego de la vida.

Su hermano Antonio, parecía desolado por la extraña enfermedad del marqués, cuya causa no lograban adivinar los numerosos médicos que vinieron de Varennes, de Chalons y hasta de París, y él era el encargado de administrarle los diferentes medicamentos, que más por rutina que por convicción, recetaban los doctores.

Luisa Elena recordaba el gesto de sorpresa y de enojo que había visto en su tío, al acercarse varias veces a él, con la curiosidad propia de una niña, cuando estaba preparando los medicamentos para el marqués; y aún quedaba en su memoria, aunque con la vaguedad de un sueño, el recuerdo de que en dos ocasiones le había visto sacar cautelosamente del bolsillo de su chupa una linda tabaquera, de la que tomaba algunos pellizcos de polvos amarillos para arrojarlos en los vasos de la medicina.

Luis Dampierre murió a las pocas semanas a causa, según decían en la comarca, del pesar que le había producido la muerte de su esposa. Esta creencia no impedía que algunos de los criados del castillo, cuando se consideraban completamente solos, hiciesen animados comentarios sobre lo que había murmurado el penúltimo médico que visitó al marqués; un joven suizo, de inquieta mirada y gesto receloso, que se llamaba Marat, y que al examinar al enfermo preguntó con rudeza si había arsénico en la casa, imprudencia suficiente para que Antonio Dampierre le hiciese montar acto seguido en el mismo caballo que acababa de traerle de París.

Algunos días antes de morir el marqués, los dos hermanos tuvieron una íntima conferencia.

Antonio, con un acento desinteresado que conmovió al enfermo, dijo a este que, aunque no estaba en peligro de muerte, tenía el deber de asegurar a tiempo la suerte de su hija, ya que esta, por no ser de legítimo nacimiento, no tenía asegurada la herencia. Tanto insistió que, a pesar que él prometía no abandonar nunca la pequeña Luisa y ser con ella un segundo padre, el marqués decidióse a manifestar su última voluntad por escrito, disponiendo de sus cuantiosos bienes en favor de su hija, y entregó al hipócrita hermano un documento que aseguraba la fortuna de

la niña y que debía ser legalizado después de su muerte.

Esto era lo que deseaba aquel malvado y el fin que había perseguido al proceder tan virtuosamente con el marqués. Había incitado a este a manifestar en un simple escrito su voluntad, por temor a que redactara su testamento en forma más solemne ante notario, y así que tuvo en su poder aquel documento sagrado, propúsose quemarlo tan pronto como el marqués dejase de vivir.

La muerte de Luis Dampierre fue en el castillo como la señal de un rápido cambio de conducta y costumbres.

El viejo calavera pudo por fin mandar como dueño absoluto, disponer de una colosal fortuna y llevar el título de marqués de Dampierre.

Él era el legítimo heredero de su hermano, pues aquel documento del infeliz marqués en favor de su hija, estaba ya convertido en cenizas. Nadie se atrevió a defender a la infeliz huérfana, que ignoraba su verdadera situación. Luis Dampierre, a los ojos de aquella sociedad tan devota como corrompida, era soltero; la mujer que con él había vivido no pasaba de ser para todos una aventurera, y en cuanto a la hija, nada se le debía, puesto que no podía exhibir un documento de su padre en el que este asegurase su porvenir.

La única persona que intentó protestar contra aquel infame despojo, fue la baronesa de La Tour d'Argent, o sea, madame Amelia Dampierre, la vieja hermana del marqués, que debía a su amistad con la Pompadour y a su condescendencia con Luis XV, el poético título nobiliario que engalanaba su nombre.

La baronesa, al ver que su hermano menor, valiéndose de los más criminales medios, se alzaba con todos los bienes de la familia, movida por la avaricia y el despecho, intentó echarlas de intransigente y virtuosa y quiso proteger a aquella pequeña sobrina que no había visto nunca; pero el nuevo marqués halló el medio de reducirla al silencio, cediéndola una parte de su fortuna, si bien no tan grande como legítimamente le correspondía.

El marqués Antonio poseía algunos secretos que obligaban a su hermana a respetarle, y además esta sabía de lo que él era capaz y no quería atraerse su odio y su venganza.

Antonio Dampierre vio por fin realizado su sueño, siendo único poseedor de la fortuna de su casa. Reconstruyó el antiguo castillo,

tomando a su servicio a los mejores arquitectos de París; pudo tratar con toda la violencia de un señor absoluto a los labriegos de la comarca, y para evitar comentarios y que pudiera saberse algún día la verdad de todo lo ocurrido, conservó a la pequeña Luisa en perpetua reclusión, no permitiéndole pasear ni aun por las risueñas inmediaciones de la hermosa quinta.

La vida de la infeliz joven, fue desde la muerte de su padre, un continuado martirio. Los mismos criados que en vida del marqués Luis la trataban con las mayores muestras de cariño y respeto, tomando ahora ejemplo de las costumbres del nuevo amo, procedían con ese desprecio que las gentes sin cultura y habituales a la servidumbre, guardan para los individuos de procedencia superior cuando los ven en la desgracia.

El marqués miraba a su sobrina, a pesar de su inocente carácter, como un ser dañino que en lo futuro podía causarle grandes males, y a esta idea, junto con la perversidad de su carácter, debía la joven los malos tratos de que continuamente era objeto.

En los primeros tiempos de orfandad, cuando la niña todavía estaba habituada al cariño bondadoso de su padre, que se plegaba por completo a sus infantiles caprichos, el marqués Antonio, para intimidarla, llegó a darle golpes, como si se tratara de la última de sus criadas, y cuando Luisa, comprendiendo su situación, se abstuvo de oponerse al cruel y dominante carácter de su tío, entonces este aprovechaba todas las ocasiones para desahogar en ella su mal humor con brutales reprimendas y groseras injurias.

Luisa, atemorizada por la rudeza de su tío y el salvajismo frío e implacable de aquel carácter que hasta entonces había permanecido como velado por la hipocresía, procuró rehuir la presencia del marqués y con esto hizo aún más extremada la esclavitud que sufría.

Pasaba días enteros metida en su habitación, deseosa de no ver al dueño de la casa ni a sus insolentes criados; comía cuando alguna criada misericordiosa se acordaba de llevarle los platos, vestíase con los trajes antiguos que le quedaban de su madre y toda su diversión consistía en asomarse a una terraza inmediata a su cuarto, desde la cual contemplaba los dilatados prados y aquellos lejanos bosques, tras los cuales existía un mundo, del que ella solo tenía muy vagas noticias.

Así transcurrieron para Luisa los primeros años de orfandad, y a pesar de la monotonía y de la miseria que la rodeaba, aquella fue su

época más feliz, pues nuevos infortunios vinieron a empeorar su triste situación.

El marqués de Dampierre había enviado a su hijo César a educarse en la corte, bajo la dirección de algunos de sus antiguos amigos, tan cínicos y depravados en la vejez como lo era él mismo.

El regreso al castillo del hijo del marqués de Dampierre, equivalió a una calamidad pública, tanto para la servidumbre como para los infelices labriegos de las inmediaciones.

Volvieron a reproducirse los escándalos de antaño, los atropellos femeninos en medio del campo y a la luz del sol y el apaleamiento de todo aquel que intentaba protestar; pero esta vez el marqués, en vez de alegrarse con los desafueros de su vástago, reconoció con harto dolor suyo, que la vida de la corte no había influido para nada en César; que este se mostraba tan lascivo, cruel e insoportable como el más atildado marquesito de Versalles, pero que en cambio no había aprendido nada del aire distinguido y noble con que todo potentado debe cometer las mayores infamias.

César era un gañán que cuando quería una cosa marchaba rectamente hasta conseguirla, y que violaba y apaleaba como en los tiempos prehistóricos, a fuerza de puños sin distinción alguna; y el marqués quería hacer de su heredero un segundo Lauzun, hábil, astuto y marrullero, que conquistase a las mujeres con galanteos y no con puñetazos, y que después las abandonara, no con groseros insultos, sino con chistes cínicos y frías sonrisas que equivalieran a una puñalada.

Una de las primeras hazañas de César cuando llegó al castillo a pasar una larga temporada con su padre, fue fijar sus ojos en Luisa, que él había visto corretear de niña por los salones del castillo, y que ahora encontraba convertida en una joven hermosa, de elegancia natural y propia para excitar su desenfrenado apetito de vándalo.

Luisa, a pesar de su inocencia, se estremeció de horror cuando, con ese instinto natural de toda mujer, adivinó el verdadero significado de las miradas ardientes y cínicas que le lanzaba su primo.

La lucha que se entabló y la resistencia que tuvo que presentar Luisa al atrevimiento de aquel hombre que no reconocía trabas, vino a convertir su vida en una continua zozobra.

No podía esperar que César cejase en sus infames propósitos. En

aquel retiro campestre, donde los continuos ejercicios corporales parecían excitar sus insaciables pasiones y rodeado de labriegas de belleza tosca, vulgar y estropeada por el trabajo, la gentil hermosura de Luisa, su gracia y elegancia naturales, la convertían en el continuo pensamiento de su bárbaro perseguidor.

Luisa se encastilló más que nunca en su habitación, pero con esto no pudo evitar ni uno solo de los tormentos que la hacía sufrir la obstinada persecución de su primo.

Este intentó al principio rendirla, fingiendo un amor verdadero y galanteándola con todas las primorosas frases y alambicados conceptos que había aprendido allá en la corte; pero el campestre sátiro resultaba tan ridículo al proceder de este modo, contrario a su carácter, que Luisa no pudo menos que reírse de él, y entonces César volvió a sus procedimientos brutales, que la joven rechazaba con creciente energía.

La lucha grandiosa y heroica que Luisa había tenido que sostener durante dos años, las precauciones que se había visto obligada a adoptar en una casa donde no contaba con el menor protector y en la cual una atmósfera de corrupción favorecía las infamias, quedaron en un misterio absoluto, no sabiéndose más, sino que Luisa lograba sacar a salvo su inocencia de todas las asechanzas preparadas por su perseguidor. ¡Cuánto tuvo que sufrir la infeliz huérfana! ¡Qué inmenso caudal de energía necesitó para no rendirse ante la violencia y la astucia!

La traición infame y disoluta le salía al paso en todas partes; en el corredor obscuro donde se sentía agarrada de pronto por dos brazos robustos de los que le costaba gran trabajo desasirse; en el cerrojo de su puerta, que falseado de antemano, caía al suelo al más leve empujón exterior; y en las ventanas de su cuarto, que por la noche se abrían como por arte mágico, dejando pasar a aquel hombre aborrecible.

Lo más repugnante y desconsolador, era que en aquella casa no había quien se atreviese a protestar contra la brutal conducta de un hombre que dominaba hasta a su mismo padre; y lo más que ocurría, cuando Luisa por la noche salía despavorida de su cuarto pidiendo socorro, por haber visto entrar a su primo César, era que este al ver la servidumbre que acudía a los gritos, se retirara sonriendo cínicamente y afirmando que otra vez sería más afortunado.

Así transcurrió el tiempo para la infeliz Luisa, que cansada ya de luchar, comprendía que un día u otro sería víctima de la brutalidad de un

perseguidor tan tenaz.

Pero un suceso político vino a sacarla de su esclavitud y a salvar su honor.

La prisión del rey en Varennes, produjo la muerte del marqués de Dampierre y el incendio de su castillo, horrible suceso que tenía mucho de expiación providencial; y esto sirvió a Luisa para encontrar un protector honrado y emprender con él la marcha a París, perdiendo de vista el funesto edificio donde tanto había padecido.

VI.- EN LA SOMBRA DEL BOSQUE

Guzmán, de pie ante Luisa, escuchó inmóvil cuanto la joven le dijo sobre su historia, no siendo su relación amplia y completa, pues desconocía gran parte de los hechos que hemos narrado por propia cuenta.

Aquella historia dramática interesaba mucho a Guzmán, cuyo sencillo corazón enternecíase a la vista de tanta desgracia e inocencia juntas.

También él creía que su encuentro con Luisa era providencial, e impulsado por la fe caballeresca de la juventud, se proponía ser el protector de la desvalida joven que tan francamente se confiaba a su cuidado.

Cuando Luisa terminó la relación de su historia, reinó un largo silencio, que al fin volvió a interrumpir la joven para hablar sobre su porvenir y exponer su falta de esperanzas.

—No sé cómo me tratará mi tía la baronesa, pues desconozco en absoluto su carácter, pero me aterra el pensar si será igual a su hermano el marqués de Dampierre. ¡Dios mío! ¡Si la fatalidad me reservará ser eternamente desgraciada!

—No temáis; podéis contar siempre conmigo, que seré para vos un fiel protector, casi un hermano.

Los dos jóvenes quedaron por mucho tiempo en silencio, pues la soledad del bosque y su fresca sombra les envolvían en una dulce calma que aún resultaba más grata después de los dramáticos sucesos de que habían sido testigos.

Los ojos de Guzmán, habituados ya a aquella obscuridad, distinguían en la sombra el seductor perfil de Luisa; pero ni por un solo momento vino a turbar el carácter caballeresco del joven republicano el más leve

vestigio de impúdico pensamiento.

Aquella hermosa y desgraciada joven era para él como un sagrado depósito que la casualidad ponía en sus manos, y se proponía conducir a Luisa hasta París, rodeándola de todas las atenciones y puros cariños con que un padre trata a su hija.

Guzmán, impío, enemigo de los reyes y burlón ante todos los dogmas religiosos, era fanático en el culto a la mujer, pues el recuerdo de su madre le hacía mirar con respeto y unción devota a cuantas mujeres honradas encontraba a su paso.

No sabía él explicarse la impresión cada vez mayor que le dominaba desde que conoció a Luisa. Para ser aquello amor, faltábale algo, pues resultaba un sentimiento demasiado tranquilo y falto de vehemencia; pero algo más que pura amistad, era su resolución de dejarse matar si así lo exigía la felicidad de Luisa.

Transcurrió una media hora sin que entre los dos jóvenes se cruzasen más que algunas insignificantes palabras, y cuando ya tranquilizada la joven iba a proponer a Guzmán que emprendiesen la marcha hacia Santa Menehould, el caballo, que hasta entonces había permanecido inmóvil, tiró de las riendas que le sujetaban al árbol y levantó la cabeza lanzando un agudo relincho.

En el silencio de la noche sonó otro relincho lejano, por la parte del castillo, y a Guzmán le pareció oír débilmente, el galopar de un caballo, ruido que no tardó en cesar.

—Alguien se acerca.

Mientras el joven decía estas palabras mirando al camino, como si pretendiera distinguir algo en la densa obscuridad, Luisa se había puesto en pie y se aproximaba a su acompañante, volviendo en torno sus ojos con recelo, como si adivinara un peligro inmediato.

—¡Oh, señor Guzmán! Tengo miedo, mucho miedo.

—¿A quién teméis? —preguntó el joven, que también se mostraba intranquilo, aunque no falto de valor.

—No lo sé; pero el corazón me anuncia que no tardaremos a tener un mal encuentro. En estas soledades y cerca del funesto castillo, sólo enemigos podemos encontrar.

Guzmán tenía metidas las manos en los bolsillos de su redingot, y oprimía las culatas de sus pistolas, pronto a sacarlas al más leve indicio

de peligro.

Así transcurrió algún tiempo, permaneciendo los dos jóvenes inmóviles, silenciosos y mirando a todas partes con recelo, mientras el caballo relinchaba husmeando el espacio, como si presintiese la llegada de un enemigo.

De pronto Luisa se agarró con nervioso impulso de un brazo de su acompañante, como si percibiera algo que le causaba inmenso pavor.

—¿No habéis oído, señor Guzmán? La hojarasca cruje como si alguien se acercara cautelosamente.

—Nada oigo, Luisa —contestó el español, que en vano se esforzaba por percibir aquel ruido.

—Sí; oigo pasos —continuó la joven— un hombre viene; ya se acerca…, ya está más próximo…, ya está ahí.

Y Luisa temblorosa se oprimía contra Guzmán, sin soltar su brazo, mientras que el joven volvía su cabeza para ver aquella aparición que de tal modo aterrorizaba a su protegida.

Efectivamente; por entre la arboleda avanzaba cautelosamente un hombre, procurando que la hojarasca y el musgo, apagasen el ruido de sus pasos y el retintín de sus espuelas.

Guzmán, a pesar de la obscuridad, adivinó en el que llegaba a un hombre de mediana estatura y robusta complexión, que vestía un traje de caballero, con botas de montar y espada.

Al ver el recién llegado que le habían descubierto, avanzó ya franca y decididamente y a los pocos pasos colocándose frente a los dos jóvenes, quitándose el sombrero con irónica y exagerada cortesía:

—Buenas noches, señores —dijo con voz algo ronca y temblorosa.

Y fijándose especialmente en Luisa que, conmovida por un miedo terrible, parecía querer esconderse detrás de Guzmán, añadió con una expresión cada vez más irónica e impertinente:

—Salud, primita. Me imaginaba, después de lo ocurrido, encontrarte sola y errante por estos bosques, y me alegro de verte en tan buena compañía. Te buscaba; el caballo de este señor me ha prestado el servicio de llamarme hacia este lado con sus relinchos, he dejado mi corcel lejos de aquí para poder aproximarme cautelosamente, y al escuchar tu voz y oír tu nombre, he dado gracias a mi buena fortuna que me proporcionaba encontrarte tan pronto.

Después fijó su mirada en Guzmán y añadió sin deponer su acento irónico:

—Os doy las gracias, caballero, por haber acompañado a esta señorita hasta la llegada de su primo, que es el único hombre con quien ella tiene el deber de ir.

Guzmán sabía ya quién era aquel hombre. Era el brutal perseguidor, el monstruo cuyo nombre resultaba suficientemente para que Luisa se aterrase. El recuerdo de todas las villanías con que había afligido a la infeliz joven y de las infames emboscadas de que esta había sido objeto, acudió a la memoria del caballeresco Guzmán, quien avanzando algunos pasos, dijo con entonación resuelta y tono agresivo:

—Las gracias, caballero, debéis dármelas, no por haber acompañado a vuestra prima hasta ahora, sino por el servicio que la prestaré escoltándola hasta París, donde quiere ella ir, impulsada por su espontánea voluntad. La señorita Luisa es libre; puede escoger a su gusto el hombre encargado de velar por su seguridad y por su honra; pero tengo la seguridad de que ese hombre no seréis vos, pues ella os conoce hace ya mucho tiempo y se acuerda muy bien de todas vuestras villanías e infamias.

El hijo del marqués de Dampierre contestó con una risotada grosera que hizo estremecer de rabia a Guzmán:

—Oye, Luisa —dijo con expresión cínica—. ¿De dónde has sacado este caballero andante? ¿Es que acaso has elegido protector entre los canallas que han asesinado a mi padre e incendiado el castillo?

—¡Miserable! —rugió Guzmán trémulo de ira y levantando la mano derecha, armada de una pistola.

Pero Luisa le agarró el brazo y murmuró junto a su oído con acento suplicante:

—¡Por Dios, señor Guzmán! Tened calma, despreciadle: es un infame, y no debéis hacer caso de sus insultos. No quiero que por mi causa se derrame sangre.

Transcurrieron algunos minutos en el más profundo silencio, hasta que por fin el joven Dampierre volvió a hablar.

—No os enfadéis de tal modo, caballero: tengamos la fiesta en paz. Por vuestro nombre conozco que sois español, y ya no me extraña que queráis imitar a don Quijote en la campiña francesa, amparando a

doncellas que no necesitan amparo. Creo que no seréis tan testarudo, hasta el punto de querer impedir que yo haga el uso de mis derechos de pariente. Mi padre ha muerto asesinado por ese populacho que deshonra nuestra vieja monarquía francesa; soy el único varón que queda de la casa de Dampierre; a mí me incumbe, pues, el proteger a mi prima, y no a vos, señor desconocido. Conque basta de locuras. Tú, Luisa —añadió con acento imperativo y dando algunos pasos hacia la joven— dale las gracias a este señor, y vente conmigo en seguida.

—No —exclamó aterrada la joven—. ¿Ir contigo?, ¡qué horror! Antes la muerte.

Y Luisa, asustada, ocultábase a espaldas de Guzmán, poniéndole como una muralla entre ella y su infame perseguidor.

—Basta, caballero —dijo el español—. Bien veis que esta señorita no quiere vuestra protección, y su voluntad ha de cumplirse, pese a quien pese. Hablemos francamente. Si algún derecho teníais sobre vuestra prima, lo perdisteis desde el momento en que comenzaron vuestras infames asechanzas contra su honor. Ya veis que os conozco y que sé todo el monstruoso significado de esa protección que ofrecéis.

Detúvose algunos instantes Guzmán, y luego afirmó con entonación enérgica:

—La señorita Luisa irá donde ella quiera. Su voluntad es dirigirse a París, a casa de su tía la baronesa, y en París estará pasado mañana, sin que podáis evitarlo vos ni nadie.

Y Guzmán, al hablar así, erguía su aventajada estatura, moviendo de un modo poco tranquilizador el brazo, con cuya mano empuñaba una de sus pistolas.

Dampierre agitaba también sus manos en torno de su cintura, tan cautelosamente, que no llegó a percibirlo Guzmán, y mientras tanto decía con calma:

—Noto que os tenéis por muy enterado de quién soy y cuáles son mis intenciones. ¿No podría yo saber también con quién hablo? Un hombre sólo abandona su patria por muy graves motivos, y cuando hablo con un extranjero, siempre me parece ver en él un criminal fugado para librarse de la horca.

A pesar del terrible efecto que el encubierto insulto produjo en Guzmán, este se apresuró a decir:

—Soy más honrado que vos, pues respeto a las mujeres en vez de asediarlas con infames asechanzas: y si he huido de mi patria, ha sido tan sólo por mostrarme enemigo de la monarquía, que por razones tradicionales coloca en las más privilegiadas alturas a monstruos como vos, dignos solo de la horca.

—¡Ah! ¿Conque eres de los revolucionarios? —dijo Dampierre, tratando desde este momento con una superior insolencia a su interlocutor—. Ya no me extraña cuanto hagas y cuanto digas. Indudablemente has llegado aquí formando parte de la turba de piojosos que rodea por esos caminos al pobre rey de Francia, y tal vez has sido también de los canallas que asesinaron a mi padre. Podía matarte, pero esto sería para ti demasiado honor, y me limito a decirte que te vayas, dejando en paz a mi prima… Tú, Luisa —continuó el noble con acento imperioso—. Ven aquí al momento y vámonos.

Guzmán sentía crecer su furia ante la insolencia del noble y el aire despótico con que mandaba. Con violento impulso se libró de las manos de Luisa, que le sujetaban, y dijo con voz temblorosa por la rabia:

—Esta mujer no te seguirá. Tú eres el que vas a irte inmediatamente, si no quieres que a fuerza de bofetadas vengue yo a Luisa de cuanto la has hecho sufrir.

Entonces Dampierre hízose un paso atrás. De la altura de su pecho salió un relámpago que ilumino fugitivamente el inmediato camino y las frondosidades del bosque; Guzmán sintió que algo rápido y silbante pasaba junto a su oído, y los ecos de la arboleda repitieron un pequeño trueno, en unión del grito de terror que lanzó Luisa.

Era que Dampierre, sacando sus pistolas del cinto con traidora cautela, mientras hablaba a Guzmán, acababa de hacer fuego sobre este.

De las dos pistolas, en una no salió el tiro, y la bala de la otra pasó tan próxima a la cabeza de Guzmán, que rozó el lóbulo de una de sus orejas, causándole una pequeña quemadura.

Dampierre arrojó con furia aquellas armas que ya le resultaban inservibles, y tiró de la espada, avanzando con intención de asesinar al joven español; pero hubo de detenerse inmediatamente, al ver que Guzmán le esperaba, extendiendo sus brazos armados de pistolas.

El heredero del marqués, que era tan sanguinario como falto de verdadero valor, retrocedió algunos pasos al ver que su enemigo era

ahora quien disponía de su vida.

Guzmán, a pesar de su aparente serenidad, estaba fuera de sí. Su sangre mora, agolpándose en su cerebro, lo conmovía, inspirándole violentos deseos de matar; pero saboreando el placer de prolongar la agonía de su enemigo, retardaba algunos instantes el hacer fuego.

Aquella escena había sido rápida, hasta el punto de transcurrir en menos tiempo que el empleado en narrarla.

Iba ya a disparar, cuando sonó en su oído la dulce voz de Luisa, que murmuraba débil y quejumbrosamente:

—No le matéis, señor Guzmán. Me haríais muy desgraciada si llegarais a derramar sangre por mi causa. El remordimiento me mataría. ¡Perdonadle!, ¡perdonadle por Dios! Os lo pido de rodillas.

Y la joven se arrodillo a los pies de Guzmán, que continuaba inmóvil e impasible apuntando sus pistolas.

Dampierre, con la espada en la mano y clavado en el suelo por el terror, pasó unos cuantos minutos que le parecieron siglos. Conforme avanzaba el tiempo, sentía una agonía creciente, y al mirar con sus ojos extraviados por el miedo, aquel hombre impasible que le amenazaba con una próxima y segura muerte, el miserable sentía deseos de imitar a su prima y pedir también misericordia.

Por fin, la voz de Guzmán le sacó de aquella situación horripilante, diciéndole con una frialdad asombrosa:

—Volveos de espaldas inmediatamente y permaneced quieto, si no queréis que os meta una bala en la cabeza.

Dampierre obedeció como un autómata, y volviéndose de espaldas, aguardó no sin recelo, pues acostumbrado a las traiciones, creía que Guzmán iba a dispararle las pistolas de un momento a otro.

El joven español levantó entonces del suelo a la aterrorizada Luisa, diciéndola al oído:

—A vos os debe la vida. Creed que estaba decidido a exterminar ese monstruo. ¡Quiera Dios que algún día no os arrepintáis de vuestra generosidad!

Guzmán, impasible y confiado, sin apresurarse mucho, fue a donde estaba su caballo, desató las riendas, y cogiendo con delicadeza la cintura de Luisa, levantó a la joven, sentándola en la silla de la cabalgadura. Después tiró de las riendas del caballejo hasta hacerlo entrar en el

camino, y mientras aquel se iba alejando con lento paso, Guzmán retrocedió hasta el punto donde Dampierre continuaba inmóvil.

Tocábale ahora al joven ser insolente.

—Oye, futuro marqués: yo estaba decidido a matarte, seguro de que con ello prestaba un servicio a la sociedad; pero Luisa te ha perdonado. Estás ya libre; puedes irte por donde quieras; pero te aconsejo que no nos sigas, pues entonces tal vez me arrepintiera de mi generosidad. En esta sombra que nos rodea no hemos podido vernos las caras; si algún día te miro a la luz del sol, tal vez no te conozca; pero procura que así sea y que jamás volvamos a encontrarnos, pues si llego a reconocerte tendré el gusto de introducir en tu cabeza estas dos balas, que ahora rabian por no verse en tan digno alojamiento.

Después de decir esto, Guzmán se alejó con la confianza de su superioridad, sin volver ni una sola vez la cabeza para ver si Dampierre continuaba inmóvil o había desaparecido.

No tardó en reunirse con Luisa, que asombrada por la anterior escena, iba absorta e inmóvil sobre el pacienzudo caballejo. Ni una sola palabra se cruzó entre los dos jóvenes, mientras estuvieron en el camino del castillo.

Al salir a la carretera real, Guzmán dejó que se alejara un poco el caballo con la joven, y colocándose a un lado del camino, procuró ocultarse tras un montón de piedras.

No tardó en ver cómo avanzaba cautelosamente, saliendo por la embocadura del camino del castillo, un hombre, en cuya mano relumbraba una espada.

En la carretera era menos densa la obscuridad que en el bosque, y a la indecisa luz de las estrellas, Guzmán reconoció a Dampierre.

El noble, al verse solo y libre ya del peligro, recobró su audacia, y a su deseo de apoderarse de Luisa, uniose la ansia de vengarse de su acompañante.

Impulsado por estos deseos, los siguió cautelosamente, sin saber de un modo cierto lo que iba a hacer, pero proponiéndose asesinar a Guzmán al menor descuido.

El español, al ver que su contrario contravenía tan audazmente sus mandatos, sintiose dominado por aquel irresistible impulso de matar que había experimentado momentos antes.

Saltó al otro lado del montón de piedras, y colocándose en medio de la carretera, apuntó sus pistolas, gritando con acento iracundo:

—¡Ya que me buscas, muere!

Pero no pudo hacer fuego, pues cuando ya iba a oprimir los gatillos, Dampierre, asustado por aquella aparición, huyó velozmente, desapareciendo entre la arboleda.

La fuga del enemigo devolvió la serenidad a Guzmán, quien se alejó, alzando filosóficamente los hombros, al pensar que era preferible verse chasqueado en su deseo a tener que matar a un semejante.

Mientras marchaba a reunirse con Luisa, aún volvió varias veces la cabeza, pero solo pudo ver a lo lejos y sobre la obscura crestería de los bosques el rojizo humear del incendiado castillo, que destacándose en el sombrío espacio, le recordaba la nube de fuego que guiaba la emigración israelita a través del desierto.

VII.- El VOLTAIRE DE LA REVOLUCIÓN

El ciudadano Camilo Desmoulins acababa de levantarse de la cama, alegre y decidor, como si hubiese visto entrar por la puerta a la misma imagen de la fortuna.

Su mujer, la linda y tierna Lucila, a pesar de que estaba acostumbrada al humor invariablemente jocoso de su célebre marido, no pudo menos de sentir atraída su atención por la alegría que en aquella mañana experimentaba el buen Camilo.

Mientras la hermosa joven servía el desayuno a aquel hombre que tres años antes era un obscuro estudiante y que ahora veía circundada su severa frente por la aureola de la popularidad y de la gloria, Camilo decía con su tono ligero y festivo:

—¿Viste ayer, Lucila mía, qué hermoso espectáculo resultó la entrada del rey prisionero? Fiestas como esta se presentan muy pocas, pues no todos los días hay reyes que se atreven a ser traidores a su pueblo, para después sufrir la humillación de entrar en su capital abatidos, derrotados y devorando en silencio la rabia que les produce ver a sus antiguos súbditos con la cabeza cubierta y mirándolos más como jueces que como vasallos. Famoso ha estado el panzudo Capeto al volver a París conducido por el pueblo armado. Bien se veía que tenía miedo, aunque el caso no era para menos. El pueblo permanecía ceñudo e impasible; pero a pesar de que en todas las esquinas figuraba un cartel que decía: «El que salude al rey será apaleado; el que le insulte será ahorcado», hubo momentos en que la multitud se remolinó de un modo poco tranquilizador, y bastante hubieron de luchar Barnave y los demás comisionados de la Asamblea para impedir que algunos patriotas exaltados hiciesen algo más que amenazar con sus sables a la maldecida reina austríaca. ¡Gran fiesta fue la de ayer! ¡Gran día, vive Dios! Ya

sabes que yo me precio de conocer al dedillo toda la historia antigua, y sin embargo, ni entre griegos ni entre romanos creo que se haya dado un espectáculo como el proporcionado por la fuga de Luis Capeto. La cosa marcha, Lucila mía. Para que la libertad fuese algo más que una palabra, era preciso que el pueblo dejase de adorar estúpidamente a los reyes, y esto lo vamos consiguiendo, pues el mismo Luis parece que por su parte tenga empeño en divorciarse de la nación. Ayer fueron los funerales de la monarquía. Un rey que procede del modo más desacertado para volver después a la corte conducido casi a viva fuerza y entre millares de picas y bayonetas que se blanden contra él, no puede tener buen fin. Voy a escribir inmediatamente mis impresiones de ayer. Los patriotas de toda Francia esperan mi opinión, y de seguro que esta noche el periódico Las Revoluciones de Francia y de Brabante alcanzará una venta de muchos miles de ejemplares y será muy leído en el Paláis-Royal. Voy a ponerme a escribir inmediatamente, antes de que algún suceso triste venga a turbar mi natural alegría. Me parece que en este número del periódico escribiré algo digno de ser leído.

Y el joven periodista, después de dar un beso a su querida Lucila y de juguetear tan alborozado como un niño con el pequeño Horacio, primer fruto de su matrimonio, dirigióse a su despacho, sencilla habitación de donde partían los truenos que hacían bambolearse el trono francés y donde se forjaban los rayos de aquella sátira aguda y aplastante, que demolía rápidamente todo cuanto del pasado quedaba todavía en pie.

Camilo Desmoulins vivía en la calle de la Antigua Comedia, cerca del boulevard San Germán, y en 1792 gozaba de un bienestar material que tres años antes no hubiese llegado a imaginarse.

Había entrado en París como un muchacho de provincias que venía a estudiar en el Liceo de Luis el Grande, teniendo como suprema aspiración el poder volver algún día a su tierra de Guisa para ser en ella un abogado de mérito.

Sus padres, modestos labradores, solo podían enviarle una menguada pensión, y el joven Camilo, viendo cerrados los caminos de la gloria que antes de la Revolución sólo eran transitables para los de noble origen, limitábase a distinguirse en el Barrio Latino como uno de los estudiantes más vivaracchos y menos aplicados, pues se preocupaba mejor de escribir versos patrióticos o galantes que de profundizar los obscuros problemas del Derecho.

Su rostro enjuto y cetrino, contraído continuamente por gestos nerviosos; sus ojos grandes, inquietos y algo oblicuos, y su frente pensadora, coronada por una cabellera negra que partida en raya sobre el vértice del cráneo caía en revueltas y despeinadas ondas sobre sus hombros, daban a aquel estudiante poeta un aspecto algo extraordinario; pero nadie al ver sus botas rotas, su ropa remendada y oír su lenguaje tartamudo, aunque incisivo, llegaba a imaginarse que una próxima revolución había de elevar a las mayores alturas al bohemio del Barrio Latino.

La jornada del 14 de Julio, la famosa toma de la Bastilla, sirvió a Camilo Desmoulins para hacer famoso por primera vez su nombre.

Él fue quien provocó la tempestuosa explosión del pueblo parisién, arengando a las masas en el Paláis-Royal y siendo el primero que dio el grito de ¡A las armas!

Desmoulins no había brillado todavía como escritor, porque carecía de un público que le comprendiese; pero apenas la revolución le proporcionó ese público, su pluma relampagueó, llegando a las alturas de la sátira más sublime.

Con él renacía Voltaire; pero así como el filósofo de Ferney escribía para los salones, Desmoulins aplicó su sátira a los asuntos de actualidad, derramando a manos llenas su gracioso ingenio sobre las masas populares, ávidas de ilustración y deseosas de aplaudir a todo autor audaz que llegase a atacar osadamente a los que estaban en lo alto.

Camilo fue popular en unos cuantos meses. Bastáronle algunos números de su primer periódico Discursos del Reverbero a los parisienses para que el París revolucionario le adoptase como hijo, viendo en él un escritor digno de todos sus cariños; y merced a esta transformación milagrosa por lo rápida, el obscuro estudiante vio su nombre convertido en el más popular de la gran ciudad.

Aquellas condiciones notabilísimas que hasta entonces habían permanecido ocultas e ignoradas, salieron a luz, produciendo tempestades de entusiasmo y agitaciones de odio.

El público y el escritor se identificaron completamente, por lo mismo que este era ligero, alegre en sus satisfacciones y terrible en sus pasajeras cóleras, como las masas populares.

Camilo era más ateniense que francés, y su carácter, así como sus

hechos, recordaban a los escritores griegos del gran siglo, y especialmente a Aristófanes, con quien Desmoulins parecía ligado por estrecho parentesco literario.

La lucha resultaba un medio de vida para el joven escritor; pero combatía burlándose, siempre alegre; como los gladiadores que morían con la sonrisa en los labios.

La continua agitación era su elemento, vivía en medio de la calle como los poetas atenienses y a todas horas estaba en continuo roce con su público, aquella tempestad popular, cuyas olas encrespaba o calmaba a voluntad de su pluma.

Profundo en sus conceptos, erudito asombroso y filósofo hasta en sus menores expresiones, tenía la habilidad de mostrarse trivial y ligero para ser comprendido por todos: al enemigo lo desenmascaraba, no con gestos iracundos, sino con burlonas carcajadas, y su risa hacía más daño a la tradición que todos los motines que semanalmente estallaban en París.

Era el colibrí de la Revolución; ligero, elegante, moviéndose de un lado a otro para deslumbrar con los mil colores de su brillante plumaje; pero bajo su exterior hermosamente inofensivo, guardaba el aguijón de la más venenosa avispa, y la monarquía y sus defensores recibían una herida incurable cada vez que publicaba un escrito.

El desinterés con que prestaba su pluma a la causa popular, no podía ser más grande.

Era ya célebre; su nombre lo pregonaban, como un medio de seguro lucro, todos los vendedores de periódicos de París, y sin embargo, vivía todavía en la miseria y aún ocupaba la fría buhardilla del Barrio Latino, donde se habían desarrollado sus primeros sueños de gloria.

En la misma época que la familia real en las Tullerías y los principales nobles en sus palacios hablaban con alarma de la terrible propaganda del festivo periodista, y forjaban inútiles planes para comprar su pluma a fuerza de oro, Camilo Desmoulins intentaba seducir a su padre con el relato de su gloria, pidiéndole en cambio que le enviase dos o tres luises para poner muebles en su destartalada habitación y comprarse un traje más decente.

El viejo labrador, que no podía comprender cómo su hijo, que era un mal abogado, llamase tanto la atención en París, mostrose insensible a todos los halagos filiales y se negó tenazmente a abrir su bolsa, con lo

cual Camilo Desmoulins el célebre, el popular, el adorado por todo París, iba casi a salto de mata, debiendo a su portera muchos meses de inquilinato, buscando amigos que le convidasen a comer, reflexionando horas enteras sobre el medio honrado de que se valdría para renovar su raído equipaje y acogiendo con burlonas carcajadas las proposiciones que se le hacían ocultamente para poner su pluma a servicio de la corte, a cambio de algunos miles de escudos.

En esta época de gloriosa miseria le conoció Mirabeau.

El famoso orador, próximo ya a la tumba, quiso ser amigo de aquel nuevo astro que se elevaba en el cielo de la popularidad, y Desmoulins figuró entre los comensales del grande hombre, que nacido para los placeres, hacía una vida que le hubiesen envidiado los más depravados reyes de harén.

El genio de las calles de París intimó con el genio de las asambleas, asombrándose entonces de su propia pobreza y de la suntuosidad con que vivía el orador.

Camilo, con la facilidad de adaptación, propia de su carácter ligero, convirtióse en uno de los más asiduos comensales de aquellas cenas babilónicas, en las cuales brillaba Mirabeau rodeado de las más hermosas bailarinas de la ópera.

La gracia de Desmoulins provocaba ruidosas expresiones de alegría con aquel ser elocuente, tan gigantesco como hombre que cual orador, y el periodista, al soltar algunas de sus felices expresiones, tenía buen cuidado en ponerse a regular distancia de Mirabeau, pues este acompañaba sus carcajadas con los mismos vigorosos puñetazos que daba en la tribuna y que amenazaban deshacer la enfermiza personalidad de Camilo.

La pobreza del periodista y al mismo tiempo una ingenua admiración, le hacían vivir en la atmósfera corruptora y elegantemente viciosa que rodeaba al célebre tribuno; pero afortunadamente un amor puro e inquebrantable vino a sacar a Camilo de tan resbaladiza situación, asegurando al mismo tiempo su porvenir.

Uno de los sitios en que con más frecuencia se reunían los jóvenes cuyos nombres comenzaban a ser populares y que prometían alcanzar una imperecedera fama al servicio de la Revolución, era la casa del señor Duplessis, antiguo empleado de Hacienda que, poseedor de una regular

fortuna, tenía por toda familia a su mujer y a una hija.

El viejo Duplessis era un decidido partidario de las nuevas ideas; y grandemente aficionado a la literatura y a la filosofía, ya que le era imposible llegar a ser un escritor, gozaba reuniendo en su casa a todos los jóvenes que alcanzaban algún renombre como periodistas u oradores.

Su esposa, una vieja señora de quien se murmuraba que había sido amante del ministro de Hacienda, Terray, era un ser insignificante que conservaba en su rostro visibles señales de una hermosura notable; en cambio, la hija, o sea, la hermosa Lucila, parecía llenar toda la casa con su vivacidad y su gracia.

Era Lucila como un lindo Desmoulins vestido de mujer, pues resultaba ligera, graciosa, inconstante, y tan pronto tierna como tempestuosa, cual el famoso periodista. Aquella juventud ilustre y todavía al principio de su carrera que acudía a casa de Duplessis, sentíase impresionada por la graciosa ligereza de Lucila, y todos los tertulianos la hacían la corte sin conseguir gran cosa de una joven inconstante, que tan pronto parecía una mujer de serio y profundo juicio como demostraba menos entendimiento que un chorlito.

Al principio creyóse notar en ella cierta predilección por el joven diputado Robespierre, que le hacía el amor, con la fría tiesura de su carácter rígido y poco comunicativo; pero pronto se cansó Lucila de las vaguedades de lenguaje y del aire misterioso y áspero de aquel soñador a quien el destino arrastraba a las mayores alturas, y entonces se fijó en el joven Freron, hijo del crítico que tantos ataques había recibido de Voltaire, y periodista de mediano mérito, que manifestaba por ella un amor vehemente.

Freron no fue más afortunado que Robespierre, pues la aparición de Camilo Desmoulins en aquella casa vino a quitarle todas sus esperanzas.

El viejo Duplessis, que era uno de los más entusiastas admiradores del periodista, tuvo empeño en arrastrarlo a su tertulia, y en aquel salón burgués y amueblado con toda la riqueza de una respetable fortuna, cayó el pobre escritor, entre una corte de jóvenes elegantes, atildados en su porte y que gozaban de buena posición social.

Camilo se presentó humillado por su pobreza y su fealdad, sin que su nombre glorioso sirviera para disculparle de la fama perversa que le había proporcionado su compadrazgo con Mirabeau y su participación en

las desenfrenadas orgías del tribuno.

A pesar de la licencia de costumbres que existía en Francia después de los escándalos de la Regencia y de Luis XV, la vida y las costumbres de Desmoulins no eran para granjearle una buena acogida en el seno de una familia de la clase media, que era donde se habían refugiado entonces la honradez y el pudor, pero a pesar de todo esto, Camilo, a las pocas visitas, alcanzó una victoria que dejó estupefactos a los demás tertulianos.

La caprichosa Lucila, le amaba con una constancia que no era de esperar en su carácter. Tal vez la misma pobreza de Desmoulins, su débil complexión que le hacía semejante a un niño y aquel aspecto miserable que contrastaba con la gloria de su nombre, impresionaron profundamente a una mujer en quien la imaginación era la principal facultad.

Además, la semejanza de carácter aproximó a aquellos dos seres, que eran como dos lindos pájaros, siempre dispuestos a gorjear de alegría, a reírse de cuanto les rodeaba y a no inquietarse en lo más mínimo ante el porvenir.

Lucila y Camilo se amaron con toda la fuerza de sus vehementes caracteres, y aunque un abate galante, que era amigo íntimo de la casa, servía de intermediario, llevando cartitas amorosas de uno a otro, la pasión no tardó en hacerse pública.

Madama Duplessis murmuró, encontrando muy desventajoso aquel matrimonio, para una joven que tenía cien mil francos de dote, pero al padre, aunque no muy satisfecho en el primer instante, acabó por halagarle la idea de ser suegro de un grande hombre, del cual hablaba todo París con entusiasmo.

Camilo, que tanto se había burlado del culto católico, siguiendo con esto las huellas de Voltaire, hubo de sostener una ruda batalla con el clero de San Sulpicio, que quería obligarle a retractarse de los escritos que habían provocado la risa de todos los impíos de Francia, y al fin, el periodista, a fuerza de marrullerías y de amenazar con nuevos y más escandalosos ataques, consiguió que se celebrara el matrimonio canónico, sirviéndole de testigos el popular tribuno Petion y el imperturbable Robespierre, que ante el enlace de su antigua adorada, se mostraba, como siempre, áspero y frío.

El matrimonio cambió repentinamente la vida de Desmoulins.

El amor de Lucila, aquella graciosa coqueta que correteaba por la nueva casa como un pájaro enjaulado, prestaba nueva fuerza a su energía de batallador incansable, y al mismo tiempo su inquieto ánimo, adquiría la benéfica calma precisa para el estudio, al no tener que preocuparse de las necesidades materiales de la vida ni pensar con zozobra, a casa de qué amigo iría a comer al día siguiente.

Su casa de la calle Antigua Comedia, era una desahogada habitación amueblada por la elegante Lucila, con arreglo al gusto de la época, y allí vivía tranquilo por primera vez el gran satírico de la revolución, rodeado de los libros que tanto había apetecido poseer y escribiendo los números de su periódico que conmovían a todo París.

Su felicidad vino a completarse con el nacimiento de un hijo, el pequeño Horacio, que su padre presentó en el Altar de la Patria, siendo el primer niño que recibió el bautismo civil, decretado por la Asamblea para todos los nuevos franceses.

Pocas familias resultaban tan tranquilas y felices como la de aquel escritor, cuya misión parecía ser la de despertar la patria arrojándola en el torbellino de la revolución.

Una calma tan absoluta, en el mismo sitio donde se forjaban los rayos y los truenos de la tormenta popular, resultaba extraña y producía el mismo efecto que un trozo de cielo azul, puro y luminoso, en medio de los negros nubarrones de furiosa tempestad.

Este violento contraste resaltaba aún más, en el momento que Camilo

Desmoulins escribía su artículo, sobre la entrada del rey en París después de la fuga y prisión en Varennes, pues el despacho del periodista tenía un aspecto patriarcal, mientras él inclinado sobre la mesa y pluma en ristre, amontonaba en el papel todos los sarcasmos y las punzantes burlas que le sugería el reciente suceso.

Los ruidos de la calle subían hasta allí, penetrando en tropel por la ventana, cuyo alféizar estaba adornado con tiestos de flores sobre los cuales ondeaba una ligera cortina de muselina.

La viva luz de un sol de verano, esparcíase a torrentes por el despacho, alegrando las paredes empapeladas con un color sombrío, y encendiendo las vivas tintas de los manojos de flores exóticas pintadas en un gran biombo de laca, que extendía en zig-zag sus siete hojas, tras la

mesa donde se hallaba el periodista.

Algunos armarios de roble tallado con cortinillas verdes, contenían el tesoro de erudición de Camilo, o sea, más de mil volúmenes, de los cuales la mayoría pertenecían a los grandes clásicos de Roma, pues el periodista como todos los escritores de su época, conocía a la perfección la lengua latina.

Los inmortales satíricos romanos, eran su lectura favorita y un hermoso busto de mármol que representaba a Juvenal, presidía silencioso las laboriosas veladas del escritor, desde lo más alto del estante de libros donde había sido colocado.

Una intensa balumba de papeles impresos y de tomos sueltos inundaba la habitación, esparciéndose por el suelo y apilándose sobre sillas y mesas sin concierto alguno.

El carácter despreocupado de Camilo reflejábase en el desorden de su despacho. Números atrasados de El Amigo del Pueblo, de Marat, yacían revueltos con Las Actas de los Apóstoles, periódico virulento hasta la demencia, que publicaban los realistas valiéndose del inmundo lenguaje de los lupanares; las pruebas de Las Revoluciones de Francia y de los folletos de Desmoulins, mezclábanse entre las hojas de los libros clásicos que estaban en el suelo, abiertos en algunos de sus pasajes más notables; y sobre la mesa de trabajo, al alcance de la vista del escritor, estaban las Vidas Paralelas, de Plutarco, que en aquella época eran como el evangelio de los revolucionarios y servían de manantial de heroicos hechos, donde apagaba su sed de gloria, la joven e ilustre generación, que sirviendo al pueblo, aspiraba a la inmortalidad.

Madama Roland y Robespierre leían continuamente a Plutarco para animar su fe e inspirarse antes de pronunciar un concepto sublime: Camilo Desmoulins estudiaba al biógrafo griego, para hacer punzantes comparaciones y abrumar a los enemigos con el peso del ridículo. El mismo libro siendo empleado para distintos fines, producía idéntico resultado, pues servía de guía y consuelo a los que combatían intelectualmente por la Revolución.

Camilo llevaba ya más de dos horas llenando cuartillas con su letra irregular y caprichosa y abrumando a fuerza de sarcasmos la causa de los humillados reyes. Cuando de vez en cuando veíase obligado a levantar del papel su fatigada vista, un espectáculo tiernamente conmovedor se presentaba a sus ojos.

Lucila le había seguido al despacho, pues arrastrada por su amor tan vehemente como gracioso, no podía estar separada de su marido cuando este se hallaba en casa.

La gentil hija de Duplessis, sentada en un sillón junto a la ventana y con el pequeño Horacio entre sus brazos, pasaba insensiblemente las horas mirando cómo su amado Camilo, encorvado sobre la mesa y con el rostro contraído y aviejado por la fatiga, luchaba contra su propia inteligencia, buscando el medio de hacer más interesante sus escritos.

La atmósfera de dulce paz y de activo trabajo que se respiraba en aquella habitación, conmovía a la impresionable Lucila, que al sentir agitarse entre sus brazos a su hijo sonriente y robusto y ver cómo Camilo siempre fiel y amoroso se esforzaba en aumentar su renombre inmortal, emocionábase hasta el punto de que a sus ojos asomasen lágrimas de felicidad.

Todo era dicha y calma en el hogar del periodista, y sin embargo, en el seno de aquella familia feliz y confiada que hubiese hecho sonreír de gozo al más escéptico observador, forjábanse las ironías sangrientas, los apostrofes destructores como rayos, que algunas horas después, al penetrar en el palacio de las Tullerías en forma de papel impreso, habían de causar la desesperación de una madre obcecada que ceñía una corona real y de un padre que, aunque sin reconocer sus yerros, temblaba por la suerte de sus hijos.

La lógica de las revoluciones abunda en crueldades como ésta, y la necesidad de vengar al oprimido pueblo obliga a mostrarse inexorables y perseguidores a muchos hombres de carácter dulce, que viven en el seno de su familia gozando las delicias proporcionadas por la paz conyugal y la pureza de costumbres.

Camilo, cada vez que al levantar su cabeza sorprendía la enternecida mirada de su mujer, abandonaba su sillón, y sin soltar la temible pluma, iba a confundirse en el grupo que formaban la madre y el pequeñuelo, jugueteando con los dos, como si fuese un niño y abrumándoles a fuerza de besos y caricias.

Las advertencias de Lucila hacíanle volver al trabajo y nuevamente el inimitable Camilo dejaba correr su pluma sobre el papel, tronando su gracia como jocosa tempestad, cual si al sentarse ante la mesa olvidara inmediatamente sus arrebatos de cariño e infantiles jugueteos de

momentos antes.

El Voltaire de la Revolución era una cabeza sólida. No era fácil que sus entusiastas lectores, al saborear el artículo en que tan chispeantemente se burlaba del panzudo rey, de la altiva reina y de aquellos niños regios que miraban con asombro cómo sus padres eran conducidos prisioneros, adivinasen que aquel hombre que se encargaba de reír cruelmente en representación de todo el pueblo, había interrumpido varias veces los más notables párrafos, para besar a una mujer y a un niño y entregarse a familiares expansiones propias de un burgués pacífico.

Llegó por fin el momento en que Camilo terminó su artículo y cuando después de revisarlo y corregirlo se disponía a levantarse del sillón, entró la criada, una linda auvernesa de aspecto tan vivaracho y agradable como sus amos.

Camilo, que no quería ser incomodado en las horas que dedicaba al trabajo, recibió a la joven con un gesto de mal humor, pero la criada se apresuró a decir:

—Ahí fuera aguarda un joven, que ya ha venido dos veces preguntando por el señor. Dice que viene de España, que se llama Félix Guzmán y que trae para vos una carta de recomendación de los patriotas de Dunkerque.

Camilo, que estaba ya habituado a todos los inconvenientes que consigo trae la gloria y que sufría diariamente numerosas visitas de admiradores importunos, hizo un gesto de resignación y dio orden a su criada para que dejase entrar al visitante.

VIII.- GUZMÁN, AMIGO DE DESMOULINS

Félix Guzmán entró en el despacho precedido de la linda criada, y después de saludar a Lucila con una profunda reverencia, avanzó hacia la mesa, fijando una curiosa mirada en el rostro anguloso y cetrino del periodista, que veía por primera vez.

—¿Sois vos el ciudadano Camilo Desmoulins? —preguntó el recién llegado.

Camilo contestó con una inclinación de cabeza y poniéndose en pie, para tomar una carta que le ofrecía el joven español.

Guzmán sentose con cierta timidez, como si le impusiera la presencia de aquel escritor que tanto prestigio gozaba en Francia, y mientras tanto, Desmoulins leyó la carta, que era extensa, levantando algunas veces sus ojos para lanzar al recién llegado una mirada de curiosidad, no exenta de asombro.

Aquella carta iba suscrita por los principales individuos del club patriótico de Dunkerque, que recomendaban a Guzmán, relatando con todos sus detalles su proceso en la Inquisición de Sevilla, que le había obligado a abandonar España.

El impresionable Camilo sentíase dominado por el entusiasmo al conocer el valor y la firmeza de Guzmán ante el Santo Tribunal, y por esto al terminar la lectura de la carta se levantó impetuosamente y fue a dar un estrecho abrazo al joven, que le miraba con profundo respeto, como si se hallase en presencia de un semidiós.

Los dos estaban solos en el despacho, pues Lucila, con su hijo en los brazos, había salido de la habitación apenas tomó asiento el desconocido.

—¡Bravo! ¡Os felicito por vuestro valor! —exclamaba Camilo oprimiendo sobre su pecho a Guzmán, que estaba absorto y orgulloso al mismo tiempo por tan satisfactoria familiaridad—. Los amigos de

Dunkerque os hacen justicia al recomendarme que os trate con el mayor cariño. Seremos amigos, pero amigos de veras. Los dos somos jóvenes, yo no os llevo más que algunos años de ventaja, y creo que nos querremos siempre como buenos hermanos. Conozco a vuestro padre, que es íntimo amigo del gruñón Marat. ¿Le habéis visto ya?

Guzmán aprovechó la ocasión para hablar, pues la verbosidad de Camilo y sus entusiastas abrazos le tenían absorto y atolondrado.

—He buscado a mi padre en su habitación de la calle de San Honorato, y me han dicho que se halla fuera de París.

—Ahora creo recordar que el club de los Jacobinos le envió en comisión a Marsella, para que arreglara ciertas divergencias entre las sucursales y la sociedad madre. No tardará en volver, pero mientras él esté ausente, contad conmigo, que seré para vos un hermano cariñoso, a quien podréis mandar en cuanto necesitéis. Pero contad, contad, amigo mío, vuestras aventuras con la Santa Inquisición. ¿Cómo fue aquello?

Guzmán relató a su ilustre amigo su discusión con el Santo Tribunal de Sevilla y el modo inesperado como recobró su libertad. Después, su viaje a bordo del bergantín francés, había carecido de accidentes. La navegación resultó feliz, y si Guzmán desembarcó en Dunkerque, en vez de hacerlo en el Havre o en Saint-Maló, fue porque para aquel puerto iba consignado el cargamento de vino que llevaba el buque. El mismo capitán de éste fue quien se encargó de presentar al joven en el club patriótico de la ciudad, y allí fue donde le dieron la carta de recomendación que había presentado a Desmoulins.

El joven español relató sencillamente su historia, procurando modestamente quitar importancia a sus actos, y sólo en un momento de descuido se le escapó decir que había estado en Varennes, nombre de ciudad que en aquel entonces estaba en los labios de todos los franceses.

—Si venís de allá —le interrumpió Camilo— indudablemente habréis visto al rey prisionero.

—He hecho algo más —contestó Guzmán con sencillez—. No sólo he visto al rey, sino que he sido de los contados patriotas que le detuvieron en el puente de Varennes.

Camilo experimentó una sorpresa inmensa, y exclamó con alegre acento.

—No podéis quejaros de vuestra fortuna, amigo Guzmán. Recién

entrado en Francia tenéis ya la suerte de contribuir a la salvación de la libertad, deteniendo a un rey fugitivo y traidor. Contadme cómo fue aquello.

Guzmán relató entonces todo cuanto le había ocurrido, desde que entró en la taberna del Brazo de Oro hasta que la familia real salió de Varennes escoltada por el pueblo armado, y tal color supo dar a su relación, que Desmoulins le escuchaba encantado.

—Habéis sido un héroe —dijo Camilo— y la Francia debe estar agradecidísima a un extranjero que, apenas pisa su suelo, contribuye ya a su salvación. Lo que más extraño, es que no hayáis figurado en la ovación que el pueblo de París tributó ayer a Drouet y sus compañeros. ¿Cuándo habéis llegado a París?

—Entré ayer por la noche, después de la llegada de la familia real.

—¿Y por qué no habéis venido con el pueblo armado que escoltaba el carruaje de Capeto?

Guzmán quedó desconcertado por esta pregunta natural, y se ruborizó hasta el punto de que Camilo sonriera socarronamente al notar su turbación.

—Vamos; todo lo adivino. Cuando se es joven y hermoso, el amor sale al paso aun en las circunstancias más serias e importantes. Habréis tenido alguna aventurilla amorosa en el camino, y de ahí ese retraso lamentable. Si es un secreto, guardadlo; pero si no, podéis hablar con franqueza. Yo también soy joven, y puesto que Lucila no está presente, puedo aseguraros que si ahora soy un tranquilo padre de familia, no por esto he dejado de saber lo que son esos amoríos, que saltan al paso para desaparecer inmediatamente, dejando tras sí un agradable recuerdo.

Guzmán comprendió que resultaba una tontería el ocultar cuanto le había ocurrido cerca de Santa Menehould, y animado por la amistosa franqueza de Desmoulins, relató su aventura del castillo de Dampierre.

Al llegar en su relación al momento en que el hijo del marqués disparó sobre él, casi a quemarropa, Camilo miraba a su amigo con asombro y admiración.

Ahora le tocaba al ilustre periodista admirar al humilde recomendado.

—¡Magnífico, Guzmán! ¡Interesantísima aventura! —exclamaba Camilo—. Sois bravo como un paladín y desinteresado y generoso como pocos hombres. Habéis perdonado a ese lobezno aristócrata, pero no es

fácil que él agradezca vuestra magnanimidad. Conozco mucho a esa clase de gente, y aunque su causa está cada vez peor, os recomiendo que permanezcáis en guardia, pues el día en que pueda procurará vengarse.

Guzmán movió los hombros desdeñosamente, indicando de este modo lo poco que le importaba la enemistad de Dampierre, y en vista de que Camilo mostraba interés por conocer el final de la aventura, se apresuró a reanudar su relación.

—Luisa y yo, después de lo sucedido en el bosque, pernoctamos en Santa Menehould, presentándonos al posadero como dos hermanos que íbamos a París para reunimos con nuestra familia. Yo no quería incorporarme al pueblo armado que escoltaba al rey, por no exponer a Luisa a grandes incomodidades, y con este motivo hemos hecho el viaje lentamente, procurando entrar en París después que la familia real. Llegamos aquí anoche, poco antes de cerrarse las barreras, y preguntando a algunos buenos vecinos pudimos encontrar el barrio de San Germán, donde me despedí de Luisa a la misma puerta del hotel de su tía la baronesa de la Tour d'Argent.

—¿Y qué os dijo la joven? —preguntó el curioso Desmoulins.

—Se despidió de mí con lágrimas de emoción, prometiéndome que volveríamos a vernos, aunque sin poderme decir cuándo ni en qué sitio. Yo pienso rondar la casa de la baronesa y aprovecharme de cuantas ocasiones se presenten para hablar a Luisa. Creedme, amigo mío; tengo la seguridad de que ella es la mujer destinada para hacerme amar hasta la locura.

Camilo sonreía bondadosamente ante aquellos arranques de ingenua pasión, pero pronto descendió al terreno práctico, preguntando a Guzmán:

—¿Y qué es lo que pensáis hacer en París? ¿Cómo vais a ganaros la vida?

—Todavía no he pensado en eso: cuando mi padre vuelva a París, ya trataremos los dos este asunto. Mientras tanto, esperaré tranquilamente, pues no carezco de medios para vivir. Conservo aún algunos centenares de francos de la cantidad que me entregó mi tío el conde de Tilly antes de huir de Sevilla, y además esta mañana he vendido por cinco luises el caballo que compré en Dunkerque para hacer el viaje a París. Lo único que me inquieta es que un mes de residencia en la hostelería donde vivo,

acabaría con todo mi peculio. Vos que sois tan bueno para mí, señor Desmoulins, ¿no podríais indicarme un género de vida más barato? Os advierto que soy hombre de pocas necesidades, y que como admirador de los austeros republicanos de la antigüedad, me gusta vivir en una virtuosa pobreza.

—¿Dónde habitáis ahora? —preguntó Camilo.

—En la hostería del Pavo Real, que está situada en el barrio de San Antonio, cerca de la destruida Bastilla.

—Conozco el establecimiento, pues siendo soltero estuve allí varias veces. Se come bien en él, pero resulta demasiado caro para un joven de pocos recursos. Os aconsejo que cuanto antes saquéis de él vuestra maleta y vayáis a estableceros en el Barrio Latino, donde por medio franco encuentra siempre todo joven soltero una hermosa habitación inmediata a las nubes. Cuando no comáis conmigo, podréis hacerlo en cualquier restaurante de estudiantes, y de este modo la vida os resultará barata. Yo conozco muy bien ese barrio, pues allí he pasado algunos años de mi vida con menos dinero que vos: y sin embargo, creo que a pesar de ser ahora célebre y rico, nunca seré tan feliz como lo fui entonces. ¿Estáis conforme con este género de vida que os propongo?

—Conforme con cuanto propongáis —se apresuró a contestar Guzmán—. Me siento orgulloso al ver que un hombre como vos se digna preocuparse de mi vida. Además, creo que yo necesito vivir solo. Me he enterado de que mi padre, a pesar de su edad, ha contraído matrimonio hace poco tiempo con una señora francesa, y creo por esto, que lo más acertado es que yo viva con independencia, evitando molestias al nuevo matrimonio. Estoy dispuesto a obedeceros, y os doy las gracias por esa benevolencia que me enorgullece.

—Menos cumplimientos, amigo mío, y procedamos inmediatamente a normalizar vuestra existencia. Ahora mismo saldremos, tendré el gusto de haceros almorzar en cualquier restaurant de Paláis-Royal, y después iremos a buscar vuestra habitación en las inmediaciones de la Sorbona.

Camilo, uniendo la acción a la palabra, iba ya a salir del despacho para tomar su sombrero y despedirse de Lucila, cuando retrocedió repentinamente, para decir con su acostumbrada volubilidad de pensamiento:

—Después que encontremos la casa, iremos a visitar a unos cuantos

camaradas, que tendréis mucho gusto en conocer. Os haré amigo de Danton, un gigantón que es semejante a Dios cuando Éste habla escondido tras las nubes de una tempestad; conoceréis a Robespierre, a quien todos titulan el incorruptible y yo llamo el solapado: y si nos queda tiempo, iremos a ver a Marat, al sombrío amigo del pueblo, un gracioso bromista que habla a todas horas de puñales y de cortar cabezas, siendo incapaz de matar a un mosquito, aunque le moleste. Todos ellos son buenos chicos, lo que no impide que alguna vez nos echemos los trastos a la cabeza… Esta noche comeréis aquí con mi Lucila, criatura adorable, que tendrá mucho gusto en oíros contar vuestras aventuras, y después iremos al club de los Jacobinos, donde os recibirán muy bien, pues no todos los días se puede presentar a la entusiasta curiosidad de los parisienses una víctima de la Inquisición española. Los honores de la sesión de anoche fueron para Drouet, el autor de la detención del rey; los de esta noche serán seguramente para vos.

Y Camilo, sin esperar contestación, salió del despacho, dejando absorto a Guzmán, a quien le parecía un sueño la facilidad con que Desmoulins le había reconocido como amigo, y la promesa de ser presentado a los otros hombres ilustres del partido revolucionario, que siempre habían sido considerados por él como seres superiores inaccesibles a las amistades vulgares.

Pocos minutos después, Camilo y el joven español salieron a la calle, dirigiéndose hacia Paláis-Royal.

Guzmán sentíase desvanecido por íntima satisfacción al verse en las calles de París, marchando al lado del célebre periodista: y cada vez que este recibía el entusiasta saludo de un grupo de obreros o el apretón de manos de algún admirador, el joven extranjero pavoneábase satisfecho, como si a él le correspondiese una parte de tales honores populares.

Tardaron más de una hora en llegar a Paláis-Royal, pues a Camilo le era imposible transitar de prisa por las calles de París, ya que a cada paso le salía al encuentro su inmensa popularidad.

El célebre satírico era como la musa del revolucionario París, y todos los patriotas deseaban aproximarse a él para hablar de los asuntos políticos. Lindas mujeres le detenían familiarmente, para manifestarle con seductoras sonrisas la admiración que por él experimentaban y la constancia con que leían cuanto brotaba de su pluma; honrados tenderos asomábanse a las puertas de sus establecimientos, buscando la ocasión de

estrechar aquella enjuta y nerviosa mano que ponía en conmoción a todo París, después de lo cual se retiraban orgullosos de haber conseguido tal honor; patriotas intransigentes y siempre poseídos de inquieto recelo, acercábanse a él cautelosamente para darle cuenta de absurdas conspiraciones, que según ellos fraguaba el rey con sus partidarios, rogándole que las delatase en su periódico; y hasta los pilletes en las calles más céntricas, acordándose de la época en que el gran satírico publicaba sus Discursos del Reverbero, en los cuales hablaba en nombre de los faroles de París, que servían para ahorcar a los enemigos del pueblo, llamaban la atención de los transeúntes, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eh!, ¡eh! ¡Ahí va Camilo! ¡El ciudadano Camilo Desmoulins, procurador del farol! ¡El que les ha de hacer la barba a todos los aristócratas!

Y aquella ovación acalorada y continua que asombraba y enorgullecía a Guzmán, no causaba la menor mella en el periodista, que seguía imperturbable, con su sonrisita irónica, oyendo las frases de admiración de unos, dando amistosas palmaditas a otros, contestando a todos con apretones de mano y correspondiendo con alguna frase graciosa a las revelaciones que se le hacían de la conspiración aristocrática.

Por fin los dos amigos llegaron a Paláis-Royal, donde Camilo fue objeto de iguales demostraciones por parte de la sociedad elegante y depravada que vivía de continuo en los cafés, restaurants, salones de juego y centros de peor especie establecidos en aquella gigantesca construcción, propiedad de la familia Orleáns, y que constituía en el centro de París una nueva ciudad, con sus leyes y costumbres aparte.

Camilo y Guzmán almorzaron en el restaurant del famoso café de Foy. El periodista, para solemnizar su amistad con Guzmán, hizo destapar una botella de champagne, y la cordialidad que reinó durante el almuerzo, así como la llaneza de trato de Desmoulins, hicieron que a los postres hubiera ya desaparecido aquella timidez respetuosa que Guzmán experimentaba ante su ilustre amigo.

El periodista, que era vehemente en todos sus afectos, prescindía siempre de engorrosas formas sociales cuando trataba alguna persona que le era simpática, y por esto, antes de levantarse de la mesa, tuteaba ya a Guzmán y le ordenaba imperiosamente que hiciese con él lo mismo.

El joven español resistíase a aceptar aquella familiaridad, de la que se

creía indigno, pero Camilo Desmoulins, a quien el champagne había caldeado un poco el cerebro, le reprendía por su timidez.

—Yo no gusto —decía con vehemencia— que entre personas que se aprecian se usen ciertas fórmulas de respeto, inventadas para aquellos que nos son extraños y que deseamos mantener a alguna distancia de nosotros. ¿Por qué no hemos de tuteamos? ¿Cuántos años tienes tú? ¿Veinte? Pues yo solo tengo treinta; y diez años no establecen gran diferencia entre nosotros. Tan joven resulto yo como tú, y ya que hemos de ser buenos compañeros, conviene que nos tratemos con familiaridad.

Quedó en silencio el alegre Camilo, y luego murmuró, mientras que con ademán pensativo pasaba una mano por su frente:

—¡Diez años! ¿Qué representan diez años ante la humanidad, que es infinita como el espacio…? Te resistes a tutearme porque tengo diez años más que tú, y yo en cambio tuteo a Danton, que tiene más de mil años de edad. ¿Lo dudas? Palabra de honor; mil años, ni uno menos. Danton es la venganza popular, y nació el día en que el primer poderoso golpeó con su látigo al infeliz siervo. Por eso no morirá hasta el momento en que se efectúe la gran revancha de los siglos, y el humilde devuelva golpe por golpe a su antiguo opresor.

Camilo volvió a sumirse en el silencio, y su amigo contemplaba absorto aquella cabeza caída sobre el pecho, y por cuya frente parecía desfilar en atropellado escuadrón todo un mundo de pensamientos. Poco tardó en volver a recobrar su carácter ligero y burlón.

—¡Maldito champagne! —exclamó— por poco no me ha hecho ponerme a profetizar como los grandes hombres de la Biblia. Ahora comprendo la existencia de la revelación, de la que tantas veces me he reído. Vaciando una botella como esta, cualquier teólogo puede sentir que Dios le sopla a la oreja, y afirmar cosas muy bonitas sobre el porvenir… Vámonos, Guzmán, estamos perdiendo el tiempo. Lo que tú necesitas es una habitación barata y no que te fastidie y te abrume los oídos, como lo hace el abate Maury en la Asamblea, cuando pronuncia algún discurso reaccionario.

Los dos amigos, con el cerebro todavía alterado por las rosadas y seductoras brumas del espumoso vino, salieron del restaurante cogidos del brazo, y dirigiéndose hacia el Sena, lo pasaron por el puente del Chatelet; atravesaron la Cité y penetraron por fin en las callejuelas del Barrio Latino, entonces tortuosas, infectas y obscuras.

Camilo conocía muy bien el barrio y no se detenía ante ciertas casas de regular apariencia, en cuya puerta figuraba el cartelillo, indicando que se alquilaban habitaciones.

—No te conviene esto —decía el periodista a su amigo—. Aquí es donde se anidan los estudiantes alemanes, hijos de Francfort y de Colonia, gentecilla orgullosa e imbécil, que se dejan robar, a pesar de ser judíos. Conozco bien estas ladroneras. Más adelante encontraremos lo que tú necesitas. Ahora recuerdo una casa donde yo viví más de un año y tardé más de seis en pagar los últimos meses de inquilinato. Fue necesario que yo me casara, para poder liquidar mis cuentas con el dueño de la finca. Por medio ***luis*** al mes, tendrás una habitación tolerable, y si en tu generosidad llegas a dar cuatro francos a la portera, esta te servirá con todo el cariño de una madre… de a cuatro francos. Ya estamos cerca de la casa.

Y desembocando en la estrecha callejuela de los fosos de San Jacobo, Camilo señaló un caserón, cuyas paredes había arqueado el tiempo de un modo alarmante y que bajo sus extendidos aleros, cobijaba un sinnúmero de pequeñas ventanas.

Desmoulins, al ver en la puerta el cartelillo anunciador, penetró resueltamente en la portería pidiendo la llave del cuarto cuyo alquiler fuese más barato.

La vieja portera, quedose mirando a Desmoulins como si intentase reconocerlo, pero tantas caras habían desfilado por aquella casa, que en su memoria se había efectuado una enmarañada confusión de recuerdos, y calló temerosa de equivocarse.

Los dos amigos subieron noventa y tantos escalones para llegar a un pequeño cuarto arreglado con muebles de lance, procedentes sin duda de un salón del anterior siglo; y Camilo, después de examinar con complacencia todos los detalles de la habitación que evocaban con él muy gratos recuerdos, dijo a Guzmán:

—Me parece que aquí no estarás del todo mal. Pedir más por tan poco dinero, sería gollería. Vamos abajo a hablar con la portera, y que quede el cuarto por tuyo.

La vieja, armada de su indispensable escoba, que es como el distintivo de todas las porteras de París, les esperaba al pie de la escalera, y pareció leer la conformidad en el rostro de los dos amigos.

—Conviene la habitación, ¿eh? —dijo la vieja—. Celebro que a los señores les parezca bien. Esta es casa muy tranquila, y al mismo tiempo los inquilinos gozan de absoluta libertad. Una es vieja, ha visto mucho en este mundo, y ¡qué diablo! hay que cerrar los ojos y dar a la juventud lo que es suyo. Yo no me espanto si los huéspedes vuelven a casa por la noche bien acompañados.

—Lo sé, señora; lo sé muy bien —dijo Camilo sonriendo con malicia —. He vivido mucho tiempo en esta casa.

—¡Ah, Jesús mío! —exclamó la portera—. Ya me decía yo que vuestra cara la había visto en alguna parte. Mientras estabais arriba, me preguntaba yo si no seríais aquel mismo diablillo travieso que tanto me daba que hacer, y que llevaba revueltos los cafés del barrio con sus alborotos y las muchachas con sus coplas. ¡Ah, señor Camilo! ¡Cuán cambiado estáis! Parecéis otro: vais vestido como un gran señor y se os conoce que tenéis más dinero que cuando vivíais aquí. ¿Habéis heredado?

—Algo hay de eso —contestó el periodista con su burlona sonrisa.

—¿Y acaso sois vos ese señor Camilo que escribe en los papeles públicos y tanto alborota a la gente?

—¡Quia! Eso de escribir periódicos es propio de gente sin camisa. Yo vivo de mis rentas. Ahora voy a edificar para mí un palacio como las Tullerías, y el mejor día vengo aquí y os robo para que me sirváis de ama de llaves.

—¡Quitad allá, maldito burlón! Siempre seréis el mismo. Parece que no haya pasado el tiempo y que todavía seáis el estudiantillo que tanto gozaba haciéndome rabiar. Pero vamos a ver, señor Camilo, no perdamos el tiempo; a vuestro amigo le conviene la habitación, ¿no es verdad? Pues en tal caso, podéis entenderos con el dueño, que está ahí dentro, en la portería, revisándome las cuentas de este mes.

—¿Quién es ese dueño? —preguntó el curioso Desmoulins.

—Yo os explicaré, señor Camilo —contestó la vieja—. Precisamente dueño de esta casa, no lo es ese señor; él la ha arrendado al verdadero dueño por una cantidad fija y después subarrienda los cuartos al precio que le parece mejor. Posee de este modo varias casas en los diferentes barrios de París y viene una vez por mes a entregarme los recibos y a incautarse de las cantidades cobradas. Es un señor muy joven, aunque

demasiado serio, y tiene un modo de decir las cosas y de mirar, que a veces me causa miedo. Creo que ha pertenecido al ejército, pero los negocios andan tan mal ahora, que el pobrecillo se ha visto obligado a valerse de esta nueva industria para poder vivir. Voy a llamarle y así os entenderéis con él directamente.

La vieja se asomó a la puerta de su habitación diciendo con acento respetuoso:

—Señor, haced el favor de salir. Hay aquí un nuevo inquilino que desea hablaros.

Apareció en la puerta un joven de pequeña estatura, que saludó fría y distraídamente a los dos amigos.

Su cuerpo, pequeño, desgarbado y enjuto, estaba cubierto por un levitón de paño gris, sucio y polvoriento, que abrochado descuidadamente, bajaba hasta las rodillas, dejando al descubierto unas botas altas de vuelta amarilla, manchadas por el barro de las lluvias caídas diez días antes.

En aquel hombre eran visibles inmediatamente el descuido y la falta de aseo, debidos sin duda a una continua distracción; pero a pesar de un exterior tan poco atractivo, había en él algo que interesaba al principio, acabando por ejercer sobre el que le miraba, una especie de sugestión.

Camilo y Guzmán fijáronse al mismo tiempo en la originalidad de aquel rostro que era enjuto, con salientes pómulos, y de un color tan pálido, que parecía imposible que circulara la sangre bajo la piel. Aquel color, era semejante al de los viejos bustos de mármol, a quienes el tiempo da una hermosa blancura amarillenta. Iba cuidadosamente afeitado y su barbilla redonda como la de una señorita, saliente y algo prolongada hacia arriba, al armonizarse con su nariz aguileña y audaz, que hacía recordar el pico de las aves de rapiña, dábale el aspecto astuto, fiero y cruel de aquellos tiranuelos italianos, en quienes pensaba Maquiavelo al escribir su libro El Príncipe.

Pero en aquel rostro lo más saliente, lo que inmediatamente sugestionaba al observador, eran los ojos, que siempre miraban del mismo modo: fijos, fríos y tan despóticamente, que parecían querer llegar hasta el alma de quien tenían delante.

Una mirada tal, era suficiente para que no lo confundiesen con el vulgo. Unos ojos así, habían de corresponder forzosamente a un

predestinado; a un hombre en quien existía un exceso tal de inteligencia, de voluntad y de fuerza para llegar a donde se proponía, que lo mismo podía subir a las más asombrosas alturas, que caer víctima del desequilibrio físico hasta perder la razón en el fondo de un manicomio.

Mientras miraba con una rápida ojeada a Camilo y a Guzmán, oprimía con una de sus nerviosas y delicadas manos el alto sombrero de fieltro que se había quitado, y con la otra tiraba distraídamente de la larga y lacia cabellera, que caía sobre sus orejas, sin polvos ni adorno alguno de los usados por la moda de la época.

Aquel hombre, que parecía tener en torno de su persona cierta atmósfera misteriosa y siniestra, y que a pesar de su aspecto mísero y descuidado imponía con mirar solamente, dijo a los dos amigos con voz breve y un tanto imperiosa, después de abarcarles con una ojeada:

—¿Deseáis alguna habitación?

—Sí —contestó Camilo—. Mi amigo desea quedarse el cuarto del último piso.

—Las condiciones son estas: Quince francos mensuales, que se pagarán el primero de cada mes. Además, una persona conocida que responda de los desperfectos intencionados que puedan causarse en los muebles y en la habitación.

Camilo estaba admirado, no ya del aspecto de aquel hombre, sino del tono grandioso con que su voz vibrante hacía tan vulgares indicaciones.

El periodista sentíase molestado por la natural altivez que adivinaba en el desconocido, y ganoso de humillarle se apresuró a decir:

—Perfectamente. Mi amigo me tiene a mí, que soy persona sobradamente conocida en París, y que puedo servir de fiador al mismo rey.

Se detuvo el periodista para ver el efecto que sus palabras causaban en el desconocido, y al notar que seguía imperturbable y con su expresión fría y altiva, añadió con voz casi colérica:

—Me llamo Camilo Desmoulins, y soy el redactor de todos esos periódicos y folletos que tanto aprecian los buenos patriotas. ¿Sirvo para vos como fiador?

Esta vez el desconocido pareció experimentar cierta animación, y fijando aún con más insistencia su mirada en el periodista, exclamó:

—¡Ah! ¿Conque sois vos Camilo Desmoulins? Os encuentro más

joven de lo que yo creía.

—Aún lo sois vos más que yo.

El desconocido permaneció algunos momentos silencioso, como si en su cerebro se agitase un cruel pensamiento, y después dijo con amarga sonrisa y una expresión no exenta de envidia:

—A pesar de vuestra juventud, sois ya célebre. Deben proporcionar inmensas satisfacciones la gloria y la popularidad.

Camilo, al notar que se iba humanizando la siniestra estatua y que acogía con interés su nombre, le perdonaba ya la expresión altiva de momentos antes.

—No niego que eso proporciona satisfacciones —contestó— pero también ocasiona disgustos. Lo que todo hombre debe buscar principalmente es ser amado y procurar como Arístides el que todos le llamen Justo.

El desconocido movió los hombros como negando tales palabras y murmuró cual si hablase consigo mismo:

—Yo creo preferible buscar como Alejandro el ser llamado Grande. Quedaron silenciosos los tres hombres, y pasados algunos momentos, el desconocido, como si sufriera viéndose en presencia de un hombre célebre, se apresuró a terminar la conversación y dijo extendiendo sus dos manos finas y delicadas como las de una dama:

—Si a vuestro amigo, señor Desmoulins, le conviene el precio, queda el trato cerrado. Puede ocupar el cuarto cuando mejor le parezca.

Guzmán, que estaba impresionado por la presencia de aquel hombre, asintió a todo con un molimiento de cabeza.

Los tres salieron a la calle, y en medio de ésta, el desconocido se despidió del periodista y de Guzmán, manifestando que aún tenía que volver a la portería para examinar las cuentas del mes.

Al darle Camilo su mano, él la estrechó con fuerza, y lanzando una de sus irresistibles miradas, murmuró:

—Sois célebre y algún día llegaréis a gran altura. Por si entonces os acordáis de mí y queréis favorecerme, os diré mi nombre. Me llamo Napoleón Bonaparte, y soy teniente de artillería en situación pasiva. Desmoulins hizo un gesto de sorpresa y exclamó: — ¡Sois oficial! ¿Y os dedicáis a subarrendar habitaciones? — ¡Qué queréis! En el ministerio me tienen olvidado, y como pertenezco a una familia de hidalgüelos de

Córcega, carezco de recomendaciones y vivo postergado, mientras mis antiguos compañeros de colegio, a causa de su origen noble, alcanzan los mejores puestos. Rara es la semana que no envío al ministro de la Guerra un memorial pidiendo que se me vuelva al servicio activo, pero mientras resultan vanas mis quejas, tengo que vivir sin sueldo y mantener a mi madre y a una de mis hermanas que se hallan en París. Esta industria del subarriendo me produce muy poco, y ayer mismo tuve que vender mi reloj.

Camilo el célebre, el popular, el aclamado, miraba ya con admiración a aquel joven, que con tan noble franqueza exponía sus desdichas, y en el cual se adivinaba cada vez más, algo extraordinario.

—Vivo en la mayor pobreza —prosiguió el oficial— soy un miserable, y sin embargo, siento dentro de mí algo que me empuja, como lo sentía Atila cuando galopaba con sus hordas hacia el Mediodía de Europa. Me animan esperanzas absurdas y algunas veces llego a pensar si estaré loco. El porvenir, es para mí una densa cortina. ¡Quién sabe lo que encontraré detrás de ella…! ¡Cómo poder adivinar adonde me empuja esta misteriosa fuerza que siento en mí!

Y mientras los dos amigos se alejaban, después de saludar por última vez al misterioso joven, este permanecía inmóvil en medio de la calle, con los brazos cruzados y la expresión meditabunda, en la misma postura en que después ha representado el glorioso bronce al gran emperador.

Pensaba en su destino, en lo incierto de su porvenir; pero al mismo tiempo, ¡oh miserias de la vida!, danzaba en su memoria el tenaz recuerdo, de que después de pagar a los verdaderos dueños de las casas que tenía subarrendadas, solo le quedarían cuarenta francos para pasar el mes.

IX.- EL CLUB DE LOS JACOBINOS

Los clubs patrióticos fueron los hijos legítimos que produjo la revolución apenas apareció en Francia.

El pueblo de París, la masa heroica, siempre pronta a tomar las armas en favor de la libertad, cuando no luchaba, sentía el vehemente deseo de hablar, de discutir las ideas predominantes, de intervenir en la marcha política de la nación, y obedeciendo a esta necesidad, formáronse espontáneamente los clubs, verdaderas asambleas deliberantes de gente humilde, que imitaban en un todo a los diputados de la verdadera Asamblea Nacional.

De todas las sociedades patrióticas que se formaron en París, el club de los Jacobinos fue el que alcanzó más renombre, llegando a ser más adelante como un Estado extraño dentro del Estado Francés e imponiendo muchas veces sus opiniones al mismo gobierno.

El club había sido fundado por los Amigos de la Constitución, revolucionarios tímidos, gente irresoluta, que se detenía a los pocos pasos en el camino del porvenir, pretendiendo armonizar la monarquía con la libertad. No tardaron los fundadores en ser arrollados por la ola popular, que impulsada por el destino, corría hacia horizontes todavía desconocidos; y el club tomó rápidamente un carácter más avanzado, convirtiéndose, de sostén que era de la monarquía constitucional, en potente ariete revolucionario destinado a destrozar aquel trono en quien el pueblo fijaba ya sus enfurecidas miradas.

Las voces de Mirabeau, de Bernabe, de los dos Lamehts y de otros, dejaron de resonar sobre la tribuna de los Jacobinos, pero en cambio aparecieron en los sitios vacantes, Robespierre, Danton, Brissot, Desmoulins, toda la joven generación que saltando por encima de los revolucionarios tímidos, marchaba rectamente al exterminio de la

monarquía.

La aparición de nuevos actores en aquel escenario cuyos desórdenes habían de conmover al mundo, cambió por completo el espíritu que predominaba en las sesiones de los Jacobinos.

La monarquía fue una palabra que no volvió a sonar sin ir acompañada de crueles sarcasmos, y la República figuró en los discursos de todos los oradores, acogiéndola el pueblo como una vaga promesa de felicidad, como la esperanza del feliz momento en que debían terminar todas sus miserias y comenzar el imperio de la igualdad y de la justicia.

Aquel club, que era como el nido donde se incubaban los más grandiosos y trágicos hechos del último período de la revolución; aquella escuela de mágica elocuencia, donde entre los aullidos de la muchedumbre y su encrespado oleaje ensayaban sus primeros discursos los oradores que más adelante habían de deslumbrar sobre el Sinaí de la Convención, tenía un aspecto mísero en extremo y nadie hubiera creído a la vista de su salón mal alumbrado y algo infecto, que allí residía el misterioso poder que con una sola palabra ponía en conmoción a todos los departamentos de Francia.

El Club de los Jacobinos tenía esparcidas miles de sucursales por todo el territorio nacional y no había población, por pequeña que fuese, donde dejasen de existir algunos grupos de audaces patriotas, dispuestos a obedecer cuanto les ordenasen los directores de la sociedad madre establecida en París.

El club había sido instalado en un antiguo convento de dominicos situado en la calle de San Honorato, y como la sociedad era pobre y la rapidez de aquella revolución no daba tiempo a pensar en artísticos ornatos, de aquí que la sala de sesiones llamase la atención por su desorden y su miseria.

Los Jacobinos reuníanse de noche, para que el pueblo obrero pudiese acudir a sus sesiones, y estas se celebraban en la iglesia del antiguo convento, habilitada para el caso con toda la rudeza y el descuido propios de gentes a quienes faltaba tiempo para vivir y que se fijaban más en la esencia que en la forma de las cosas.

La tribuna había sido colocada junto al antiguo sagrario; en las naves laterales, algunos carpinteros patriotas habían levantado extensos tablados construidos groseramente con madera apenas cepillada; y en el

centro de la iglesia, algunas filas de bancos servían para que tomasen asiento los socios del club, que eran los únicos que podían hablar y que para ser reconocidos, llevaban pendiente de una solapa la tarjeta social, en que constaba su nombre, la profesión y el número con que estaban inscritos en el registro de los Jacobinos.

Arriba, en las tribunas de madera, asomaba el París revolucionario como una hidra de diez mil cabezas, que aullaban cuando las palabras del orador no estaban en consonancia con las ideas de la plebe, o rugían de entusiasmo cada vez que Danton, elevando su gigantesco corpachón sobre la tribuna, profetizaba el porvenir a puñetazos o afirmaba que estaba próximo el gran día de la revancha popular.

El alumbrado era mezquino, pues no había más luces que las pocas que podía proporcionar la pobre administración del club y algunas que voluntariamente llevaban los buenos patriotas de la vecindad. Por los altos ventanales de la bóveda, que tenían rotas las vidrieras y servían de guarida a las nocturnas aves, penetraban corrientes de helado viento, pero a pesar de esto nadie en la sala tenía frío, pues el hálito de tantos miles de bocas, el continuo humear de las pipas y más que todo las descargas de entusiasmo que de vez en cuando causaban en las masas el efecto de una conmoción eléctrica, elevaban la temperatura y mantenían las sesiones como en perpetua ebullición.

Algunos adornos que los patriotas entusiastas habían colocado, con más buena fe que gusto artístico, causaban rudo contraste con el resto del local. Un gigantesco busto de Bruto destacábase sobre algunas imágenes que todavía quedaban visibles como restos del antiguo altar mayor; y por encima de los paños tricolores en que aparecían pintados los haces de los lictores romanos y la espada de la ley, asomaban las cabezas de toda una legión de santos, descoloridos y macilentos, que el pincel del artista cristiano había fijado en la pared.

Un grupo de banderas nacionales destacaba sus brillantes colores tras la presidencia, pero desde ellas, por el instinto del contraste, saltaban los ojos a los crucifijos, que olvidados, figuraban todavía en las columnas de la nave central.

El club, instalado a toda prisa, había respetado la iglesia más que por devoción por ahorrar tiempo. Todo allí recordaba el antiguo culto, pues hasta los bancos que ocupaban los Jacobinos, tenían en sus respaldos cruces y escudos místicos que delataban su antigua procedencia.

Resultaba extraño el espectáculo que todas las noches ofrecía aquel antiguo local de oración y de recogimiento. Los oradores tronaban contra el mundo antiguo, confundiendo en la misma maldición a la monarquía y a la Iglesia: el público vociferaba indignado si alguien intentaba justificar alguna de las instituciones existentes; entre discurso y discurso entonábanse a veces canciones patrióticas; en las tribunas figuraban confundidas con las mujeres del pueblo damas elegantes que acudían allí arrastradas por el entusiasmo o la curiosidad; y muchas noches, al terminar la sesión, los más famosos agitadores de los barrios extremos, los que con más entusiasmo aplaudían desde las tribunas, bajaban al centro de la iglesia y encendiendo una hoguera con los sagrados leños que aún quedaban del antiguo culto, danzaban agarrados de las manos en torno de la llama, conmoviendo las bóvedas con sus atronadoras voces.

Aún no se había escrito la Marsellesa, pero el pueblo entonaba la Carmañola, una canción cruelmente satírica en la que se escarnecía al trono y se designaba a María Antonieta con el nombre de madama Veto.

Aquel ruidoso y extraño epílogo de las sesiones, recordaba los sábados mágicos de la Edad Media y hacía creer que todos los infelices quemados por la Inquisición en concepto de hechiceros y brujas, habían vuelto al mundo para vengarse, reduciendo a cenizas las cruces en cuyo nombre se les había enviado a la hoguera.

En las sesiones de los Jacobinos notábase una plétora de oratoria que pugnaba por exteriorizarse. Reuníanse allí, todavía obscuros y desconocidos, algunos hombres que sentían en sus cerebros tesoros inagotables de elocuencia. Habían estudiado a la humanidad más que en los libros, examinándola con sus propios ojos; sentían el ansia de echarle en cara al pueblo sus miserias para enardecerlo y prepararlo a la lucha; y por esto establecíase al pie de la tribuna un empeñado pugilato para llegar hasta ella y dirigir la palabra a una masa desarrapada que poco a poco iba haciéndose dueña de los destinos de la Francia.

En ciertos días, el público sentíase acometido por caprichos propios de un niño travieso y mal educado. Silbaba a los oradores que no eran de su gusto, aunque estos hiciesen los mayores alardes de patriotismo; interrumpía en el mejor período el discurso de cualquier ciudadano obscuro, para pedir que subiese a la tribuna el diputado Petión, que era el hombre más popular de la época: y cuando Danton lucía su gran chaleco de escarlata sobre aquel pulpito revolucionario, las masas de las tribunas

daban un rugido de entusiasmo y lo mismo se ponían en pie y se arremolinaban enloquecidas por fiera emoción, cuando el tribuno extendiendo su robusto brazo les hacía jurar que salvarían la libertad amenazada, como estallaban en ruidoso coro de interminables carcajadas, cuando en la mitad de un atronador período, entre dos sublimidades, deslizaba algún chiste brutal contra los reyes y la nobleza.

El club de los Jacobinos era un torbellino que todas las noches se formaba en la antigua iglesia de la calle de San Honorato, y que al día siguiente extendía por todo París, hasta en los barrios más apartados, un terrible oleaje de apasionamiento político que despertaba a los indiferentes y enardecía a los tímidos.

El continuo desorden que dominaba en sus sesiones, era más aparente que real, pues aun en los momentos de mayor confusión, bastaba una amenaza del presidente o un llamamiento al orden de labios de cualquier orador autorizado, para que al momento se restableciera la calma.

Era el club una pequeña Asamblea con su presidente, sus secretarios y su gran oficina destinada a la correspondencia con los miles de sucursales que tenía en toda Francia, y tanto confiaba el pueblo en los Jacobinos, que a pesar de las libertades que se tomaba en las sesiones, bastaba el menor gesto de contrariedad de los directores del club, para que inmediatamente el público pasara sin transición del más levantisco vocerío al más profundo respeto.

En el local de esta sociedad extraordinaria, que ha dejado en la historia un recuerdo imperecedero, fue donde entró Guzmán a las nueve de la noche conducido por su amigo Desmoulins.

Por la tarde le había sido imposible a Camilo el cumplir al joven español su promesa de presentarles a sus ilustres amigos. Después de alquilar la habitación en el barrio Latino, habíanse dirigido a la hostería del Pavo Real para trasladar el equipaje de Guzmán a su nueva casa, y esta ocupación, unida a los muchos encuentros de molestos admiradores que Desmoulins tuvo en las calles, les absorbió toda la tarde.

Guzmán comió en casa de Camilo y se sintió dulcemente impresionado por la bondad y sencillez de Lucila, que trataba siempre con la más franca cordialidad a todos aquellos que eran verdaderos amigos de su esposo.

A las nueve de la noche, Desmoulins y su amigo entraron en los

Jacobinos, yendo a colocarse cerca de la tribuna, que era donde los hombres más populares de París se reunían en grupos hablando de la situación de la patria y de los sucesos políticos del momento.

El público de las tribunas saludó con un ruidoso aplauso la aparición de Camilo, y mientras tanto Guzmán paseaba sus curiosas miradas por aquel vasto local donde residía la misteriosa fuerza que empujaba a la Francia hacia los últimos límites de la revolución.

El joven español estaba asombrado al verse por fin en el célebre club que tantas veces había atraído su pensamiento.

Poniendo en consonancia la forma con la esencia, habíaselo imaginado como un edificio artístico e imponente; como algo parecido al Partenón de Atenas, con sus galerías de marmóreas columnas, entre las cuales paseaban y discutían los principales ciudadanos de Francia a semejanza de los ilustres republicanos de Grecia. Por esto al ver aquel templo destartalado, frío y tenebroso, experimentaba una gran decepción; pero le bastó fijar sus ojos en el revuelto público de las tribunas para que se desvaneciera su anterior idea y convencerse de que aquel local era tan bueno como un palacio de mármol.

Solo el pueblo, por la grandiosa majestad del número, podía adornar la sala de sesiones de un club patriótico; y el pueblo estaba allí, magnífico en sus convulsiones de entusiasmo y amenazador en los momentos que se sentía indignado.

Aquella noche presidía Petión, y el joven sintió atraída su curiosidad por el hombre que entonces era el más popular de París. Su aspecto resultaba el de un hombre de gran hermosura, pero de carácter insignificante; y así era efectivamente, puesto que sus méritos consistían en algunos medianos triunfos de abogado y en la inflexibilidad de opiniones que como diputado había mostrado en la Asamblea Nacional.

El pueblo le adoraba porque era honrado y se preocupaba de las miserias de los humildes, y los otros hombres populares, a pesar de que estaban convencidos de la medianía de su talento, le respetaban a causa de su prestigio sobre las masas. Robespierre, que a todos trataba con altivez, inclinábase ante Petión, por lo mismo que le temía.

Guzmán, después de pasear su mirada por toda la sala, se fijó en los hombres que estaban a su lado y que se agrupaban en torno de Camilo.

Se hallaban allí los principales patriotas de París, que trabajaban en

contra de la monarquía, a pesar de que su juventud había transcurrido a la sombra de las instituciones tradicionales.

Había entre ellos algunos que habían sido frailes, como el ex capuchino Chabot, y otros que habían nacido condes o marqueses y que impulsados por el amor a la revolución abdicaban sus títulos para tomar el nombre de simples ciudadanos.

Estaban ahí, lo mismo el profundo y enciclopédico Brissot, a quien Robespierre miraba siempre con ceño, que el cervecero Santerre, el héroe del arrabal de San Antonio, que disponía a todas horas del batallón de la guardia nacional cuyo uniforme de comandante llevaba.

Todos aquellos hombres que en su mayoría eran aún poco conocidos, pero que pronto habían de hacerse célebres acabando por exterminarse del modo más cruel, mostrábanse ahora poseídos de amistosa cordialidad y se trataban como hermanos, como hombres unidos por la comunidad de intereses y que marchaban a la consecución de un fin al que fiaban su porvenir.

Desmoulins era tratado por todos con sonriente familiaridad y parecía ejercer sobre la mayoría de ellos un poder del que no se daban cuenta.

Camilo, después de saludar a sus amigos, miraba a todas partes, y al fin formuló una pregunta.

—Decid, ¿no ha venido todavía Danton?

—¿Quién pregunta por mí? —gritó a espaldas del periodista una voz que parecía un trueno.

Y al mismo tiempo Camilo sintió en su débil espalda una palmada tan fuerte, que le hizo vacilar.

Guzmán, al oír aquello, volvióse rápidamente poseído del respeto que le invadía cuando se hallaba en presencia de un hombre célebre, y vio a pocos pasos de él al famoso Danton tal como se lo había imaginado.

Aquel corpachón enorme, fornido y sólido que hacía recordar a los luchadores del circo, era una tempestad de músculos. En la formación de su cuerpo, parecía haber estado ausente la sublime inteligencia que regula y concierta la creación del organismo humano.

Su rostro era la permanente imagen del desorden. Parecía que sus facciones habían sido arrojadas al azar y que reuniéndose caprichosamente, habían formado un rostro de fealdad horriblemente grandiosa.

Bajo los cabellos encrespados, peinados al descuido y pródigamente cubiertos de polvos, destacábase la cara, más ancha que larga, la corta nariz, y las abultadas mejillas repugnantemente roídas por las viruelas. Las cejas, exageradamente arqueadas, daban a sus ojos una expresión impúdica, insolente e irritante, pero en ciertos momentos, cuando la oratoria hacía bullir el cerebro tras la abultada frente y por sus gruesos labios se escapaba un torbellino de tempestuosas y sublimes palabras, la mirada adquiría una expresión tan noble, tan elevada, tan irresistible, que parecía que el alma del tribuno, no queriendo permanecer ignorada por más tiempo, asomábase a las ventanas de aquella repugnante y grotesca máscara, que era el rostro de Danton.

Una cabeza así, capaz de destacarse y llamar la atención aun en medio de una conmoción popular, asentábase sobre un cuello de robustez taurina, cubierto por una corbata anudada con descuido y con grandes puntas flotantes; y más abajo extendíase el gigantesco pecho, ruidoso como un tambor, fuerte como una coraza e hirviente como una fragua, siempre jadeando, cual si no pudiese contener la dilatación de unos pulmones que hacían temblar las bóvedas de los Jacobinos, y que en los días de motín tronaban como el cañón de alarma en las calles de París.

Franco hasta la exageración, vehemente en sus expansiones de un modo que martirizaba los hombros de los amigos; terrible en sus cóleras, que pasaban con la rapidez de un relámpago, Danton era el hombre popular por excelencia, la viviente personificación del pueblo, y no existía patriota en París que dejase de conocer su cabellera empolvada y cerdosa, su flotante corbata blanca, su escandaloso chaleco rojo, su levita de paño verde, sus altas y pesadas botas, con las que parecía dormir a semejanza de Carlos XII el Atila sueco, y más que todo, su botella de vino, aquella botella añeja y empolvada que siempre tenía delante, lo mismo en los Jacobinos que en su casa, cuando alguna preocupación le dominaba o tenía que resolver un punto importantísimo de su vida política.

Tenía grandes defectos, pero aún eran mayores sus virtudes. Bebía como un alemán, era galanteador como un español y vendía su talento como un italiano al primero que lo pagaba a buen precio; pero sus pasajeras embriagueces servíanle para entusiasmar al pueblo con los arrebatos de su extraña y gigantesca elocuencia; el amor purificaba su energía, pues en los brazos de la mujer parecía adquirir nueva audacia

para continuar la lucha; y en cuanto al oro de que tan ávido se mostraba, después de adquirirlo por los más reprobados medios, derramábalo a manos llenas entre los que le rodeaban, empleándolo en empresas revolucionarias siempre que era necesario.

Había nacido para ser uno de esos reyes famosos que asombran tanto por su grandeza de carácter como por su depravación de costumbres, pero las circunstancias lo habían arrojado en el torbellino de una gran revolución y era, sin darse cuenta de ello, el monarca de los arrabales, el rey absoluto, que sin otras armas que las de su elocuencia, le bastaba mandar para ser inmediatamente obedecido por toda la plebe miserable y hambrienta de París.

Tuteaba a cuantos le hablaban, era familiar y sencillo hasta la chocarrería, y muchas veces, cuando subía ya a la tribuna y bullían en sus labios las grandiosas frases que la historia había de perpetuar, deteníase para responder a los amigos más próximos, con alguna frase licenciosa propia de un cuartel o algún chiste obsceno aprendido en las tabernas.

El tribuno era en su vida una continua contradicción. Estaba dotado de dos naturalezas, una superficial, alegre y cínica, que solo conocían los amigos y allegados, y otra brillante, iracunda y olímpica, que se ostentaba sobre la tribuna como un sol de siniestros resplandores.

Al verle en sus dos distintas fases, creíase que Dios había confundido en el cuerpo de un gigante, la desvergonzada risa del pilludo de París con el mágico acento de Demóstenes.

El pueblo oyéndole y sus amigos comentando sus defectos, recordaban al difunto Mirabeau, de quien Danton parecía ser el viviente recuerdo. Sin embargo, el gran orador de la Asamblea, el tribuno del constitucionalismo había sido muy diferente al gran orador de los Jacobinos, al tribuno de la revolución.

Mirabeau era el león de la oratoria y Danton era el toro de la elocuencia. Mirabeau saltaba sobre el enemigo con agilidad pasmosa, o rodaba en torno de él buscando el menor descuido para atacarle; Danton era la fuerza ciega e irresistible, que una vez tomaba impulso, marchaba rectamente sin mirar adelante ni atemorizarse ante los obstáculos. Mirabeau había arañado y mordido a la monarquía, pero la dejó en pie, mientras que Danton con una acometida de su bramadora furia, había de hacer trizas aquel trono que se mantuvo firme a través de dieciocho siglos.

En las Tullerías reíanse al principio, leyendo las ardorosas declamaciones del desconocido Danton, abogado sin pleitos, que ansiaba conquistarse un popular renombre. Cuando su fama creció, la corte ya no tuvo valor para reír y trató de comprar al tribuno, el cual, menos inflexible que Desmoulins, admitió todas las cantidades que el intendente del rey le entregaba en nombre de éste.

Danton se vendía del mismo modo que ya lo había hecho Mirabeau; pero el tribuno popular resultaba extraño y grande aun en sus vilezas, pues en vez de gastar el oro de los reyes en bacanales aristocráticas como su famoso antecesor, empleábalo en trabajos revolucionarios y continuaba su campaña demoledora contra aquellos mismos que le pagaban.

Comprar la conciencia de Danton era imposible. Su misma desvergüenza le salvaba. Atacaba a la monarquía cruelmente, organizaba motines en París, impulsaba al pueblo a que tomase las armas contra los reyes, y si al día siguiente necesitaba dinero, presentábase impávido ante el intendente de las Tullerías, con la tranquilidad del que va a pedir lo que le corresponde, y a las reclamaciones del funcionario real contestaba con chistes y carcajadas que le dejaban absorto y asombrado, no sabiendo qué concepto formarse de un personaje tan incomprensible.

Este era el célebre hombre a quien Guzmán fue presentado por Desmoulins, después que en breves palabras le relató cuanto le había ocurrido antes de salir de España.

Danton, que según él mismo manifestaba, venía de comer con algunos amigos, dirigía a Guzmán su fija mirada, y poco a poco iba marcándose en sus facciones una sonrisa que dulcificaba su fealdad.

—¿Conque todo eso te ha sucedido en tu país? —decía el gigantazo golpeando la espalda de Guzmán de un modo alarmante—. ¿Conque tan malos son los frailes en tu hermosa patria? Hay que contar esto al amigo Chabot para que conozca mejor a sus antiguos compañeros. ¿No te parece, Camilo?

Chabot, que estaba próximo, protestaba diciendo que él nada tenía que ver con los frailes, y mientras tanto Danton, que con aire de autoridad paseaba sus ojos por aquellas tribunas, donde contaba a miles los admiradores, decía en voz baja a Desmoulins:

—Ya que tu amigo está aquí, es preciso que el club en nombre de

todos los patriotas de Francia, le dé una muestra de agradecimiento por el valor con que ha sostenido nuestros ideales. Nuestra revolución es universal. Dios nos ha dado el encargo de devolver a todos los pueblos su libertad y debemos considerar como hermanos a aquellos que ayudan nuestra obra, con grave peligro de sus vidas.

Voy a hablar de esto con Petión.

Y Danton se dirigió a la presidencia, mientras que Guzmán, como si adivinase algo de lo que iba a ocurrir, procuraba ocultarse modestamente detrás de Desmoulins, que reía al ver su cortedad.

—¿Qué diablo tienes? —le preguntaba el periodista—. No te impresiones tanto, que al fin estos honores populares, aunque son gratos la primera vez, acaban por ser molestos e insufribles.

En esto prodújose en el público de las tribunas gran movimiento y subió hasta las bóvedas un rugido de satisfacción.

—¡Silencio! Danton va a hablar —gritaron varias voces.

Así era, pues la colosal figura del orador acababa de aparecer en la tribuna.

Danton paseó su imponente mirada sobre aquel mar de cabezas que se agitaban en torno de él. Más que un orador parecía, con su actitud resuelta, un enérgico marino que sobre el puente de su buque se disponía a vencer la tempestad con una difícil maniobra.

Al verle extender su brazo con ademán imperioso, todos callaron y la voz del tribuno comenzó a resonar en el imponente silencio del club.

—Ciudadanos: hay esta noche entre nosotros un hombre, digno no ya del homenaje de los Jacobinos de París, sino de los patriotas de toda la tierra. Es un español y es joven, pues la libertad encuentra siempre a sus héroes entre la generación que viene a la vida con el alma exuberante de entusiasmo y de nobles pasiones. Sólo en la vejez decrépita, que debilita el cerebro y produce el escepticismo más repugnante, encuentra la monarquía sus aborrecidos defensores.

Un estallido de aplausos conmovió la bóveda del club y durante algunos minutos oyose un gigantesco murmullo de satisfacción, que cesó cuando el orador hizo un ademán para indicar que seguía hablando.

—Ese hombre, que ha nacido más allá de nuestras fronteras, pero que es nuestro hermano al creer en lo mismo que nosotros creemos, ha tenido que huir de su patria para salvar su vida amenazada por la infame

Inquisición. Es una víctima de la persecución organizada por los reyes y de esa intolerancia religiosa, que representada por el Santo Oficio, ha tiznado con hollín humano los maravillosos palacios que el pueblo árabe dejó a la Península, y con el humo de sus carnívoras hogueras, ha empañado el bello cielo de España, ese inmenso pabellón azul, que algún día será la tienda bajo la cual descansará la libertad después de haber despertado al mundo.

Un murmullo de emoción corrió por todo el local, pero nadie se atrevía a aplaudir, temeroso de perder en la confusión una sola frase de aquel orador extraordinario que tan completamente subyugaba al público.

—Somos algo más que franceses —continuó Danton—. Si nuestra revolución se redujera a salvar la Francia, no valdría la pena que poseyéramos la fuerza de gigante que hoy nos alienta. Estamos encargados de cumplir una misión providencial y por esto me hallo convencido de que así que terminemos nuestra obra, pereceremos todos. Dios nos ha formado a semejanza de los titanes que escalaban el cielo y después ha roto los moldes. Somos demasiado grandes para que podamos permanecer sobre la tierra mucho tiempo. Exterminaremos la tiranía, enseñaremos a las futuras generaciones cuál es el camino que conduce a la libertad y a la verdadera paz, y moriremos después. París es el cerebro del mundo y de su boca ha de salir el soplo revolucionario que vivifique la Francia y saltando por encima de las fronteras barra todos los tronos.

El entusiasmo de los oyentes no pudo contenerse más tiempo y los aplausos y los gritos ahogaron la voz de trueno del orador.

—Debemos, pues —continuó Danton—, tributar un homenaje de cariño a todos los hombres que como el ciudadano Guzmán ayudan en sus pueblos la obra por nosotros emprendida. Este valiente español no solo ha expuesto la vida en su patria por defender los principios de nuestra santa revolución, sino que hallándose en Varennes ha ayudado a Drouet en la captura del fugitivo Capeto. ¿Creéis que un hombre así merece que el club de los Jacobinos le tribute los honores de la sesión? Esto es lo que os pregunto, patriotas de París.

Callóse el tribuno y cruzando los brazos sobre el poderoso pecho, esperó la contestación del público.

Un imponente griterío resonó en la antigua iglesia y mil brazos se levantaron agitando con entusiasmo sus sombreros.

—¡Viva el ciudadano Guzmán!… ¡Que suba a la tribuna!… ¡Que se siente en la presidencia! —gritaron al mismo tiempo un sinnúmero de voces.

El joven español, asustado por aquella explosión de entusiasmo y creyéndose indigno de tales muestras de simpatía, ocultábase modestamente detrás de Desmoulins, el cual, a pesar de lo imponente que resultaba el acto, reíase al ver la cortedad de su amigo.

Guzmán no pudo darse cuenta de cómo se verificó aquello, pero lo cierto fue, que se sintió empujado por muchos brazos, que subió casi a viva fuerza los peldaños del estrado presidencial, y que momentos después, de pie junto a Petión, veía a través de las lágrimas que empañaban sus ojos, el imponente espectáculo que presentaba el club aclamándole entusiasmado.

En la nave central distinguíase confusamente la negra masa de Jacobinos aplaudiendo o agitando sobre sus cabezas los sombreros y gorros de lana; y en las tribunas laterales, donde estaba el público curioso, el entusiasmo era tan grande que resultaba imposible de describir.

Las pobres familias de obreros aplaudían o hacían comentarios con su rudo lenguaje sobre la hermosura y porte distinguido de aquel joven héroe de la libertad, y las mujeres bien vestidas que ocupaban las primeras filas de las tribunas, agitaban sus pañuelos y tenían fijas sus miradas en Guzmán, pensando sin duda en lo dulce que resultaría el ser amada por un hombre extraordinario.

Una hubo entre ellas que arrancándose del pecho un bello manojo de rosas que ostentaba, lo arrojó a los pies del joven español.

Este se inclinó para recoger las flores, pero cuando levantó la cabeza con el deseo de saludar a la mujer que tan bello presente le enviaba, nada pudo ver en aquella niebla que envolvía al club y en la cual sólo se distinguía la agitación de unos cuantos miles de confusas cabezas.

Petión abrazó al joven en nombre de los Jacobinos, con lo cual redoblóse el entusiasmo y algunos patriotas, allá en el fondo de la iglesia, creyeron muy propio de la situación el dejarse llevar por la manía filarmónica de la época y comenzaron a entonar la Carmañola.

La canción popular con su monótona música y sus mordaces versos, se apoderó muy pronto del público, y un inmenso coro de miles de voces,

hizo retemblar las bóvedas del templo, con el canto que atemorizaba a Luis XVI y hacía palidecer de ira a María Antonieta.

Aquel entusiasta desorden duró más de media hora, y Petión, que conocía bien a su público, no intentó atajarle con la campanilla, esperando tranquilamente a que la canción, a fuerza de ser repetida, fatigase a los que la cantaban.

Por fin el coro fue decayendo visiblemente. Eran ya pocos los que cantaban, las voces se enronquecían, y el público en general estaba tan deseoso de que terminase aquello, que bastó un simple campanillazo del presidente para que enseguida sobreviniera el silencio.

—Ciudadanos —dijo Petión—. Después de nuestro homenaje de entusiasmo, tributado a este buen patriota, al que desde hoy consideramos como francés y hermano nuestro, justo será que nos ocupemos de los asuntos de Francia, que reclaman toda nuestra atención. Como diputado de la Asamblea Nacional, os di anoche cuenta de mi conducta en lo referente a la fuga del rey; ya que esta noche se halla aquí Robespierre, el ciudadano incorruptible, creo que oiréis con gusto sus explicaciones.

Una salva de aplausos acogió estas palabras, e inmediatamente todos los ojos se dirigieron al pie de la tribuna, al mismo tiempo que el público formulaba idéntica pregunta:

—¿Dónde está Robespierre?

Robespierre estaba en su sitio de siempre, de pie, apoyado en el zócalo de la tribuna, silencioso y teniendo en torno algunos admiradores.

No había cuidado de que el público lo confundiese con otro. Parecía hecho de una sola pieza y que los vestidos formaban parte de su cuerpo, pues siempre presentaba el mismo aspecto de exagerada pulcritud, solapada reserva y rigidez de posturas, sin que llegase a notarse en él el menor asomo de variación.

Era pequeño de cuerpo, delgado de miembros, movíase con torpeza y sus ademanes resultaban tan afectados y violentos a fuerza de querer ser graciosos, que le hacían antipático al primer golpe de vista.

Bajo su cabellera, cuidadosamente empolvada y rizada en la forma llamada entonces de ala de pichón, lo primero que saltaba a la vista era la frente, de contorno bastante extraño, pues su parte superior aparecía saliente y abultada como si se hubiese ensanchado a impulsos de tenaces

y poderosos pensamientos.

Su mirada imponía, pero así como la de Danton brillaba con la luz del relámpago, la de Robespierre tenía esa luz extraña y azulada del reflejo del acero. En aquellos ojos hermosos, aunque exageradamente hundidos en sus órbitas, notábase algo extraordinario, pero que en vez de atraer y subyugar parecía repeler a los que le observaban, poniéndolos en guardia.

La nariz, pequeña y arremangada, era la de un hombre insignificante, y en cuanto a su boca de delgados labios continuamente contraídos y su movible barba, dábanle un aspecto de malicia campesina.

El rostro de Robespierre podía dividirse en dos partes trazando una línea horizontal por debajo de sus ojos.

La parte superior era la de un hombre inteligente y entusiasta, aunque reconcentrado en sí mismo y de carácter poco comunicativo; la inferior delataba al hombre reptil, al malicioso audaz que todo lo cree legítimo con tal de llegar a la satisfacción de sus deseos.

A la primera ojeada adivinábase en Robespierre el hombre inexpugnable, incapaz de abrir al más íntimo el secreto de su alma. Aquel hombre, aun en esos momentos de descuidada expansión en que la lengua siente vehementes deseos de hablar, sólo podía descubrir una pequeña parte de su pensamiento.

En su interior reinaba la sombra del misterio; sus impresiones iban siempre de fuera a dentro de modo que nadie pudiera adivinarlas, y existían en su alma pliegues que ni aun él mismo se había decidido a desdoblar.

Era honrado hasta merecer el justo nombre de incorruptible; en él resultaban imposibles las venalidades de Danton: era virgen, pues la mujer había sido hasta entonces para él un ser adorado siempre a respetable distancia: no podía esperarse que el amor o la avaricia quebrantasen su patriotismo, pero a pesar de tan hermosas cualidades resultaba antipático.

El pueblo le respetaba viendo en él un decidido y poderoso defensor de sus derechos, pero en su presencia se sentía molesto y no se dejaba llevar de la confianza y el entusiasmo que le dominaba cuando se veía delante del gran Danton.

La tensión continua de todos los músculos de su rostro, aquella fría impasibilidad de la máscara de carne que ocultaba su alma, era lo que

helaba el entusiasmo de la muchedumbre, al mismo tiempo que le producía cierto respeto supersticioso.

Tras aquel rostro adivinábase un misterio, y aunque esto impresiona siempre al pueblo, coarta su entusiasmo, que gusta de la franqueza ruidosa y de la vehemencia de expresión.

Además Robespierre no era un verdadero orador y en este concepto le resultaba imposible competir con Danton. Su palabra era fría, y su voz agria y monótona buscando en vano inflexiones oratorias, acababa por fatigar a los oyentes.

Pero si carecía de condiciones para brillar en la tribuna tenía en cambio la más importante; la tenacidad que hizo orador a Demóstenes siendo un confuso tartamudo.

Robespierre, cuando llegó a la Asamblea como diputado de Arrás, su ciudad natal, convirtióse en un motivo de risa para los grandes oradores del Parlamento, con los cuales le impulsó la audacia a medir las fuerzas.

Su tenacidad, que al principio hacía reír, acabó por asombrar. Le silbaban, le escarnecían, interrumpían sus monótonos discursos con terribles chistes, le obligaban a abandonar la tribuna entre el coro de denigrantes carcajadas, pero al día siguiente aparecía allí otra vez Robespierre con su lengua torpe y sus pesados períodos a defender la causa popular, sin importarle la opinión de la Asamblea y contestando con movimientos de hombros a las vociferaciones de sus compañeros.

La familia de Robespierre era procedente de Inglaterra y por esto notábase en él el estoicismo del inglés y la fe fría e inquebrantable del puritano.

Mirabeau fue el primero que le comprendió. Al verle mostrar tanta tenacidad en aquella Asamblea, compuesta de obispos, nobles y revolucionarios, que respetaban al rey con tal que admitiese la Constitución, el escéptico tribuno dijo, hablando de Robespierre: «Ese hombre irá muy lejos. De todos cuantos somos aquí, él es el único que cree lo que dice.»

La única pasión que el pueblo reconocía en Robespierre, era el exagerado amor a sí mismo: el culto que parecía tributar a su persona y que se manifestaba en su aspecto, siempre decoroso y atildado.

Desde que Robespierre se dio a conocer al pueblo de París, éste le había visto del mismo modo, siempre con aquel traje igual que parecía un

uniforme.

El peinado de ala de pichón y el sombrero de copa alta, introducido años antes por Franklin, pero que usaban poco los franceses, llevaban el nombre de Robespierre y eran como un distintivo de su personalidad; lo mismo que el frac de paño azul con botones de acero, el chaleco de seda listada con grandes solapas, los calzones de Mahón, las medias blancas y los zapatos con hebillas, que pasaban por las calles más sucias de París sin mancharse apenas de barro.

La curiosidad escrupulosa y nimia de Robespierre era ya legendaria: aquello demostraba un carácter incapaz de acometer una empresa, sin pensar en el más insignificante detalle.

Si a Danton le hubiesen dicho que su amigo llevaba una aleta de su peinado más prolongada que otra, que los dos colgantes de sus relojes no caían del chaleco simétricamente y a igual distancia, y que en su casaca azul celeste se notaba una insignificante mota de polvo, hubiese contestado con una carcajada de incredulidad.

El desarreglado tribuno conocía bien a su compañero, y creía que antes era posible se apagara el sol que Robespierre olvidase el más leve detalle en el adorno uniforme de su persona.

Caminaba erguido sin el más leve contoneo de su cuerpo, como una estatua sobre ruedas, cual si temiese causar la más pequeña arruga en sus ropas, e instintivamente miraba cada instante la guirindola de rizada batista de su camisa, que tiesa por el almidón, asomaba por entre las solapas del chaleco, como una flor de deslumbrante blancura.

Danton sucio, descuidado y oliendo a vino las más de las veces, reíase de la pulcritud perfumada de su compañero y de aquellas manos de mujer que se contemplaba extasiado mientras hablaba en la tribuna, y él era el que había hecho saber a todos, que Robespierre tenía en su cuarto su retrato reproducido en bustos y en cuadros, pues mientras trabajaba, animábale el contemplar su propio rostro hermoseado por el arte.

Cuando los dos hombres más ilustres de la revolución, se reunían y cambiaban un apretón de manos, ofrecíase el más vivo contraste. Danton saludaba a Robespierre con irónicas observaciones sobre su tocado y con mortificantes risas: en cambio Robespierre se apresuraba a separarse de Danton, con una expresión de escándalo y repugnancia impresa en el rostro.

Así que Robespierre fue llamado a la tribuna de los Jacobinos por la indicación de Petión, dirigióse inmediatamente a ella con paso lento y en el primer peldaño de la escalerilla se encontró con Danton, que limpiándose el copioso sudor que caía de su frente, protestaba a gritos del calor que allí hacía, el cual según afirmaba era de dos mil demonios.

Al ver a Robespierre, le abarcó con una mirada de pies a cabeza, y riendo insolentemente como un fauno, exclamó:

—Adiós, Robespierre. Estás hecho un marqués. Cada día te encuentro más elegante.

Una chispa azulada brilló fugazmente en los ojos de Robespierre, que contestó fríamente:

—Yo en cambio te veo cada día más encanallado y con aspecto más repugnante. Danton, créeme. Los republicanos de la antigüedad fueron grandes hombres porque adoraron la virtud.

El gigante contestó con una atronadora carcajada.

—Te encuentro gracioso, Robespierre. Con tal de justificar tus aficiones eres capaz de decir que Bruto llevaba casaca azul y medias de seda. Para ti la virtud es ostentar una guirindola blanca y bien almidonada. Oye, ¿por qué llevas esas superfluidades?

Robespierre se libró de las manazas de Danton, que iban a ajar las blondas de su camisa, y comenzando a subir los peldaños de la escalerilla, le lanzó estas palabras:

—Gasto superfluidades, porque no corro el peligro de mancharlas en las tabernas.

Danton acogió con risotadas el insulto y abalanzóse a la escalerilla gritándole:

—¡Eh!… ¡Escucha, marqués!

Pero se detuvo al oír el estruendoso aplauso con que el público saludó la aparición en la tribuna de Robespierre, el cual se había mostrado como siempre; con su expresión teatral y estudiada, el paso lento, el busto rígido, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza caída en su deslumbrante corbata, como si la abrumasen una inmensidad de pensamientos.

El diputado por Arrás, comenzó su discurso en medio del más absoluto silencio.

Robespierre habló de la reciente fuga del rey, y al examinar la

conducta de la Asamblea, anatematizó a los tímidos constitucionales, que deseosos de salvar la monarquía, sin la cual creían imposible la existencia de la nación, no vacilaban en afirmar que la fuga a Varennes no era obra del rey, pues éste había sido secuestrado por los enemigos de la libertad.

Con períodos lentos e interminables, pronunciados con voz agria que en vano pugnaba por ser dulce, Robespierre fue desarrollando su discurso, que duró cerca de dos horas.

El público le oía con religiosa atención, ni el más leve murmullo turbaba el profundo silencio del club, pero a pesar de tales muestras de respeto, ni un aplauso ni un murmullo de aprobación venía a corear las frases del orador.

El pueblo respetaba a Robespierre, lo que no impedía que se fastidiase de un modo horrible escuchando su oratoria de pastor protestante.

La general satisfacción y el loco entusiasmo, quedaban reservados para los discursos de Danton, que era el único que poseía el secreto de conmover a las masas.

Todavía faltaban algunos minutos para que terminase Robespierre su discurso, cuando el público comenzó a desfilar sintiéndose abrumado por tan monótona oratoria.

Los patriotas, impulsados por el respeto que profesaban a Robespierre, siempre que este subía a la tribuna hacían acopio de paciencia y procuraban conservar despierta su atención, pero las más de las veces faltábales la calma y cautelosamente salían del local.

La masa que ocupaba las tribunas, comenzaba a mostrar grandes claros; las mujeres habían abandonado sus asientos en las primeras filas y sólo quedaban allí los patriotas de entusiasmo a toda prueba, los que podían permanecer noches enteras oyendo conceptos que no comprendían, sin que por esto el cansancio se apoderase de ellos.

Guzmán había sido olvidado en su asiento de la presidencia. La muchedumbre, que es siempre versátil y caprichosa como una mujer, después de admirar y aplaudir al joven español, apenas se acordaba de él, pues toda la atención de los que aún quedaban en el club, estaba fija en Robespierre que, aunque resultaba poco grato como orador, interesaba por aquel misterioso enigma que parecía encerrar su persona.

El aislamiento en que estaba Guzmán, le permitió obedecer una seña que le hizo Camilo Desmoulins, y bajando del estrado presidencial sin que nadie se fijara en él, fue a reunirse con su amigo el periodista.

—Oye, Guzmán —le dijo Camilo—, Robespierre está esta noche más fastidioso que nunca. Todo eso que dice podía haberlo explicado en quince minutos y ya lleva hablando cerca de dos horas. Es un defecto del que no se curará y que le he echado en cara muchas veces. Vámonos de aquí. Ya has visto lo que es esto y creo que no habrás quedado descontento de los Jacobinos. Hace aquí un calor insoportable y creo no te vendrá mal el refrescar en el café de Foy. Vámonos al Paláis-Royal.

Los dos amigos se cogieron del brazo y salieron del club, saludando a algunos grupos de patriotas que estaban en la puerta.

X.- UN RECUERDO DE DESMOULINS

El Paláis-Royal era en aquella época el corazón del París revolucionario.

Desde la toma de la Bastilla, que dicho hermoso sitio regulaba y dirigía todo el torrente insurreccional que circulaba por el cuerpo de la Francia.

No existía en toda la gran ciudad, lugar tan hermoso como aquel sonriente jardín, rodeado de ricas y magníficas galerías; y sin embargo, allí acampaba la insurrección y allí se codeaban durante el día los principales agitadores, cuando estaban cerrados los clubs patrióticos.

El Paláis-Royal era como el foro de la antigua Roma y en sus galerías, al mismo tiempo que el patriotismo y la heroicidad que habían acampado recientemente, se ostentaba el vicio en todas sus manifestaciones, pues el antiguo palacio de los Orleáns estaba ocupado por multitud de establecimientos de moralidad problemática.

Un escritor realista, al hablar de aquel jardín donde residía el centro de todas las insurrecciones, se expresaba así, arrastrado por su odio a la revolución:

—Es la imagen de la quimera, con cabeza de beldad prostituta, lengua de serpiente y manos de arpía. Sus ojos despiden llamas, su corazón está vacío y no hierve sino en lascivos pensamientos, y su boca destila ora veneno, ora palabras heroicas.

El Paláis-Royal, que es propiedad de la familia de Orleáns desde hace más de dos siglos, aún guarda en sus líneas generales el mismo aspecto que en los tiempos de la revolución, pero en tal época presentaba un aspecto más pintoresco y animado que en la actualidad.

Como alza su gigantesca mole a la misma entrada de la calle de San Honorato, hallábase entonces a poca distancia del club de los Jacobinos,

y en su jardín iban a disolverse todas las manifestaciones tumultuosas que se formaban a la puerta de la célebre sociedad patriótica.

El Paláis-Royal había sido regalado por los reyes de Francia a sus parientes de la casa de Orleáns un siglo antes, y estos, llevados de su carácter comercial y avariento, se habían propuesto explotar el regio presente.

El palacio, situado en el centro de París, junto a la residencia de los reyes y en el distrito más transitado, tenía a sus espaldas un vastísimo jardín, que pronto quedó abierto al público.

Los príncipes de Orleáns rodearon dicho jardín de gigantescas galerías adornadas con bonitas arcadas, y pronto aquel lugar se hizo el punto de reunión de la sociedad elegante y depravada, que pasaba el día en la calle.

Lo que hoy son los boulevards en París, fue en el siglo pasado el Paláis-Royal.

Un sinnúmero de industrias de lujo, sintiéronse atraídas por la concurrencia brillante, derrochadora y aventurera que se agrupaba en el voluptuoso jardín, y pronto las casas de aquellas galerías fueron ocupadas por los principales joyeros de París y por los cafés y restaurantes más famosos.

Estas industrias repartiéronse la planta baja de las galerías, y en los sótanos y pisos altos, acamparon otras menos morales, y que tenían interés en permanecer semiocultas.

Las casas de juego y de prostitución, montaron allí sus voraces máquinas para apoderarse del oro de los viciosos, y con esto el Paláis-Royal se convirtió en el lugar más elegante y más depravado de París.

En sus galerías se agitaba a todas horas una multitud abigarrada que daba a entender las condiciones de aquella extraña ciudad, que existía aparte, con su vida y sus costumbres propias, en el centro de París y a corta distancia del lugar que ocupaban los reyes.

Los jóvenes elegantes, con casaca de seda listada cuyos faldones casi tocaban el suelo, dos relojes con abultados colgantes y tricornio bajo el brazo, codeábanse con los espadachines de profesión y los jugadores incorregibles, que con el rostro desesperado salían de los sótanos donde se jugaba; todo cuanto de malo, de atolondrado y de aventurero encerraba París, bullía allí como una repugnante espuma, y por entre el abigarrado

público circulaban las inquilinas de las galerías, las hembras de Paláis-Royal, con su pelo teñido de rubio y su cara pintarrajeada, las cuales, viviendo siempre allí, no creían que existiese mundo al otro lado de las verjas del jardín.

El Paláis-Royal tenía un raro privilegio que atraía la presencia de toda la escoria parisién. Considerado como una propiedad particular y teniendo el carácter de inviolable por residir en él un príncipe de la sangre real, la policía no podía pasar sus dinteles, y de aquí que los criminales más perseguidos se acogiesen a Paláis-Royal como un lugar sagrado, viviendo en sus cuevas años enteros, pues tenían la seguridad de ser arrestados apenas traspusiesen las verjas del jardín.

La continua presencia de seres tan peligrosos en el Palacio Royal; la extraña amalgama que se formaba en sus galerías entre la juventud depravada que iba allí por la costumbre del vicio y los criminales que por necesidad permanecían en tan original asilo, daban a dicho centro una reputación terrible, pero esto no impedía que fuese el sitio más concurrido de París y que por las alamedas de su jardín, paseasen las más honradas familias de la burguesía.

Allí estaban los restaurants más famosos, los cafés de mayor renombre y las únicas joyerías donde podían encontrarse joyas de precio: y de aquí, que hasta las damas más aristocráticas y meticulosas, dejando sus carrozas a la entrada de las galerías, penetrasen en el jardín, mezclándose con una concurrencia que aunque corrompida y depravada, observaba aquella galantería empalagosa que caracterizó el pasado siglo.

El jardín era el más hermoso de París. Hoy presenta un aspecto frío y desanimado, y de aquella época, sólo conserva el cañoncito, que al ser las doce de la mañana y recibir verticalmente los rayos del sol sobre la lente colocada en su oído, dispara, anunciando el medio día.

En el pasado siglo, la familia Orleáns cuidaba escrupulosamente de la hermosura del jardín y este tenía el aspecto voluptuoso propio de un lugar donde el amor era la primera y más principal de las industrias.

Grupos de verdes árboles elevaban sus ramas hasta las altas ventanas, sirviendo como de puentes a las turbas de pajarillos que familiarizados con la animación de aquel lugar, unían sus cantos al murmullo de la muchedumbre; praderas esmaltadas de hermosas flores, extendíase entre los tortuosos senderos; en el centro levantaba sus cercas el trozo de jardín reservado al duque de Orleáns y en el cual existía un circo ecuestre al que

llegaba el noble potentado a través de una galería de cristales que partía del primer piso del palacio; y en uno de los extremos como un colosal espejo encerrado en marco verde, lucía sus tranquilas aguas, un lago con cuatro pabellones, donde se murmuraba que el príncipe dueño de tantas magnificencias había tenido sus aventuras amorosas.

De aquel lugar de recreo y de desorden, había partido el primer grito insurreccional contra los reyes. Allí se había armado el pueblo para ir a la conquista de la Bastilla.

Como el Paláis-Royal era el punto más céntrico de París, forzosamente había de servir de escenario a todas las revueltas, y además, las opiniones del duque de Orleáns, que mostraba empeño en pasar por el primer patriota de Francia, alentaban a los revolucionarios a reunirse en aquel sitio, donde parecía gozar de cierta impunidad.

Raro era el parisién de aquella época que volvía a su casa sin haber entrado en Paláis-Royal, y de aquí que a todas horas existiese en él un gentío inmenso.

De noche, en el jardín alegres grupos o cautelosas parejas de amor discurrían por los hermosos senderos, y en las galerías, una turba de curiosos permanecía embobada ante los deslumbrantes escaparates de los joyeros, o escuchaba las orquestas de los cafés, que por puertas y ventanas, arrojaban el gigantesco zumbido que producía la multitud aglomerada en sus salones.

Cuando Desmoulins y Guzmán entraron en el Paláis-Royal, el reloj del palacio de los Orleáns daba las doce de la noche, y a pesar de que la concurrencia iba ya decreciendo, el joven español no pudo menos que lanzar un grito de asombro y entusiasmo.

No estaba aún acostumbrado a la vida de París, recordaba las noches de España con sus callejuelas lóbregas, llenas de peligros, y alumbradas por los macilentos farolillos de los retablos, y por esto hizo un movimiento de sorpresa, al ver aquel inmenso espacio con sus galerías interminables, que a un lado tenían los deslumbrantes escaparates y las puertas de los cafés semejantes a bocas de horno, y al otro, las filas de nacarados faroles que se perdían a lo lejos como cuentas luminosas de gigantesco rosario.

En el centro de Paláis-Royal, el jardín silencioso y obscuro elevaba su compacta arboleda y sobre el alto y negruzco ramaje corrían como un

fantástico escuadrón las veloces nubes cuyos contornos plateaba la luna, que estaba en su cuarto creciente.

Camilo, tirando del brazo de su asombrado compañero, le condujo por entre el gentío de las galerías y entonces Guzmán dejó de admirar el soberbio aspecto de aquel sitio para fijar sus ojos escandalizados en la muchedumbre sospechosa, y especialmente en aquellas mujeres pintarrajeadas y de insinuantes ademanes, que codeaban a los transeúntes distraídos y prorrumpían a cada momento en insolentes carcajadas.

Entraron en el café de Foy, que era el establecimiento más concurrido de Paláis-Royal, y Guzmán experimentó un pasajero vértigo al verse entre aquellas paredes deslumbrantes por el oro y los espejos y respirar una atmósfera pesada en la que aleteaban las vivaces notas salidas de los violines y contrabajos que sonaban cerca del mostrador.

Camilo caminó por entre las mesas repartiendo saludos, apretones de manos y amables frases a aquel público que le conocía desde muchos años antes, cuando era un pobre bohemio, y condujo a su amigo al más lejano extremo del café, donde un hombre estaba cenando, y al par que se llevaba distraídamente los manjares a la boca, leía con atención un periódico que apoyaba en una botella.

—¡Hola, Fabré! —dijo Camilo acercándose a él y golpeando con suavidad uno de sus hombros—. No podrán decir de ti que desperdicias el tiempo. Haces mal en leer mientras comes; es muy malsano y a mí me lo tiene terminantemente prohibido mi Lucila.

—¡Ah! ¿Eres tú, Camilo? —contestó el lector levantando su cabeza y fijando en el periodista su mirada de miope. Estaba ocupado en la lectura del último número de Las Actas de los Apóstoles, ese papelucho realista que eclipsa a Marat en punto a usar el lenguaje más brutal y repulsivo. Me han dicho, que tu periódico saldrá mañana. Tengo ganas de leerlo, aunque nada más sea para curarme del asco que me produce este papel que se llama defensor de la buena causa. ¡Pero siéntate, Camilo! Sentaos, caballero.

Y al decir esto último, el llamado Fabré, que era un hombre hermoso, de rostro blanco y sonrosado, frente que denotaba inteligencia, cabellera rubia y ojos azulados, aunque con esa vaguedad que da la miopía, fijó su mirada en Guzmán con marcada curiosidad.

Los dos amigos se sentaron frente a Fabré y Camilo se apresuró a

preguntarle:

—¿Has estado esta noche en los Jacobinos?

—No: vengo ahora del teatro de la Comedia Francesa, donde se ha representado una de mis obras, que ya hace tiempo no aparecía sobre las tablas.

Taima es un grande actor, pero aún es más apreciable como patriota, y a esto es debido que se tome tanto interés en representar bien mis comedias. Han aplaudido todos los actos y yo he experimentado esta noche una satisfacción tan grande como la primera vez que oí declamar mis versos en el teatro… Dime, ¿qué han hecho esta noche en el club?

—El público ha tributado los honores de la sesión a este mozo que aquí ves, y Danton le ha presentado a los Jacobinos con un discurso propio de su genio.

Y Camilo, después de esto, al notar la expresión de curiosidad que mostraba Fabré, le dijo el nombre y la nacionalidad de Guzmán, relatando con su estilo pintoresco y gracioso, todas las aventuras del joven español, desde que cayó en manos de la Inquisición de Sevilla, hasta que se juntó con Drouet en Varennes.

Después que satisfizo la curiosidad del poeta, volvióse a Guzmán y le hizo la presentación de aquel.

—Mira —dijo a su amigo—. Este buen ciudadano es Fabré d'Englatine, que lleva tan poético apellido en recuerdo de haber ganado la eglantina de oro en los históricos Juegos Florales de Tolosa. Tiene ahora treinta y dos años, y era ya célebre cuando yo no pasaba de ser un obscuro y desaplicado estudiante de la Escuela de Derecho. Es el primer proveedor de la Comedia Francesa, tiene al público esclavo de su talento, y como poeta lírico, sólo reconoce un rival, que es Andrés Chenier, ese realista a quien no puede negarse que hace versos muy bonitos. Fabré es íntimo amigo de Danton; él yo somos los compañeros de confianza del grande hombre, y si a Danton le preguntasen a quién de los dos estima más, tengo la seguridad de que no sabría responder. ¿No es esto verdad, amigo Fabré?

El poeta acogía con sonrisas los elogios del periodista.

—¡Oh, Camilo! Danton te estima a ti mucho más y tiene muy buenas razones para ello. Tu pluma presta grandes servicios a la causa patriótica, mientras que la mía no pasa de ser la de un poeta que vive lejos de la

realidad, y que en vez de tratar cuestiones candentes y animar al pueblo, solo sabe hacer hablar a inocentes pastorcillos o poner sobre la escena personajes de tragedia que murieron hace más de dos mil años.

—¡Bah! —contestó Camilo—. Eres en extremo modesto. Bien sabes tú, que tus obras vivirán más tiempo que las mías. Yo sólo arrojo a la publicidad flores de un día, periódicos que una vez leídos desaparecen, y tú en cambio produces obras inmortales que vivirán mientras exista el teatro francés. Además, la causa patriótica te debe mucho. ¿Quién sino tú ha infiltrado en el pueblo los sentimientos republicanos? ¿Quién ha sido el primero que se ha atrevido a hacer sonar en la escena poéticas declamaciones contra los tiranos, y elogios para aquellos pueblos que saben librarse de los reyes y gobernarse por sí mismos? Esa es tu gloria, Fabré; y yo cambiaría mi renombre de periodista, esa fama populachera que a cada instante me sale al paso, por ser autor de cualquiera de tus obras.

Guzmán, cada vez más enorgullecido por las brillantes amistades que contraía en París, contemplaba con admiración a aquellos dos hombres, de los cuales el uno era el soberano del teatro y el otro el de la plaza pública.

Resultaban como los reyes de la popularidad, y sus plumas entusiasmaban al pueblo y lo conmovían, así en las calles como en el interior del teatro.

Danton se apoyaba en sus dos amigos, y por esto resultaba tan fuerte.

Los tres constituían el triunvirato de la agitación revolucionaria. Eran el fabuloso cancerbero con sus tres terribles cabezas. La de en medio, que era Danton, rugía conmoviendo todos los ámbitos de Francia; y de las otras dos, la una era el arte puesto al servicio de la revolución y declamaba entusiastas versos; la otra era el alegre cinismo del siglo XVIII, y administraba al pueblo la filosofía, haciéndola agradable con el sabor agridulce del chiste ingenioso.

Guzmán reflexionaba sobre el inmenso poder de aquellos tres amigos, que eran capaces de derribar en breve tiempo el trono de Francia, que siempre había parecido el más seguro y firme del mundo.

Los tres eran pobres, pues Fabré, que era el que ganaba más con sus piezas teatrales, no poseía seguramente más allá de cien mil francos. Sus nombres, que todavía eran desconocidos por las potencias extranjeras, a

haber sido mentados en la corte del último principillo alemán, de seguro que hubiesen excitado una sonrisa de desprecio. En realidad, Danton no era más que un abogado sin pleitos;

Fabré un autor dramático apreciable: y Desmoulins un bohemio de talento que vivía a costa de sus suegros, y a pesar de esto Luis XVI, el nieto de los déspotas que se creían comparables al sol, temblaba de miedo al pensar en ellos y hubiese dado todos los tesoros de la Corona por comprar aquel poder gigantesco que poseía el popular triunvirato y de cuya importancia no se daba exacta cuenta ninguno de los tres.

Esta importancia que poseían las obscuras personalidades de los tres amigos, debíanla al pueblo que estaba a sus espaldas siempre pronto a obedecer, y a la abnegación y desinterés con que ellos servían a la causa popular.

Camilo y el poeta hablaron más de una hora sobre los sucesos políticos de actualidad y trataron después de varios asuntos particulares de la familia de Danton, que no podía transigir con las genialidades y las semilocuras de aquel coloso.

Guzmán estaba tan abstraído en sus meditaciones, que apenas comprendía las palabras que llegaban a su oído, y solo volvió en sí, cuando Fabré se levantó de su asiento diciendo que eran más de las doce y media y que él antes de retirarse a su casa, tenía que ver a Taima, que le había citado en el baile de El Salvaje.

El joven español despidióse del poeta de un modo que demostró a este la ingenua admiración que le profesaba, y Fabré por su parte, le hizo los mayores ofrecimientos de amistad, lo que enorgulleció de nuevo a Guzmán.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Desmoulins exclamó pasmado su mirada por todo el café, que comenzaba a quedar desierto:

—¡Diablo! Siento aquí tanto calor como en los Jacobinos. Guzmán, acaba pronto tu refresco, y saldremos a dar un paseo por el jardín, pues la noche está agradable. Después ya te acompañaré a tu nueva casa.

Mientras Guzmán acababa de beber su refresco, Camilo, que pocas veces quedaba silencioso, continuó dirigiéndose a su amigo:

—No puedes figurarte qué ideas tengo hoy y qué recuerdos me asaltan a causa de mi amistad contigo. Te veo joven, animoso, pobre y desconocido como yo lo era hace pocos años y el recuerdo de la mísera

juventud vuelve a mí constantemente. Además, agita poderosamente mi memoria, el verme aquí, en este café de Foy, al que tengo gran cariño, pues, fue la cuna de mi renombre. No lo puedo evitar; siempre que estoy aquí y no me hallo distraído por mi conversación con alguien, acuden a mi memoria las imágenes de aquella época de pobreza y obscuridad, cuando tenía una loca fe en mi porvenir. El doce de julio es una fecha que no podré olvidar nunca. Fue la primera vez que el pueblo de París gritó: ¡Viva Camilo Desmoulins! Todo hombre que aspira a la gloria, es siempre egoísta de un modo feroz. Yo te seré franco. Lo de menos para mí, es que dos días después, tomásemos la Bastilla: lo más importante para mi persona, es que en aquel día merecí por vez primera los honores populares y mi nombre dejó de ser el de un ciudadano desconocido.

Momentos después, los dos amigos salían del café que Desmoulins miraba con tanto cariño.

Guzmán marchaba silencioso, no atreviéndose a turbar las reflexiones del ilustre periodista, que andaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada como obsesionado por tenaces recuerdos.

El Paláis-Royal no presentaba ya el aspecto brillante de antes. En las galerías eran escasos los transeúntes, pocas eran las tiendas que quedaban abiertas, la mayoría de los faroles iban apagándose y solo en los pisos altos brillaban las ventanas de las casas de juego, con un vaho rojizo, que de vez en cuando cruzaban las negras siluetas de los jugadores.

La parte baja de Paláis-Royal, sumiéndose en la obscuridad y con las interminables arcadas de sus galerías ya silenciosas, presentaba el romántico aspecto de un inmenso convento, con sus claustros alumbrados por la incierta claridad de una débil luna.

Las pisadas de los dos amigos retumbaban en aquellas galerías casi desiertas y de vez en cuando, tanto Camilo como Guzmán, estremecíanse con el contacto de las heladas ráfagas, propias del verano parisién, en el cual la exagerada frescura de la noche contrasta con el ardiente calor del día.

Varios encuentros que tuvieron con algunas de las nocturnas mariposas del amor que revoloteaban por las puertas de las casas de juego en busca de amables rezagados, decidieron a Guzmán a entrar en el jardín, adonde le siguió su pensativo amigo.

Caminaron un buen rato por aquellos senderos, espantando a su paso

algunas parejas amorosas, que se ocultaron entre la arboleda, y cuando después de dar la vuelta a todo el jardín por junto a las galerías, vinieron a pasar frente al café de Foy, Camilo se detuvo ante un robusto árbol y golpeando cariñosamente el nudoso tronco, dijo a Guzmán:

—Mira bien; aquí fue.

El joven español contestó con asombro y extrañeza:

—¿El qué?… ¿Qué sucedió aquí?

Desmoulins hizo un movimiento con su cabeza como si despertara de una pesadilla.

—¡Ah! ¡Es verdad! —exclamó—. Perdona que esté tan distraído. No sé por qué, esta noche es para mí de tenaces recuerdos. Quería decirte, que aquí, al pie de este árbol, fue donde nació mi celebridad la antevíspera de la toma de la Bastilla. Yo fui quien dio el primer grito insurreccional. ¡Quién sabe si de faltar mi audaz iniciativa, hubiese quedado en la inacción la cólera popular y aquel movimiento no hubiera pasado de ser un motín sin consecuencias! El destino, para realizar las cosas más grandes, se vale siempre de los seres más pequeños, y yo de mí sé decirte, que en aquel día sentía en mi interior algo imponente y misterioso que jamás he vuelto a experimentar, y que me daba una fuerza y una confianza inmensas. ¡Cuán grande me sentí yo en aquella ocasión! Al hablar aquí mismo, me imaginaba ser Demóstenes, arengando al pueblo ateniense, y si en aquel momento una bala enemiga hubiese venido a quitarme la existencia, hubiera exhalado mi último aliento llevando en mis labios la dulce sonrisa de aquellos republicanos de Atenas que morían en Salamina felices y alabando a los dioses porque se salvaba la libertad de la patria.

Quedó Camilo en silencio contemplando con cariñosa mirada el árbol, que tenía su tronco en la penumbra y hundía sus ramas en la obscuridad. Pasados algunos minutos, Camilo levantó su cabeza y fijó los ojos en Guzmán con expresión interrogadora.

—¿Tú conoces bien lo que ocurrió aquel día?

—Leí en España la relación de la toma de la Bastilla, pero ignoro los detalles de tan grandioso suceso. Entre Francia y mi patria no existen como únicos límites los Pirineos. Las separan los siglos que la una lleva adelantados a la otra en el camino del progreso, y así no es de extrañar que las noticias que de aquí llegan allá se presenten desfiguradas y

cercenadas por la censura. Cuenta, Camilo: tengo una vehemente curiosidad por conocer en todos sus detalles el grandioso suceso y más que todo, la participación que tomaste en él, encauzando la cólera popular hacia un fin determinado.

Desmoulins, silencioso, pensativo y mirando al suelo, parecía coordinar sus recuerdos y al fin comenzó a hablar con gran contento de su amigo:

—En el año ochenta y nueve los reyes y su corte eran más poderosos que hoy. Sólo han pasado tres años desde entonces, y sin embargo, no es tan meritorio ahora el escribir contra el trono con la mayor audacia, como lo era entonces el formular la más insignificante protesta contra la gente privilegiada que vivía en Versalles. El pueblo no había aún hecho uso de la fuerza e ignoraba su propio poder; la corte se creía a seguro de todo peligro, contando en el auxilio de los regimientos mercenarios, de estúpidos suizos y hambrientos alemanes que tenía a sueldo; y que si este apoyo no resultaba suficiente, disponía de los buenos servicios de una turba de espadachines que se mezclaban en las reuniones populares y apaleaban y herían cobardemente a los buenos patriotas cuando los veían solos.

Las más terribles noticias llegaban de Versalles, conmoviendo y exaltando al pueblo parisién. La situación era insostenible y amenazaba un próximo rompimiento entre la monarquía y el pueblo. El rey y su corte se habían repuesto de la sorpresa que les produjeron las audaces palabras de Mirabeau, y los revolucionarios decretos de la Asamblea; en torno de Luis XVI, se habían agrupado todos los nobles, criminales o imbéciles, interesados en que continuase el antiguo régimen; y los pretorianos reales, afilaban sus espadas en la sombra, dispuestos a caer sobre los representantes del pueblo y con una nueva jornada de San Bartolomé, matar la naciente revolución.

Necker, el austero calvinista, el ministro de las economías, era objeto de todos los odios de la corte, que acostumbrada de antiguo a los despilfarros y a consumir en fiestas y orgías el sudor de los pueblos, no podía transigir con el patriota gobernante que deseaba normalizar los gastos del Estado evitando escandalosos abusos.

En París, el hambre causaba los mayores estragos. Tú apreciarás pronto, amigo Guzmán, lo terrible que es actualmente la carestía de granos, y sin embargo, esta mísera situación, no es comparable con las

antiguas que sufría el pueblo de París en el año 89. Antes de que rompiese el día, centenares de extenuadas mujeres, formaban cola a las puertas de las panaderías, esperando pacientemente con los pies sobre el hielo, a que se abrieran las puertas de los establecimientos; los escasos panes, se disputaban a puñetazos; la carne, era ya una cosa fabulosa para la mayoría de los vecinos de París, y como se sabía que los acaparadores de los artículos de primera necesidad, que infamemente procuraban aumentar la carestía, eran personajes de la corte muy allegados a la reina, de aquí que en el pueblo comenzase a formarse una sorda agitación, un furor reconcentrado contra las privilegiadas familias que vivían en Versalles.

Además, las noticias que de allí llegaban, no eran las más a propósito para tranquilizar a un pueblo hambriento.

La corte vivía con el fausto de siempre, y mientras el pueblo de París moría de hambre, en la mesa de los cortesanos y hasta en la de sus criados, nunca faltaba el pan de la mejor clase.

La reina, la orgullosa austríaca, daba banquetes a lo Sardanápalo, a los soldados de su guardia, y cuando los húsares prusianos y los granaderos suizos estaban ya borrachos a los postres, se presentaba María Antonieta con sus hijos de la mano, para recibir los honores de la orgía y excitar la furia de los estúpidos soldadotes que hablaban de ir inmediatamente a degollar en masa a toda la Asamblea.

Esto es lo que ansiaba la corte, librarse de los diputados que trabajaban por la regeneración del pueblo, y especialmente anular a Necker, a quien odiaban todos los parásitos que hasta entonces habían vivido de la munificencia real.

El ministro Necker, era el personaje más popular de entonces.

Su proyecto de economías lo había hecho simpático, y bastaba que la corte lo odiase, insultándolo con terribles amenazas, para que el pueblo lo amara, considerándolo como su padre y protector. Cuando Necker entraba en el palacio de Versalles para ir a despachar con el rey, los cortesanos le insultaban volviéndole la espalda, y hasta el conde de Artois, el hermano de Luis XVI, que es una notabilidad imitando las volteretas de los payasos, le enseñaba hostilmente el puño amenazándole con que moriría entre sus manos; pero cuando el ministro se presentaba en las calles de París faltaba poco para que el pueblo entusiasmado llevase en alto su carroza.

Tocar a Necker era atentar contra el pueblo, y como la corte sabía esto, tenía por lo mismo especial empeño en despojar de su cartera a un ministro cuyas reformas la asustaban.

El rey, o más bien dicho, María Antonieta, que era el alma de aquella conspiración contra la libertad, había adoptado medidas muy seguras para reprimir la protesta del pueblo de París. Tomando pretexto en algunas agitaciones populares promovidas por mi amigo Los taulot, el redactor de Las Revoluciones de París, ilustre e infortunado joven que ha muerto antes de ver pujante la revolución que tanto amaba, cercaron París todos los regimientos extranjeros al servicio de Francia, compuestos de gente soez, embrutecida por la disciplina, adorada de los reyes y que no entendía nuestra lengua.

París quedó como si estuviera sitiado, teniendo a sus puertas un campamento de soldados feroces; y en Versalles llegaron a colocarse cañones en las inmediaciones de la Asamblea, para barrer a metrallazos la representación popular.

El barón de Breteuil y el anciano mariscal Broglie, dos personajes brutales y de una pretenciosidad ridícula, eran los encargados por el rey de reprimir al pueblo; y con la satisfacción del que dice una frase heroica, exclamaban aquel par de majaderos:

—Si es preciso incendiar a París lo incendiaremos; pero es seguro que una salva de artillería o una descarga de fusiles bastará para dispersar a todos los argumentadores poseídos del espíritu republicano.

El 12 de julio amaneció para el pueblo de París, teniendo la caballería del mariscal Broglie en el llano de Granelle; la artillería rodada, posicionada en San Dionisio; Benseval con sus tropas alemanas, formadas en batalla en el campo de

Marte; y desde lo alto de los robustos torreones de la Bastilla, apuntaban cargados cañones sobre el arrabal de San Antonio, el barrio levantisco que da el principal contingente a todas las revoluciones.

Desde las primeras horas de la mañana, todo el París revolucionario afluyó aquí, al Paláis-Royal. Las galerías estaban tan llenas que era imposible el tránsito; el suelo del jardín desaparecía bajo la inmensa masa de una ondulante muchedumbre, y muchos, huyendo de asfixiantes apreturas, se habían encaramado en los árboles, y suspensos de las ramas, esperaban, lo mismo que la muchedumbre que estaba bajo y que elevaba

hasta el cielo un murmullo imponente semejante al del mar.

Todos esperaban y no sabían qué. Queríase protestar contra la insolencia de la corte, la carestía de granos, la numerosa tropa que cercaba París y los insultos de que era objeto el señor Necker, pero nadie formulaba su pensamiento ni se decidía a tomar la iniciativa, y la agitación reducíase a fogosos comentarios y a vociferaciones rabiosas que no iban más allá del corrillo donde se proferían.

Yo estaba ahí, en la puerta del café de Foy, contemplando silencioso y atento aquel primer oleaje de la tempestad popular. No me había desayunado en aquella mañana; al entrar en Paláis-Royal pensaba más en mis asuntos que en los de la patria, pero contemplando el imponente espectáculo que presentaba la muchedumbre amenazante, me olvidé de mí mismo y tomando parte en la general agitación, vine a ser una molécula de la gran tempestad que se estaba formando.

Eran más de las once de la mañana y comenzaba la agitación popular a desvanecerse, cuando llegó un mensajero de Versalles anunciando a grandes gritos, que Necker había sido depuesto, recibiendo del rey la orden de salir desterrado de Francia.

Esto produjo el efecto de una descarga eléctrica en la muchedumbre. El pueblo que ocupaba Paláis-Royal, quedó silencioso, inmóvil, pálido por la ira como si no llegase a comprender el reto que el rey lanzaba a París, pero el asombro no tardó en desvanecerse, y un alarido inmenso, que hubiera hecho estremecer a Luis XVI de haberlo oído, conmovió estas bóvedas.

Aún parece que contemplo aquella grandiosa escena, que fue como la de mi nacimiento. El cielo había estado encapotado durante toda la mañana, pero en aquel mismo instante, por extraña coincidencia, rasgáronse las nubes, entre sus jirones apareció un trozo de cielo azul y el sol envió sus rayos sobre tantas cabezas caldeadas por el fuego del patriotismo. Era ya mediodía, y como de costumbre, los rayos solares cayendo sobre el espejuelo del cañón, que está allá en el otro extremo del jardín, hicieron salir el tiro, cual si el sol se encargara con esta detonación de indicar al pueblo de París que era llegado el momento de sublevarse.

El pueblo, a pesar de que estaba acostumbrado a oír el cañón del jardín, conmovióse en tales circunstancias, y lanzó un gran grito que equivalía a un rugido de guerra.

Yo no recuerdo bien lo que entonces pasaba por mí. Sentía en mis venas un fuego extraño; parecíame que una mano poderosa me empujaba, y sonaban en mis oídos palabras incoherentes, y voces sobrenaturales, que me hablaban de la libertad y de la gloria. No he llegado a comprender todavía si lo que entonces me empujaba era el hambre o el entusiasmo; tal vez las dos cosas al mismo tiempo, pero lo cierto fue, que rompiendo por entre la muchedumbre, salí del café de Foy blandiendo una espada que había arrebatado a uno de mis amigos.

Al pie de este mismo árbol, me encaramé sobre una silla de las que servían para los conciertos, y con una fuerza de que no creía capaz a mis débiles pulmones, di el grito de ¡a las armas!, que retumbó en todo el Paláis-Royal. Quise hablar, pero el entusiasmo que provocó mi grito, no me permitía dejarme oír entre el imponente vocerío, y entonces, como una suprema inspiración, arranqué una hoja de este árbol y me la puse en el sombrero a guisa de escarapela. Ya tenían distintivo los patriotas; la escarapela verde que después se ha trocado en tricolor. Cuando paseé mi mirada sobre la multitud, vi todos los árboles desnudos de hojas y que lo mismo en los sombreros de los hombres que en las cofias de las mujeres, figuraba la mancha verde, emblema de la esperanza que el pueblo tenía en la revolución. Las masas se precipitaron entusiasmadas sobre el obscuro tribuno que tan inesperadamente se había dado a conocer; mi nombre, saliendo de labios de los pocos amigos que allí tenía, corrió rápidamente de boca en boca por todo el jardín y un ¡viva Camilo Desmoulins!, atronador e inmenso llegó hasta las nubes. Me sentí levantado de la silla por cien brazos robustos, me llevaron en triunfo por los cuatro lados del jardín y me tributaron todos esos honores espontáneos que la revolución guarda siempre para el primer desconocido que se presenta, mostrando más valor, más audacia o más fe que los demás. ¡Qué ovación aquella! Muchas he recibido después, y sin embargo, toda mi vida recordaré el suceso que fue para mí la primera caricia de la gloria.

El entusiasmo había convertido en buenas patriotas a todas esas infelices muchachas, vecinas del Paláis-Royal, que venden el amor por noches o por horas. Iban cerca de mí, con grandes cestas, repartiendo al pueblo escarapelas de cinta verde, que habían fabricado apresuradamente, y yo era llevado en hombros por algunos jugadores de la vecinas timbas, mezclados con otros seres de existencia misteriosa,

que duermen de día en las cuevas de Paláis-Royal, y sólo se muestran de noche sin atreverse a salvar estas verjas por miedo a la policía. Como ves, mi gloria se levantaba apoyándose en cimientos muy originales. Bien mirado, valía yo tanto en aquella compañía, como el rey rodeado de su corte. Todo era cuestión de trajes y de apellidos.

Desmoulins detuvo su narración al notar en su amigo un movimiento de extrañeza.

—¿Qué te sucede, Guzmán? —preguntó sonriendo el periodista.

—Nada, Camilo. Es que me entristece ver que un suceso tan sublime, haya tenido en su principio auxiliares tan viles. Estas son las decepciones de la realidad. Nosotros, los que sólo hemos visto las revoluciones en los libros, nos las imaginamos siempre, apoyadas por la virtud, la grandeza y el heroísmo. Cree que me duele el alma al imaginarme aquel grandioso suceso iniciado por los habitantes de Paláis-Royal; prostitutas y tahúres.

La expresión graciosamente cínica que caracterizaba a Desmoulins, asomó a su rostro al mismo tiempo que lanzaba una carcajada ruidosa y burlona.

—¡Qué! —exclamó—. ¿Querías tú acaso que viniesen aquí a empuñarlas armas los canónigos de Nuestra Señora? ¿Es que las revoluciones no deben verificarse cuando no toman parte en ellas gentes distinguidas y de cierta posición social? Para combatir la tiranía y morir por la libertad, todos son buenos. Además, las revoluciones son los arranques de desesperación de un pueblo, y no es fácil que el tranquilo burgués que goza de una buena mesa y vive en el seno de una tranquila familia, salga a exponer su vida por una causa política, aunque la juzgue buena en extremo. Hay una extraña ley histórica, que reserva a la hez social el primer papel en todos los grandes sucesos que cambian el derrotero de la humanidad. Los grandes innovadores nuca han predicado rodeados de príncipes y de señores opulentos. La gente más miserable y abyecta, ha constituido sus auditorios y de ella han sacado los primeros adeptos. Recuerda bien los principios de ese cristianismo que conmovió al mundo. Los apóstoles que rodeaban a Jesús, no valían más que los perdidos que me aclamaron en este mismo sitio, y en cuanto a las muchachuelas que repartían las escarapelas verdes, la última de ellas, por más descocada que fuese, bien podía sufrir comparación con la Magdalena que acompañaba al hijo de Dios. Créeme, Guzmán; la inteligencia que regula los sucesos de este mundo, tiene capricho en

hacer surgir las cosas más grandes de las más abyectas y pequeñas, así como la naturaleza hace que las rosas crezcan perfumadas y deslumbrantes sobre las capas de estiércol. La escoria social es el abono poderoso que acelera la fructificación de los grandes sucesos. Los iniciadores de la república holandesa tenían a orgullo el ostentar el título de mendigos, y la antigua Roma, la antorcha de la civilización, la señora del mundo, fue fundada por una banda de ladrones.

Guzmán silencioso escuchaba las palabras de su amigo, el cual por su parte, después de hablar, pareció sumirse también en la meditación.

Transcurrieron algunos minutos, hasta que por fin Camilo, en vista de la curiosidad que manifestaba Guzmán, con las ansiosas miradas que le dirigía, volvió a reanudar su relación.

—Algunos motines e insurrecciones he visto desde aquel día, y sin embargo, no he podido comprender qué misteriosa intuición guía a las masas y qué secreto poder las dirige, para que encuentren con tanta prontitud lo que necesitan. El gentío que momentos antes estaba desarmado, comenzó a blandir sobre sus cabezas un bosque de sables, picas y armas de fuego; se agitó la multitud con fuerte reflujo, y lentamente aquella gran masa de seres humanos, fue vomitada en las vecinas calles por las puertas del Paláis-Royal.

Los establecimientos cerraban sus puertas alarmados por aquella manifestación que prometía acabar en batalla; las gentes timoratas refugiábanse en sus casas, y muchas ventanas se abrían para asomarse a ellas algunos rostros ansiosos que mostraban una curiosidad trágica.

Un grupo de muchachos se había dirigido a la casa del escultor Guillermo Curtius, en el boulevard del Temple, apoderándose de los bustos de Necker y el duque de Orleáns, que sirvieron como de bandera a la multitud ceñuda y hostil, al frente de la cual marchaba yo espada en mano.

Gentes de todas clases figuraban en aquel cortejo trágico. Aún me parece que estoy viendo a dos infelices jóvenes que llevaban los bustos. El del duque Orleáns, lo ostentaba en sus brazos un saboyano limpiachimeneas, con su gorro negro y la cara tiznada; y junto a él llevando el busto de Necker, marchaba un jovenzuelo elegante, con casaca de seda listada y dos relojes, a quien yo había visto muchas veces en las galerías de Paláis-Royal, atisbando a las damiselas con su lente de concha, y que demostraba en su aspecto, ser hijo de una acomodada

familia. Aquellos dos jóvenes, mostraban sin saberlo a los curiosos, lo unidos que marchaban a la revolución el pueblo y la clase media.

Al pasar por la plaza de Vendóme tropezamos con un fuerte destacamento de caballería, y a los primeros disparos el joven de la casaca de seda recibió un balazo que le tendió muerto; pero al momento fue recogido el busto de Necker, y entremezclados los manifestantes con la caballería, fuimos empujados, traidoramente, hasta la plaza de Luis XV, donde nos aguardaban para acuchillamos los guardias suizos, los húsares de Berchiny, los dragones de Choiseul y el regimiento de Salis-Samade.

No podía hacer milagros aquella muchedumbre mal armada y sin organización que yo dirigía. Los escogidos regimientos cayeron sobre nosotros descargando una lluvia de sablazos; nos arremolinamos intentando defendernos, pero pronto tuvimos que huir por las calles inmediatas, siguiendo a un grupo de saboyanos, que lanzando gritos de venganza, conducían en hombros y moribundo hacia Paláis-Royal, al limpiachimeneas que había llevado el busto del duque de Orleáns.

Fuimos vencidos; pero aquella jornada sirvió para que inmediatamente se esparciera por todo París un loco afán de venganza. Los regimientos realistas, después de acuchillar a la manifestación, habían cargado sobre los pacíficos paseantes que estaban en el jardín de las Tullerías, y se contaban cosas horribles. Muchas mujeres habían sido pateadas por los caballos de los dragones, los niños que llevaban de la mano habían recibido sablazos y se decía que el príncipe de Lámbese, coronel de un regimiento, había atravesado con su espada a un anciano que puesto de rodillas le imploraba clemencia.

Durante la noche reinó una agitación imponente. Asegurábase que las tropas del rey iban a incendiar París y yo pasé toda la noche, ayudado por el patriota Gouchon, que era el Mirabeau de los arrabales, en organizar las fuerzas que el espíritu revolucionario iba formando. Saqueamos las tiendas de los armeros sin que el pueblo se llevara otras armas que las de hierro, respetando aquellas que tenían adornos de oro o plata, y arengamos a los batallones de guardias franceses, soldados patriotas que siempre habían simpatizado con la revolución, excitándoles a que abandonasen sus cuarteles y se unieran al pueblo. Los guardias escucharon nuestras voces, y ruidosamente abandonaron el cuartel bajando a la plaza de Luis XV para hacer fuego contra los regimientos

extranjeros; pero estos se retiraron al verlos aparecer.

París estaba ya desencadenado y las autoridades que representaban al rey no podían salir del estupor que les causaba el suceso. Estaban acostumbradas a los motines, pero ignoraban aun lo que eran las revoluciones.

El día 13 fue para París un día de inmensa agitación. La clase media, deseosa de aprovechar el movimiento y monopolizar la revolución deteniéndola en su misma puerta, reunióse en el Hotel de Ville, constituyendo una junta permanente, que armando los barrios, formó la guardia nacional de París.

En todas las calles se distribuían escarapelas verdes, las mujeres las arrojaban desde las ventanas a los transeúntes y muchas se arrancaban las cintas de su tocado para que los patriotas adornasen sus fusiles. Los jefes de los grupos armados, a falta de tambores, tocaban llamada con campanillas de iglesia, y el guardamuebles real fue invadido por una muchedumbre andrajosa, que se repartió los cascos, las lanzas y las corazas, mostrándose muy entusiasmada con aquel armamento que contaba algunos siglos de existencia. Dos cañones de plata que el rey de Siam había regalado al monarca francés, fueron arrebatados por la muchedumbre que se proponía hacer fuego con ellos, sin que ningún pensamiento egoísta viniese a turbar sus cerebros debilitados por el hambre. En aquel día de loco entusiasmo, se registraron varios casos de venganza popular, pero no ocurrió un solo robo.

El pueblo se armaba con la mayor rapidez al mismo tiempo que llegaban las más alarmantes noticias. Decíase que las tropas del rey que estaban en los alrededores de París iban a entrar de un momento a otro llevándolo todo a sangre y fuego, y estos rumores eran suficientes para que se desempedraran las calles, se levantaran barricadas, se abrieran fosos y la ciudad presentase el aspecto de un vasto campamento.

Soldados del ejército que sitiaba a París, habían abandonado las filas arrastrados por el patriotismo y mezclándose con los grupos, distribuían cartuchos y enseñaban a los ciudadanos el manejo del fusil. El pueblo tenía hambre, y sin embargo, miraba con indiferencia los carros de harina encontrados en los almacenes de los acaparadores: en cambio al saber que en el Sena había sido detenido un barco cargado de pólvora, prorrumpió en aclamaciones de entusiasmo.

Al amanecer el día 14, el pueblo tenía ya su consigna, que era el grito

de ¡a la Bastilla! Este París heroico, digno de la libertad, se preparaba al combate como para una fiesta y las mujeres aplaudían desde las ventanas a la gente armada que pasaba por las calles. El saqueo de las armerías no había resultado suficiente para equipar al pueblo, y una multitud inmensa dirigióse al cuartel de Inválidos en busca de los fusiles que allí estaban almacenados. Yo formaba parte de la turba y marchaba al frente, teniendo a mi lado al cura de San Esteban del Monte, excelente patriota que con el sable desenvainado guiaba a los feligreses de su parroquia. Saltamos los fosos del cuartel, desarmamos los centinelas y la furiosa muchedumbre, semejante a un río desbordado, invadió el sótano donde se ocultaban los fusiles.

Ocurrió entonces una escena horrible, cuyo recuerdo todavía me estremece. Era tan impetuoso, tan ciego, el impulso del torrente humano en aquella estrecha escalera, que cuando los primeros que habían cogido fusiles quisieron subir, fueron empujados rudamente por los que bajaban, y rodaron hasta el fondo del sótano, pereciendo asfixiados y pisoteados la mayoría. La muchedumbre se aglomeraba avanzando impelida por su propio peso, y hubiéramos perecido cuantos nos encontrábamos en aquel lugar subterráneo, a no ser por la serenidad de algunos robustos patriotas, que colocándose como firme valla ante la multitud desarmada que descendía, la hicieron retroceder lentamente poniéndola la bayoneta al pecho. En esto, la húmeda atmósfera del sótano y las oscilaciones de la multitud, apagaron las antorchas y todos quedamos en la más profunda obscuridad. La escena fue horrible. Cayeron los hombres como racimos de miembros al fondo del subterráneo; hubo un pataleo infernal; los que estaban en el suelo poníanse en pie a fuerza de puñetazos, y muchos de los que habían entrado allí para coger un fusil y luchar por la libertad encontraron una muerte horrible y sin gloria en el sótano de los Inválidos. Los supervivientes salieron de allí, después de una lucha desesperada con el muro de carne que obstruía la escalera y yo, no sé cómo, me vi por fin en el patio de los Inválidos, a la luz del sol, con el traje roto, el rostro magullado y un fusil nuevo en la mano.

¡A la Bastilla!, ¡a la Bastilla!, era el grito dado por aquella multitud, que enloquecida de entusiasmo, olvidaba la catástrofe de que acababa de salir, y yo corrí a la calle de las Carnicerías del arrabal de San Germán, a casa del fondista Duval, donde comían mis amigos del café de Foy. Abrí con estrépito la puerta del comedor y estoy por asegurar que mi presencia

causó gran impresión en mis compañeros. Debía yo tener un aspecto muy marcial, con mi casaca de pordiosero rota por todas partes, el rostro sudoroso y amoratado, el sombrero sobre una oreja a guisa de espadachín, y en la mano un fusil que me servía tanto como un rabo de escoba, pues ignoraba por completo su manejo.

Camilo se detuvo para lanzar una carcajada, pues llevado de su espíritu burlón, no podía menos que reírse de las travesuras trágicas de su primera juventud.

—Corrimos hacia la Bastilla, y cuando llegamos al barrio de San Antonio, ya estaba el pueblo poniendo sitio a aquella fortaleza, que era la mordaza del arrabal más revolucionario de París y que al mismo tiempo deshonraba la naciente revolución, como un monumento grandioso y terrible del poder de la monarquía absoluta.

La guarnición de la Bastilla se había aprestado a la defensa y podía sin experimentar pérdida alguna, resistir el empuje de todo París. Solo un pueblo enloquecido, por el entusiasmo era capaz de intentar el ataque de una fortaleza tan imponente. Las balas de cañón únicamente podían producir ligeras excoriaciones en aquellos muros de gigantesco espesor, y las torres elevábanse a inmensa altura sin ventanas ni el más pequeño hueco por donde pudieran introducirse los sitiadores. Sobre las plataformas asomaban sus negras bocas más de veinte cañones, y para llegar a la puerta de la Bastilla, había que salvar dos recintos fortificados con grandes fosos, y dos puentes levadizos defendidos por cuatro piezas de campaña cargadas con metralla. Causaba pavor la vista de aquella fortaleza gris y sombría, que como un gigante confiado en sus fuerzas, alzábase impávida sobre la muchedumbre inquieta que bullía a su pie, pero ni uno solo de los sitiadores sentía miedo.

Acercábase el momento del combate. Las calles que desembocaban en la Bastilla arrojaban sin cesar nuevos combatientes; el cervecero Santerre, ese joven y simpático patriota que has conocido esta noche en los Jacobinos, iba de un punto a otro arengando a sus compañeros del barrio de San Antonio, y miles de voces gritaban con el mismo estrépito que un coro de cañonazos: ¡queremos la Bastilla!, ¡que nos entreguen la Bastilla! Pero la Bastilla seguía silenciosa y se mostraba dentro de su doble recinto fortificado, como una belleza trágica y altiva, que no se digna responder a los que la desean.

Si me preguntaran cómo se inició el combate, no sabría responder.

Cuando el pueblo lucha, la iniciativa y el entusiasmo reemplazan a la disciplina, y por esto en una revolución es tan difícil saber quién ha disparado el primer tiro como el que se ha batido el último.

La inmensa y vociferante masa comenzó a hacer fuego; el estrépito de las descargas conmovió a París y una lluvia de balas rebotó sobre la pétrea coraza de la Bastilla sin causar daño alguno a los sitiadores, mientras estos desde las plataformas de los torreones disparaban a mansalva las piezas cargadas de metralla, marcando los tiros con regueros de sangre y de cuerpos caídos que se formaban en la muchedumbre. Cada descarga de arriba, era un golpe de gigantesca hoz que arrojaba al suelo gavillas de hombres. La guarnición de la Bastilla podía hacer un continuo fuego sin preocuparse de apuntar, pues doquiera que dirigía las bocas de sus cañones, encontraba a la multitud, que permanecía impávida bajo la espantosa lluvia de plomo.

Era una locura, aquella lucha de hormigas contra un gigante con armadura de piedra endurecida por los siglos, que lanzaba el exterminio en rededor con su aliento de fuego; y sin embargo, ni uno sólo retrocedía, antes bien, las masas populares se arremolinaban y se oprimían contra el recinto fortificado, y los surcos abiertos por la metralla, cubríanse inmediatamente con nuevos héroes que parecían salir del ensangrentado suelo.

¡Queremos la Bastilla!, era lo que predominaba sobre aquel infernal estruendo, y el pueblo en su ceguedad, seguía disparando contra la Bastilla sin comprender lo inofensivas que resultaban sus descargas.

Yo que estaba junto al primer recinto, más ocupado en gritar que en hacer fuego, vi de pronto que algunos hombres se escurrían desde el tejado de un perfumista que vivía inmediato a la fortaleza y corriendo por encima de la muralla, arrostrando con serenidad sublime el fuego de los torreones, se descolgaban en el interior del primer recinto fortificado. Aquellos valientes patriotas, que eran soldados veteranos, rompieron a hachazos las cadenas del primer puente levadizo, y este cayó con tanta violencia, que rebotó varias veces, aplastando a un hombre e hiriendo a muchos más.

El pueblo, al ver expedito su camino, exhaló un grito de triunfo y con irresistible empuje, con una fuerza tan arrolladora como en el sótano de los Inválidos, penetró en el primer recinto; pero antes de llegar al segundo puente levadizo, recibió una descarga tan terrible, que cubrió el

suelo de sangre, haciendo retroceder a los asaltantes.

El pueblo, al reconocer los obstáculos que tenía que vencer para llegar a la puerta de la Bastilla, vaciló por primera vez y sintió miedo. Yo que había oído pasar la metralla junto a mi rostro, desesperaba ya del éxito de aquella temeraria empresa, cuando la llegada de dos sargentos de guardias francesas con más de mil soldados pasados a la causa del pueblo, cambió por completo la situación. Al frente de ellos iba Pedro Augusto Hullin, el dueño del lavadero de la reina, un patriota con figura de gladiador, que había dicho a los que le proclamaron jefe: «Os traeré victoriosos o me traeréis muerto.»

El combate se reanudó, mostrándose poseído el pueblo de un fúnebre entusiasmo. Una heroica tenacidad cegaba a todos. Ya no se pensaba en vencer; morir era la general aspiración. Las mujeres combatían al lado de los hombres; yo vi caer herida una joven que no habiendo logrado contener a su amante, había ido a luchar a su lado, y aún recuerdo la sublime expresión impresa en el rostro de un moribundo, el cual nos decía a cuantos le rodeábamos: —Muero, amigos míos, pero tened tesón, que la tomaréis.

Ya no se gritaba ¡queremos la Bastilla!, pero el pueblo armado decía con la firmeza de los héroes:

—¡Adelante! Nuestros cadáveres cegarán los fosos.

Hábitos negros destacábanse sobre los vivos colores de la abigarrada muchedumbre; los curas patriotas estaban allí para defender la revolución que les libertaba de la tiranía del alto clero, y en primera fila, entre los ciudadanos más valerosos, veíase el moreno rostro y la alta estatura del abate Fauchet, ese sacerdote dulce y elocuente que ha pronunciado la hermosa frase: «Es la aristocracia quien mató a Jesús.»

El horrible combate, cuyo recuerdo todavía me estremece, duró aún más de dos horas; ¿pero a qué relatarte todos los heroicos incidentes de aquella epopeya que inmortalizará al pueblo de París? Bástete saber, que la Bastilla se rindió, que el pueblo se hizo dueño de aquel monumento de la tiranía, y que el trono recibió entonces la más cruel herida, pues comprendió que le era ya imposible luchar con una ciudad que tan felizmente acababa de hacer el aprendizaje de la revolución.

Yo nací a la vida pública en aquellos días gloriosos, recibí mi bautismo de ciudadano al pie de este árbol, y lo único que siento es que

el grandioso esfuerzo del pueblo de París, sirviese únicamente para entronizar a la clase media y para formar esa guardia nacional parisién, turba de jenízaros, que adora a Lafayette como un sultán, que odia al pueblo porque este quiere impulsar la revolución más allá de la monarquía, y que idolatra a Luis XVI, con tal de que sea fiel a esa Constitución hecha en provecho de los tenderos y rentistas, que constituyen ahora una segunda aristocracia tan mala como la de los nobles. No, y mil veces no: el pueblo no ha derramado su sangre para que en vez de un Condé, de un Guisa, o de cualquier otro príncipe antiguo, dominen a París cuatro plebeyos adinerados y orgullosos, que imitan los ademanes altivos de la antigua nobleza. No queremos una aristocracia nueva; no queremos monarquía, y ya que los señores feudales acaban de ser suprimidos, justo es también que desaparezca el rey.

Calló Desmoulins y durante algunos minutos, tanto él como su amigo, permanecieron silenciosos.

Guzmán estaba impresionado por la relación de aquel heroico suceso que había sido el principio de la revolución, y animado por las pintorescas descripciones de Desmoulins, cerraba los ojos y en su imaginación veía representados con ardientes colores, todos los cantos de la epopeya popular; desde el llamamiento a las armas en el mismo jardín donde se hallaba, hasta el furioso asalto que dieron las masas a aquel gigante de piedra que escupía la muerte sobre ellas.

El reloj de Paláis-Royal señalaba la una y media de la madrugada y las galerías están ya obscuras y casi desiertas. Sólo algunas mujeres paseaban por ellas y en los pisos altos eran muy pocas las ventanas que estaban iluminadas.

Los dos amigos salieron de Paláis-Royal y para llegar a la otra orilla del Sena, atravesaron el inmenso patio del Louvre pasando frente al palacio de las Tullerías.

Allí estaba la familia real descansando de las fatigas y de las humillaciones que la había producido su fuga a Varennes.

Los perfiles delicados de la arquitectura italiana del palacio, destacábanse con la pálida luz de la luna, y más abajo, sobre el obscuro suelo, brillaban como agujas de plata, los filos de las bayonetas de la guardia nacional, que con pretexto de velar el sueño del monarca, le vigilaba cuidadosamente para que no se repitiera la humillación sufrida por la monarquía en el día anterior.

Camilo detuvo a Guzmán frente al palacio y señalando las Tullerías con su mano le dijo:

—Mira; esa es la casa de Capeto. Allí ha de desarrollarse el último acto de esa gran tragedia que comenzó en la Bastilla. Cuando el pueblo se apoderó de la fortaleza del arrabal de San Antonio, murió la monarquía absoluta: el día en que los patriotas de París entren en ese palacio, nacerá la República. Detrás de esos muros es donde el pueblo francés encontrará su libertad. Algún día vendremos a buscarla. ¿Quién sabe si tú o yo estamos destinados a caer sin vida ante esas mismas puertas? La revolución es una hermosura fatal, y cuando se la ama, hay que contar siempre con la muerte.

XI.- A LA PUERTA DE LA IGLESIA

Al día siguiente, Guzmán no vio a su amigo Desmoulins y quedó por tanto en libertad para ocuparse, como él decía, de sus negocios.

El célebre periodista le había hecho prometer al despedirse de él, que iría a buscarle en el café de Foy o en algún otro de los puntos donde se reunían los patriotas; pero en la mañana siguiente, Guzmán, al levantarse de la cama, pensó que era mejor ir en busca de Luisa, cuya suerte tanto le interesaba.

El joven español había pasado la noche intranquilo y agitado por los sucesos del día, que le resultaban extraordinarios y halagadores.

Varias veces se despertó sobresaltado como si sonasen en su oído los estruendosos aplausos del agitado club, y cuando se desvaneció la agitación nerviosa que le dominaba después de un día tan abundante en incidentes, aparecíasele en sueños la dulce figura de Luisa, tan pronto melancólica como risueña, tal como la había visto por primera vez junto al incendiado castillo de Dampierre.

Cuando despertó Guzmán eran ya las ocho de la mañana, y se vistió apresuradamente con el propósito de realizar aquel deseo que había acariciado en sueños.

Quería ver pronto a Luisa; deseaba enterarse del recibimiento que le había hecho su tía la baronesa, y del modo como era tratada en la nueva vivienda.

Guzmán había estudiado atentamente la dirección que debía seguirse para llegar al arrabal San Germán, y como se hallaba dicho barrio muy cerca de la casa que habitaba el joven, éste no tardó en ponerse en acecho en las inmediaciones del respetable hotel de la baronesa de la Tour d'Argent.

La vivienda de la antigua pensionista de Luis XVI, era una elegante

casa de las construidas en el tiempo de la Regencia, con el arte voluptuoso y ligero propio de una época de escándalo.

Sobre la escalinata de mármol, elevábanse las paredes de pulida piedra, con sus ventanas, cuyos follajes sostenían alados amorcillos en graciosas posiciones; y en el centro del dintel de la gran puerta, entre pétreas escarolas, surgía el busto de Cupido apuntando con su flecha a los visitantes que para entrar en el hotel atravesaban el jardincillo que ante éste se extendía.

El seductor edificio tenía por tejados cuadradas monteras de pizarra gris, perforadas por los atrevidos tragaluces de las buhardillas, que ostentaban en sus remates el escudo de armas de la baronesa. Aquella casa, que era el tranquilo retiro de la antigua inquilina del Varque de los ciervos, se mostraba entre los viejos y sombríos palacios del arrabal San Germán, como revestida de un aire galante al par que devoto, propio de una antigua cortesana que quería hacer olvidar su pasado por medio de un exagerado fanatismo, monárquico y religioso.

Guzmán, con la esperanza de ver a Luisa, comenzó a pasear por frente a la verja del hotel procurando no llamar la atención de los que habitaban la casa de la baronesa.

Su precaución resultaba inútil, pues aunque la puerta del hotel estaba abierta y a intervalos aparecía en ella un viejo criado, las ventanas permanecían cerradas. La baronesa, siguiendo las costumbres elegantes de su juventud, afirmaba que el día era villano, y por esto, a pesar de que no asistía a los teatros ni a las fiestas aristócratas, se acostaba muy tarde, distrayéndose hasta las primeras horas de la madrugada con su tertulia de traviesos abates y graves señores que eran adoradores consecuentes de su muerta belleza.

Guzmán, resignado a esperar en tal sitio, aunque allí pasara todo el día, paseábase desde el hotel de la baronesa al mercado de San Germán, y para evitarse el fastidio, observaba cuanto ocurría cerca de él.

Para un hombre que acababa de llegar a París en circunstancias tan extraordinarias, resultaba agradable el examinar el aspecto de aquel distrito, que era el menos revolucionario de la gran ciudad.

Allí vivía agrupada la aristocracia de la sangre, la raza privilegiada; aquellas familias que habían encontrado motivo para distinguirse en las brutalidades guerreras de la Edad Media, en las expediciones de pillaje y

saqueo que la tolerante historia apellida gloriosas, y que después de haber ido desarrollando sus innumerables generaciones en el campo, gozando los privilegios del feudalismo y viviendo bajo los ahumados techos de sus castillos como las fieras en su cubil, habían acabado por establecerse en París, a la sombra de los reyes, reuniéndose en un punto dado de la capital, en aquel barrio de San Germán, donde permanecían aisladas del resto de los humanos, tratando al pueblo y a la clase media con tanto desprecio y altivez como en los más bárbaros siglos.

Allí estaban los peores enemigos de la naciente revolución y Guzmán se fijaba en ciertos palacios que tenían las puertas cerradas y el aspecto de deshabitados, misterio que él comprendía recordando ciertas noticias de su amigo Desmoulins.

Aquellas casas eran las de los nobles que habían emigrado para ir a reunirse con los condes de Provenza y de Artois, los dos hermanos del rey, que en vez de permanecer al lado de este para auxiliarle en los momentos de peligro, habían considerado más cómodo y brillante el huir de París, para excitar a las potencias extranjeras a que atacasen la Francia, poniendo con esto a Luis XVI en una situación difícil y apurada en extremo.

La emigración de la nobleza tomaba un carácter alarmante. Todas las semanas salían de Francia un considerable número de nobles que iban a Coblenza, donde los hermanos del rey habían constituido una especie de regencia, alegando que Luis XVI estaba prisionero de los revolucionarios, y donde se organizaba un ejército con toda aquella aristocracia de desertores que abandonaban la patria para volver sus armas contra ella.

El número de estos enemigos de la revolución que combinados con la traidora corte de las Tullerías trabajaban contra Francia, aumentábase rápidamente, pues para esto los dos hermanos del rey y los aduladores que le rodeaban valíanse de todos los medios, lo mismo del halago que de la coacción y de la amenaza.

Al principio fueron duques, marqueses o condes los que corrían a Coblenza a alistarse en el ejército real, pero después les siguieron los caballeros arruinados, los simples hidalgüelos de provincias que abandonaban sus familias y hogares obligados por las imperiosas cartas que recibían del extranjero y en las cuales se les amenazaba con la venganza regia si no acudían a empuñar las armas contra la patria.

No todos accedían de buen gusto a ser héroes de la buena causa y muchos, de los emigrados, especialmente los que vivían en París, abandonaban las comodidades de su vida alegre y superficial impulsados únicamente por el miedo a sus mismos compañeros.

El barrio de San Germán nunca se había distinguido por su vida y su movimiento.

En tiempos normales parecía una ciudad de provincias señorial, altiva y silenciosa enclavada en el revuelto París; pero ahora que había perdido una mitad de sus linajudos habitantes, Guzmán la encontraba muy parecida a un vasto cementerio que contenía el cadáver de una edad bárbara muerta de consunción ante el progreso de los pueblos.

Cuando el joven español en sus continuos paseos se alejaba del mercado de San Germán aproximándose al hotel de la baronesa, sus pasos despertaban esa sonoridad propia de las calles desiertas y únicamente encontraba alguno que otro transeúnte; pero cuando girando sobre sus talones volvía hacia el mercado, notaba más animación, pues se ponía en contacto con el pueblo.

El mercado de San Germán era en el que menos se notaba la miseria que sufría París. Comparado con los otros mercados de los barrios populares, este resultaba rico en extremo y abundante en toda clase de artículos, a pesar de lo cual no se escapó a la observadora mirada del joven la miseria y la carestía que afligían a la gran ciudad.

Algunos campesinos de los pueblos inmediatos, vendían casi a peso de oro aves de corral flacas y enfermizas, pues el grano iba escaso y los hombres lo buscaban más para el propio sustento que para el de los animales. Los carniceros defendían de los compradores las contadas reses que podían presentar en sus puestos, y la miseria hacía que se aprovechase todo, más allá aún de lo aprovechable, vendiéndose a buen precio despojos y superfluidades que en épocas de abundancia se hubiese negado a comer el más pobre.

Grupos de mujeres macilentas, huesosas y con cara de hambre, hacían desesperados comentarios sobre la carestía, lamentábanse de un modo conmovedor de la miseria que reinaba en sus hogares, y se mostraban unas a otras con ademán asombrado, las pocas libras de pan negro, insaboro y terroso, que habían conseguido conquistar en las puertas de los hornos, después de estar en espera desde las primeras horas de la madrugada.

Guzmán, cuyos tiernos sentimientos sublevábanse ante tan general desdicha, atendía los comentarios de la muchedumbre hambrienta e impresionado por la miseria de su nueva patria, casi olvidaba el objeto que allí le había traído.

Pensaba en el inmenso desbarajuste producido por siglos de cruel absolutismo; en lo criminal que resultaba el acaparamiento de los artículos de primera necesidad, que hacía morir de hambre a un pueblo, y en lo necesario que era quitar a la nobleza la inmensa propiedad dedicada a bosques para caza o a infructíferos jardines, entregándola al pueblo que haría producir la tierra con arreglo a sus necesidades.

Guzmán pasó más de tres horas paseando por el barrio y acechando siempre la casa de la baronesa, con la esperanza de ver en alguna ventana el rostro de Luisa.

Eran ya más de las once, cuando Guzmán, al llegar en su milésimo paseo frente al hotel de la baronesa, vio que bajaban la escalinata dos mujeres a quienes no conoció; pero cuando estaban ya cerca de la verja, los ojos del español adivinaron el rostro de Luisa bajo las anchas alas del emplumado sombrero que llevaba una de ellas.

Guzmán creyó en el primer momento, aturdidamente, que la otra mujer era la baronesa e intentó alejarse, pero pronto la consideración de que una vieja, procedente de la más elegante de las cortes, no podía presentarse con un traje tan modesto y una cofia tan sencilla, le hizo detener sus pasos y recobrar su confianza.

Luisa había conocido a Guzmán desde que bajó la escalinata, pero acostumbrada desde muy niña a dominar sus impresiones por aquella atormentadora esclavitud sufrida en el castillo de Dampierre, no hizo el menor movimiento de sorpresa, y al salir a la calle y pasar junto al joven español, le saludó con una sonrisa leve y graciosa, y una mirada tan rápida que solo un hombre enamorado podía comprender.

Las dos mujeres anduvieron con dirección al mercado de San Germán, y el joven, que se proponía seguirlas sin hacerse notar, dejó que se alejaran un buen trecho, mientras las examinaba atentamente.

Luisa había cambiado mucho en su aspecto. Aquel traje anticuado con que la había visto Guzmán por primera vez en el castillo de Dampierre, había sido reemplazado por un airoso vestido de batista floreada, y su blonda cabellera cubríala un elegante y sencillo sombrero,

así como sus lindas manos iban encerradas en largos guantes de seda.

La gallardía de la joven mostrábase con gran naturalidad dentro de aquellas galas, debidas sin duda a la munificencia de la baronesa, que quería presentar a su sobrina con la distinción propia de su origen.

La mujer que caminaba a su lado tenía todo el aspecto de una de esas viejas sirvientas que a fuerza de permanecer muchos años en una misma casa, acaban por identificarse con sus señores y ascienden a miembros insignificantes de la familia.

Era pequeñita, morena y arrugada; a pesar de su edad tenía negros los cabellos y completa la dentadura y en la vaga sonrisa que continuamente contraía sus labios, notábase esa expresión imbécil y maliciosa propia de los campesinos. Cubría su cabeza con el blanco gorro de las mujeres normandas, sus trajes de corte monjil eran de paño burdo y los gruesos zapatos que calzaba delataban el pesar que le había producido prescindir de los zuecos usados en su juventud.

Guzmán, siguiendo a las dos mujeres, adivinaba que la vieja era la criada de confianza en casa de la baronesa y que Luisa debía haber buscado su compañía y su amistad, por preferir la sencilla honradez de ésta al carácter intrigante y a la alegría pizpireta de las jóvenes doncellas que la baronesa tendría a su servicio.

Varias veces volvió Luisa la cabeza, fingiendo hacerlo distraídamente, pero nunca dejó de ver a Guzmán, que absorto en la contemplación de aquel talle, que al andar se mecía gallardamente, pensaba en su extraño encuentro con la joven y en los sentimientos que ésta había despertado en su corazón.

Después de la noche pasada en los bosques de Dampierre y durante el viaje a París, Guzmán se había preguntado varias veces si era amor aquel sentimiento irresistible que le impulsaba hacia Luisa.

Ocupado de continuo en lecturas filosóficas, fanatizado por las ideas nuevas que la revolución había hecho surgir, Guzmán no había pensado nunca en el amor. Desconocía por completo lo que era la mujer, sentía en presencia de la belleza femenina una adoración respetuosa y tímida y por esto al pensar que amaba a Luisa y que algún día tendría que declararle su pasión, él que era tan valeroso, temblaba ruborizándose como casta doncella.

Acercábase confiado y resuelto a Luisa cuando pensaba en ella como

en una hermana e iba a ofrecerle su protección, pero bastaba que se imaginase la posibilidad de ser amado por la joven, para que le pareciera un acto de seducción el aproximarse a ella, afectando una amistad que más tarde había de convertirse en algo más grave.

Guzmán, agitado por tales escrúpulos y conmovido por aquel amor que rápidamente se enseñoreaba de él, hasta el punto de hacerle mirar como cosa secundaria la revolución que tanto había adorado, siguió a las dos mujeres hacia la iglesia de San Germán de los Prados, donde entraron.

El joven detúvose en la plazoleta, frente al templo de construcción románica, que hacía revivir la época más bárbara de la Edad Media, en el París del pasado siglo, tan atildado y voluptuoso en punto a arquitectura.

El joven vio cómo Luisa antes de penetrar en la iglesia se volvía a mirarle, y permaneció indeciso dudando ante la idea de entrar en el templo de una religión cuyos representantes tan cruelmente le habían perseguido. Pero no hay escrúpulo que el amor deje de vencer, y al fin Guzmán, considerando que en París era difícil que se fijasen en él, entró en San Germán, y avanzando por una de las obscuras bóvedas laterales, ocultóse tras una robusta pilastra desde donde espió a Luisa, que estaba arrodillada en el reclinatorio que la baronesa tenía reservado en la parroquia, y que ostentaba en sus caras laterales las armas de Dampierre y de la Tour d Argent.

La misa había comenzado ya, pero si Guzmán no se fijaba gran cosa en los actos del sacerdote, mayor era aún la distracción de Luisa, que a cada instante volvía la cabeza y sondeaba con sus ojos los obscuros rincones del templo, como si presintiese la presencia de Guzmán. Por fin le vio asomar tras la robusta pilastra, y desde entonces no cesó de dirigirle amables sonrisas, siempre que volviendo las hojas de su devocionario levantaba los ojos de este.

Aquella entrevista muda y sin otro lenguaje que el de las miradas, impresionaba por su dulce novedad a los dos jóvenes que habían hecho, completamente solos, un viaje de muchas leguas; sin atreverse a manifestar de palabra lo que ahora se decían con los ojos.

El obstáculo que había surgido entre ellos y que les hacía mirarse desde lejos, impidiendo que se trataran como hermanos, era lo que les revelaba ahora la existencia del amor.

Cuando la misa hubo terminado, Guzmán corrió a la puerta, y situándose junto a la pila del agua bendita, esperó la llegada de Luisa, buscando la ocasión de tocar, aunque fuera levemente, aquella fina mano, que durante el viaje a París había oprimido muchas veces, sin experimentar el más leve estremecimiento.

Se acercaba Luisa y extendía ya su mano temblorosa el tímido Guzmán, cuando la joven, deteniéndose a pocos pasos de él, lanzó una exclamación de sorpresa y dijo al mismo tiempo que sonreía intencionadamente y con graciosa malicia:

—¡Ah!, ¡es el señor Seguín! ¿Cómo va, amigo mío? ¡Qué extraña casualidad es que nos hayamos encontrado en París!

Y la joven estrechó la mano de Guzmán, que estaba absorto y confuso por tan extrañas palabras, no comprendiendo en su aturdimiento, los apretones significativos que a su mano daba Luisa.

Su acompañante, la vieja campesina, miraba con no menos asombro aquel encuentro, pero Luisa se apresuró a dar una explicación y dijo a la criada:

—Mira, Antonia; este joven es hijo del señor Seguín, un rico cultivador que tiene sus posesiones cerca de lo que era el castillo de mi tío. Estudia aquí en París y hace mucho tiempo que no nos hemos visto; pero esto no impide que me acuerde con gran placer de los tiempos en que siendo niños jugábamos en las praderas de Dampierre. ¡Qué época más feliz aquella! ¿No es verdad, señor Seguín?

Y decía esto acompañándolo de apretones de mano y guiños maliciosos, sólo vistos por Guzmán, y que le indicaban la necesidad de continuar la farsa.

¿Dónde había aprendido a mentir con tanta naturalidad la inocente Luisa? Su educación aislada y montaraz en el castillo de Dampierre, no le había permitido aprender tales ardides, pero es indudable, que toda joven es capaz de los mayores engaños y de los más hábiles fingimientos, cuando se siente amada y tiene interés en ocultar su pasión. El amor ha sido siempre la mejor escuela de diplomacia.

La vieja Antonia, al saber quién era el señor Seguín, le examinó con sus vivos ojos, encontróle de aspecto honrado y con aquel aire de buen muchacho que tanto le placía, y creyó del caso dirigirle una de sus estúpidas sonrisas, al par que movía su blanca cofia con el más grotesco

de los saludos.

Los tres habían salido del templo parándose en la plazoleta de San Germán, junto a algunas viejas mendigas y rezadoras que ocupaban la puerta de la iglesia como si fuese su propiedad.

Luisa parecía encantada por el encuentro con el señor Seguín, y llevada por el entusiasmo al país donde se había criado, desbordábase en interminable conversación sobre los años de su infancia, y hablaba con tonos líricos de los bosques y de los prados, de los campesinos y de las vacas.

La vieja normanda, por benevolencia de su sencillo carácter o porque se cansara de escuchar aquella conversación, que siempre giraba alrededor del mismo tema, alejóse de los dos jóvenes, yendo a hacer algunas preguntas a una de las viejas mendigas que era protegida suya, pues la encargaba que rezase oraciones milagrosas por la salvación de su alma, y hablaba también con ella sobre la perversidad del siglo.

Apenas Antonia se alejó algunos pasos, cambió radicalmente la conversación de los dos jóvenes.

—Seréis siempre el señor Seguín. ¿Sabéis, amigo Guzmán? —dijo Luisa—. No olvidéis esto, si es que deseáis que nos veamos alguna vez en presencia de esta buena mujer. Vuestro papel es pasar por el hijo de un acomodado cultivador que estudia en la Escuela de Derecho de París. Si tenemos prudencia y no logramos despertar sospechas, nos veremos muchas veces.

—¿Muchas…? —preguntó Guzmán con expresión codiciosa.

—No tantas como parecéis desear, pero en fin, casi todos los días tendremos ocasión para hablarnos. Todas las mañanas pienso venir aquí con Antonia para oír misa. Yo soy algo incrédula, ya sabéis cómo pensaban mis padres y además los pocos libros que leí en el castillo no eran para hacer amar mucho la religión; pero en fin, en estos tiempos no sienta mal a una mujer el pasar por devota y además esto facilitará nuestras entrevistas. Deseo ver París, no estar a todas horas metida entre las paredes del hotel de mi tía y con pretextos religiosos es como ésta me da el permiso para salir.

—¿Cómo os recibió vuestra tía?

—Regularmente nada más. No se mostró muy cariñosa, pero tampoco tan fría como yo esperaba. Si la conocierais veríais una mujer

muy especial. Después de haber derrochado mucho en fastuosas elegancias, es ahora avara en extremo, y esta pasión es lo que la hacía vivir separada de su hermano el marqués de Dampierre y en abierta hostilidad con él. Cuando supo que había muerto de un modo tan horrible a manos de los campesinos, se desató en improperios contra la revolución y contra la debilidad del rey que deja en el mayor desamparo los privilegios de la nobleza, pero no derramó una lágrima ni profirió un sollozo que demostrasen el pesar que le causaba el trágico fin de su hermano. Antes al contrario, pareció alegrarse de lo ocurrido, pues con cierta satisfacción afirmaba que de no haber ocurrido tal crimen, Dios no hubiese sido justo, y que el marqués debía ser castigado por la villanía con que había tratado siempre a su hermana. Según parece, está todavía furiosa por lo que ocurrió a la muerte de mi padre y varias veces me ha dicho que mi tío fue un infame al despojarme de lo que me pertenecía. Ahora hasta parece que piensa poner pleito en nombre mío al heredero de Dampierre, y a estos propósitos de venganza debo sin duda el ser tratada con una amabilidad que no creía merecer de una señora tan adusta y orgullosa como es la baronesa.

—Según eso os encontráis bien —dijo Guzmán—. ¿No es así, Luisa? Creed que experimento una gran satisfacción al contemplaros tranquila y feliz.

—No puedo quejarme de mi tía, mas no por esto creáis que me forjo ilusiones sobre mi situación. La baronesa es mujer incapaz de sentir cariño por persona alguna, y por otra parte, yo no ocupo en aquella casa más que un puesto intermedio entre criada y señorita. Estoy un poco más arriba que la doncella de confianza, y no paso de ahí. Mi tía, como una muestra suprema de cariño, me ha dado este traje que llevo y algunos objetos más, pero no creo que pasen de esto sus muestras de afecto ni que deje de tratarme con la altanera frialdad que constituye su carácter. Procura tenerme siempre a cierta distancia, como para indicar la desigualdad de nuestro origen, y creo que apenas me hubiese recibido en su hotel, si no tuviese el designio de vengarse de su hermano en la persona de su hijo. Este deseo es lo que la hace ser amable.

—¿Y vuestro primo? —preguntó Guzmán—. ¿No teméis que se presente algún día en casa de la baronesa?

—No lo creo fácil. Se ha tratado poco con su tía y además ésta le odia ahora demasiado para consentir sus visitas. No por esto aseguro que mi

primo deje de presentarse en el hotel. Es un monstruo, lo conozco bien, y en su desvergonzada audacia, le creo capaz de presentarse en casa de la baronesa persiguiéndome a mí, aunque supiera que la tía había de ordenar a los lacayos que lo arrojasen a la calle.

—Ya procuraremos cortarle los vuelos si es que viene por aquí y no ha escarmentado de nuestro encuentro en los bosques de Dampierre.

Guzmán, después de decir esto con la jactancia que le daba el pleno convencimiento de su valor, preguntó a Luisa varios detalles sobre su existencia en casa de la baronesa, pues nada interesa tanto a un amante como la vida de la mujer amada.

Luisa encontraba ridículas las costumbres de la baronesa, y se reía de ellas como se ríe siempre la juventud ante las preocupaciones de una vejez presumida.

La baronesa no quería declararse vencida por los años, y pasaba siempre gran parte del día ocupada en reparar los estragos que el tiempo causaba en su decadente belleza.

Quería ser amada y cortejada como en los tiempos de su juventud, y con este objeto, dedicaba toda su atención a aquella corte de amigos que la rodeaba durante la noche, y que para merecer las cenas con que los obsequiaba cuidaban de deslizar alguna galantería en sus apasionadas conversaciones sobre los estragos de la revolución.

Luisa encontraba altamente ridículos a todos los almibarados abates y señores sin fortuna que había visto la noche anterior en la tertulia de su tía, y aunque no se interesaba la joven por los asuntos políticos, burlábase de las declamaciones de aquellos entes estrafalarios, procurando de este modo halagar a Guzmán, cuyas ideas conocía.

Los jóvenes no pudieron seguir hablando por mucho tiempo, pues la vieja Antonia, terminando su conversación con la pordiosera, volvió al lado de ellos.

Luisa recobró entonces el aspecto reservado y astuto de poco antes.

—Adiós, señor Seguín —dijo a Guzmán—. ¿Vos venís aquí a oír misa todas las mañanas? Pues aquí nos veremos y tendré como hoy un gran placer en recordar las cosas de nuestra infancia.

Antonia, que como buena devota, estaba encantada de la religiosidad de aquel joven de tan buen porte que oía misa diariamente, despidióse de él con la más afectuosa de sus sonrisas y después de esto las dos mujeres

se alejaron, siguiéndolas Guzmán con su mirada.

Cuando el joven quedó solo y se desvaneció la impresión que le dominaba al hallarse en presencia de Luisa, diose cuenta de lo feliz que era al hablar con ella y se propuso aprovechar todas las ocasiones para tener tales entrevistas en presencia de la sencilla Antonia, que era incapaz de comprender el más burdo engaño.

Guzmán, aunque solo al pensarlo sentía aquella cortedad propia de una doncella que le hacía enrojecer, estaba decidido a declarar a la joven el amor que por ella sentía, así que se le ofreciera una ocasión oportuna.

XII.- EN EL LUXEMBURGO

Al anochecer aquel mismo día, estaba Guzmán paseándose por el jardín de Luxemburgo y contemplando el gran palacio del que acababa de huir el conde de Provenza, hermano de Luis XVI.

Al ver aquel jardín hermoso, tranquilo y risueño, costaba gran trabajo afirmarse en la creencia de que estaba situado en el París revolucionario, en la terrible ciudad donde los motines y las agitaciones se sucedían con frecuencia terrible, y que era presentado al resto de Europa por los panegiristas del absolutismo, como una población donde las personas no gozaban de seguridad alguna y cuyas calles estaban de continuo ensangrentadas.

El Luxemburgo, en la época revolucionaria, era como un bello oasis sobre el cráter de un volcán en ebullición.

Ante sus verjas parecía detenerse el oleaje popular y los bramidos del Paláis- Royal sublevado extinguíanse antes de llegar allí.

En una calle inmediata estaba el club de los Franciscanos, un aquelarre de vociferaciones y de venganzas, que presidía Danton algunas veces y que iba lejos en política, hasta el punto de tildar de reuniones de aristócratas las sesiones de los Jacobinos.

Aquella sociedad era peligrosa en extremo. Juntábase en ella lo más malo y lo más sublime; en sus bancos se sentaban, revueltos por una fraternal comunidad de ideas, patriotas dignos de la gloria y granujas merecedores del presidio. No era creíble que pudiera gozarse de tranquilidad cerca de aquella mina cargada que asustaba a Robespierre, hacía fruncir las cejas a Petion y excitaba la carcajada de Danton; pero a pesar de esto, el Luxemburgo seguía envuelto en su antigua paz, y el más receloso, al pasear por sus silenciosas alamedas, se hubiese creído aún en los felices tiempos de Luis XV, cuando el pueblo se moría de hambre, y

las clases poderosas, para demostrar su inocencia, imaginaban idilios campestres con graciosas pastorcitas y zagales de color de rosa.

Esta tranquilidad inalterable que se gozaba en dicho jardín, hacía que fuese el refugio de la infancia, y que turbas de alegres niños correteasen por sus avenidas, mientras que las madres se ocupaban en sus labores de aguja a la sombra de los copudos castaños.

Guzmán pasó toda la tarde en el Luxemburgo entusiasmado por la belleza del jardín que acababa de descubrir cerca de su casa.

Acostumbrado de antiguo a la lectura, y no paseando nunca sin la compañía de algún autor ilustre que descansara en los bolsillos de su casaca para librarle de los momentos de fastidio, había tomado de su vieja portera un tomo de los Comentarios de Julio César, que se había dejado olvidado allí el señor Bonaparte, arrendatario de las habitaciones.

El joven español leyó durante mucho tiempo aquel libro, cuyo texto conocía de antiguo y que siempre le resultaba grato, pero en dicha tarde su imaginación estaba en otra parte. Pensaba en Luisa, y el relato de las hazañas del gran romano no lograba borrar de su memoria aquella cabecita rubia y picaresca que iba convirtiéndose en su tiranuelo.

Guzmán, para sacudir la modorra que le causaba una lectura automática en la que no comprendía la más insignificante frase del libro, comenzó a pasear por las más solitarias alamedas del jardín.

El joven, como todos los amantes de gran imaginación, sentíase melancólico y contemplando el sublime espectáculo que presenta al morir uno de esos esplendorosos días el verano, veíase dominado por cierta vaga inspiración y hasta le acometían deseos de escribir versos.

Parábase muchas veces a contemplar el oleaje de rojas tintas que se aglomeraba en el horizonte dejándose ver al otro lado del ramaje de los castaños como a través de una reja de verdura, y los mil ruidos de la gran ciudad llegaban hasta su oído como el apacible susurro de un mar sereno y lejano.

Guzmán encontraba todo aquello muy hermoso. De seguro que a interrogarse con imparcialidad, hubiese confesado que en los feraces campos de Andalucía había visto espectáculos mucho más bellos, pero ahora existía algo en él que parecía dar nueva perceptibilidad a sus sentidos y aumentar la finura de sus sensaciones. Ese algo era el amor, y Guzmán comprendía que en aquel momento de contemplación, eran los

ojos de su alma los que veían, admirando cosas indescriptibles que tal vez no existían en la realidad.

El joven se sentía soñador y un tropel de ilusiones acudía a su mente. ¿Por qué no había de ser feliz como otros hombres lo habían sido? Para alcanzar la dicha sólo necesitaba saber que Luisa le amaba, y el único obstáculo que se oponía a la realización de tanta felicidad, era la timidez que le dominaba al dirigirse a las mujeres y que sólo era comparable a su bravura para con los hombres.

Pero tan optimista se sentía en aquel momento, que hasta le resultaba fácil de vencer la timidez que tantas veces le había hecho ruborizarse. Pensaba en otros para consolarse de tal defecto, y recordando has Confesiones de Rousseau, se decía que también Juan Jacobo había sido en extremo tímido, lo que no impidió que fuese amado en varias ocasiones.

Guzmán consideraba aquel paseo por el Luxemburgo como uno de los instantes más felices de su vida. Ningún hecho real había venido a alegrarle, pero le bastaban sus ilusiones para sentirse feliz y su imaginación poblaba de risueños fantasmas las solitarias avenidas por donde paseaba y que comenzaban a tomar un tono gris con la creciente sombra del crepúsculo.

El joven se imaginaba ya dueño de la belleza de Luisa y se veía a si propio paseando en el Luxemburgo en pleno día, dando el brazo a su hermosa mujercita e hinchándose de orgullo al contemplar la admiración de los extraños.

Estaba el español en la mejor parte de aquella historia fantástica que rápidamente creaba su imaginación, cuando sintió apresurados pasos a su espalda, al mismo tiempo que gritaba una voz desapacible y chillona que le era bien conocida:

—¡Eh! ¡Eh, Félix…! ¿No eres Guzmán? Espérate, que lo que es ahora no te me escapas.

El joven reconoció a su amigo Camilo Desmoulins, y a pesar del respeto y del profundo afecto que le profesaba, no pudo menos de hacer un gesto de mal humor al ver que venían a interrumpirle en lo más grato de sus ilusiones.

El célebre periodista llegó hasta él tan aturdido y lenguaraz como siempre y enlazando amigablemente su brazo con el de Guzmán, le dijo

con entonación cariñosa, aunque con tono de reconvención:

—¡Pero hombre! ¿Dónde te habías metido? ¿Por qué no has acudido a la cita que te di para esta tarde en el café de Foy? Hace más de tres horas que te voy buscando y a no ser por tu vieja portera que me ha dicho que estabas en el Luxemburgo, me habría sido imposible el encontrarte. Hubiera sentido que no nos viéramos, pues tengo un grave encargo acerca de tu persona. Vas a venir conmigo inmediatamente.

—¿Adonde? —preguntó Guzmán con curiosidad.

—Es un secreto —contestó riendo Desmoulins—. Tu deber de buen amigo es venirte conmigo y callar. Lo único que puedo decirte es que no te arrepentirás de haberme seguido esta noche y que tal vez algún día me lo agradezcas. El único que tal vez se arrepienta seré yo, pues algunas veces peco de ligero y con el afán de servir a las personas que estimo no reparo en las consecuencias. En fin, no digo más. ¿Y en qué te ocupabas paseando por estas soledades? ¿Es que hacías versos?

—Algo hay de eso —contestó Guzmán sonriendo al revelar su secreto.

—De seguro que iban dirigidos a aquella chiquilla del castillo incendiado: como si lo viera. En ese caso estarías componiendo un idilio y yo te habré interrumpido en la estrofa más dulce. Pero no es necesario que lo concluyas. Esta noche conocerás a la verdadera inspiración y tal vez no te retires a casa hasta haber compuesto una anacreóntica. Vamos andando, amigo Guzmán.

Y Desmoulins, tirando del brazo a su amigo, que parecía resistirse a abandonar aquel lugar donde había tenido tan felices sueños, atravesó la verja del Luxemburgo, y ambos jóvenes detuviéronse ante un coche de alquiler que bajaba penosamente la empinada cuesta de Santa Genoveva.

—Para el coche, ciudadano —gritó Desmoulins al conductor, abriendo la portezuela del mercenario vehículo—. Condúcenos a la calle de Richelieu.

—Señor —dijo el cochero cuando los dos amigos estaban ya en el interior del carruaje—. Os advierto que no me gusta cobrar en papel. Si me pagan en plata cobro sólo dos francos por carrera, pero si me dais asignados, entonces el precio serán cuatro francos.

—¡Arrea, parlanchín! —gritó el periodista—. Te pagaré en relucientes y sonantes piezas de plata que llevan el retrato de Luis

Quince; el rey cerdo, al que debes profesar un afecto fraternal.

Movió el coche y Camilo exclamó dirigiéndose a su amigo:

—Mal anda la revolución. Mientras el pueblo muestre tanto apego a esos redondos pedazos de metal con la efigie de los tiranos y desprecie en cambio los asignados, ese papel moneda que es la salvación de la patria, resultarán inútiles todos nuestros esfuerzos.

El carruaje rodó por las estrechas callejuelas de la izquierda del Sena, pasó los puentes y se internó en el más populoso barrio de París; en aquellos alrededores del Paláis-Royal, donde bullía todo lo más llamativo y seductor de la gran ciudad.

Acababan de ser encendidos los reverberos; brillaban las interminables filas de escaparates y a su luz exhibíase todo lo más elegante y lo más vicioso que encerraba la gran ciudad.

Doblaba el carruaje la esquina de la calle de Richelieu, cuando Guzmán, que iba pensativo, preguntó con alguna impaciencia:

—¿Pero puedo saber ya adonde me llevas?

—No tengo interés ahora en ocultártelo. Vas a tener el honor de ser presentado a la seductora y amable Lambertina, conocida por el París elegante por su apellido de Theroigne de Mericourt, y a quien el pueblo llama siempre la Hermosa Liejesa. Es la amazona de la revolución, y actualmente resulta tan popular y famosa como yo o cualquiera de los propagandistas de las doctrinas revolucionarias. ¿Qué te parece esta presentación?

Guzmán levantó los hombros con expresión de indiferencia.

—Bien se ve —continuó Camilo— que eres nuevo en París y no conoces sus más notables personajes. Muchos hay que se darían con un canto en los pechos por alcanzar eso mismo que tú pareces despreciar. En fin, pronto conocerás a Lambertina, y lo importante es que tu corazón sepa permanecer frío e impasible en su presencia. Ahora te muestras desdeñoso con la hermosa a quien desconoces; te deseo que algún día no te arrepientas de haberla conocido.

XIII.- LA «HERMOSA LIEJESA»

El salón donde fueron introducidos los dos amigos por una linda doncella de picaresco rostro y rizada gorrita blanca, produjo en el joven español una impresión de voluptuoso bienestar.

Transcurrida su juventud en los cortijos de Andalucía y en los estrados de linajudas familias españolas que en el pasado siglo vivían con una sencillez patriarcal, Guzmán no estaba acostumbrado al lujo, y por esto el aspecto deslumbrante de aquel salón con sus mil detalles vivos de color y ricos de forma, cegaron sus ojos, produciéndole como una embriaguez de la mirada, que tardó mucho en desvanecerse.

La dueña de la casa no estaba visible, según dijo la doncella, que rogó a los dos amigos esperasen en aquel salón a la hermosa Lambertina.

Guzmán, con el asombro propio de un lugareño, contemplaba el adorno de la vasta sala, cuyo valor ascendía a muchos miles de francos. Cubría el suelo una hermosa alfombra árabe de las que entonces era raro encontrar en París y que deslumbraba con sus infinitas tintas que semejaban el estallido de una bomba de brillantes colores. Las ventanas y puertas estaban cubiertas por ricos cortinajes bordados que representaban escenas pastoriles y elegantes, copiadas de los célebres cuadros de Wateau, y estas mismas escenas aparecían reproducidas en pequeño, conforme la moda de la época, en los respaldos y asientos de los numerosos sillones que esparcidos por el salón y descansando graciosamente sobre sus encorvadas patas reverberaban el fino oro de su madera tallada.

Gigantescos jarrones de porcelana de Sevres con toda una flora fantástica pintada en su tersa superficie, ocupaban los rincones de la estancia; dos pequeños biombos de numerosas hojas y deslumbrante laca dividían el ancho salón, formando compartimientos reservados,

agradables rincones buenos para cuchichear amigablemente y sin testigos en medio de la más numerosa reunión, y sobre el mármol rosa de las doradas consolas o los chinescos paisajes de ligeros veladores que parecían sostenerse en el aire, acampaba todo un pueblo de graciosas figurillas salidas de la fábrica de Sevres y que representaban en mil posiciones galantes, los pastorcillos con zapatos de seda y las zagalas vestidas de raso, que una poesía insustancial y aniñada había puesto en boga, justamente en la época que más sangre se iba a derramar y que había de estremecer al mundo con sus violentas explosiones de furor.

Las magnificencias del salón reflejábanse en las lunas de Venecia de limpia y azulada transparencia y en las numerosas cornucopias con marco de dorado follaje y figuras esmaltadas en el vidrio que colgaban de las paredes, tapizadas con fina seda rayada, rosa y gris. Del centro del techo pendía una gigantesca lámpara de cristal tallado, en torno de cuyo florón revoloteaban un sinnúmero de amorcillos pintados por una mano experta y a los que servía de marco la comisa de rica talla representando escenas mitológicas.

Toda aquella suntuosidad, deslumbraba lanzando vivos destellos a la luz de más de dos docenas de perfumadas bujías, que lucían en los candelabros de las cornucopias y en la araña del centro.

Aquella estancia que representaba una riqueza enorme, sólo podía ser de una reina o de una de esas cortesanas célebres que pasan a la historia, tanto por su carácter como por su belleza, y que pródigas de su hermosura, sienten correr por entre sus manos el oro de los hombres sin conservar la menor parte, arrojando la riqueza por capricho, con la misma facilidad e indiferencia que ha venido a ellas.

El asombrado Guzmán miraba a todas partes con creciente curiosidad, y en su admiración hasta se irritaba secretamente contra Camilo, por la flema con que éste contemplaba todo aquel lujo, a cuya vista parecía estar acostumbrado.

Había algo en aquella habitación que le trastornaba aún más que los esplendores de la riqueza, y era la atmósfera voluptuosa, el olor de belleza que había percibido desde que entró allí.

Un perfume extraño y excitante acariciaba el olfato de Guzmán, que en aquella atmósfera creía percibir cierto fantasma femenino que quedaba allí cuando la dueña estaba ausente.

No importaba que Theroigne no estuviera en su salón; cualquiera al entrar, viendo los manojos de rosas esparcidos por las mesas y los jarrones, y acariciado por aquel perfume especial que en pocos sitios podía percibirse, adivinaba que aquel salón era el santuario misterioso de una belleza deslumbrante; el templo de una Venus de olímpica hermosura que se entregaba a los escogidos, sin perder por un momento su grandiosa altivez, como convencida del inmenso favor que dispensaba a sus adoradores.

Guzmán había ya examinado varias veces el salón en todos sus detalles, y en vez de tranquilizarse, sentíase más impresionado a cada momento, por el extraño y voluptuoso ambiente de aquella casa.

Sentíase otro; extrañábale la confianza y el desahogo que Camilo demostraba, desabrochándose la chupa y tendiéndose a la larga en un rico canapé, y hasta se avergonzaba de sí mismo, al contemplarse vestido modestamente y con las mismas botas que había usado en su viaje.

Desde que había entrado en aquella casa y apreciado el lujo de su mueblaje, así como el extraño ambiente que tanto le impresionaba, tenía en sus labios una pregunta que no se atrevía a hacer, pues temía que las paredes le oyesen.

Por fin su curiosidad venció al miedo, y arrastrando su sillón hasta el canapé donde estaba tendido el periodista con la mirada fija en el techo y tarareando una cancioncilla, le dijo con una voz tenue y misteriosa como la de una monja en el locutorio:

—¡Camilo! ¡Eh, Camilo! ¿Quieres decirme quién es esta Lambertina? Me parece una mujer muy extraña e interesante.

El periodista contestó con una ruidosa carcajada que le tuvo jadeante mucho tiempo.

—¡Oh, esas tenemos! —dijo después—. ¿No te mostrabas tan frío y desdeñoso hace un instante? Pronto te has sentido atraído por ese ambiente extraordinario que rodea a la Hermosa Liejesa. Aún tendrás que dar gracias si no pasas de ahí y no te enamoras de ella como un loco. ¡Pobre Félix! Te veo ya caer enloquecido a los pies de esa divinidad, que dentro de poco se presentará a nuestra vista. Me parece que después de esta visita la niña del castillo incendiado cae del poder.

Guzmán, al oír esta alusión a Luisa, hizo un gesto de desagrado, pues sin explicarse el motivo, mortificábale mucho el recordar aquel amor

puro y sencillo en un lugar donde se respiraba una incitante voluptuosidad que despertaba en él mil vagos deseos, poniendo en cruel tensión su sistema nervioso.

El desagradable efecto producido por la alusión de Desmoulins duró en Guzmán algunos minutos, pero no tardó en recobrar su imperio la curiosidad que le dominaba y volvió a interrogar al periodista:

—¿Pero quieres decirme quién es esta mujer?

Camilo, al ver la insistencia del joven, incorporóse en el canapé, diciendo ya con expresión más seria:

—Puesto que tanto te interesas, cumpliré tu deseo. De todos modos te conviene saber la historia de la Hermosa Liejesa antes de conocerla personalmente. Esto te servirá para apreciar justamente su extraño carácter y para dar una interpretación verdadera a ciertos actos que en ella verás y que podían excitar en ti muy desfavorables comentarios. Vas a conocer una criatura como tal vez no haya habido dos en todo el siglo. Prepárate a oír una historia que más parece una novela inventada para demostrar por qué medios tan extraños se camina muchas veces a la depravación.

Camilo se sentó en el canapé, miró a todas partes como temeroso de que alguien lo oyera oculto tras los cortinajes, y al fin, poniendo su boca inmediata a una oreja del atento Guzmán, comenzó su relación.

La bella Lambertina había nacido en el pueblo de Mericourt, inmediato a Lieja. Eran sus padres unos labradores ricos, que encariñados con aquella hija única, que desde su niñez mostraba esa deslumbrante belleza e inalterable frescura, que parecen propias de las mujeres belgas, habíanse propuesto darle una distinguida educación, aunque para ello tuvieran que sacrificar gran parte de su fortuna.

Lambertina, como todas las mujeres de su país, era de despejada inteligencia, así es que realizó brillantísimos progresos en el convento, donde sus padres la hacían educar y al cual asistían señoritas de las más distinguidas familias.

A los quince años Lambertina era un prodigio, y si su belleza deslumbraba a los contados hombres que visitaban el convento, no era menor el efecto que producía en las señoras la gran ilustración que demostraba y que en muchas de sus partes resultaba impropia de su sexo. Hablaba en latín con los curas que visitaban el convento; sabía pasajes

enteros de los poemas de Homero en su lengua original; cantaba como un jilguero y tocaba el clave tan bien como el organista que la enseñaba; había reproducido en sus cuadernos de dibujo todos los árboles del jardín, alternándolos con graciosas caricaturas de aquellas monjas a quienes demostraba mala voluntad, y era entusiasta lectora de la literatura contemporánea, adorando a los poetas franceses y en especial a Voltaire, cuyas tragedias la entusiasmaban hasta el punto de hacerla imitar sus más vigorosos parlamentos, pues Lambertina también asombraba a sus compañeras de colegio escribiendo versos con pasmosa facilidad.

Era la joven una imaginación desbordada y siempre espumeante, que bullía dentro de la más hermosa de las cabezas. Su despierta inteligencia no encontraba obstáculos cuando se trataba de aprender, pero cuando permanecía en reposo resultaba temible, pues sabía inventar enredos y diabluras suficientes para poner en conmoción a todo el convento.

Sus padres, que la adoraban y cuya existencia parecía dedicada por completo al culto de aquel hermoso y travieso ídolo, sacaron a Lambertina de su pensión y la condujeron al pueblo, tan felices y orgullosos como el campesino que lleva entre sus brazos una imagen de cuyo poder sobrenatural está convencido.

La fama de Lambertina extendióse por toda la comarca. Su brillante educación no le servía de gran cosa en aquella rústica sociedad, pero en cambio su belleza le atraía adoradores de todas partes y hacía que su nombre fuese en lenguas y lo pregonasen como el de la muchacha más bonita que existía en todo el distrito de Lieja.

Grandes honores eran éstos y hubiesen satisfecho de seguro a Lambertina si hubiera sido educada en Mericourt al lado de sus padres; pero criada entre elegantes señoritas y habituada a sus costumbres escogidas, la joven aburríase mortalmente entre los rústicos que la requebraban y los papanatas que la acogían con ridícula admiración.

Cerca de Mericourt, en la orilla del Rhin, existía un antiguo castillo y en él un cierto barón de la Tournelle, hombre de más de treinta y cinco años, que había corrido mucho mundo, empeñado gran parte de sus rentas y que para reponer su fortuna y las fuerzas de su cuerpo agotadas por el libertinaje, vivía en tan agradable retiro rodeado de todos los honores de señor de la comarca y queriendo resucitar el prestigio feudal que ya había muerto por efecto del espíritu filosófico desarrollado en el

siglo.

La Tournelle era el hombre más distinguido y galante que podía encontrarse en Mericourt; su fama de libertino agrandada y embellecida por los comentarios populares, conmovía a las mujeres y convertía al barón en una especie de donjuán, irresistible para todas las beldades rústicas.

Tratándose de una joven soñadora y fastidiada por la rudeza de las costumbres, era de esperar que Lambertina mirara con agrado al barón, quien por su parte perseguía a la hermosa con galanterías y declaraciones, juzgando que el conquistar su amor era la ocupación más grata que podía proporcionarse en aquel retiro agreste a que le obligaba la escasez de fortuna.

Lambertina sintiose tan emocionada por el amor del barón, que hasta recibió con agradecimiento sus declaraciones, y durante un año sostuvo los galanteos con tanto recato que solo algunas personas llegaron a sospecharlo.

Aquella joven, aunque de carácter travieso y despreocupado y de ánimo varonil, era por instinto excesivamente virtuosa, y con naturalidad, sin que le costara esfuerzo alguno, sabía resistir todos los avances que intentaba el libertinaje del barón.

Pero el continuo roce y las interminables pláticas que ambos sostenían durante la noche a través de una reja de la granja paterna, fueron debilitando la resistencia y empujando insensiblemente a Lambertina a los brazos de su adorador.

Este, por su aspecto hermoso y elegante, que aún destacaba más entre los rudos mozos del pueblo, crecíase ante los ojos de Lambertina, quien por otra parte iba corrompiéndose moralmente oyendo al barón, gran escéptico, como lo era toda la aristocracia de su siglo y que negaba la virtud considerándola como una preocupación absurda.

Tenía diecisiete años la bella Lambertina cuando trastornada por la lenta seducción de que la rodeaba su amante y por sus maléficas enseñanzas, cayó en sus brazos, perdiendo el honor.

Muy pocos meses duró aquel defirió amoroso, que a Lambertina parecióle el período más feliz de su vida.

El barón, entusiasmado por tan valiosa conquista, no pudo callar su dicha y la deshonra de la joven hízose pública, produciendo una mortal

impresión en sus infelices padres.

Aquellos adoradores rudos y desdeñados que tanto la habían asediado, aprovecharon la ocasión para vengarse; un torrente de injurias y de mordaces burlas cayó sobre Lambertina, y cuando llorosa y desesperada fue en busca de su amante para pedirle amparo y protección, halló en aquel castillo la más terrible e inmensa de las decepciones. La Tournelle, harto ya de un amor ardiente que no podía resistir su gastado organismo de libertino o deseoso de evitar compromisos que podían arrastrarle al matrimonio, tuvo con la infeliz joven una escena en la que demostró su egoísmo y frialdad; y cuando Lambertina, indignada al conocer el verdadero carácter de aquel hombre, le increpó duramente, tuvo la infame audacia de arrojarla del castillo por medio de sus lacayos.

Un insulto tan terrible era capaz de arrebatar la vida a una mujer de carácter altivo y enérgico, pero la muerte no quiso acudir en su auxilio a pesar de que fue llamada a grandes voces, y en su lugar lo que se apoderó de Lambertina fue una especie de locura que la impulsaba a burlarse del mundo y de los más nobles y puros sentimientos, así como a gozar de los placeres con una sed impúdica que no se apagaba nunca.

Viendo la joven que era imposible su permanencia en el país, huyó a Londres, donde al poco tiempo llamaba la atención de la nobleza inglesa por su rara hermosura, su pasmosa ilustración que la diferenciaba de las demás cortesanas y más aún por su excesivo libertinaje y sus ruidosos escándalos, que delataban un vehemente deseo de encanallarse a toda costa.

El puritanismo hipócrita de la sociedad inglesa no podía agradar a aquella desesperada, que hubiese deseado tener por alcoba la vía pública para escandalizar mejor a la aristocracia a quien odiaba, por pertenecer a ella el autor de su afrentosa deshonra.

La hermosa Lambertina resultaba un ser extraño, una belleza loca, que en las orgías se embriagaba y rugía de placer como una bacante, para momentos después entristecerse y derramar lágrimas, que resultaban incomprensibles a los que no conocían el misterio de su vida.

Solo permaneció en Londres algunos meses, y enriquecida por la generosidad del príncipe de Gales y de algunos lores que en sus brazos olvidaban la rígida austeridad fingida en público, marchóse a París con una recomendación para Mirabeau, que era el íntimo amigo y el consejero de todos los calaveras de Europa.

El célebre orador estaba en el período álgido de sus depravadas locuras y aquella hermosa aventura, con sus enloquecedores encantos, no fue la que menos contribuyó a acelerar su fin.

Brillaba entonces Mirabeau con todo el esplendor de su gloria y la nueva querida alcanzaba gran notoriedad a su lado, más aún por su ilustración que por su hermosura.

Lambertina no tardó en ser la mujer de moda en París. Encontró en Francia protectores tan generosos como en Londres, el oro pasó por sus manos cual fuente inagotable y si su fastuoso lujo deslumbró a la joven aristocracia, el desinterés y la largueza con que favorecía a los miserables y los necesitados, valióse inmensa popularidad entre la gente levantisca y sediciosa de los arrabales de París.

La gran epopeya revolucionaria que comenzaba a desarrollarse en Francia, entusiasmaba a Lambertina, que depositó todo su amor en los hombres que dirigían tan grandioso movimiento.

Ofendida por la nobleza, de la que procedía su deshonra, considerábase como predestinada a ser la vengadora de todas las hijas del pueblo cuya virtud había sido vencida por los aristócratas, y vivía en una continua excitación nerviosa, estando su acalorado cerebro embriagado a todas horas por la esperanza de una grandiosa hecatombe que hiciese perecer a todos los ricos voluptuosos perseguidores de la virginidad de las mujeres humildes.

Pródiga de un modo asombroso, gastando con la mayor frialdad sumas enormes, veíase precisada a admitir las solicitudes de los nobles voluptuosos, que pagaban muy caros sus placeres; pero semejante al gran Danton, que se vendía para proporcionar dinero a la revolución, ella derramaba el oro adquirido por el vicio, en los barrios extremos de París donde vivían los agitadores, preparando silenciosamente el gran ejército popular que había de dar la libertad a Francia.

Ella era la prostituta de la opulencia, haciéndose pagar sus caprichos de un modo regio; pero voluntariamente se constituía en prostituta del pueblo.

Entregábase con pasión delirante a todos los hombres que se distinguían combatiendo en favor de la revolución, prefiriendo siempre a los más avanzados, y si en el año ochenta y nueve había adorado a Mirabeau y Sieyes, más adelante había recibido en su casa, tratándolos

con admiración respetuosa, a Danton. Brissot, el poeta José Chenier y a Camilo Desmoulins, el mismo que relataba esta historia al español Guzmán.

Vivía rodeada del mayor lujo, pero la suntuosidad de su casa no le impedía ir con frecuencia a los arrabales, donde parecía hallarse en su elemento, entre las gentes revolucionarias que admiraban su hermosura y su generosidad, manifestándola admiración con groseras, pero ingenuas frases.

Desde las primeras sublevaciones que ocurrieron en París, la Hermosa Liejesa, con su atrevimiento y su vistoso porte, vino a convertirse en deslumbrante enseña de la desarrapada multitud. Presentábase vestida con una larga amazona de tela de color de sangre, un sombrero de anchas alas con pluma blanca y armada de sable y pistolas; y así marchó al frente de la multitud en la mañana del 14 de julio cuando saltando los fosos de los Inválidos el pueblo de París entró en el sótano a por fusiles.

Desmelenada, radiante de trágica belleza y con los ojos centelleantes, como una Némesis vengadora, fue la primera en marchar sable en mano cuando algunas horas después las turbas entraron al asalto en la Bastilla, y tan asombroso resultó el valor demostrado por aquella mujer que hermosa e imperturbable como una estatua, avanzaba por entre un diluvio de balas, que el pueblo de París sobre la misma brecha le había decretado un sable de honor para premiar su temerario arrojo.

Cuando las mujeres del mercado fueron a Versalles a traerse a viva fuerza la familia real, la bella Theroigne marchaba a caballo, al frente de ellas, junto al feroz Jourdan, a quien más adelante habían de apellidar Cortacabezas, y galopó sin palidecer al lado del coche del rey viendo siempre a pocos pasos las sangrientas cabezas de algunos guardias de corps puestas a manera de trofeos en las puntas de las picas.

Lambertina, arrastrada por aquel amor que profesaba a la revolución, no se satisfacía con ser uno de los caudillos del ejército de los arrabales, y para dar rienda suelta a su entusiasmo, peroraba algunas veces en los clubs a pesar de su acento extranjero; y cuando no, en las tribunas de la Asamblea o de los Jacobinos, distinguíase por el calor con que aplaudía a los más fogosos oradores.

Algunas veces arengaba en el terrible club de los Franciscanos, que era donde se reunían los más peligrosos elementos de acción, y sus

improvisaciones excitaban un entusiasmo inmenso.

Camilo Desmoulins había hablado en su periódico de Theroigne de Mericourt como oradora, diciendo que sus imágenes eran iguales a las de Píndaro y las de la Biblia y que su patriotismo podía ser comparado con el de la heroína Judit.

Aquella cortesana tenía rasgos conmovedores que la elevaban a gran altura sobre la atmósfera viciosa en que vivía.

Una vez propuso que el palacio de la representación nacional se edificase en el solar de la derruida Bastilla, y como le objetasen poniendo de manifiesto la pobreza de la nación, contestó con una sencillez sublime:

—Despojémonos para fundar y embellecer este edificio, de nuestros brazaletes, de nuestro oro y de nuestros diamantes: yo soy la primera en dar ejemplo.

Y uniendo la acción a la palabra, se arrancó sus joyas y dejó abandonados sobre la tribuna aquellos adornos que representaban un valor de muchos miles de francos.

Con rasgos como éste comprendíase la inmensa popularidad, el loco prestigio de que disponía aquella mujer en los más temibles barrios de París.

Los aristócratas habían tomado primeramente a broma sus aficiones revolucionarias y después de las primeras insurrecciones del pueblo de París, al convencerse de que la elegante cortesana era una temible patriota, la habían hecho objeto de las más crueles burlas.

El escritor realista Souleau publicaba en Las actas de los Apóstoles sangrientas burlas contra la señorita Theroigne y los patriotas de renombre que acudían a sus cenas de confianza; pero en la actualidad, o sea, en 1791, la Hermosa Liejesa comenzaba a ser temida, pues algunos guardias reales que con otros calaveras la insultaron, habían sido apaleados por las gentes del arrabal de San Antonio, y sólo Souleau y algunos otros realistas movidos por el fanatismo político seguían aludiendo a Lambertina con el más procaz lenguaje.

Su última hazaña era famosa en París.

A principios del año anterior, había salido con varios comisionados de los clubs para provocar un alzamiento revolucionario en Lieja, su patria. La traición le salió al paso, los compañeros de Theroigne lograron

salvarse, pero la hermosa cayó en poder de los austríacos, siendo conducida a los calabozos de la fortaleza de Kulstein en Viena, donde permaneció algunos meses.

El emperador Leopoldo, oyendo hablar de su belleza y conociendo las notables respuestas que había formulado en los interrogatorios, sintió deseos de conocerla, y tanto le impresionaron su hermosura y su ingenio, que mandó ponerla en libertad.

Durante los primeros meses de 1791, la pintura de los padecimientos de

Theroigne por la libertad y su cautiverio en la fortaleza austríaca, fueron el tema de todos los discursos en los clubs.

Esta era la mujer a quien iba a ser presentado Guzmán, tímido e impresionable apenas se veía en presencia de una belleza.

El atolondrado Camilo hablaba de Lambertina con una libertad que demostraba la gran confianza que él tenía en aquella casa.

—Yo entro aquí como en mi propio despacho —decía el periodista— pero no vayas a dar a esto una mala interpretación. Lambertina es para mí una buena amiga o más bien dicho un franco camarada. La trato con la misma confianza que si hablara contigo, y muchas veces la considero como un miembro del club de los Franciscanos que tiene el capricho de usar faldas. Esto no significa que Lambertina con su deslumbrante belleza deje de ser temible. Yo he tenido también mi época en que la amaba como un loco, y todas las mañanas, al salir de aquí, la dejaba sobre la almohada un madrigal compuesto en honor de su divina belleza. Esto era lo único que podía yo dar entonces, pues estaba en mi época de miseria, cuando después de cenar en la opípara mesa de Mirabeau, tenía que cerrar la boca hasta la noche siguiente. Me conmovía entonces y todavía me impresiona hoy, el que una mujer que tenía a sus pies los jóvenes más ricos y más apuestos de la corte, me prefiriese a mí, pobre y feo, y que todavía con la mayor delicadeza quisiera prestarme algunas cantidades, que yo nunca quise admitir. Cuando conocí a Lucila y me hice buen muchacho, cesaron mis relaciones íntimas con Theroigne. Ella misma fue la que me obligó a ser virtuoso, dándome nobles consejos para que hiciera feliz a mi mujer y fuese un modelo de esposo. Todo acabó entonces entre nosotros, pero sigo siendo un buen amigo de Lambertina, y tal fama tiene esta de patriota, que mi mujer, ¡cosa extraña!, no se siente molestada porque yo venga a esta casa con frecuencia. De todos

los patriotas que aquí nos reunimos, yo soy tal vez el único a quien guían buenas intenciones. De Brissot, de Chernier, de Sieyes y de otros, no me atreveré a hacer aventuradas suposiciones, pero lo que es de Danton, de ése, estoy por jurar que sigue tratando a Lambertina con la misma intimidad que cuando la conoció recién llegada a París, provocando en él una pasión irresistible. Conozco mucho al buen Jorge Jacobo. Lo más raro es que ama a su esposa de un modo entrañable, pero en su corazón de gigante debe haber mayor cantidad de amor que en los demás mortales, y deseoso de repartirlo, no puede estar al lado de una mujer sin enamorarse de ella inmediatamente. Esa hambre femenina es lo que le perderá. El frío Robespierre le lleva en esto una inmensa ventaja.

Guzmán escuchaba con marcada complacencia estas revelaciones de Desmoulins, que le daban a conocer el carácter íntimo de los hombres ilustres a quienes admiraba; pero cuando el periodista calló, volvió a renacer la inquietud que había acometido su ánimo desde que estaba allí y preguntó con intranquilo acento.

—¿Pero puedo saber por qué me has traído aquí? No adivino qué necesidad tengo de ser presentado a una mujer que turba a los hombres con su belleza y que sólo se rinde a los que como vosotros sois célebres y gozáis el prestigio popular.

—Pues tú figuras entre ésos —contestó Camilo—. Lambertina te encuentra interesante y esto ya es algo tratándose de una mujer como ella.

—¡Interesante! —exclamó Guzmán—. Veo que te burlas, Camilo. ¿Acaso ella me conoce?

—Sí; te conoce y te ha visto rodeado del esplendor de la gloria. Ella me ha hablado esta mañana con verdadero entusiasmo en el café de la terraza de los Fuldenses, del triunfo que anoche tuviste en el club de los Jacobinos. Sin saberlo, fuiste objeto de una curiosidad no exenta de admiración por parte de la mujer más original y hermosa de París. Lambertina me suministró detalles que tal vez refresquen tu memoria. ¿No recuerdas cierto ramillete que cayó a tus pies desde una tribuna de los Jacobinos y que tú recogiste mirando a todos lados con marcada expresión de curiosidad? Pues aquellas flores conservaban aún el calor del escultural pecho de la Hermosa Liejesa. Fue un lindo obsequio, gracioso y poético como lo es siempre el carácter de la antigua aldeana de Mericourt, cuando no trata con aristócratas. Parece muy prendada de ti

y raro será que no se enamore de tu personalidad de mártir como se enamoró del feo Danton la primera vez que lo oyó tronar sobre la tribuna de los Franciscanos. Me ha hablado de ti durante una hora, rogándome que te trajese a su casa esta misma noche, pues ansiaba hablar amigablemente con el joven cuyas desventuras sufridas en la Inquisición de Sevilla le recuerdan las penalidades que ella experimentó en la sombría fortaleza donde la encerraron los austríacos.

Detúvose Camilo y luego añadió con aquella expresión sarcástica que le era habitual:

—Ahora, amigo Guzmán, si es que quieres conservar tu corazón libre y permanecer fiel como un paladín de la Edad Media a aquella señorita que encontraste en el castillo incendiado, es preciso que te abroqueles con una frialdad tan austera como la de San Antonio. Lambertina es más temible cuando está enamorada, que cuando ruge de furor contra los aristócratas. El que una vez cae en sus brazos, no se libra ya de ellos, como Theroigne no le conceda la libertad. Yo nunca he sentido por ella verdadero amor y sin embargo estoy seguro de que jamás me hubiese librado de su dulce esclavitud, a no ser porque ella misma me impulsó a ser virtuoso.

Guzmán estaba pensativo y como impresionado por aquella descripción que su amigo le hacía del carácter de una mujer tan original como terrible.

Sentía miedo antes de conocer a la peligrosa belleza, pero al mismo tiempo no dejaba de producir cierta satisfacción a su amor propio el saber que la hermosa Lambertina, cuyas caricias solicitaban los mayores potentados de Francia, mostraba por él una predilección digna de agradecimiento.

Fluctuaba el joven entre el miedo y la curiosidad. Pensando en Luisa, en aquella joven infortunada y virtuosa cuya presencia le producía tan inocentes y dulces emociones, quería huir y buscaba ya palabras adecuadas para convencer a Camilo de que lo dejara marcharse, pero al mismo tiempo sentíase atraído por la viva curiosidad de conocer aquella mujer extraordinaria, y el lujo que le rodeaba parecía atarle con cadenas de flores, impidiéndole moverse de su sillón de seda.

Los mil perfumes que impregnaban el ambiente del salón, embriagábanle, debilitando su voluntad, amortiguando sus sensaciones y dando un giro extraño a sus ideas.

Las ninfas y los amorcillos pintados en el techo parecían mirarle con tan voluptuosa seducción, que el joven, adivinando un porvenir de desconocidos placeres que hacía hervir su sangre, decidióse a quedarse, a pesar de todas sus preocupaciones de austero filósofo, enemigo del vicio y del lujo. Tenía veinte años, la edad de los repentinos entusiasmos y de las inconsecuencias.

Acababa Guzmán de decidirse a permanecer allí, cuando entró la linda doncella que antes les había introducido en el salón y dijo a Camilo sonriéndole como a persona que goza de gran favor en la casa:

—La señora no quiere que permanezcáis tanto rato aguardándola y os ruega paséis a su gabinete.

Guzmán obedeció esta indicación poniéndose en pie rápidamente, mientras que Camilo se levantaba poco a poco del mullido sofá, refunfuñando contra aquel ruego que le hacía abandonar tan cómoda postura.

XIV.- EL TOCADOR DE THEROIGNE

Entraron los dos amigos en un lindo gabinete, y a pesar de que era tan pequeño que no cabían en él más de una docena de asientos, Guzmán experimentó una sorpresa aún mayor que cuando entró en el salón.

Todo el lujo de la época, pero original y con extraños caprichos que revelaban gran gusto artístico, se hallaba representado en aquella reducida habitación…

Estaba dividida en su parte media por un biombo de regular altura, que en sus hojas de raso blanco, tenía pintadas un sinnúmero de escenas pastoriles alternadas con robos de ninfas que lloraban con desesperación entre los velludos brazos de los sátiros, estremecidos por brutales y lujuriosas convulsiones.

A la otra parte del biombo, había mucha luz, y de vez en cuando sonaban argentinos ruidos semejantes al choque de finos cristales o a la vibración de objetos de plata al ser dejados sobre el mármol.

El joven español, al entrar en aquel gabinete y no oír tras el biombo voz alguna que le invitase a pasar adelante, detúvose confuso y en su aturdimiento sólo se atrevió a lanzar una curiosa mirada a la mitad del gabinete donde él estaba, o sea, al espacio comprendido entre la puerta y el biombo.

Era aquello un verdadero tocador de dama griega; el cuarto de una de aquellas cortesanas de Atenas, que deslumbraban con su belleza y sabiduría a los primeros hombres del Estado, y desde su lecho dirigía la marcha de los negocios públicos.

Las paredes, contra la moda de la época, no estaban cubiertas con costosas telas ni ostentaban tapices de artístico plegado. Un vistoso zócalo de porcelana, de brillantes colores, elevábase hasta la altura de las espaldas de los visitantes; más arriba los muros, bruñidos por las manos

de hábiles estucadores, estaban cubiertos por grandes espejos con marcos de labrada plata, y en los espacios que entre ellos quedaban libres, aparecían pinturas al fresco que representaban escenas mitológicas, ofreciendo a la vista una verdadera orgía de los diferentes tonos de color rosa que pueden encontrarse en la carne femenil.

El mueblaje de aquella parte del gabinete era sencillo comparado con el del inmediato salón. Algunas sillas de tijera, de forma romana, con doradas cariátides en el extremo de sus brazos y teniendo por asientos bordados almohadones con largos rapacejos, era lo que constituía todo el mueblaje. Junto al biombo abríase el suelo de menudo mosaico, para dejar espacio a una gran pila de mármol rosa, que tenía en su parte media y junto a la pared, un gran busto de metal dorado a fuego, que representaba a Venus, y por cuyos pechos, armoniosamente redondos, erguidos e incitantes, escapábanse dos chorros de agua perfumada que caían al fondo de la pila produciendo un ritmo monótono y arrullador. En un ángulo de aquella parte del gabinete y pendiente de una dorada escarpia, veíase un traje de mujer, únicas ropas que se hallaban en aquella estancia. Guzmán, a la primera ojeada reconoció el traje de campaña de Theroigne, aquella amazona de larga cola que era ya legendaria y que por el color carmesí de su terciopelo era comparada con la sangre; y junto con ella, el sombrero a lo Enrique IV con su larga y rizada pluma, el sable corvo y de ancha hoja, regalado por el pueblo sobre las ruinas de la Bastilla, las pistolas y el látigo de oro hueco, dentro del cual decían algunos que la bella Lambertina guardaba sales olorosas para reponerse en caso de que el miedo le produjera un desmayo entre las agitaciones de una revolución, mientras otros más maliciosos afirmaban que contenía el recipiente extraño agradables perfumes para preservar su fino olfato del mal olor de aquellas masas harapientas que capitaneaba en los días de motín.

Solo unos breves instantes bastaron a Guzmán para examinar aquella parte del gabinete e inmediatamente sus ojos se clavaron con insistencia en el biombo, tras el cual adivinaba la presencia de una mujer extraordinaria, que antes de ser conocida le subyugaba ya por completo.

El joven español contemplaba aquel tabique de fino raso como si pretendiera atravesar con sus ojos el sedoso tejido, y siguiendo con la mirada de abajo arriba, acabó por fijarse en el techo, cuya vista le arrancó una exclamación de sorpresa y entusiasmo.

Hasta entonces no había visto que el techo del gabinete estaba formado por cuatro magníficas lunas de Venecia, que reflejaban todo cuanto se hallaba abajo.

Los dos espejos colocados sobre la parte del gabinete que ocupaba Guzmán no reflejaban más que la indecisa penumbra formada por la débil luz de una lámpara griega que ardía cerca del baño, pero el techo de la otra mitad del gabinete oculta por el biombo, brillaba repitiendo las movedizas y rojas lenguas de dos pirámides de bujías escalonadas en artísticos candelabros de plata.

Guzmán quedose estático contemplando aquel espejo que reflejaba los objetos invertidos y no pudo reprimir una exclamación de asombro a la vista de una aparición que entre un nimbo de viva luz se mostraba en el techo como prodigiosa funámbula con la cabeza hacia abajo, agitando un bosque de apretados y negros rizos que caían sobre sus hombros de nieve.

Guzmán solo veía las espaldas de aquella mujer, nacaradas, tersas y con graciosos hoyuelos, en los que la blancura tomaba un tinte rosado, y por dos veces la vio elevar sus brazos, robustos, deslumbrantes y que con una asombrosa finura de líneas partían de una mano pequeña y delicada para ir engrosando en armónica proporción hasta convertirse más arriba del codo en hermosas columnas tan artísticas como las de pentélico mármol en los templos atenienses.

Tan grande fue la sorpresa del joven, tantas emociones experimentó en un breve instante, que le pareció que había ya transcurrido más de una hora, cuando sólo hacía algunos momentos que se encontraba en el gabinete, anticipándose a su amigo Camilo que le seguía con tardo paso, molestado porque hubiesen ido a turbarle en su pereza.

De pronto, sintió que una mano se posaba sobre su espalda, al mismo tiempo que oía la voz de Camilo.

—¿Pero qué haces ahí? —le preguntó el periodista—. ¿Es que la bella Lambertina no nos da permiso para entrar?

—¡Pasad! ¡Pasad! No sabía que estabais ahí.

Guzmán se estremeció al oír aquella voz sonora y pastosa como la de una contralto, y empujado por Camilo, atravesó el espacio que quedaba libre entre el biombo y la pared.

Aquella mitad misteriosa del gabinete mostrose por fin a sus ojos. El

decorado de sus paredes era el mismo. En último término se veía una hermosa cama de dorada madera, con colgaduras de deslumbrante encaje, que caían como cascadas de rizada nieve desde una gran flecha de oro que las sostenía en el techo. Esta cama de princesa caprichosa estaba apoyada sobre cuatro amorcillos; pero Guzmán, desde el sitio donde se hallaba solo veía dos a través de los blancos cortinajes, que por su diafanidad parecían tejidos con las neblinas de un lago.

Una de aquellas figuras apuntaba su flecha pronta a salir del arco y la otra llevábase un dedo a los gordinflones labios, como imponiendo silencio para que nadie turbara el sueño de la diosa que allí dormía.

Un poco más cerca de la entrada, estaba el tocador con su mármol rosa, cubierto por un verdadero ejército de frasquitos de todos colores y formas, mezclados con objetos de plata, de nácar y de concha, cuyo uso era un misterio para Guzmán, poco versado en materias de embellecimiento femenil.

Todo aquel lujo, extravagante a fuerza de ser costoso y soberbio, sólo atrajo una ligera mirada de Guzmán, pues éste se sentía más interesado y atraído por la deidad que habitaba aquel gabinete, en todo semejante a la misteriosa estancia de un cuento de hadas.

La famosa Theroigne de Mericourt, la Bella Liejesa, aquella Lambertina que trastornaba a los ricos hacendistas de Francia inspirándoles la locura de venir a arrojar los millones sobre su regazo, estaba allí, a pocos pasos de él, mostrándose sonriente sin dejar de ser altiva y como complacida por el efecto anonadador que su belleza causaba en un joven de aspecto austero y virtuoso.

Guzmán la miraba con codicia al par que con cierta religiosa admiración.

Por primera vez veía una mujer tan hermosa mostrándose con un descuido adorable.

Era verdadera Venus, no como las que imaginaron los soñadores artistas de la Grecia, envueltas en cierto ambiente de impalpable divinidad, sino como las pintaba Rubens en sus cuadros de calientes tintas, hermosas con belleza incitante y anonadadoras, sólidas, carnales, hermanando la exuberancia de la forma con la armonía de la línea y mostrando confundidas en su cuerpo todos los toques de luz, todas las gradaciones de suave color y todas las tersuras de finura estremecedora

que pueden encontrarse en el interminable estudio de la forma humana.

No era una joven atractiva por la virginidad de sus gracias, encerradas en un cuerpo delicado como el botón de una flor; era una mujer ya formada, que no esperaba ninguna evolución embellecedora y que se veía en todo el apogeo de una hermosura radiante.

Su belleza no recordaba la del apretado capullo que se entreabre al recibir el húmedo beso de la aurora, pues era semejante, con todo su estallido de colores y de perfumes, a la rosa que ha llegado ya al supremo grado de hermosura, que sabe que tras tanta grandeza no le queda más que la angostura de sus galas y después la muerte, y que ansiosa de mostrarse en todo su esplendor y de llenar el espacio con su oloroso ambiente, muévese con lascivia sobre su tallo, y se muestra más bella cuando cae la tarde y en el cielo revuélvese un mundo de colores semejante a los que brillan en sus cien hojas.

Lambertina recordaba más a las seductoras matronas de la antigüedad, que sentadas como diosas en sus sillas de marfil, rendían a sus pies a los más fieros soldados con una mirada de sus ojos negros y profundos, que a las canéforas griegas, que esbeltas, de juventud todavía reprimida por la castidad y con la pintada ánfora sobre su cabeza, marchaban a la fuente mostrando un rostro de purísimas líneas, y ocultando pudorosamente bajo la túnica de flotantes pliegues el cuerpo fresco y sonrosado como lo es siempre la juventud, pero sin esas seductoras curvas que el amor y la pasión hacen surgir del seno de las mismas líneas rígidas y escuetas que son el patrimonio de la castidad.

Theroigne era una cabeza de Juno, radiante y altiva, puesta sobre un cuerpo de Venus flamenca.

Abajo rosadas carnosidades, hoyuelos dorados e incitantes tersuras que reflejaban la luz; arriba la cabeza soberana, majestuosa, casi olímpica, coronada por un bosque de negros rizos que caían en amplios anillos sobre sus desnudas espaldas, como serpientes de azabache; la frente reducida, tersa y serena como una graciosa estrofa, cobijando bajo sus cejas dos ojos negros que no podían mirarse sin sentir turbación; una nariz semejante a la de las estatuas clásicas, y una boca más bien grande que pequeña, con labios entreabiertos, cuyo rojo contrastaba con el húmedo marfil que a ellos asomaba; y uniendo la cabeza y el cuerpo tesoros inagotables de preciosidades, un cuello erguido, de soberana robustez, agitado algunas veces en su blanca superficie por movimientos

nerviosos como un fragmento de mármol que sintiera circular la vida, y surcado en la parte de la garganta por dos graciosas rayuelas que son como el divino collar que Venus concede a la hermosura suprema.

Guzmán abarcó tanta belleza con una sola mirada de sus deslumbrados ojos y en su admiración llegó a encontrar pálidos y fríos cuantos elogios había oído de la belleza de Lambertina.

Este rápido examen fue sintético en extremo, pues el joven no llegó a fijarse en ninguna de las preciosidades particulares de aquella beldad, ni contempló por separado ninguna de sus gracias.

La encontraba hermosa, excitante y avasalladora al primer golpe de vista, y seguía contemplándola sin que sus ojos pudieran separarse del brillo mate que producía la luz al quebrarse sobre la sedosa piel.

La bella Lambertina saludó a los dos hombres con una sonrisa que a Guzmán le pareció luminosa, y los hizo sentar cerca de ella a ambos lados del tocador, cuyo espejo, surgiendo bajo un dosel de raso azul y sostenido por dos sátiros de plata valía un tesoro.

—Podéis estar aquí sin ceremonia alguna —dijo Lambertina con su hermosa voz de contralto—. Yo sólo soy mujer para esos imbéciles aristócratas que vienen aquí a derramar a manos llenas sus tesoros, pagando con millones el desprecio que les profeso, pero para los buenos patriotas que vienen a visitarme, quiero ser un franco compañero y los recibo como a hermanos de armas. Sentaos, Guzmán, esta casa es vuestra. Creed que anheló él ser considerada por vos como una buena amiga.

Y la bella Lambertina, sin dejar de mirarse en el espejo, avanzó un deslumbrante brazo y buscó a tientas la diestra de Guzmán, quien aturdido todavía por la primera impresión que le produjo tanta belleza, se dejó estrechar la mano sin contestar ni dar otras muestras de vida que el estremecimiento producido por el contacto de un cutis tan delicado.

El joven español, sentado junto a Theroigne, rozando con sus rodillas las ropas de aquélla y aspirando los perfumes que exhalaba su cuerpo, volvía a sentir la embriaguez que había experimentado en el salón y parecíale que aquella carne sedosa, caliente y firme, exhalaba un olor especial, un efluvio tan poderoso que le agitaba a él con estremecimientos que corrían desde la punta de sus pies a la raíz de sus cabellos.

Por primera vez se fijó Guzmán detenidamente en la contemplación detallada de la hermosura y las galas de Lambertina, y entonces vio su extraño traje.

Iba vestida de griega. Una sencilla túnica de lino blanco, fino como una tela de hadas, bajaba hasta sus pies y se sostenía sobre el hombro izquierdo con un gran broche de oro, dejando al descubierto los brazos, la garganta y una parte de su pecho.

Guzmán, mirando al suelo, veía junto a las doradas columnas del tocador los pies de la beldad, desnudos y cubiertos con ricas sandalias; y más que los gruesos brillantes que centelleaban en el calzado, atraían su atención los dedos rosados y pequeños, cual los de una niña, y sin la más leve de esas deformidades que el calzado moderno produce en las extremidades femeniles.

Eran unos pies de diosa; pies cuidados con esmero para que los amantes pudiesen depositar en ellos sus besos de adoración.

Lambertina, que por ser artista en extremo no quería confiar su tocado a las manos de las doncellas, seguía muy ocupada en su peinado griego, y con los ojos fijos en el espejo procuraba colocarse acertadamente sobre los enroscados cabellos un pesado aro de oro mate.

Levantaba su brazos con libertad, como olvidando que eran dos hombres los que la miraban, y cada vez que su codo derecho venía a elevarse a la altura de la cabeza, Guzmán estremecíase al ver surgir en la deslumbrante blancura el bosquecillo de vello que se ocultaba debajo del brazo y al distinguirlo al través del entreabierto lino, un pecho prominente y agitado por la respiración, le hacía pensar en una taza antigua de finísimo alabastro moteada en su vértice por un pétalo de rosa.

Lambertina permanecía en silencio, pues la preocupaba su peinado y sólo de vez en cuando salía de su abstracción para dirigir a Guzmán amables sonrisas.

Camilo parecía estar olvidado, pero el periodista no se inquietaba por tal indiferencia y entreteníase jugueteando con los frascos de mil colores que estaban en el tocador, lo que les ponía en grave peligro, pues Desmoulins, como todos los hombres distraídos y atolondrados, tenía la mano torpe y no podía tocar nada sin romperlo.

Acababa Theroigne de ajustarse su diadema de oro y lanzar una mirada satisfecha a su peinado, cuando ya había vuelto su asiento de

marfil y dando la espalda a Camilo, dirigíase con expresión amable al joven español:

—Os vi anoche en los Jacobinos —le dijo con voz cariñosa— y os creí un semidiós al contemplaros modesto y sencillo, recibiendo la ovación que tan justamente os tributaba el pueblo. Me recordabais a aquellos jóvenes de la Grecia, bravos como leones y modestos como palomas, que luchaban cual gigantes en la arena de los Juegos Olímpicos y después recibían su corona de laurel con la expresión ruborosa del muchacho a quien dan un premio en la escuela. Me impresionasteis; os lo juro, e igual que a mí les ocurrió a todas las mujeres que estaban en las tribunas. Esto tiene su explicación, porque a más de ser un buen patriota, sois muy guapo, ciudadano Guzmán.

La hermosa dijo estas palabras con naturalidad y con aquel acento belga que le hacía pronunciar el francés de un modo extravagante y gracioso; pero el joven se ruborizó hasta las orejas ante aquella galantería, que sólo había oído cuando niño y de labios de su abuela.

—Yo apenas os vi —continuó Lambertina— me sentí atraída hacia vos por una irresistible simpatía. Deseé conoceros. Vuestro encierro en los calabozos de la Inquisición de Sevilla me recordaba mi prisión en la fortaleza austríaca, y al veros tan joven y ya mártir de la más gloriosa de las ideas, me emocioné hasta el punto de llorar y de arrojaros aquel ramillete, en el que hubiera querido envolver mi alma.

Y la hermosa Lambertina al hablar así miraba con una expresión de cariño casi maternal al aturdido joven, y apoderándose de sus finas manos, las estrechaba comunicándolas el suave calor que exhalaba su divino cuerpo.

Aquellas palabras, de una franqueza sin límites, unidas a la libertad que Theroigne demostraba en sus acciones, vinieron a aumentar la turbación de Guzmán, y la joven debió leer en su frente los pensamientos que le agitaban, por cuanto le preguntó sonriendo con tristeza:

—En París deben haberos hablado mucho de mí. Vamos a ver, contestadme con franqueza: ¿Qué concepto habéis formado de mi persona?

Guzmán detúvose durante algunos minutos como indeciso, y al fin balbuceó:

—Señora: os tengo por una gran patriota. Todo el mundo habla de

vuestro entusiasmo por la libertad y la regeneración del pueblo.

—Bien veo que no sois franco —repuso Lambertina con su misma sonrisa amarga—. Habláis de mi patriotismo, pero os cuidáis muy bien de no decir que la bella Theroigne de Mericourt es una prostituta famosa, una mujer cualquiera, que cae en brazos del primero que se presenta, con tal de que le traiga oro. Así me cree el mundo y… así soy en realidad; ¿por qué me he de sublevar contra mi destino? Debo reconocer quién soy, debo acatar esa infamia que rodea mi nombre, pero si es que existe un Dios protector de los débiles y enemigo de los soberbios, bien sabrá él que la infeliz Lambertina, la aldeana de Mericourt, no es la más culpable de la degradación en que hoy vive. Algún día arrojaré ya la máscara sonriente con que hoy me presento a esos favoritos de la fortuna que vienen aquí a revolcarse en el cieno de la prostitución; algún día levantaremos nuestras frentes todas las mujeres deshonradas que existen en Francia, todos los hombres sin pan, todos los siervos embrutecidos que han sudado sobre el terruño para alimentar los vicios de los poderosos: un velo de sangre enturbiará nuestra vista; la compasión huirá para siempre de nuestro pecho, y entonces… ¡que tiemblen los aristócratas!, ¡que tiemble esa tribu privilegiada de la que provienen todos los males del infeliz pueblo!

Y la Bella Liejesa, al hablar así, habíase excitado hasta el punto de ponerse en pie, y poseída por un fiero entusiasmo, hablaba con el brazo extendido majestuosamente, los ojos centelleantes, la nariz dilatada y los labios contraídos y trémulos por la rabia.

Su belleza serena y olímpica, había desaparecido, quedando en su lugar la expresión inspirada, sublime y terrorífica de la Pitonisa, vaticinando desgracias.

Ya no era Venus con los rojos labios entreabiertos ofreciendo amor; era la sacerdotisa de la venganza; era la Casandra de la revolución, que mirando al porvenir y adivinando próximas hecatombes, profetizaba la destrucción por el hierro y el fuego, de la Troya monárquica.

Calló Theroigne durante algunos instantes, y repentinamente, como si la asaltara una penosa idea, volvióse hacia Camilo Desmoulins, diciendo con acento trémulo por el furor:

—Tengo muchas afrentas que vengar en esa turba aristócrata, que no contenta con haber sido la causa de mi deshonra, todavía me agobia con sus sarcasmos y sus risotadas. Comprendo el insulto cuando viene de mis

enemigos y sé despreciarlo; pero la burla, las agudezas satíricas, me ponen fuera de mí y me hacen sentir vehementes deseos de matar. ¿Has leído el último número de Las actas de los Apóstoles?

Camilo hizo un gesto negativo, indicando con un encogimiento de hombros lo poco que le interesaban las burlas de los realistas.

—¡Es infame! —rugió Lambertina como una leona furiosa—. ¡Es indecente cuanto se escribe en ese periódico! No conozco a Souleau, ese escritor realista, pero que procure no lo encuentre algún día a mi paso, pues me acordaré de que tengo un sable que cuando la toma de la Bastilla abrió más de una cabeza. Debe ser muy gracioso el tal señor. Cuando no sabe qué agudezas poner en su periódico, echa mano de la señorita Theroigne y se inventa una historia estúpida y burlesca, de la cual soy siempre la protagonista, para hacer reír a todos los pisaverdes aristócratas que leen el papelucho realista en la tertulia de esas marquesas, al lado de las cuales soy yo una virtud incorruptible. En el último número ha tenido la agudeza de fingir que yo estaba embarazada, que paría en una tribuna de la Asamblea y que cayendo el niño sobre la mesa presidencial, los diputados de la izquierda disputábanse la paternidad, creyéndose con derecho, por haber todos dormido en mi cama. El cuento es estúpido y hace poco honor a la inventiva de ese señor Souleau; pero debe haber provocado muchas risas en los salones de las Tullerías y en los del Faubourg San Germán. No se publica número en que esos canallas dorados no dediquen las más infames bromas a la señorita Theroigne, sin pensar que uno de ellos, un hombre que pertenecía a su raza y a su clase, fue el que me arrojó en el vicio, haciendo que mis padres me maldijeran y mis parientes me despreciaran. ¿No indigna esa conducta? ¿No enloquece de furor tanta infamia? La gente se ríe ahora de los chistes de Souleau y sus admiradores aristócratas, mañana cuando llegue el momento de la explosión popular, se extrañarán de que la Bella Liejesa beba con placer sangre de nobles y se coma el corazón de ese periodista que sólo sabe producir indecentes sarcasmos.

Quedose pensativa Lambertina, mientras que Guzmán contemplaba con atención a aquella extraordinaria mujer, y Camilo sonreía complacido por el furor que demostraba Theroigne.

—Así me gusta verte —dijo el periodista—. Me complace que hagas acopio de furor contra esos escritores reaccionarios que no te dejan en paz. Pero imítame a mí que nunca demuestro en público la menor

alteración por las bromas sin gracia que Souleau y los suyos se permiten conmigo. ¿No se han burlado de mí porque al hablar de tu entrada en los Franciscanos te comparaba a la reina de Saba cuando iba en busca de Salomón? Pero yo he contestado a sus burlas con otras más mordaces y terribles: en vez de dirigirme a ellos, he disparado mi sátira contra su rey, y no por esto olvido sus injurias, pues aunque me muestro ahora tranquilo e indiferente, algún día las recordaré todas para hacérselas pagar en junto. Lo que muchas veces pienso, amable Theroigne, es que debes sufrir grandemente hablando con los aristócratas que te visitan

Y un movimiento de cabeza y dijo después con

Lambertina afirmó con desaliento:

—Es la tortura mayor que sufro. Cada vez que he de escuchar las palabras amorosas de uno de esos seres privilegiados, tan débiles de cuerpo como corrompidos de alma, siento violentas náuseas al par que impulsos de furor, y he de hacer grandes esfuerzos para contenerme; pero me es preciso sufrir tal martirio. Yo, podría vivir pobre y libre como una mujer del pueblo; este lujo que me rodea, en vez de agradarme me repugna; pero la causa del pueblo para poder triunfar necesita dinero, y yo puedo proporcionar mi parte siguiendo en esta vida de depravación que me avergüenza. He de fingir mucho, he de engañar a los que me rodean mostrando siempre una alegre sonrisa, y son muy pocos los que saben que tras esta expresión de alegría impresa en mi rostro, se oculta el violento pesar que me produce mi degradación. Yo daría diez años de mi vida por volver a ser la sencilla y virtuosa aldeanita de Mericourt, y cada vez que en los clubs o en las reuniones de los arrabales me codeo con esas mujeres hambrientas, honradas y que huelen a miseria, no puedo evitar un sentimiento de envidia y hasta las trato reconociendo en ellas cierta superioridad.

Theroigne quedó en silencio durante algunos instantes como anonadada por el convencimiento de la degradación en que vivía, y dijo después dirigiéndose a Guzmán:

—Indudablemente os habrá llamado la atención la suntuosidad y el lujo que me rodea. A todos les sucede lo mismo cuando vienen por primera vez aquí, y no hay nadie a quien deje de llamar la atención la discordancia que existe entre mis palabras y aspiraciones, que son democráticas, y esta opulencia con que revisto mi vida. Aparezco a los ojos de la generalidad como una mujer vulgar, amante del lujo y que,

olvidando mi antiguo origen, quiero vivir como una princesa, y, sin embargo, nada más lejos de la verdad. Esta riqueza que me rodea no me la he proporcionado yo, sino mis opulentos amantes. Cuatro viejos aristócratas han ido regalándome todos esos prodigios de arte y de voluptuosidad que veis en esta casa, y si yo conservo tanto lujo, es porque para los imbéciles que me desean cuesto más cara aquí que en una modesta habitación. De este modo puedo adquirir más dinero para derramarlo inmediatamente en las tabernas de los arrabales, en los cafés patrióticos, en las tribunas de los clubs, allí donde se agrupa y se concentra el ejército de la revolución. Creedme, joven. Viviré así, mientras haya imbéciles a quienes guste, rodeada de lujo y que vengan a entregarme su oro sin adivinar que éste se convierte en hierro que ha de rasgar sus pechos; pero el día que se agote para mí la mina de la estupidez viciosa y aristocrática, entonces no vacilaré un instante en vender todas estas riquezas y en prostituir mi cuerpo en medio de la calle para proporcionar más dinero al pueblo y acelerar el día de la venganza.

Y Lambertina, al manifestar con estas palabras el extraño sacrificio que hacía en aras de la revolución, mostraba cierta sublimidad en su gesto resuelto, impresionando a Guzmán, que cada vez encontraba más extraordinaria a aquella mujer.

Desmoulins debía estar muy acostumbrado a las originalidades y a los entusiasmos de la célebre cortesana, pues no parecía impresionarse por aquellas afirmaciones de carácter tan extraño y seguía jugueteando con los objetos del tocador, mostrando cierta impaciencia nerviosa.

—Pero Theroigne —dijo por fin el periodista—. En tu casa se come siempre tarde y yo tengo verdadera hambre. ¿Cuándo vamos a la mesa?

—Ahora mismo. Pero tal vez no habrán venido los otros convidados.

—¿Son muchos? ¿Quiénes son?

—Todos los conoces tú. Vendrán los de costumbre, y además Danton me ha prometido acompañarnos esta noche trayendo con él a Brissot, ese grande hombre sencillo y melancólico, al que miro siempre con respetuosa simpatía. Y a propósito, Camilo; aprovecho la ocasión para consultarte. ¿Qué opinión tienes tú de Brissot?

—Le creo un hombre de asombrosa inteligencia y de grandes conocimientos. Ya sabes que yo no soy muy modesto y que me tengo por gran erudito; pues bien, con el único que no entablaría una discusión

literaria es con Brissot. Resulta asombroso el caudal de sus conocimientos y parece imposible que en su vida haya tenido tiempo para leer tanto. Cuando hojeo su periódico El Patriota Francés, me parece tener en las manos un tratado de derecho político puesto al alcance de todas las inteligencias.

La bella Lambertina oía con deleite aquellos elogios, pero debieron parecerle demasiado parcos, por cuanto se apresuró a añadir con fogosa y entusiasta expresión:

—Hay en ese hombre algo sobrenatural que impresiona y conmueve. A mí Danton, cuando habla, me impone y me hace temblar, pero cuando Brissot explica sus ideas, siento inundada mi alma por un goce inefable y casi divino. Contemplando su rostro dulce, tranquilo y melancólico, pienso en la sublime mansedumbre evangélica y no puedo menos de comparar a Brissot con el filántropo Jesús.

El escéptico Camilo acogió estas palabras con una ruidosa carcajada.

—¡Famosa comparación! —exclamó con aquella tartamudez que le acometía en ciertos instantes—. Para no disgustarte acepto que Brissot sea comparable al filósofo judío; pero hay que convenir también en que tu Jesús ha tenido en los principios de su carrera literaria una conducta poco ejemplar.

Theroigne, que en uno de los caprichos de su movediza admiración se mostraba entusiasta de Brissot, acogió las burlas de Camilo con un gesto de tristeza.

—Es verdad cuanto dices, Desmoulins, pero no me gusta que para rebajar el mérito de un compañero vuestro, estéis todos recordando a cada momento los principios de su carrera. Yo sé también lo que fue Brissot a los veinte años. Vivía en Londres en la mayor miseria, tenía que mantener a la joven que había unido su suerte a la de un escritor pobre y aventurero, estaba cegado por la inexperiencia de la edad, y en tales circunstancias no fue extraño que se juntase con el canallesco Morande y otros folletistas despreciables, que se ganaban la vida escribiendo líbelos difamatorios contra aquellos personajes que no se decidían a comprar sus plumas con algunos miles de francos. Brissot se deshonró ejerciendo este género literario que oculta una estafa, pero su degradación fue sólo momentánea, pues al poco tiempo abandonó a su genio malo, que era Morande, y volvió a Francia para vivir en la miseria más digna y más virtuosa que he conocido. Tú, Camilo, puedes ser incorruptible y fiel a la

causa del pueblo, sin que esto constituya un gran mérito, porque eres rico desde que te casaste con Lucila; pero es sublime la conducta de Brissot, a quien la corte compraría de muy buena gana, y que sin embargo, vive fuera de París en un destartalado granero por no poder pagar una buhardilla dentro de la ciudad, y come cuando la santa mujer que comparte la vida con él alcanza unos cuantos francos planchando las camisas que quieren darle.

Camilo, silencioso, parecía anonadado por las palabras de Lambertina y como arrepentido de su ligereza al tratar de Brissot.

—Y no hay que hablar de la dignidad con que sobrelleva su miseria —añadió Lambertina—. No es altivo ni orgulloso, pero tiene empeño en no hacer como otros que pregonan su pobreza, y por esto rehúsa cuantos auxilios se le conceden gratuitamente, dando a su negativa una modestia y una sencillez que aún le hacen más simpático. En varias ocasiones he intentado inútilmente hacerle tomar algún dinero; sé que en su casa pasa semanas enteras comiendo pan y queso cuando lo tiene, y sin embargo, para hacerle sentar a mi mesa, que es de las mejores de París, necesito enviar en su busca a algún amigo que lo trae aquí casi a viva fuerza. Cuando lo veo tan pulcro, tan dulce y resignado con su suerte, conociendo como conozco su inmenso talento y la miseria en que vive, siento deseos de llorar y de arrojarme a sus pies para adorarle como un ser superior. Él me conoce bien, sabe cuál es el estado de mi alma y tengo la seguridad de que compadece mi infortunio. Lo único que encuentro en él de censurable es que no quiere aceptar mi generoso auxilio; pero ya que el marido se niega a aceptar mi dinero, yo doy a planchar la ropa blanca a su mujer, que también me produce hartos disgustos no accediendo a recibir más que el justo precio de su trabajo.

Guzmán escuchaba con tanto asombro como emoción estas palabras que retrataban a Brissot y ardía en deseos de conocer a aquel escritor, cuyo periódico había sido también una de sus lecturas favoritas.

Camilo, deseoso de deshacer el efecto de las palabras de Theroigne, que habían sido para él como una censura, se apresuró a preguntar con expresión burlona:

—¿Y Romme? ¿El célebre Gilberto Romme no figurará en el banquete? A mí me es imposible concebir una cena en casa de la bella Theroigne sin la presencia de ese cuáquero mal vestido que está siempre a tu lado, causándome el efecto de un escarabajo sobre una rosa.

—No te burles, Camilo. Ya sabes que el pobre Romme es mi hombre de confianza; una especie de secretario y de amigo fiel hasta la muerte, que me presta muy buenos servicios. Vosotros le tenéis por un metafísico obscuro, por un alquimista político, por un pensador extravagante, pero aunque algo hay de cierto en tal opinión, esto no impide que yo le considere casi como un padre y que tenga en mi viejo amigo la más absoluta confianza. Sé bien que esto da lugar a los más desvergonzados comentarios. El otro día un patriota de los arrabales me preguntaba con la mayor seriedad si era cierto lo que decían los realistas de que yo estaba embarazada por causa de Romme. Ya ves que la pregunta no puede ser más graciosa.

Y la misma Lambertina lanzó una sonora carcajada ante aquella idea que le resultaba extravagante, uniéndose a su risa la de Camilo, que aprovechaba todas las ocasiones para mostrarse alegre.

Un ruido de pasos turbó aquella explosión de hilaridad.

Theroigne fijó su atención, y conociendo inmediatamente al que se acercaba, gritó:

—Pasad, Romme; pasad sin cuidado. Estoy entre amigos.

Y por el espacio que quedaba libre entre el biombo y la pared, entró Gilberto Romme; un hombrecillo gordinflón, con la cara granujienta, los ojuelos llorosos y una cabellera gris y amarillenta, peinado con un descuido que le daba cierto aspecto grotesco. Iba todo él de paño negro, pero tan ajado y polvoriento, que tenía cierto reflejo rojizo, y sus pantorrillas enfundábanse en unas medias recosidas y moteadas de barro, que iban a perderse en unos zapatos sin lustre y demasiado grandes para sus pies.

Hablaba siempre con la tabaquera en la mano o jugueteando con los dijes de su reloj, como un abate del reinado anterior, y sus palabras, dichas con voz chillona y expresión petulante, iban acompañadas de gestos místicos y ojeadas al cielo, que daban a su rostro una expresión extravagante. Aquel personaje raro estaba destinado a morir con tan sublime serenidad como un héroe de Esparta.

Camilo le acogió con una burlesca sonrisa y Guzmán vio en él un personaje grotesco, un cuáquero desaseado y loco, que parecía profesar a Theroigne un cariño paternal y que en aquella casa desempeñaba las funciones de intendente y factótum, como hombre en quien tenía la

dueña absoluta confianza.

—¿Qué ocurre, querido Romme? —preguntó Lambertina.

—Hija mía, en el salón te aguardan impacientes todos los convidados. Es tarde ya y sólo se espera tus órdenes para servir la mesa.

—¿Ha venido Brissot?

—Ahora mismo acaba de llegar con Danton. Por cierto que éste jura como un condenado a causa de ciertos disgustos que ha tenido no sé con quién y que le está relatando a Brissot.

La bella Theroigne echó una última mirada al espejo, arregló algunos bucles de su griego peinado alrededor de la deslumbrante diadema y después de sonreír satisfecha, dijo a Desmoulins:

—Haremos como en las ceremonias de la corte; siempre da cierto buen tono el imitar a los aristócratas. Tú y Romme marchad delante, y en cuanto al señor Guzmán, tendrá la galantería de ofrecerme su brazo.

El periodista llevóse al cuáquero golpeándole amigablemente en las espaldas y dirigiéndole bromas acerca de su austera virtud. Mientras tanto, la bella Theroigne recogióse la cola de su túnica griega y apoyóse en un brazo de Guzmán, haciéndole sentir el suave calor, la sedosa tersura y la voluptuosa pesadez de su cuerpo escultural.

Los dos jóvenes atravesaron lentamente el gabinete.

Guzmán se sentía tan impresionado, como cuando entró allí, por aquel ambiente de lujo y de hermosura.

La Bella Liejesa le miraba con aquellos ojos, cuyo brillo era imposible resistir, y le envolvía al mismo tiempo en su sonrisa amable y protectora, que tenía algo de lastimera, sin duda por la perturbación que causaba en Guzmán el verse solo y en contacto con una mujer tan hermosa.

Temblaba aquel brazo viril y nervudo en que se apoyaba Theroigne, y cuando ya estaban en la puerta del gabinete y Guzmán con mano convulsa empujaba el bordado cortinaje, la bella Theroigne, sin abandonar su sonrisa y casi apoyando su cabeza en el hombro del rígido joven, le preguntó con expresión mimosa propia de una niña:

—Francamente, amigo Guzmán: ¿cómo me encontráis?, ¿qué impresión os ha causado el conocerme?

XV.- LA CENA DE LOS PATRIOTAS

El comedor de casa Theroigne presentaba un magnífico golpe de vista.

Sobre el blanco y adamascado mantel, destacábanse en correcta fila los brillantes cubiertos de plata, los rubios panecillos y las finas servilletas de caprichosa plegadura, junto a los platos de floreada porcelana con canto dorado, que formaban pequeñas pilas.

Las rizadas bujías, agrupadas a docenas en la cúspide de cincelados y deslumbrantes candelabros, dejaban caer su lluvia luminosa sobre la mesa, haciendo centellear las aristas de las copas de rico cristal y dando tonos irisados a los generosos vinos encerrados en talladas botellas de artística forma:

Grandes manojos de flores ostentábanse sobre búcaros de China en el centro de la mesa y en los grandes jarrones que ocupaban los ángulos de la habitación, y el perfume grato y punzante de aquellos ramos colosales, uníase al fino y oloroso vaho que exhalaban las suculentas viandas puestas en ricas fuentes de plata, que por su pesadez y rica labor artística, demostraban proceder de alguna opulenta casa del siglo anterior.

Todo era soberbio, magnífico y pesado, en aquella habitación dedicada a los deleites gastronómicos.

Notábase en todos los ricos objetos que la adornaban, la procedencia aristocrática, y no era extraño encontrar en el fondo de una fuente cincelada en los tiempos del Renacimiento, el escudo de armas de algún noble vicioso, que para satisfacer los caprichos de una querida esquiva y malhumorada, se había desprendido de antiguos recuerdos de su familia.

La suntuosidad de aquel comedor hacía pensar en una habitación adornada con despojos de todos los hombres de elevada alcurnia que habían solicitado el amor de la Bella Liejesa a cambio de su fortuna; pero

la procedencia poco legítima de tan ricos adornos, no impedía que la mesa presentase un golpe de vista deslumbrador.

Sobre los ricos aparadores de ébano, ostentábanse en fila nuevas baterías de frascos y de platos, y en el suelo, entre las dos ventanas de la habitación, veíase una gran vasija de plata, sostenida por cuatro genios alados y llena de pedazos de hielo, dentro de la cual estaban a refrescar media docena de botellas de champagne.

Las ventanas estaban abiertas a causa del calor de la estación y las flotantes cortinas de nítida blonda, movidas por el fresco vientecillo de la noche, dejaban pasar los mil ruidos de la calle, que en aquellas horas de animación nocturna semejaban el ruido de un mar agitado.

El banquete había comenzado ya. Un extremo de la mesa estaba ocupado por la dueña de la casa y en el lado opuesto destacábase la robusta figura de Danton, con su fealdad grandiosa, llenándolo todo y adoptando sin saberlo aquellas actitudes majestuosas que siempre hacían aparecer como simples vasallos a cuantos le rodeaban.

Comía con el ceño fruncido y el gesto malhumorado, contestando con monosílabos y con gruñidos al alegre Camilo que estaba a su lado habiéndole con su acostumbrada ligereza sobre los pesares domésticos que afligían al célebre orador.

Al lado de Lambertina se habían colocado, por indicación de ésta, el melancólico Brissot y Guzmán, a quien le resultaba casi un ensueño el verse a los tres días de haber llegado a París, sentado a la mesa de una mujer tan famosa y en compañía de los hombres más célebres y populares de la época.

Los demás comensales eran el viejo Romme, el abate Sieyes, los poetas José Chernier y Fabre d'Englantine, el famoso actor Taima y un joven de aspecto decidido que vestía el uniforme de capitán de la guardia nacional con el distintivo de los oficiales que pertenecían al Estado Mayor.

El joven español mostrábase tímido y coartado ante aquella escogida concurrencia que se conocía desde mucho tiempo antes, tratándose con entera libertad, y las distinciones de que le había hecho objeto la bella Lambertina, sentándolo a su lado y hablándole con marcada expresión de afecto, sólo habían servido para aumentar su turbación.

Guzmán, en vez de comer y aprovechando ese instante de

recogimiento propio del principio de todas las comidas, en que los comensales sólo se preocupan de su estómago sin fijarse en el compañero que tienen al lado, examinaba a aquellos hombres que eran célebres y gozaban del halago de la popularidad.

Sieyes, con su negro traje, su alzacuello de abate y el rostro pálido, huesoso, contraído por un gesto de recelo y animado por una mirada escudriñadora que llegaba hasta el alma de aquel a quien observaba, atraía la atención de Guzmán, quien no podía menos de recordar que el gran Mirabeau había calificado el prudente y observador silencio de aquel abate pensador, como una verdadera calamidad nacional.

La fina y afeminada mano que jugueteaba con distracción sobre el mantel, era la misma que había escrito el célebre folleto ¿Qué es el Tercer Estado? Obra que fue el primero y más poderoso toque de llamada de la revolución, y este recuerdo resultaba suficiente para que el joven español mirase aquellos dedos finos y descarnados con tanta veneración como si fueran una santa reliquia.

En el opuesto lado de la mesa, destacábase la romana cabeza de Taima, siempre erguida, con la misma expresión que si estuviese en las tablas representando un héroe de la tragedia clásica, y de vez en cuando el gran actor dejaba de comer para relatar a Fabre, que estaba junto a él, las intrigas que había de sufrir de sus compañeros en la Comedia Francesa, pues todos ellos le odiaban como buenos realistas y enemigos de la misma revolución que los dignificaba, elevándolos a ciudadanos desde su antigua calidad de histriones.

José Chernier, sentado junto al viejo Romme, mostrábase en la actitud de un poeta meditabundo, a quien ni las alegrías de un banquete lograban disipar una melancólica inspiración. Soñaba a todas horas con los pueblos de la antigüedad, con todo ese ambiente artístico y sublime de que los han rodeado la historia y la tradición, y vivía en perpetua y latente enemistad contra su hermano Andrés, el célebre poeta de los idilios y de las sátiras antirrevolucionarias.

Un abismo los separaba. Andrés escribía para deleitar a la aristocracia en sus salones y José buscaba en su lira las férreas estrofas de Tirteo para entusiasmar a la masa harapienta y miserable y formar una nación de lo que hasta entonces había sido el patrimonio de un rey.

Su bello ideal era hacer del pueblo de París un pueblo artista y republicano como el de Atenas, y para él la revolución consistía en un

gigantesco coro de millones de voces que cantase los himnos enérgicos compuestos por su inspiración contra los tiranos.

Infundía respeto a Guzmán la presencia de todos aquellos hombres célebres, pero esta impresión se aumentaba notablemente cuando fijaba sus ojos en Brissot, el comensal sentado enfrente de él.

Allí tenía casi al alcance de su mano a aquel hombre que adoraba antes por su talento y a quien profesaba ahora una profunda veneración desde que conocía los pormenores de su vida privada.

El español no podía definir bien el efecto que le producía la contemplación de aquel hombre. Guzmán era también de los que habían sentido miedo y entusiasmo ante los rugidos de Danton y fría admiración ante la calma de Robespierre; pero contemplando a Brissot, una tierna simpatía inundaba todo su ser y sentía impulsos de arrojarse a los pies de aquel hombre solicitando su consejo y dirección en los azares de la vida.

Algo había en él que justificaba el atrevido parangón que había hecho Theroigne entre Jesús y Brissot.

Los grandes ojos negros del escritor revolucionario, abriéndose bajo unas cejas elevadas y francas, miraban con la sublime expresión del filósofo, que abarcando en un abrazo amoroso a toda la humanidad, se olvida de sí mismo.

Adivinábase en él inmediatamente, el hombre que todo lo sabe, que todo lo adivina, que conoce perfectamente las maldades y las viles intrigas de sus semejantes, y que sin embargo, se deja engañar arrastrado por una bondad instintiva, y está siempre dispuesto a sufrir, aun siendo inocente, para evitar el más leve disgusto al culpable.

Tenía la palidez cadavérica de Robespierre, pero su rostro, lejos de ser un enigma, parecía brillar con el resplandor de la dulce franqueza, como si se reflejasen en la superficie de su tersa y elevada frente todos los pensamientos que se agitaban en su interior.

Sus facciones eran correctas, hasta el punto de parecer femeniles, y a pesar de sus cuarenta años y de la fatiga producida por un inmenso estudio, ni una arruga se notaba en su rostro, ni una cana se destacaba en su cabellera negra, con reflejos azulados, que llamaba la atención en aquella época de pelucas empolvadas y melenas sueltas a lo león, pues la llevaba recortada hasta el punto de que sus cabellos ligeramente ondulados no caían más abajo de sus orejas.

Había en su porte una pulcritud que conmovía haciendo pensar en los continuos desvelos de la mujer enamorada, que en medio de su miseria sabía encontrar recursos para atender al buen aspecto del hombre adorado, tanto por su talento como por su carácter.

No era la pulcritud atildada, enfática y pretenciosa de Robespierre, gastando sus ahorros para presentarse tan elegante como los diputados de la derecha: la curiosidad de Brissot era el resultado de las atenciones de una mujer enamorada que cuida de su esposo, como a un niño incapaz de comprender las miserias de la vida.

El redactor de El Patriota Francés llevaba su traje negro, aquel traje único que se le conoció durante todo el curso de la revolución, y sus eternas botas altas, que gozaban una vida extraordinaria, gracias al talento de los remendones de París. La casaca mostrábase lastimosamente rozada por los codos, los calzones estaban pelados en las rodillas, el color negro de todo el traje iba tomando un tinte verdoso, y sin embargo, Brissot no ofrecía un aspecto deplorable entre todos sus compañeros, que gozando de más desahogada posición, presentábanse mejor vestidos.

Era que en su aspecto notábase el cuidado de una buena hada, que sabía ocultar hábilmente los zurcidos de la ropa, que disimulaba la pobreza con una curiosidad escrupulosa y que cuidaba de que aquel hombre, distraído como todos los pensadores, y que aún ostentaba en sus dedos las manchas de tinta de la pluma, se presentara siempre con la camisa deslumbrante de blancura como señal de pobreza digna y pulcra: y esta buena hada era su esposa, mujer que le amaba como hombre y como sabio, y que enternecida por la modestia, la melancolía y la sencillez de Brissot, dedicábale toda su existencia.

El redactor de El Patriota Francés era el más temible de todos los revolucionarios, por lo mismo que las doctrinas que propagaba eran fijas y determinadas. En 1791, Robespierre no era más que un amigo de la libertad dispuesto a transigir con el rey si este respetaba una Constitución democrática; Danton voceaba en favor de la revolución sin pensar nunca adonde debía esta ir a parar, y Desmoulins escribía contra los reyes, sin que su carácter ligero le permitiese pensar con qué podría reemplazarse a la muerta monarquía. Brissot era el único que había pensado para el porvenir y el primero que había lanzado en pleno París la palabra República, determinando todas sus ventajas y sufriendo con esto la hostilidad de la mayoría de los patriotas, que a pesar de su entusiasmo

revolucionario, sentían desconfianza ante cosas desconocidas.

En la corte le temían más que a Desmoulins y a Marat, sus compañeros en el periodismo popular. Las burlas de Camilo irritaban; los arrebatos sanguinarios de Marat solo producían momentáneos terrores o risas de desprecio; pero aquel sistema republicano que Brissot iba desarrollando en su periódico con luminosa claridad y una prudencia de lenguaje que extrañaba en aquella época de desenfreno periodístico, hacía fruncir el ceño a los hombres ilustrados de la corte y ponía en guardia a todos los aristócratas, que en vista de la rápida marcha de la revolución, miraban con terror el porvenir.

Varias veces se había intentado comprar su pluma, creyendo que Brissot era aún el escritor mercenario asociado con el libelista Morande, pero una rotunda negativa contestó a tales gestiones. Brissot se había envilecido en su juventud inexperta cuando estaba en la miseria, y su patria dormía conformada con el despotismo; pero ahora que la revolución le tenía por sacerdote, a pesar de que vivía aún en mayor pobreza, sabía resistirse enérgicamente a toda clase de seducciones.

La vida de Brissot era un lastimero poema en el cual la pobreza y el hambre habían estado siempre en primer término.

Hijo de un pastelero de Chartres, para estudiar se había visto obligado casi a pedir limosna; reconocido después como escritor de gran talento, nunca había podido salir de la indigencia, y ahora que era célebre, que el pueblo de París le aclamaba y que su periódico se lo arrebataba en las calles un público entusiasta, vivía aún con mayor miseria que en su primera juventud. Desconocía en absoluto los negocios, y viviendo siempre en las alturas del idealismo, no descendía jamás a la materialidad de la vida para salir de aquella indigencia a que parecía perpetuamente amarrado. El, que era el único escritor de la época poseedor de condiciones oratorias y que en la tribuna de los Jacobinos arrebataba con su conciso lenguaje, matizado de imágenes sublimes, tartamudeaba con timidez y temblaba cual un criminal, cuando impulsado por la miseria de su hogar y por las súplicas de su esposa, tenía que pedir el importe de sus trabajos; y bastaba para satisfacerle y para provocar en él muestras de agradecimiento, las pequeñas cantidades que le entregaban los editores que se enriquecían con su pluma.

Vivía en las inmediaciones de París, en medio del campo, en el destartalado granero de una vieja casa, y allí Brissot estudiaba mientras

su mujer planchaba camisas para ayudar a la subsistencia de aquel hombre, que con una sola palabra podía hacer que el oro de la corte cayese a montones sobre su vieja mesa de escribir.

Su abnegación resultaba más grande, teniendo en cuenta que eran muy pocos los que le agradecían tan inmenso sacrificio, y que otros escritores con menos méritos y usando del más grosero lenguaje, alcanzaban el favor de la multitud.

Iba a París todos los días, después que rápidamente escribía en su granero los artículos que conmovían al trono, y por las noches se retiraba a su casa, completamente solo, a través de los campos, expuesto siempre al asesinato con que le amenazaban los anónimos de los aristócratas, los cuales tenían a su servicio bandadas de espadachines, y sufriendo muchas veces, la lluvia y la nieve por no tener paraguas ni dinero para alquilar un coche.

Aquella indigencia, que era la eterna compañera de su vida, le fue siempre fiel, pues no lo abandonó ni aun en los instantes en que triunfaron las mismas ideas que él había propagado.

Su modestia y su timidez retenían la pobreza a su lado. Más adelante Brissot fue jefe del partido girondino, y cuando este subió al poder, él hizo nombrar ministros a sus compañeros, y después de repartir los cargos más lucrativos entre personas que en su mayoría le eran desconocidas, siguió viviendo en su granero, sin cambiar siquiera aquel deslumbrado traje negro que debía cubrir su cuerpo hasta la muerte. Existían entonces muchas familias en París, que estaban lejos de pensar, que su ropa blanca estaba planchada por la esposa del hombre que con sus consejos políticos inspiraba a los ministros y dirigía la marcha de la nación.

Aquel hombre tímido y dulce tenía en el fondo de su alma un valor heroico a toda prueba, que le servía para defenderse de la miseria de su vida y que más adelante desarrolló en el momento de su trágica muerte.

Brissot poseía una condición tan arraigada, que solo podía compararse con su inquebrantable fuerza para el trabajo. En un siglo de duda y de escepticismo, Brissot tenía fe inmensa e inquebrantable, pues ni un momento llegaba a dudar de la libertad, de la verdad y de la virtud.

En filosofía era ardiente partidario de Rousseau, así como Danton era el más fiel discípulo de Diderot, diferencia que marca sus distintos

caracteres. Danton era ateo y Brissot creía en Dios del mismo modo que Juan Jacobo. Danton era un demoledor irresistible, que después de destruirlo todo, había de cruzarse de brazos ante las ruinas, confesándose impotente para hacer nada más; Brissot le seguía de cerca para aprovecharse de su devastación, construyendo un nuevo edificio social sobre las ruinas de las preocupaciones y de los privilegios, que anatematizaba desde el fondo de su miseria.

Aquel hombre extraordinario tenía algo en su persona que le hacía respetable. Su pobreza le hacía ser adorado por cuantos le conocían, pero nadie intentaba sacarle de ella, pues la más leve indicación para que abandonase aquel idealismo que alejándose de la vida hacíale subsistir en la miseria, acogíala con un movimiento de asombro como si no comprendiera lo que se le quería expresar.

Este era el hombre que contemplaba Guzmán con creciente admiración y que merecía atenciones respetuosas de la bella Theroigne, la cual le miraba, no como mujer galante, sino como discípula sumisa.

Brissot, que por una breve conversación sostenida en voz baja con la dueña de la casa sabía quién era Guzmán, le dirigió algunas preguntas sobre España, oyendo las respuestas con tan amable atención, que el joven se sentía conmovido por la gratitud.

El banquete se animaba por momentos, y los comensales, que poco antes se mostraban circunspectos y ensimismados, demostraban en sus rostros coloreados su agitación interna, y cada cual entablaba con el compañero más distante una conversación que poco a poco iba haciéndose ingeniosa, chispeando en ella ocurrencias felicísimas.

La bella Theroigne, que en sus banquetes hacía traer de fuera de casa los platos más importantes, había tomado a su servicio por aquella noche dos criados del restaurant que la abastecía, los cuales iban de un lado a otro mudando los platos y sirviendo los ricos vinos que desataban la lengua de los concurrentes.

Así fue transcurriendo la cena, hasta que llegados los postres y destapado el champagne puesto a baja temperatura, tomó aquella tal carácter de animación, que se produjo un bullicio de distintas y ruidosas conversaciones a la vez, que hacía levantar la cabeza con curiosidad a los transeúntes que pasaban por la calle de Richelieu.

La confusión en torno de la mesa no podía ser más grande. Un afán

de hablar a gritos se apoderaba de todos los comensales, quienes para entablar conversación buscaban al compañero más distante.

Desmoulins disputaba a grandes voces con el poeta Chernier sobre el mejor metro para los himnos patrióticos; Fabre hablaba con Sieyes sobre decretos que debía dictar la Asamblea para fomentar la instrucción en el pueblo francés; Taima relataba las intrigas políticas de bastidores al joven capitán de Estado Mayor, que le oía con cortés atención, aunque demostrando con su gesto el poco interés que sentía por las rencillas de los actores; Romme importunaba a Brissot pidiendo que aclarase algunos puntos obscuros en la organización de la futura república, contentándose con respuestas secas y concisas, y Theroigne lanzaba cariñosas miradas a Guzmán, le hablaba confidencialmente al oído y de vez en cuando fijaba sus ojos en Danton, que al otro extremo de la mesa permanecía aislado, siempre con la copa llena al alcance de su mano y golpeando con un cuchillo una botella vacía, al mismo tiempo que entonaba una copla picaresca con su robusta voz.

El terrible tribuno, con su aspecto distraído y el retraimiento que mostraba no mezclándose en la conversación, daba a entender que alguna idea poco grata se agitaba entre sus cejas sombríamente contraídas.

A la bella Lambertina le molestaba la preocupación de Danton, y por esto dominando con su voz sonora el bullicio de todas las conversaciones, le gritó:

—¿Qué tienes, Jorge? Nunca te he visto tan triste en mi mesa; ya no eres el comensal alegre y decidor que formaba nuestras delicias. Pide lo que quieras; bebe sin cuidado: la imbecilidad aristocrática me ha dado medios de sobra para atender a los caprichos de mis verdaderos amigos. ¿Qué te sucede?

—Nada —contestó el tribuno con rudeza—. Me encuentro bien, sólo que carezco de humor para mezclarme en las estúpidas conversaciones que estáis sosteniendo.

—Gracias, Danton —exclamó Desmoulins interrumpiendo su disputa con Chernier.

—No vengas con ironías —continuó el orador—. Es una imbecilidad el discutir sobre poesía, sobre reformas de instrucción pública, sobre mil cosas que nada nos importan en el presente, y en cambio dejar que la revolución se detenga y se duerma, quedando infructuosas todas las

conquistas que hemos hecho en pro de la libertad. Contesta tú, Brissot. ¿No te parece que es indigno olvidar que hace pocos días el jefe del Estado ha sido traidor a las leyes del país fugándose para traernos la guerra civil?

—Creo —contestó Brissot con laconismo— que ha llegado el momento de acabar con los reyes y establecer la República.

—Eso mismo creo yo —gritó Danton, acompañando al trueno de su palabra con un puñetazo que hizo temblar todo el comedor—. Ha llegado el momento, esa es la verdad, y sin embargo, contra todas las leyes de la lógica, el tirano, después de su fuga y de su vergonzoso arresto, todavía encuentra defensores entre los que dicen amar la revolución. Esos revolucionarios moderados son una calamidad nacional. Bien puede el panzudo Capeto hacer toda clase de porquerías contra la voluntad popular, que nunca le faltarán para apoyarle, el general Lafayette, ese Don Quijote americano, y los tenderos cornudos que forman la guardia nacional.

Todos los concurrentes acogieron con risas estas últimas palabras, a excepción del joven capitán de Estado Mayor, cuyo rostro se coloreó al escuchar las censuras de que era objeto su general.

Danton, que notó esto, contrajo sus hombros en señal de indiferencia, y dijo al militar:

—Sé que sois ayudante de Lafayette, pero esto no os impedirá reconocer que este hombre, tan festejado antes, se porta ahora de un modo fatal y se hace impopular a los ojos de todos los partidos. Es defensor de un término medio; quiere estar bien con todos y esto le pierde, pues todos le odian. Los realistas le consideran como enemigo porque tiene al gordo Capeto aprisionado en las Tullerías, gozando de una libertad ficticia, y nosotros los revolucionarios, no le odiamos menos a causa de que con el muro de bayonetas que forma la guardia nacional, defiende al trono de los justos ataques del pueblo. Mala situación es la de Lafayette. Hombre que aún se cree popular, y disponiendo en París de cien mil bayonetas, en vez de decidirse por uno u otro campo, prefiere estarse quieto y a la expectativa, pasando a los ojos de los realistas por revolucionario y siendo considerado por nosotros como un monárquico despreciable. Lafayette se perderá: podía haber sido el primer hombre de la Francia y ahora bien veo que no pasará de ser lo que el ingenioso Camilo le decía el otro día en su periódico; un Fénix de los alguaciles

mayores, un jefe de jenízaros, un Don Quijote de Capeto y de la ridícula teoría de las dos cámaras, mereciendo por su fatuidad de jinete y por el aparato teatral con que se presenta en las revistas, el justo apodo de constelación del caballo blanco.

Todos reían, pero el joven capitán, a quien molestaba aquella crítica de su general, se apresuró a decir:

—Lafayette podrá pareceros ridículo y censurable, pero aunque el pueblo de París no le aclame ahora entusiasmado, ni bese sus botas y sus estribos, como el día de la gran fiesta de la Federación, aún le queda prestigio inmenso en la guardia nacional y no hay en las veinte secciones de la ciudad un solo batallón que no esté dispuesto a morir por su comandante en jefe. Además, señor Danton, ¿olvidáis que Lafayette se batió al lado de Washington por la libertad de la república americana? ¿No sabéis que el general ha manifestado mil veces en el seno de la intimidad que es republicano y que por tal le tenemos todos los que servimos a sus órdenes?

Iba el tribuno a contestar con uno de sus terribles exabruptos, cuando le atajó la voz dulce de Brissot, quien dijo con su habitual sencillez:

—Yo soy de los que con más firmeza han sostenido el republicanismo de Lafayette, y por cierto que las defensas que he hecho del general me han producido grandes disgustos. Aquí está Camilo, que como todos los escritores satíricos no vacila en sacrificar un amigo cuando se trata de abrumarlo con chistes ingeniosos que hagan reír al público, y él puede decir cuántas veces en su periódico se ha burlado de mí a causa de mi estrecha amistad con el general. Pues bien, ahora lo declaro y lo sostendré siempre. Lafayette ya no es mi amigo, ni lo defenderé nunca, por lo mismo que me he convencido de que su republicanismo es pura farsa. En América pudo ser republicano, pero aquí en Francia no pasa del realismo constitucional, y lo que es todavía peor, manifiesta tenerle miedo a la revolución.

—Eso es… ¡vientre de Dios! —rugió Danton con expresión satisfecha—. Veo que tu amistad con Lafayette te ha servido para conocer bien a ese tuno.

Brissot acogió la interrupción de Danton con una sonrisa benévola, no exenta de superioridad, y continuó:

—El general estaba conforme con la revolución y se mostraba muy

satisfecho del pueblo, cuando se trataba únicamente de fiestas cívicas y de revistas en el Campo de Marte, en las cuales desempeñara el primer papel, presentándose como un semidiós, montado en su caballo blanco. Le era muy grato aquel movimiento nacional que se manifestaba únicamente con músicas, aclamaciones y coronas de laurel; pero ahora que ve cómo el pueblo marcha rectamente a un fin determinado y práctico y cómo empieza a encontrar seductora la palabra República, el general se asusta y quiere retroceder, hasta el punto de que entraría en el bando de los realistas si éstos le admitiesen y no lo odiaran tanto como nosotros. Es ridícula y criminal la conducta de Lafayette. A principios de la revolución, cuando nadie pensaba todavía en atacar al rey, nos fastidiaba a todas horas hablándonos de su república americana y de las ventajas de ser gobernados por un Washington, y ahora que estamos en oportunidad para establecer la República se asusta de sus propias palabras y se vuelve reaccionario, hasta el punto de querer desempeñar al lado de los reyes el mismo papel de general de confianza que tenía Bouillé. Causa asco la conducta de Lafayette y de sus amigos Barnabe, los Lhamet y demás pandilla que le representan en la Asamblea.

—¡Buena gente son ésos también! —exclamó Camilo—. En los primeros tiempos de la revolución, cuando la presencia de Mirabeau en la Asamblea no les dejaba brillar, hablaban como furibundos demagogos para atraerse las simpatías del pueblo y ponerse al nivel de su rival, pero desde que murió éste y quedaron libres de sus censuras, se han convertido en grandes defensores del rey, buscando que éste los llame al ministerio. ¡Buenos están los representantes del pueblo! ¡Bien seguirá desarrollándose la revolución si ellos son sus directores!

—Eso es lo que me indigna y me pone de un humor de todos los diablos — gritó Danton—. No tendremos jamás un momento tan propicio para derribar la monarquía, y sin embargo, Capeto se salvará y seguirá siendo nuestro rey, gracias al hipócrita auxilio de esos hombres que todo se lo deben al pueblo, y que sin embargo, le engañan. Luis XVI nos había proporcionado una ocasión magnífica con su fuga para que lo arrojásemos del trono, y sin embargo, los hermanos Lhamet, Barnabe y los otros diputados que se llamaban revolucionarios, serán los que le sostendrán en el poder. ¿Habéis presenciado los debates de la Asamblea sobre la fuga del rey? Aquello da asco. Los diputados liberales trabajan tanto como los realistas para quitar al rey toda responsabilidad por su

fuga. Dentro de unos cuantos días la comisión encargada por la Asamblea dará su dictamen sobre la huida a Varennes, y yo puedo ya deciros cómo será el documento. Cuando venía aquí, me he encontrado con Barnabe y he tenido una ruda discusión echándole en cara su timidez revolucionaria y las contemplaciones que guardan con Capeto. Ya veréis cuán lindo es el dictamen. De la fuga a Varennes, todos tienen culpa; desde Bouillé que la protegía, hasta el postillón que guiaba los caballos; todos, menos el rey, que fue el único y verdadero autor. Además, el documento que dejó a la Asamblea, insultante para ésta y para la nación, será considerado como una broma sin importancia. ¡Ira de Dios! ¡No ser yo diputado y poder subir a la tribuna de la Asamblea! Entonces se vería a un hombre hablando claro y se reconocería que el pueblo francés, es un pueblo valiente y franco, que odia las hipocresías y las traiciones de los que quieren hermanar la monarquía con la libertad. ¿Sabéis lo que diría?, pues lo que dije en los Jacobinos la misma noche en que se supo la fuga de Capeto. El individuo que habéis declarado rey de los franceses, al huir de la nación para unirse a los enemigos del pueblo, es criminal o imbécil. Si lo consideráis criminal, juzgadle y sentenciadle como un simple ciudadano, y si es imbécil, arrojadle inmediatamente del trono. No más reyes, y que se encargue del gobierno de la Francia, un Consejo nombrado por todos los departamentos de la nación. Eso diría yo si fuese diputado, y tened la seguridad de que por primera vez se oiría en la Asamblea la voz de la verdad y del sentido común.

Brissot sonreía satisfecho al escuchar estas palabras de Danton y dijo cuando este terminó:

—Pero eso que tú propondrías es la República y a los constitucionales de la Asamblea no les conviene el gobierno del pueblo por el pueblo, así como tampoco el de la monarquía absoluta. Ellos quieren un sistema político en el cual el rey desempeña el papel de testaferro para que con todo su esplendor tradicional les proteja y les deje en libertad para obrar a su gusto. La persona del rey les es necesaria para seguir dominando la nación y buena prueba tienes de ello, en el cuidado con que guardan a Capeto en las Tullerías. Dicen que el rey no está preso, pero alrededor del palacio la guardia nacional ha establecido un verdadero campamento y hasta en los más oscuros y desiertos corredores hay oficiales que vigilan. Con estas precauciones, Lafayette y los suyos privan a los realistas de comunicarse con su monarca y de influir en su

ánimo, y al mismo tiempo impiden que el pueblo se dirija a las Tullerías para expulsar una institución que le estorba. Yo creo, Danton, que es llegado el momento de despejar la situación y hablar claro al pueblo. Os quejáis de que los diputados en la Asamblea manifiestan una repugnante ambigüedad; pero vosotros no sois menos dignos de censura. Tú y Robespierre cuando habláis en los Jacobinos, os limitáis a atacar la monarquía sin decir con qué la reemplazaréis y afectando gran desprecio por las formas de gobierno; yo en cambio me he convertido en un ser casi sospechoso a los ojos de los más exaltados patriotas, porque hace tiempo que defiendo la República. Es preciso dejarse de vagas declaraciones en favor de la revolución y marcar desde ahora al pueblo el punto adonde debe dirigir las corrientes de su entusiasmo. Trabajemos por la República, Danton, y al sistema constitucional de las dos Cámaras que defienden los apóstatas de la Asamblea, opongamos nuestro gobierno democrático, que yo he sido el único en sustentar en mi periódico y que el amigo Desmoulins ha apoyado algunas veces en el suyo.

Todos los concurrentes escuchaban con religiosa atención el diálogo de los dos grandes hombres.

Guzmán estaba tan conmovido que olvidaba a la bella Theroigne, no pudiendo apartar los ojos de Brissot, que al hablar elevaba sus miradas, como si de arriba viniese para él una poderosa inspiración.

La palabra República conmovía poderosamente a todos, que se forjaban en su imaginación un mundo desconocido de grandezas.

Una corriente de entusiasmo circulaba en torno de la mesa agitando a todos los comensales.

—¡La República, sí! —gritó Camilo moviéndose nerviosamente en su asiento—. Es hermosa como la luz: mil veces lo he dicho en mi periódico. Hagamos de la Francia una Grecia moderna.

—Bien dices, Camilo —exclamó Chernier con entusiasmo—. Seamos griegos y que todo el pueblo francés entone en los coros de los Juegos Olímpicos un canto inmortal que despierte a las naciones del sueño de su barbarie y aterrorice a los tiranos.

—La República —dijo Fabré— es la civilización; es el arte y la sabiduría elevados a la altura de instituciones religiosas como en la antigua Grecia.

—Sí —exclamó Taima con entusiasmo—. En el seno de aquel

republicano pueblo, la representación de las tragedias de Esquilo y de Sófocles eran verdaderos actos de culto, y los actores resultaban poco menos que sacerdotes.

¡Hermosa religión republicana, que tienes por alma el arte y no te basas en las ridículas supersticiones del fanatismo!

—Seamos republicanos —gritó el joven capitán poniéndose en pie, con los ojos centelleantes y llevando instintivamente su mano a la empuñadura de la espada—. En las repúblicas, la honradez y el valor constituyen toda la nobleza, no hay privilegios de nacimiento y se muere por la patria tan heroicamente como en Maratón y en Salamina.

Brissot contemplaba con su eterna y dulce sonrisa aquella explosión de entusiasmo de la juventud; Guzmán casi lloraba de gozo al ver admitidos por tan ilustre concurrencia los mismos ideales que hacía tiempo sentía vagamente, y el abate Sieyes, con su aspecto astuto y ladino, roíase las uñas y murmuraba con voz casi imperceptible y marcada expresión de duda:

—¡La República! Bueno… Allá veremos. Todo esto es prematuro y conviene no embarcarse todavía en una nave que no se sabe adónde irá.

En cuanto a Danton, descansaba sus puños de gladiador sobre el arrugado mantel y sonriendo bonachonamente dijo a media voz:

—¡Oh, la República!… Por mí no hay inconveniente. A los oradores no les va mal en los pueblos republicanos. Traigamos la República a Francia, que ya procuraré yo ser Demóstenes.

El entusiasmo de la reunión repercutía en la bella Theroigne, que como mujer nerviosa e impresionable, era más susceptible de inflamarse con aquella animación; y por esto repentinamente, abandonó su asiento e irguió su figura majestuosa, extendiendo con ademán imponente uno de sus brazos para imponer silencio.

Su rico traje griego la hacía parecer en medio de aquella explosión de entusiasmo como una animada estatua de la hermosa antigüedad.

—Oíd —gritó Camilo—. No es Theroigne la que va a hablaros, es la Grecia republicana que despierta de su sueño de veinticinco siglos para venir a fraternizar con nosotros.

—Sí —afirmó la hermosa—. Puesto que así lo queréis, miradme como si fuese la República que viene aquí a escuchar vuestras palabras de adhesión para pediros cuenta de ellas algún día.

Paseó su deslumbrante mirada la bella Lambertina por todos sus comensales, y cogiendo después una copa de champagne, la levantó a la altura de su cabeza gritando con voz trémula por el entusiasmo:

—Unámonos aquí en favor de esa forma de gobierno que ha de dar la libertad a Francia y asombrar a la Europa… ¡Por la República!

Todos se pusieron en pie y cogiendo sus copas, las elevaron también, prorrumpiendo en un grito que conmovió el comedor e hizo detener a muchos transeúntes en la calle.

—¡Viva la República!

Después de esta exclamación, sentáronse todos y quedaron en silencio, como meditando sobre la importancia del grito que acababan de dar.

Hasta el escéptico Danton, que bromeaba en las más supremas ocasiones, estaba ceñudo, con la cabeza inclinada y los puños nerviosamente contraídos, como si con su poderosa imaginación acabase de evocar al porvenir y sondeara todas sus sombras desconocidas y enigmáticas.

El actor Taima fue el primero en romper el silencio.

—Lástima grande que Robespierre no haya estado aquí. Es un buen ciudadano y de seguro que hubiese unido sus votos a los nuestros en favor de la libertad de la patria.

Theroigne hizo un gesto de desagrado y contestó con irritado acento:

—¡Quién! ¿Robespierre? No entrará más en mi casa ese puritano ridículo que en todas partes ve vicio y corrupción y que se acicala como una damisela para que las damas de las tribunas lo encuentren bonito cuando habla en la Asamblea. No quiero ver aquí semejante jesuita. Se asusta a la menor libertad como si su virtud fuese de vidrio quebradizo; es rudo y descortés cuando está junto a una dama, y sin embargo, toda su preocupación es tener un aspecto que atraiga las miradas de las mujeres. Vino aquí dos o tres veces, lo senté a mi mesa tratándolo con todas las consideraciones debidas a un patriota ilustre, y después he sabido que el gran infame, hablaba mal de mí tratándome como una cortesana cualquiera. No me gustan hombres así; si es que Robespierre es hombre. Prefiero a Danton, hasta cuando vuelve de un banquete y acaricia con esas manos que parecen tenazas de hierro.

Sonreían los comensales fijándose en Danton, pero éste apenas si

salió de su meditación, limitándose a contestar con una vaga mirada.

—No por esto os figuréis —continuó Lambertina— que estoy enamorada de vuestro grande hombre. A pesar de mi carácter ligero y de cuanto dicen de mí, soy una buena muchacha y respeto demasiado la paz conyugal. Que ame mucho Jorge a su mujer, que yo por mi parte ya tengo el corazón ocupado.

—¡Oh prodigio! —exclamó Camilo con alegre ironía—. ¿Resultará ahora que estás enamorada de alguno de esos viejos aristócratas que te pagan todo este lujo?

—No —contestó Lambertina poniéndose seria—. Amo a otro que vale más.

Guzmán en el mismo instante sintió bajo de la mesa un pie pequeño y casi desnudo que pisaba suavemente una de sus botas. Aquel pie era sin duda de Theroigne, pero cuando el joven la miró asombrado y con ojos interrogantes, viola impasible y contemplando a Brissot con su habitual expresión de admiradora entusiasta.

Guzmán olvidó inmediatamente aquello, creyéndolo obra de la casualidad, y no se ocupó más que en atender a Danton, que acababa de abandonar su meditación como quien sale de un sueño.

—¿Hablabais de Robespierre? —dijo el tribuno—. Robespierre no hubiese brindado con tanta facilidad por la República. Varias veces hemos hablado acerca de ella y él crítica a Brissot y le llama perturbador porque la defiende. Robespierre es un enigma. Únicamente le reconozco superioridad en la perfección con que sabe ocultar sus pensamientos, y bien hace en ser tan cauto, pues si yo lograra adivinar siempre lo que piensa, le trataría con más desprecio que un niño. No es realista, pero tampoco es republicano, y tan vago se muestra en sus creencias políticas, que yo creo que ni él mismo sabe adonde se dirige. Le conozco bien y tengo la seguridad de que se decidirá en favor de aquella fórmula política que le permita ser el primero. Su ambición y su soberbia son tan grandes, que causan miedo, y tengo la certeza de que sería capaz de arrollar a su mismo padre si este fuese un obstáculo que le impidiera llegar a las alturas. Creedme, hijos míos, Robespierre ha nacido para dictador.

Brissot afirmaba estas palabras con movimientos de cabeza y añadió después de una breve pausa:

—Danton, conoces bien a Robespierre. Nunca he confiado en él para

la santa empresa de implantar la República en Francia. Es un parlamentario como Barnabe o cualquiera otro de los oradores de la Asamblea, y si no figura en el grupo de los que quieren al rey tanto como a la Constitución, es porque carece de prestigio sobre los diputados, que interrumpen sus discursos con terribles sarcasmos. Si viene con nosotros, es porque a falta del cariño de la Asamblea, busca el apoyo del pueblo con la esperanza de alcanzar algún día la dictadura. Es un tirano en ciernes que procede al revés de cómo han obrado todos los déspotas. Éstos se apoyaron en las tropas mercenarias y él adula al pueblo para que algún día, un millón de brazos arremangados, lo eleven sobre el pavés de la dictadura.

—Pues se engaña, ¡vive Dios! —Gritó Danton— está equivocado si cree que puede disponer a su antojo del pueblo. Las masas siguen siempre al más valeroso y al más audaz: a ti, Brissot, que las ilustras con tu profundo talento, abriendo a su inteligencia nuevos horizontes; a ti, Camilo, que con tu musa satírica produces en ellas esa risa que es el preludio de la tempestad…

—Y a ti, Danton —interrumpió Desmoulins.

—Sí, a mí —prosiguió el tribuno con una expresión de sublime soberbia— a mí que siento hervir en mi pecho el volcán de la revolución, y que si fuera tan grande de cuerpo como grande es mi audacia, hundiría mi cabeza en las nubes. El pueblo me ama y me sigue, porque sabe que mi voz es la campana de rebato que los llama ¡a las armas!, y porque tiene la convicción de que soy el primero que marcho cuando se trata de ir al encuentro del enemigo. Robespierre es un retórico, un parlanchín insustancial y pesado, que escribe sus discursos, los aprende de memoria y pasa los días enteros preocupado con la enmienda de una frase. Todo en él es artificial: su patriotismo es mentira y su entusiasmo no pasa de ser la espantosa frialdad de un alma egoísta.

Quedó en silencio Danton como examinándose a sí mismo, y luego añadió con expresión de convencimiento:

—Yo he estudiado poco, no soy escritor y Camilo se burla de mis faltas gramaticales; pero en cambio atropello a la modestia y digo que mi oratoria difícilmente será imitada por nadie. No soy yo quien hablo al pueblo; es un espíritu de fuego, desconocido y poderoso, que baja de mi cerebro a mi lengua, haciéndome decir cosas que a mí mismo me entusiasman y en las que no pensaba momentos antes. El espíritu de la

revolución vive en mí, y me arrastra en su veloz carrera como un ser sin voluntad. Basta mirarme para comprender que soy un ser predestinado. La naturaleza me ha dotado de una robustez hercúlea para poder luchar y ha dado a mi rostro la severa y sublime fealdad de la revolución. Por eso el pueblo me ama; porque ve en mí la viviente imagen de su venganza.

Todos quedaron silenciosos y como impresionados por aquel arranque de soberbia, expresada con tanto brío, que era imposible que otra garganta humana pudiera reproducirlo.

—¡Ah, Robespierre! —continuó el tribuno— ¡cuán engañado está ese pobre hombre si cree que él sólo es capaz de arrastrar al pueblo de París! La revolución necesita hombres audaces, héroes dispuestos al sacrificio y no retóricos tímidos que tiemblan al más leve indicio de motín. Solo Danton podrá arrastrar al pueblo de París contra la monarquía, y el día en que él señale a las masas el palacio de las Tullerías, que tiemble el rey y que tiemblen todos los apóstatas de la revolución que le defienden. En mis manos está el verdadero secreto de la revolución.

—Lo sé, Danton —dijo Brissot—. Conozco el inmenso poder que tienes sobre las secciones populares de París, y en nombre de esa República, por la que hace un instante has brindado, te ruego que pongas a su servicio la arrolladora fuerza de que dispones.

—Todavía no es hora —contestó Danton con expresión profética—. Contamos con el ejército de las picas, con toda esa muchedumbre heroica del arrabal de San Antonio y del de San Marcelo, que se cubrió de gloria en la toma de la Bastilla; pero necesitamos además una fuerza mejor organizada, que son los batallones de la guardia nacional. El día en que vuestros periódicos acaben de desacreditar a Lafayette, y los ciudadanos que tienen un fusil se convenzan de que el famoso general es un farsante que habla a todas horas de la revolución y huye siempre de ella, entonces será llegado el momento y haremos algo en favor de la República.

—¿Y ahora? —preguntó Brissot con ansiedad—. ¿Qué piensas hacer ahora para protestar contra esa Asamblea que pretende librar al rey de las responsabilidades que le corresponden por su fuga?

—Pienso demostrar pacíficamente a Capeto y a su Asamblea, que la opinión del pueblo de París está contra ellos. Haremos una manifestación republicana en el campo de Marte, sobre el Altar de la Patria, demostrando a la Asamblea que no posee ya la confianza del país. Tengo mi plan, que expondré en los Jacobinos, y que tú, Brissot, apoyarás.

Desmoulins, llevado de su curiosidad, iba a pedir a su amigo que fuese más explícito, cuando a todos llamó la atención la repentina entrada de la doncella de Lambertina, que se acercó a ésta hablándola al oído con expresión misteriosa.

La bella Theroigne, con su fruncimiento de cejas y una mirada iracunda, demostraba el mal humor que la producían las palabras de su doncella, y por fin la interrumpió diciendo con voz de enfado:

—No me fastidies más. Dile que espere con paciencia en mi tocador, y si no, que se vaya y no vuelva nunca.

Camilo sonreía maliciosamente y hacía signos de inteligencia a sus amigos.

—Vámonos —dijo el periodista levantándose—. La cena ha terminado; hace aquí mucho calor, Lambentina tendrá urgentes ocupaciones y a nosotros no nos vendrá mal un paseo al aire libre por el jardín de Paláis-Royal.

—No; no os vayáis —se apresuró a decir la hermosa—. Me hacéis un favor permaneciendo aquí.

—Sí, lo sabemos —contestó Camilo—. Te libramos de la presencia de algo que te es enojoso, pero nuestra conducta no será muy correcta permaneciendo aquí para estorbo de aquel que paga todo este lujo. ¡Adiós, Theroigne! ¡Hermosa personificación de la antigua Grecia! Sufre la molesta presencia de tu protector y consuélate con la esperanza de que algún día hablará de ti la historia, como de aquella Aspasia, cortesana patriótica, que fue gloria de la República griega.

Todos los comensales habían abandonado sus asientos y se dirigían al salón para tomar sus sombreros.

Guzmán, que iba delante, al entrar en aquella vasta pieza, vio desaparecer con aire azorado tras el cortinaje de una puerta, a un viejo, con gran peluca, espadín y elegante traje de corte.

Theroigne acompañó a todos sus amigos hasta la escalera, y allí fue despidiéndoles con fuertes apretones de manos y palabras afectuosas que demostraban el cariño que les tenía.

Aquella promesa de manifestación republicana formulada por Danton, había entusiasmado a la amazona de los motines y por esto rogaba al tribuno que no tardase en realizar su plan.

Ella iría al Campo de Marte con su vestido rojo, que era como una

bandera revolucionaria que entusiasmaba inmediatamente al pueblo.

Guzmán quedose el último, y al dar su mano a Lambertina, ésta le atrajo dulcemente, y fijando en él su mirada de fuego, le dijo con expresión de dulce reproche:

—No habéis querido decirme cómo me encontráis ni qué concepto os merezco. Sois poco galante, pero os perdono si venís a visitarme pronto. Esta casa es de todos mis amigos y recibo gustosa a aquellas personas que llegan a interesarme. Venid mañana y hablaremos con entera libertad y con la misma franqueza que dos antiguos camaradas… ¿Vendréis?

Guzmán temblaba de emoción al verse solicitado tan cariñosamente por aquella hermosura y contestó lacónicamente con voz insegura:

—Vendré.

Y soltando la suave mano de Theroigne, bajó la escalera de mármol, tambaleándose como un beodo a causa de la emoción.

XVI.- SANTIAGO VADIER

Los convidados de la bella Theroigne pasearon por el jardín de Paláis-Royal.

Eran las once de la noche, y aquel punto, verdadero corazón de París, presentaba un magnífico aspecto.

La noche era calurosa y la multitud elegante que se reunía en la gigantesca posesión de los Orleáns, buscaba el fresco bajo la húmeda sombra de los árboles o sentada a las puertas de los cafés.

Las galerías estaban envueltas en la atmósfera de viva luz que salía de los establecimientos; un rumor inmenso, producido por miles de conversaciones mezcladas con los gritos de los vendedores, subía a las alturas, impregnadas de la tibia luz de la luna, y las suaves melodías de violines que se escapaban del interior de todos los cafés confundíanse con el armonioso estrépito de una banda militar que tocaba en un kiosco del lago.

En los apartados espacios adonde no llegaba la luz de los faroles ni la de la luna, algunos grupos estaban sentados en las sillas del paseo, recatándose en la sombra, y al pasar junto a ellos, oíanse voces femeninas, comprimidas risas y fragmentos de conversaciones, que hacían sonreír maliciosamente a los paseantes.

La alegría parisién, esa quinta esencia del buen humor francés, que se satisface con el chiste más leve y que en la palabra más insignificante encuentra motivos para la carcajada, mostrábase en Paláis-Royal en todo su esplendor y el más aburrido misántropo, al entrar en aquel gigantesco patio matizado por infinitos puntos de luz, no podía menos de sentir un impulso de animación y alegría.

Levantábase en el jardín un incesante susurro, que hacía pensar en una gigantesca colmena poblada de inquietas abejas, y de vez en cuando

los más brillantes pasajes de las piezas que tocaba la banda militar, veíanse interrumpidos por los furiosos gritos de los vendedores de periódicos, que luchaban entre sí, a fuerza de pulmones, impulsados más por el fanatismo político que por el afán de lucro.

En aquella época de completa libertad, de incesante fiebre revolucionaria y de continua lectura, el vocear de los periódicos perseguía a los parisienses hasta en el interior de los teatros.

—¡Las revoluciones de París, escritas por Camilo, el procurador del farol!

—¡Hoy sí que viene terrible El Padre Duchesne contra todos los… realistas!

—¡El Amigo del Pueblo! con todos los secretos del gordo Capeto, que ha descubierto el ciudadano Marat.

—¡Comprad El Patriota Francés! ¡Hoy sí que está bueno el artículo de Brissot!

—¡La Boca de Hierro, por el abate Fauchet, el cura más patriota que hay en Francia!

—¿Quién quiere los Anales Patrióticos del ciudadano Carra?

—¡A mí!, ¡a mí, que llevo El Orador del Pueblo del simpático Freron, el que le da fiebre a Marat!

—¡Comprad el Diario de los Jacobinos! Grandes noticias. ¡Reseña de la sesión de anoche, con el discurso de Danton y los honores tributados al ciudadano Guzmán, gran patriota español!

Y en medio del infernal concierto que formaban los vendedores de las publicaciones patrióticas, oíanse algunas voces finas, que cantaban con un tonillo insolente:

—¿Quién me compra Las Actas de los Apóstoles? ¡Hoy sí que está gracioso el amigo Souleau! ¡Leed lo que les dice a los cochinos descamisados!

Asegurábase que los que vendían el célebre periódico realista en el Paláis- Royal, eran algunos petimetres tan insolentes como audaces, que no creyendo aún en la caída del trono, tenían el atrevimiento de pregonar con insultos un periódico que dirigía las mayores injurias a las masas revolucionarias.

La finura del cutis de aquellos vendedores y las blancas camisas que asomaban por entre los andrajos que vestían, daban a entender que eran

ciertas las sospechas populares.

La rivalidad entre los vendedores de oficio y patriotas por añadidura, y aquellos petimetres insolentes que alegraban a sus elegantes partidarios con sus atiplados gritos, producían todas las noches en el Paláis-Royal alguna colisión que sembraba el espanto en la concurrencia.

Cuando esto ocurría, los periódicos volaban por el aire hechos pedazos, enarbolábanse gruesos garrotes, gritábase ¡mueran los aristócratas!, habían rugidos, desmayos y carreras, cesaba de tocar la música; a las puertas de los cafés iban a silletazos los patriotas y los petimetres, entraba en el jardín un destacamento de la guardia nacional con la bayoneta calada y restablecíase por fin la tranquilidad, después que eran conducidos los heridos a la botica más próxima y encerrados en el cuerpo de guardia los autores del alboroto.

Los convidados de la bella Theroigne paseaban por entre aquella inquieta multitud, oyendo sus nombres pregonados por los vendedores y siendo objeto de la admiración de los curiosos.

La gente señalaba con el dedo a Danton, que marchaba en medio de sus amigos destacando su corpulenta figura, y los curiosos comentaban la fealdad de su rostro, así como el más leve de sus ademanes de hombre franco y despreocupado.

Aquel grupo de patriotas famosos, gozaba en Paláis-Royal los halagos del prestigio popular, pues a su paso, cesaban las conversaciones, decíanse los nombres de todos ellos con acento de admiración y lindas mujeres, engalanadas con la escarapela tricolor, les dirigían dulces sonrisas.

Guzmán mostrábase radiante de satisfacción, ante aquel homenaje, que el elemento más brillante del pueblo de París tributaba a los combatientes intelectuales de la revolución.

En realidad ninguno de los que admiraba al grupo de los patriotas fijaba sus ojos en el joven español; las miradas de la curiosidad resbalaban indiferentes sobre su desconocido rostro para ir a fijarse en Danton, en Desmoulins o en Brissot, pero esto no impedía que Guzmán se sintiera satisfecho atribuyéndose una pequeña parte de la expectación popular, tanto más, cuanto que oía su nombre pregonado con estrepitoso vocerío por los vendedores que ofrecían la reseña de la última sesión de los Jacobinos.

Danton, con aquella majestad absorbente y su carácter enérgico, ruidoso y arrollador que le convertía en un déspota de la opinión y de la popularidad, marchaba al frente del grupo, paseando con tanto abandono como si estuviese en su casa, hablando con aquella voz de trueno que revelaba su conversación hasta a los más lejanos, y mirando a todos cuantos le rodeaban como seres inferiores a los que toleraba su genio, impulsado por una bondadosa benevolencia.

A las pocas vueltas por el jardín, el grupo de los patriotas decreció rápidamente.

Fabre y Taima desaparecieron por ir a saludar a dos actrices célebres que habían visto contemplando el escaparate de un joyero de las galerías; Chenier entró en el café de Foy para hablar con el jefe de la orquesta sobre ciertos himnos patrióticos que tenía en proyecto, y Desmoulins se despidió de todos sus amigos, diciendo que iba en busca de Lucila, a casa de su madre madame Duplessis, a quien el periodista llamaba siempre mamá Melpomene a causa de la majestad olímpica que conservaba en su rostro como muestra de la gran belleza de su juventud.

Romme acompañó a Camilo, y entonces de los convidados de Theroigne, sólo quedaron en Paláis-Royal, Danton, Brissot, Guzmán y el joven ayudante de Lafayette, pues Sieyes había abandonado el grupo antes de entrar en el jardín pretextando tener que acudir a la brillante y espiritual tertulia de la baronesa Staél, la joven escritora hija del ex-ministro Necker.

El grupo, tan visiblemente disminuido, aún giró por el jardín durante una media hora, atrayéndose la admiración de todos esos curiosos que comentan con la mayor seriedad el traje y los más leves gestos de los que son sus ídolos.

Danton y Brissot iban delante cogidos del brazo y hablando con gran animación sobre la conducta de la Asamblea, y seguían detrás Guzmán y el joven militar, que se sentían atraídos por esa dulce simpatía y franca confianza, propias de la identidad de caracteres y opiniones.

De pronto Danton abandonó el brazo de su ilustre amigo, y dando un grito de sorpresa se dirigió en seguimiento de dos hombres, que volviendo la cabeza a los repetidos gritos del tribuno, recibiéronlo con los brazos abiertos.

Debían ser antiguos amigos de Danton, compañeros de placer, a

juzgar por su aire de vividores, a los que no habría visto en mucho tiempo, y el tribuno, después de saludarlos con francas risotadas y de acariciarles la espalda con sus terribles manos, se alejó con ellos, sin volver apenas la cabeza hacia sus antiguos acompañantes.

Brissot, que conocía mucho a aquel gigante voluble, olvidadizo y caprichoso como un niño en sus relaciones amistosas, estaba acostumbrado a tan extraña manera de despedirse, y por esto se limitó a un encogimiento de hombros por todo comentario, uniéndose a los dos jóvenes patriotas, que les habían seguido quedándose siempre a algunos pasos como respetuosos edecanes.

—Danton se ha ido —dijo Brissot—. Cuando le conozcáis más íntimamente, no os extrañará su rara manera de despedirse. Yo estoy acostumbrado a todas las excentricidades de su carácter. Esos desconocidos deben ser amigos de los que guardará muy buenos recuerdos, y tengo la seguridad de que Danton solemnizará el encuentro volviendo a su casa a las ocho de la mañana.

Los dos jóvenes colocáronse a ambos lados de Brissot, y oyendo respetuosamente todas sus palabras, dirigiéronse hacia la parte del jardín donde se eleva el palacio de los Orleáns.

La música militar se había retirado ya; la concurrencia, aunque todavía muy numerosa, no era tan compacta como media hora antes; marchábanse las familias burguesas de aire tranquilo y pacífico, y tanto las galerías como el jardín, comenzaban a ser invadidas por la gente alegre y viciosa, que después de media noche estaba en Paláis-Royal como en su propia casa.

Brissot, que no tenía reloj, miró la iluminada esfera del que adornaba la fachada del palacio Orleáns, e hizo un gesto de sorpresa.

—¡Diablo! —murmuró—. ¡Cómo pasa el tiempo! Sólo faltan diez minutos para las doce y corro el peligro de tener que ir a pie hasta mi casa, si no voy inmediatamente a la plaza de Luis XV.

El célebre periodista intentó despedirse de los dos jóvenes, pero éstos se ofrecieron a acompañarle, alegando que nada les retenía en el Paláis-Royal, y los tres salieron del jardín, dirigiéndose a la gran plaza que hoy se llama de la Concordia, y que tantas ejecuciones había de presenciar dos años después de la época en que transcurren estos sucesos.

Por el camino fue explicando Brissot a sus dos jóvenes compañeros

las molestias ocasionadas por aquella pobreza que le obligaba a vivir fuera de París.

En lo más rudo del invierno había de ir a pie hasta su casa, atravesando el extenso bosque de Bolonia, donde tanto abundaban los peligros, y únicamente en verano gozaba de cierta comodidad en sus nocturnos viajes, gracias a un viejo médico vecino suyo y gran aficionado a la música, quien todas las noches iba a

París en su pequeño carricoche para asistir a los conciertos o a las representaciones de la ópera cómica. El periodista le esperaba a las doce en punto en la plaza de Luis XV y subía en el vehículo del doctor, quien estaba satisfecho de prestar tal servicio a un vecino tan pobre como ilustre.

Guzmán y el joven militar experimentaban cierta emoción al oír a aquel hombre extraordinario la relación de sus miserias, hecha con tanta dignidad y sencillez.

Recordaban las infamias que sus enemigos le imputaban para desacreditarle, y no podían menos de sentir indignación al mismo tiempo que una profunda simpatía por aquel mártir de la indigencia.

Llegaron los tres a la plaza de Luis XV, y apenas anduvieron algunos pasos por aquel inmenso terreno, que en el siglo pasado sólo tenía algunos faroles, Brissot distinguió inmediatamente cerca de la estatua ecuestre un pequeño vehículo que estaba inmóvil.

—El bueno del doctor —dijo el periodista— me estará esperando hace ya mucho rato. No quiero prolongar su espera. Vaya, amigos míos; buenas noches. Salud, capitán, y en cuanto a vos, señor Guzmán, sabed que podéis contar siempre con el pobre auxilio de Brissot.

El periodista, después de estrechar afectuosamente las manos de sus dos amigos, se alejó deprisa, y ambos jóvenes le vieron subir en el carricoche, que inmediatamente rodó por los Campos Elíseos perdiéndose en la sombra de la arboleda.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos en la gigantesca y casi desierta plaza, mostráronse ambos esa cortedad y esa zozobra, propias de gentes que apenas se conocen y que a pesar de esto se ven obligadas a hablarse. A pesar de esto, una espontánea simpatía, esa confianza cariñosa, propia de la juventud franca y enérgica, les impelía a los dos, aconsejándoles que no se separasen ceremoniosa y fríamente sin haber

estrechado los lazos de amistad.

El capitán fue el primero en hablar, diciendo a su compañero con la franqueza ruda de un soldado:

—Indudablemente vos no os iréis en seguida a descansar. A nuestra edad y viviendo en París, no se acuesta uno a la misma hora que los aldeanos.

Guzmán, que no sentía deseos de separarse del simpático capitán, apoyaba cuanto este decía con signos afirmativos.

—Si os parece —continuó el militar— daremos un paseo, entraremos en cualquier café y nuestra conversación nos servirá para ser amigos y para que vos sepáis quién soy yo.

Los dos jóvenes se entrelazaron del brazo con esa confianza que proporciona la mutua simpatía y la identidad de opiniones, y abandonando la gran plaza, siguieron el mismo camino que allí les había traído, dirigiéndose instintivamente al Paláis-Royal, que como centro de París, atraía todo el movimiento de la gran ciudad.

—Yo os conozco perfectamente, señor Guzmán —dijo el militar tras un largo silencio—. En casa de Theroigne se ha hablado de vos haciendo justicia a vuestro relevante mérito; pero en cambio no ha habido ninguno que se tomara la molestia de presentarme diciéndoos quién soy. Yo también pertenezco a esa juventud que adora a la revolución por lo mismo que ve en ella una madre cariñosa que ama al mérito más que al privilegio. Mi nombre os será desconocido; nada vale, nada representa, y únicamente, a raíz de la toma de la Bastilla, alcanzó alguna notoriedad. Me llamo Santiago Vadier; hace dos años era sargento de guardias francesas y veía cerrado mi porvenir a causa de que entonces para ser oficial no bastaba pasar por valiente e instruido, sino que había que ser noble; hoy, gracias a la revolución, soy capitán de la guardia nacional retribuida, y figuro en el Estado Mayor como ayudante del general Lafayette, que me aprecia un poco.

Esta manera de presentarse abría el camino a la confianza y no tardaron ambos jóvenes en tratarse con tanta franqueza como si se hubiesen conocido muchos años antes.

El capitán Vadier, a pesar de la altivez propia de su profesión, reconocía cierta superioridad en el joven español; y en cuanto a éste, sentíase atraído por aquel compañero, en cuyo agraciado rostro notábase

una expresión de energía indomable. Demostraba ser uno de esos hombres, que debiendo todo cuanto son a su propio esfuerzo, viven confiados en su temeridad y no retroceden ante obstáculo alguno.

Guzmán relató en pocas palabras a su nuevo amigo la historia de su vida y Vadier contó después los principales incidentes de su existencia, expresándose con modestia y sencillez.

Él no tenía mucho que contar; su vida había sido modesta y oscura hasta dos años antes, en que merced a su valor había escalado un puesto en el ejército.

Era alsaciano; había nacido en el departamento de los Vosgos, no había conocido a su madre, y su padre era un humilde campesino, enfermizo por la miseria, que trabajaba dieciocho horas todos los días del año y rara era la semana en que lograba hacer cuatro comidas.

El capitán Vadier, paseando por las desiertas calles del brazo de su nuevo amigo, hacía una exacta y viva pintura de la vida del campesino antes de la revolución, cuando la Iglesia con su diezmo se llevaba lo más granado de sus cosechas y el señor feudal le robaba el trabajo de sus brazos dos días por semana.

Santiago había crecido en la más terrible miseria, ayunando forzosamente cuando no merodeaba en busca del pedazo de pan que faltaba en su choza.

Su carácter enérgico y un instinto levantisco y altivo que se había manifestado en él desde la niñez, le hacían ser un muchacho temible y huraño, que aporreaba a todos sus camaradas y se burlaba de las amonestaciones de las comadres de la aldea.

El capitán todavía recordaba enternecido y sonriente a la par, los graves disgustos que había causado a su padre, hombre débil y de carácter apocado, que se asustaba ante las travesuras de su hijo menor.

Santiago era diferente en todo a sus ocho hermanos. Él no había nacido para labrar la tierra y ser una bestia sumisa a todos los caprichos y exigencias del feudalismo. En su ignorancia, el muchacho no se daba exacta cuenta de los absurdos de aquella sociedad anticuada basada en el privilegio y en la expoliación, mas no por esto era menos enemigo de los poderosos, ni se mostraba más dispuesto a continuar por su parte aquella vida mísera y semisalvaje que habían llevado todos sus ascendientes, siervos del terruño siempre fatigados, hambrientos y explotados por el

feudalismo.

Santiago Vadier fue a los quince años, según él mismo decía, un mozuelo avispado, lenguaraz y valeroso, que en vez de labrar la tierra tocaba la gaita primorosamente e iba por todas las aldeas de Alsacia improvisando coplas y presentándose como indispensable en cuantas bodas y bautizos se verificaban.

Esta vida errante y aventurera no le libraba de la miseria. Su gaita y sus canciones le producían todos los meses un buen puñado de ochavos y llenaban su zurrón de suculentos desperdicios de los banquetes; pero inmediatamente iba a despojarse de su bagaje en la choza paterna, repartiendo todas sus ganancias entre la famélica familia, que a pesar de esto, seguía considerando a Santiago como una mala cabeza, pues su vida vagamunda asustaba a aquellos seres embrutecidos por la servidumbre y que no reconocían otro mundo que el terruño que con su sudor fecundaban hacía ya tres siglos.

El cantor Santiago Vadier adquirió cierta celebridad en su patria conforme fue creciendo. Su voz y su gaita fueron conocidos por todos los bebedores de cuantas cervecerías existían en el departamento, y hasta en varias ocasiones tuvo entrada en el palacio del señor de su aldea, donde fue presentado como un ente raro, alcanzando entre aquellas gentes elevadas una efímera celebridad a causa de la exactitud con que reproducía en su instrumento el trino de los pajarillos y los rumores del bosque.

El joven Santiago abandonó su país cuando tenía dieciocho años.

A nadie dio cuenta de su viaje a París, que tuvo el carácter de una verdadera fuga, y tampoco a Guzmán le explicó claramente la causa de su transformación de artista nómada en soldado.

Su inquebrantable silencio debía ocultar una interesante aventura, uno de esos sucesos que transforman la vida de un hombre y cambian por completo su carácter.

Lo único que Guzmán pudo comprender es que Santiago había huido de la Alsacia por salvar su vida y llevando en su cuerpo señales que demostraban lo mucho que había tenido que luchar para librarse de las agresiones de sus enemigos.

Era un misterio, una sombría laguna de su vida, que Vadier saltaba en su relato con el deseo de que nadie llegara a enterarse de sucesos que

seguramente ocupaban de continuo su memoria.

El muchacho alsaciano, a pesar de su poca edad y gracias a la robustez y a la decisión que en él se notaba, logró entrar en el regimiento de guardias francesas, siendo primero pífano, después recluta y conquistando finalmente el afecto de los pocos oficiales viejos que estaban en continuo contacto con los soldados.

Vadier supo emplear sus ocios militares. No escandalizó en las tabernas ni se desafió con soldados de otros regimientos para dar gusto a los oficiales nobles, que se complacían en azuzar a sus subordinados como si fuesen perros de presa.

Deseoso de combatir su ignorancia que le avergonzaba y viendo de cerca los adelantos del genio francés tan brillante en dicha época, estudió con inmenso entusiasmo, hasta el punto de que algunos oficiales viejos afirmaban que el soldado Vadier era el hombre más instruido que existía en el regimiento. Esto le valió cierto desprecio por parte de los espadachines y de los oficiales jóvenes, que le tenían poco menos que por un cobarde, pero le sirvió para alcanzar el grado de sargento, supremo honor que los plebeyos podían lograr en el ejército, cuando acababa de cumplir los veinte años.

Unos cuantos sablazos dados con oportunidad, demostraron a todo el regimiento que el sargento Vadier, en vez de ser un filósofo, como despreciativamente le llamaban los espadachines, era un hombre de valor frío y sereno que apreciaba la sangre de sus semejantes en su justo valor y no quería perder el tiempo en estúpidos desafíos, prefiriendo al envilecimiento de taberna el estudiar para elevarse más allá de la modesta posición que le permitía su plebeyo origen.

Santiago Vadier seguía experimentando contra los poderosos los mismos sentimientos que en su niñez, sólo que ahora se daba exacta cuenta de ellos, e ilustrado por continuas lecturas, razonaba sobre el estado de la nación y se afirmaba en su odio contra aquellas clases privilegiadas, que veía de cerca, a causa de que su regimiento guarnecía siempre la corte real.

Santiago Vadier pertenecía a aquella clase de soldados que habían de dar un lustre heroico a la revolución.

La filosofía revolucionaria del siglo, al descender sobre todas las clases sociales, produjo héroes y grandes hombres. Tocó a la nobleza, a

pesar de ser su enemiga, y surgieron el vizconde de Mirabeau y el marqués de Condorcet; animó a la clase media y salieron a luz aquellos abogados de eterno renombre que se llamaron Danton, Robespierre, Verniaugd y cien más; inflamó al pueblo y de un cervecero como Santerre hizo un héroe; y descendiendo hasta las clases más ínfimas del ejército, sacó de entre las filas a humildes reclutas que habían de ser gloriosos generales con los nombres de Hoche, Moreau y Massena y a la interminable legión de caudillos que cimentaron su gloria guerrera en la época posterior del imperio.

El sargento Vadier era ya revolucionario antes que comenzase seriamente la revolución, cuando en la corte se creía que el ejército era una banda de asesinos automáticos, una turba de jenízaros cuya misión consistía en acuchillar al mismo pueblo de que procedían.

Las opiniones del joven Vadier eran un secreto para sus jefes, quienes tampoco le espiaban a causa de lo convencidos que estaban de la imposibilidad de que un soldado tuviese ideas; pero pronto encontró Vadier una ocasión para empuñar el fusil en favor de aquella libertad a la que adoraba en silencio.

Cuando se desarrolló la jornada del 14 de julio y el pueblo entusiasta y en desorden se dirigió a la Bastilla, él fue quien electrizando con su palabra a otros sargentos de guardias francesas los decidió por la insurrección, arrastrando tras sí más de dos mil soldados.

Este valiosísimo refuerzo y el valor temerario que demostró en la toma de la Bastilla, hicieron de Vadier un héroe al que aclamó con entusiasmo la multitud.

La municipalidad de París, al organizar la guardia nacional, le había hecho capitán de los batallones retribuidos, formados con los guardias franceses que abandonando a la aristocracia se habían pasado a la causa popular; y el célebre Lafayette, encantado por la juventud de Vadier, por su heroísmo y por aquella ilustración que demostraba con pocas palabras, nombrólo su ayudante, haciéndole entrar en el Estado Mayor.

Esta era la historia que Santiago Vadier relató a su nuevo amigo, sin olvidar el hacer mención de las grandes esperanzas que tenía puestas en el porvenir.

—Mirad, querido amigo —dijo el capitán cuando terminó la historia de su vida — me tengo por un hombre modesto, pero esto no me impide

creer que he nacido para ser algo. Tengo ahora veintiocho años, soy capitán y estoy en camino para llegar hasta donde pueda conducirme mi valor y mi entusiasmo. Soy pobre; vivo en una miseria casi igual a la de Brissot, pues casi todo mi sueldo lo envío a la Alsacia para aliviar la miseria en que viven mi padre y mis hermanos, pero esto no me impide ser feliz, si es que por felicidad se entiende la alegría que causa el convencimiento de llegar al objeto que se desea. Yo no quiero ocultaros que soy terriblemente ambicioso. Otros pretenden elevarse a las mayores alturas guiados únicamente por el medro personal o por el afán de que su nombre sea célebre; yo quiero subir a donde se encuentra la gloria y subiré arrollando toda clase de obstáculos, pero bien sabe Dios que mi única ilusión al ser célebre, es poder vengarme de enemigos que me despreciaron, ofuscándoles con el brillo de mi renombre. Amigo Guzmán —continuó el militar después de una breve pausa-cada hombre tiene su secreto y yo también tengo el mío, que me permitiréis guarde cuidadosamente. Tengo confianza en vos, pero aún no es hora de que revele un misterio de mi juventud que hace que viva latente en mí un deseo de justa venganza.

Santiago Vadier, después de decir esto, pareció abismarse en profundas reflexiones y Guzmán respetó su meditación.

Anduvieron los dos amigos más de diez minutos sin despegar los labios, cruzando calles solitarias que estaban más alumbradas por la luna que por los macilentos reverberos que se balanceaban al extremo de largos postes en figura de horca.

Los dos amigos, andando a la ventura, encaminábanse sin saberlo hacia Paláis-Royal y llegaron por fin a dicho punto media hora después de haber dejado a Brissot en la plaza de Luis XV.

—Ya que nos hallamos aquí sin haberlo deseado —dijo el capitán Vadier— no nos vendrá mal entrar a refrescar en el café Procopio. Es un establecimiento que está tildado de realista a causa de la clase de sus parroquianos; pero se fabrican en él excelentes helados, y más de un patriota se sienta a sus mesas sin que por esto sufra su civismo.

Los dos jóvenes, cogidos del brazo, entraron en el café Procopio, establecimiento que veinte años antes había gozado gran celebridad a causa de que a él asistían los principales enciclopedistas.

Vadier buscó una mesa que estuviera inmediata a las ventanas, pues era grande el calor en la sala del café y solo encontró una libre junto a un

grupo de jóvenes bulliciosos, del cual salían frecuentes y ruidosas carcajadas.

Los dos amigos se sentaron sin fijarse en tan revoltosa vecindad y Vadier se puso de espaldas a la mesa que ocupaban los jóvenes.

Guzmán era el que colocado frente a ellos podía verles, y no se le escapó la mirada irónica e insolente que todos fijaron en el uniforme del capitán Vadier.

—No hay duda —pensó Guzmán—. Los parroquianos de este café son todos realistas y milagro será que salgamos de aquí sin tirarnos los vasos a la cabeza.

Y el español, que no tenía deseos de provocar un altercado en el Paláis-Royal, pero que tampoco lo rehuía, fijó su mirada con insistencia en aquellos jóvenes, y tan amenazadora debió ser su expresión, que todos bajaron su vista y siguieron hablando y riéndose con afectada indiferencia.

Vadier, ocupado en saborear los helados de Procopio, de los cuales parecía entusiasta, no se apercibió de la actitud de Guzmán, ni vio la atención con que éste examinaba el grupo de petimetres.

Eran unos doce e iban vestidos conforme a la última moda de la época, con fracs de color cuyos faldones barrían el suelo, pantalones de seda ridículamente estrechos y abotonados sobre el tobillo, medias caladas, zapatos con grandes lazos, chaleco corto con dos gruesos mazos de dijes colgando de los relojes, monumental corbata en la que se hundía su rostro hasta la nariz, cabello lacio y empolvado, pequeño tricornio sin escarapela y grueso garrote, dentro del cual ocultábase una sutil hoja de espada.

Guzmán contemplábales con la atención del que ve por primera vez un bicho raro, admirándose ante aquellos degenerados sucesores de los antiguos paladines, que se distinguían por su afeminamiento y sus crueles instintos.

Hablaban ceceando como un niño, porque así lo exigía la moda; se pintaban y perfumaban como una cortesana; pero esta vil relajación no les impedía ser insolentes e insultar a los patriotas siempre que los veían aislados o tenían sobre ellos la superioridad del número.

Eran los entusiastas lectores de Las Actas de los Apóstoles, los que repetían en las tertulias los chistes de Souleau; los que acudían a los

teatros para aplaudir con furor a los actores realistas que subrayaban con el acento los versos en loor de la monarquía, y también los que disfrazados muchas veces de obreros, se introducían furtivamente en los clubs para promover escándalos o se mezclaban en los motines para deshonrar con delitos la causa del pueblo.

Guzmán, joven enérgico, serio y virtuoso, no podía menos de sentir asco al contemplar aquella juventud corrompida, con sus rostros adobados, a los que animaba una mirada fría e insolente. Pensaba en que esta juventud que se llamaba dorada, era una especie de prostitución masculina y no pasaba desapercibido para él, el gran contraste que existía entre uno de aquellos jóvenes y el resto de sus compañeros.

Era un mocetón fornido y de aspecto inculto. No iba pintado ni adornado femenilmente como sus amigos, mas no por esto resultaba más simpático, pues le hacían odioso su mirada altanera y feroz, sus ademanes rudos propios de salvaje que sólo por necesidad se conforma a vivir en plena civilización, y un gesto de inquietud y de astucia alarmada que continuamente contraía sus facciones. Vestía con cierta suntuosidad, abundando en su traje los adornos de piedras preciosas así como las brillantes sortijas en sus rudos y gruesos dedos, y las grandes botas que calzaba, lo mismo que su redingot de triple esclavina, daban a entender que acababa de llegar de un viaje.

Él era el único que no reía en el grupo de los petimetres. Escuchaba con atención cuanto decían sus amigos y sólo de vez en cuando hacía algunas observaciones, pues no parecía comprender bien ciertas palabras de aquel argot aristocrático e insustancial con que los jóvenes comentaban los sucesos políticos y la vida de los principales patriotas.

El desconocido hablaba lentamente y en voz baja, pero una vez que gritó hasta hacerse oír en la mesa donde estaba Guzmán, éste no pudo menos de experimentar una ruda impresión de sorpresa.

Aquella voz no era desconocida para su oído y parecía despertarle en la memoria un amortiguado eco.

¿Dónde había oído hablar a aquel hombre? Guzmán estuvo algunos instantes luchando con su memoria para encontrar un recuerdo fijo y concreto que justificase la ilusión de su oído; pero por más esfuerzos que hizo, no pudo lograr tal deseo.

Por otra parte contemplaba fijamente al desconocido y no hallaba en

sus facciones un solo detalle que le fuese familiar.

No; seguramente era la primera vez que veía aquella cara innoble y brutal, pero su voz opaca, dura y con una vibración altanera, estaba todavía adherida a su oído, sin que la memoria pudiese determinar a qué hora ni en qué sitio la había escuchado por primera vez.

El español, después de grandes esfuerzos mentales, se dio por vencido.

—¡Bah! —pensó—. ¡Hay tantas voces parecidas! De seguro que la voz de ese sujeto se parece a alguna que he oído yo en otra ocasión; pero estoy lejos de creer que haya visto a ese hombre antes de ahora. Su cara me es desconocida. Además, yo sólo me he tratado con patriotas y ese joven demuestra ser igual que sus amigos realistas.

Y el español, convencido de que era una ilusión aquella semejanza de voz y viendo que el grupo de petimetres no volvía a fijarse en el capitán Vadier, cesó de lanzarles su mirada hostil y atendió a su amigo que le dirigía la palabra.

XVII.- A LA SALIDA DEL CAFÉ PROCOPIO

Os he traído aquí, amigo Guzmán —dijo Vadier— porque conozco vuestras aficiones filosóficas y tengo la seguridad de que experimentaréis un vivo placer sabiendo que en este mismo establecimiento se reunían algunos hombres ilustres a los que rendís admiración.

El joven español lanzó a su amigo una mirada interrogante y el capitán continuó:

—En esta misma sala y durante veinte años, ha tomado café y charlado con sus amigos, el gran Diderot, ese genio inquieto y tempestuoso que representó en la escena filosófica el mismo papel que hoy desempeña Danton en la política. En estas mesas, entre el rumor de cien conversaciones distintas, meditaba y escribía sus famosos opúsculos, y en los días verdaderamente extraordinarios en que la riqueza se dignaba visitar a la filosofía, Diderot almorzaba en los gabinetes del entresuelo con Rousseau, D'Alembert y otros, discutiendo a los postres la publicación de la Enciclopedia, esa obra inmortal a cuyo calor han ido vivificándose los gérmenes de la Revolución.

Guzmán contemplaba con un respeto fervoroso aquel lugar de recreo, que en cierto modo había sido como un templo de la filosofía revolucionaria, y le producía el efecto de un cruel sacrilegio, ver en el mismo lugar, a aquella juventud depravada y ridícula, cuyas cabezas rizadas eran incapaces de contener el más leve vestigio de pensamiento.

El joven español permaneció silencioso algunos instantes y por fin exclamó como saliendo de profunda meditación:

—Adoro a esos hombres ilustres que habéis nombrado. El período de su vida fue la época feliz para la inteligencia humana.

—Es verdad —contestó Vadier—. Nunca Francia produjo a un mismo tiempo tantas inteligencias privilegiadas. Fue aquella la época de oro de nuestra filosofía. Yo he estudiado con alguna detención dicho período, he hablado con algunas personas que trataron íntimamente a los célebres filósofos y no he podido menos de admirarme de la sencillez jocosa y del buen humor con que se trataban todos los ilustres convidados a las cenas del barón de Holbach, que entre carcajadas y chistes discutían los más arduos problemas. El escepticismo de Diderot los contagió a todos, y cuando entre los amigos filósofos se cruzaban cartas, siempre iban encabezadas con las mismas palabras: Muy señor mío y querido ateo.

Guzmán sonrió ante esta broma inocente de los autores que tanto admiraba.

Hízose el silencio entre los dos amigos, y Guzmán, que sin explicarse la causa se sentía atraído por el grupo de petimetres, volvió a fijar su atención en ellos.

Seguían hablando y bromeando insustancialmente, pero el español, al dirigir sus ojos hacia ellos, tropezó con la mirada dura, altiva y soberbia de aquel que llevaba traje de camino y que tan rudo contraste formaba con sus atildados compañeros.

Aquel hombre estaba contemplando a Guzmán desde mucho rato antes, cuando éste entabló la conversación con el capitán Vadier, y así que vio cómo el joven español se fijaba en él, desvió inmediatamente su mirada con afectada indiferencia.

En el rostro del desconocido notábase también una expresión de sorpresa. Sin duda la voz de Guzmán había producido igual efecto en él, que la suya en el oído del joven español.

Santiago Vadier, que vuelto de espaldas al grupo de elegantes no se había apercibido de nada, no era hombre capaz de permanecer mucho tiempo silencioso, así es que para animar a Guzmán se asió de la primera idea que pudo ocurrírsele para animar la conversación.

—Dispensadme, amigo Guzmán; pero hace mucho rato que deseo dirigiros una pregunta. ¿Qué os ha parecido la bella Theroigne? ¿Verdad que resulta una mujer encantadora? Yo soy antiguo amigo de ella, aunque a la verdad no frecuento mucho su casa, pues como ayudante de Lafayette, no juzgo decoroso reunirme todos los días con periodistas a

quienes aprecio y admiro, pero que casi siempre se burlan del general. Vos la habéis visto esta noche por primera vez, ¿no es así?

—Hoy la he conocido. Mi amigo Desmoulins se empeñó en presentarme en casa de Lambertina.

Y Guzmán dijo esto con voz más fuerte, clavando una mirada de reto en el grupo de petimetres, a los cuales creía haber visto sonreír despreciativamente cuando Vadier nombró a Lafayette. Por esto al pronunciar el nombre de Desmoulins le acentuó mirando al elegante grupo con expresión hostil, pero recobró su tranquilidad al notar que ninguno de los petimetres volvía a sonreír y que antes bien, todos afectaban indiferencia.

—Yo conocí a Lambertina —continuó el capitán— el mismo día de la toma de la Bastilla, cuando ella con su traje rojo, al aire su rizada cabellera y un sable en la mano, penetró por el puente levadizo como una viviente imagen de la diosa de la guerra. Dos veces tropecé con los escombros de la brecha cayendo al suelo y otras tantas me ayudó a levantarme su fuerte brazo, que con el puño cerrado y entre el diluvio de balas amenazaba a los suizos que disparaban desde las plataformas. Desde aquella jornada, la bella heroína y el pobre sargento de guardias franceses sintiéronse ligados por los lazos de un fraternal cariño, que no acabará nunca. Ella me estima y se enfada si trascurre mucho tiempo sin que yo visite su casa y yo en cambio la respeto hasta el punto de haber ido algunas veces a sablazos con esos insolentes de la juventud dorada, que para insultar al pueblo nada encuentran mejor que lanzar groseras calumnias contra Theroigne.

Guzmán escuchaba atentamente al capitán, sin dejar de vigilar por esto al grupo de los aristócratas, pero Santiago creyó ver en su amigo una expresión de malicia incrédula y se apresuró a añadir:

—Adivino lo que pensáis. Muchos han creído lo mismo no pudiendo imaginarse que un joven como yo, y por añadidura militar, tratase con cariño respetuoso y fraternal a una mujer célebre por su belleza y por su libertad de costumbres. Pues bien, amigo mío; os juro que nunca me he tomado la menor libertad con Theroigne, ni ésta creo me lo hubiese consentido. Me quiere demasiado para tomarme como amante y toda la vida me tratará como trata un soldado a un compañero de armas, al lado del cual ha arrostrado la muerte.

Detúvose Vadier algunos instantes, su rostro franco tomó una

expresión melancólica, y dijo por fin con acento triste y desalentado:

—Además, aunque Theroigne me hubiese amado, era imposible que yo pudiese correspondería. Hace tiempo que perdí la libertad. Mi cuerpo va por el mundo sin reconocer obstáculos ni atemorizarse ante mentidas superioridades, pero hay algo dentro de mí que no me pertenece y que quedó esclavo hace ya mucho tiempo. No os diré más, amigo Guzmán; permitidme que calle. En mi vida hay una laguna misteriosa, que yo mismo salto cuando recuerdo mi pasado.

Estas palabras del joven capitán habían interesado al español, quien dejó de fijarse en los petimetres para mirar a su amigo, que cabizbajo y con el ceño fruncido, parecía abismado en sus recuerdos.

Pronto salió Santiago de esta meditación para hacer a su amigo una pregunta extraña:

—¿Vos sabéis lo que es el amor? ¿Habéis encontrado ya la mujer que ha de haceros su esclavo?

Guzmán, a pesar de su carácter grave, acogió con una sonrisa el tono algo dramático con que el capitán hizo estas preguntas.

—Amigo Vadier, parecéis un personaje de las novelas sentimentales de Juan Jacobo Rousseau. ¿Tenéis empeño en saber si yo amo? Pues bien, sí, amigo mío, estoy enamorado de una joven a quien conocí hace pocos días y en las más extraordinarias circunstancias, cuando viajaba de Varennes a París después de haber ayudado a la captura del rey.

Guzmán no se dio cuenta exacta de si fue casual u obedeciendo a una atracción extraña, pero lo cierto resultó que levantando su cabeza, encontróse con la mirada fija y hostil de aquel desconocido, que ahora mostraba claramente una expresión de inmensa sorpresa.

Las últimas palabras del español eran sin duda lo que impresionaba tanto al desconocido.

Por espacio de algunos segundos estuvieron los dos jóvenes mirándose fijamente y con marcada impresión de hostilidad.

En el café Procopio y en aquella época no eran extraños tales incidentes, debidos a las divergencias de opiniones políticas y que siempre terminaban a palos y botellazos; por esto no tardaron en apercibirse de las furibundas miradas algunos parroquianos que ocupaban las mesas inmediatas.

El grupo de petimetres callaba adivinando lo que ocurría en el

interior de su compañero, y en cuanto a Vadier, al notar que su amigo parecía olvidado de la conversación y tenía sus ojos fijos en la otra mesa, siguió el curso de su mirada y vio por primera vez a aquel desconocido que con tanta insolencia contemplaba a Guzmán.

Los dos jóvenes seguían mirándose fijamente como hipnotizados por el brillo de sus ojos y tenaces cada uno en el infantil propósito de ser el último en sostener la mirada; pero el desconocido tuvo por fin que bajar los párpados como deslumbrado, al mismo tiempo que Guzmán con mano febril buscaba en la mesa una botella, un vaso, algo que arrojarle a la cabeza a aquel incógnito insolente.

El desconocido, después de bajar los ojos, habló con sus compañeros, al mismo tiempo que Vadier preguntaba con impaciencia a su amigo:

—¿Pero qué es esto? ¿Conocéis acaso a ese sujeto? ¿Es enemigo vuestro? ¿Os ha ofendido en algo?

—Esta es la primera vez que le veo.

—Pues entonces… ¿a qué esa mirada de reto?

—No sé; pero él y sus amigos me son terriblemente antipáticos, y creed que gozaría dándoles de bofetadas. Hace poco rato he creído verlos reír cuando vos hablabais de Lafayette y de la bella Theroigne, y ahora al levantar la cabeza me he encontrado con la furibunda mirada de ese sujeto, que tiene las trazas de un bandido enriquecido y que parecía quererme comer con sus ojos. Ese hombre me repugna sin saber por qué y además me irrita el no poder recordar dónde he oído su antipática voz. Debe conocerme y odiarme por algo que yo no recuerdo, y creed que me dan tentaciones de ir a su mesa para preguntarle su nombre y acabar de una vez.

Vadier, que cuando se presentaba una ocasión difícil era bravo y extremadamente atrevido, fijó su mirada en el grupo de petimetres que en torno de la mesa y con las cabezas inclinadas conferenciaban con cierto secreto, y después de una corta vacilación púsose en pie llevándose la mano a la empuñadura del sable.

—Esperad ahí, amigo Guzmán —dijo con expresión de cariñosa autoridad—. Si es que queréis ser mi amigo os prohíbo que abandonéis ese asiento. Dejadme obrar a mí.

Y el capitán dirigióse a la mesa de los petimetres, saludándoles cortésmente con su galoneado tricornio.

Vadier, a pesar de sus aficiones filosóficas, se había contagiado algo de las absurdas costumbres del regimiento de guardias francesas; era un regular tirador, había tomado parte en varios duelos para demostrar su valor a falta de una guerra y conocía las costumbres de los espadachines por haberse rozado con ellos en el cuartel.

—Señores —dijo con frialdad al grupo de jóvenes elegantes—. El amigo que me acompaña, se muestra muy molesto por las insistentes miradas de este señor —señalando al desconocido— y exige que le dé su nombre y se bata con él inmediatamente o que salga sin pérdida de tiempo de este café. Tengo el honor de manifestaros esto, presentándome para sostener todo cuanto dice mi amigo. Me llamo Santiago Vadier y soy del Estado Mayor de la guardia nacional.

Hubo entre aquellos petimetres quien hizo un movimiento de sorpresa y miró con curiosidad al capitán al oír su nombre, pero él no se apercibió de ello y dijo con arrogancia:

—¿Qué decidís, señores? Espero vuestra contestación.

Los movimientos de aquellos jóvenes y el nervioso chocar de sus nudosos bastones sobre el pavimento daban a entender cuál sería la respuesta.

El dueño del café, desde el mostrador lanzaba inquietas miradas a aquellos parroquianos que iban a traer la desolación a su honrado establecimiento, y un criado estaba junto a la puerta, como dispuesto a salir corriendo al primer síntoma de alboroto para evitar al cercano puesto de la guardia nacional. La batalla era ya inevitable, pero el desconocido atajó los sucesos diciendo a Vadier con su voz dura y una impertinente altivez:

—Está bien; podéis volveros a vuestra mesa, señor capitán, y dentro de dos minutos os contestaremos o saldremos del café.

Vadier volvió la espalda con cierta arrogancia y fue a reunirse con Guzmán, mientras que los petimetres, que parecían dispuestos a la lucha, interrogaban con visible extrañeza a su amigo.

La conversación entre ellos fue breve.

Vadier y Guzmán, que se habían vuelto de espaldas con afectada indiferencia, nada vieron; pero en cambio el dueño del café notó que aquel desconocido hablaba con gran calor a sus compañeros y que éstos parecían objetarle alguna cosa, hasta que por fin manifestó ponerse de su

parte uno de ellos, el mismo que había hecho un movimiento de extrañeza al oír el nombre del ayudante de Lafayette.

Aún no habían transcurrido dos minutos, cuando ya todos ellos se habían levantado de sus asientos, y después de pagar a un criado, salían del café sin mirar a sus enemigos ni hacer otras demostraciones que algunos guiños misteriosos dirigidos a ciertos amigos que ocupaban otras mesas del salón.

El dueño del café estaba asombrado. Conocía muy bien a algunos de aquellos jóvenes, que habían convertido su establecimiento varias veces en un campo de Agramante y que con sus insolencias gustaban de promover continuos altercados y le extrañaba esta fuga vergonzosa ante dos hombres.

Esto le hacía mirar a Guzmán y a Vadier como dos paladines heroicos de aquellos que aparecen en los libros de caballerías riñendo con centenares de malandrines y arrojándolos al suelo de un solo tajo de su espada.

Los dos amigos permanecieron más de media hora en el café sin hacer caso de aquella muda ovación que parecía tributarles los parroquianos pacíficos que habían presenciado su incidente con el grupo de petimetres.

Cansados por fin de estar en aquel establecimiento siendo objeto de la curiosidad de todos, salieron del café y pasearon por las galerías del Paláis-Royal, que comenzaban a presentar su aspecto propio de las primeras horas de la madrugada.

Los dos jóvenes, paseando por entre las parejas de rameras descocadas y demás gente equívoca que pululaba en las galerías, hablaban de la situación política y de los desaciertos de la Asamblea, que para impedir la efervescencia revolucionaria producida por la fuga del rey a Varennes, apoyaba imprudentemente a los realistas, quienes crecían en insolencia y audacia.

Guzmán oía con aparente atención a su amigo Vadier, que se lamentaba de las exageraciones de los revolucionarios y de la timidez de los constitucionales, pero notábase en el español que una idea oculta le obsesionaba, haciendo trabajar tenazmente a su inteligencia.

Acercábanse los dos amigos en uno de sus paseos a la puerta de Paláis-Royal que da frente al Louvre, cuando Guzmán detúvose de

pronto y golpeándose la frente, exclamó con el asombro del que ha resuelto un difícil problema:

—¡Ya sé quién es!

—¿Quién? —preguntó Vadier con asombro—. ¿De qué persona habláis?

—¡Le conozco bien! —continuó Guzmán sin escuchar a su amigo—. Es Dampierre, el infame a quien perdoné la vida ante las conmovedoras instancias de Luisa.

—¿Pero quién es Dampierre? ¿Quién es Luisa? —preguntó el capitán cada vez más confuso y extraño.

—Dampierre es ese hombre en traje de camino, que con tanta insistencia me miraba en el café y al que habéis desafiado en mi nombre. Conozco bien a ese miserable. La vergonzosa prudencia que acaba de manifestar le retrata moralmente. Es incapaz de batirse conmigo en lucha franca, pero tengo la seguridad de que me daría una puñalada al volver una esquina si se le presentase ocasión oportuna.

—Decís bien —contestó Vadier—. Conozco a esa juventud dorada y sé cuáles son los procedimientos que emplea. Pero perdonad mi curiosidad: ¿De qué conocéis a ese hombre? Decídmelo, si esto no es un misterio como los que yo tengo en mi vida.

—Os lo diré, amigo Vadier. Conocí a ese hombre hace pocos días a la salida de Varennes y casi al mismo tiempo que encontraba a la mujer que es hoy dueña de mi corazón. Pero lo que me extraña ahora es la torpeza de mi memoria, que tanto me ha hecho tardar en reconocer a un enemigo. El rostro de Dampierre lo he visto por primera vez, hace media hora, y en tal estado me encuentro que ahora apenas si lo reconocería; pero su voz, que tales recuerdos despertó en mi oído, debía haberme hecho suponer quién era el hombre que tan fijamente me miraba. Aquí me hallo transformado. En España tenía una memoria asombrosa, pero en París me encuentro aturdido; los hechos se suceden para mí con una rapidez asombrosa, cada hora conozco un hombre célebre, cada minuto oigo una frase sublime; a veces me imagino vivir en el foco de un torbellino y los recuerdos se confunden y se extinguen en mi memoria.

Y Guzmán, después de explicar así a su amigo el excepcional estado de agitación en que se hallaba desde que entró en París, comenzó a relatar a Vadier todo cuanto le había ocurrido cerca del incendiado

castillo de Dampierre y en sus inmediatos bosques.

Mientras el español hablaba a su amigo y éste escuchaba el relato de su aventura con profunda atención, un tropel de negras nubes habían entoldado el diáfano cielo bañado por la luz de la luna y comenzaba a iniciarse una de esas terribles tempestades ruidosas y exuberantes de electricidad, tan frecuentes en el verano parisién.

Pronto la azulada luz de los relámpagos hizo destacarse en el negro espacio la arboleda y las techumbres de Paláis-Royal, como instantáneo paisaje de una linterna mágica, sólo abierta durante un segundo; y una lluvia estrepitosa cayó con acompañamiento de truenos, chocando con la fuerza del granizo contra los cristales y los tejados y removiendo la tierra del jardín, que al salpicar las vecinas columnatas, exhalaba ese vaho especial, propio de la tierra mojada.

Los dos amigos, sin salir de las galerías ni abandonar su conversación, contemplaban aquella tempestad que dispersaba a los pocos paseantes que aún quedaban en el jardín.

Vadier saludó a varios amigos que se habían refugiado en las galerías, y al llegar los dos jóvenes a la puerta inmediata a el Louvre, no se fijaron en un hombre, que inmóvil y a la sombra de una columna, parecía espiar todos sus movimientos y como guardar el paso por aquella salida. Tampoco se apercibieron de que a alguna distancia, y procurando evitar un encuentro, les seguían hacía ya mucho rato, dos hombres, cuyos sombreros apuntados y nudosos bastones, les daban gran semejanza con los petimetres del café Procopio.

El reloj de Paláis-Royal señalaba la una y media de la madrugada cuando el aguacero pareció calmarse y las detonaciones eléctricas fueron más débiles.

Al furioso torbellino de agua sucedió una lluvia sutil, mansa y silenciosa, que en su mayor parte convertíase antes de caer al suelo en pegajosa humedad que impregnaba el ambiente.

—Tenemos lluvia para toda la noche —dijo Vadier parándose en una arcada inmediata a aquella puerta que parecía vigilar el hombre oculto en la sombra—.

Creo que obraríamos prudentemente aprovechando esta momentánea calma para irnos a casa, pues la tempestad puede reproducirse. Además, yo necesito acostarme cuanto antes, pues es ya tarde y a las seis de la

mañana tengo que estar en las oficinas del Estado Mayor para encargarme del servicio de la plaza.

Guzmán dio a entender con su silencio que estaba dispuesto a seguir a su amigo y éste le preguntó:

—¿En qué barrio vivís, amigo Guzmán?

—En el de la Universidad o sea, en el barrio latino.

—Yo tengo mi habitación en la calle del Temple, pero esto no importa; os acompañaré hasta vuestra casa, pues conocéis poco París.

Los dos jóvenes se dirigieron entonces a la puerta, sin haber notado que el hombre que les vigilaba guarecido tras la columna, acababa de huir apenas oyó sus últimas palabras.

Debieron apercibirse de esta fuga los otros desconocidos que seguían a Guzmán y a Vadier, por cuanto no procuraron ya evitar un encuentro y apresurando su paso hasta el punto de correr, pasaron velozmente junto a la pareja de amigos, saliendo antes que éstos de Paláis-Royal.

Guzmán, que se fijó momentáneamente en los veloces desconocidos, no pudo evitar un movimiento de sorpresa y de alarma.

—¿Qué tenéis? —preguntó Vadier.

—Esos hombres que acaban de pasar me han parecido ser del grupo de petimetres del café de Procopio.

—¿En qué os fundáis? ¿Habéis visto sus caras?

—No; han pasado demasiado aprisa para conocerlos. Pero sus trajes…, su aire afeminado y antipático…

—¡Bah! —exclamó Vadier riéndose de la alarma de su amigo—. La juventud realista viste de igual modo y afecta idénticas maneras. Con sólo ver a uno de ellos habéis conocido ya a todos los macacos perfumados que se titulan defensores de la vieja Francia. Convenceos de que habéis sufrido una equivocación.

Los dos amigos salieron de Paláis-Royal y siguiendo los históricos muros del Louvre dirigiéronse hacia el Puente Nuevo, procurando resguardarse de la lluvia.

Alguien andaba delante de ellos, y varias veces en los espacios iluminados por la macilenta luz de los reverberos, vieron destacarse las figuras de tres hombres que caminaban lentamente como si estuvieran indecisos sobre la dirección que debían tomar y vigilasen la marcha de aquellos a quienes precedían.

Guzmán fijábase con cierto recelo en aquellos hombres y por fin dijo a su amigo:

—Capitán: París debe estar lleno de petimetres como los que hemos visto en el café Procopio.

—¿Por qué decís eso?

—Porque dos de esos hombres que nos preceden, tienen el mismo aspecto que los impertinentes jóvenes del café y que la veloz pareja que ha pasado junto a nosotros en Paláis-Royal.

Vadier se mostraba incrédulo y sonreía.

—¡Bah!, esta noche veis visiones. Las calles de París están bien vigiladas por la guardia nacional y no es de esperar una agresión. Además, no es fácil que el vil Dampierre se atreva a colocarse ante vos.

Caminaron como un centenar de pasos sumidos en profundo silencio y de repente dijo Vadier:

—¿Veis cómo esos hombres no se preocupan de nosotros? Mirad cómo pasan bajo aquel reverbero. Siguen calle arriba mientras nosotros vamos a doblar la esquina del Louvre dirigiéndonos al Puente Nuevo. Vosotros los españoles sois un pueblo romancesco. Estáis habituados a las aventuras nocturnas, a las estocadas dadas a la luz de un retablo y a todas esas escenas inverosímiles propias de una novela. Aquí en París somos más prosaicos: se puede matar a un enemigo en pleno día valiéndose de la confusión de un motín, pero por la noche el menor grito es suficiente para que aparezcan las bayonetas de la guardia nacional.

Los dos jóvenes doblaron la esquina del Louvre y se dirigieron hacia el Sena para seguir hasta el puente por la acera del malecón.

La obscuridad que reinaba en aquel sitio no les permitió ver cómo los tres hombres que les precedían en la cercana calle, al verles dirigirse hacia el Sena, habían desandado el camino, colocándose ahora a sus espaldas y siguiéndoles cautelosamente.

La lluvia que se cernía en el espacio y los vapores que exhalaba el río, formaban una densa neblina que apenas si permitía ver a los dos jóvenes los objetos más cercanos.

Los reverberos de los puentes, envueltos en aquella atmósfera densa y cenicienta, marcábanse como débiles puntos de la luz rojiza, que aún hacían más lúgubre la obscuridad que reinaba.

Vadier iba avanzando con precaución y sin abandonar con la mano

derecha la empuñadura del sable, pues a pesar de aquel temerario valor que era en él característico, comenzaba a sentir cierta inquietud.

—¡Diablo! —murmuraba con cierta jocosidad que en aquella situación tenía algo de fúnebre—. No está muy frecuentado nuestro paseo y la hora y el lugar son los más a propósito para favorecer una agresión. Voy creyendo en vuestras sospechas, amigo Guzmán, y ya me inspiran algún recelo esos hombres que tanto os llamaban la atención. Creo que alguien nos sigue; me parece oír un apagado rumor de pasos.

Y el capitán se detuvo, inclinando su cabeza hacia atrás, como para escuchar mejor; pero nada llegó a su oído que justificase sus sospechas.

—¡Vive Dios! —exclamó Vadier lanzando una carcajada—. Habéis conseguido contagiarme de vuestra inquietud. Esto se halla más solitario que un desierto; no creo que tengamos otros enemigos que los mozuelos del café Procopio con el imbécil Dampierre, y de seguro que a estas horas se hallan en algún salón de la aristocracia ensartando mentiras contra los revolucionarios y asegurando que en Paláis-Royal han hecho cantar la gallina a dos patriotas de mérito. Adelante, amigo Guzmán. No hay ningún peligro, pero tendré el gusto de acompañaros hasta vuestra casa… ¿Lleváis armas?

—Ninguna —repuso el español—. Tengo dos pistolas inglesas bastante buenas que me regaló un patriota de Varennes, pero las he dejado en casa creyendo que en París sólo se necesitan las armas en los días de motín.

—Pues hacéis mal. Ya que trasnocháis debéis ir siempre armado. Yo sólo tengo mi sable, que no puedo ofreceros… Y si nos atacaran ahora, ¿qué haríais?

—Me defendería con los puños mientras mi enemigo no llegase a partirme el corazón.

—Mala defensa es ésa —exclamó Vadier haciendo un gesto de desagrado—. Es preferible que tuvierais aquí vuestras pistolas, pero más vale que en tan apurada situación no os falte coraje… Nos acercamos al Puente Nuevo y en la plazoleta del centro, junto al cañón de alarma, hay un puesto de guardia nacional. Desde aquí veo la luz de la caserna.

Los dos amigos acercábanse al puente siguiendo la acera del malecón, pero cuando ya sólo les faltaban unos cien pasos para poder atravesar el río, un prolongado y estridente silbido sonó a sus espaldas.

—¡Atención, Guzmán!, ¡apoyad vuestra espalda en el malecón y poneos a la defensiva! —dijo Vadier tirando de su sable—. Me parece que vuestras sospechas van a resultar ciertas.

No pudo el capitán decir más, pues de repente surgieron de la obscuridad, como si los vomitase la tierra, a pocos pasos de la entrada del puente, cinco o seis hombres que avanzaron impetuosamente sobre los dos amigos, mientras que por el otro lado llegaban tres más, uno de los cuales, el más corpulento, reía de un modo mefistofélico.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡buenas noches, señores! ¿Dónde guardáis vuestra bravura del café Procopio?

Y al mismo tiempo gritaban los otros con la expresión alegre y feroz que les proporcionaba la seguridad del triunfo:

—¡Mueran los descamisados!

Estas palabras fueron seguidas por un choque metálico y estridente, cuya vibración duró algunos segundos.

Era que Vadier, con su vigoroso brazo, había hecho describir a su sable un ancho semicírculo, deteniendo la línea de estoques, cuyas puntas dirigían velozmente hacia su pecho.

Los petimetres habían desnudado las hojas de espada que llevaban ocultas en sus garrotes, pero el sable de Vadier, moviéndose como un relámpago en todas direcciones, era como una muralla de acero que por algunos instantes no pudo atravesar aquel haz de mortíferas puntas.

Vadier, que se consideraba impotente para defenderse mucho tiempo contra tan numerosos enemigos, miraba angustiosamente al cuartelillo del Puente Nuevo y gritó con voz atronadora:

—¡Guardias, a mí!… ¡Socorred a un ayudante de Lafayette!

—¡Toma, gaitero errante!… ¡Ahí va esa otra, mendigo presuntuoso!

Y el petimetre que decía estas palabras, las acompañó con dos furiosas estocadas que traidoramente intentó asestar al capitán agachándose y dirigiendo su espada al abdomen, pero Vadier supo pararlas oportunamente y hasta le pareció que su sable, al subir rasgaba algo blando, arrancando un terrible juramento a su enemigo.

Mientras tanto una lucha aún más terrible se desarrollaba a pocos pasos del grupo.

Dos hombres agarrados de las manos y forcejando con las supremas convulsiones de la desesperación, iban de un lado a otro vacilando como

borrachos, chocando furiosamente contra la muralla del río y respirando jadeantes cuando no lanzaban palabras entrecortadas.

—¡Te conozco!… ¡Eres Dampierre! —murmuraba Guzmán con expresión feroz y con la boca empapada en sangre, pues al verse sin armas se había defendido mordiendo varias veces en el rostro a su perseguidor—. ¡Eres el canalla que asediaba a Luisa a quien en mal hora perdoné yo la vida!… ¡Tira ese puñal, cobarde! Riñe conmigo noblemente, que me siento capaz de devorarte sin que de ti quede vestigio.

Y al decir esto, el joven español apretaba convulsivamente las robustas manos de su enemigo, impidiéndole que hiciera uso de aquel puñal, que ya varias veces había dirigido contra su pecho.

A pesar de esta fiera resistencia, Guzmán tenía la seguridad de ser vencido.

El furor que le dominaba excitábale con una fuerza nerviosa, pero pasajera, mientras que Dampierre, robusto, sanguíneo y forzudo como un toro, no parecía cansarse por aquella lucha en la cual el español, si se doblaba ante una fiera embestida, enderezábase instantáneamente como un arco de acero.

La situación de los dos amigos era apurada.

—¡A mí, guardias!…, ¡a mí! —seguía gritando Vadier lanzando furtivas miradas al cuartelillo, al mismo tiempo que, sin despegar la espalda del malecón, resguardaba su pecho trazando una red de cuchilladas.

Guzmán estaba como enloquecido por aquella lucha cuerpo a cuerpo, que era una serie continuada de caídas al suelo y de magulladores choques contra el malecón. Su enemigo le zarandeaba de un lado a otro, pero no lograba desasirse de él ni librar sus puños de hierro de aquellas manos delicadas que apretaban como tenazas.

Dampierre era en aquellos instantes como el toro que agarrado por un atleta, lo empuja con aplastante fuerza de un lado a otro, sin conseguir que suelte sus potentes astas.

El español sentía agotarse sus fuerzas; la debilidad comenzaba a apoderarse de sus brazos; zumbábanle los oídos y veía ya próximo el instante en que soltando aquel puño que oprimía, elevaríase éste para hundir repetidas veces el puñal en su cuerpo.

Enloquecido más aún que por el furor del combate, por la certeza de que iba a morir a manos de Dampierre, rechinó los dientes e hizo presa en el sudoroso rostro de su enemigo, que lanzó un rugido de furor al sentir desgarrada una de sus orejas.

El fin de aquella lucha espantosa fue rápido. Dampierre, enfurecido por el dolor, lanzó una blasfemia, y en una suprema convulsión de su musculatura de gigante, logró desasirse de su enemigo, y levantando su brazo armado del puñal, lo hundió en el pecho de Guzmán, quien se desplomó lanzando un sordo gemido.

En aquel mismo momento el círculo de estoques que asediaba a Vadier, retirábase, al principio con lentitud, y desaparecía inmediatamente, pues todos los petimetres emprendieron la fuga.

—Huyamos, César gritó uno de ellos—. Ya ha caído el español, y en cuanto a este mendigo tocador de clarinete, tiempo nos queda para despacharlo.

—¡Venid, cobardes! —gritó el capitán—. Venid todos juntos, que para todos tiene mi sable.

Tan excitado estaba Vadier por aquella lucha desesperada, que tardó más de un minuto en darse cuenta exacta de lo que había ocurrido.

Casi al mismo tiempo que cayó Guzmán, oyose en el silencio de la noche el descompasado ritmo producido por los pasos de muchos hombres que corrían sobre el puente en confuso tropel. Sonaron los chasquidos que producen las llaves de fusil al ser montadas y una voz enérgica y grave gritó a la entrada del puente:

—¡Alto a la guardia nacional!

Esto fue lo que hizo emprender a los aristócratas su rápida fuga.

Cuando Vadier se vio rodeado por aquellos ciudadanos armados, estaba tan aturdido, que aún siguió con el sable en la mano en actitud defensiva y únicamente cuando los guardias al ver su uniforme le saludaron como jefe, fue cuando pudo darse exacta cuenta de la situación.

Una parte de la fuerza había salido en persecución de los fugitivos y en la inmediata calle sonaron algunos disparos.

—¿Dónde está Guzmán? ¿Dónde está mi amigo? —preguntó Vadier con inquietud mirando a todos lados en aquella densa oscuridad—. ¡Buscad!, ¡buscad más allá! Se batía valientemente a mi lado.

El primer guardia que avanzó, tropezó inmediatamente con el cuerpo del joven.

—Aquí hay un hombre que parece muerto.

—¡Muerto! —exclamó con desesperación Vadier—, ¡muerto Guzmán!

Un estertor de angustia agitó el pecho de Vadier, quien llorando como un niño, buscó en la obscuridad el cuerpo de su amigo, y arrodillándose, tomó su cabeza inanimada entre sus manos.

—¡Félix! ¡Amigo mío! —murmuró con voz que denotaba el furor reconcentrado—. Acababa de conocerte, cuando ya te amaba como a un hermano. Sé quién es tu asesino; descansa, yo te vengaré.

Había transcurrido ya cerca de un cuarto de hora desde que ocurrió la agresión, cuando el cuerpo de Guzmán descansaba sobre el entarimado del cuerpo de guardia del Puente Nuevo.

Acababa de regresar el pelotón que salió a perseguir a los agresores y que había hecho fuego sobre ellos, sin conseguir apresar a ninguno.

Un viejo sargento de la guardia, que por su cualidad de veterano era algo experto en curar heridas, examinaba a Guzmán, que había sido despojado de la casaca y el chaleco y tenía rasgada su fina camisa.

Sobre su pecho, blanco como el de una dama y entre el hombro izquierdo y la tetilla, abría la herida sus labios de un rojo oscuro cubiertos de sangre coagulada, que el veterano lavaba cuidadosamente.

Una sonrisa de satisfacción iba dibujándose bajo los grises mostachos del sargento, quien miró a Vadier, que con el ceño fruncido y el rostro desolado e iracundo a la par, contemplaba el inmóvil cuerpo de su amigo.

—La herida es grave —murmuró el veterano— pero apuesto mi paga del mes a que este mozo no muere de ella.

El capitán miró con incredulidad al viejo, no pudiendo comprender cómo prometía la vida de aquel cuerpo inanimado, en el cual los irregulares latidos del corazón eran los únicos signos de existencia. Pero antes de que pudiera manifestar con palabras la extrañeza que le producía aquel diagnóstico, lanzó un grito de asombro y de alegría al ver que se abrían lentamente los ojos de Guzmán y que su turbia mirada fijábase con vaguedad en todos los rostros que le rodeaban.

—¡Vives! ¡Vives! —exclamó Vadier con voz trémula por la alegría —. Animo, Guzmán; no morirás de ésta. Aún tendremos tiempo para

vengarnos.

El capitán estrechaba cariñosamente una mano de su amigo, al mismo tiempo que inclinado sobre su rostro, le hablaba tan conmovido y cariñoso, que todos los presentes sentíanse emocionados.

Los labios de Guzmán moviéronse con visible esfuerzo como si intentaran decir algo.

—No te esfuerces —exclamó Vadier—. Dime lo que quieras al oído.

El capitán se inclinó aún más, aplicando una oreja a los labios de su amigo, y pasados algunos momentos se irguió preguntando al veterano:

—Sargento, ¿creéis que este caballero puede ser conducido a su casa sin grave peligro de su vida?

—Con una herida como la suya —respondió el viejo— me dejaría yo pasear por toda Francia. Pero esto es cuestión de complexiones. Vuestro amigo es robusto y bien puede sufrir la fatiga que le produzca el ser conducido a su casa.

El capitán llamó entonces al tambor del cuerpo de guardia, un verdadero pillete de París, listo, malicioso y activo como una ardilla, el cual, mientras escuchaba al capitán con la mano extendida en un pico de su sombrero, sacaba un pie como dispuesto a correr para cumplir inmediatamente la orden que se le diera.

—Muchacho —dijo Vadier— busca un carruaje, aunque tengas que correr todo París. Tráelo aquí y conduciremos a mi desgraciado amigo a la calle de los Fosos de San Jacobo. Sé diligente; el herido es un gran patriota y por tanto vas a desempeñar un servicio nacional.

XVIII.- AL DESPERTAR

Cuando Guzmán adquirió el convencimiento de que había despertado, un rayo de sol, atravesando los sucios vidrios de la ventana y resbalando sobre las desteñidas colgaduras del lecho, daba de lleno en su rostro produciéndole una tibia impresión de bienestar.

Al joven no le costó mucho reconocer el lugar donde se encontraba: aquella habitación era la suya; pero le fue más difícil el poder recordar cómo había llegado allí y qué le había ocurrido antes de acostarse en aquel lecho.

Encontrábase débil, no sentía animado su robusto cuerpo por aquella energía propia de una juventud sana y poderosa y el sordo zumbar de sus oídos junto a los desvanecimientos que experimentaba al ser su cerebro agitado por el pensamiento después de una larga inercia, indicábanle que no se hallaba en un estado normal y que su salud había sido combatida por una causa de que no conservaba el menor recuerdo.

Sentíase como quebrantado por la fatiga que produce el permanecer mucho tiempo en la misma posición.

Intentó moverse, pero no consiguió que su cuerpo cambiase de postura ni una sola pulgada. Su voluntad deseaba aquel cambio, pero el cuerpo se negaba a obedecer como si hubiese quedado rota toda relación entre su pensamiento y los músculos y nervios.

Quiso mover los brazos e inmediatamente experimentó, más abajo del hombro izquierdo, un agudo pinchazo que le hizo lanzar un grito, sintiendo la misma impresión que si un estilete de fuego atravesase sus carnes.

Al eco de aquel grito, prodújose algún movimiento en la parte de la habitación que quedaba oculta a Guzmán por las colgaduras de la cama.

Oyó el joven el ruido de una silla al ser empujada, después algunos

ligeros pasos y por fin apareció entre las dos cortinas de la cama, la arruinada figura de la vieja portera de la casa donde vivía Guzmán.

—¿Qué tenéis, señor Félix? —preguntó con interés—. ¿Por qué os quejáis? ¿Es que os vuelve a doler la herida?

—¿Qué herida? —contestó Guzmán—. Algo siento aquí, en el lado izquierdo, que me incomoda dolorosamente y me impide moverme; pero no sé qué pueda ser esto. Me hallo en un estado muy extraño. ¿Podréis decirme qué es lo que me pasa?

—¡Vaya, señor Félix!, ya volvéis a hacer de las vuestras. Lo menos veinte veces me habéis preguntado por qué estabais en cama y yo he cometido la tontería de deciros todo cuanto sé. Pero lo mismo que si se lo contara a las paredes. Inmediatamente lo habéis olvidado, volviendo a hacer extrañas preguntas y gritando cosas incoherentes como si estuvierais loco. Los médicos que han venido aquí estos días, me decían que esto era el delirio de la calentura; pero os aseguro que vuestro delirio ha puesto en conmoción a todos los habitantes de la casa; tanto es lo que habéis gritado.

Guzmán oía con interés esta relación de sus propios hechos, que él mismo ignoraba, y como excitado por las palabras de la vieja, en su memoria efectuábase una reacción, comenzando ya a marcarse algunos contornos de los sucesos que habían ocurrido y que él parecía haber olvidado.

—Decid, señora Santos —dijo el joven a la portera—, ¿cuántos días estoy en esta cama?

—¡Válgame Dios! —exclamó la vieja—. Ya habláis de un modo más razonable y tenéis en los ojos la expresión del hombre que goza de cabal juicio. Hace ocho días que os trajeron aquí algunos guardias nacionales en un carruaje de alquiler. Veníais herido y de tanta gravedad, que yo os tuve por muerto. Un capitán os acompañaba, cuidando de que os subieran por la escalera con grandes precauciones, y el buen señor debe quereros mucho, pues estos ocho días puede decirse que los ha pasado aquí, siendo muy pocas las horas en que no estaba a la cabecera de vuestra cama.

—Ese capitán —dijo Guzmán con acento conmovido— sería mi amigo Santiago Vadier.

—Creo que ese es el nombre de dicho señor. Es un joven muy amable y que se ha portado con vos como un hermano. ¡Qué cuidadosamente

hacía todo lo que le ordenaban los médicos! Yo le he ayudado muchas veces a sujetaros cuando os entraba el delirio y comenzabais a decir simplezas, al mismo tiempo que con vuestras manotadas intentabais arrancaros el vendaje de la herida… ¡Dios santo! ¡Y cuántas barbaridades decíais cuando os entraba aquella especie de locura! Gritabais como si estuvierais discutiendo acaloradamente con los curas de vuestro país; hablabais de la Inquisición, de los calabozos, de una tal Luisa, de un marqués con la cabeza cortada; y acababais por fin la fiesta dando puñetazos a todos lados y mordiendo las sábanas hasta el punto de hacer trizas los embozos. Se conocía que en sueños estabais luchando con un enemigo terrible.

Guzmán experimentaba en aquellos instantes un raro fenómeno. De nada se acordaba cuando despertó; pero ahora las palabras de la vieja abrían la compuerta que cerraba su memoria y un tropel de vagos recuerdos invadía su cerebro, tan desordenada y atropelladamente, que el joven no sabía a cuál acudir primero.

Permaneció algunos minutos reflexionando, como si dudase en formular una pregunta, y por fin se decidió a decir con timidez:

—¿Y en estos días, sólo ha venido a cuidarme el capitán Vadier?

La portera hizo un gesto de asombro y dijo con cierta prosopopeya, como si su amor propio fuese halagado por las distinciones que merecían sus inquilinos:

—¡Pues apenas ha venido aquí gente en estos ocho días! Ha sido asombroso y ha llamado la atención de la calle entera el gran número de personas que han venido a enterarse del estado de vuestra salud. ¡Si dicen que hasta en los periódicos y en el club de los Jacobinos se ha hablado de vuestra herida! Nunca llegué a imaginarme que extranjero y recién llegado a París, tuvieseis tantos amigos. Hasta el señor Bonaparte, que parece no tener apego aun a la camisa que lleva, me preguntó el otro día por vuestra salud con bastante interés. A los periodistas les basta escribir cuatro líneas, para que inmediatamente todo París fije su atención en un hombre.

Guzmán acogía con impaciencia estas palabras de la vieja y un gesto de contrariedad agitaba su rostro impregnado en una palidez amarillenta.

—Está bien —dijo el enfermo— pero yo no os preguntaba eso. Lo que yo quiero saber, no es las personas que han preguntado por mí, sino

las que me han cuidado en estos ocho días.

Y el rostro del joven demostraba una gran inquietud, como si temiese no ver realizadas algunas esperanzas que le había hecho concebir cierto recuerdo vago que por momentos tomaba consistencia y se agrandaba en su memoria.

—Señor Félix: quien con más asiduidad se ha dedicado a vuestra curación ha sido el capitán Vadier.

—Ya lo sabía: ¡adelante! —dijo el enfermo con impaciencia—. ¿Quién más?

—El señor Camilo también ha venido con frecuencia, pasando aquí largas horas en compañía del capitán.

—¡Ah! ¡Camilo!, ¡mi buen amigo! Ahora recuerdo como si fuese un ensueño las veces que le he visto ahí, junto a la cama, mirándome con dolorosa expresión. Yo le veía confusamente cual a través de un denso velo negro. Nunca olvidaré sus pruebas de cariño. ¿Pero qué otras personas han estado aquí?

La vieja parecía vacilar antes de responder, y por fin, con la expresión del que encuentra un buen pretexto para salir del paso, contestó:

—También estuvieron aquí el diputado Petion, un señor muy campechano que se llama Danton y los comisionados del club de los Jacobinos.

—Bueno; esos no estarían más que un breve rato y yo os pregunto por las personas que han permanecido aquí días enteros a la cabecera de mi cama cuidándome. Recordad bien, señora Santos, y decid la verdad, pues me parece que tenéis interés especial en olvidaros de algo.

La vieja portera, mirando fijamente con sus ojillos grises y maliciosos al enfermo, estuvo como perpleja durante algunos minutos, pero por fin sonrió socarronamente y dijo a Guzmán:

—¡Pues no habéis estado tan loco como yo creía! Me imaginaba yo, al veros en aquel estado, que no os fijaríais en los que estaban alrededor vuestro, pero ahora veo que os acordáis de todo y que es inútil mi reserva. Sois muy afortunado, señor Félix, y de seguro que todos los jóvenes de París envidiarían vuestra dicha si la conocieran.

Guzmán estaba impaciente ante la interminable charla de la portera.

—Pero hablad, ¡vive Dios! Decid de una vez quién es esa persona que me cuidaba y que tanto interés tenéis en ocultar.

—Cuatro luises de oro, como cuatro soles, me dio para que no os hablase de ella. Sin duda tiene interés en que ignoréis la atención con que os ha cuidado, para algún día tener el gusto de manifestároslo personalmente. Si todos los que os han visitado —añadió la portera con la codiciosa expresión de una avara— hubiesen sido tan generosos, seguramente que a estas horas podría dejarme la portería. Personas tan generosas como esa señora, abundan poco en el mundo.

—¿Confesáis, pues, que aquí ha estado una mujer? —preguntó Guzmán con expresión triunfante.

—Sí, ¿a qué negarlo, si vos, a pesar de vuestro delirio, parecéis tan enterado como yo? Aquí ha estado durante cuatro días, cuidándoos con el cariño de una hermana, una señora hermosa y apuesta como una reina y tan generosa cual pueda serlo María Antonieta. Es madama Lambertina Theroigne, que tiene una magnífica casa en la calle de Richelieu y de la que se hacen lenguas dos o tres patriotas de este barrio con los que yo me trato. Ya veis que estoy bien enterada de quién es esa señora. Dos veces me envió a su casa con algunos encargos para su doncella, y además me he enterado sin deseo alguno, pues las porteras, aunque no queramos, lo sabemos siempre todo. ¡Pero qué suerte tenéis, señor Félix! Bien vale la pena de que os traigan herido a casa a las tres de la madrugada, si después habéis de ser cuidado por una mujer como la señorita Lambertina.

Y la vieja portera, entusiasmada por la majestuosa belleza de aquella mujer y más aún por los cuatro luises que la había dado, deshacíase en elogios, ponderando todas las cualidades de la bella Theroigne y unas cuantas más que no existían; pues la vieja, por agradecimiento, se mostraba capaz de afirmar que Theroigne era tan casta como la bíblica Susana.

Guzmán no escuchaba las hiperbólicas frases de su portera. Ya había oído cuanto necesitaba saber y tenía el convencimiento de que Lambertina era la misma que había visto con la vaguedad de un fantasma entre las brumas de su delirio, siempre conmovida, con el bello rostro agitado por dolorosa incertidumbre y de pie junto a su cama, atenta a sus más leves quejidos, a sus más insignificantes movimientos.

El joven sentía invadida su alma por una inmensa expresión de agradecimiento y hubiese querido tenerla allí para besarla las manos, mojándolas con sus lágrimas, y adorarla con ese santo respeto que inspira

la madre cuando se sacrifica por el hijo.

Ahora comprendía el noble y puro afecto que inspiraba aquella cortesana calumniada, a todos sus amigos. Alma pura lanzada por el fatalismo de las circunstancias en los cenagales del vicio, conservaba, a pesar de su degradación las más nobles virtudes y olvidaba los placeres y hasta su propio reposo para ir a prestar su auxilio a todo aquel que veía un peligro.

Guzmán permaneció silencioso durante algunos minutos, pues le emocionaba fuertemente aquel bello rasgo de Lambertina abandonándolo todo para ocuparse del cuidado de un joven recién venido de París, sin familia, sin fortuna y al que sólo había tratado en las pocas horas que estuvo en su casa.

El español pensaba que una mujer que así procedía era muy digna de que la amasen, a pesar de sus costumbres y de la general murmuración; pero pronto le sacó de estas reflexiones la voz de la portera, que era mujer incapaz de permanecer callada por mucho tiempo.

—Os lo repito, señor Félix: sois un hombre de suerte y no podéis quejaros de la fortuna teniendo amigas tan hermosas y distinguidas como la señorita Lambertina. Conociéndoos se comprende esto. Sois guapo, tenéis una hermosa figura, parecéis valiente, los periódicos hablan de vos y con estas condiciones hay de sobra para trastornar el seso a la mujer más altiva. Yo también he sido joven y sé lo que son estas cosas.

Calló la vieja, como si el recuerdo de sus floridos años le produjera honda tristeza, pero poco después volvió a animarse su arrugado rostro con una maliciosa sonrisa y añadió:

—¡Pero qué suerte tenéis, picarillo! No os basta haber conquistado a la hermosa Lambertina y todavía tiranizáis otros corazones tan tiernos y dignos de ser amados. Esto que voy a deciros, de seguro que no lo sabéis. ¡Qué habéis de saber, si la pobrecita no se atrevió a subir a vuestro cuarto!

—¡Cómo!…, ¿qué decís? —preguntó Guzmán con tanta inquietud y sorpresa, que llegó a moverse en el lecho, sintiendo en el hombro un agudo dolor.

—¡Je!, ¡je!, ¡je! —rió la portera mostrando su dentadura rota, angulosa y ennegrecida—. Parece que os interesa mucho saber que hay otra joven que también se preocupa de vuestra salud… Pues bien, sí; la

pobrecita ha venido dos veces a preguntarme cómo estabais, y a juzgar por su aire azorado y por la prisa que tenía en marcharse, debía venir escapada y sin que nadie se apercibiera en su casa de la fuga. ¡Pobre niña! La primera vez, cuando yo le dije que todavía estabais muy enfermo y que no existía seguridad completa de salvaros la vida, le faltó poco para ponerse a llorar en mi portería. Tengo la seguridad de que a haber insistido yo, hubiese subido a veros, pero la infeliz tenía mucho miedo de encontrarse con alguno de vuestros amigos y además parecía, faltarle el tiempo, pues apenas recibía mis noticias salía como escapada.

—Pero, ¡voto al diablo! —gritó Guzmán con toda la fuerza de que era capaz su débil voz— estáis ahí charlando y no os dais prisa en contestar a mi pregunta. ¿Queréis decirme quién es esa mujer?

—Vos lo sabréis mejor que yo. Sólo la he visto dos veces y no he pensado en preguntarla su nombre. A pesar de su aire modesto y de la sencillez con que va vestida, parece una persona de distinción. Es rubia, no aparenta más que unos dieciocho años y tiene el mismo aire de esas vírgenes tan graciosas que pintan en las iglesias. Es tan hermosa como la señorita Theroigne y a pesar de esto no se le parece en nada. Mirad, señor Guzmán, yo soy vieja y la experiencia me ha enseñado a clasificar todas las mujeres bonitas. No os riáis de mis comparaciones; pero a mí me parece esa joven desconocida una humilde paloma que atrae con su inmaculada blancura, así como la señorita Theroigne me resulta un magnífico pavo real que deslumbra con los mil colores de su soberbia belleza.

Guzmán, a pesar de la indicación de la portera, reía oyendo estas comparaciones. Una alegría interior animaba aquella hilaridad.

Ya sabía él quién era la inmaculada paloma de que hablaba la señora Santos, entusiasta lectora de las novelas sentimentales de aquella época.

La joven desconocida no podía ser otra que Luisa, la cual, sabiendo de algún modo inesperado la desgracia de su antiguo protector, había aprovechado algunas ocasiones para correr a la calle de los Fosos de San Jacobo y acallar su dolorosa incertidumbre enterándose del estado en que se hallaba Guzmán.

Aquella mañana era para el joven de gratas satisfacciones. Hermoso despertar de su delirante sopor. Su herida había servido para probarle que Luisa sentía por él un vivo interés y para revelarle el inmenso afecto que Theroigne profesaba al joven, con el que sólo había conversado algunas

horas en el trascurso de una cena.

La imagen de las dos mujeres confundíase en su imaginación como si formaran una sola, y Guzmán comenzaba a notar con alguna zozobra, que la gratitud hacia Theroigne mezclábase con la irresistible inclinación que sentía hacia Luisa.

Gozaba el joven abismándose en el recuerdo de aquellas dos mujeres, pero la charla de la portera no le dejaba pensar y le distraía continuamente.

—Sí, señor Félix; esta casa ha sido en estos días un continuo jubileo. Mi sobrino, ese chicuelo que guarda la portería cuando yo estoy en las habitaciones de los huéspedes, habla con asombro de la mucha gente que ha entrado a preguntar por vos; y por mi parte he tenido que hacer no sé cuántos saludos a las personas de importancia que han subido aquí con objeto de apreciar vuestro estado por sus propios ojos. El capitán Vadier os podrá dar de esto mejor cuenta que yo. Él era quien hablaba con los visitantes y muchas veces quien los traía. Sin ir más lejos, esta misma mañana ha venido aquí, con un señor moreno, de pelo cano, que os miraba con gran cariño y se ha inclinado varias veces besándoos en la frente. No sé quién podrá ser, pero me recelo que es algo pariente vuestro.

Guzmán, que comenzaba a ser invadido por la fatiga producto de una conversación impropia de su estado y que sentía funcionar el cerebro con dificultad, hizo un gesto de indiferencia. Estaba cansado por haber hecho funcionar prematuramente su pensamiento y no tenía interés en averiguar quién pudiera ser aquel desconocido.

Sentíase demasiado preocupado por el cariño de aquellas dos mujeres para pensar en los hombres.

La portera adivinaba en el rostro de su huésped, cada vez más pálido, la inmensa fatiga que le había causado aquella conversación, y arrepentida de su propia charla, retirábase discretamente hacia la puerta.

—Adiós, señor Guzmán; necesitáis dormir un rato y como no creo que os sean precisos mis servicios, voy a aprovechar la ocasión para dar un vistazo a la portería. Dios sabe cómo estará el cuarto cuidándolo el granuja de mi sobrino. El capitán Vadier no tardará en venir y entonces tendréis compañía.

La vieja abría ya la puerta de la habitación y tenía un pie en el

corredor, cuando la llamó el enfermo.

—Decid, señora Santos; desde que desperté no os quería preguntar otra cosa, y vuestra conversación me ha distraído. ¿Qué día es hoy?

—Hoy es viernes, 8 de julio.

—¿Y qué hora es?

—Cuando vos despertabais daban las diez de la mañana en el reloj de San Esteban del Monte.

La portera iba a salir de la habitación en vista del silencio del enfermo, pero se detuvo al oír que éste la llamaba otra vez.

—Decid, señora Santos; vos leéis los papeles públicos y charláis con algunos patriotas que viven en esta calle. ¿Qué se dice de nuevo en París?

—¡Oh! —exclamó la portera con afectación y muy envanecida por aquella consulta que le hacía un huésped amigo de tantos personajes—. París está dado al diablo. La gente habla contra la Asamblea y ya no tiene fe en ella, pues dice que todos son iguales; lo mismo los diputados que los ministros y el rey. El club de los Franciscanos, a instigaciones del señor Danton, prepara una gran revuelta, que si no se verifica pasado mañana, seguramente será al otro domingo. Me parece que cuando estéis fuerte del todo y os sea posible salir de casa, vais a ver cosas muy buenas.

La portera, viendo ya calmada la curiosidad del enfermo, salió de la habitación cerrando la puerta por fuera, y Guzmán, que durante el anterior diálogo había levantado la cabeza, la dejó caer sobre la almohada, experimentando una sensación de bienestar.

Al quedar solo, sufrió las consecuencias de la prematura fatiga a que había sometido su pensamiento. Su cabeza sufrió fuertes vahídos; algunos escalofríos corrieron por su espalda y poco a poco el enfermo sintiose invadido por un profundo sopor.

Deliraba internamente sin agitarse ni proferir gritos, y su imaginación desarreglada, hacíale ver extrañas visiones, espacios interminables de color rosa, en los cuales revoloteaba una blanca paloma que tenía el rostro de Luisa y a la cual asustaba con sus graznidos la hermosa Theroigne cubierta con un ropaje de deslumbrantes plumas.

El delirio duró más de una hora. De repente pareciole oír un enorme trueno y que todas las ilusiones de su imaginación venían abajo con horroroso estruendo, como un edificio cuyos cimientos flaquean de

repente.

El joven despertó sobresaltado, reconociendo que aquel trueno no era más que el ruido de la puerta al abrirse.

Al ver a Santiago Vadier que entraba en el cuarto con rostro alegre, experimentó una inmensa satisfacción.

—¡Félix!, ¡amigo mío! —gritó el capitán, que tuteaba al español desde la sombría aventura del Puente Nuevo—. He hablado con tu vieja portera, experimentando una inmensa satisfacción al saber que te hayas libre de la fiebre y que hablas y discurres como un hombre sano. Ánimo, amigo mío; pronto estarás bueno y podremos dedicarnos a la busca de aquellos cobardes que tan traidoramente nos agredieron.

El enfermo, con sus miradas cariñosas, parecía indicar a Vadier que se acercara a la cama, pero éste no se movía de la puerta como si quisiera ocultar con su cuerpo a alguien que estaba detrás de él.

—¿Pero entrarás por fin? —dijo Guzmán con una sonrisa que animaba su macilento rostro.

—Espera; ya voy —contestó el capitán—. Pero antes quiero anunciarte que vas a ver a una persona a la que amas mucho. Si no te conociera bien te prepararía con circunloquios y palabras bien meditadas, pero sé que eres hombre incapaz de dejarte vencer por las emociones. Esto será un reconocimiento en regla como en el último acto de las comedias. Pasad, caballero —dijo Vadier volviéndose a la persona que parecía ocultar.

El capitán se apartó, dejando libre la entrada a un hombre, que se dirigió hacia la cama con los brazos extendidos.

—¡Padre mío! —gritó Guzmán con una expresión indescriptible y propia de la situación, al mismo tiempo que se incorporaba sentándose en el lecho, a pesar del punzante dolor que le produjo este movimiento.

La negra cabellera del joven confundióse con las grises melenas de su padre y durante algunos minutos sólo se oyeron entrecortados suspiros y chasquidos de interminables besos.

Vadier, que de pie junto a la chimenea contemplaba aquel reconocimiento, a pesar de que intentaba sonreír para ocultar su emoción, tenía los ojos húmedos y pensaba en la mísera cabaña de la Alsacia donde un viejo agonizante por el brutal trabajo de cincuenta años, agradecía los auxilios pecuniarios de un hijo a quien en la niñez había

tratado siempre con despego a causa de su índole aventurera y revoltosa.

—Sí; yo soy, hijo mío —decía el señor Guzmán, que después de besar a su hijo pasábase el pañuelo por los enrojecidos ojos—. Esta mañana he estado aquí con este amigo tuyo, pero me he limitado a darte un beso, cuidando que no despertaras. Anoche llegué de Marsella y hasta última hora no supe que estabas en París, ni el desgraciado accidente que te había ocurrido. Ahora estoy enterado de todas tus hazañas desde que saliste de Sevilla. ¿Sabes,

Félix mío, que te encuentro hecho un héroe? Estoy satisfecho de ti, palabra de honor; me enorgullezco de tener un hijo que tanto llama la atención por sus actos.

Y el emocionado padre contempló a Félix con esa mirada profunda, cariñosa y dulce, que sólo puede encontrarse en los ojos de un padre.

El señor Guzmán, a pesar de su vida aventurera en diferentes países de Europa y de su larga permanencia en Francia, conservaba todo el aspecto de un hidalgo andaluz.

Era de alta estatura como su hijo; su rostro, de un moreno casi bronceado, formaba contraste con su cabellera gris; tenía el aire marcial del hombre acostumbrado a las armas y familiarizado con los peligros; no podía evitar cierto gracejo del lenguaje aun en las más difíciles situaciones y trataba a todos con una franqueza simpática, considerando como amigo íntimo a aquel con quien hablaba una sola vez.

Segundón de una noble casa de España, dedicado por sus padres a la Iglesia, como les ocurría a todos los nobles de su clase, y poseyendo una imaginación de fuego junto con un valor a toda prueba, no tardó en enemistarse con su familia y salir de la casa paterna para ingresar en el ejército, siendo uno de los calaveras más alborotadores y temibles de Andalucía.

A los veinticuatro años, cuando con sus hazañas de libertino amable y valeroso recordaba al legendario Don Juan, conoció en Granada a una joven, hija de una familia de hidalgos pobres, y que fue para él como un ángel de redención, pues su amor puro y tranquilo logró sacarle del envilecimiento en que vivía.

Guzmán se casó, abandonando su vida de placeres, pero su nuevo estado y el amor intenso que sentía por su esposa, le empujó a una vida de nuevas aventuras y de continuos peligros.

Era pobre y deseaba conquistar riquezas para su esposa. Su hermano, el conde de Tilly, que le tenía gran afecto, ayudábale con algunos donativos, pero esto no podía satisfacer a un carácter altivo e independiente, que tocado además del espíritu de incredulidad y libre examen que impregnaba el ambiente del siglo XVIII, encontrábase mal en el seno de la sociedad española, fanática y sumisa a todo lo tradicional.

El segundón de la casa de Tilly no tardó en ponerse en pugna con el Santo Oficio, que ya le consideraba como una próxima víctima de sus furores; pero Guzmán supo huir a tiempo, y se embarcó en un buque que salía para Méjico, justamente tres días después que su esposa había dado a luz a Félix.

El padre tuvo que abandonar a aquel hijo que apenas si pudo estrechar entre sus brazos, no llegando a imaginarse en aquellos instantes, que volvería a encontrarlo veinte años después, viéndolo convertido en un revolucionario fugitivo de su patria como él y recibido con entusiasmo en el seno de un gran pueblo.

Desde aquella huida, la vida del señor Guzmán fue una verdadera novela, con aventuras casi inverosímiles. Parecía que la suerte complaciese en arrojarlo incesantemente de un punto a otro de la tierra. Quería ser rico; cuatro o cinco veces consiguió una fortuna y otras tantas la perdió, volviendo a reanudar su vida errante y aventurera.

En la naciente república del norte de América, fue soldado de la libertad y se batió a las órdenes de Washington; trabajó como colonizador en los desiertos bosques del nuevo continente; comerció con los apaches y pieles rojas, defendiendo a tiros sus mercancías; en diez años tuvo millones y pidió limosna en las calles de Filadelfia, y al fin volvió a Europa no quedándole de todas las riquezas adquiridas más que un pequeño capital.

Íntimo amigo del general Miranda, ilustre venezolano que había pertenecido como él al ejército español y que también llevaba en Europa una vida semierrante, siguióle a la corte de Rusia, donde la célebre Catalina II recibía con agrado a los extranjeros de talento, aunque tuviesen un nombre obscuro; vivió después en Viena tratando a José II, el rey filósofo, misántropo y de costumbres humildes, que con un garrote en la mano y vistiendo una casaca parda viajaba a pie por su imperio, durmiendo en las más modestas posadas; y cansado al fin el inquieto

Guzmán de aquella vida tormentosa que le aviejaba prematuramente y que si le producía honores y distinciones no le proporcionaba riquezas, dirigióse a París, y naturalizándose como ciudadano francés, ingresó en el ejército, que en aquella época contaba con muchos extranjeros.

El señor Guzmán era en la actualidad teniente coronel y hacía medio año que había contraído matrimonio con una dama francesa casi de su misma edad y que poseía una respetable fortuna.

A los cinco años de su huida de España, el señor Guzmán, durante un armisticio entre ingleses y americanos, había recibido la noticia de la muerte de su joven esposa.

El pequeño Félix quedaba al cuidado de su abuela, mujer sencilla y devota, y bajo la protección de su tío el conde de Tilly, lo que tranquilizó mucho al señor Guzmán sobre la suerte de su hijo. Además le era imposible el reclamarlo, pues su vida aventurera, abundante en peligros y en incidentes poco morales, no era la escuela más apropiada para un pobre niño, de estudiante en la Universidad de padre, a quien las gentes timoratas todas las locuras y de los mayores

Félix, durante su infancia y su vida Granada, había oído hablar mucho de su pintaban como un ser infernal capaz de crímenes. El joven, que no había conocido a su padre y que sólo oía hablar de él con alguna benevolencia a su sencilla abuela, no sabía qué concepto formarse del autor de sus días, considerándolo casi como un ser misterioso en el que se amalgamaban las mayores virtudes con los más horrendos defectos. Pero llegó un día en que la afición al estudio le lanzó por la senda de las ideas revolucionarias y esto, unido a sus conversaciones con su tío, el conde de Tilly, le revelaron el verdadero carácter de su padre, comprendiendo entonces el misterio de su vida.

En el ánimo de Félix efectuóse entonces una gran revolución. Había pasado gran parte de su existencia recordando a su padre con frialdad cuando no con terror, y ahora se apasionó de él con vehemencia, tributándole cariñosa adoración y considerándolo como un ser superior. Lo que en su adolescencia le habían parecido infernales defectos, considerábalo ahora como sublimes virtudes.

Entre el padre y el hijo entablóse una activa y cariñosa correspondencia que sirvió para que el joven se enardeciera más con el relato de las primeras agitaciones populares del pueblo de París.

Murió en esto la anciana señora que había servido de madre a Félix a falta de su desgraciada hija, y el joven pasó a vivir a Sevilla, al lado de su tío, quien si le había tratado con cierta indiferencia cuando niño, le profesaba gran aprecio desde que conoció su talento y aquella energía y convicción que le recordaban a su hermano.

Entonces fue cuando Félix quedó iniciado en la masonería y pronunció en las tertulias de Sevilla todas las audaces expresiones que no pasaron desapercibidas para el tribunal de la Inquisición.

Ésta era la historia de aquellos dos hombres, padre e hijo, que después de veinte años de ausencia se encontraban para conocerse personalmente por primera vez.

Félix había visto un retrato de su padre en casa del conde de Tilly, pero el señor Guzmán no había tenido hasta entonces la menor idea de cómo era su hijo.

Por esto resultaba natural aquella contemplación profunda en que parecía sumido el señor Guzmán y que duraba ya muchos minutos.

El joven contestaba con dulce sonrisa a las cariñosas miradas de su padre y así pasaba el tiempo sin que ninguno de los tres hombres que estaban en la habitación se decidiera a hablar el primero.

—¡Pero cuán hermoso te encuentro, hijo mío! —dijo por fin el señor Guzmán—. Algo hay en ti, indefinible; te encuentro una vaga expresión que te hace semejante a mí y que demuestra de dónde procedes; pero en lo demás tu parecido es exacto con tu pobre madre; tienes las mismas facciones y sobre todo idénticos ojos que aquella infeliz, que fue mi única pasión.

Y el padre de Félix, al decir esto con voz temblorosa, se emocionó de tal modo, que hubo de pasarse nuevamente el pañuelo por sus ojos, que hinchaba un llanto rebelde a salir.

—Tú, hijo mío —continuó el padre tras un largo silencio— tal vez me juzgues mal, pues todavía no has tenido ocasión para apreciarme de cerca y conocer mi carácter. Sépaslo, si es que no te lo han dicho todavía. Acabo de casarme, ni más ni menos que si fuere un joven como tú. ¿No es verdad que sienta mal el llorar a una mujer muerta cuando acaba uno de casarse con otra sin que nadie le obligue a ello? ¿No te parece que esto hace dudar de la veracidad de mi dolor? Pues bien, a pesar de todo, lo repito: después de veinte años, amo a tu madre lo mismo que el día en

que la conocí, y su recuerdo es el único placer que saborea mi memoria. ¡Ah, Félix mío!, no me juzgues mal. Cuando seas viejo y te halles cansado de las luchas de la vida, comprenderás mejor estas cosas. Me siento fatigado, no tengo ya mi antigua energía para seguir una vida errante y llena de aventuras; reconozco en mí gustos sedentarios que me ponen al nivel de uno de esos viejos rentistas que buscan la tranquilidad y no salen nunca de la población en donde han nacido; y en estas circunstancias he procurado crearme un hogar, del que he carecido durante veinte años. Una mujer prudente, de regular fortuna, y ya en el último límite de la juventud, me hizo el honor de fijarse en mi persona, y he aquí toda la historia de mi reciente matrimonio. Si me preguntas si amo a mi mujer, te diré que no. Es cariñosa amistad, es noble agradecimiento, lo único que siento por ella, pues el amor lo agoté todo con tu pobre madre y es imposible que mujer alguna pueda hacer latir mi corazón. Si algo queda en mi pecho de la antigua ternura, es para ti que eres mi hijo, para ti que eres el vivo retrato de aquella mujer que vivirá siempre en mi memoria.

Y el señor Guzmán, en un nuevo arranque de entusiasmo paternal, volvió a abrazar a su hijo, que estaba emocionado por aquella franqueza que ponía al descubierto su corazón.

El capitán Vadier, conmovido por la tierna escena, permaneció silencioso e inmóvil, dejando que el padre y el hijo, sin desenlazar sus brazos, hablasen confidencialmente del pasado.

El señor Guzmán hacía preguntas a Félix sobre su hermano el conde de Tilly y sobre lo ocurrido al joven en la Inquisición de Sevilla, y con gran atención fue enterándose de todo lo que le había sucedido desde que desembarcó en Dunkerque hasta que entró en París.

Inútil es decir que Guzmán, arrastrado por la respetuosa delicadeza propia de un hijo, tuvo buen cuidado en no relatar a su padre la aventura del castillo de Dampierre ni aquella pasión que sentía por Luisa.

—Bien has estado, muchacho —exclamó el señor Guzmán, que después de haberse disipado la anterior emoción, recobraba su habitual gracejo—. No puedes quejarte de tu buena fortuna en Francia, pues a excepción de esa maldita puñalada que te tiene en la cama, todo han sido dichas para ti. Y a propósito, hijo mío; cuéntame cuál ha sido la causa de esa traidora agresión, de la que tan milagrosamente has salido con vida.

Guzmán lanzó a su amigo Vadier una significativa mirada, que éste

comprendió inmediatamente.

El joven quería ocultar a su padre la causa de aquel odio que Dampierre alimentaba contra él, y por esto el capitán intervino mezclándose en la conversación.

—El motivo fue bien sencillo, señor Guzmán —dijo Vadier—. Félix y yo nos tropezamos en el café Procopio con unos jovenzuelos realistas que se entretenían hablando mal de nuestros amigos más ilustres y dirigiendo burlas soeces contra los patriotas. Los retamos y no quisieron aceptar, a pesar de que eran seis para cada uno de nosotros; pero cuando salimos de Paláis-Royal, mucho después de medianoche, nos acometieron cerca del Puente Nuevo, y como Félix no llevaba armas para defenderse recibió esa puñalada.

—¡Vive Dios! —exclamó el señor Guzmán, cuyo atezado cutis coloreóse con una oleada de sangre—. ¿Y no sabéis quiénes son esos canallas? Podíamos ir a buscarles.

—Ignoramos sus nombres —se apresuró a decir Guzmán.

—No importa —continuó el padre— ya los encontraremos. Mi amigo Marat, escondido en su cueva, lo sabe todo y muy extraño resultará que no conozca a esos granujas dorados. Él, con sus excelentes informes, tiene exacto conocimiento de la existencia de Los Caballeros del Puñal, una asociación de realistas, juramentados para exterminar a todos los patriotas. Esos enemigos del pueblo se esparcen en grupos por todo París, acechando una ocasión propicia para exterminar a los más ilustres patriotas. Por esto Danton, cuando se retira a su casa a altas horas de la noche, lleva las pistolas en la mano, y más de una vez han sido apaleados traidoramente algunos sujetos, que vistos en la obscuridad, tenían cierta semejanza con Camilo Desmoulins. Indudablemente han sido esos infames los que os agredieron en el Puente Nuevo.

Félix y Vadier no dudaban de la existencia de la asociación de Caballeros del Puñal, pero como conocían la verdadera causa de aquella lucha nocturna, no hacían gran caso de las afirmaciones del señor Guzmán.

—Marat —continuó éste con la expresión admirativa y respetuosa propia del que habla de un ídolo— es un grande hombre al que no se escapan ninguna de las maquinaciones de los realistas. Como es perseguido con tanto encono por la gente de la corte y al mismo tiempo

por la policía de Lafayette, vive en lo más profundo de un misterioso subterráneo, cuya entrada sólo conocemos algunos amigos, y a pesar de esto sabe antes que nadie todo lo que ocurre en París. Él fue el primero que me habló de tu llegada y de tus aventuras, mostrando grandes deseos de conocerte. Así que estés bueno, hijo mío, te llevaré allá y podrás ver de cerca al amigo del pueblo, ese misterioso caballero andante de la época moderna, que sin salir de su sombrío retiro, es el protector de los débiles y el terror de los fuertes.

Félix con su dulce sonrisa demostraba lo dispuesto que se sentía a seguir a su padre en todo cuanto deseara. Había vivido separado de él tantos años, que sentía verdadera ansia de obedecerle, como si con esta sumisión recobrara una parte de aquel cariño paternal de que había carecido en su infancia.

Todavía se prolongó más de una hora la conversación entre padre e hijo, en la cual terciaba algunas veces el capitán Vadier.

Daban las doce en el reloj de San Esteban del Monte cuando el señor Guzmán buscó con la mirada su sombrero como indicando que iba a partir.

—Mira, chiquitín mío —le dijo a Félix— yo por mi gusto estaría aquí siempre, pero tengo apremiantes ocupaciones; mi mujer me espera para asuntos de la casa y además todavía no he escrito el informe de mi viaje a Marsella, que tengo que leer esta noche en la sesión de los Jacobinos. Bien mirado, nuestra presencia aquí no te conviene, pues tú lo que necesitas es descansar. Habla poco, duerme mucho y procura menearte lo menos posible. De este modo es seguro que antes de seis días tendrás cerrada la herida y podrás salir a la calle.

Vadier se dispuso a acompañar al padre de su amigo, y cuando el señor Guzmán, después de abrazar y besar nuevamente a su hijo, se dirigió a la puerta, el capitán acercóse con cautela al lecho del enfermo, quien estrechó con efusión sus manos.

—¡Cuánto te debo, Santiago! —murmuró el herido con visible enternecimiento—. Únicamente perdiendo la vida por ti es como podría corresponder a tus sacrificios. Has sido para mí más que un hermano.

—¡Bah! No hables de esto si no quieres ponerme en un estado violento. Me he portado como un verdadero amigo y nada más. Pero olvida todo eso y óyeme. Tengo grandes noticias que darte.

—¡Habla!… ¡Di! —exclamó Guzmán con impaciencia.

—No; ahora no. Estás todavía muy débil y de nada te serviría el saber lo que pienso decirte. Cuando estés al final de la convalecencia y te sientas fuerte, pudiendo ya pasear por París, entonces te lo diré todo.

—¿Pero de qué se trata?

—De los miserables que nos asaltaron en el Puente Nuevo. Yo también tengo mi Dampierre interesado en quitarme la vida y por esto no me extraña ya que me atacasen aquella noche con tanto encarnizamiento. Igual peligro nos amenaza a los dos y esto debe servir para estrechar más aún nuestra amistad. Adiós, Félix, no quiero hacer esperar a tu padre.

Vadier se dirigía ya a la puerta, cuando volvió al lado de su amigo y tendiéndole las manos preguntó:

—¿Juntos hasta la muerte?

—¡Sí!, hasta la muerte —contestó Guzmán con enérgica resolución.

Y estrechándose fuertemente aquellas manos, quedó sellado un pacto de fraternal amistad que había de sobrevivir a todos los peligros y azares de la vida.

XIX.- EL MISTERIO DE VADIER

Era miércoles y el jardín de Luxemburgo presentaba el animado aspecto, propio de un día de verano radiante y bello, a la hora en que los parisienses, después del almuerzo, buscan la fresca sombra de los árboles para hacer la digestión, contemplando las galas de la naturaleza y riendo los chistes de una conversación espiritual e ingeniosa.

Entre la turba de paseantes que invadían los andenes del jardín y la frondosa avenida que conduce al Observatorio, figuraban Vadier con su uniforme de ayudante de Lafayette y Félix Guzmán que andaba con alguna lentitud apoyado en el brazo de su amigo.

No era fácil adivinar que aquel joven estaba convaleciente de una peligrosa herida. La palidez de su rostro y el bastón en que se apoyaba al andar, eran lo único que delataba su estado, pero en cambio el español marchaba erguido, procurando disimular la debilidad de su cuerpo y no queriendo mostrarse sin la gallardía propia de la juventud.

Aquel paseo era el primero que daba Guzmán después de haber abandonado su lecho de enfermo.

La hermosura del día y la impaciencia que le devoraba permaneciendo en su reducida habitación, habían decidido a Vadier a permitir a su amigo este esparcimiento tan ardientemente solicitado.

Los dos amigos, hacía una media hora que paseaban por el Luxemburgo hablando de cosas indiferentes o examinando a los paseantes que transcurrían por su lado y varias veces demostró Guzmán con su gesto que deseaba hacer a Vadier una pregunta, no atreviéndose a ello.

Por fin el joven se detuvo y sonriendo para disfrazar su curiosidad, dijo al capitán:

—Pronto olvidas tus promesas. Recuerda bien lo que me dijiste el

mismo día en que yo me vi libre del delirio. Me hablaste de grandes noticias que tenías que comunicarme acerca de nuestros enemigos y hace media hora que estoy esperando tu revelación sin que tú te des prisa a satisfacer mi curiosidad.

—No creía oportuno decirte todo cuanto sé, mientras no estés en condiciones para luchar tan bravamente como en nuestra aventura del Puente Nuevo.

—¿Qué me falta ahora de lo que tenía entonces?

—Félix, el valor nos engaña muchas veces. Te encuentro muy débil.

—¡Débil! —exclamó con arrogancia Guzmán—. Que aparezca ahora Dampierre enfrente de nosotros y verás lo que tardo a meterle una bala en la cabeza. La agresión del Puente Nuevo me ha servido para ser cauto y estar preparado a todas horas. Este bastón oculta una espada como la de aquellos petimetres y además llevo ahora en mis bolsillos mi excelente par de pistolas, con las que prometí a Dampierre que haría algún día conocimiento íntimo. Dime todo lo que sepas, Santiago, nada me ocultes, y si conoces el lugar donde se hallan nuestros agresores, vamos allá y antes de la noche les habremos ajustado su cuenta. Una puñalada es caricia que no se olvida fácilmente y que presta fuerzas para ir en busca de quien nos la dio. Cuenta, Vadier; yo te lo ruego. ¿Qué es lo que sabes?

—Realmente ignoro el punto donde se ocultan esos miserables. Durante tu enfermedad he ido un sinnúmero de veces a Paláis-Royal en las diferentes horas del día. Me he sentado en todos los cafés, he corrido las casas de juego, he visitado los lupanares, he bajado hasta los sótanos donde se oculta esa gentecilla que nunca sale de allí por temor a la policía, y en ninguna parte he podido encontrar persona alguna que se pareciera a nuestros agresores del Puente Nuevo. Parece que a estos se los haya tragado la tierra después de su infame hazaña; pero si ignoro su paradero, en cambio tengo informes claros y precisos de todo lo que hicieron nuestros agresores antes de que nosotros saliéramos del café Procopio y mientras paseábamos por las galerías de Paláis-Royal.

Guzmán mostró en su rostro un vivo gesto de curiosidad y el capitán, que había detenido su relato para ver el efecto que causaba en el español, al notar la impaciente curiosidad de éste, se apresuró a añadir:

—Entre los paseantes de las galerías, había algunos individuos de la guardia nacional, a los que yo saludé, como tú tal vez recordarás. Estos

habían escuchado algo de la conversación de Dampierre con sus amigos cuando salieron del café, pero como no sospechaban que sus expresiones iban dirigidas a nosotros, nada nos dijeron y únicamente al saber lo ocurrido en el Puente Nuevo, es cuando han venido en mi busca para manifestarme lo que casualmente averiguaron.

—¿Y qué fue ello? —preguntó Guzmán con impaciencia.

—Dampierre hablaba a sus amigos encareciendo la necesidad que tenía de vengarse de ti por lo ocurrido en los bosques inmediatos a su castillo y decía que si se había conformado a aparecer como un cobarde, saliendo del café Procopio por nuestro mandato, era sólo porque quería dar el golpe más seguramente, matándonos a los dos sin responsabilidad alguna. Sus amigos, que estaban furiosos por mi reto, mostrábanse dispuestos a ayudarle, y aquí entro yo también como víctima señalada a los furores realistas, pues resulta, como ya te dije, que tengo otro Dampierre, que desde hace ocho o diez años desea mi muerte.

Guzmán demostró su asombro con una mirada, y el capitán continuó:

—Cuando yo reté al grupo de petimetres en el café Procopio, no pude ver el efecto que producía mi nombre en ellos, pues únicamente me fijaba en Dampierre, pero alguien seguramente había en aquella mesa a quien le causó grande impresión el apellido Vadier. Cuando los guardias les oyeron conferenciar poco después, en las galerías de Paláis-Royal, uno de los petimetres apoyaba la proposición de Dampierre diciendo que él por su parte también tenía que ajustar una antigua cuenta con el tal Santiago Vadier, pues le conocía desde muchos años antes cuando era en la Alsacia un gaitero vagabundo. Desde que me dieron esta noticia he podido comprender ciertos detalles de la agresión que sufrimos, los cuales me resultaban misteriosos en extremo. Tú, Guzmán, ocupado en librarte del puñal de Dampierre, no pudiste fijar la atención en la lucha desesperada que sostenía yo con aquel grupo de tenaces enemigos. Había uno entre ellos que inmediatamente atrajo mi atención por el vehemente empeño que mostraba en matarme. Mi instinto adivinó en él al enemigo más tenaz y al que mayor interés tenía en exterminarme. Para aquel hombre, no resultaba yo seguramente un desconocido y adivinábase que su enemistad era de larga fecha. Algunas palabras que el furor le hizo proferir, me dejan ver ahora claramente, después del informe de los guardias, quién era aquel hombre. Conocía mi pasado, sabía cuál era la profesión de mi adolescencia, y por esto al tirarme algunas mortales

estocadas, que yo paré oportunamente, me llamaba gaitero errante, lanzándome otros insultos propios de un hombre que hace ya algunos años desea vengarse de mí.

—Está bien. ¿Pero quién es ese hombre? —preguntó con impaciencia el joven español, que cada vez sentía más excitada su curiosidad.

—Ten calma, Félix: todo lo sabrás. Tú eres el primer hombre a quien habré revelado aquel secreto de que te hablaba la misma noche que nos conocimos y que resulta el único misterio de mi vida. Entonces nada quería decirte, pues siempre he guardado mi secreto aun para los amigos más íntimos; pero ahora eres mi hermano, hemos jurado marchar siempre juntos hasta la muerte y todo lo sabrás, pues entre nosotros no deben existir secretos. Oye la tragedia de mi adolescencia, lo que me hizo huir de la bella Alsacia, abandonando padres y hermanos, para venir a París a ingresar en el ejército.

Ya te hablé la otra noche de mi errante adolescencia cuando con la gaita en bandolera, la sonrisa en los labios y la juvenil cabeza llena de alegres ilusiones, iba por todos los rincones de la Alsacia cantando y bailando en las bodas y bautizos y hasta acompañando con mi instrumento el canto llano en los entierros de los ricos. No había aldea ni burgo de mediana importancia, donde Santiaguillo no fuese conocido y festejado, teniéndome todos como un muchacho alegre, inocente y sin otro defecto que un exagerado amor a la libertad. ¡Qué vida aquella tan feliz y libre de cuidados! Al pasar por las aldeas, los rapazuelos oyendo mi gaita, asomábanse a la puerta de la escuela para saludarme con gritos de entusiasmo; las mozas me detenían para pellizcarme cariñosamente las orejas, rogándome de un modo irresistible que apareciese por allí en la tarde del domingo para tocar en el baile de la plaza, pues nadie sabía acompañar a los danzantes tan bien como yo, ni en los intermedios entonaba las coplas con voz más fresca; a las puertas de las tabernas recibía estruendosas ovaciones, pues los bebedores se entusiasmaban oyéndome imitar con el instrumento el trino de los pájaros, y no había una posada donde no durmiese gratis en el pajar, alcanzando además algo de la cena a cambio de entretener a los parroquianos con mis canciones.

Era popular, querido de todos y una sonrisa benévola y protectora me acogía allí donde me presentaba. Los hombres apreciábanme por mi alegría y mis chistes, las mozas y los chicuelos por mi música y las viejas encontrábanme hermoso, con mi cabello rubio y ensortijado y mis

mofletes rubicundos, que según ellas me daban cierto parecido con el Niño Jesús.

Mi vida era semejante a la de aquellos caballeros cantores de la Turingia, que iban de burgo en burgo y de castillo en castillo, improvisando poesías en honor de la hermosura, al son de sus doradas cítaras. Yo era más modesto; iba a pie llevando por todo equipaje mi zamarra de piel y mi zurrón, donde guardaba los comestibles que iban regalándome; mas no por esto me sentía menos feliz, ni mi vida resultaba menos independiente. Bien es verdad que en el invierno sufría mucho, pues tenía que caminar algunas leguas hundiéndome en la nieve hasta las rodillas o aguantando en la espalda terribles aguaceros, y que más de una noche hube de correr temblando al oír tras de mí el aullido de los lobos; pero en cambio, cuando llegaba el verano, pasaba la noche tendido sobre la fresca yerba de los bosques, y teniendo por todo público la mofletuda cara de plata que asomaba a través del ramaje, entreteníame en imitar con mi gaita lo más exactamente que podía, los trinos del misterioso ruiseñor escondido en el follaje del mismo árbol a cuyo pie estaba acostado.

Tenía quince años y me consideraba feliz con mi profesión sintiéndome poseído del orgullo de un César victorioso, cuando volvía a mi aldea después de una ausencia de tres meses y podía entregar a mi padre una pieza de cien sueldos ahorrada ochavo sobre ochavo.

En aquella época, el lugar de Alsacia adonde dirigía yo mis pasos con más frecuencia era la aldea de Beringel, situada al pie de una montaña en cuya falda álzase el antiguo castillo de los condes de aquella comarca.

No existía ningún motivo aparente que justificase mi predilección por aquel rincón de la Alsacia. Los habitantes de la comarca eran míseros labriegos a quienes el hambre y el excesivo trabajo no dejaban tiempo para pensar en músicas y en bailes; eran muy escasas las ganancias que yo obtenía allí, pero a pesar de esto, tenía olvidados mis pueblos favoritos, y cuando no estaba en Beringen era porque rondaba sus alrededores.

Una tarde en que yo había visto pasar al conde señor de la comarca con todos sus amigos y gran aparato de caza, lo que hacía temblar por sus sembrados a todos los vasallos, me encontré en las inmediaciones del castillo con una niña de unos doce años, a la que acompañaba un viejo criado medio imbécil. Era una señorita, una deliciosa miniatura, vestida con arreglo a la moda de la corte y llevando su traje con tanta gracia y

soltura como si fuese una dama de veinte años.

Al verme a mí, zagalóte con aire de pillo, roto y polvoriento como un gitano y llevando mi gaita debajo del brazo, la niña pareció experimentar grande sorpresa, y con la confianza que da el creerse de un origen superior, me habló inmediatamente con cierto tonillo imperativo, que me hubiese molestado viniendo de otra persona, pero que de aquella niña lo recibí como suprema distinción.

A los pocos minutos estaba yo tocando todo mi repertorio para satisfacer el capricho de aquella niña, que mostraba una adorable insolencia, y cuando cesé de soplar en la gaita hube de cantarle algunas cancioncillas inocentes, que tanto ella como su simple criado celebraban con ruidosas carcajadas.

Me preguntó quién era y yo le conté toda mi vida, no cuidándome de ocultar la miseria sufrida por mi familia, pues la juventud es siempre franca y más aún si vive con entera libertad: únicamente al ser hombres y tener que amoldarnos a las preocupaciones sociales, es cuando aprendemos a mentir y a desfigurar nuestro origen.

La niña parecía muy asombrada por el relato de mis miserias y hasta en el primer momento dudó que existiesen tantos dolores. ¡Inocente! Había nacido en una esfera privilegiada; la opulencia y la sumisión servil la habían rodeado desde la cuna, no conocía la miseria ni aun de oídas, todo lo veía de color de rosa y como a su lado forzadas sonrisas ocultaban siempre las lágrimas, creía que el mundo era un lugar de felicidad, donde los reyes y los nobles, o sean las familias privilegiadas, dedicábanse a labrar la dicha de todos los seres sometidos a su autoridad. Asombrábase de la miseria que existía en mi hogar y se quedó como quien ve visiones, cuando yo le aseguré que a media hora de allí, en aquel pueblecito del cual era señor su padre, no había una sola casa en la cual no estuvieran igual o peor que en la mía.

Bien puedo decir que Margarita, la hija del conde de Beringel, oyó en aquella tarde cosas que nunca había llegado a imaginarse y que, sin embargo, nada tenían de nuevas.

Ella, al atravesar la aldea, había visto siempre las familias de los labriegos a las puertas de sus casas, saludándola respetuosamente con la más servil de las sonrisas, y esto había bastado para que la niña les creyera muy felices y agradecidos a la paternal protección del señor.

Margarita quedó tan encantada de mis palabras como de mi música, y con esa confianza propia de la niñez, con esa franca necesidad de expansión que únicamente se encuentra en aquella feliz edad, me dijo quién era, dándome algunos detalles sobre su familia.

Su padre, el conde de Beringel, era viudo hacía ya ocho años, y cansado de la corte, donde había tenido algunos disgustos, vivía en sus posesiones, dedicado por completo a la caza, que era la afición favorita de aquella nobleza ignorante, violenta, desconocedora de otra profesión que la de las armas. Margarita tenía un hermano mayor que ella, el cual por su carácter era un fiel retrato de su padre.

Brusco, violento y mostrando una altivez insolente hasta cuando trataba con individuos de su familia, el joven Renato Beringel, resultaba antipático hasta para su misma hermana, la cual no tenía que agradecerle la menor atención ni la más leve muestra de cariño.

Padre e hijo disfrutaban de todos los placeres del campo, viviendo como seres de procedencia superior entre aquellos vasallos, a los que trataban lo mismo que si fuesen una turba de esclavos.

Margarita me puso al corriente en muy pocas palabras del verdadero carácter de su familia y aquella tarde nos despedimos como buenos amigos, saludándonos con espontáneas risas y haciéndome prometer la niña que a la tarde siguiente estaría en el mismo sitio, pues ella vendría a buscarme para reanudar nuestros inocentes conciertos y nuestras Cándidas conversaciones.

Esta cita fue para mí la primera emoción de dicha y aguardé con impaciencia que llegara la hora marcada para volver a ver a Margarita.

Desde aquel día fueron diarios nuestros encuentros y creció la intimidad entre los dos. La hija del conde de Beringel, con su graciosa y confiada candidez, tratábame como un lindo juguete, y yo, a pesar de que por mi vida errante y aventurera estaba lejos de ser un inocente, no sentí nunca la menor sombra de malos pensamientos ante las libertades que la hermosa niña se tomaba conmigo.

Margarita, como criada sin madre en aquel castillo donde sólo se conocían juegos violentos, era un temible diablillo que gozaba muchas veces martirizándome de un modo tan alegre que no cabían protestas.

Saltaba sobre mis espaldas y me obligaba a galopar cual si fuese un caballo, con gran contentamiento de su imbécil servidor, que siempre

tenía a punto una carcajada para celebrar las gracias de la niña; pero cuando no se sentía acometida por la diabólica travesura, era juiciosa y hasta demasiado seria, pues escuchaba con expresión melancólica cuanto yo le decía sobre las miserias del mundo o caía en interminable éxtasis al oír los gorjeos imitativos de mi instrumento.

En aquella época le parecía muy natural a mi inexperiencia, que la hija de un conde pasase las tardes charlando con un pordiosero, pero ahora comprendo que tan extraña amistad sólo obedecía a la independencia en que vivía Margarita, casi olvidada de su padre, y al desconocimiento de la niña, que ignoraba que en el mundo están los seres repartidos en varias jerarquías y que muchas veces las preocupaciones sociales impiden que uno pueda tratarse con personas a las que tiene afecto.

Mientras yo era el íntimo amigo, el confidente y el juguete de la condesita de Beringel, la situación resultaba la más difícil y miserable de cuantas yo había atravesado en mi existencia aventurera.

Impulsado por aquella atracción, de la que no me daba exacta cuenta, a permanecer en un país conocido por su falta de hospitalidad, veíame obligado a sufrir una serie de pesadas penalidades, teniendo que vivir como un mendigo, pues en la aldea de Beringel nadie hacía caso de mis talentos musicales. De artista nómada había descendido a pordiosero importuno que se empeña en no abandonar a un país a pesar de haberlo esquilmado. Dormía en los bosques, experimentando un extraño placer cuando en medio de la noche, interrumpiéndose mi sueño, levantaba mi cabeza del húmedo musgo y veía a lo lejos algunas luces del castillo de Beringel, donde estaba descansando a aquellas horas la linda Margarita. Durante el día iba de puerta en puerta, cabizbajo y avergonzado, implorando como limosna un pedazo de pan, que pocas veces conseguía, pues aquellas pobres gentes, víctimas del señorío feudal, tenían por toda comida los hervidos que hacían con las yerbas que despreciaban los caballos del señor conde.

Muchas veces acudía a mis citas con Margarita, hambriento hasta el delirio y la bella niña acogía como rasgos de ingenio lo que sólo eran desvaríos hijos de la necesidad.

De este modo continuaron mis amistades con la hija del conde de Beringel durante mucho tiempo.

No recuerdo ahora el tiempo que pasó; los graves sucesos que

sobrevinieron borraron de mi memoria la fecha exacta de mi conocimiento con Margarita y la de nuestra separación; pero calculo que por más de dos meses duró aquella felicidad extraña y amargada por el hambre.

Margarita venía en mi busca todas las tardes, y el sencillo criado, cada vez más convencido de que yo era un buen muchacho, nos concedía entera libertad, y mientras corríamos los dos cogidos de la mano por las inmediatas praderas, él, sentado en algún pedrusco, sacaba su rosario de gruesas cuentas y pasaba las horas rezando con voz nasal y monótona.

La confianza entre Margarita y yo crecía rápidamente. Habían desaparecido todos esos obstáculos que la absurda sociedad coloca entre la franca e igualitaria niñez, y los dos nos tratábamos con tanta confianza cual si hubiésemos nacido en la misma aldea, sufriendo idénticas miserias. Nos tuteábamos, permitiéndonos libertades que justificaban plenamente la inocencia de nuestros caracteres.

Una tarde (todavía lo recuerdo con emoción), corriendo ambos por la orilla de un riachuelo, Margarita se detuvo de repente, lanzando un grito de sorpresa y de terror.

Seguí la dirección de su mirada y vi a unos cincuenta pasos y medio oculto tras el tronco de un árbol, a un joven de mi misma edad, pero vestido elegantemente, con botas y espuelas y que con un lindo latiguillo se entretenía en azotar las flores de la selva, rasgando sus mil pétalos, que revoloteaban arrastrados por el viento.

—¡Mi hermano!, ¡es mi hermano! —dijo Margarita con voz que el miedo hacía temblorosa.

Aquel joven nos miraba fijamente y sonreía de un modo tal, que entonces comprendí instantáneamente de lo que era capaz en sus odios.

En aquel rostro afeminado y de mirada fría y orgullosa, encontraba yo la misma expresión que había visto en todas las pinturas de la iglesia de mi aldea que representaban al diablo.

Debo confesarte, amigo Guzmán, que en aquel momento sentí miedo y que quedé como el criminal a quien descubren cometiendo su delito. Reconocía en el hijo del conde de Beringel, a pesar de todos mis instintos de independencia, una superioridad indiscutible desde el momento en que yo, por culpa de las circunstancias, había osado ser el amigo de su hermana.

Margarita, anonadada por aquella sorpresa, comenzaba a llorar, y mientras tanto el altivo Renato avanzaba con el látigo en alto y una iracunda expresión en el rostro.

—¡Vete, mendigo!, ¡huye, miserable! —me gritó—. Cuida de que no te vea otra vez o haré que te devoren los mastines de mi perrera.

Fui débil, lo confieso. No en vano se nace en la servidumbre y se pertenece a una familia que durante muchos años ha sido explotada y envilecida, viviendo en la más servil obediencia. A pesar de que por mi carácter independiente consideraba iguales a todos los hombres, en aquella ocasión, atolondrado por la sorpresa y avergonzado de mi miseria, fui siervo sumiso y ante el látigo del señor, hui cobardemente, yendo a ocultar mi vergüenza en lo más recóndito del bosque.

Fui vagando muchas horas sin rumbo fijo, sin saber adónde me dirigía, gesticulando como un loco y llorando desesperadamente, pues después de verme solo comprendía lo vergonzosa que era aquella fuga y lo mucho que habría desmerecido a los ojos de Margarita huyendo ante el látigo de su hermano y dejándola a merced de este, que tal vez la castigaría cruelmente.

Bien fuese el deseo de justificar mi anterior conducta con un acto de energía o que el instinto me guiase hacia donde se hallaba mi corazón, lo cierto es que después de algunas horas de marcha, me encontré de repente en las inmediaciones del castillo, cerca de aquella pradera donde había ocurrido el terrible encuentro. Entonces me di cuenta de que había estado corriendo horas enteras por el bosque, trazando caprichosos zigzags y sin salir de un radio de un cuarto de legua.

Anochecía ya, cuando me senté en un peñasco, al borde de profundo barranco, en cuya orilla opuesta elevábase el grandioso castillo con sus centenares de ventanas, que comenzaban a iluminarse, destacando sobre la obscura fachada como una constelación de fuego.

La idea de que una de aquellas luces correspondía a la habitación donde Margarita estaría llorando a tales horas, producíame honda emoción y permanecí mucho tiempo inmóvil y absorbido completamente en la contemplación del iluminado alcázar.

De pronto un espantoso ladrido vino a sacarme de mi somnolencia contemplativa.

Un perrazo enorme, con más trazas de lobo que de mastín, subía a

saltos la pedregosa ribera del barranco y se dirigía hacia mí, rugiendo tan fieramente como pueda hacerlo un can de perrera aristocrática ante un mísero y hambriento villano. A pesar de la obscuridad del crepúsculo, yo creía distinguir sus fauces abiertas y espumeantes, su enorme y curva lengua, sus retorcidos colmillos y además veía brillar sus ojos como dos puntos de fantástica y azulada luz.

Aquel peligro no intimidaba al vagamundo, acostumbrado a luchar con los lobos de los bosques, aunque temeroso y cobarde con los lobos de dos pies que vivían en castillos y gastaban casacas de seda.

Púseme rápidamente en pie, agarré un enorme canto levantándolo sobre mi cabeza para arrojárselo al mastín así que se aproximara, pero me detuve al oír un agudo silbido que hizo detenerse al perro en mitad de su veloz carrera.

Dos hombres armados con gruesos garrotes, acababan de aparecer en el fondo del barranco, y el mastín, gruñendo como si refunfuñase contra sus órdenes y protestando con los meneos de su cola, retrocedió para unirse a ellos.

Los dos hombres parecieron examinarme durante algunos minutos y por fin, uno de ellos me gritó con acento imperativo:

—¡Baja, muchacho!

—¡Yo! —exclamé con extrañeza—, ¿Y por qué he de bajar?…

Pronto tuve la contestación. Uno de los dos, inclinóse buscando algo en el suelo; un agudo silbido rayó el espacio y recibí en el costado tan violento golpe que me derribó instantáneamente.

La pedrada fue tan certera que rodé por la escarpada orilla del barranco, clavándose en mi cuerpo las agudas aristas de los pedruscos y siendo arañadas mis carnes por los punzantes zarzales.

Caí casi desvanecido, sin poder respirar a causa de la terrible pedrada que había recibido en el costado; pero cuando quedé inerte a los pies de aquellos dos hombres, pronto tuve que ponerme en pie para librarme de las terribles patadas que me daban con sus zapatones de gruesos clavos.

—Andando, granuja —me gritó uno de ellos al mismo tiempo que me empujaba con el extremo de su nudoso garrote.

—¿Adónde vamos? —me atreví a preguntar con mi débil y temblorosa voz.

Un garrotazo en las espaldas fue primeramente la contestación, pero

por fin, uno de aquellos dos jayanes que llevaban la librea de los Beringel, tuvo la amabilidad de decirme, amenazándome de nuevo con su garrote:

—¿Adónde has de ir, canalla? Al castillo, donde no faltará quien te arregle las cuentas.

Salimos del barranco y tomamos un camino que conducía rectamente al palacio de Beringel.

El fiero mastín nos precedía, volviendo de vez en cuando su cabeza enorme y lanzando rugidos que parecían indicar las ganas que sentía de devorarme, y a mi lado marchaban los dos jayanes, que para avivar mi paso o por pura diversión, complacíanse en golpearme los riñones con sus garrotes o me tiraban fieramente del pelo, quedándose entre sus dedos algunos mechones de mi rubia cabellera.

Yo estaba ya convencido de que llevarme al castillo era llevarme a la muerte. Durante algunos instantes pensé en mi anciano padre, al que ya no podría llevar más monedas de plata que desarrugasen su ceño; pensé en mis hermanos, con los que compartía las golosinas que me regalaban, y en todas las gentes de mi aldea que al saber mi trágico fin dirían seguramente que un vagabundo como yo sólo podía terminar colgado de las almenas de un castillo. Pero pronto dejé de pensar en todo esto, pues una idea tenaz se apoderó de mí. Ya que iba a morir, quería hacerlo con dignidad, con aquella fría altivez que yo había visto en el rostro de los poderosos y sin que mi agonía provocase una carcajada en los enemigos. Por esto cesé de quejarme, viendo que mis lamentos y mis suspiros de agonía hacían reír a aquel par de bárbaros, y en adelante fui recibiendo las bofetadas y los garrotazos con la impasibilidad de una estatua.

No me di cuenta de por dónde entré en el castillo, por qué escalera subí y cuántas puertas y corredores me hicieron atravesar. Estaba como ciego; la sangre que salía de mis rasguños corríame sobre los ojos, andaba con gran dificultad, cuidando de no caer para evitarme nuevos martirios, y además estaba muy preocupado por la idea de no mostrarme tan tímido y cobarde como en el encuentro que aquella tarde había tenido con Renato Beringel.

De pronto una puerta se abrió ante mí y vime empujado dentro de una gran habitación, magníficamente iluminada y en la cual estaban muchas personas.

Era el comedor del castillo y en torno de una gran mesa en la que se agrupaban a docenas las botellas, veíanse algunos señores, con su peluca empolvada, sus casacas de seda y sus deslumbrantes chupas, levantando las copas llenas de centelleante vino y acogiendo todas las palabras con ruidosas carcajadas.

Era aquello una de las orgías aristocráticas, que en tal época terminaban siempre con alguna estúpida y sangrienta locura de borrachos, cuyas consecuencias venían a sufrir los infelices Vasallos.

En el fondo del comedor y ocupando el hueco de una gran puerta, estaba casi toda la servidumbre del castillo, mostrando con sus ávidas miradas la curiosidad que sentía; y en un rincón, sentada en una silla baja, distinguí a la pobre Margarita, con los ojos llorosos e intentando ocultar con sus finas manos las manchas violáceas que desfiguraban sus lindas mejillas y que delataban las terribles bofetadas del bárbaro señor de Beringel.

¡Pobre niña! Todavía parece que estoy viendo la mirada de asombro, de pena y de inmensa compasión, que lanzó al ver empujado dentro del comedor a su infeliz amigo, ensangrentado, con las ropas rotas y pugnando por ahogar el dolor que le producían los golpes recibidos.

Los ojos de todos aquellos señores, vidriosos y como empañados por la borrachera, fijáronse en mí, y una ruidosa carcajada resonó en el comedor.

Debieron encontrarme muy gracioso los nobles señores y en especial el conde de Beringel, hombre corpulento y de rostro fiero, que ocupaba la cabecera de la mesa. A su lado estaba sentado el joven Renato, que sonreía diabólicamente, y los demás señores eran nobles de las cercanías o parientes del conde, que habían venido de la corte de Versalles para tomar parte en las cacerías.

—¡Hola! —dijo el conde con su voz ronca por el alcohol, dirigiéndose a los dos jayanes que me conducían—. Pronto habéis encontrado a este mozo.

—Primo mío —dijo uno de aquellos señores, delgaducho, pintarrajeado como una dama y con voz de tiple—. Tenéis unos servidores que son modelo de buen celo. Mirad cómo le han dado a ese pillete pruebas adelantadas del gran afecto que el señor conde de Beringel le profesa.

Y al decir esto, aquel ser afeminado, señalaba mi rostro sangriento y surcado por lívidas huellas, lo que volvió a excitar las carcajadas de todos los bebedores.

—Acércate, bandido.

No tuve que obedecer este llamamiento del conde, pues antes de que intentara moverme, los poderosos brazos de aquellos dos jayanes ya me habían hecho correr con un solo empujón más de medio comedor y me detuve junto al alto y blasonado sillón en que estaba el señor de Beringel.

—¿Conque eres gran amigo de mi hija?

Y al mismo tiempo que me hacía esta pregunta, sus groseros dedos agarraron una de mis orejas y tiraron de ella con tanta fuerza que se desgarró, faltándole poco para que se despegara por completo de mi cabeza.

Este dolor agudo e irresistible dio al traste con la calma estoica que me había propuesto observar, y lancé un espantoso rugido, al mismo tiempo que mis facciones se contraían con un espasmo de agonía y doblándose mis piernas caía de rodillas al suelo.

Esto debió parecerles también muy gracioso a aquellos buenos señores, pues una gran carcajada volvió a resonar.

—Animo, cobarde: no te creía tan flojo —dijo el conde—. No tiembles; no te queremos matar; te hemos llamado aquí sencillamente para que nos diviertas.

Yo presentía alguna broma terrible que acabase de desvanecer mis ya escasas fuerzas y pidiendo compasión con miradas de angustia, fijábame en todos aquellos señores que aparecían sonrientes esperando la diversión que preparaba el conde.

—¿No te llamas Santiaguillo? —preguntó el señor de Beringel—. Mi hija se hace lenguas de la habilidad que tienes para tocar la gaita; pero también debes ser muy notable en la danza, y para divertir a mis convidados quiero que bailes un rato… ¡Baila, muchacho!

Yo seguía firme en mi propósito de morir de un modo digno, resistiendo a toda clase de humillaciones y vergüenzas y por esto permanecí inmóvil como si no entendiera las palabras del señor.

—¿No me oyes? —gritó el conde con voz iracunda—. A bailar inmediatamente o ¡vive Dios!, que te cuelgo de lo más alto de mi castillo para que acompañes al imbécil escudero que guardaba a mi hija.

Y con un revés de su corta y velluda mano de oso, me hizo ir tambaleando hasta el centro del comedor, donde quedé inmóvil.

Margarita tapábase la cara con las manos para no ver esta horrible escena y sus gemidos llegaron a ser escuchados por su padre, quien gritó con su voz de ebrio:

—Cállate tú, o de lo contrario vuelvo a empezar la escena de hace poco rato. Ya sabes cómo las gasto. Que no te oiga gemir o saldrás a ser la pareja de bañe de ese mendigo… Tú, Renato —continuó dirigiéndose a su hijo— haz bañar a ese canalla.

Entonces tuve un enemigo más terrible que el conde.

El joven Renato púsose en pie y avanzó hacia mí llevando impresa en su rostro una expresión tan diabólica que hubiera atemorizado a otro que no se hallara tan dispuesto a morir como yo. Llevaba en la mano un gran látigo de larga tralla, que movía de un modo poco tranquilizador, y en esta actitud tan hostil, vino a colocarse a pocos pasos de mí.

En aquel momento, a pesar de encontrarme quebrantado por los muchos golpes recibidos, hubiese dado todo el resto de mi vida, a cambio de que nos encontráramos aquel monigote afeminado y yo completamente solos en el más apartado rincón de un bosque.

Me sentía capaz con mis febriles manos de hacerle añicos a él y a su látigo; pero en tal situación, y rodeado de tanta gente hostil, yo era el débil y me tocaba temblar, así como él podía sonreírse fijando en mí irónicas miradas.

—Baila, granuja —me dijo con acento imperativo.

Y al mismo tiempo, chasqueando su látigo, sentí arrollarse a mi cuerpo y cruzar mi rostro, una serpiente de punzante piel, que me produjo terrible escozor.

Este primer latigazo arrancóme un rugido de dolor y de rabia, que fue celebrado con una general carcajada; pero no me moví de mi sitio y permanecí firme, procurando no vacilar sobre mis debilitadas piernas.

Mi resistencia exasperó al enemigo, que aguardaba sin duda una cobarde sumisión.

—Cómo, miserable —gritaba Renato con su vocecilla afeminada y antipática—. ¿No bailas? Ahora verás lo que es bueno.

Yprocurando dar a su brazo toda la fuerza posible, menudeaba los latigazos sobre mí, procurando unas veces que la tralla se arrollase

silbante a mi cuerpo, y dándome otras en pleno rostro, que estaba ya cruzado por muchos surcos negruzcos.

Aquel insufrible tormento, dio al traste con la impasibilidad que me había impuesto, y rugiendo de furor, bañado en sangre y dispuesto a morir matando, me arrojé sobre Renato con deseo de estrangularle entre mis manos.

Pero entonces ocurrió una cosa horrible. Los jayanes que me habían conducido al castillo y algunos otros criados, tenían también grandes látigos, y al ver que yo marchaba contra su joven señor, descargaron tal lluvia de golpes sobre mi espalda, que tuve que volverme instintivamente.

Vime entonces rodeado por un círculo de enemigos, y vencido por el dolor, quebrantado por el martirio y despertándose en mí ese instinto de conservación, que nunca abandona al hombre, sólo pensé en sustraerme de los crueles latigazos.

Corrí como un loco por el vasto comedor; doquiera me dirigía salíame al encuentro una silbante tralla que dejaba en mi cuerpo huellas sangrientas, y acosado por todas partes como un animal dañino, revolvíame furioso, cegado por la sangre y rugiendo de rabia, y no me dirigía rectamente hacia uno de mis verdugos sin que al momento dejara de sentir en mi cabeza y mis espaldas una docena de látigos que me obligaban a volver atrás.

Saltaba de un lado a otro con esa asombrosa agilidad que prestan el dolor y el peligro, e intentaba ocultar la cabeza entre mis brazos magullados.

—¡Ya baila!… ¡Ya baila! —gritaban todos aquellos borrachos, celebrando mi martirio con infernales carcajadas, al mismo tiempo que algunos de ellos entonaban una estúpida canción para acompañar mis violentos saltos.

Dos o tres veces quise refugiarme bajo la mesa o entre aquellos ebrios señores, pero apenas lo intentaba, arrojábanme cuanto encontraban a mano, y una lluvia de vasos y botellas venía a estrellarse sobre mi cráneo ensangrentado.

Duraba ya el espantoso martirio algunos minutos, que me parecieron largos siglos, y al fin desvanecióse por completo la escasa fuerza que todavía me mantenía en pie y caí al suelo pidiendo misericordia a

aquellos verdugos a quienes mis gritos sólo arrancaban crueles carcajadas.

Lo que entonces sucedió, lo recuerdo con la misma vaguedad que si se tratara de un sueño.

Me pareció que Margarita era sacada del comedor por una vieja sirvienta y poco después sentí anudarse a mi cuello una gruesa soga.

—Primo mío —decía la voz de aquel señor cortesano que había hablado al entrar yo en el comedor—. Mirad bien lo que hacéis. Hoy caen ya en desuso nuestros sagrados privilegios del feudalismo, y aunque seáis señor de horca y cuchillo, el rey no verá con buenos ojos esta ejecución, si es que llega a hacerse pública.

—¡Bah! —contestó el señor del castillo acompañando sus palabras con soeces juramentos—. A un conde de Beringel le importa muy poco lo que el rey pueda decir; ya he ahorcado al criado imbécil que guardaba a mi hija, pero a pesar de esto no mataré a ese miserable. Las almenas de mi castillo se han hecho para colgar plebeyos sanos y robustos, y no moribundos como ese, que después de un paso de baile exhala ya el último aliento… ¡Hola, muchachos! —continuó dirigiéndose a sus criados—. Echadme fuera de aquí a ese andrajo y dejadlo en el bosque, para que los lobos tengan esta noche un buena cena.

Inmediatamente sentí que tiraban de la gruesa cuerda que rodeaba mi cuello y salí del comedor arrastrado por mis verdugos, que incansables, todavía golpeaban con sus pies mi magullado cuerpo.

Lo último que vi al salir del comedor fue a Renato, que parecía muy disgustado por la decisión de su padre y que clavaba en mí una mirada cruel como si aún estuviera hambrienta su sanguinaria crueldad.

Bajé cabeza abajo la escalera del castillo, manchando con un reguero de sangre las aristas de los peldaños, y fui arrastrado por los grandes patios y a través de la obscura poterna, oyendo con terror en medio de mi creciente desvanecimiento, cómo ladraban en torno de mi inanimado cuerpo, algunos de los mastines del castillo.

Todavía me siento asombrado ahora al considerar que salí con vida de la espantosa aventura.

El ser muy gruesa la cuerda que tenía arrollada al cuello y muy ancho el nudo que estaba sobre mi garganta, fue lo que me salvó de perecer estrangulado entre los furiosos tirones de aquella servidumbre, que

parecía contagiada por la delirante barbarie de sus amos.

Desde entonces estoy convencido de que mi cuerpo tiene una resistencia extraordinaria, pues con la mitad de los martirios que en aquel día sufrí, otros hubiesen quedado sin vida.

Perdí el conocimiento cuando estaba a poca distancia del castillo y no he podido saber dónde me abandonó aquella turba frenética, que cobardemente se ensañaba en el infeliz vagamundo que ningún daño les había hecho. Al notar que se iba desvaneciendo la fuerza que me animaba y que una agonía, cuyo recuerdo todavía me horroriza, se iba apoderando de todo mí ser, me creí muerto y cerré mis ojos con resignación.

Cuando volví a la vida, me hallé en el interior de una habitación que había visto muchas veces.

Era la choza de la madre Fix, una vieja que vivía a dos leguas de Beringel y que gozaba en toda la Alsacia cierto renombre de hechicera a causa de la habilidad que poseía para curar enfermos y para otras mil cosas, que el pueblo, crédulo y fanático, comentaba con terror.

Yo, por mi vida errante, había intimado con la misteriosa vieja, que me trataba con gran cariño viéndome acercar a ella sin ningún escrúpulo, y era de los pocos mortales que había entrado buscando albergue en su mísera choza, de cuyo techo colgaban grandes manojos de medicinales plantas.

Estuve más de un mes entre la vida y la muerte, cubierto todo el cuerpo de profundas llagas, y tardé más de cuatro, en recobrar la pérdida salud, viéndome al fin en salvo, gracias a los cuidados de la bondadosa madre Fix.

Ella me relató durante mi convalecencia, cómo hallándose casualmente en Beringel la misma noche de mi martirio y adivinando algo de lo que ocurría por ciertas palabras de los criados, fue a situarse en las inmediaciones del castillo, oyendo los gritos de los borrachos y los espantosos rugidos que me arrancaba el dolor.

Cuando la turba de los criados me abandonó en el bosque, ella acudió en mi auxilio, y colocándome en su carrito, del que tiraba un lanudo perro, que era el único compañero de su existencia, me condujo a su choza, donde apurando todos sus conocimientos, dedicóse en absoluto a mi curación… ¡Pobre madre Fix! La desgracia crea los grandes afectos y

aquella infeliz me miraba como si fuese su hijo, porque ella también había sido víctima de la barbarie señorial. Hermosa en su juventud, no había encontrado un hombre que la hiciese su esposa, pues todos sabían en la aldea donde había nacido, que aunque a viva fuerza el señor de la comarca le había arrebatado la virginidad, convirtiéndola en una sierva de sus vicios, en un instrumento de placer, al que golpeaba cuando no quería doblarse a sus monstruosos caprichos. Cuando la juventud fue desvaneciéndose en ella y las primeras fealdades de la vejez marcáronse en su rostro, el señor la había despedido a palos como a un perro enfermo y sarnoso, y la infeliz, repelida por los grandes y despreciada por los pequeños, había odiado al mundo, encerrándose en la existencia extraña, misteriosa y odiada, propia de una hechicera en un país ignorante y fanático.

La madre Fix tuvo para mí cuidados que nunca olvidaré y que agradecería hoy si la infeliz no hubiera muerto, y por fin, cuando terminó mi convalecencia y recobré mis antiguas fuerzas, me despedí de aquella buena mujer a pesar de que quería conservarme a su lado. Mi estancia en su casa costábale grandes sacrificios, pues tenía que mendigar entre sus clientes para el mantenimiento de los dos y yo no tenía dinero con que corresponder a sus favores.

Salí de su choza sin saber ciertamente adonde me dirigiría. De aquella terrible aventura, no me quedaban más señales que algunas cicatrices en el cuerpo, pero me había quedado sin los medios de ganar la vida, pues mi gaita, aquel hermoso instrumento objeto de todos mis cariños y que llevaba colgante sobre la espalda encerrado en una funda de paño verde, quedó rota en mil pedazos en el comedor del castillo de Beringel.

Vagué a la ventura, sin decidirme por un rumbo determinado; pero había en mí instinto audaz o una invencible costumbre, que no tardó en dirigir mis pasos hacia el castillo de Beringel.

Caminaba cautelosamente por lo más intrincado de las selvas como un cazador furtivo, y cuando penetré en los bosques del señorío de Beringel, ocurrióseme una idea que me hizo experimentar diabólico placer. ¿Por qué no vengarme?, ¿por qué no aplastar a aquel infame condesito que tanto había gozado cruzándome el rostro con su látigo? Mi enemigo era poderoso y contaba con muchos auxiliares; pero valiéndome yo de la astucia, era posible que cumpliera mis vehementes deseos: y

dominado por estos pensamientos procedí con toda la cautela de un salvaje que se pone en acecho esperando a su contrario.

Pasé dos días en los bosques, alimentándome con los mendrugos que la madre

Fix había metido en mi zurrón; acechaba a todas horas el castillo y muchas veces tuve que subirme a un árbol u ocultarme en el hueco de una peña, para no ser sorprendido por los criados o los vasallos que veía pasar cerca de mí.

Por fin, en la tarde del segundo día, encontré la apetecida ocasión. Estaba oyendo de labios de una muchachita, que con el cántaro bajo el brazo iba a una fuente vecina, la relación de cómo la pobre Margarita había sido encerrada por su padre en un convento cuatro meses antes, cuando vi que Renato Beringel, montado a caballo, salía del castillo internándose en los bosques.

—Va a la Cruz de los Cuatro Caminos —me dijo la aldeanita, señalándome con su mano el punto hacia donde se dirigía el joven Beringel.

Yo salí corriendo en persecución de mi enemigo, marchando rectamente hacia el punto que me habían señalado, y en el cual había estado varias veces cuando rondaba por aquellos bosques esperando los inocentes encuentros con Margarita.

No tardé en encontrar el camino y en él las huellas del caballo de Renato; pero comprendiendo que no llegaría a alcanzarle, preferí esperar su regreso y me embosqué en un punto donde la vía se estrechaba entre dos grandes rocas.

Aguardé durante muchas horas, que transcurrieron para mí insensiblemente, pues la certeza de que iba a realizar mi venganza, no me permitía fijarme en el tiempo.

Comenzaba ya el sol a hundirse en el horizonte y su globo de fuego se ensanchaba lanzando haces de fantástica luz a ras del suelo y por entre los troncos de los árboles, cuando llegó a mis oídos el lejano galope de un caballo.

Plantóme en medio del camino, y momentos después desembocaba tras la revuelta de los peñascos, el joven Beringel a todo galope de su caballo.

El noble estaba tan convencido de su poder, y tan imposible creía que

hubiese dentro de sus dominios quien osara atentar contra su persona, que al ver un hombre en medio del camino, como cerrándole el paso, acortó el galope de su cabalgadura y fue acercándose lentamente, moviendo el látigo con manifiesta hostilidad.

Renato parecía no conocerme. Yo estaba bastante desfigurado por mis anteriores desgracias y además vestía una burda zamarra de pastor.

—¡Alto! —grité abalanzándome a las riendas del caballo.

Entonces Beringel mostró en el relampagueo de su mirada que acababa de reconocerme.

—¡Tú!, —exclamó con asombro no exento de terror, como si acabase de ver salir un muerto de su tumba.

—Sí; yo —le repuse—. ¿No me esperabas? De seguro que me creías muerto después de tus infames crueldades en aquella noche fatal; pero mi afán de venganza me dio fuerzas para resistir tantos martirios y hoy salgo a tu encuentro para pedirte cuenta de tus brutalidades. ¡Hijo del conde de Beringel!…, ahora que estamos solos y que tus criados no pueden oírte, repite tus hazañas; vuelve a golpearme con tu látigo, que yo sabré contestarte.

Yal decir esto me sentía poseído de tal furor, que tiraba de las riendas a un lado y otro, lastimando al caballo, que agitaba rabiosamente su cabeza lanzando agudos relinchos.

La expresión feroz que en aquellos momentos tenía mi rostro adivinábala yo en las medrosas miradas de Renato Beringel, que pálido y tembloroso demostraba hallarse muerto de miedo.

Su mismo terror pareció darle fuerzas, pues aprovechando un momento en que yo le decía que bajase del caballo, clavó sus espuelas en los ijares del impaciente bruto y me dirigió al rostro un violento latigazo, que me hubiese derribado al suelo, a no ser porque desviando la cabeza diome de lleno en un hombro.

El caballo, hostigado por el jinete, intentó salir a escape, pero en aquel momento mis brazos eran de hierro y el animal, tan fuertemente sostenido por las bridas, encabritóse furiosamente sin poder avanzar un solo paso.

—¡Baja, miserable! ¡Baja o mueres! —grité con una voz que parecía un rugido.

Y me bastó agarrarle de una pierna con mi siniestra mano, para

hacerlo desmontar inmediatamente.

Cuando le vi en pie y a dos pasos de distancia, no sé lo que pasó por mí. Apercibíme de que dentro de mí ser, la fiera reemplazaba al hombre, y que sentía una necesidad vehemente de ver sangre que me recordaba mi martirio en el castillo de Beringel.

Renato, creyendo próxima su muerte, miraba a todas partes con terror no exento de sorpresa, pues nunca había llegado a imaginarse que un noble de su clase pudiera verse en tal situación a merced de un mísero villano.

Su terror me hubiera movido a compasión en otras circunstancias, pero estaba muy reciente mi inicuo martirio para que yo pudiese perdonar, y además conocía demasiado a aquel mozuelo, medroso como una mujer cuando se veía en peligro, pero altivo, insolente y cruel, siempre que se encontraba rodeado de auxiliares y podía disponer a su gusto del enemigo inerme.

Le arranqué el látigo que tenía en las manos, y a los primeros golpes arrojé al suelo a Renato, surcando su pálido y altivo rostro de sangrientas rayas, que me recordaban los martirios por mí sufridos. Los bordados de oro de su gabán de caza, volaban hechos jirones bajo los cortantes reveses del latiguillo, y tanto menudeaba yo los golpes, que estaba Renato quejándose de uno, cuando ya había recibido otro.

—¡Toma, condesito! —le gritaba yo ebrio de furor—. ¿No quieres que bañe ahora como en el comedor de tu castillo? Te he de desollar a latigazos; has de recibir tantos como días tiene el año, y si te parece su número exagerado, regálale la mitad a tu padre. ¿Creías acaso que los plebeyos tenemos una piel diferente de la vuestra y que no sentimos los golpes? Ahora aprenderás lo que sufre todo hombre cuando lo golpeáis vosotros.

No sé cuánto tiempo estuve pegando. Se había apoderado de mí un furor salvaje, una borrachera sanguinaria, que me hacía sentir extraño placer cada vez que levantaba mi vengativo brazo. Al ver que el látigo estaba roto, empecé a dar furiosas patadas a aquel miserable, que se rebullía a mis pies pidiendo misericordia, y cuando me cansé de esto agarraba pedruscos arrojándolos sobre él, a ciegas, sin fijarme en si chocaban contra su cuerpo o rodaban por el camino.

Mis fuerzas se agotaron antes que terminase el delirio homicida que

me dominaba por completo. El cansancio hizo caer mis brazos inertes a lo largo del cuerpo y entonces pareció como que despertaba de una pesadilla horrorosa.

Renato estaba a mis pies, inmóvil como un cadáver, y yo sentí ese terror extraño y supersticioso que experimenta todo hombre cuando por primera vez cree que ha dado muerte a un semejante.

Iluminaban vagamente los bosques los últimos reflejos del crepúsculo, cuando hui despavorido a campo traviesa, evitando los senderos donde podía tener algún encuentro.

El caballo de Renato había huido así que yo le dejé libre, y como era fácil que su instinto le guiara rectamente a las caballerizas del castillo, temía que las gentes de Beringel presintiesen una desgracia al ver llegar al animal solo y salieran a batir el campo.

Anduve errante cuatro días por los bosques, temiendo salir a los caminos por miedo a ser encontrado, y una tarde, escondido tras un matorral, escuché a dos leñadores que hablaban del suceso. De este modo supe que Renato había sido conducido a su castillo casi sin vida y que aunque los médicos tenían alguna esperanza de salvarle, su curación no era cosa segura.

El joven Beringel había declarado quién era el autor del atropello y su padre, el conde, juraba que me había de ahorcar en su castillo, ofreciendo mil libras a todo aquel que me presentase vivo.

Comprendí que era preciso salir de un país donde la codicia tentaba a tantos hambrientos convirtiéndolos en enemigos míos, y a costa de grandes peligros y de no menos astucia, sin ser visto de nadie, tomé el camino de París.

Lo demás ya lo sabes, amigo Guzmán. Entré en el regimiento de guardias francesas, y gracias a la revolución y a mi entusiasmo, he conseguido encumbrarme algo. Desde aquella horrible aventura, poco he sabido de la familia Beringel. El conde murió al poco tiempo a causa sin duda del furor que le produjo el ver que un vástago de su raza podía ser golpeado por un villano, y en cuanto a Renato, supe que logró restablecerse de la feroz paliza que le administré… y nada más.

—¿Y Margarita? —dijo Guzmán, que había permanecido silencioso cerca de una hora escuchando con la mayor atención el dramático relato —. ¿Qué fue de aquella inocente y hermosa niña?

—Lo ignoro, Guzmán —contestó Vadier con marcado desaliento—. En estos últimos años he llevado la vida metódica y automática del soldado, que no deja tiempo para los asuntos particulares. Nada he podido averiguar. Supe que su padre la había metido en un convento, cuyo nombre ignoro: he ahí todo lo que sé. Tal vez haya muerto. Tal vez vive y pasa por mi lado sin que yo llegue a conocerla… ¡Oh, no! Miento al decir esto —se apresuró a añadir Vadier después de una corta pausa—. Si Margarita pasara por mi lado, la reconocería inmediatamente. Hay algo dentro de mí que experimentaría una intensa emoción apenas me hallase en presencia de Margarita.

—Comprendo que estás enamorado —dijo Guzmán.

—¿Enamorado? no lo sé. Ignoro por completo si verdaderamente es amor lo que siento por Margarita; pero lo que puedo asegurarte es que el recuerdo de aquella inocente niña, llena todo mi ser y que ni un solo instante ha huido de mi memoria. Para mí no existen mujeres en el mundo. ¿No es verdad que resulta una locura el adorar silenciosamente a una mujer que no se sabe si ha muerto y que si vive tal vez no se acuerde de mí? Pues bien; soy un loco, pues a pesar de todas las reflexiones que me dicta el sentido común, sigo adorando a esa Margarita, que es poco menos que un fantasma impalpable. Perdóname, Guzmán, pero hablando con franqueza, debo decirte que celebro muchísimo nuestra aventura del Puente Nuevo, a pesar de que en ella por poco pierdes la vida. El amor es siempre egoísta y yo experimento una satisfacción sin límites al saber, por tan peligroso encuentro, que Renato Beringel se halla en París, y he de hacer cuanto pueda por encontrar a ese miserable.

—¿Para vengarte únicamente? —preguntó Guzmán con malicia.

—No —repuso Vadier—; y para averiguar dónde se halla Margarita, pues Renato no dejará de saberlo… ¡Si imaginaras cuán inmensa sería mi felicidad al verme otra vez en presencia de la bella señorita de Beringel! No sé qué recuerdos guardará de nuestra amistad infantil; pero ella tiene un alma pura y sensible y me figuro que la que con tanto cariño acogía al pobre gaitero errante, no se mostraría ahora altiva y desdeñosa con un soldado que se ve favorecido por la fortuna a cambio de arrostrar terribles peligros. ¿No te parece, amigo Guzmán, que Margarita si me viera, me trataría con igual cariño que cuando era niña?

—¡Qué sé yo! —repuso el español sonriendo—. Tienes unas preguntas extrañas, propias de enamorado; pero como yo amo también,

las comprendo y no me extrañan.

—Dispénsame —dijo Vadier, que hablando de Margarita se expresaba con creciente vehemencia—. No sé qué me sucede cuando recuerdo a aquella niña, que tan completamente absorbió mi voluntad. Puedo jurarte, amigo Guzmán, que su recuerdo me ha hecho ser virtuoso en medio de esta atmósfera viciosa que existe en París. Mi carne parece muerta, vivo del ideal y los encantos voluptuosos no tienen sobre mi organismo fuerza alguna. ¿Hay en París mujeres más seductoras y atrayentes que la bella Theroigne? Pues bien, ella me ha tratado siempre como un hermano, pero es porque yo en su presencia he mostrado siempre la mayor calma, no traspasando jamás los límites de una intimidad amistosa. La hermosura femenil sólo existe para mí en Margarita, fantasma amoroso que tal vez no vuelva a ver nunca.

Los dos amigos quedaron en silencio y Guzmán parecía abismado en profundas reflexiones.

En su mirada parecía notarse la expresión del que desea hacer una pregunta y no se atreve a ello; pero por fin se decidió a interpelar a Vadier.

—¿Di, Santiago, hace mucho tiempo que no has visto a la bella Lambertina?

—Anteayer hablé con ella y como de costumbre se apresuró a preguntarme por ti. Esa mujer tiene un corazón de oro que sólo podemos apreciar sus amigos. Mientras estuviste en peligro de muerte, te cuidó como pudiera hacerlo una madre, pasando las noches en vela junto a tu lecho; pero desde que te vio fuera de peligro, tuvo escrúpulos propios de una doncella ruborosa y no ha vuelto a aparecer por tu cuarto. La infeliz te espera sin duda, y confía en que no tardarás en ir a demostrarle tu agradecimiento. La bella Theroigne, a pesar de su historia y sus costumbres, es una mujer sublime que presta impagables servicios a los que como nosotros nos vemos solos en París y carecemos del auxilio de una madre.

Guzmán seguía preocupado por una idea, y volvió a preguntar a Vadier:

—¿Te parece que mi primera visita debe ser para Lambertina?

El capitán hizo un signo afirmativo.

—Mucho quiero a la hermosa liejesa —continuó el español-pero de

seguro que a serme posible, iría a ver antes a Luisa Dampierre, que venía a preguntar a la señora Santos, mi portera, por el estado de mi salud. ¡Pobre Luisa! Yo también, amigo Vadier, tengo mi Margarita, y esa es Luisa Dampierre; pero por mi desgracia vive con una tía aristocrática y devota, y no puedo verla siempre que quiero, sino cuando puedo. Mañana mismo iré a esperarla en las inmediaciones de San Germán de los Prados, y creo que la pobrecita, al verme, experimentará una agradable sorpresa; pero mientras llega este instante, que tanto anhelo, emplearé el tiempo yendo hoy al anochecer a casa de Lambertina para darle las gracias por sus cuidados. Tú me acompañarás, amigo Vadier.

—Es imposible. Tengo que ir a casa de Lafayette a las siete de la tarde para un asunto del servicio de la plaza y en estos actos nunca me gusta faltar. Además, no necesitas ir acompañado. La bella Theroigne no acostumbra a comerse a sus amigos.

Guzmán pareció experimentar gran contrariedad oyendo la negativa de su amigo a acompañarle. Deseaba no aparecer a los ojos de Lambertina como un ingrato y por esto iba a su casa; pero al mismo tiempo tenía miedo de verse en presencia de aquella mujer, que en la noche de la cena le había turbado con sus miradas ardientes y sus graciosas preguntas.

Decididos los dos amigos a separarse a las siete de la tarde, pasearon aún mucho tiempo por el jardín de Luxemburgo, y después lentamente y cogidos del brazo, se encaminaron hacia Paláis-Royal, donde entraron en el café Procopio con la vaga esperanza de ver a alguno de sus enemigos que tomaron parte en el encuentro del Puente Nuevo.

Entre los concurrentes al café no vieron ninguno que se pareciera a aquellos asesinos, y después de dar algunas vueltas por las galerías, despidiéronse Vadier y Guzmán en la plaza inmediata al Louvre cuando ya comenzaba a obscurecer y eran encendidos los reverberos de las calles.

El español tenía que andar muy poco para entrar en la calle de Richelieu, que era donde vivía la bella liejesa.

—Adiós, Guzmán —le dijo Vadier sonriendo y tendiéndole la mano —. Retírate pronto, pues aunque creas hallarte sano, todavía estás convaleciente y no te conviene trasnochar. Muéstrate agradecido con Theroigne, pues bien lo merece la pobre muchacha; pero al mismo tiempo, cuida de conservar fría tu razón y acuérdate de la joven

entristecida que iba a preguntarle a tu portera.

—¿Por qué dices todo eso? —preguntó el español con extrañeza.

—Porque Theroigne, aunque ella no lo quiera, resulta peligrosa cuando se la habla a solas. El agradecimiento tiene sus límites: cuida de no ir más allá, pues caerías en el amor.

Vadier se alejó sonriendo, y Guzmán, después de levantar los hombros, como un hombre seguro en la fuerza de su voluntad, encaminóse a la calle de Richelieu.

XX.- A SOLAS CON THEROIGNE

Guzmán fue introducido en el hermoso salón de casa Theroigne, casi al mismo tiempo que la bella liejesa entraba por otra puerta llevando en la mano un libro entreabierto…

—¡Ah! ¿Sois vos? —exclamó con visible sorpresa. No creía veros tan pronto. Estoy agradecidísima a esa distinción que os merezco, viniendo aquí apenas habéis podido salir de vuestra casa.

Quedose mirando fijamente durante algunos instantes al joven, que de pie en el centro del salón, sentíase invadido por aquella turbación extraña que otras veces había experimentado al contemplar a aquella mujer majestuosa y radiante de hermosura.

—Pasad adelante —continuó Lambertina—. No os sentéis aquí. Este salón lo reservo para los visitantes aristócratas, para esos imbéciles que vienen a hacerme la corte, y me daría pena veros ocupar su mismo sitio. Para amigos como vos, tengo un lugar más reservado y más íntimo. Pasad, amigo Guzmán. Seguidme al gabinete donde me visteis por primera vez.

Y la Hermosa Liejesa, haciendo una seña al joven para que la siguiera, echó a andar por un corredor, que como todas las habitaciones de la casa, estaba profusamente iluminado, a pesar de que en la calle todavía existía la luz del crepúsculo.

Guzmán seguía a la hermosa, contemplando su gallarda figura, que al andar movíase majestuosamente dentro de la amplia túnica de seda azul que encerraba sus carnes sonrosadas.

Lambertina no se detuvo hasta que entró en el segundo compartimiento de su lindo y misterioso gabinete, y después de lanzar una rápida ojeada al espejo de su tocador para convencerse una vez más de que estaba hermosa, sentose en una de aquellas sillas griegas de

voluptuosas curvas y señaló a Guzmán un montón de bordados cojines que estaban junto a ella.

El joven español se acomodó en aquel blando y original asiento, y por algunos instantes permaneció silencioso, pues no sabía de qué modo empezar la conversación, turbado como estaba por la insistente mirada de Theroigne, en la que iba notando algo tierno y sentimental que le causaba miedo.

—Señora… —dijo por fin con voz trémula; pero se detuvo al notar un movimiento de extrañeza en la joven, quien después prorrumpió en una franca carcajada:

—¿Qué es eso, amigo Guzmán? ¿A qué unas frases tan ceremoniosas? El primer día que aquí vinisteis, quedamos en que me trataríais con la más absoluta confianza, lo mismo que yo a vos. Llamadme Lambertina sencillamente y proseguid.

—Pues bien, Lambertina: he venido a veros, apenas he podido salir de casa, para daros las gracias por las sublimes atenciones que os he merecido. Creed que sacrificios como los que vos habéis hecho, no se olvidan jamás. De hoy en adelante tenéis en mí un hombre dispuesto a hacer por vos cuanto pueda: un verdadero hermano, que si es necesario, expondrá su vida para evitaros la menor molestia.

Theroigne reía, pero en su risa notábase algo forzado, y sus ojos, más parecían dispuestos a llorar de emoción, que a mirar irónicamente al joven. Sin duda, su sensibilidad de mujer, impresionábase a la vista de aquel joven hermoso, modesto y sencillo como un héroe clásico, y a quien hacía aún más interesante la palidez de la convalecencia que impregnaba su rostro.

—¡Ah, pícaro Vadier! —exclamó la hermosa—. Sin duda el capitán me ha hecho traición, y no sabiendo guardar el secreto que le encomendé, os lo ha contado todo… Y bien, amigo mío, ¿creéis que lo que yo he hecho por vos merece tantas expresiones de agradecimiento? ¡Ah, honrado joven! —añadió Lambertina con voz de amargura—. La que tantas noches ha pasado en orgías destrozando su honor, bien puede sin esfuerzo alguno dedicar unas pocas a una misión tan noble y santa como es cuidar a un amigo que se halla solo y en peligro de muerte. Esto no es ningún sacrificio, antes al contrario, es un placer, pues proporciona esos goces de la conciencia satisfecha que no pueden alcanzarse con dinero.

Calló Lambertina durante algunos minutos, y por fin, como si no pudiera resistir a los pensamientos que bullían dentro de ella y que pugnaban por exteriorizarse, dijo a Guzmán con visible precipitación:

—Desde el momento en que os vi, me interesasteis sobremanera, pues adiviné en vos algo extraño y por encima de lo vulgar, que es lo que distingue a los hombres extraordinarios. He tratado a los primeros hombres de Francia, y su talento, su inmenso genio, no me ha apasionado tanto como esa honradez que lleváis impresa en vuestro rostro, esa fe inquebrantable y entusiasta que se nota en todas vuestras palabras y ese valor indomable que demostráis con vuestros actos. La otra noche, cuando estuvisteis aquí, vuestra presencia me atraía y os consideraba ya como el primero de mis amigos; pero hoy, después de vuestra aventura novelesca en el Puente Nuevo, que os realza y os da nuevo prestigio ante mis ojos, hoy os…

Lambertina vaciló por unos breves instantes, y al fin terminó la oración con una forzada carcajada.

—Perdonadme, Guzmán. Estoy loca e iba a deciros una sandez. Las mujeres somos por temperamento, novelescas y aficionadas a los héroes, y un hombre como vos, es suficiente para trastornarles el seso. Yo que siempre soy dueña de mí misma cuando hablo con otros, frente a vos reconozco una terrible superioridad. Espero, peligroso conquistador, que no abusaréis de vuestras ventajas y me permitiréis variar el tema de la conversación. Contad, mi heroico amigo: hacedme saber cómo fue la peligrosa aventura de la otra noche.

Guzmán estaba más asombrado y perplejo que nunca en presencia de Theroigne. Adivinaba los pensamientos de esta, comprendía lo que había querido decir momentos antes, y a pesar de esto se sentía irritado contra la alegre ligereza de la bella, que cuando ya iba a manifestar sus sentimientos, retrocedía bruscamente, disfrazando su retirada con una jocosidad violenta.

Él había entrado allí temiendo que Theroigne volviese a emplear las irresistibles seducciones de la noche de la cena y a hacerle aquellas insinuantes preguntas que le ponían casi en el trance de formular una declaración amorosa; pero al ver que Lambertina hacía todo lo contrario y que cuando la conversación la conducía a manifestar sus sentimientos, rehuía este trance como si fuese un peligro, sentíase él irritado como si aquello fuese un desprecio.

Esto constituía una violenta e inexplicable contradicción, pero era propio del estado en que se hallaba Guzmán. Cuando no estaba en presencia de Lambertina, pensaba únicamente en Luisa Dampierre y deseaba merecer de la cortesana una amistad fría y sin apasionamiento, pero al hallarse con la bella liejesa, su hermosura le deslumbraba y no le producía molestia alguna la idea de que aquella mujer por tantos codiciada, podía amarle.

Era imposible que el joven español no se olvidara en aquellos instantes de todo su pasado, ambicionando únicamente que Lambertina acabase de manifestar su pensamiento. El voluptuoso lujo de aquella habitación, que tanto le había impresionado la primera vez que allí entró, le excitaba aún más en esta ocasión, cuando todavía estaba reciente su convalecencia de algunos días en un mísero cuarto que carecía de comodidades.

La perfumada atmósfera del gabinete de Theroigne producíale dulces desvanecimientos a su cabeza todavía débil, y experimentaba las mismas sensaciones del musulmán creyente que excitado por el humo del hachís, sueña en visiones voluptuosas y ve pasar ante sus ojos rosadas carnes brindándole eterno placer.

Guzmán no podía apartar su mirada de los ojos ardientes y fijos de Lambertina, cuyos rayos parecían penetrar hasta en lo más íntimo de su ser.

Podía ella aparentar una ligera indiferencia y hablar con fría afectuosidad, pero el joven adivinaba que todo aquello era falso y que los verdaderos sentimientos de Theroigne estaban en sus ojos, en aquella mirada ardiente, cuyo fuego parecía fundir el alma de la cortesana.

Guzmán contestaba a todas sus preguntas de un modo automático; pero su mirada vagaba por la habitación, fijándose tan pronto en el monumental tocador, como en aquel suntuoso lecho, cuyas blancas blondas parecían espuma tejida.

Procuraba tenazmente que sus ojos no se fijaran en la mujer que tenía delante, pues un escalofrío extraño agitaba todo su ser, cada vez que su mirada tropezaba con los desnudos y marmóreos brazos que asomaban por entre las mangas perdidas de su túnica azul o con aquellos diminutos pies, que encerrados en medias de blanca seda, bailoteaban dentro de los chapines de marroquín rojo.

El joven, a pesar de su turbación, tuvo buen cuidado al contestar a las preguntas de la

hermosa, en no decir la verdadera causa de la aventura del Puente Nuevo.

Aquello había sido, según él, un incidente vulgar, una disputa sobre política con varios petimetres realistas, que les habían aguardado después en el puente para asesinarlos. Y hablando así, cuidóse de no nombrar a Dampierre, ni hacer a Lambertina la menor indicación por la que adivinase esta la existencia de Luisa, ni el puro amor que le profesaba el español.

Dentro de este se agitaban en aquellos instantes dos seres distintos; el adorador de Luisa y el hombre apasionado y viril que no podía permanecer insensible ante la radiante y voluptuosa belleza de Lambertina.

El amor puro sentíase vencido por la pasión loca e irritada del momento, y la belleza presente de la cortesana sobreponíase al dulce recuerdo de Luisa. Esto resultaba natural en un joven, cuya misma virtud y continencia eran acicates que contribuían a hacer más insostenible su situación.

La bella liejesa y el español, adivinábanse en sus miradas cuanto pensaban respectivamente. Guzmán veía en ella que un escrúpulo femenil era lo único que la detenía en decirle que le amaba; y Theroigne, por su parte, conocía que sólo la timidez era el obstáculo para que él cayese de rodillas ante ella.

Insensiblemente la conversación recayó sobre el mismo punto que la joven había evitado poco antes.

Su lengua había seguido los impulsos del corazón, y Theroigne hablaba con cierta fogosidad de lo desgraciada que se creía al no haber conocido nunca el amor.

—Creedme, Félix —decía la hermosa inclinándose hacía Guzmán, que sin notarlo se hallaba ya sentado a los pies de ella—. Soy una mujer perdida; me he visto entre los brazos de muchos hombres, y sin embargo, a pesar de esto, me siento tan virgen de corazón como si no hubiera salido nunca del convento en que me eduqué. Creía que el orgullo y la ambición satisfechos, despertarían en mi corazón algo de amor, y sin embargo, cuando en Londres fui amante del príncipe de Gales, el heredero de la corona de Inglaterra, permanecí fría e indiferente en medio de las emociones carnales, y no se despertó en mí la más leve sensación espiritual ni el menor indicio de esos sentimientos puros que se gozan cuando existe el amor. Después creí encontrarlo uniéndome a los hombres de talento, a los genios de reputación universal, y he sido la amiga de Mirabeau, de Sieyes, de Danton y de otros, sin que sus caricias despertasen en mi pecho ninguna de esas impresiones puras y sublimes que yo buscaba. En mi vida he encontrado muchos hombres, pero aún no sé lo que es un verdadero amante.

— ¿Y aquel que fue el autor de vuestra deshonra? —preguntó Guzmán—. ¿No amasteis a aquel aristócrata que tanto os hace odiar ahora a los de su clase?

—No me recordéis tan triste suceso. Cuando registro mi memoria, me convenzo cada vez más de que nunca amé a aquel hombre. Fue una

alucinación hija de mi inexperiencia lo que me arrastró hacia aquel malvado. Vivía entre seres vulgares, y la fama galante de aquel hombre fue suficiente para turbar mi imaginación, ávida de sucesos novelescos. Creía amarle; pero cuando me abandonó, sólo me acordé de él para maldecirle, no porque me hubiese arrojado de su lado, sino por ser el autor de mi deshonra. Ya veis que esto no pudo ser amor, sino despecho y ansia de venganza.

Calló Lambertina, y en la contracción de su rostro, demostróse la penosa impresión que la había producido la pregunta de su interlocutor, que despertaba en ella tristes recuerdos.

—¡Cuán triste es mi situación! —dijo por fin la joven en voz muy baja—. Perdí el honor sin que amase al hombre que me lo arrebató, y si hoy amara a un hombre digno de ello, es seguro que mi pasión se estrellaría ante el desprecio que merece mi antigua existencia.

Guzmán intentó hacer un signo de protesta, pero la joven le atajó diciendo con energía:

—Es inútil que por halagar mi amor propio intentéis decirme lo contrario. Tengo conciencia exacta de mi situación. ¿Quién se atrevería a amar de veras a la famosa Theroigne de Mericourt, a esa prostituta de la que los aristócratas dicen horrores y que únicamente respetan y quieren los harapientos, los infelices de los arrabales? Nadie. El que se decidiera a amarme sería un objeto de risa para todo París, y mis caricias juntas, no compensarían la más pequeña de las mortificaciones de su amor propio. Por esto callo; por esto ahogo los impulsos de mi corazón, y como un plebeyo que amase a una duquesa y se contentara con mirarla de lejos, así yo me limito a estar cerca de aquel a quien amo, para auxiliarle, para tener con él cariños de madre, sin atreverme nunca a decir lo que siento.

Y su mirada al decir esto, era tan significativa, que a Guzmán no le cupo la menor duda acerca de quién era el hombre que tales sentimientos había logrado inspirar a la bella Theroigne.

El joven sintió tentaciones de arrojarse a los pies de ella, jurando en su momentáneo entusiasmo que él era el hombre capaz de amarla, aunque para ello arrostrase la risa de todo París; pero se detuvo al ver el gesto de tristeza impreso en el rostro de Lambertina, la cual miraba al cielo murmurando con desaliento y desesperación:

—¡Dios mío! ¿Por qué he de ser yo tan desgraciada? No merezco los

infortunios que la suerte ha arrojado sobre mí. Mi vida ha sido depravada; pero bien sabido es que quien me arrojó al vicio no fue mi voluntad, sino uno de esos crímenes que parece imposible que Dios los pueda consentir. ¡Ah, Guzmán! ¡Si supieseis cuánto he sufrido! ¡Si hubierais presenciado la escena que ocurrió cuando yo, que era una joven honrada y sencilla, fui a la vivienda de mi amante para pedirle el cumplimiento de su promesa! Hablaba yo en nombre de mi honor perdido, de mis infelices padres que iban a morir al conocer mi deshonra, de aquel amor que el miserable aristócrata tantas veces me había jurado, y en vez de escuchar mis ruegos, de apreciar en su justo valor las lágrimas de una niña inocente, fui tratada como la ramera más abyecta; aquel hombre se burló de mis sollozos, contestó con chistes groseros e inmundas expresiones a mis palabras de desesperación y hasta ordenó a sus criados que me arrojasen de su palacio, intentando la canalla servil tomarse conmigo las mismas libertades que si se tratara de un mujer perdida. No pretendo justificarme, no quiero ofrecerme como una víctima digna de compasión; pero lo que sí digo, es que cuanto yo he hecho en esta vida, y más aún que hiciera, resulta justificado, y que el culpable, al que debía perseguir la sociedad con vergüenzas y sarcasmos, no es la infeliz niña que tuvo que abandonar su hogar para ocultar su deshonra, sino el infame que fue a buscarla en el seno de una familia digna, para causar su eterna desgracia a cambio de unos momentos de fugaz placer. Soy muy desgraciada, Guzmán; pero lo único que me alienta es el presentimiento que tengo de que algún día podré vengarme en la misma persona de aquel que tanto daño me ha causado… ¡Ah! ¡Cuán hermosa sería la vida si todos los hombres fuesen honrados y probos como vos lo sois, amigo Guzmán!

Y Lambertina, al decir esto, con instintivo impulso extendió una mano, que el joven español oprimió cariñosamente entre las suyas.

El calor de aquella mano pareció comunicar a Guzmán una nueva fuerza, que aumentaba su apasionamiento por Lambertina.

El joven contemplábala cada vez con mayor entusiasmo, y sin darse cuenta de ello, como atraído por una fuerza magnética que despedían los rasgados ojos de la hermosa, iba aproximando a ella su cabeza, extasiándose al escuchar sus palabras, que sonaban en sus oídos como una deliciosa música.

—Sí, Lambertina —dijo con entusiasmo cuando la joven dejó de

hablar—. Sois digna de mayor respeto por vuestras desgracias y no sería yo tan honrado y probo como me suponéis, si vacilara en teneros por una mujer digna de ser amada. No faltan hombres que se darían por dichosos si fueran llamados a hacer vuestra felicidad.

La bella Theroigne miraba fijamente a Guzmán como aguardando que acabase de formular claramente su pensamiento.

Esperaba que el joven dijese aquella palabra que ella había intentado ya deslizar varias veces en la conversación; pero la timidez de Guzmán, aquella adoración muda que le absorbía apenas se hallaba en presencia de Lambertina, impedíale formular francamente la amorosa declaración que parecía vagar entre sus labios sin determinarse a salir.

Transcurrieron algunos minutos en el más absoluto silencio. A Guzmán zumbábanle los oídos como si vibrasen los diversos y vagos pensamientos que se agitaban en su cerebro y retenía la mano de Lambertina entre las suyas, con tanta fuerza como si estuviera ahogándose y aquello fuera su único medio de salvación.

La bella Theroigne, a pesar de la gran superioridad que siempre mostraba sobre los hombres, experimentaba también una visible emoción y parecía semejante a una casta doncella en los preliminares de la primera declaración de amor, profundamente conmovida por la presencia del hombre amado.

Sonreía de un modo extraordinario al contemplar a Guzmán, pues lo que agitaba la tersa y aterciopelada superficie de su rostro no era la risa descocada y forzosa de la cortesana vil, sino la expresión ideal y sublimemente gozosa de la joven que por primera vez siente el amor y de mujer se convierte en ángel.

—Si supierais, Félix —dijo con un tono de voz soñoliento y vago, como si hablase con ella misma—. ¡Si supierais cuán diversa me siento desde hace algunos días! Me parece que soy otra mujer y un cúmulo de nuevas impresiones se han despertado en mí. La mujer corrompida y mercenaria de otros tiempos ha desaparecido ya, y ahora, ni aun violentándome consigo fingir ese cariño que tanto oro atrae a mis manos. Ya no hay hombres para mí en el mundo, siento náuseas al tener que recibir a mis visitantes con una amable sonrisa, pues mi imaginación, mis recuerdos vuelan a todas horas hacia el ser que con su presencia ha conseguido despertar en mí sentimientos que nunca había conocido. Sabedlo, Guzmán; hay un hombre al que adoro y por el cual haría los

mayores sacrificios. Cuando le vi por primera vez, parecía que dentro de mi pecho se agitaba mi corazón con loco impulso y al mismo tiempo sonaba en mi oído una voz diciéndome:

—Mírale; ese es el hombre en quien soñabas. Desde entonces que le adoro, y si los amigos que me conocen hace muchos años pudiesen apreciar mi pasión, de seguro que me tendrían por una loca. ¿Es su persona lo que me enamora?, ¿es su virtud?, ¿es su prestigio de héroe tan esforzado como modesto? No lo sé, pero encuentro en su persona algo extraordinario, algo que no he visto en los demás hombres y que me subyuga haciendo una esclava, de mí, que he sido siempre una mujer libre e indomable. Cuando me veo a su lado experimento inefables goces, mi pasado desaparece por completo, se borran de mi memoria todos los hechos de mi vida de escándalo y libertinaje, y me parece que soy todavía una tímida colegiala escuchando con rubor las primeras declaraciones amorosas. ¡Cuán sublime aparece ese hombre ante mis ojos! ¡Qué inmenso poder ejercer sobre mi debilitada voluntad! Él es mi señor, yo soy su esclava; y le amo con adoración tan ciega e ingenua como aquella joven hebrea que entona sus lamentaciones amorosas en el voluptuoso canto de Salomón.

—Y ese hombre —dijo Guzmán con vehemente acento, estrechando con fuerza la mano de Lambertina— ese hombre feliz y amado, ¿quién es?

En el rostro de la hermosa apareció una luminosa sonrisa, como si le produjera inmensa alegría esta pregunta que sin duda aguardaba hacía ya tiempo, pero pareció vacilar algunos instantes, y por fin, dijo con desalentada expresión:

—Es inútil que me preguntéis: nada os diré. Eternamente me remordería la conciencia, si con mis insinuaciones alentase yo al hombre a quien amo. Es demasiado digno y demasiado honrado para llegar hasta mí, que soy una cortesana abyecta. No quiero que sus virtudes se manchen con el barro infecto de mis vicios. Yo soy buena para ser amada como un instrumento de placer, para ser exhibida como un objeto de lujo que cuesta muy caro; pero nadie puede amarme de verdad sin correr el peligro de caer en el ridículo. Por esto callaré devorando mi pasión en silencio y contentándome con adorar a mi ídolo de lejos, como el creyente adora a Dios.

Y los ojos de Lambertina tenían tal expresión al decir estas palabras,

que el joven ya no dudó más. Estaba convencido de quién era aquel hombre que tan intensa pasión había despertado en la hermosa liejesa.

—¡Ah, Lambertina!… ¡Lambertina mía! —murmuró Guzmán ebrio de felicidad y con la respiración jadeante como si aquel descubrimiento le ahogara.

Y dejando caer su cabeza sobre uno de los brazos de Lambertina, comenzó a besar con furia de hambriento la piel blanca, tibia y satinada.

La bella Theroigne hizo un movimiento de sorpresa, como si realmente aquella nueva pasión la hubiese transformado hasta el punto de producirla las mismas impresiones de la casta doncella, que turbada y temblorosa, recibe por primera vez las caricias de su amante.

La cortesana se ruborizó mostrando en su rostro una mezcla extraña de placer y turbación, y con voz ahogada murmuró casi al oído del joven, acariciándole las mejillas con su perfumado aliento:

—No, Félix… ¡por Dios!, déjame. Yo te amo, te amaré siempre: tú eres el hombre que tan intensa impresión causas en mí, pero déjame; te lo suplico. No me toques, no me beses; me parece que esto afea y empequeñece ese amor puro y sublime que ambos nos profesamos. Acariciándome de ese modo me pareces un hombre igual a los demás. Ese hambre de carne me produce náuseas: tengo sed de ideal, necesito conocer las inmensas perspectivas de una pasión de espíritus… Félix, amémonos como ángeles.

Yal decir esto, cogía suavemente entre sus lindas manos la cabeza de Guzmán, y separándola un poco, la contemplaba fijando en ella una mirada radiante, a la que prestaba extraordinaria luz la pura pasión que dominaba a la cortesana.

El joven español dejábase acariciar por aquellas manos que se hundían en su rizada cabellera; pero en su rostro marcábase un gesto de decepción y de contrariedad que no pasó desapercibido para Theroigne.

—Eres un niño —murmuró la hermosa con el mismo acento del que presta adoración a un ídolo—. Te ofrezco el amor más inagotable, el que nunca muere, el que produce un placer más extraño e inacabable, y tú prefieres, como el vulgo de los hombres, la vil caricia, el material contacto, ese delirio que al desvanecerse deja tras sí el hastío y el cansancio. Pero tú eres mi dueño, eres mi señor y te basta el más leve gesto para que la esclava obedezca. No pongas esa cara tan compungida,

dueño mío. Ya que tú lo quieres, sea.

Y aplicando su fresca y rosada boca a los labios de Guzmán, estalló un sonoro y prolongado beso que pareció difundir el calor de la vida en el ambiente del gabinete.

Guzmán se incorporó y los brazos de ambos amantes se estrecharon fuertemente.

Sus voces callaron y en el silencio de la lujosa habitación, el rítmico gotear de los grifos del baño, parecía que entonaban un voluptuoso epitalamio.

Las luces parecieron esparcir una claridad más viva; los grandes espejos de las paredes reflejaron en sus pulidas superficies el éxtasis de amor, como lagos que copiaran en su fondo una visión celeste; y hasta los dorados cupidillos que sostenían la blanca y rizada cama, parecieron animarse y sonreír, como satisfechos de que por fin iban a sostener, no el amor fingido y mercenario, sino la pasión vehemente e ingenua, que ansiosa e impaciente, rodaba ya por los diferentes muebles de la habitación antes de llegar al lecho.

XXI.- EL AMIGO DEL PUEBLO

A las diez de la mañana entraba Guzmán en su casa de la calle de los Fosos de San Jacobo.

La señora Santos no estaba en la portería y el joven subió lentamente la escalera después de haber buscado inútilmente la llave de su cuarto en la habitación de la vieja.

Atravesó el obscuro y angosto pasillo del piso quinto, y al ver la llave puesta en la puerta de su cuarto, abrió, creyendo encontrar dentro a la portera ocupada en la limpieza diaria.

Guzmán experimentó grande sorpresa, cuando al entrar en la habitación, vio junto a la ventana a su padre, que sentado en el sillón, leía atentamente un periódico.

Al apercibirse el señor Guzmán de que alguien entraba, levantó vivamente su cabeza, y viendo a su hijo, tuvo una mirada de satisfacción, que pronto desapareció, siendo reemplazada por un gesto de severidad.

El joven, después de arrojar su sombrero sobre la cama, corrió a abrazar a su padre; pero este, aunque le estrechó entre sus brazos, se apresuró a decirle con un acento que en vano pugnaba por hacer imponente y severo:

—¡Bien; muy bien, señor Félix! Eres digno de aplauso por tu prudencia y excelente conducta. ¿Te parece bien salir de casa ayer por la tarde para no volver hasta este momento? ¿Dónde has pasado la noche? Pronto has hecho amistades en París; y debían ser muy urgentes tus visitas por cuanto no has esperado a hallarte fuerte, y apenas convaleciente, has levantado el vuelo lejos de aquí. Bonita conducta para un joven patriota que debe ser modelo de buenas costumbres. Hasta la señora Santos, tu portera, se halla escandalizada, y eso que ella tiene costumbre de sufrir a inquilinos calaveras.

Guzmán recibía sin chistar la reprimenda de su padre, como un niño que se ve cogido en grave falta. Había pasado casi toda su vida privado del cariño paternal, y por esto producíanle un grato placer las severas palabras de aquel hombre a quien tanto amaba. Pero el señor Guzmán, al ver la confusión de su hijo y la expresión compungida de su rostro, creyó que le estaba dando un mal rato y que era excesiva su severidad, por lo cual se apresuró a cambiar de tono.

—Vamos, hombre; siéntate —dijo con su campechanía andaluza—. Pareces ahí un palomo asustado y eso no está bien en un mozo de tantos bríos. Ya pasó todo. Estoy algo enfadado, no porque pases la noche fuera de casa, que al fin, cosas peores he hecho yo, sino porque te hallas convaleciente y cualquier exceso puede quebrantar nuevamente tu salud. Además, no me parece muy correcto eso de ir a pasar el tiempo Dios sabe dónde y no hacer tu primer visita a tu pobre padre, cuya esposa desea vehementemente conocer a su esforzado hijastro. Hoy no te escaparás: vendrás a casa para comer con nosotros y antes te presentaré a un hombre cuya amistad estimarás en mucho.

El joven, enternecido por la prontitud con que su padre pasaba de la severidad al cariño, apoyaba todas sus palabras con afirmativos movimientos de cabeza, mostrando lo dispuesto que estaba a obedecerle.

El señor Guzmán fijó en su hijo una mirada escrutadora y sonriéndose maliciosamente preguntó:

—Pero dime, ya que hemos hecho las paces, ¿dónde has pasado la noche?

Con esto aumentóse la confusión de Guzmán, y balbuceando con violencia, pues le era imposible mentir, murmuró:

—He estado con algunos amigos. Un asunto de gran importancia nos ha ocupado toda la noche.

La sonrisa maliciosa del señor Guzmán fue marcándose cada vez más, y al fin estalló en una sonora carcajada.

—Con un amigo, ¿eh? No me parece mal, pero no por esto encuentro verosímil que de una cita con amigos, en la que se tratan negocios urgentes, se vuelva llevando en la solapa de la casaca una flor fresca y hermosa como esa rosa que parece puesta ahí por las manos de una mujer linda.

La turbación de Félix fue en aumento al ver que su padre se fijaba en

la rosa que llevaba en la solapa, pero aún tuvo serenidad para contestar:

—Una ramilletera importuna se empeñó en hacérmela aceptar hace poco rato en un café de Paláis-Royal.

—Sí, ¿eh? Y sin duda esa misma ramilletera será la que te ha hecho en la corbata ese lazo tan cuco. ¡Oh!, soy perro viejo y conozco bien estas cosas. De seguro que esa corbata te la han arreglado hace poco rato, unas lindas manecitas, en algún gabinete elegante, mientras tú te entretenías en besar la linda boca que tenías al alcance de tus labios. Los hombres somos siempre desmañados y no sabemos arreglar las cosas tan lindamente; además conservas todavía un perfume, que aunque vago, delata el lugar de donde vienes.

Félix estaba cada vez más confuso ante aquel viejo diablo que parecía tener el don de la adivinación, pues suponía todo lo que realmente había sucedido una hora antes en el gabinete de Theroigne; pero serenábase un tanto al notar el tono de maliciosa bondad con que su padre hacía tales observaciones.

—¡Qué demonio, muchacho! —exclamó el antiguo aventurero— no por esto hay que ruborizarse; si tú conocieras en todos sus detalles la vida de tu padre, cosas más gordas encontrarías. Yo no critico que la juventud sea galante y que procure entretener a las señoras impidiéndolas que se aburran: en esto estoy con los aristócratas y con las costumbres de la antigua Francia. Lo que no me parece tan bien, es que vayas de aventuras amorosas cuando aún no estás restablecido de tu herida. Mírate la cara en ese espejo; pobrecito mío, inspiras lástima. Estás pálido, terriblemente ojeroso, como si durante tu sueño una bruja te hubiese chupado la sangre… ¡Qué juventud!… ¡Qué edad tan dichosa!

Y el antiguo aventurero reía bondadosamente y se gozaba contemplando la cortedad y confusión de su hijo.

—Quedamos, pues —continuó el señor Guzmán—, en que tú no quieres decirme dónde has pasado la noche, ni a mí me importa tampoco. Ahora, si te parece bien, vendrás conmigo a una visita y a las doce estaremos en mi casa de la calle de San Honorato, pues madama Guzmán gusta de ser muy puntual en el almuerzo. ¿Necesitas descansar…? ¿No? Me parece muy bien: la juventud no debe quebrantarse por una mala noche. Yo, en mis tiempos de soldado, cuando era oficial en el ejército español, pasaba la noche entera en un baile gitano o al pie de una reja, y al día siguiente dormía derecho mientras mandaba las evoluciones de los

reclutas en el campo de instrucción, dando ronquidos en vez de voces de mando. Yo he sido muy famoso, hijo mío, y por mucho que tú hagas en estos tiempos, nunca le llegarás al teniente Guzmán, que traía alborotada Sevilla, y de quien todos los días contaba la gente alguna barrabasada.

Estos recuerdos de su juventud, iba evocándolos el señor Guzmán mientras que del brazo de su hijo bajaba la escalera del viejo caserón.

Los dos parecían marchando por la calle, alegres y francos camaradas, y a no ser por el parecido que tenían sus rostros y por la cabellera gris del señor Guzmán, se les hubiese tomado por un par de estudiantes que compartían alegremente su pan y su lecho como buenos hermanos.

Cuando estuvieron frente al Luxemburgo, Guzmán, que recordó las palabras dichas por su padre el primer día que se vieron, le preguntó a aquel:

—¿Es a casa de Marat adónde vamos?

—A ver a Marat te llevo —contestó el señor Guzmán, con voz queda y acento misterioso— pero no vamos a su casa por la sencilla razón de que mi amigo no la tiene. El gran patriota, el amigo del pueblo, vive siempre errante y fugitivo, ocultándose de las persecuciones que provoca con sus justos ataques y por la fuerza con que fustiga todas las arbitrariedades de los poderosos. Mi amigo es el hombre que mejor encarna en su persona la revolución; él mismo se titula el ojo del pueblo, y no sé cómo se las compone para saberlo todo desde su escondrijo y conocer cuántos sucesos grandes o pequeños ocurren en París. De su inflexibilidad revolucionaria no hay que hablar, pues bien conocido es el programa que publica en todos los números de El Amigo del Pueblo: «Atacaré a los bribones, dice, desenmascararé a los hipócritas, denunciaré a los traidores y alejaré de los negocios públicos a los ambiciosos y a los ruines.» Vas a ver a un hombre, cuya presencia te producirá seguramente mayor impresión que Robespierre o Danton. Es terrible escribiendo o hablando al pueblo; pero su carácter resulta dulce y sensible, y yo le considero como un buen amigo, al que defenderé en todas ocasiones.

Guzmán, muy satisfecho de ser presentado a aquel hombre de reputación siniestra y grandiosa, que por vivir tan oculto era considerado por muchos como un mito, siguió a su padre, el cual se dirigía hacia la vieja calle de la Escuela de Medicina. Por el camino iba pensando el

hombre extraordinario, en aquel periodista terrible, cuyos escritos, que parecían un fúnebre canto de venganza, apasionaban y agitaban a las gentes de los mercados, al más terrible populacho de París.

Marat era suizo y su familia oriunda de España. Como si los que le dieron el ser, presintieran lo que había de ser con el tiempo aquel enfermizo y endeble niño, el padre quiso hacer de él un sabio y la madre, mujer extraordinaria, le hizo amar con entusiasmo la gloria y odiar la injusticia doquiera la encontrase. Una asombrosa precocidad intelectual habíase marcado en Marat desde que tuvo uso de razón; pero al mismo tiempo su organismo enfermizo y la debilidad de sus fuerzas, que no correspondía a la grandeza de sus miras, daban a su carácter una irritabilidad constante, que algunas veces llegaba hasta el delirio.

Marat, impulsado por el loco afán de gloria y por la fuerza que en sí reconocía, quería ser siempre el primero allá donde se encontrase. Estudiaba con verdadera ferocidad, hasta el punto de que muchas veces caía desmayado sobre los libros, después de haber estado trabajando sin interrupción más de veinte horas.

Así que recibió el título de doctor en medicina, relegó a segundo término esta ciencia que tanto le interesaba, dedicándose con delirante curiosidad al estudio de la filosofía, la química, la física y la política. Cuando fue absorbido por el océano de la ciencia, su afán de gloria y su carácter indomable lleváronle a ser un terrible iconoclasta, que se gozaba en derribar todos los ídolos de la sabiduría humana. Fustigó rudamente a Helvecio y a Locke, hizo una dura crítica de Condillac y Malebranche, atacó con varios experimentos los principios de óptica de Newton, acusó al gran químico Lavoisier de innumerables plagios y anunció acerca del fuego y de la electricidad, grandes descubrimientos que debían revolucionar toda la ciencia de su época.

Marat era todavía, entonces, el sabio de costumbres tranquilas, el hombre que vegetaba en el sosiego del estudio; pero había en él una fiebre extraña y agresiva, que por el tiempo había de extremarse más, y que le impulsaba a exterminar cuantas celebridades gozaban del esplendor de la gloria. Pero tenía el mérito, en esta guerra sin cuartel al renombre, de que así como se colocaba frente a las celebridades venturosas que gozaban del halago popular, amparaba con su pluma terrible a los genios desvalidos que agonizaban en la obscuridad, ejerciendo junto a ellos las funciones de caballero andante.

Cuando Voltaire llegó a la cumbre de la gloria y el pueblo de París le dispensaba mayores honores que a un rey, el joven suizo, fue el único que le atacó con dureza, pero era porque estos ataques equivalían a un homenaje para el infeliz Rousseau, pobre, doliente, obscurecido y próximo al suicidio a que le impulsaron las contrariedades de la vida.

El sublime objeto que tenía muchas veces la acometividad de Marat, no le libró de que sus enemigos le devolviesen golpe por golpe, aunque extremando su venganza más allá de donde había llegado el sabio suizo.

Voltaire, que fue el verdadero rey del siglo XVIII, molestado por sus ataques, le condenó con su sonrisa que mataba, contestándole con desprecio:

—¡Grande imperio es la nada! ¡Reinad en ella!

Y la nada se hizo en torno de Marat, quien se vio sumido desde entonces en una soledad dolorosa, como si nadie supiera que existía en el mundo. Los sabios enemigos, no le atacaron, sino que hicieron el vacío en torno de él, abrumándole con su silencio. Las publicaciones científicas convinieron en no citar jamás su nombre, las sociedades doctas afectaron ignorar sus experimentos sobre la luz, que tanto habían admirado al gran Franklin, y la Academia de Ciencias llegó a impedir la lectura de una Memoria, porque en ella se citaba varias veces al sabio suizo.

Esta guerra cruel y encarnizada, que demostró a Marat cómo hay reyes en la ciencia a los que no se puede desafiar sin peligro, sirvió para que su carácter se cambiara por completo, desapareciendo para siempre el sabio tranquilo, el filósofo russoniano que consideraba fraternalmente a todos los hombres y deseaba una paz eterna. Su audaz altivez trocóse en fiereza, y su cerebro, excitado por un estudio gigantesco y continuas vigilias, exaltóse de tal modo, que entró desde entonces en un período de furia, quedando envuelta su mirada en una tétrica penumbra, surcada a cada instante por sangrientas visiones.

Arrojado del campo de la ciencia por un injusto desprecio, entró de lleno en la política con las primeras convulsiones de la revolución.

El instinto iconoclasta, el ansia de derribar a los poderosos, era lo que le había perdido, y justamente, lo que necesitaba la revolución, era un espíritu inquieto y audaz, un orgullo satánico que no retrocediera ante ningún obstáculo, y que para nivelar a los hombres, cortara si era necesario las cabezas de los que estaban en lo alto.

Entonces apareció El Amigo del Pueblo, y el nombre del terrible periodista comenzó a hacerse célebre, viendo en él los miserables un poderoso protector que nunca les haría traición.

La injusticia le había vuelto implacable, había jurado ser tan duro con la sociedad como esta lo había sido con él, y no era de esperar que retrocediese, pues su energía y su deseo de atajar el mal doquiera lo hallase, eran bien conocidos.

Un agudo dolor en las entrañas producíale grandes molestias, y había buscado a varios compañeros de profesión, suplicándoles sin éxito alguno, que le abriesen el vientre para averiguar el origen de su mal. Un hombre con tal fuerza de voluntad, dirigiendo con su pluma las masas, forzosamente había de resultar terrible.

Desde principios de la revolución, vivía fugitivo sin salir de París, ocultándose, tan pronto en un sótano, como en una buhardilla, lo mismo en una mina de yeso de las afueras, que en un barco anclado en el Sena.

Cambiaba a cada momento de disfraz y de domicilio, era un fantasma que los parisienses adivinaban en todas partes sin encontrarlo en ninguna, y a pesar de las agitaciones de esta vida errante y aventurera, El Amigo del Pueblo aparecía con escrupulosa regularidad, redactado de principio a fin por aquel hombre, que era una verdadera máquina de escribir y a quien no impresionaba nunca el ambiente en que vivía, pues lo mismo llevaba cuartillas en los períodos de calma, que cuando el pueblo de París rugía con la fiebre del motín.

En torno de su misteriosa persona agitábase una red de espías, de fanáticos sectarios, que husmeaban lo mismo las antesalas de las Tullerías, que las covachas de las más inmundas tabernas, reteniendo en su memoria todas las conversaciones para ir a relatárselas inmediatamente al amigo del pueblo.

Además, él era el protector de los desheredados, la mirada inquisitorial de los pobres, el vengador de los humildes, y todos los miserables de París, lo mismo el albañil que el pordiosero, e igual la trapera que la vendedora de los mercados, influidos por el fanatismo político de la época, creían faltar a sus deberes de patriotas si al saber una cosa que juzgaban de importancia no iban en busca de un vendedor de El Amigo del Pueblo para encargarle la pusiera en conocimiento del ciudadano Marat.

Tenía, pues, a su servicio un cuerpo de policía de muchos miles de individuos, que funcionaban con la actividad del que trabaja voluntariamente. Además, el éxito había venido a justificar muchas de sus predicciones.

Había anunciado en su periódico el día y la hora en que el rey debía fugarse de las Tullerías; los políticos de importancia, y aun el mismo pueblo, riéronse de tales noticias, tomándolas por delirios de un cerebro loco; pero los mismos fisgones enmudecieron de sorpresa al saber que la fuga de Luis XVI se había realizado del mismo modo como la anunciaba Marat.

Había profetizado que los diputados Lameth y Barnabe se venderían a la corte, y el tiempo había de justificar esta predicción, como otras muchas del terrible demagogo.

Identificado completamente con el pueblo, tomaba parte en todas sus miserias. Mientras los pobres no pudieran vestir como los poderosos, él se resignaba voluntariamente a ir sucio y descuidado como un obrero; y ya que el proletariado sufría la terrible miseria producida por la carestía que martirizaba a París, él decía lacónicamente en su periódico: «Hace nueve meses que me puse a pan y agua.» Y era la verdad. Una taza de café, líquido al que era muy aficionado y que le sostenía en sus interminables vigilias, constituía todo su lujo.

Se ocultaba cuidadosamente, mas no por esto osaban decir sus enemigos que Marat tenía miedo.

Los hechos de su vida probaban hasta dónde llegaba el temple de su alma. Lo que él deseaba era conservarse todo lo posible para poder herir más tiempo a los enemigos del pueblo; no temía perder la vida, pero lo que a él le causaba miedo era únicamente que la revolución quedase sin el más terrible y radical de sus apóstoles.

En la vida de aquel hombre misterioso y terrible había también su idilio. Aquel monstruo en teoría, que hablaba con exaltada elocuencia de cortar miles de cabezas y derramar ríos de sangre, había sido amado con verdadera y dulce adoración por una joven hermosa y aristocrática, la marquesa de Laudepine, a quien él había salvado de una enfermedad mortal cuando era médico de la casa del conde de Artois, el hermano del rey, y se rozaba por cuestión de su cargo con la nobleza.

El sabio de horrible fealdad, que era semejante a un kalmuco, viose

adorado por una mujer graciosa y delicada, la cual, al mismo tiempo que por la gratitud, le amaba impulsada por esa tierna simpatía que inspira todo desgraciado.

Pero hombres como Marat no nacen para extinguirse entregados al amor y no tardó en separarse de la marquesa impulsada por aquella fuerza misteriosa y terrible que sentía en su cerebro.

Una sábana bordada con las armas de la marquesa fue el único recuerdo que conservó Marat de aquella pasión, que en el terrible desierto de su vida había sido como un oasis de felicidad.

El blanco y fino lienzo era una prenda que le recordaba momentos de inefable dulzura, placeres que habían modificado momentáneamente su condición áspera y fiera, y por esto lo llevaba siempre en sus correrías, tributándole un extraño culto.

Cuando Marat murió de la puñalada de Carlota Corday, fue amortajado con esta sábana. El testigo de sus amores le sirvió de sudario.

Félix Guzmán iba pensando en algunos de estos detalles que conocía de la vida de Marat y seguía a su padre, quien marchaba con aspecto receloso, mirando a todas partes como si temiera que alguien le espiase.

—Hay que tomar precauciones —decía casi al oído de su hijo—. No digo que la municipalidad se preocupe exclusivamente de perseguir al amigo del pueblo, pero Lafayette y sus paniaguados, lo mismo que los cortesanos de Capeto, tendrían mucho gusto en agarrar a Marat entre sus uñas… Pero no hay cuidado. En tiempos de Sartine, cuando el absolutismo tenía montada admirablemente la policía, era difícil escapar en París; pero ahora que la vigilancia está encomendada a la guardia nacional, puede un hombre pasar su vida escondido en la ciudad y en continua relación con sus amigos, sin miedo a que lo encuentren… Mira: ya estamos en la calle de la Escuela de Medicina. Aquella puerta es la del club de los Franciscanos, y tres casas más allá vive Marat. Ahora está en el sótano de una imprenta en la que se publican sus escritos. El establecimiento ha sido ya registrado muchas veces, y en ningún punto puede vivir más seguro el amigo del pueblo. La dueña de la imprenta es una viuda, Simona Evrard, mujer sencilla y de dulce carácter que adora a Marat como a un ser superior y le cuida como a un niño enfermo. Mucho quiero a mi amigo; pero te aseguro que se necesita el afecto de una madre y el entusiasmo de una creyente para sufrir su carácter sombrío, malhumorado y quisquíMoso.

Félix Guzmán miraba la casa indicada por su padre, que era un edificio gris y bastante grande, aunque de aspecto mísero, con sus paredes gibosas y desconchadas, pequeñas ventanas, mezquinas puertas, grandes aleros y una torrecilla que partiendo del primer piso, ocupaba toda una esquina y remontaba algunos metros sobre el tejado su puntiaguda caperuza de negras y destrozadas pizarras.

Los dos hombres entraron en la casa, y pasando por entre las prensas y las cajas, donde algunos obreros componían atentamente sin levantar la vista de los papeles que tenían delante, fueron hasta el fondo del edificio, y encontraron, en un cuartito húmedo y destartalado, a la dueña de la casa, con las manos manchadas de tinta y pluma en ristre, ocupada en corregir unas pruebas.

Simona Evrard era una mujer alta, descarnada, huesosa y pálida; pero con hermosos ojos, de expresión tan dulce y tranquila, que daban un aspecto agradable a su rostro demasiado largo. Adivinábase en ella un carácter consecuente en sus afectos y una bondad compasiva y sin límites.

Recibió al señor Guzmán con mucho agrado, pues le tenía por el amigo más íntimo de Marat; y sin decir una palabra a Félix, con el aire misterioso de quien posee un importantísimo secreto, hizo una seña a los dos hombres indicándoles que la siguiesen.

Entraron en una vasta habitación en la que había almacenados grandes fardos de papel y algunos útiles de la imprenta, y después de cerrada la puerta, bastó un hábil empujón de Simona para que inmediatamente corriese algunos pasos, con sus ligeras ruedecillas, una tarima, sobre la cual descansaban montones de papel.

Entonces apareció en la pared una regular abertura por la que se podía pasar bajando la cabeza, y el señor Guzmán, después de saludar a Simona, que iba a quedarse allí, hizo seña a su hijo para que le siguiera.

Bajaron como unos veinte peldaños de una escalera ruda y desigual, y terminado el descenso, Félix se agarró a la casaca de su padre y caminó algunos instantes por una estrecha mina, cuya bóveda casi tocaba con su sombrero, así como con sus codos rozaba las paredes.

La oscuridad era completa, el ambiente cálido y enrarecido, no resultando muy agradable la permanencia en aquel lugar, pero pronto se detuvo el señor Guzmán y sonaron algunos golpes que parecían dados

con su mano sobre una puerta de madera.

—¿Quién va? —dijo una voz áspera que sonaba como si viniera de muy lejos.

—El español… ¡Abre!

—Es Guzmán —volvió a decir aquella voz lejana con acento menos fuerte.

Inmediatamente sonaron pasos cada vez más próximos, y aquella puerta que cerraba el extremo de la mina, abrióse, dando paso a la luz; pero a una luz tan lúgubre, vaga y mezclada en sombra como la que pueda existir en el interior de un panteón.

El hombre que había abierto la puerta era un mocetón atlético, de rostro feroz y que vestía el traje de los cargadores de harinas.

Aquel no podía ser Marat, y por esto Félix pasó ante él sin contestar al gruñido con que le saludaba, y siguiendo a su padre, entró en aquella habitación subterránea.

Una lámpara de dos mechas brillaba sobre una gran mesa de trabajo; pero a su resplandor rojizo uníase la claridad difusa y amarillenta que bajaba de lo alto, donde había un tragaluz oblicuo que estaba sin duda al nivel de alguna calle inmediata.

Aquella abertura estaba enrejada, cubierta de telarañas y polvo, y además su oblicua construcción impedía que los transeúntes pudiesen llegar con su mirada al fondo de la cueva, ni que desde fuera llegara a verse el resplandor de la lámpara.

Las paredes de aquella extraña habitación no tenían adorno alguno; algunas sillas y una cama con colgaduras viejas formaban todo el mueblaje, y frente a la puerta veíase una gran mesa cargada de libros y de papeles, tras la cual, en un sillón desvencijado y desteñido, estaba sentado un hombre que, visto de este modo, parecía un enano.

Guzmán reconoció inmediatamente a Marat.

Aquella cabeza tenía un perfil extraordinario, y forzosamente había de llamar la atención aunque estuviera confundida entre mil. Notábase en ella continuamente un gesto extraño, mezcla de la excitación del loco y de la vaguedad del inspirado.

Aquella cabeza, que se erguía orgullosa sobre unos hombros débiles, ostentaba como una sucia diadema, un pañuelo arrollado bruscamente en torno de una frente algo hundida, pero espaciosa, sobre la cual

destacábanse algunos mechones de cabello gris.

El rostro de Marat tenía también, como el de Robespierre, dos partes completamente distintas. La superior era hermosa, con sus ojos fulgurantes animados por la fiebre de una interminable indignación, aunque algunas veces dejaban paso a una fugaz mirada de dulzura; pero la parte inferior era horrorosa y revelaba una ferocidad sistemática, una audacia infernal. Su nariz remachada, y que con sus chatas aletas invadía todo el rostro como si hubiese sido aplastada por un gigantesco puñetazo, dábale cierto parecido con el terrible Atila, y más abajo destacábase el labio superior, largo, hinchado y prominente como el hocico de una víbora repleto de veneno.

De la nariz a arriba, cuando elevaba su frente y sus ojos fulguraban una mirada a lo alto, parecía un profeta; pero la parte baja de su rostro era la de un huno feroz, ansiando la carnicería de los enemigos y la completa destrucción de una sociedad corrompida y privilegiada.

En toda su persona notábase el mayor descuido, aunque el traje recordaba la posición que Marat había ocupado cuando era médico de los guardias del conde de Artois.

Por entre su bata de hermosas flores, que el polvo y las manchas habían desteñido, aparecían su chupa de satén blanco, sus calzones y medias de seda y unos finos zapatos; pero todo tan sucio, tan ajado, que le daba el aspecto de un pordiosero vestido con los desechos de una persona rica.

El hombre que con él estaba era su ayudante de confianza, su perro de presa como decían en los clubs, el cual le llevaba noticias y era además el encargado de recoger todas las delaciones que el fanatismo patriótico hacía al amigo del pueblo.

—Te esperaba, Guzmán —dijo al ver al padre de Félix—. ¿Ése que te acompaña es tu hijo?

Félix contestó con un saludo y tomó asiento en una de las sillas que el ayudante de Marat había colocado junto a la mesa obedeciendo a una seña de su director.

—Sentaos, joven —continuó el periodista—. Dispensad al amigo del pueblo si no os puede recibir en una habitación más digna y tiene que conversar con sus amigos bajo de tierra como si fuese un hurón. Vivo en la mayor pobreza; vuestro padre lo sabe bien, y si no fuese por la

angelical Simona, que me trata como a un hijo, no sé lo que a estas horas sería de mí… A pesar de esto, aún dicen los amigos de Lafayette que me he vendido a la corte y que gano el oro de las Tullerías excitando al pueblo para que con desórdenes envilezca la revolución. ¡Ah, infames! Ellos que así hablan viven en hermosos palacios y gozan todas las dulzuras del lujo; y yo, calumniado por ellos, vivo como un miserable, siempre fugitivo, teniendo que ocultarme a cada instante y sin otra comida que un poco de pan y un cuartillo de leche. Pero no por eso me intimidan. Sus calumnias no me hacen mella, bien lo sabe vuestro padre. Yo siempre soy Marat, el amigo del pueblo, el escritor indomable, y no lograrán que enmudezca mi pluma, ni impedirán que todas las mañanas salga El Amigo del Pueblo pregonando por París los crímenes de los constitucionales traidores a la nación, junto con las suciedades de esa corte que no tardará en caer bajo mis golpes.

Marat se había ido exaltando conforme hablaba. Lo característico en aquel hombre era la indignación, y como sólo sabía hablar de sus enemigos, de aquí que se exaltase a cada punto y que gesticulara como un energúmeno, azotando el aire con sus manos como si fuese a estrangular a aquellos a quienes anatematizaba.

—¡Ah, imbéciles! —gritaba dirigiéndose a sus ausentes enemigos ¡Cuán poco conocen al pueblo al perseguirme del modo que lo hacen! Si me dejaran en libertad, si me permitieran decir cuanto pienso, es seguro que mis acusaciones no alcanzarían tanta resonancia; pero me persiguen, me acosan y esto mismo es causa de que los revolucionarios de París me consideren como un mártir, como un apóstol perseguido, lo que hace que mis palabras adquieran doble valor. Sin duda la fatalidad los ciega. La revolución necesita de hombres de gran prestigio que la empujen en su marcha, y uno de esos hombres soy yo, gracias al afecto del pueblo y a las persecuciones de mis enemigos… Pero, en fin, joven —dijo Marat serenándose y pasando con violenta transición del acento indignado a la expresión cariñosa—; no habréis venido aquí a escuchar las declamaciones de un patriota malhumorado, ni habréis descendido a las entrañas de París para verme tronar iracundo contra esos farsantes que deshonran la revolución traicionando al pueblo y aliándose con la corte. ¿Qué efecto os ha causado París? Debéis estar satisfecho de la sensación que aquí habéis causado. Los patriotas de París son los únicos seres del mundo que merecen en realidad el título de cosmopolitas, pues reciben

como hermanos a todos los extranjeros que piensan del mismo modo que ellos. Lo importante es que no os dejéis seducir por los halagos y que aprendáis a conocer la gente que os rodea, apreciando discretamente en lo que valen a los malos y a los buenos. Yo os veo ahora por primera vez, y sin embargo, mancebo, estoy tan enterado de vuestra vida, como si no me hubiera separado un momento de vuestro lado desde que desembarcasteis en Dunkerque… ¿No os parece esto muy extraño? Pues, sin embargo, así es —añadió Marat sonriendo maliciosamente—. Hay buenas gentes que se apresuran a contarle al amigo del pueblo cuanto saben de alguna importancia, y como no siempre tienen criterio para separar lo superfluo de lo útil, de aquí que muchas veces, confundidas con sus noticias de importancia, reciba otras que son de índole privada. ¡Ah! Si el señor Lafayette tuviese su policía tan bien organizada como yo tengo sin quererlo el espionaje político, de seguro que me sería muy difícil el escaparme de sus garras, aunque me ocultara en sótanos más profundos que este y mudase al día veinte disfraces.

—Ya me habían dicho que sin salir de vuestro escondite lo sabíais todo —dijo Félix Guzmán.

—Todo, joven; absolutamente todo. Por si lo dudáis os haré algunas preguntas: ¿Qué tal se come en la hostería del Brazo de Oro de Varennes? ¿Os pareció buen sujeto el patriota Dubois?

Guzmán mostró su extrañeza ante aquellas preguntas y su padre prorrumpió en una franca carcajada.

—¿No te lo decía yo, Félix? Este Marat lo sabe todo, y si algún día riñese yo con él, lo que juzgo imposible, me guardaría mucho de hablar mal de su persona, pues tengo la seguridad de que a los cinco minutos lo sabría ya como si estuviera oyéndome.

Marat parecía muy satisfecho por estos elogios.

La debilidad de aquel hombre terrible, que hacía temblar con sus vociferaciones, consistía en aparecer siempre bien enterado, y lo único que hacía sonreír su rostro feroz era un elogio a la información secreta de que disponía.

—¡Oh, eso no es nada! —dijo el periodista con desprecio—. Aún podría decirle a vuestro hijo cosas más interesantes de su viaje desde Varennes a París. Yo lo sé todo y no se me oculta ni aun lo que ocurre en un bosque solitario donde se cree no tener testigos.

Y al decir esto clavó una fija mirada en Guzmán, quien se sintió turbado, temiendo que Marat fuese a revelar su secreto en presencia de su padre. Pero el amigo del pueblo, al notar su turbación, limitóse a sonreír maliciosamente y dijo después afectando indiferencia:

—Yo, conozco bien aquel camino. Hace años estuve en el castillo de Dampierre para curar a un pobre señor envenenado por su hermano. Solo entre los aristócratas se ven estas muestras de cariño. Tuve la debilidad de decir lo que sentía, revelando la existencia del envenenamiento, y faltó poco para que me arrojasen a palos. Por esto no servía yo para ejercer la medicina. Ahora parece que el castillo ha sido incendiado y que los campesinos le han cortado la cabeza a aquel buen señor que se entretenía en dar arsénico a su hermano. Tal vez sepáis algo de esta historia, amigo Félix… ¿Decís que no? Pues puede que algún día encontréis en París a una tal Luisa Dampierre, que es la hija de aquel infeliz que murió envenenado.

Félix agradecía en el fondo de su alma la delicadeza con que Marat le decía aquello, y en cuanto a su padre, aunque notaba que algunas de las palabras del amigo del pueblo debían ser alusiones a su hijo, callaba, no queriendo mezclarse en la conversación.

—Vinisteis recomendado por los patriotas de Dunkerque —continuó Marat— y os presentasteis en seguida a Camilo Desmoulins. ¿Qué os ha parecido el buen Camilo? De seguro que le tenéis por un grande hombre, y estáis en un error. No niego que tiene talento, que ha leído mucho y que posee una gracia envidiable para la sátira; pero es un chicuelo, es una cabeza ligera, una veleta loca que nunca hará nada formal. La revolución necesita de propagandistas que infundan espanto sólo con mostrar su rostro y no de arlequines que diviertan a la gente lanzando al enemigo graciosos insultos. A pesar de esto, yo quiero a Camilo: tal vez es el único a quien aprecio, olvidando que muchas veces me ha puesto en ridículo en su periódico, pintándome como un viejo gruñón, como un monomaniaco sanguinario que habla de cortar cabezas y es incapaz de matar una mosca. ¡Cuán poco me conoce ese alegre chorlito! No cree en la desesperación ni en la furia popular, porque él vive feliz al lado de su Lucila, gozando las comodidades de la riqueza y lejos de esos millones de miserables que sufren desde el principio del mundo. Por esto se burla de mí que soy el representante de los hambrientos, el apóstol de la venganza popular. Si Camilo penetrase en mi interior y leyese en mi

cerebro, entonces me rendiría el homenaje del espanto. Si mis fuerzas llegaran a donde llega mi voluntad, el mundo no existiría ya. ¡Con qué placer rompería este globo donde impera la injusticia y la inocencia es perseguida; donde millones de seres viven rabiando en la esclavitud, y respetan a pesar de esto a unas cuantas docenas de malvados que gozan del poder y la riqueza! Quisiera tener juntas la explosión de los volcanes, el ímpetu arrollador de la tempestad y el furioso oleaje del Océano, para hacer desaparecer esta tierra, que es un inmenso manto de crímenes con solo algunas manchas de virtud.

Y Marat, al decir esto, estaba espantoso en su exaltación. Se había puesto en pie, sus ojos estaban inyectados de sangre, y el labio superior, aquel hinchado labio de víbora, titilaba por la furia, como próximo a desahogar la venenosa baba sobre todas las iniquidades que tanto le indignaban.

—Cuando pienso —continuó— en lo mucho que ha sufrido el pueblo desde que existe; cuando renace en mi memoria el recuerdo de todas las iniquidades que han aguantado los humildes desde que la humanidad se dividió en plebeyos y nobles, en pobres y ricos, quisiera tener en mis manos el fuego del cielo, para arrojarlo sobre la cabeza de esos miserables sofistas, que hoy pretenden deshonrar la revolución. Ahora que tras tantos siglos de servidumbre empieza el pueblo a respirar y a verse encima de sus antiguos tiranos, nos salen los filántropos, los oradores de asamblea, hablándonos de la paz social y del respeto que debe existir entre todas las clases. No, ¡vive Dios! El infeliz hambriento de ayer no puede respetar a sus antiguos opresores. Aún le duelen en la espalda los latigazos del señor feudal; aún tiene el estómago debilitado por el hambre sufrida en la servidumbre, y no puede, no debe respetar a sus antiguos tiranos. Dejadle que se sacie, dejadle que se vengue, y de aquí a un siglo, cuando haya exterminado al rey que le encadenaba, al noble que le robaba y al sacerdote que le embrutecía, entonces hablaremos de que la libertad sea igual para todos, ya que los antiguos privilegiados estarán al mismo nivel que el pueblo o más bajos aún. Pero mientras tanto, nada de igualdad, nada de derechos idénticos para los de arriba y los de abajo. La revolución se ha hecho para el pueblo, y él es quien debe tocar sus beneficiosas consecuencias. Los antiguos privilegiados, que callen y sufran; a cada uno le toca a su vez, y algún día había de llegar para el pueblo la hora de la revancha. Si ahora los

antiguos miserables les toman a los nobles sus castillos, sus tierras y después de esto sus cabezas, que nadie proteste si es que ama la revolución: el pueblo pide lo que es suyo, y por muchas nobles cabezas que corte, no saldará la cuenta de los villanos ahorcados por el feudalismo, de los hijos del pueblo muertos en el campo de batalla por la estupidez de los reyes y de los tranquilos burgueses degollados en las calles de París por el catolicismo fanático en la funesta noche de San Bartolomé… Ahí tenemos el ejemplo, ¡cuerpo de Dios! Imitemos los procedimientos de aquellos salvajes de la Liga, a los que dirigían el Papa y los jesuitas. ¿Qué es lo que pido yo y que promueve tanto alboroto en mis enemigos, como si fuese una cosa monstruosa y nueva en el mundo? Pido una noche de San Bartolomé en sentido inverso; quiero imitar los procedimientos de esa Iglesia en la que creen las mismas gentes a quienes horrorizo; deseo salvar a mi patria, haciendo que una noche se acuesten tranquilos los reyes y los nobles, los obispos y los generales, los hacendistas y los cortesanos, toda la gente, en fin, que nada hace y vive del pueblo, toda la polilla que roe el árbol de la humanidad, y que a la mañana siguiente aparezcan sin cabeza. Esto será brutal, pero es muy práctico. Maldecir el acero del cirujano porque causa daño, es declarar legítima a la gangrena. ¿Qué es lo que deseamos todos los patriotas? ¿Salvar la Francia? ¿Dar la libertad al pueblo de todo el universo? Pues entonces cerremos los ojos y avancemos sin vacilación. Al elefante, cuando huye de un peligro, le importan muy poco las hormigas que aplasta con sus patas. Seamos débiles, transijamos momentáneamente y el peligro aumentará, la podredumbre será cada vez más grande, y llegará un día en que será imposible encontrar el remedio. A principios de la revolución, nos hubiésemos salvado cortando quinientas cabezas; ahora no tendríamos suficientes ni con diez mil. Esto lo he dicho varias veces en El Amigo del Pueblo y lo sostendré siempre, aunque los aristócratas y los lafayettistas vociferen contra mí. Cumplo con mi conciencia, y esto me basta para permanecer tranquilo.

Calló Marat, y como si la fiebre que le animaba necesitase para desahogarse de un desordenado movimiento, comenzó a pasear a grandes zancadas por aquel subterráneo, gesticulando y rugiendo sordamente como si hablase con sus invisibles enemigos.

El señor Guzmán, que conocía bien a aquel hombre, hacía señas a su hijo para que siguiera permaneciendo silencioso, pues sabía el mal efecto

que causaba en Marat el verse interrumpido en sus momentos de furia.

—Miserables —decía el periodista, que impulsado por su calenturienta imaginación, saltaba de una idea a otra sin transición alguna—. Me acusan de que halago al pueblo, de que le adulo servilmente para conquistar sus simpatías, y nadie le habla con tanta dureza como yo, ni le dice verdades tan amargas. Yo soy el preceptor de esas masas ignorantes que forman el pueblo, y las trato como el maestro que azota a sus discípulos para despertarles la inteligencia. ¿Quién se ha atrevido, sino Marat, a llamar al pueblo ingrato, frívolo e imbécil, porque muchas veces inciensa a sus tiranos, mientras abandona a sus defensores?

¿Quién ha usado de tan rudo lenguaje como yo? Marat no se inclina ante majestad alguna; ni se dobla ante los reyes, ni adula al pueblo soberano. Y no creáis por esto, ¡vive Dios!, que yo soy como dicen mis enemigos, un anarquista, un enemigo de toda autoridad. Precisamente soy todo lo contrario. Quiero un poder único, fuerte, robusto, absoluto, que en sus resultados sea distinto de lo que fue la autoridad de los antiguos tiranos. Este pueblo corrompido y gastado por tantos siglos de monarquía, no está aún en condiciones para gozar ampliamente de la libertad: la perdería en manos del primer charlatán que le halagase con sus discursos. Yo quiero un dictador, sabedlo bien, un tribuno militar que marque bien las cabezas que deben derribarse; un Tarquino demócrata que con su vara larga haga caer las testas que están en lo alto y responda de ellas: he ahí mi doctrina. Quiero una dictadura que tenga por apoyo los arremangados brazos del pueblo en vez de cimentarse sobre esos rebaños de hombres que se llaman ejércitos. ¿Creéis por esto que yo soy cruel? ¿Os imagináis que gozo viendo sangre y que el exterminio es para mí un placer? ¡Ah! Si penetraseis en mi corazón, entonces apreciaríais los sentimientos de este hombre a quien muchos creen de mármol. La naturaleza me dotó de más sensibilidad que a la mayoría de mis semejantes; mi pecho rebosa siempre en amarga ternura, cada vez que contemplo la injusticia social; lágrimas de sangre se agolpan a mis ojos… Pero no hay que dejarse vencer por la sensibilidad. ¿Estamos acaso en tiempo de paz? La revolución es una batalla, y los que aspiramos a dirigirla, debemos proceder como esos generales que no vacilan en sacrificar hombres con tal de alcanzar la victoria. En un mundo donde se han conducido miles de seres al matadero para conquistar un pedazo de tierra o asegurar en el trono a un rey imbécil,

bien vale la pena echar abajo diez mil cabezas para asegurar el triunfo revolucionario, que es la salvación de la humanidad… ¿Qué os parece todo esto, joven? De seguro que mis palabras os resultarán vociferaciones de un energúmeno viejo; pero sois buen patriota, amáis la revolución y tengo la seguridad de que así que permanezcáis más tiempo entre nosotros, os convenceréis de que una sola palabra de Marat tiene más sentido común que todos los rugidos de Danton y los soporíferos berridos de Robespierre.

El terrible revolucionario fue serenándose al decir esto último, y volvió lentamente a ocupar su viejo sillón. Parecía que contemplase en su interior su propia grandeza y que halagado por esta tranquilizábase, y creía indigno el anatematizar por más tiempo a aquellos enemigos, cuyo recuerdo vivía siempre en su imaginación trastornada por la fiebre de las persecuciones.

Calló Marat durante algunos minutos contemplando con rápidas ojeadas a los dos españoles que permanecían inmóviles y silenciosos, y a su fiel Lorenzo, que estaba como estático, rumiando aquel cúmulo de indignadas palabras, con la misma religiosa atención que los apóstoles reflexionaban las enseñanzas oídas al divino maestro.

Marat se arregló el sucio pañuelo que llevaba sobre la frente, y fijando sus inquisitoriales miradas en Félix Guzmán, continuó con la más amable de sus sonrisas:

—También os llevaron al Club de los Jacobinos. ¿Qué os pareció aquello?

—Una reunión sublime —contestó el joven con entusiasmo—. Un cenáculo de patriotas que honra a la Francia.

—Sí —contestó Marat con lentitud—. No son mala gente los Jacobinos, pero pecan de ideólogos y de demasiado inocentes. Hay noches en que pasan toda la sesión discutiendo el mejor modo de dar libertad al pueblo belga, de emancipar a los polacos o de unirse al pueblo inglés en la empresa de la revolución, y mientras sueñan de este modo y aplauden los discursos bonitos, el vecindario de París no tiene pan, Francia entera padece de hambre, los nobles conspiran contra la libertad burlándose de nosotros, y los lobos que viven en las Tullerías afilan uñas y dientes para caer sobre los patriotas. Decidme, ¡por Belcebú!, ¿tiene esto ni el menor asomo de sentido común? Aquí hay falta de brazos fuertes que marchen rectamente a su fin, y sobra de lenguas elocuentes.

No sé si sabréis que en la cripta del mismo convento donde celebran sus sesiones los Jacobinos, se reúne el club de mujeres que dirige la ciudadana Rosa Lacombe. Pues bien: la última de las verduleras que asisten al club mujeriego demuestra más sentido común que todos los oradores de los Jacobinos, pues ellas en sus discursos, que van siempre dirigidos contra los traidores que tenemos en París, denotan tener más instinto patriótico que el más elocuente de los imbéciles que preside Petion. Ya os convenceréis de esto también, joven Guzmán. Ahora tal vez os parezca un loco, pero tened la seguridad de que si las autoridades de París se compusieran de locos de mi fuste, los patriotas como vos no correrían el peligro de ser asesinados en un punto tan céntrico como el Puente Nuevo.

Detúvose Marat para apreciar el efecto que sus palabras producían en el joven, y al notar su gesto, añadió con cierta sorna:

—También estoy enterado de esa aventura. Por algo digo yo que lo sé todo. Conozco tan bien como vos al que os dio la puñalada; digno hijo de su padre, que si en este mundo hubiese justicia, debía estar hace ya muchos años pendiente de una horca.

El señor Guzmán agitóse al oír estas palabras.

—Hola, amigo Marat —exclamó—. ¿Conque conoces al que intentó asesinar a mí hijo? Pues haz el favor de decirnos quién es e iremos inmediatamente en su busca.

—¿Para qué?… Tu hijo le conoce tan bien como yo, y en cuanto a decirte dónde se halla ahora, no puedo hacerlo, porque lo ignoro. Si quisiera, mañana mismo sabría ya dónde se oculta ese miserable; pero yo no soy un agente de policía, ni acostumbro a hacer confidencias inútiles. Si se tratara de exterminar de un golpe a toda la canalla aristocrática, os daría los domicilios de todos ellos, sin que faltase ni uno solo de cuantos viven en Francia; pero al amigo del pueblo le resulta una cosa muy pequeña e indigna de él, el trabajar para el exterminio de uno solo, que además es poco peligroso por ser imbécil. No insistas, Guzmán- añadió al notar en su amigo un gesto de impaciencia—. He dicho que no hablaré y ya sabes cuán testarudo soy en mis caprichos. Esto es asunto de tu hijo, y él sabrá encontrar a su enemigo sin grandes esfuerzos. Cuando dos mundos siguen idéntica órbita en torno del mismo sol, el encuentro y el choque son inevitable… ¡Je, je! No digo más, tu hijo me entiende.

Y Marat rió convulsivamente mostrando su dentadura aguda y

amarillenta. Al señor Guzmán y a Lorenzo les extrañó aquella hilaridad, pues ver reír a tal hombre, era un fenómeno que en años enteros no se repetía.

Indudablemente la presencia de Félix, joven enérgico, decidido y de existencia agitada, cuyas principales aventuras parecía conocer Marat, alegraba mucho a este.

—No lo dudéis, joven —continuó el terrible periodista cuando cesó de reír—. Cerca de aquí está el barrio de San Germán, esa guarida infame de aristócratas; a vos por vivir en esta orilla del Sena, os será preciso pasar por dicho barrio; id prevenido, pues tarde o temprano encontraréis a ese noble lobezno. Tiene por allí una tía baronesa y una prima a quien solicita, y es indudable que en dicho barrio lo encontraréis.

Y Marat subrayaba de tal modo estas palabras con su acento, que a Guzmán no le cupo duda alguna de que conocía sus amores con Luisa.

Aquella seguridad que el periodista le daba de encontrar a Dampierre cerca de la joven, causábale grande inquietud al mismo tiempo que le alegraba, pues Félix tenía grandes deseos de vengar la puñalada del Puente Nuevo hallándose frente a frente con su traidor enemigo.

Pasaron algunos minutos sin que nada viniese a turbar el silencio que reinaba en el subterráneo.

—¿No habéis estado en el club de los Franciscanos? —preguntó Marat.

El joven español contestó con un signo negativo.

—Pues es lástima —continuó el periodista—. Resulta la única sociedad patriótica digna de elogios, pues sus individuos marchan directamente al fin que se propone la revolución. Nuestros enemigos la atacan diciendo que es en extremo desordenada y tumultuosa, pero la agitación que en ella reina de continuo es esa santa tempestad revolucionaria que nos empuja a todos los buenos patriotas. Los Franciscanos es el único club que yo frecuento cuando estoy libre. Se reúnen en el antiguo convento que está al lado de esta casa. El subterráneo donde os halláis pertenece a la cripta del convento, y únicamente nos separa de ella este tabique.

Yal decir esto, Marat señalaba la pared de blanco yeso que tenía a sus espaldas y que mostraba ser de reciente construcción.

—No puede negarse que es original mi alojamiento. La buena

Simona, ayudada por el comité directivo de los Franciscanos, ha fabricado este encierro, y como yo por las noches duermo poco, me entretengo escuchando la horripilante música que produce el gusano destructor. Al otro lado de ese tabique, en la cripta, duermen el sueño eterno algunas docenas de frailes, y cuando el silencio es aquí absoluto, oigo claramente los extraños ruidos de la tumba; el sonido de los huesos al pulverizarse después de varios siglos. Os aseguro que esto es divertido para mí, y que en ningún otro sitio podía vivir más a mi gusto. Como a todas horas pienso en el exterminio de mis enemigos, me complace el escribir arrullado por el roer eterno del gusano, ese animal eminentemente igualitario y omnipotente, que no reconoce clases y obstáculos, que lo mismo se aloja en la calavera de un miserable, que muerde en el corazón de un César caído. No puedo quejarme de mi compañía: esto es alegre.

Y los azulados labios de Marat contraíanse con una risa fúnebre que daba frío al joven español.

Éste, a pesar de ser hombre de gran corazón y estar libre de preocupaciones, se sentía impresionado por aquellas palabras, y le resultaba horrible la risa de Marat, quien con los ojos fijos en él, parecía gozarse en su espanto.

Volvió a hacerse el silencio después de esto, pero el periodista estaba aquella mañana comunicativo en extremo y no tardó en reanudar la conversación.

—Parece —dijo— que Danton y sus amigos preparan para el próximo domingo una manifestación pacífica en el Campo de Marte, en la cual el pueblo de París protestará contra esa Asamblea de traidores, que después de fingir que se interesaban por el pueblo, trabajan ahora en beneficio del rey, que ya debía estar destronado desde que fue arrestado en Varennes. Me gusta la idea, aunque más me agradaría ver reunirse a todos los parisienses para hacer una leva de aristócratas y colgarlos de los postes de los reverberos. Joven, creedme a mí que soy hombre de experiencia. Si vais el domingo al Campo de Marte, llevad armas, pues sé que nuestros enemigos están ansiosos de venganza y conozco que, tanto los realistas como los amigos de Lafayette, tendrían un gran placer en acuchillar al pueblo. No tardaremos mucho en ver si mis predicciones se cumplen.

El señor Guzmán movía su cabeza, afirmando las palabras de su

amigo, y Félix callaba, demostrando con furtivas miradas a su padre el deseo que tenía de salir de aquel subterráneo.

Sus miradas no pasaron desapercibidas, pues el señor Guzmán se puso en pie, diciendo a su amigo:

—Nos vamos, Marat. Otra vez será más larga nuestra visita y te distraeremos de tus patrióticas ocupaciones. Ahora nos espera mi esposa, que como ya sabes, es gran partidaria del método en las costumbres. Ya has conocido a mi hijo, quien por su parte tenía grandes deseos de ver al amigo del pueblo.

—Salud, joven —dijo Marat levantándose del sillón y tendiendo a Félix una mano que parecía un manojo de huesos—. Creed que desde ahora os considero en el número de mis contados amigos. Vuestras hazañas patrióticas os hacen en extremo simpático y borran el pecado de origen, que tanto vos como vuestro padre lleváis al proceder de una familia noble. Habéis nacido aristócratas, pero se os debe dispensar esta mancha, porque después la habéis lavado, convirtiéndoos en buenos patriotas. Además, sois españoles y yo miro siempre con tierna simpatía ese país, que no conozco, pero en el cual tuvo la cuna mi familia.

Cruzáronse apretones de manos, saludos y ofrecimientos entre Félix y aquel hombre terrible, y al fin padre e hijo salieron de la subterránea habitación, siguiendo la oscura mina y la estrecha escalera que les condujo de nuevo al sombrío almacén de papel.

Allí les esperaba la paciente Simona, que les acompañó cortésmente hasta la puerta de la imprenta.

Cuando los dos españoles estuvieron en la calle, Félix aspiró con delicia una fuerte bocanada de aire, como si hasta entonces hubiese respirado con dificultad.

El señor Guzmán examinó con una rápida ojeada a su hijo, que parecía meditabundo y confuso por aquella entrevista.

—¿Qué te ha parecido mi amigo?

—No lo sé —contestó Félix—. Hay momentos en que le creo un hombre extraordinario, un inspirado como los antiguos profetas, y momentos en que me parece un loco, un maniático que constituye un gran peligro para la sociedad.

—Esa es la impresión que produce siempre mi amigo en la primera entrevista, pero cuando le conozcas más a fondo, entonces te convencerás

de su valía y será tu ídolo.

—No —dijo Félix con resolución—. Prefiero a Danton con sus fieros exabruptos y sus desarregladas costumbres.

El señor Guzmán se detuvo y quedó por algunos instantes en profunda reflexión, diciendo después a su hijo:

—La verdad es que a mí me resulta Marat un hombre extraordinario por lo mismo que es incomprensible. Le conozco hace más de cuatro años, y todavía no he podido adivinar cuál es el móvil que impulsa esa actividad asombrosa y esa indignación olímpica que comunica una eterna fiebre al pueblo.

—Será la ambición —dijo Félix.

—No; Marat no es ambicioso. Vive oculto sin presentarse en los clubs a recibir los aplausos de la muchedumbre y no ha pensado jamás en desempeñar cargo alguno. Hace poco le oíste hablar de dictadura; pues bien, ese poder inmenso no lo quiere para él: desea conquistarlo para el primero que se presente con condiciones de dictador, y piensa en Robespierre, a quien no conoce personalmente.

—¿Y no puede ser la codicia?

—Cuán poco conoces al amigo de/ pueblo. Para vivir, le bastan sus dos sueldos de pan y su vaso de leche, y tengo la seguridad de que desde que comenzó la revolución no se ha visto con dos francos en el bolsillo.

—Entonces es indudable que lo que le impulsa es el amor a la gloria.

—Para alcanzarla no necesitaba Marat crearse tantos enemigos, ni insultar a los poderosos, viviendo en perpetuo peligro. Dentro de la ciencia tenía ancho campo para conquistar una justa fama. Tampoco puede creerse que le guíe el afán de popularidad. Marat, que no adula a los poderosos, tampoco sabe adular a las masas. Cuando sus ideas se ponen en pugna con la opinión del pueblo, se irrita y no vacila en llamarle imbécil, abrumándolo con toda clase de insultos. Marat trata a las masas sin contemplaciones, le importa poco tener su afecto o perderlo, y tal vez por este mismo desprecio es el hombre más popular de toda Francia.

—¿Qué es, pues, lo que queda para justificar esa excitación loca que le domina?

—Queda su amor a la revolución, su pasión delirante y loca por la causa popular, que le hace ver en todas partes enemigos y traiciones.

Marat es semejante a esos amantes insufribles que, roídos por un exceso de pasión, por la inmensidad de sus celos, ven odiosos rivales en todos cuantos rodean a la mujer adorada. Su querida es la República.

Félix quedó pensativo, como apreciando internamente la certeza de las palabras de su padre.

—Es un gran patriota —murmuré—, es un hombre extraordinario; pero después de escuchar sus sanguinarias predicaciones, se necesita mucho valor para

Admirarlo.

—Así será —contestó el señor Guzmán—; pero todo aquel que ame a la revolución, necesitará aún más atrevimiento para despreciarle e infamar su nombre.

XXII.- OTRA VEZ A LA PUERTA DE LA IGLESIA

A las once de la mañana hacía ya más de una hora que se paseaba un hombre por frente a la iglesia de San Germán de los Prados.

Era Guzmán, que esperaba encontrarse en aquel sitio con Luisa Dampierre.

El día anterior lo había pasado con su padre, conociendo a la esposa de este, que le pareció una mujer fría y ceremoniosa, pero revestida de una dignidad que la hacía simpática.

Al abandonar a su padre, ya bien entrada la noche, el joven fue en busca de Camilo Desmoulins, y después de estar en su casa, en los Jacobinos y en el café de Foy, lo encontró casualmente en una galería del Paláis-Royal.

Camilo estaba muy atareado preparando la reunión del pueblo en el Campo de Marte, y Guzmán le acompañó a una hostería del arrabal de San Antonio, donde Danton conferenciaba con Santerre y otros jefes de la multitud, ultimando los preparativos de la patriótica manifestación.

Cuando Guzmán se retiró aquella noche obsesionado por los asuntos patrióticos, encontró en su habitación un perfumado billete de la bella Theroigne, en el cual quejábase del olvido en que la tenía.

En otra ocasión aquellas frases apasionadas de la bella cortesana hubiesen turbado el reposo de Guzmán, pero sentía demasiados deseos de avistarse con Luisa Dampierre para que la carta pudiese hacerle cambiar de propósito.

Recordaba como una inmensa felicidad la noche pasada en el gabinete de Theroigne; los detalles de aquel éxtasis de amor estaban frescos en su memoria; pero a pesar de esto tenía necesidad de ir en

busca de Luisa, pues las mismas voluptuosidades experimentadas en casa de la cortesana empujábanle hacia aquella joven casta y pura.

Remordíale la conciencia al pensar en los inefables goces que Theroigne le había hecho conocer; parecíale que aquellos delirios de amor carnal habían sido una infidelidad a la memoria de Luisa, y pensaba que yendo en busca de la joven y huyendo de la voluptuosidad seductora de la liejesa, borraría por completo el recuerdo de su caída.

En el interior de Guzmán repetíase un fenómeno: la contradicción extraña que había experimentado el mismo día en que despertando de su delirio supo que aquellas dos mujeres se interesaban por él.

El recuerdo de Luisa producíale inmensa emoción, pero al mismo tiempo no podía pensar en la bella Theroigne sin que en él se despertase el demonio de la voluptuosidad y una agitación nerviosa conmoviese todo su ser. Pero así como en aquel entonces la imagen de Lambertina con toda su espléndida belleza parecía borrar la dulce figura de Luisa, ahora era esta quien predominaba sobre el recuerdo de la aventurera.

El resultado fue que Guzmán hizo caso omiso de las palabras de Theroigne, la cual, extrañándose de su ausencia, le suplicaba fuese a verla inmediatamente, y que apenas despertó el viernes por la mañana dirigióse al barrio de San Germán con la esperanza de encontrar a Luisa.

Espió durante mucho tiempo el hotel de la baronesa de la Tour d'Argent, pero al fijarse en que algunos criados se habían apercibido de sus tenaces paseos, resolvió alejarse de allí para ir a esperar en la puerta de San Germán de los Prados.

Los servidores de la baronesa, a juzgar por sus gestos y miradas recelosas, le habían tomado por uno de aquellos espías de la municipalidad que tanto frecuentaban el barrio de San Germán en busca de conspiraciones realistas, y por esto el joven español creyó del caso alejarse, para no excitar sospechas que llegasen hasta la misma dueña del hotel.

Era poco más de las once, cuando Guzmán vio venir a lo lejos, con dirección a la iglesia, dos mujeres, en las cuales reconoció inmediatamente a Luisa y su sencilla acompañante.

A pesar de que el joven aguardaba hacía ya horas aquel encuentro y lo deseaba vehementemente, experimentó una viva impresión interna, como si toda su sangre se hubiese agolpado de pronto en el corazón para

derramarse después con estrépito por las vacías venas. La cadavérica palidez del primer momento convirtióse luego en encendido rubor, y el joven quedó inmóvil en la misma puerta de la iglesia, contemplando a aquellas mujeres, que no parecían haberse apercibido de su presencia.

A pesar de que la mirada de Guzmán estaba fija en ellas, hubo una cosa que llamó inmediatamente su atención.

Un extraño instinto hizo que Guzmán se fijase en un hombre que caminaba separado sólo algunos pasos de Luisa, y el joven español experimentó inmediatamente una impresión mayor aún que la de momentos antes.

No cabía duda. Aquel hombre, que iba vestido como los petimetres de la época, era César Dampierre.

A pesar de la distancia y de aquel traje que le desfiguraba bastante. Guzmán le reconoció por su robusta y tosca figura, que aún resaltaba más bajo los afeminados adornos del petimetre.

Reconocerlo y salir inmediatamente a su encuentro, fue obra de un instante. Por su pensamiento cruzó velozmente el recuerdo de las palabras de Marat y quedó convencido de que este era el hombre que mejor enterado estaba en todo París.

Guzmán marchaba con paso tan veloz que casi corría, llamando la atención de los transeúntes y hasta de Dampierre, que al ver marchar contra él a su enemigo, volvió la espalda y desapareció rápidamente, metiéndose en una callejuela inmediata.

Esta fuga enardeció a Guzmán, el cual iba tan ciego por la cólera, que no se acordaba ya de que a pocos pasos de él estaba Luisa.

—¡Eh, señor Seguin, señor Seguin! —dijo una vocecita fresca y argentina—. ¿Es qué ya no conocéis a las amigas? ¿Adonde vais corriendo de ese modo?

Guzmán viose en presencia de Luisa y la vieja criada; pero estaba tan turbado que tardó algunos minutos en contestar.

—Había creído —balbuceó— reconocer a lo lejos a un hombre a quien tengo que hacer un urgente encargo; pero ya lo he perdido de vista y me felicito de encontraros, señorita Luisa.

Y el español saludó a la joven y a aquella vieja sirvienta, que demostraba con su sonrisa sentir por él alguna simpatía.

—Vamos a misa, señor Seguin, y de seguro que vos os dirigíais

también a la iglesia cuando habéis visto a ese amigo tras el cual corríais.

—Sí; eso es —contestó Guzmán, turbado por lo que acababa de suceder y por el perfecto disimulo de la joven—, Yo también iba a misa, y si me lo permitís os acompañaré a la iglesia.

La vieja criada demostraba con sus inclinaciones de cabeza y sus sonrisas la gran satisfacción que le causaba la galantería del joven.

Entraron en la iglesia. La vieja tomó asiento en una silla de tijera, Luisa ocupó el reclinatorio de su tía la baronesa y Guzmán quedó a dos pasos de ella apoyado en una pilastra de la nave central y contemplando con embeleso el trozo de rostro que dejaban visible las grandes alas del emplumado sombrero de la joven.

A aquellas horas eran muy pocos los fieles que ocupaban el templo, y a esto se debió que nadie se apercibiera de las miradas que cambiaban los dos jóvenes.

Nunca misa alguna fue oída con menos atención y mayores distracciones.

Guzmán no quitaba sus ojos de Luisa, quien, por su parte, a pesar de cuantos esfuerzos hacía para permanecer serena, algunas veces levantaba su mirada del devocionario y contemplaba furtiva y rápidamente al joven, quien se mostraba en aquella mañana más animado que nunca y dispuesto a declarar a Luisa lo que por ella sentía.

Una hora después salieron de la iglesia, y en la misma puerta de San Germán de los Prados detuviéronse como de costumbre, mientras la vieja criada charlaba con sus protegidas las pordioseras.

Apenas quedaron solos los dos jóvenes, Luisa cambió rápidamente de aspecto, pues su expresión sonriente trocóse en un gesto de inquietud.

—¿Le habéis visto, señor Guzmán? ¿Le habéis conocido?

—Sí —contestó el español, comprendiendo que la joven se refería a Dampierre—. Le he visto cuando venía siguiéndoos y de seguro que a no huir ese miserable hubiese recibido su merecido. Bien se ve que ha olvidado mi generosidad en el bosque de Dampierre, y que, despreciando mis indicaciones, sigue tras vos para causaros una continua inquietud.

—Sí, señor Guzmán. Hace ya algunos días que vivo tan inquieta y recelosa como en el castillo de Dampierre al ver en torno mío la persona de mi primo persiguiéndome como una siniestra aparición. Vos nada sabéis, señor Guzmán. ¡Hace tantos días que no os veo!… ¿Y os

encontráis ya repuesto de vuestra herida?

Y los ojos de Luisa miraban de un modo tan cariñoso al hacer esta pregunta, que Guzmán sintiose conmovido y se apresuró a decir:

—Lo sé todo, Luisa. Sé que cuando estaba entre la vida y la muerte, un ser angelical se interesaba por mi salud y venía a mi pobre casa a preguntar por mi estado.

Y Guzmán decía estas palabras con acento conmovido que delataba su pasión y su agradecimiento.

—Sí —contestó la joven—, soy yo quien iba a preguntar a la portera de vuestra casa. No podía permanecer tranquila sabiendo que vos estabais en peligro de muerte, y por esto me escapé varias veces del hotel de mi tía aun a riesgo de merecer una severa reprimenda. Supe cuánto os había ocurrido, por los tertulianos de mi tía, gente que se alegra de todos los males que sufren los llamados patriotas y que comentaba con manifiesto gozo lo que a vos os había ocurrido en el Puente Nuevo. Vuestra aventura, que por poco os cuesta la vida, ha servido para que todos los realistas conozcan vuestro nombre. Decid, señor Guzmán, ¿quién fue el que intentó mataros?

El rostro de Luisa al hacer esta pregunta tenía tal expresión, que se adivinaban en ella las vehementes sospechas que sentía acerca de quién podía ser el autor del atentado.

—Luisa: no necesito deciros quién me dio aquella puñalada. Lo habéis adivinado ya: fue Dampierre.

—Así lo creí yo desde el momento que supe vuestra desgracia. Ese Dampierre es un ser infernal, un malvado diabólico de quien temí siempre y sigo temiendo que acabe con vos en una infame emboscada.

—No es fácil que vuelva a cogerme en otra. Vivo prevenido y además él me teme y huye de mí, como habréis podido verlo. Pero decid, Luisa, ¿qué ha hecho ese miserable desde que nos vimos por última vez?

—Su audacia es inmensa. El mismo día en que llegó a París y en que por la noche atentó contra vuestra vida, presentóse en el hotel de la baronesa como un sobrino amable y cariñoso que ansía abrazar a su tía. Pero la baronesa es demasiado astuta para ser engañada por un criminal burdo como Dampierre; además odia mucho al hijo de aquel marqués temible que la dominaba, y a esto se debió que César fuese muy mal recibido en la casa. La baronesa contestó con desprecio a todas sus

palabras, y a los cinco minutos ya se había ido Dampierre, comprendiendo sin duda que de seguir allí, mi tía era capaz de hacer que sus criados lo pusieran en la calle. Yo no vi a mi primo aquel día; pero al siguiente, al dirigirme a la iglesia en compañía de la fiel Antonia, lo encontré en la calle, esperándome para repetirme todos esos ofrecimientos de amor bestial y repugnante, que me indignan al par que me aterrorizan. Desde entonces no he dejado de encontrar un solo día ante mi paso a ese miserable. Por sus risas sardónicas cuando os nombraba a vos y por ciertas palabras que se le escaparon, adiviné que él era quien había tramado la aventura en que por poco perdéis la vida, y juzgad cuán grande sería mi indignación al ver confundidas en una misma persona a mi odioso perseguidor y al que traidoramente intentaba asesinar al hombre digno y heroico que noblemente me protegió en la circunstancia más difícil de mi vida. Durante una semana sólo en vos he pensado, señor Guzmán, y ahora comprendo el inmenso interés que me inspiráis. Ateniéndome a vuestros actos, vos sois mi única familia en el mundo, pues si viviera mi padre no haría más por mí de lo que hicisteis aquella noche.

Guzmán escuchaba ruborizado estas palabras y adivinaba en ellas un sentimiento semejante al que palpitaba en la conversación de Theroigne antes de decirle francamente que lo adoraba. La expresión de aquella joven, pura y virginal, era muy distinta de la vehemencia de la cortesana; pero en el fondo resultaba idéntica, pues era la manifestación del cariño inspirado por aquel joven magnánimo, que con su sencillez y su heroísmo conmovía a las mujeres.

Luisa debió comprender que había ido demasiado lejos al expresarse de tal modo, y se apresuró a decir para variar el tema de la conversación:

—¡Si supierais, señor Guzmán, cuán audaz es ese hombre! Ni un solo día deja de esperarme cerca del hotel de la baronesa, casi a la vista de esos criados que lo hubiesen arrojado a la calle a permanecer él más tiempo en casa de mi tía, y me acosa en mi camino a la iglesia, sin hacer caso de mis desprecios y complaciéndose en aumentar el miedo que me inspiran sus terroríficas palabras. ¡Ah, el miserable! Jura que ha de mataros cuando me considera completamente sola, y yo he visto cómo huía apenas habéis marchado contra él. ¡Oh, querido protector! Al menos ahora que estáis restablecido viviré tranquila, pues no es fácil que ese miserable se atreva a aparecer estando vos a mi lado. Pero por Dios,

querido Guzmán, guardaos mucho; recelad de todo cuanto os rodee, mirad bien en torno de vuestra persona, pues ese infame ha jurado mataros, y si no puede con el puñal, apelará al veneno.

Iba a decir algo más la hermosa Luisa, cuando se detuvo al ver que la vieja criada volvía al lado de ella.

—Vamos, señorita —dijo la vieja criada—. No parece bien que una joven como vos esté tanto rato hablando a solas con un hombre. Yo bien sé que el señor

Seguin es un joven sensato digno de aprecio; pero esto no impide que si vuestra tía la baronesa llega a saber algún día estas conferencias, sufra yo una reprimenda terrible.

Y la vieja sonreía bondadosamente, dando a entender que en su simplicidad conocía el afecto que se profesaban los dos jóvenes y estaba dispuesta a tolerarlo.

Guzmán acompañó a las dos mujeres, que se alejaban de la iglesia. Contrariaba el joven el no haber tenido ocasión para preguntar a Luisa cuándo volvería a verla.

La vieja criada, que no podía permanecer silenciosa, hablaba a los dos jóvenes de las noticias que la había proporcionado su conversación con las pordioseras de San Germán de los Prados.

—¡Sabéis, señorita! —decía la vieja—. El domingo tendremos en París una manifestación de esas que alborotan a toda la ciudad. La gente asegura que la cosa será pacífica, que no habrá tiros ni carreras en las calles y que todo quedará reducido a que se reúnan en el Campo de Marte las gentes de los arrabales para decirles a los señores de la Asamblea: queremos esto, lo otro y lo de más allá. En fin, una fiesta tranquila a la que acudirá mucha gente y en la que serán abundantes los discursos, las banderas, los gorros colorados y todas esas cosas que son ahora frecuentes en este París, antes tan tranquilo.

—¡Cuántos deseos tengo de ver eso! —exclamó Luisa—. Apenas si conozco de París otra cosa que la iglesia de San Germán, y tengo ganas de ver el Campo de Marte, conociendo de cerca a ese pueblo revolucionario, del cual tanto oigo hablar. Seréis muy buena si el domingo me llevéis al Campo de Marte.

—¡Yo! —exclamó con asombro la vieja—. Dios me libre. En esos tumultos son muy frecuentes las desgracias, y la señora baronesa se

indignaría contra mí si supiera tal cosa. Además, no es fácil que se cumpla vuestro deseo, pues ignoramos si la señora nos permitirá salir ese día por la tarde.

Luisa, con graciosos mohines, demostraba el pesar que la producía la negativa de la vieja, y Guzmán, por su parte, asediaba a esta describiendo lo que sería la reunión del Campo de Marte y la imposibilidad de que en ella se corriera peligro alguno.

El joven confiaba en que en el tumulto de aquella reunión encontraría ocasiones propicias para hablar a solas y largamente con Luisa, y por esto asediaba a la vieja decidiéndola a acudir al Campo de Marte.

Llegaron hasta cerca del hotel de la baronesa hablando de aquella entrevista que proyectaban para el domingo, y Guzmán tuvo que retirarse antes de que la vieja se decidiese en favor de Luisa.

—Veremos —decía tercamente la criada—. Yo nada puedo prometer, pues no sé si la señora baronesa nos dejará libres pasado mañana.

—No hagáis caso, señor Seguin —dijo Luisa con vehemencia, afectando el aire de un gracioso tiranuelo—. Nos veremos el domingo. ¿No hay en ese Campo de Marte un catafalco que se llama el Altar de la Patria? Pues bien, esperadnos al pie de él a las dos de la tarde, pues indudablemente me obedecerá esta bondadosa testaruda y yo me encargaré de decidir a mi tía para que nos deje abandonar su hotel. Pero no nos sigáis más, señor Seguin. Estamos cerca de mi casa y podría vernos alguno de los criados de la baronesa, gente chismeadora que experimenta gran placer cuando ejerce las funciones de espía… ¿Conque quedamos, señor Seguin, en que nos veremos pasado mañana? Muy bien; yo os garantizo que estaremos allí a la hora marcada, a pesar de cuanto diga esta Antonia, que parece complacerse en contrariarme.

Los dos jóvenes se despidieron estrechándose las manos, y mientras Luisa y la vieja se alejaban con dirección al aristocrático hotel, Guzmán retrocedió hacia su barrio diciéndose con la misma expresión del que ha tomado una resolución heroica:

—Estoy decidido. Pasado mañana sabrá Luisa que la amo, y si se indigna contra mí, experimentaré al menos la felicidad de sufrir resignado sus quejas.

Y el joven español, después de haber paseado sin rumbo fijo durante una hora por las calles de la izquierda del Sena, decidióse a ir en busca de

Camilo Desmoulins para saber cómo marchaba el proyecto de manifestación.

XXIII.- UNA DEBILIDAD DE DANTON

Eran las diez de la noche y comenzaban a lucir con menos fuerza los reverberos de las calles, cuando Félix Guzmán entró en la pequeña plaza del Comercio buscando la casa donde vivía Danton.

Aquel día, que era sábado, había sido para él de inmensa agitación.

En la tarde anterior habíase encontrado con su buen amigo Desmoulins, y esto bastó para sentirse arrastrado nuevamente por el torbellino revolucionario, dentro del cual vivía siempre el inquieto y alegre periodista. Por la noche había estado en el club de los Jacobinos, en el cual bramaba el pueblo de coraje contra aquella Asamblea que acababa de aprobar el decreto declarando a Luis XVI inocente de su fuga a Varennes.

Guzmán estuvo hasta muy tarde presenciando la tumultuosa deliberación sobre el proyecto de petición popular redactado por Brissot, y el día siguiente lo empleó por completo en el desempeño de varias comisiones que le había encargado Desmoulins cerca de los más populares patriotas de los arrabales.

Habíase separado algunas horas antes del célebre periodista y ahora iba a buscarlo en casa de Danton, quien en aquellas circunstancias observaba una conducta ambigua e incomprensible.

Algunos días antes peroraba en los clubs a favor de una manifestación contra la Asamblea por haber defendido al rey; pero ahora su entusiasmo habíase enfriado y hablaba de que la ira del pueblo no estaba todavía en sazón para anonadar a los enemigos y que verificar la reunión proyectada era dar a constitucionales y realistas un pretexto seguro para acuchillar a los patriotas.

Guzmán subió la estrecha y vieja escalera que conducía al tercer piso donde vivía Danton, y la misma esposa de este fue quien le abrió la

puerta.

El español, por las indiscretas revelaciones de su amigo Camilo, conocía las intimidades de la vida del tribuno y por esto miró con expresión de inmensa simpatía a aquella mujer dulce y resignada, cuyos ojos tenían una cariñosa expresión de conformidad.

No era que Danton fuese malo. Adoraba a su esposa y se dejaba conducir por ella como un niño siempre que estaba en el hogar doméstico; pero apenas salía de él, sus antiguas aficiones de libertino, sus brutalidades de ogro, volvían a renacer, impulsándole a mezclarse en calaveradas de las que al día siguiente se arrepentía hasta el punto de pedir perdón arrodillado ante su esposa.

A Danton faltábale poco para deberlo todo a su mujer, como le ocurría a Camilo.

Siendo un abogado sin negocios y sin nombre, habíase casado con la hija de un tabernero, hombre rústico y sencillo que se mostraba orgulloso por tal alianza, a pesar de que todos los gastos del matrimonio corrían de su cuenta.

Ella adoraba a su esposo, convencida de que nunca llegaría a enmendarle, lo que hacía aún más grande y noble su cariño. Estaba segura de que aquel gigante de rostro horrible y mirada cándida era un niño travieso y testarudo, y todas sus infidelidades acogíalas con la paciencia inalterable que una madre tiene para los desafueros de sus hijos.

Era devota como todos los espíritus débiles y tímidos; adoraba lo antiguo por rutina, y la desgracia en que caía la familia real, víctima de sus propias faltas, inspirábala inmensa compasión; pero esto no impedía que ella siguiese a su esposo en todas las aventuras políticas, aunque lamentándose de sus frases revolucionarias, que acogía como otros tantos sacrilegios.

La esposa de Danton, después de contestar con sonriente sencillez al saludo de Guzmán, condujo a este al despacho del tribuno, que según él mismo decía, era una leonera, a causa del desorden que reinaba, tanto en los muebles, como en los libros y papeles.

Danton no estaba solo. Acompañábanle un hombre y una mujer: el obeso Robert, patriota belga, naturalizado en París, que figuraba en la segunda fila de los hombres de la revolución, como una medianía

intelectual, y su esposa, a quien llamaban la señorita Keralio, porque con este nombre había firmado cuando soltera algunas novelas que tuvieron regular aceptación.

Guzmán conocía de oídas a aquel matrimonio, que siempre unido y de completo acuerdo, figuraba en todas las agitaciones revolucionarias. El gordo Robert parecía estar supeditado por completo a su esposa, siendo el primero en reconocer su superioridad intelectual; y ella, por su parte, mostrábase siempre envanecida por su talento, no abandonando nunca el aire impertinente de marisabidilla, y agitando con cierto orgullo los vistosos penachos de su sombrero, como un pavo su plumaje multicolor.

Aquel matrimonio había ido a saber lo que pensaba Danton sobre el suceso del día siguiente y escuchaban al tribuno, que en cuerpo de camisa y con los calzones flojos, estaba sentado cerca de una ventana, acariciado por el fresco de la noche.

Al entrar Guzmán, el tribuno, que era un gran fisonomista, le reconoció inmediatamente y le evitó el preguntarle, diciendo con expresión familiar, no exenta de autoridad:

—¿Venís en busca de Camilo? Esperadle, que no tardará a venir. Y señalando una silla al recién llegado, volvióle la espalda con naturalidad y siguió hablando al matrimonio Robert.

—Es inútil —dijo con su voz atronadora— que para decidirme a ser de los vuestros, me habléis de lo que yo decía hace pocos días. Entonces creía yo que el pueblo de París estaba dispuesto para hacer una manifestación formal que anonadase a nuestros enemigos, pero ahora veo yo que es imposible y que no pasaremos mañana de hacer una algarada ridícula, dando pretexto a los enemigos que tenemos en la municipalidad para que nos zurren. Creedme, esta gente que nos rodea no ha abierto aún los ojos lo necesario para ir a la revolución. Me aplaude a mi cuando me oye en los Jacobinos, pero si a continuación ve a Lafayette en las calles, montado en su caballo blanco, le besa las espuelas y lo lleva en triunfo. ¡Ira de Dios! ¿Es esto serio? ¿Puede hacerse algo con un pueblo tan informal y tornadizo? Yo creo más conveniente esperar una ocasión propicia. Me diréis que soy yo quien ha movido esa tempestad que se anuncia para mañana, pero yo os contesto que estoy arrepentido de ello y que deseo que permanezcáis quietos como yo, para que toda esta agitación se desvanezca sin consecuencias. La lucha es demasiado

desigual para que yo me decida a entrar en ella. De nuestra parte está la razón y contamos con el vocerío del pueblo, con la indignación de las masas; pero Lafayette posee argumentos más decisivos cual son los fusiles de la guardia nacional, y tengo la seguridad de que mañana, todos esos renegados de la revolución que adulan al rey, cuando vean que no pueden respondernos con razones, nos contestarán con balazos.

Danton calló algunos instantes mirando fijamente al matrimonio Robert, y como creyese notar en el rostro de la esposa una vaga sonrisa de insultante significación, frunció el ceño diciendo con expresión iracunda:

—¿Creéis acaso que no iré mañana al Campo de Marte porque tengo miedo a los jenízaros de Lafayette? Bien sabéis que Danton no hace aprecio de la vida, pero tampoco quiere morir en una empresa infructífera, que sólo servirá para proporcionar un triunfo a nuestros enemigos. Ésta es mi última palabra y por más esfuerzos que hagáis no conseguiréis que me decida en favor vuestro.

Reinó un embarazoso silencio durante algunos minutos y al fin lo interrumpió el tribuno preguntando con vehemencia al joven español:

—¿Qué piensas tú de lo de mañana? Has corrido la ciudad, has hablado con los más exaltados y puedes tener exacto concepto de lo que será la reunión del Campo de Marte. ¿Qué opinas tú de mi conducta?

—Creo —contestó Guzmán con acento respetuoso no exento de firmeza— que debéis asistir mañana al punto donde se reúne el pueblo. Sois la voz de las masas, y sin vuestra presencia, toda manifestación pierde una gran parte de su importancia.

A Danton pareció complacerle este ingenuo elogio del joven español; pero con su ceño fruncido daba a entender que no estaba dispuesto a variar de conducta.

El silencio de aquella habitación iba haciéndose cada vez más embarazoso. Danton parecía irritado por la divergencia de opinión de aquellos admiradores que siempre se habían plegado a su voluntad, y por otra parte, los esposos Robert, y Guzmán, sentíanse violentos en presencia de aquel gigante, irritado y cabizbajo, que de vez en cuando levantaba los ojos para lanzarles furibundas miradas.

Un ruido de pasos apresurados vino a turbar aquella calma amenazante, y Camilo Desmoulins entró en el despacho con el aire

azorado que le daba su excesiva impresionabilidad.

A la luz de la lámpara que estaba sobre la mesa del despacho, veíase su rostro sudoroso y su mirada centelleante e inquieta que anunciaba un suceso de gran importancia.

—Jorge —dijo apenas entró y sin fijarse en las otras personas que allí estaban—. Los jenízaros de la Municipalidad ya empiezan a hacer de las suyas, con grande aplauso de los realistas. Nuestro amigo Freron acaba de ser apaleado en una calle solitaria por algunos desconocidos, que sin duda son agentes de Lafayette.

—No lo extraño —contestó Danton con tranquilidad—. Freron en su periódico ha atacado mucho a Lafayette y a los apóstatas de la revolución. Cuando se atreven contra él, no debe estar muy lejano el peligro para nosotros.

—Esto iba a decirte. Tanto los realistas como los falsos revolucionarios que defienden al monarca, están furiosos por la manifestación que mañana ha de verificarse y que tendrá un carácter republicano. Los burgueses de la guardia nacional rugen contra ti, recordando los sarcasmos que les has dedicado desde las tribunas; y en cuanto a mí, hablan de vengarse de los artículos que he escrito, cortándome la cabeza. Creo que debemos tomar nuestras precauciones. Acaban de decirme que un ciudadano que se me parece algo en rostro y figura y que viste del mismo modo que yo, ha sido asaltado en el Puente Real por unos cuantos forajidos, que le han dado de palos, cesando en sus brutalidades cuando se han convencido de que aquel infeliz no era Camilo Desmoulins. Yo no sé qué hacer ni por qué decidirme. París está alborotado; el pueblo quiere asistir mañana al Campo de Marte para firmar la petición a la Asamblea, y la guardia nacional asegura que rechazará a balazos a los peticionarios. ¿Qué es lo que tú piensas hacer, Danton?

—Salir de París esta misma noche. Ya he dicho a estos amigos que aquí están, que no quiero comprometerme en una empresa que juzgo en extremo ruinosa. Mi vida no me pertenece, es de la revolución y no quiero exponerla en algaradas inútiles, sino en empresas decisivas que produzcan la victoria del pueblo.

—Te seguiré, Jorge. Creo como tú que el acto de mañana es un verdadero absurdo. No podemos autorizar con nuestra presencia una reunión que aunque en el fondo tiene una tendencia republicana, está

manejada por los agentes del duque de Orleáns, ese ambicioso que se mezcla en el torbellino revolucionario con la idea de pescar una corona destronando a su primo el panzudo Capeto. ¿Adónde vamos, Danton?

—Yo pienso dirigirme esta misma noche a la casa que mi suegro tiene en Fontena y Sous Bois.

—Te acompañaré, Danton, y con nosotros vendrá el pobre Freron, que se muestra asustadizo después de la agresión que acaba de sufrir.

Al quedar determinado este pequeño viaje fue cuando Desmoulins se fijó en su amigo Guzmán, que estaba sentado en un rincón y envuelto en la sombra que proyectaba la pantalla de la lámpara.

—Félix, ¿vienes con nosotros? —le preguntó el periodista.

—No —repuso el joven con energía—. Yo soy de los que se quedan para asistir mañana al Campo de Marte.

—¿Y qué es lo que vais a hacer allí, desgraciados? —preguntó Camilo con no menos energía—. Vuestra reunión no tiene ya ningún objeto y obedece a una estúpida terquedad que servirá a los enemigos para cebarse en vosotros. La petición redactada por Brissot, que habíais de firmar, la ha retirado este, y al reuniros mañana en el Altar de la Patria no sabréis qué decir a la Asamblea, ni qué pedir al gobierno.

—No lo creas, Camilo. Si vosotros no vais mañana allí, no por esto faltará quien se encargue de llenar vuestro vacío. Del mismo modo que vosotros surgisteis cuando la revolución necesitó hombres, mañana aparecerán en el Campo de Marte hombres que con la pluma en la mano interpreten la voluntad de las masas. Tengo fe en el pueblo de París y esto me basta.

Mientras tanto, Danton hacía gestos a su amigo Desmoulins como para darle a entender que era inútil el discutir con aquellos exaltados, y dirigiéndose por fin a Guzmán y al matrimonio Robert que permanecía silencioso, dijo con su ruda expresión de autoridad:

—Es inútil que discutamos por más tiempo. Cada cual cumpla con lo que crea que es su deber. Si vosotros creéis servir a la revolución yendo mañana al Campo de Marte, no faltéis a la cita. Nosotros, por nuestra parte, tanto Camilo como yo, creemos que es una locura el exponernos en un acto que ningún beneficio ha de reportar a nuestra causa.

Y el tribuno, diciendo esto, púsose en pie dando a entender su deseo de que terminase aquella conferencia. Sin duda tenía prisa de salir de

París y no quería perder el tiempo.

El matrimonio Robert púsose en pie, lo mismo que Guzmán, y se despidieron del tribuno y del periodista, que a pesar de las razones que daban para justificar su conducta, no parecían muy satisfechos de su resolución.

El español se despidió de su amigo Desmoulins con un fuerte apretón de manos.

—¿Conque no eres de los nuestros? —le preguntó el periodista—. Tal vez tengas tú razón y yo me arrepienta mañana de haber seguido a Danton. Pero por ahora estoy convencido de que mañana a estas horas se habrán divertido los burguesillos de la guardia nacional. Esos tenderos que adoran a Lafayette como a un ídolo, tienen grandes deseos de vengarse de los chistes que nosotros hemos lanzado contra el general del caballo blanco.

—Creo, Camilo, que tus temores son infundados. Una comisión de los Jacobinos ha visitado a Bailly, al alcalde de París, para darle cuenta de la reunión pacífica, y el magistrado les ha dado el correspondiente salvoconducto con la fórmula de La ley os ampara. Acabo de saber esto en el club.

—No importa. Conozco mucho a los revolucionarios que están en la Municipalidad, y sé que aprovecharán la ocasión de tener reunidos en un punto a todos los patriotas más exaltados de París, para darles el golpe. Procura ser prudente y evita un peligro que no ofrece la más pequeña gloria.

Al bajar Guzmán la escalera de casa Danton, encontróse con el matrimonio Robert, que parecía esperarle y que le acogió con una amable sonrisa.

—¿Habéis visto, ciudadano Guzmán? —le dijo la señora cuando llegaron a la calle—. Danton está desconocido, y esa audacia que le caracteriza, parece haberse amortiguado para siempre.

—Los grandes hombres —dijo el marido con aire sentencioso— son como los astros. A lo mejor tienen sus eclipses.

—Parece —continuó la escritora— que vos seréis mañana de los nuestros.

—Sí, señora. Yo acudo a donde el pueblo se reúne para protestar contra la monarquía.

—Perfectamente. Sois un buen patriota, y consuela el pensar que mañana ascenderán a muchos miles los hombres como vos que irán a juntarse en el Campo de Marte. Ya que los grandes hombres nos abandonan, ya que Robespierre y Petion se ocultan y Danton y Camilo se alejan de París, justo es que nosotros, los patriotas de segunda fila, nos coloquemos al frente del pueblo. Mi marido estará mañana a vuestro lado, y no faltará quien lleve pensadas las principales partes de la petición que ha de dirigirse a la Asamblea.

Y la escritora al decir esto sonreíase con cierto aire de suficiencia, como si ya se agitasen en su cerebro los principales períodos de aquel documento político que pensaba dictar.

Guzmán estrechó la mano de sus nuevos amigos, citándose con ellos para las primeras horas de la tarde en el Altar de la Patria.

El joven español dirigióse a su domicilio, pues al día siguiente había de levantarse temprano y sentía la necesidad de descansar después de un día de fatigosas excursiones a los arrabales.

El joven al quedar solo y reflexionar, sentíase arrepentido por haberse mezclado en el acto político que iba a verificarse al día siguiente.

Él pensaba asistir al Campo de Marte como simple espectador, o más bien, como galán que en paseo público da una cita a la mujer amada, y ahora encontrábase con que sin desearlo y sin darse cuenta de ello, habíase mezclado en una manifestación política que ignoraba cómo llegaría a acabar.

La idea de que Luisa iría allí a mezclarse entre la muchedumbre buscándole, le producía gran inquietud, y al mismo tiempo reíase de su estupidez, que convertía una cita amorosa en una ocupación política.

¡Bien podría él aprovechar la ocasión para declarar su amor a Luisa, estando como estaba comprometido con los directores de aquella petición popular!

¿Y si la manifestación terminaba en una lucha? ¿Y si tal como lo anunciaban Danton y Desmoulins, los fusiles de la guardia nacional barrían el Campo de Marte?

Guzmán estremecíase de terror como si viera ya a Luisa inanimada y sangrienta, tendida entre un montón de cadáveres.

No; aquello sería demasiado horrible. No había que temer hecatombes para el día siguiente, pues la manifestación estaba al amparo

de la ley y él se proponía impedir que el pueblo saliese de los límites legales.

Pensando en todo esto llegó Guzmán a su casa, y al abrir la puerta la señora Santos, díjole con todo el misterio de que es capaz una portera chismosa, que allí había estado varias veces durante el día preguntando por él la hermosa dama que le había cuidado tan cariñosamente durante su enfermedad.

La señora Santos decía con acento confidencial y con visible exageración que la majestuosa señora parecía muy conmovida y pesarosa, añadiendo que aún no hacía media hora que se había ido, después de entrar en su portería y escribir una carta que la vieja presentó a Guzmán.

El joven la abrió, leyéndola a la luz de la candileja de la portera.

Efectivamente era de la bella Theroigne.

La enamorada cortesana parecía furiosa por el abandono del joven, que después de aquella noche de placeres, no había vuelto a su casa.

En unos cuantos renglones le llamaba ingrato por diez veces, y después de anunciarle que al día siguiente iría al Campo de Marte para excitar con su presencia a las turbas, súbitamente enternecida, casi al final de su carta, le suplicaba dulcemente en nombre de su amor, y casi como el que implora limosna, que aquella misma noche fuese a verla.

Guzmán quedó inmóvil algunos instantes, como si le agitase una cruel indecisión. Aquel papel parecía exhalar el mismo perfume de belleza que tan completamente turbaba sus sentidos.

Había en aquel blanco pliego, algo de la olorosa tersura, del perfume satinado de la piel de Theroigne; pero el joven hizo de pronto un movimiento rudo como para repeler lejos de sí seductoras imágenes, y subió lentamente la escalera con el propósito de acostarse inmediatamente.

XXIV.- EL CAMPO DE MARTE POR LA MAÑANA

En el verano de 1791, no vieron los parisienses amanecer un domingo tan hermoso y sereno.

El sol, apareciendo tras el cinturón de colinas que rodea a la gran ciudad, se remontó por un cielo de intenso azul, desprendiéndose de su envoltura de nubecillas rojas, y dorando el inmenso mar de tejados, sobre cuyo oleaje de pizarras, erguíanse gigantescas cúpulas, robustas torres y aéreas flechas de piedra, que como un silbido, hendían el espacio.

Aquella mañana era de las que inspiran alegría, de las que hacen asomar a las ventanas millares de rostros satisfechos, que contemplando el sereno espacio, murmuran con fruición: «Hoy hace buen tiempo. Vámonos al campo.»

Pero el bullicioso vecindario de los arrabales y de los barrios laboriosos, la gente que todos los domingos se esparcía por las praderas inmediatas a París, llenando los fonduchos y ventorros, no pasaba en este día las barreras permaneciendo dentro de la gran ciudad, agitándose en las principales calles, donde abundaban los corrillos, y formando un gigantesco cordón, como un hormiguero humano, que iba y venía desde el Paláis-Royal al Campo de Marte.

Guzmán estaba desde las ocho de la mañana confundido entre aquella multitud, que como siempre ocurre al principio de una agitación popular, se movía sin saber por qué, intranquila y nerviosa, esparciéndose en ella continuas e infundadas alarmas.

El español había entrado en varios clubs sin encontrar a ninguno de los principales personajes revolucionarios.

El pueblo estaba en completa libertad. Los que en otras ocasiones le

encauzaban y le dirigían, habían desaparecido, y únicamente mostrábanse bullendo entre los grupos, personajes de última fila que por el tiempo habían de adquirir bastante celebridad en el período álgido de la revolución; tales como el estudiante de medicina Chaumette, futuro síndico del común; Henriot, que había de ser el terrible general de las tropas convencionales; Heber, el cínico redactor de El Padre Duchesne, y sobre todos estos el matrimonio Robert, que eran los verdaderos directores de aquella jornada audaz, que había asustado a los hombres más principales del partido revolucionario.

Guzmán, en la expectativa de que llegasen a cumplirse las profecías de Desmoulins y la manifestación terminase con una hecatombe, había cogido sus pistolas, que llevaba en los bolsillos de su casaca.

La idea de que al ocurrir algo sangriento en el Campo de Marte se encontraría en peligro la dulce Luisa, daba al joven gran fiereza y hacía que se prometiera interiormente el matar a cuantos causasen la menor inquietud a la mujer amada.

Permaneció Félix entre los grupos que pululaban en los alrededores del Paláis- Royal, hasta las nueve de la mañana. Varias veces estrechó la mano del poeta Fabré d'Englantine, que iba de un lado a otro escuchando las conversaciones para saber la opinión general y reflejarla al día siguiente en su artículo de Las Revoluciones de París, y al fin el joven se dejó arrastrar por aquellos grupos que iban y venían sin objeto determinado de allí al Campo de Marte, encontrándose media hora después en este último punto.

El Campo de Marte era en aquella época una vastísima llanura, en la cual, algunos miles de personas, solo causaban a la vista el efecto de pequeños grupos.

El Altar de la Patria, inmenso catafalco, sobre cuya plataforma cabían desahogadamente muchos centenares de personas, alzábase casi en el centro del inmenso campo, mostrando como racimos multicolores, sus simbólicos trofeos, las inquietas banderas y las pirámides en cuyas superficies, el genio poético de aquella revolución había trazado un gran número de inscripciones patrióticas.

Aquel altar, obra del célebre pintor David, artista oficial de la revolución, tenía la corrección de líneas del arte clásico, y parecía de lejos un gigantesco y eterno monumento, a pesar de que sus materiales eran únicamente el cartón y la madera.

En aquella vasta llanura hacía mucho calor; la tierra reverberaba los ardientes rayos del sol; el ambiente hubiera sido de horno, a no ser por un ligero vientecillo que venía de la parte del río, y a la sombra de los árboles, plantados en aquel campo después de la gran fiesta de la Federación, habían establecido sus puestos para la reunión de la tarde los vendedores de tortas de Nanterre y los que despachaban el agua de coco, llevando a la espalda el ventrudo cántaro tapado con un penacho de verdes hojas.

Guzmán dio un vistazo a todo el campo, en el cual veíanse a trechos numerosos grupos que contemplaban el Altar de la Patria con aire de papanatas, y como todavía no se había desayunado, entró en un fonducho inmediato a la llanura, cuyo dueño hacía gran acopio de provisiones para atender a las necesidades de la numerosísima reunión que iba a congregarse allí por la tarde.

Comió de pie una lonja de jamón metida entre pan; bebió un vaso de vino y salió de aquel humilde establecimiento pensando en que tal vez cerraría la noche antes de que él pudiera atender nuevamente a las necesidades de su estómago.

Presentía que aquella jornada sería para él de grandes peligros, y a pesar de que nunca había experimentado el más leve temor en circunstancias más difíciles, preocupábase ahora por lo que pudiera ocurrir en la tarde y se arrepentía de haber accedido a verse con Luisa en aquel sitio.

Guzmán, que deseaba hacer tiempo hasta mediodía, hora fijada para la reunión del pueblo, y que no quería volver a entrar en París para mezclarse con la inquieta multitud, dirigióse hacia el Altar de la Patria, sobre cuya plataforma sólo se veía a un adolescente con traje de artesano en día de fiesta, el cual, lápiz en la mano, e inclinado sobre un pequeño tablero que tenía en las rodillas, parecía ocuparse en copiar uno de los artísticos trofeos ideados por David.

Subía Guzmán la ancha escalinata de madera de tres tramos que conducía a la plataforma, cuando el jovenzuelo que estaba arriba, abandonó su dibujo con visible inquietud y bajó precipitadamente, encontrándose con Guzmán a la mitad de la escalinata.

—¡Señor! —dijo el muchacho con cierto azoramiento—. Ahí abajo hay alguien.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Has oído algo?

—Sí. Hace ya mucho rato que estaba oyendo a mis pies, bajo las tablas, ciertos ruidos como si andase gente bajo el altar. Creí al principio que fuesen ratas; pero acabo de oír el mismo ruido que produciría una barrena abriendo un agujero, y al fijarme en las tablas de la plataforma, he visto en ellas algunos pequeños orificios, así como también en los peldaños de esta escalinata. Yo tengo un oído muy fino.

Calló algunos instantes el muchacho avanzando su cabeza con curiosidad como si acabase de oír algún nuevo ruido, y dijo poco después a Guzmán:

—Fijaos bien, señor. Ya empiezan otra vez a agujerear la madera.

Y con la certeza del que tiene el oído fino, señalaba un peldaño inmediato, del cual salía un ligero ric-ric que llegaba hasta las orejas de Guzmán.

Los dos permanecieron inmóviles y con la vista fija en aquel peldaño, que sólo estaba a cuatro pasos de ellos, y a los pocos momentos vieron asomar en la madera la acerada punta de una barrena que giraba con fuerza, formando un agujero del tamaño de medio franco.

A Guzmán no le cupo ya ninguna duda de que alguien se ocultaba en el interior del Altar de la Patria.

Los fines de aquellos desconocidos no podían ser muy legales. La base del monumento no tenía puerta alguna que permitiese entrar en su interior lóbrego y abandonado, siendo indudable que los que en aquellos instantes agujereaban la madera, habrían penetrado durante la noche levantando algunas tablas.

¿Qué se proponían aquellos desconocidos? Guzmán pensó inmediatamente en la posibilidad de que fuesen colocados dentro del altar algunos barriles de pólvora para volar el monumento patriótico junto con el pueblo que se reuniría allí por la tarde, y esta suposición le produjo un escalofrío de terror.

El español, sorprendido por el descubrimiento, mostrábase atolondrado y no sabía qué hacer. De buena gana hubiese penetrado en el interior de aquella gigantesca plataforma para sorprender a los temibles desconocidos; pero carecía de herramientas para levantar una de las tablas y no sabía cuántos se ocultaban en tan lóbrego antro.

—Oye, muchacho —dijo Guzmán después de una corta indecisión—:

¿eres tú patriota?

—Mi padre pertenece al club de los Jacobinos —dijo el niño con cierto orgullo—. Por esto me envía aquí a que me ejercite en el dibujo, copiando los trofeos del monumento patriótico.

—Pues bien; ve corriendo al cuerpo de guardia del Gros-Caillou, que está al final de la explanada, en aquellas casas, y dile al comandante lo que ocurre. Suplícale en nombre de la patria que venga en seguida con una patrulla y que busque carpinteros para levantar algunos tablones y bajar a dónde están esos miserables. Corre, pequeño patriota, que yo, mientras tanto, no me moveré de aquí y antes me matarán que dejaré escapar a los que están abajo.

El muchacho se alejó corriendo y Guzmán quedose inmóvil en mitad de la escalinata, con el oído atento para percibir los menores ruidos.

El trabajo continuaba. La conversación entre Guzmán y el muchacho había sido en voz baja, sin que los que estaban ocultos pudieran apercibirse de ella, y por esto continuaba la oculta barrena agujereando las tablas, tan pronto en un punto como en otro.

A los pocos minutos Guzmán sintió pasos a sus espaldas y vio aproximarse algunos curiosos, a los cuales sin duda había avisado el muchacho cuando iba corriendo hacia el cuerpo de guardia.

La presencia de toda aquella gente, su pataleo sobre la madera de la escalinata y sus irritadas voces, no debieron pasar desapercibidas para los que estaban ocultos, pues inmediatamente cesó de funcionar la barrena; pero los primeros que llegaron, aún pudieron oír el ruido de aquel trabajo, produciéndose entre el grupo de curiosos los más desaforados comentarios.

La opinión era general. Aquello debía ser obra de los aristócratas, tal vez una horrible conjuración que tenía por objeto el exterminio de los patriotas más respetables; y el grupo de curiosos, pensando en esto, bramaba de coraje mostrando impaciencia porque no llegaban todavía los obreros que debían levantar el pavimento y prender a aquellos miserables.

Era imposible que se escaparan. El grupo de curiosos iba engrosando rápidamente, todos cuantos se hallaban en el Campo de Marte agolpábanse al Altar de la Patria, en torno del cual se formaba un gran círculo que impedía toda fuga, y la noticia de lo ocurrido cundía con tal

rapidez, que de los barrios inmediatos a la explanada comenzaba a llegar gente ansiosa por saber lo que ocurría.

Más de un cuarto de hora tardó en llegar el destacamento del cuerpo de guardia del Gros-Caillou, con algunos carpinteros de la vecindad cargados de herramientas; y cuando brillaron al extremo de la explanada las bayonetas de la guardia nacional bañadas por la luz del sol, la muchedumbre, en uno de esos arranques infantiles tan propios del impresionable pueblo parisién, comenzó a aplaudir ruidosamente.

Eran dieciséis soldados y cinco obreros los que se acercaban al mando de un viejo oficial, el cual se abrió paso rudamente entre la multitud, llevando tras sí al pequeño dibujante que había descubierto el hecho.

Cuando llegaron a donde estaba Guzmán, que era el más avanzado en la escalinata, el muchacho lo señaló al teniente.

—A ver, caballero —dijo el militar con rudeza—. ¿Podréis explicarme qué es lo que ha ocurrido aquí? Lo que este muchacho acaba de decirme me parece muy raro.

El joven manifestó entonces al militar todo cuanto sabía, coincidiendo con las explicaciones del pequeño artista, y el teniente volvió a decir con la tenacidad del que no renuncia fácilmente a su opinión:

—Esto es raro: efectivamente muy raro.

Y a pesar de esto, dio bruscamente sus órdenes a los carpinteros que le seguían, mandándoles que levantasen algunas tablas para penetrar en el interior del monumento, mientras que ordenaba a sus soldados que expulsasen a la muchedumbre del resto de la escalinata, obligándola a alejarse algunos pasos del Altar de la Patria.

Guzmán y el niño fueron los únicos curiosos que quedaron junto a los obreros, viendo cómo estos levantaban algunos tablones de uno de los rellanos de la escalinata.

Quedó al descubierto un ancho y cuadrado orificio, tras el cual solo se veía una densa lobreguez, e inmediatamente descolgáronse dos de los obreros por aquel agujero, cuya profundidad era escasa, pues apenas si excedía la altura de un hombre.

—Vamos a registrar la bodega —dijo el teniente, penetrando por aquella abertura después de los obreros.

Cuatro de los soldados siguieron a su jefe, y Guzmán, sintiéndose atraído por la curiosidad, no tardó en abandonar al muchacho, descendiendo también al interior del Altar de la Patria.

Aquella cavidad gigantesca estaba envuelta en densa sombra; pero a los pocos instantes de permanecer allí, cuando los ojos se dilataban perdiendo la contracción del exceso de luz, notábase una claridad difusa producida por el leve resplandor que se filtraba entre los tablones de la plataforma y los gigantescos bastidores de que se componían los cuatro lados del altar. Además en el techo de la cavidad y en la rampa interior, sobre la cual descansaba la escalinata, destacaban como estrellas de viva luz algunos agujeros redondos que por el amarillo serrín de sus bordes mostraban haber sido hechos recientemente.

Guzmán, acostumbrado a aquella relativa lobreguez, distinguió a pocos pasos de él al grupo de guardias nacionales que amartillaban sus fusiles avanzando cautelosamente.

Aquella lóbrega cavidad estaba obstruida por un verdadero bosque de postes verticales que sostenían la plataforma y los cuales estaban unidos en ciertos lados por maderos horizontales que dificultaban la marcha.

El grupo, guiándose por el resplandor crepuscular que filtraban las grietas, anduvo lentamente algunos minutos por entre aquellos haces de erguidos maderos, hasta que por fin tropezó con dos hombres que estaban tendidos en el suelo e inmóviles como si se hallasen durmiendo. Junto a ellos veíase un pequeño tonel y una cesta con provisiones.

El teniente dio fuertes voces para que despertaran; pero como permaneciesen inmóviles, todos comprendieron que aquel sueño era fingido y les aplicaron unos cuantos culatazos que tuvieron la virtud de reanimarles inmediatamente.

Los dos desconocidos pusiéronse en pie mirando con aire estúpido a la patrulla, y se dejaron conducir a empujones como autómatas, hasta la abertura por donde había penetrado el grupo de exploradores.

Allí fue donde les interrogó el teniente y donde Guzmán pudo verles las caras a la luz del sol que penetraba por la abertura.

Eran un viejo y un joven: el primero con el uniforme del cuartel de Inválidos, y el segundo demostraba en su traje y en su aspecto ser uno de los amadamados peluqueros que tanto abundaban en París en aquella época y que se distinguían por su cariño a los realistas y sus mentiras

contra los patriotas, pues odiaban a la revolución a causa de que esta, poniendo en moda las cabelleras sueltas y descuidadas, había arruinado la industria de las grandes pelucas, que era el signo de distinción en el antiguo régimen.

—¿Quiénes sois vosotros? —pregunto el teniente fijando su dura mirada en el peluquero, cuyo rostro socarrón y malicioso de noticiero enredador atraíase la antipatía del militar.

—Señor oficial —repuso tartamudeando el interpelado—. Este señor que se halla aquí es un viejo soldado a quien, como veis, le falta una pierna; y yo soy Anatolio Auxroses, conocido peluquero sin tienda abierta, pero que peino y rizo a los señores más elegantes y distinguidos de París.

—A más de peluquero —dijo el teniente— demostráis ser un charlatán impertinente; pero más vale así, pues al menos contestaréis a mis preguntas. ¿Qué hacíais escondidos en este sitio?

Esta pregunta natural y que era de esperar, produjo la mayor turbación, tanto en el peluquero como en el inválido, que procuraba fingir una expresión imbécil.

Balbucearon respuestas incoherentes, repitieron varias veces que ellos estaban allí dormidos, sin llegar nunca a explicar cómo se habían introducido bajo del Altar de la Patria, ni con qué objeto, y únicamente, cuando el oficial les amedrentó con enérgicos juramentos y terribles amenazas, fue cuando el peluquero se decidió a hablar claramente.

Sobre todo, que no le maltratasen y él diría la verdad, sin excusa alguna.

La noche anterior, aprovechando la soledad que reinaba en el Campo de

Marte, había levantado dos tablones de la plataforma, deslizándose, en compañía de su amigo, en el lóbrego interior del altar. Aquel barril que al lado de los dos habíase encontrado contenía su provisión de agua, así como la cesta guardaba la de comestibles, pues se proponían permanecer hasta el lunes en aquel escondrijo sin que nadie les viese salir.

—¿Pero y el motivo que os ha conducido aquí? —preguntaba el oficial con expresión amenazante—. Eso es lo que quiero saber: eso es lo más importante. Hablad, ¡vive Cristo!, o si no…

Y el oficial, en su impaciencia mal contenida, llegaba a cerrar su enorme puño, levantándolo sobre la cabeza del parlanchín peluquero.

¡Oh!, él hablaría. Sólo rogaba al señor oficial que tuviera paciencia y sobre todo que no le maltratase. Y tembloroso y balbuceante continuaba su relación.

Como él tenía por parroquianos a los jóvenes más distinguidos, a los petimetres de la corte que paseaban por el Paláis-Royal e iban después al salón de la princesa Lamballe a decir atrocidades contra los patriotas, tenía la obligación de llevarles todos los días a sus clientes noticias frescas, y muchas veces veíase próximo a perderlos porque no llegaba a contarles tantas mentiras como otros peluqueros. Él se mezclaba en el público de los clubs para curiosear e irles después con el soplo a sus almibarados parroquianos; él se metía en todas partes fingiéndose jacobino, franciscano y todo cuanto fuese necesario, para pasar por el más enterado de París; y muchas veces había de poner en prensa su magín para inventar chistes contra los patriotas, que hiciesen reír a sus clientes y que estos pudiesen repetir después en las tertulias aristocráticas.

Al saber que en el Campo de Marte y sobre el Altar de la Patria iba a verificarse una gran reunión, tuvo una idea diabólica, que afirmaría su prestigio de noticiero entre sus parroquianos. Él sabía que en el salón de la princesa Lamballe se decían todas las noches mil pestes contra las mujeres patriotas, asegurando que eran sucias como puercas y dando detalles de un realismo subido sobre la hediondez de sus ropas interiores. Nada mejor para alcanzar un triunfo entre la gente aristocrática, para ser considerado casi como un héroe por toda la juventud dorada, que ocultarse debajo del altar, hacer en la madera de la escalinata y de la plataforma algunos agujeros, y ver de este modo con completa impunidad los bajos de todas las ciudadanas que subieran a firmar la petición contra la Asamblea.

Aquel inválido que le acompañaba era un viejo libidinoso, a quien le pareció inmejorable el plan, prestándose a acompañarle ansioso por dar a sus ojos un hartazgo de carne femenil, y los dos fueron a ocultarse, resignados a permanecer cerca de cuarenta horas en aquel lóbrego escondite; el uno por divertir a sus parroquianos, y el otro por satisfacer las aberraciones de una lujuria senil.

El peluquero tenía la seguridad de que el señor Souleau publicaría

todas sus observaciones sucias y maliciosas en Las Actas de los Apóstoles y esto era suficiente para que se considerara resarcido de las penalidades experimentadas en tal escondite.

—He aquí, señor teniente, todo el motivo de nuestra presencia aquí. Comprendo que nuestra conducta no es muy correcta; pero tampoco somos criminales, ¿verdad? Sólo esperamos, después de esta declaración, que se nos trate con benevolencia. Además, uno no es un cualquiera. Mi amigo es un veterano, un antiguo soldado digno de respeto, y yo tengo buenos amigos en la corte, cariñosos protectores que no me dejarán abandonado en este compromiso.

Guzmán escuchaba con repugnancia a aquel jovenzuelo afeminado y de rostro insolente, que pasaba sin transición del miedo al descaro, y que tan pronto temblaba al ver moverse las manos del teniente, como hablaba con énfasis de sus amigos de la corte.

Lo que principalmente indignaba al español era el motivo que había hecho ocultarse allí a los dos miserables.

Le hubiese enfurecido menos que el tonel de agua hubiese sido de pólvora y que aquel par de buenas piezas se hubiese ocultado para volar el Altar de la Patria, como se creyó en el primer instante. Asco y rabia le producía todo aquello. ¿Conque en la corte se reían obscenamente de las pobres mujeres de los arrabales, enflaquecidas por el hambre y sucias por la miseria en que vivían? ¿Conque en casa de la Lamballe se ocupaban del pueblo, únicamente para describir con detalles de lupanar el aspecto interior de aquellas madres de familia que se batían por el pan de sus hijos, y que al dar su sangre por la revolución, pensaban únicamente en el porvenir de sus familias? ¡Ah, corrompida aristocracia! Todo cuanto el pueblo hiciese contra ti en el día de la revancha decisiva, todo resultaría justificado.

Mientras tanto llegaba hasta el fondo de aquella lóbrega cavidad el bramido de la multitud que se agolpaba junto al Altar de la Patria, y que con sus agitaciones conmovía los robustos bastidores de las cuatro caras del monumento.

La noticia de lo que allí ocurría habíase esparcido por todos los barrios inmediatos al Campo de Marte, y ascendían ya a algunos miles las personas que estaban aguardando la salida de los incógnitos enemigos.

El oficial de la patrulla, que oía el sordo rugido que sonaba fuera del altar, parecía algo inquieto.

—Vamos a conduciros al cuerpo de guardia —dijo a los dos hombres —. Quedaréis a disposición de la Municipalidad; pero lo importante para vosotros es que podáis llegar hasta nuestro cuartelillo y que los que están ahí fuera no hagan alguna de las suyas. A mí me tiene siempre intranquilo el populacho de París.

Los dos presos tampoco estaban muy tranquilos al oír el rugido de la muchedumbre. El inválido palidecía, aunque por un exceso de amor propio seguía conservando su sonrisa socarrona, y el peluquero temblaba mirando con angustia al oficial, al saber que éste quería sacarles de allí inmediatamente.

Uno tras otro, fueron saliendo por la abertura de la escalinata los obreros y los soldados del destacamento con los presos.

Guzmán, que fue el último en salir siguiendo al oficial, vio ocupados todos los alrededores por un numeroso gentío que se agolpaba en actitud hostil y que prorrumpió en gritos de muerte al ver a los presos.

Guzmán, desde la escalinata, vio cómo se iba alejando pausadamente y a costa de grandes esfuerzos el manojo de bayonetas, dentro del cual iban los prisioneros.

Nuevos grupos de curiosos o de gente hostil poníanse al paso del destacamento impidiéndole la marcha, y cuando este se desviaba buscando los espacios del Campo de Marte que estaban libres, venían nuevas masas a estorbar su curso.

Los dos detenidos iban pálidos y asustados por la actitud de la muchedumbre. Hasta el inválido había perdido su serenidad y mostraba tanto terror como el peluquero, que marchaba automáticamente más muerto que vivo.

El teniente intentaba apaciguar a la muchedumbre diciendo la verdadera causa que había impulsado a aquellos dos miserables a esconderse, pero todo era en vano; lo de la pólvora prosperaba, encontraba creyentes en todos, y la gente, considerándose librada como por milagro de un horrendo asesinato en masa, quería vengarse de los asesinos.

Tanto se esforzó el oficial, y de tal modo gritó con su voz bronca, mientras con el sable se abría paso al frente del piquete, que al fin le

oyeron y entendieron, y las explicaciones que dio circularon rápidamente entre la multitud.

Aquello empeoraba aún más la situación. Hasta entonces sólo los hombres se habían mostrado indignados y amenazantes, pero al saberse el sucio objeto que había guiado a aquel par de canallas, las mujeres, que eran muy numerosas en la multitud, prorrumpieron en un alarido de venganza.

El pudor herido enfurecíalas, y la consideración de que sus interioridades, vistas a través de un agujero, hubiesen servido de pasto a la risa de los aristócratas, producíalas una especie de locura, que sólo podía aplacarse con un derramamiento de sangre.

Entre aquellas mujeres, que en su mayoría eran pobres de los arrabales, tan hambrientas como honradas, las había también de vida airada que hacía tiempo habían perdido la vergüenza, y sin embargo, estas gritaban más enfurecidas aún que las otras, pues las repugnaba aquello de ser examinadas traidoramente y contra su voluntad para hacer reír después a los señores aristócratas.

Apenas se generalizó la noticia de aquel sucio espionaje, resultó fatal y necesario el exterminio de los dos presos, que lanzaban a todas partes trémulas miradas en demanda de misericordia, sin encontrar más que puños amenazantes y ojos ardientes en los que se leían pensamientos de muerte.

Los guardias, a pesar de sus bayonetas, viéronse pellizcados y empujados por grupos de mujeres que llegaron hasta abofetearles. Erales imposible valerse de sus armas contra enemigos a los que el sexo daba inmunidad, y comenzaron a sufrir tantas angustias como sus presos.

El teniente, forcejeando contra algunas de aquellas furias y hablando a otras, intentaba salir de tan terrible compromiso; pero sus esfuerzos resultaban vanos.

Aún le faltaba a la patrulla recorrer una tercera parte de la grandiosa explanada y estaba ya próximo el momento en que un grupo de furias desbaratase la fila de soldados, arrebatándoles los presos.

Guzmán, desde la plataforma del altar, presenciaba aquella lucha desesperada y vio perfectamente cómo las mujeres, azuzadas por los hombres, arrollaron a los soldados, desbarataron su formación y se apoderaron de los dos miserables, que atolondrados por el continuo

batallar y turbados por las angustias del miedo, tenían un aspecto de estupidez.

Durante algunos minutos, Guzmán no vio otra cosa que una confusa aglomeración de gente; brazos levantados, cuerpos moviéndose con vaivén de furioso oleaje, y algún uniforme debatiéndose con violencia por salir de aquel torbellino de carne.

No duró la confusión mucho tiempo. Guzmán oyó aplausos, que sonaron en su oídos de un modo lúgubre; después distinguió cómo pasaban de mano en mano sobre aquella confusa aglomeración algunas picas de las que entonces usaban los patriotas de los arrabales y que se encontraban en todos los puntos de París; vio que la gente retrocedía algunos pasos como si temiese mancharse los pies, y por encima de aquel oleaje de sombreros, gorros de lana y blancas gorritas de mujer, surgieron dos ensangrentadas picas que tenían clavadas en sus hierros las cabezas de los dos presos.

El español no pudo contener un grito de horror en el mismo instante que todo aquel gentío saludaba con un rugido de gozo la sangrienta aparición.

El grupo que ostentaba las picas permaneció inmóvil poco tiempo, pues comenzó a andar como en procesión por el Campo de Marte, entrándose después por una de las calles del Gros-Caillou, con gran acompañamiento de gritos y cánticos.

La patrulla, con el arma a discreción y llevando al frente a su cansado oficial, seguía al grupo a alguna distancia, con el desaliento del que se considera impotente para oponerse a algo que le repugna.

Guzmán bajó del Altar de la Patria, conmovido dolorosamente y disgustado por tan horrible espectáculo,

—Mal empieza esto —murmuraba—. Esas cabezas nada bueno auguran. La reunión de esta tarde tiene un principio demasiado sangriento para que acabe bien.

Andaba sin dirección fija, sin pensar adonde iría, y a pocos pasos del altar llamáronle la atención las palabras de dos hombres con el pelo cano y traje de obrero endomingado, que marchaban delante de él.

—Yo he visto perfectamente —decía uno de ellos—, pero he callado, no que riendo que hubiesen nuevas víctimas. Los que más azuzaban a las mujeres, impeliéndolas a que matasen a esos dos desgraciados, era el

canalla de Fournier, el Americano ese que es espía de Lafayette, y dos jovenzuelos que parecían disfrazados con el traje de hombres del pueblo, pues su aspecto era de aristócratas.

—¿Y qué crees tú en vista de todo esto?

—Creo que por una parte había interés en que se cometiera un crimen para manchar con sangre la reunión de esta tarde; por esto trabajaba Fournier; y creo también que esos aristócratas disfrazados querían que muriesen esos dos pobres diablos para que así no pudiesen revelar quiénes eran los que les habían enviado a este sitio a atisbar cochinadas. No lo dudes, es tal como lo digo. Yo noté que uno de los jovenzuelos disfrazados gritaba como un energúmeno y pedía la muerte del peluquero, procurando con sus voces estentóreas ahogar la de éste, que decía en voz baja mirándole con angustia: «¡Señor conde! ¡Conde de Beringel! ¡Salvadme!»

—Mucho mal augura ver a los esbirros de la Municipalidad y a los aristócratas trabajar juntos. Esto hace creer que la sangre de esos dos desdichados no será la última que se derramará aquí hoy.

—Eso creo yo también, y por lo mismo no es fácil que me vean aquí esta tarde. La Municipalidad, la guardia nacional y la mayoría de la Asamblea están furiosos contra la gente de los arrabales y la de los clubs. Además, los aristócratas están momentáneamente a su lado en agradecimiento porque protegen al rey. Dicen que la reunión de esta tarde se halla al amparo de la ley, pero yo creo que la Municipalidad está amañando una linda comedia, y que dentro de unas cuantas horas habrá aquí una cacería de patriotas.

XXV.- LA TRAICIÓN

A la una de la tarde pasaban de cincuenta mil las personas que ocupaban el extenso Campo de Marte.

Los que por la mañana temían que la reunión terminara en una sangrienta hecatombe, tranquilizábanse ahora y se burlaban de sus antiguos temores al ver la tranquilidad y la paz que existía en la reunión, y que de ningún modo haría precisa la intervención de la fuerza pública.

Podían haber entre aquella multitud caracterizados revolucionarios, terribles agitadores; pero el aspecto que a primera vista presentaba la gigantesca concurrencia no podía ser más pacífico.

Los obreros de los arrabales habían llevado a sus familias, pavoneándose con sus trajes nuevos al lado de sus esposas y sus hijas, adornadas con faldas de vistosos ramos y rojas cintas en el peinado: los campesinos de las aldeas vecinas llegaban en sus carromatos cargados de tostadas campesinas y chicuelos vociferantes, a ver aquella fiesta de los parisienses; las tranquilas familias burguesas tampoco se ausentaban, pues eran muchos los tranquilos vecinos del Marais que habían acudido a contemplar con sus propios ojos una reunión de la que tanto habían hablado los periódicos, y hasta en los límites del Campo de Marte, por la parte del Sena y por la del Gros-Caillou, veíanse algunas carrozas, desde cuyo fondo, damas empolvadas, con lunares, y caballeretes perfumados y llenos de colorines como un colibrí, contemplaban a través de sus lentes de concha, con sonrisa desdeñosa y gesto de desprecio, el negro hormigueo que bullía al pie del Altar de la Patria, extendiéndose sobre su escalinata y su plataforma.

El día era magnífico. Un grupo de nubes pardas que bogaban aisladas por el inmenso azul, había eclipsado al sol durante media hora, haciendo dudar de la bondad del día; pero aquel obstáculo se había desvanecido y

la luz era de nuevo esplendorosa y ardiente, lo que aumentaba la bulliciosa alegría de la multitud, en la que parecía influir lo cálido de la temperatura.

El Campo de Marte semejaba, visto de lejos, un movible enjambre de insectos casi microscópicos, que al agitarse, elevaban en el espacio un susurro continuo, monótono y ensordecedor. Los árboles tenían en sus ramas, como vivientes frutos, racimos de traviesos muchachos de esos que el empedrado de París parece producir por generación espontánea y que no tienen otra madre que la miseria; pilluelos maliciosos que desde lo alto saludaban a los tranquilos transeúntes con grotescos chistes, contestando a sus protestas y gestos de extrañeza, con interminables carcajadas.

En los sitios donde había alguna sombra, las familias obreras sentábanse en el suelo, procurando las mujeres librar sus rameadas faldas del polvo, y encogiendo muchas veces los pies para no ser pisadas por la muchedumbre; unos italianos errantes, conmovían el espacio con los ramplones ritmos de sus arpas y violines, a cuyos sones bailaban algunas muchachas con sus novios dentro de un espeso corro de curiosos; y un enjambre de vendedoras iba por todas partes, se introducía hasta en los más compactos grupos, pregonando el rico mostachón, la torta de Nanterre y el agua de regaliz en cántaro pintarrajeado, tan refrescante como higiénica.

El Campo de Marte ardía bajo las caricias de un sol de verano; todos los rostros estaban enrojecidos; de la multitud salía un espeso vaho, un hedor sofocante, mezcla de sudor y de asfixia; pero todos parecían alegres; se hacían frases ingeniosas, se lanzaban carcajadas, y todo el mundo esperaba sin saber qué era lo que apetecía ni con qué objeto se encontraba aglomerado en aquel sitio.

Sobre la multitud alzábase el Altar de la Patria como la ficha de un camino entre una aglomeración de inquietas hormigas: las flámulas tricolores ondeaban sobre las cabezas de los que llenaban la plataforma, y a lo lejos, en todo cuanto abarcaba la vista, extendíase París, el gran París con su océano de tejados que, semejantes a las montañas de una cordillera, iban azulándose y esfumando sus contornos hasta perderse en el infinito, Las dos torres de Nuestra Señora marcaban sus pétreos encajes sobre aquel horizonte despejado, exhibiendo sus pardos sillares, a los que el sol daba un reflejo dorado, y la gran cúpula de Santa Genoveva

remontábase audazmente sobre el oleaje de pizarras de la ciudad, con su bosque de columnillas, a través de las cuales brillaban como placas de oro los vidrios de las ventanas heridos por la ardiente luz.

Si se volvía la espalda a París y se miraba al otro lado del Campo de Marte, surgían a la vista las áridas colinas en que hoy se alza el gigantesco palacio del Trocadero, los arrabales de la gran ciudad desbordándose más allá de las barreras y afeando el campo con las calles sin terminar y cortadas a trechos por los montones de escombros y las casas en construcción metidas en verdaderas jaulas de madera; y allá en último término, los verdes y rumorosos bosques matizados de pueblecitos con su campanario de agudas pizarras, el Sena como una retorcida y gigantesca anguila negra con ligeras escamas de plata en sus ondulaciones producidas por el cabrilleo de la luz del sol, y a lo largo de las dos riberas, casi envueltos en la capa de flores de sus parterres, los lindos hoteles de los aristócratas, los nidos amorosos construidos por los duques, las marquesas y los asentistas del reinado anterior, para ocultar en un voluptuoso misterio sus orgías faunescas.

Guzmán, que andaba por el Campo de Marte subiendo tan pronto a la plataforma del Altar de la Patria como vagando por entre los grupos de los alrededores, contemplaba el aspecto de la gran ciudad en aquel hermoso día de verano y el bello aspecto que ofrecía el pueblo congregado en el Campo de Marte como si fuese la ciudadanía de una de aquellas repúblicas de la Grecia, que para deliberar reuníase por completo en la plaza pública.

Desde mediodía que se hallaba agolpada en la extensa explanada aquella imponente multitud, y a pesar del calor del sol, que hacía humear las ropas y del intolerable vaivén de la muchedumbre, nadie pensaba en retirarse a pesar de que transcurría el tiempo sin que persona alguna se decidiese a tomar la iniciativa ni a decir qué es lo que le tocaba hacer al pueblo para protestar contra la Asamblea.

Guzmán, que iba inquieto de un punto a otro, pensando más en Luisa que en los asuntos políticos que allí le habían llevado, y mirando a todas partes con alarma, pues temía encontrarse con la bella Theroigne, subió otra vez la plataforma del altar considerando que desde allí le sería más fácil ver a la joven Dampierre y a su acompañante cuando llegasen.

A fuerza de puños y sufriendo un sinnúmero de empujones, consiguió Guzmán subir la escalinata, llegando a la plataforma, en cuyo centro vio

inmediatamente algunos rostros conocidos en el club de los Jacobinos y en las otras reuniones donde asistía Desmoulins. El grueso Robert y su esposa la señorita Keralio, fueron los primeros en quienes se fijaron sus ojos: después vio a Hebert con su perfil agudo y su burlona sonrisa; a Henriot, fornido mocetón que hablaba poco y cerraba continuamente los puños como dispuesto a reñir; y al popular Santerre, el rico cervecero del arrabal de San Antonio, siempre afable, generoso y dispuesto al sacrificio, vestido con sencillez no exenta de opulencia, con el pecho de la camisa desabrochado y los puños remangados cual si estuviera en los hervideros de cebada de su fábrica.

Robert, al ver a Guzmán, le hizo una seña amistosa para que se aproximase.

Algunos centenares de hombres de aspecto decidido, que eran los más entusiastas aplaudidores de los clubs, formaban un círculo en torno de aquellos personajes de segunda fila, que por la injustificada ausencia de los tribunos y de los periodistas célebres, iban a encargarse de la dirección del pueblo. ;

Entre aquellos hombres que permanecían atentos y silenciosos escuchando a los que deliberaban, Guzmán distinguió los anteojos y la rizada melena de Fabré d'Englantine; pero el poeta, que, estaba allí más como periodista que como político, parecía huir de mezclarse en la dirección popular, y los que deliberaban, como medianías que eran ansiosas de celebridad, no querían dar participación en su obra al famoso amigo de Danton y afectaban no verle.

Guzmán estrechó la mano de aquellos hombres, saludó a la señorita Keralio, que distraída y con un lápiz apoyado en la boca, le contestó apenas, inclinando su cabeza casi oculta por las grandes alas de su plumeado sombrero, e inmediatamente hubo de atender a Robert que le explicaba cuál era la situación.

—Hemos estado esperando el original de la petición que en el club de los Jacobinos se había redactado; pero nos acaban de decir que Brissot retiró anoche dicho original y que el comité directivo del club tiene escrúpulo en mezclarse en esta manifestación.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó Guzmán.

—Yo creo —dijo la señorita Keralio— que lo más propio de la situación es redactar inmediatamente una petición nueva y ponerla a la

firma del pueblo. Mirad abajo. Esa multitud se halla aquí sufriendo toda clase de molestias con la esperanza de contribuir a un acto digno y que influya en el porvenir de la nación. Si no queremos defraudar en sus sentimientos a esos miles de entusiastas patriotas, redactemos inmediatamente la petición y que la Asamblea reciba, suscrito por millones de firmas, el voto de censura que merece por sus complacencias con el rey.

Todos los que ocupaban la plataforma manifestaron con murmullos y movimientos de cabeza su conformidad con lo propuesto por aquella mujer, e inmediatamente Robert se ofreció a redactar la petición.

Su ofrecimiento fue aceptado; algunos patriotas oficiosos pusieron sobre el ancho zócalo de un trofeo un tintero de campaña y algunos de los pliegos de papel que se había traído para la firma del pueblo, y entonces el grueso Robert, con la espalda arqueada y el rostro cejijunto, inclinóse sobre aquel extraño escritorio y comenzó a redactar la petición poniéndole el siguiente encabezamiento:

el Altar ***ía patria, a*** *17*

año

^e *ía* Libertad.

A su lado, y mirando lo que escribía por encima del hombro, estaba la señorita Keralio, jugando distraídamente con su lápiz, aprobando con mohines de satisfacción lo que redactaba Robert y apuntándole muchas veces al oído el concepto que no recordaba o la palabra rebelde que su pluma parecía negarse a transcribir.

La petición era un documento breve, iracundo y lógico, en el cual se atacaba a la Asamblea sin contemplación alguna, acusándola de haber traicionado al pueblo confiado, por salvar la responsabilidad del rey; pidiéndose además que Luis fuese juzgado por los ochenta y tres departamentos de la Francia.

Mientras escribía Robert, permanecían silenciosos todos cuantos ocupaban la plataforma, y abajo del altar, la muchedumbre seguía moviéndose bulliciosamente.

Guzmán, apoyado en una barandilla de la plataforma, miraba atentamente aquella inmensa masa por la parte del Gros-Caillou, esperando siempre reconocer el rostro de Luisa bajo uno de aquellos sombreros que ondeaban sus plumas en el revuelto mar de cabezas.

Los temores que le habían asaltado en aquella mañana, estaban ya totalmente desvanecidos en vista del aspecto que presentaba la popular reunión.

No creía que volviera a ensangrentarse el suelo del Campo de Marte, ni que las autoridades de París viniesen a turbar con militar aparato aquella pacífica fiesta. Tres consejeros de la Municipalidad, con sus bandas tricolores, acababan de recorrer la explanada, retirándose tranquilos y satisfechos al ver el aspecto pacífico de aquella multitud, que los periódicos reaccionarios habían pintado poco menos que como una banda de asesinos.

La tranquilidad que ahora sentía Guzmán hacíale desear vivamente la presencia de Luisa. De este modo tendría al fin una ocasión propicia para declarar a la joven el amor que por ella sentía.

Un ruidoso aplauso vino a arrancar al español de su atento espionaje.

Robert leía a los que estaban en la plataforma la petición que acababa de redactar, y la señorita Keralio acogía los aplausos sonriendo como a verdadera autora de la obra.

—¡A firmar!, ¡a firmar! —gritaron con entusiasmo aquellos centenares de patriotas.

Y el pueblo, que se agitaba junto al altar, contestó a este grito agolpándose en la escalinata como si le faltase tiempo para poner su firma en la petición.

Inmediatamente, como por arte mágico, aparecieron tinteros y cuadernillos de moreno papel en todos aquellos puntos del altar donde existía un adorno saliente, un palmo de madera libre que pudiera emplearse como pupitre.

Guzmán fue de los primeros en estampar su firma, y en seguida volvió a su observatorio de la barandilla, llamándole la atención un movimiento de la multitud que se arremolinaba a lo lejos, casi en los límites del Campo de Marte, elevando sobre sus cabezas a una persona cual si quisiera llevarla en triunfo.

El español fijó su atención en aquel punto, y no tardó en distinguir el rojo vestido que usaba en días de motín la bella Theroigne, la cual, reconocida por el pueblo, recibía una delirante ovación.

Guzmán experimentó una terrible inquietud temiendo encontrarse frente a frente con la bella aventurera, justamente en el mismo momento

en que con tanta ansiedad esperaba a Luisa.

Inquieto y tembloroso como un criminal que desea no ser sorprendido, bajó la escalinata con todo el apresuramiento que le permitió la aglomeración de gente y fue a confundirse con los más compactos grupos que estaban en el lado opuesto del altar.

Transcurrió más de una hora sin que Guzmán hiciese otra cosa que surcar en todas direcciones aquella confusa masa, siempre tan atento a encontrar a Luisa, como a evitar el tropezarse con la bella Lambertina, a la cual oía aclamar algunas veces.

En uno de sus paseos dirigióse el joven al límite de la explanada por la parte de París y allí encontró a Luisa y a su acompañante, la vieja criada Antonia, que miraban con cierta admiración la inmensa muchedumbre y el empavesado Altar de la Patria.

Al ver las dos mujeres al español, hicieron un gesto de alegría, como si asustadas por aquella muchedumbre inquieta y bulliciosa, sintiesen la necesidad de un protector.

—¡Cuánto nos alegramos de encontraros, señor Seguin! —dijo Luisa —. Antonia y yo hace más de media hora que nos hallamos aquí sin atrevernos a dar un paso, pues aunque nos alegra ver esa muchedumbre tan bulliciosa, nos asusta mezclarnos entre ella. Ahora que os tenemos a vos, no sentimos ya miedo y me considero capaz de ir hasta allá: a eso que llaman el Altar de la Patria. Debe ser muy bonito visto de cerca.

Y la graciosa joven se apoyó en el brazo que le ofrecía Guzmán, colocándose a su lado la señora Antonia, que miraba a todas partes con cierta alarma, como si temiera ver de un momento a otro aullar furiosa y blandir sangrientos puñales a toda aquella multitud.

Luisa manifestaba deseos de ver de cerca el Altar de la Patria y subir a su plataforma. Había oído decir que allá en lo alto se firmaba por todos un documento dirigido a la Asamblea, y tenía deseos de presenciar este acto, figurándose en su inocencia, que estaba revestido de una imponente ceremonia.

A Guzmán le contrariaba aquel deseo de Luisa. No quería acercarse al Altar de la Patria por miedo a tropezarse con la bella Theroigne, de cuya vehemencia lo temía todo; pero no podía negarse a las súplicas de la graciosa joven, y hacia dicho punto tuvo que dirigirse, aunque temblando al pensar en las consecuencias.

Lo que él temía no tardó en suceder.

Al pie de la escalinata, encontróse con la bella Theroigne, que vestida de rojo y jugueteando con su látigo, hablaba con algunos hombres que parecían de los arrabales y que tenían el aspecto decidido y algo feroz, propio de los jefes de motín.

El vistoso uniforme de la hermosa, que atraía las miradas de todos, no tardó en llamar la atención de Luisa y de la vieja criada, que se detuvieron, a pesar de que Guzmán, haciéndose el distraído, pretendía seguir adelante.

—Mirad, señorita —dijo la vieja Antonia con expresión de mujer escandalizada—. Esa es la que llaman la Hermosa Liejesa, una mujer dejada de la mano de Dios, que toma parte en los motines y anda a sablazos con los soldados del rey.

Y las dos mujeres, con esa terquedad casi insolente propia de su sexo cuando encuentran algo que les llama la atención, permanecieron inmóviles mirando fijamente a Theroigne, que no tardó en darse cuenta de aquella curiosidad.

Clavó su mirada de reto en Luisa, que le resultó odiosa más por su belleza que por su importuna curiosidad, y al ver que a su lado dándola el brazo, estaba Guzmán, palideció intensamente, no pudiendo evitar un movimiento de ruda sorpresa.

La escena fue rápida y sólo se apercibieron de ella muy contadas personas.

Guzmán, fingiéndose distraído, afectaba mirar a otra parte; pero sentía la fijeza de aquellos ojos, que indignados, parecían lanzar fuego sobre él; y en cuanto a Luisa, sintió miedo al notar la expresión de despecho y de rabia que se marcó en el rostro de Theroigne.

Esto la hizo emprender la marcha inmediatamente, y los dos jóvenes se alejaron casi al mismo tiempo que Lambertina avanzaba un paso en actitud amenazante. Pero al verlos cómo se alejaban, se detuvo indecisa, hizo una mueca de desprecio y al fin volvió a reunirse con sus amigos afectando indiferencia, aunque varias veces volvió la cabeza para mirar las espaldas de aquella pareja gentil.

—¿Conocéis a esa mujer?—decía mientras tanto Luisa, fijando en su amigo una mirada interrogante—. Parece un ser muy estrambótico. Fijaba en vos sus ojos fulminantes, como si se indignase al veros, y al

mismo tiempo me miraba a mí de un modo que me causó miedo… ¿La conocéis?

—No —contestó Guzmán, que balbuceaba al mentir—. Sé que es una patriota exaltada a quien llaman la Hermosa Liejesa; pero jamás he hablado con ella ni tenida relación alguna. Sin duda nos miraba así, incomodada por la fijeza con que la contemplábamos. Es una mujer terrible y creo que debemos procurar no volver a tropezamos con ella. Si sabe que sois hija de un marqués y por tanto una aristócrata, es capaz de contestar a vuestras miradas con algún insulto.

A Guzmán le repugnaba expresarse de este modo. Cada una de sus palabras parecía quemarle la garganta y al mismo tiempo sentíase avergonzado por su ingratitud. Recordaba el ardiente cariño de la cortesana, aquella voluptuosa noche de amor, pasada en el lindo gabinete de la calle de Richelieu y le repugnaba ponerse a cubierto de las sospechas de Luisa pronunciando frases insultantes para aquella mujer desgraciada que tanto parecía amarle.

Pero estos remordimientos duraron muy poco. Tenía a su lado a Luisa, aquella mujer que constituía su pasión más pura y avasalladora, y con tal de evitar que esta tuviese conocimiento de sus relaciones con Theroigne, sentíase capaz de decir a sangre fría las más estupendas mentiras.

Pasearon más de una hora los dos jóvenes agarrados del brazo y seguidos siempre por la vieja Antonia, sin que Guzmán encontrase ocasión propicia para decir a la joven lo que desde mucho tiempo antes tenía como pendiente de su lengua.

Su timidez por una parte y por otra aquel enjambre de curiosos que con él se codeaban y podían oír sus palabras, impedíanle decir lo que deseaba, limitándose su conversación con Luisa a un dúo de vulgaridades, en el cual se mezclaba algunas veces la benévola vieja. El mal carácter de la baronesa; su terrible enfado si alguna vez llegaba a saber que su sobrina había acudido al Campo de Marte y la vida aislada y monótona que todos arrastraban en el aristocrático hotel, era el principal tema de la conversación de Luisa.

Pasaron por vigésima vez frente a la escalinata del Altar de la Patria y se detuvieron un instante para contemplar el obscuro y bullente arroyo de personas que asaltaba la plataforma para firmar la petición.

Todos, sin distinción de clases ni de edades, suscribían aquel documento popular. La costurera movía con sus torpes dedos la pluma, trazando un ininteligible garabato bajo la firma de algún escritor; el rudo obrero rogaba al más cercano que escribiera su nombre, rematándolo él con una tosca cruz, que era toda su sabiduría caligráfica; y había padres entusiastas, que levantando a sus pequeñuelos a la altura de su pecho, les hacían tomar la pluma, llevándoles la mano cuidadosamente para trazar una firma temblorosa y de infantil ingenuidad.

Guzmán oyó que le llamaban y al volver su cabeza vio a Fabré d'Englantine que estaba a algunos pasos, no queriendo acercarse por respeto a las dos mujeres que acompañaban al español. Éste acudió inmediatamente al llamamiento del poeta.

—El asunto marcha muy mal, amigo Guzmán. Acabo de recibir noticias y presiento algún crimen que va a ocurrir aquí dentro de poco. Si esas señoras que os acompañan os inspiran algún interés, creo que obraríais acertadamente aconsejándolas que se retirasen.

—¿Pero qué es lo que ocurre? No comprendo vuestra alarma.

—Los enemigos del pueblo aprovechan esta ocasión para vengarse de los justos ataques que los revolucionarios les hemos dirigido desde la prensa y la tribuna. Con tal de lograr su objeto, no reparan en medios y apelan a la calumnia más infame, a la mentira más descarada. Hace pocas horas, para excitar los ánimos de la guardia nacional contra nosotros, se decía que los dos miserables asesinados esta mañana aquí, eran guardias nacionales y que sólo por esto recibieron la muerte. A Lafayette le ha disparado un pistoletazo con pólvora sola, uno de sus agentes secretos, para hacer creer de este modo que los reunidos aquí preparan el asesinato de los principales personajes de Francia. El general ha perdonado a su supuesto asesino, poniéndolo en libertad, y esto ha hecho llorar de emoción a la guardia nacional, contribuyendo también a aumentar la rabia que los batallones de los barrios aristocráticos sienten contra nosotros. En la plaza del Hotel de Ville se ha izado la bandera roja, declarando en suspenso las garantías constitucionales, y hacia aquí viene la guardia nacional, formada en tres columnas, con los fusiles cargados y arrastrando un buen número de cañones.

—¡Pero eso es imposible! —exclamo Guzmán—. Bailly, el alcalde de París, ha dado permiso para esta reunión, poniéndola al amparo de la ley; y esta misma tarde han estado aquí representantes de la Municipalidad,

que se han marchado muy satisfechos al conocer el orden y el espíritu pacífico que domina en la muchedumbre.

—Será como decís, mas no por esto es menos cierto que dentro de un instante caerá la guardia nacional sobre nosotros con intenciones que indudablemente causarán a París un día de luto y deshonrarán a la fuerza cívica. Bailly va al frente de los batallones, llevando la bandera roja. Creedme; me dice el corazón que dentro de poco correrá aquí la sangre. Somos mucha gente, hay entre nosotros bastantes desconocidos y quién sabe si nos estamos codeando con secretos agentes de la Municipalidad que con una resistencia estúpida justificarán todas las demasías de la fuerza armada.

Guzmán iba a contestar; pero se detuvo al oír un redoble de tambores y ver agitarse la multitud que ocupaba los últimos límites de la explanada.

El poeta corrió en aquella dirección y Guzmán reunióse a las dos mujeres, que estaban alarmadas y temblorosas en vista de aquel ruido y de los movimientos de la multitud.

Hízose en el Campo de Marte un silencio que tenía algo de fúnebre, y se oyó entonces más claramente el redoble de los tambores, que sonaba en diferentes puntos a la vez, siendo repercutido por el eco.

Tres grandes columnas penetraron en la explanada, al mismo tiempo, por el Gros-Caillou, el barrio de la Escuela Militar y el puente de madera que cruzaba el Sena.

Aquellas fuerzas aparecieron en actitud hostil como si fuesen a combatir enemigos de la patria, empujando rudamente a cuantas personas encontraban al paso, sin reparar en edad ni sexo.

Escuadrones de caballería entraron al trote en la explanada levantando una espesa nube de polvo y atropellando a las masas, que compactas y en forzosa inmovilidad, no sabían adonde huir, y eran oprimidas brutalmente contra el Altar de la Patria.

La infantería avanzaba apretando a la gente con sus culatas y repartiendo golpes, al mismo tiempo que rodaban los cañones pisando a los que intentaban apartarse.

Aquella entrada de la fuerza pública representaba una bárbara irrupción. El Campo de Marte, que poco antes estaba ya casi lleno, recibía ahora algunos miles de hombres más, que para no perder su

formación, golpeaban brutalmente a diestro y siniestro y aplastaban cuanto se oponía a su paso.

La muchedumbre empujada por la parte del río, refluía al extremo contrario; pero allí se encontraba con las otras dos columnas que la oprimían del mismo modo, y al final, atolondrada, no sabía por dónde salir, encontrando por todas partes un compacto cordón de hombres y caballos; de bayonetas, sables y cañones.

La fuerza pública no llegaba allí para despejar la explanada; su entrada era un verdadero ojeo y el pueblo debatíase inquieto y alarmado entre aquel círculo de hierro, como una res cercada por los cazadores.

A pesar de estos procedimientos brutales que hacían esperar la hecatombe final, la muchedumbre conservaba una relativa tranquilidad.

Creíase al amparo de la ley, confiaba en el permiso que la Municipalidad le había dado para reunirse, y miraba con cierto asombro los preparativos bélicos.

Hasta en unas circunstancias tan poco tranquilizadoras, hizo de las suyas el buen humor parisién.

Al frente de una de las columnas, marchaba con grotesca marcialidad una compañía compuesta en su mayoría de peluqueros, que bajo sus fornituras militares mostraban el ridículo traje que distinguía a su oficio en aquella época.

El pueblo, que les odiaba por conocer sus aficiones reaccionarias los encontró de aspecto muy chusco y comenzó a silbarles abrumándolos con alegres chistes.

Pasaron algunos minutos después de aquella irrupción sin que nada viniese a turbar la calma de la multitud. El pueblo, no saliendo aún de su asombro, contemplaba con extrañeza aquellos millares de bayonetas, allí donde no se había turbado la paz y donde por lo mismo no era necesaria la presencia de la fuerza pública; y en la parte opuesta, la guardia nacional miraba con fijeza hostil a las masas que espíritus maquiavélicos habían descrito como bandas de asesinos, dignas de un pronto y general exterminio.

Los temores que había manifestado Fabré d'Englantine, no tardaron en cumplirse. Existían confundidos entre el pueblo algunos hombres, que por medio de imprudencias y de punibles audacias, procuraban justificar la ruda y traidora conducta que observaría en breve la fuerza pública.

En los glacis inmediatos al Campo de Marte, aparecieron algunos hombres desconocidos y de aspecto insolente, quienes comenzaron a vociferar contra la Municipalidad y la fuerza pública.

Eran hombres que ningún patriota conocía; unos con aspecto de rufianes de los que pasaban la vida en las cuevas de Paláis-Royal esperando quien pagase bien sus criminales brazos, y otros con el mismo tipo de aristócratas, torpemente disfrazados, que tenían siempre los vendedores de los periódicos realistas y los bullangueros que promovían escándalos en los clubs.

Guzmán, que dirigió su vista a los glacis atraídos por aquel vocerío, creyó conocer al conde de Beringel y a Dampierre entre aquellos alborotadores; pero era tanta la distancia, que no estaba seguro de su descubrimiento.

—¡Abajo las bayonetas! ¡Fuera la guardia nacional!

Y los individuos de la Municipalidad, con Bailly a la cabeza, en vez de dirigirse contra aquellos energúmenos que los insultaban, volvíanles las espaldas y se encaraban con el pueblo tranquilo, con la masa pacífica de hombres desarmados, de mujeres y niños, que permanecía silenciosa y absorta aglomerándose sobre el Altar de la Patria como un colosal racimo humano.

Los provocadores de los glacis, animábanse en vista de esta conducta, demostrando con sus insolencias la seguridad que tenían de ser respetados por la autoridad en combinación con la cual obraban.

—Esos miserables nos van a perder —decía Guzmán adivinando el papel que desempeñaban los desconocidos: y todos los patriotas que ocupaban el Altar fueron de su misma opinión.

Los provocadores vocearon durante algunos instantes con la esperanza de que el pueblo se uniría a ellos, pero al ver que este permanecía respetuoso con la autoridad, comenzaron a arrancar terrones de los glacis, arrojándoselos a las tropas y uno de ellos disparó un pistoletazo.

Ésta era la señal esperada por los que habían salido del Hotel de Ville con el propósito ya formado de fusilar al pueblo.

Primero los batallones hicieron una descarga al aire, pero la multitud que se apiñaba en derredor del Altar, permaneció inmóvil. No tenía por donde huir, todas las salidas de la explanada estaban ocupadas por los

batallones, y además, el pueblo, que nada había hecho contra la ley, creía imposible que fuesen a fusilarle al pie de un monumento que conmemoraba la fraternal alianza de todos los franceses amantes de la libertad.

—Quietos aquí —gritaron varias voces poco después de sonar la descarga—. Disparan al aire y además antes de atacar deben hacer las tres intimaciones que previene la ley.

La multitud permaneció inmóvil, sin que por esto conservase gran serenidad. Los débiles de espíritu temblaban; las mujeres estremecíanse nerviosamente, próximas a prorrumpir en lamentos; los niños gimoteaban; pero nadie se movía de su sitio, pues oprimida la muchedumbre, prensada y estrujada contra el Altar de la Patria, le era imposible romper el círculo de bayonetas, ni huir de aquella llanura, que pronto iba a ser campo de la muerte.

Guzmán, pálido y trémulo por la ira, adivinaba ya cuál iba a ser el resultado. Tenía interés en no separarse de Luisa, a la que conservaba a su lado; pero a pesar de esto, abandonó el brazo de la joven para introducirse las manos en los bolsillos de su casaca y acariciar nerviosamente las pistolas que llevaba allí ocultas.

Seguro ya de lo que iba a ocurrir, miró Guzmán arriba, a la plataforma del altar y vio las caras de algunos patriotas conocidos, con una expresión de consternación y de desaliento que le ratificó en su creencia de una próxima hecatombe.

Todavía quedaban entre ellos algunos que conservaban una frialdad impasible y sublime. El joven Santerre, siempre con sus puños remangados y su pecho abierto, sin que sus mejillas perdiesen el hermoso tinte sonrosado, ocupábase en firmar un pliego de la petición. Había dejado esta tarea para lo último, y ahora, en vista de la brutal interrupción de la fuerza pública, no quería que el documento popular fuese sin su firma, y lo suscribía tranquilamente, como olvidado de que a pocos pasos se estaban montando las llaves de algunos miles de fusiles.

El asesinato fue rápido, relampagueante, brutal y anonadador como un rayo.

Oyose la voz de ¡fuego!, en las filas, retumbó un espantoso trueno, y millares de invisibles moscas, produciendo un agudo zumbido, cruzaron el espacio, hundiéndose en aquella masa agitada por convulsiones de loca

desesperación.

Estalló una tempestad de alaridos y ayes, de gemidos y maldiciones, y cuando se disipó la nube de espeso y blanco humo, viose sangre por todas partes; inertes cuerpos en el suelo, mujeres caídas de espalda con los brazos abiertos, niños revolcándose con las convulsiones de la agonía en el sanguinolento barro, hombres mascullando maldiciones y apretándose con furia el agujereado vientre y grupos veloces y locos de terror, que corrían por la explanada sin saber por dónde salir, huyendo de unas bayonetas para tropezar con otras, y como si sintiesen siempre en sus orejas aquellos agudos silbidos que sembraban la muerte.

Aún no estaban contentos los disfrazados realistas y los amigos de la Asamblea. No bastaba aquella mortífera descarga; y la caballería se abalanzó al galope sobre los grupos que corrían por la explanada, acuchillándolos a ojos cerrados, sin fijarse en las cabezas sobre que caían sus sables.

Los artilleros, ansiosos de tomar parte en tan heroica jornada, apuntaron sus cañones para ametrallar a la indefensa y aterrada muchedumbre; pero Lafayette, que comenzaba a estar avergonzado de su hazaña, puso su caballo blanco ante la boca de las piezas, impidiendo así una descarga que hubiese completado el honor de la hecatombe.

Pero esta generosidad tardía, no evitaba el asesinato de que era objeto la multitud.

Los jinetes corrían enfurecidos tras los grupos, y tan ansioso era su deseo de exterminio, que arrojaban los sables a las piernas de los que huían, mientras que algunas compañías de infantería, con las bayonetas enrojecidas, asaltaban el Altar de la Patria pasando por encima de los cadáveres.

En aquel punto quedaban aún algunos grupos de hombres decididos, que no huían con loco terror y se defendían con estoques y pistolas.

La defensa fue breve. Tuvieron que escapar aquellos patriotas de acción que intentaban una resistencia imposible; pero allí fue donde cayeron los pocos nacionales muertos en la jornada.

Huían ya los vencidos defensores del Altar de la Patria, bajaban veloces la escalinata del monumento o se descolgaban desde las barandillas, cuando ocurrió una cosa sublime.

—¡La petición! ¡Que se pierde el original de la petición! —gritó una

voz.

Inmediatamente se detuvieron algunos de los que huían y comenzó una busca heroica. Bajo el fuego graneado de la infantería, evitando las bayonetas que les acosaban y delante de las bocas de los amenazantes cañones, aquellos patriotas esforzados, entre los que se distinguía Santerre, fueron recogiendo uno por uno todos los pliegos de la petición, documento que por el tiempo había de convertirse en un manuscrito vengador.

Volvieron a subir a la plataforma luchando unos con los guardias y cayendo heridos, mientras los otros buscaban por todos los rincones los pliegos pisoteados y manchados de sangre. Hubo quien se inclinó sobre un cadáver para arrancarle el papel que tenía en las manos y no se levantó más, pues un balazo le tendía al lado del muerto; pero inmediatamente se acercaba otro dispuesto al sacrificio, y así, a costa de la vida de unos cuantos, pudieron reunirse todos los cuadernillos de la petición, que Santerre y sus amigos guardaron en el pecho, huyendo inmediatamente lejos de aquel lugar de muerte.

Por fin se había abierto una salida para escapar de la fúnebre explanada. Los batallones formados a la entrada del barrio de la Escuela Militar, estaban compuestos de antiguos guardias franceses, soldados patriotas que se negaron a hacer fuego contra la multitud, y que al verla huir, abrieron voluntariamente sus filas para que escapase.

¿Qué había sido mientras tanto de Guzmán? A la primera descarga, las balas silbaron junto a su oído, y pálido y tembloroso volvió su cabeza creyendo encontrar a Luisa herida de muerte; pero al verla impávida, procurando contener su femenil terror y afectando gran serenidad, el español experimentó una momentánea alegría.

Huyó la gente enloquecida por el miedo; deshízose con instantánea rapidez aquella masa de carne humana que les oprimía; la vieja Antonia, a quien el terror había dejado como imbécil, fue arrastrada por la muchedumbre en su furiosa carrera, desapareciendo en el revoltijo de brazos temblorosos elevados al cielo y de piernas pataleantes que galopaban por la explanada buscando una salida, y los dos jóvenes quedaron al descubierto, frente a aquellos batallones que de lejos hacían un fuego graneado y temiendo recibir de un momento a otro la carga de ciertos jinetes que iban sueltos dando sablazos a cuantos encontraban al paso.

Guzmán y Luisa formaban un grupo aislado: ellos que momentos antes estaban oprimidos por la muchedumbre, no tenían ahora al frente y a sus espaldas grupo alguno que les pusiera a cubierto del enemigo.

El español, sin perder un instante su asombrosa serenidad, agarró el brazo de Luisa, que temblaba ligeramente, y comenzó a correr con dirección al barrio de la Escuela Militar, que es en donde se encontraba la salida.

A los pocos pasos, salióles al encuentro un jinete que galopaba de un lado a otro sin encontrar gente a quien acuchillar.

—¡Huid, Luisa!, ¡huid! —dijo el español empujando a la joven para que corriera, mientras él cubría la fuga con su cuerpo, y sacando una pistola del bolsillo, se preparaba a hacer frente al jinete.

La escena tuvo una rapidez instantánea.

Apuntó, hizo fuego, vio que el soldado elevando los brazos con ademán furioso se desplomaba sobre la grupa del caballo, mientras este asustado salía relinchando en dirección contraria; y el joven, con el ansia de ganar tiempo y evitar que acudiesen nuevos enemigos, apresuróse a reunirse con Luisa.

Al girar sobre sus talones, vio que la joven estaba a algunos pasos de él, tendida en el suelo, aunque sin apariencias de estar herida.

En la precipitación de la fuga, había pisado su falda sufriendo una caída, e intentaba levantarse con alguna dificultad.

Guzmán iba a reunirse a ella, cuando oyó que le llamaban con acento de desesperación.

—¡Félix! ¡Amigo mío! ¡Líbrame de estos infames!

A pocos pasos de Guzmán, y entre dos nacionales que la llevaban cogida de los brazos, pasaba una mujer vestida de rojo, con las faldas en desorden y forcejeando contra aquellas manos que la aprisionaban.

Era la bella Theroigne, que acababa de ser hecha prisionera y que los guardias conducían con dirección al Sena, donde estaba Bailly.

La Hermosa Liejesa lanzaba a su amante de una noche, esa mirada de confianza y dulce cariño propia de toda mujer cuando se ve próxima al hombre que ha de librarla de un peligro.

El primer impulso de Guzmán, fue acudir a su llamamiento y librarla de las garras de aquellos dos sicarios que la empujaban rudamente, diciéndola palabras tan crueles como obscenas y afirmando que iban a

fusilarla en presencia de toda la Municipalidad por escandalosa y descamisada.

No, al joven español no le causaban miedo aquellos dos hombres; se sentía capaz de hacerlos trizas para librar a la hermosa Lambertina; pero a pesar de esto no avanzó un paso, como si hubiese algo en su interior que encadenaba la voluntad.

Era una infamia, una ingratitud, no acudir en auxilio de aquella mujer, que le había distinguido a él pobre y humilde entre otros más célebres, que le había hecho el regalo de su divino cuerpo y que se había mostrado enamorada de un modo vehemente; pero Guzmán tenía a sus espaldas algo que le encadenaba, que le impedía andar, y era Luisa, caída en el suelo, rodeada de peligros y expuesta a ser atropellada por uno de aquellos veloces y sanguinarios jinetes.

El conflicto era decisivo. Donde se inclinase su voluntad, allí estaba su verdadero amor. Ahora comprendía que Luisa era la dueña absoluta de su alma, y que la pasión por Theroigne resultaba una embriaguez de los sentidos, de la cual sólo quedaban una fraternal amistad y un dulce agradecimiento.

—¡Guzmán!, ¡señor Guzmán! —gritó una vocecilla a sus espaldas—. Volveos por Dios. ¡Venid! ¡Huyamos!

Félix miró a Luisa que acababa de ponerse en pie, y entonces se dio cuenta de su situación.

El ligero retraso que le había hecho sufrir la presencia de Lambertina y la corta lucha sostenida en su interior, iba a serle fatal, pues un nuevo peligro le amenazaba.

El pistoletazo que asestó al jinete debía haber sido visto por los pelotones de infantería, que de lejos hacían fuego sobre la muchedumbre, y unos cuantos guardias nacionales salían de sus filas por la parte del Gros-Caillou, corriendo con la bayoneta calada para apresar a aquel audaz que osaba defenderse en presencia de toda la fuerza armada de París.

Luisa, al ver el grupo de soldados furiosos que se dirigía contra ella y Guzmán, había dado la voz de alarma, con la cual el joven español se apercibió de todo.

Rápidamente enlazó con su brazo la cintura de Luisa y reuniendo todas sus fuerzas emprendió una frenética carrera con dirección a la

Escuela Militar, que era donde estaba libre la salida, mientras que Theroigne era arrastrada por sus guardianes en dirección opuesta, volviendo varias veces la cabeza para mirar con expresión de inmensa amargura a los que huían.

No la mortificaba el que Guzmán la abandonase en tal peligro; lo que la producía inmenso pesar, era verse despreciada por el español, tan solícito en acudir en auxilio de otra mujer, de aquella joven desconocida a la que ella, con su libertad de juicios, tachaba de hipócrita y gazmoña.

Mientras tanto Guzmán, corría desesperadamente casi arrastrando a Luisa, a la que en ciertos momentos llevaba en alto sosteniéndola por la cintura con su robusto brazo.

El grupo de sus perseguidores, al ver que torcía con dirección a la Escuela Militar, cortábale el terreno y salía rápidamente a su paso.

El encuentro de los enfurecidos guardias con la pareja perseguida, verificose a pocos metros del lugar ocupado por aquellos batallones de antiguos guardias franceses, que ceñudos, malhumorados y con manifiesta vergüenza, contemplaban la espantosa carnicería.

Guzmán y Luisa viéronse envueltos por el grupo de sus furiosos perseguidores, y el joven recibió como primer saludo algunos culatazos, librándose con un salto atrás, de una bayoneta que iba a atravesarle el pecho.

—¡Ya te pillamos, descamisado! —rugían aquellos energúmenos—. Ahora pagarás el pistoletazo que has disparado a un compañero nuestro. Serás fusilado, y contigo esa ciudadana que te acompaña.

Luisa estaba próxima a desmayarse por el terror que le causaban aquellos rostros feroces y los fusiles apuntados a su pecho.

Guzmán hacía esfuerzos para mostrarse tranquilo. Morir al lado de Luisa le parecía un final hermoso, aunque amargo; pero al ver a su lado a aquella joven tan pura y tan bella, descolorida por el terror y titilantes los labios, aquellos hermosos labios de rosa que ahora tenían un tinte azulado, reprochábase el haberla permitido que viniese al Campo de Marte y se maldecía a sí mismo como si fuese el autor de tal desgracia.

Los nacionales los empujaban rudamente sin fijarse en la delicadeza de la joven, hablaban de fusilarlos inmediatamente, y mientras montaban las llaves de sus fusiles, los hacían andar delante hacia el centro de la explanada, pues para verificar su crimen querían alejarse de aquellos

batallones, cuya actitud ceñuda les imponía.

Guzmán estaba ya convencido de que había llegado su última hora. Iban a morir los dos; pero ya que la fatalidad se empeñaba en arrancarles la vida en lo más riente de su juventud, el español no quería bajar a la tumba cargado con el peso de un secreto.

Había cogido la mano de Luisa, que dominada por el terror marchaba como un autómata.

Por fin había llegado la ocasión tan codiciada por Guzmán. Estaban solos, aunque a las puertas de la muerte.

—Luisa —dijo junto a su oído—. Ha llegado el momento de decir toda la verdad… Yo te amo.

La joven se estremeció, levantando su rostro, en el que habían vuelto a aparecer las rosadas tintas desvanecidas por el terror. Fijó en Guzmán una mirada intensa que le hizo estremecerse e inclinó su cabeza diciendo con sencillez:

—Yo también os amo, señor Guzmán… Te amo.

Y la joven, como enloquecida por este tuteo que le arrancaba la pasión, oprimió la mano de Guzmán con fuerza convulsiva, como si en aquel momento el alma se escapase de su cuerpo.

¡Ya podían matarlos! Guzmán experimentaba una alegría fúnebre. Veía aquella ensangrentada explanada como un lugar de delicias, tan sólo porque había servido de escenario a su primera declaración de amor, y pensaba con fruición en la dicha de morir juntos, abrazados, confundiendo sus sangres y durmiendo después el sueño eterno en el fondo del mismo agujero, hasta que la última dentellada de una serie de roedores siglos viniese a mezclar sus huesos hechos polvo.

Aún no habían andado un centenar de pasos, cuando sonó a sus espaldas el trote corto de un caballo y una voz enérgica y vibrante que gritaba:

—¡Alto!

Guzmán reconoció inmediatamente la voz del capitán Vadier, y al volverse le vio sereno y magnífico sobre un gran caballo, con vistoso uniforme, y llevando en la cintura la faja tricolor.

El capitán cuidábase de no mirar al español ni a su compañera, afectando indiferencia por ellos y dirigiéndose únicamente a los nacionales como un superior amante de la disciplina.

—¿Adónde lleváis esos prisioneros?

—Mi capitán —dijo el más exaltado de aquellos energúmenos—. Son dos terribles descamisados que vamos a fusilar. Hay que limpiar París de esta mala plaga. El hombre ha herido de un pistoletazo a uno de los nuestros, y ella debe ser una cualquier cosa, puesto que se mezcla en estas reuniones de la canalla.

—Está muy bien —dijo Vadier con expresión de autoridad—; pero vais a dejar aquí los prisioneros y a marcharos inmediatamente. Únicamente las autoridades constituidas pueden fusilar; vosotros no sois nadie. ¡Ea, largo de aquí!

Aquellos nacionales, por la matanza y como si la sangre que habían derramado se les hubiera subido a la cabeza produciéndoles una borrachera cruel, mostrábanse desdeñosos con la disciplina, y contestaron a las órdenes de su superior con amenazantes murmullos.

—Mirad, pequeños míos —dijo Vadier con una expresión de amarga ironía que daba miedo—; procederéis cuerdamente si os retiráis enseguida. Esos batallones que están a mi espalda, se componen de antiguos y valerosos soldados que tomaron la Bastilla, y no de burguesillos feroces como vosotros, que os envalentonáis cuando hacéis fuego sobre una masa indefensa. Mis compañeros, que nunca han fusilado mujeres, están indignados y llenos de vergüenza al ver vuestra conducta; así es, que bastará el menor gesto mío para que se echen los fusiles a la cara y os asen vivos. Creedme, leoncitos; retiraos a vuestras filas. Ya habéis hecho hoy bastantes hazañas, y no necesitáis aumentarlas con el fusilamiento de una mujer y de un hombre, que de seguro es más valiente que vosotros.

Los nacionales, estupefactos por la ironía amenazadora del capitán, miraron su sable desnudo que agitaba nerviosamente como próximo a caer sobre ellos a cuchilladas; pasearon después su vista por aquella larga fila de soldados apoyados en sus fusiles, que les miraban con expresión poco tranquilizadora, y después de este rápido examen, decidiéronse a echarse las armas al hombro, alejándose pausadamente.

—Ahora, vosotros seguidme —dijo el capitán Vadier a los prisioneros, con la misma rudeza que si jamás los hubiese visto.

El capitán volvió su caballo con dirección a la Escuela Militar, y la linda pareja le siguió, marchando Guzmán casi apoyado en una de las

charoladas botas de Vadier. Al llegar a los batallones abriéronse las filas inmediatamente, pasando por entre los respetuosos soldados, que miraban con franca simpatía el noble aspecto de Guzmán y la belleza sencilla y dulce de Luisa.

Por fin estaban fuera del Campo de Marte, verdadero infierno en el que se había desarrollado lo más repugnante de las traiciones en provecho de la reacción.

Entraron en una calle que estaba desierta, silenciosa y con todas las casas cerradas, como ocurre siempre en los puntos inmediatos al lugar donde se ha hecho fuego y ha corrido la sangre.

Vadier detuvo su caballo y por primera vez sonrió desapareciendo la expresión ruda y ceñuda que tenía su rostro cuando estaba en el ejercicio de sus funciones militares.

—Ya estáis en salvo.

—Gracias, amigo Vadier —dijo Guzmán enternecido y estrechando con efusión la mano que le tendía el capitán—. Dos veces me has salvado la vida: ¿cuándo podré yo hacer otro tanto por ti?

—Menos palabras, amigo Félix. Esta señorita debe estar conmovida por tan terrible aventura, necesitará ir pronto a su casa y además, no conviene que permanezcáis mucho tiempo en las inmediaciones del Campo de Marte. Creedme, hoy anda el diablo suelto, como dicen las viejas, y por eso cometemos todos tantas locuras. Van por ahí muchos realistas que voluntariamente sirven de delatores y no os deben ver, pues conviene que todo lo ocurrido quede entre nosotros. ¡Buenas tardes! A vuestros pies, señorita.

Y Vadier, saludando gallardamente con el sable, picó espuelas al caballo y salió al galope con dirección al Campo de Marte.

El sol había desaparecido ya, comenzaba uno de esos lentos y luminosos crepúsculos del verano, y las calles solitarias, repitiendo con eco agigantado los pasos de los pocos transeúntes, tenían el aspecto de interminables claustros de un inmenso convento.

Las manos de los dos jóvenes no se habían desenlazado, antes bien se estrechaban con mayor fuerza, comunicándose el extraño fuego, el estremecimiento de la pasión.

Guzmán y Luisa perdiéronse en aquel dédalo de calles, sin ver por dónde iban, fija la mirada de cada uno en los ojos del otro, respirando

con delicia el ambiente y hablando poco, pues todo cuanto sentían, encontraban medios para decírselo con la vista.

¡Extraños misterios del amor! Guzmán olvidaba la matanza, los centenares de seres tendidos a aquellas horas en el Campo de Marte, la traidora victoria de la reacción y pensaba que aquella tarde era la más feliz de su vida.

Por fin era amado de Luisa y había salido de la ambigua condición de amigo fraternal y protector generoso.

Mientras avanzaba la noche y ellos paseaban su amor sin rumbo fijo por las desiertas calles, los batallones del Campo de Marte, terminada la matanza, retirábanse con dirección a la plaza del Hotel de Ville.

Bailly y Lafayette marcháronse a pie rodeados de algunos nacionales que iban dando mueras a los jacobinos, lo que no impedía que el alcalde de París y el comandante en jefe de la fuerza ciudadana anduviesen con la cabeza baja, como avergonzados de su sangriento triunfo.

Al pasar por una calle estrecha, la voz de la venganza llegó a sus oídos.

—Nos habéis acuchillado; pero la petición subsiste. Los pliegos que firmó el pueblo, quedan guardados en un sitio inaccesible a todas las bayonetas. ¡Algún día saldrán!

Los esbirros que rodeaban a los dos personajes, lanzáronse en persecución del hombre que así había hablado, dispuestos a darle muerte; pero la obscuridad aumentaba, la confusión de gentes era grande y aquel desconocido que profetizaba la venganza no pudo ser encontrado.

Algunos que le vieron durante un instante, afirmaban que tenía el mismo aspecto de Santerre, el popular cervecero del barrio de San Antonio.

XXVI.- LA FUGA

Fue una verdadera fortuna para Luisa y Guzmán el encuentro que tuvieron en una calle solitaria, cuyo nombre ignoraban.

Había ya cerrado la noche, y el ruido de sus pasos sobre el sonoro empedrado, hizo salir del quicio de una puerta una sombra que vaciló unos instantes y que después permaneció inmóvil, esperando que se acercaran los dos jóvenes, aunque con actitud de alarma y como dispuesta a huir al menor movimiento de hostilidad.

La vista penetrante de Guzmán reconoció en aquella sombra a una mujer, y cuando la pareja estuvo a pocos pasos de ella, Luisa lanzó una ligera exclamación de sorpresa.

—¡Antonia! ¿Sois vos?

—¡Señorita! —gritó la sombra, acompañando esta exclamación con un alarido de alegría.

Y un instante después, la sencilla vieja y Luisa, abrazábanse estrechamente.

Antonia declaraba entre suspiros y lágrimas que había tenido mucho miedo, y con voz entrecortada, iba haciendo el relato de todas sus terribles aventuras en aquella tarde.

Al silbar las primeras balas, el miedo la había enloquecido, la muchedumbre la había arrastrado en su furioso galope, y pisando los cuerpos de los que caían, hundiendo los zapatos en los charcos de sangre y oyendo el agudo zumbido de aquellas moscas invisibles que sembraban la muerte, había ido a parar al otro extremo de la explanada, sin fijarse en los que eran derribados a su lado, ni percibir, más que con la vaguedad de una visión, a los feroces jinetes que acuchillaban los grupos sueltos.

Ella no se daba cuenta exacta de cómo había salido de tan espantosa carnicería, sin otros deterioros que algunos rasguños en sus faldas.

Recordaba, así como si lo hubiera soñado, que guiada por el mismo instinto de aquella muchedumbre de que ella formaba parte, había corrido hacia unos batallones que permanecían sobre las armas sin hacer fuego; estaba segura, pues de esto sí que se acordaba bien, de que los soldados habían abierto sus filas para dejar pasar a los fugitivos; y Antonia, al verse fuera de aquella explanada y que se desvanecía rápidamente el grupo de que ella formaba parte, vagó como una imbécil por las desiertas calles, sin darse exacta cuenta de lo que hacía.

El terror la dominaba aún, dificultando su pensamiento; parecíale a la pobre vieja que todavía zumbaban las balas en su oído, temía ser perseguida, y por esto al menor rumor de pasos escondíase presurosa en el quicio de una puerta.

Cuando llegó la noche y la obscuridad invadió las calles, fue cuando Antonia se dio cuenta de su situación.

¡Dios mío! ¡Cómo volver a casa de la baronesa, sola y sin poder decir dónde estaba Luisa! ¡Qué habría sido de la joven y de su acompañante! La pobre vieja se imaginaba ver a Luisa tendida en el Campo de Marte sobre un charco de su propia sangre, y anonadada por tal desgracia, detenía sus vacilantes pasos, apoyaba la cabeza en aquellas paredes que iban rozando, y lloraba sin tregua, pues el llanto era el único consuelo que encontraba en tan difícil situación.

Ella estaba decidida a todo; a todo, menos a presentarse en el hotel de la baronesa sin la señorita Luisa y sin poder decir dónde se hallaba esta. Perdería su colocación, no volvería más a aquella casa donde había pasado toda su vida, pediría limosna, y si reventaba de hambre como un perro en medio de la calle, bien empleado le estaría por haber accedido a ir con su señorita a una reunión que todos presagiaban que terminaría con sangre.

La vieja estaba en un estado de desesperación sin límites, y por esto cuando se encontró casualmente con Luisa y Guzmán, su alegría fue tan ruidosa, que la hacía semejante a una niña sin seso.

Pronto terminaron las exclamaciones, los besos y los abrazos. Apenas Antonia vio en salvo su responsabilidad, pensó en el deber, y dijo que era preciso ir cuanto antes a casa, pues la baronesa estaría muy intranquila.

Ya inventaría ella por el camino una mentira que satisficiese a la señora.

Cuando Antonia, que era la única de los tres que conocía París, se orientó después de algunas vacilaciones en aquel dédalo de obscuras calles, vio con sorpresa, que tanto ella como los dos jóvenes, andando a la ventura, se habían alejado muy poco del Campo de Marte.

Emprendieron la marcha con dirección al barrio de San Germán, y conforme iban dejando a sus espaldas, cada vez más lejos, la fúnebre explanada donde había tenido lugar tan horrible hecatombe, veían las calles más transitadas y encontraban encendidos los reverberos.

Allá, en el Campo de Marte, había dejado la traición, villanamente asesinada, la inocencia de París, y los barrios inmediatos a la explanada, asombrados todavía por la brutal agresión, permanecían silenciosos y en tinieblas, como mudas plañideras, que envueltas en negras gasas velasen el gigantesco cadáver del pueblo.

Guzmán acompañó a las dos mujeres hasta muy cerca del hotel de la baronesa. La vieja despidióse de él con lágrimas, diciendo que nunca olvidaría lo mucho que había hecho por su señorita, y Luisa le dirigió un trémulo ¡adiós!, acompañándolo con un apretón de manos que conmovió al joven.

Los dos amantes quedaron convenidos para verse al día siguiente. La misa de San Germán de los Prados les serviría de punto de cita.

Cuando Guzmán quedó solo, no supo qué hacer.

Vagó sin rumbo fijo durante una hora por las calles de la izquierda del Sena, y después, por la fuerza de costumbre, pasó los puentes dirigiéndose a Paláis-Royal.

Apenas dio una vuelta por las iluminadas galerías, el joven sintiose arrepentido de su excursión.

No se veía allí un solo patriota; gran número de guardias nacionales de los batallones más reaccionarios, conversaban alegremente y a gritos con atildados petimetres realistas, y las gentes pacíficas que por allí pasaban, iban deprisa y con aire azorado, como sucede siempre a raíz de un trastorno político, cuando después del triunfo y embravecidos los más cobardes, llega la hora de las personales venganzas y de los infames atropellos.

Toda aquella gente, entusiasmada por la victoria de la reacción, hablaba con voz tan alta, que Guzmán, pasando entre los grupos, se enteró de todo lo ocurrido después de la matanza en el Campo de Marte.

Los batallones, al retirarse por la calle de San Honorato, se habían detenido frente al club de los Jacobinos lanzando gritos de muerte y queriendo incendiar el edificio; Robespierre había estado próximo a ser maltratado, teniendo que refugiarse en el domicilio del carpintero Duplay, casa en la que entró por unas cuantas horas para no abandonarla hasta el día de su muerte, y nacionales y realistas lamentaban con verdadera pena el no haber encontrado a Danton, A Desmoulins o algún otro de aquellos famosos periodistas revolucionarios, pues se hubiesen dado el gustazo de cortarles las orejas y de cometer una serie de lindas atrocidades.

Guzmán, en quien las aventuras del día no habían acallado las necesidades del estómago, recordando que desde por la mañana no había comido, entró en un modesto restaurant, que a aquellas horas estaba desierto.

El reloj del palacio de los Orleáns, señalaba las diez cuando él se dirigió a su domicilio. Había poca gente en las calles; pero en cambio eran muchas las patrullas que miraban con insolente fijeza a los transeúntes, arrestando por puro capricho a cuantos les parecía bien.

En el puente del Chatelet tropezó con un hombre que le detuvo amistosamente y al que tardó mucho en reconocer.

Era el poeta Fabré, que iba vestido como un petimetre para evitar sospechas.

—Querido —dijo al español—. Hacéis mal en ir por las calles a estas horas. El matrimonio Robert y los principales peticionarios están ocultos, pues la municipalidad tiene empeño en coger a todas las personas algo conocidas que estaban esta tarde en el Campo de Marte. Ya veis cómo he tenido que vestirme yo, para evitar el ser conocido y que me arresten. Me repugnan estos trapos, verdadero uniforme de la juventud imbécil; pero el instinto de conservación puede mucho. ¿Adónde vais ahora?

—A mi casa, si es que antes de llegar a ella no me prende una de esas patrullas.

—Haríais mejor en ocultaros en otro sitio. Es muy posible que esta noche os busquen en vuestro domicilio. Creo que figuráis en la lista de sospechosos. He oído al paso la conversación de una patrulla, que muy bien pudiera referirse a vos. Hablaban de un español que hirió esta tarde a un dragón de un pistoletazo.

Guzmán no contestó, y el poeta siguió diciendo en voz más baja:

—¿Habéis visto qué conducta la de Danton y Camilo? De seguro que mientras nosotros estábamos aguantando las balas en el Campo de Marte, ellos, en compañía de Freron, se encontraban en Fontenay sentados a la mesa, bebiendo alegremente bajo el emparrado de la casa que allí tiene el suegro de Danton. Yo sé bien que Jorge desconoce el miedo y que hoy hubiese estado a nuestro lado; pero tiene el defecto de ser muy impresionable, de hacer caso de ciertos amigos, y esto es lo que le pierde y muchas veces lo pone en evidencia. En fin, lo ocurrido me servirá de lección. Buenas noches, amigo. No conviene que estemos mucho tiempo juntos, y además, creedme; ocultaos, pues presiento que os buscan tanto o más que a mí.

Guzmán se separó del poeta sin impresionarse gran cosa por aquellos anuncios de arresto.

Tenía esa confianza audaz de los hombres valerosos, y además creía imposible que las autoridades supieran el nombre del que en medio del Campo de Marte y entre la confusión de la matanza, había hecho fuego contra un dragón. No había en aquel lugar de muerte persona alguna, a excepción de Vadier, que conociera su nombre, y por tanto era imposible una delación.

El español anduvo por las tortuosas callejuelas del barrio Latino, y al ir a entrar en la calle de los Fosos de San Jacobo, surgió de la sombra de una puerta cochera, una mujer que avanzó rectamente hacia él.

Guzmán, creyendo que era una de esas aventureras del amor que a tales horas pululaban por el barrio, intentó apartarse con marcada repugnancia; pero se sintió cogido por un brazo y empujado rudamente hacia atrás.

—No sigas adelante. Te espera el peligro —dijo una voz conocida, que estremeció a Guzmán.

A la escasa y humosa luz de un reverbero que colgaba de la inmediata esquina, el joven reconoció a Theroigne, que se había despojado de su roja amazona y todos sus elegantes adornos, presentándose vestida como una mujer del pueblo; con falda blanca listada de encarnado, negro jubón, sencilla pañoleta y una rizada y blanca gorrita, bajo la cual se desbordaban los gruesos bucles de negros cabellos.

—¡Lambertina! ¿Tú aquí? —exclamó con asombro el joven.

—Sí; yo soy —contestó con amargura la hermosa—. Al fin, me reconoces. Creía, después de tu conducta en esta tarde, que no me conocerías, aunque me presentase con mi aspecto habitual. Félix, eres un ingrato digno de que te olviden y te abandonen en los peligros.

Guzmán callaba avergonzado, pues comprendía el derecho que tenía la joven para hablarle así. Ahora que estaba en presencia de Theroigne, sonrojábase al recordar su conducta en el Campo de Marte y se censuraba el no haber acudido en socorro de aquella mujer que tantas pruebas de abnegación y de amor le había dado.

Lambertina, que parecía adivinar lo que ocurría en el interior del joven, sonrióse diciendo con voz cariñosa:

—Veo que no eres tan malo como yo creía hace un instante. Al menos, tienes conciencia y te arrepientes de tus faltas… Pero sígueme, Félix; huyamos pronto de aquí. Va tu suerte en ello. Estamos próximos a tu casa y en ella te espera una patrulla para prenderte. Saben en la Municipalidad quién eres y lo que esta tarde has hecho, y te conviene por lo tanto salir cuanto antes de París. Sígueme.

Y diciendo esto, Lambertina enlazó su brazo con el de Guzmán, que estaba absorto, sin salir del asombro que le había producido encontrarse con la Hermosa Liejesa y saber que le buscaban para prenderle.

Los dos jóvenes, cogidos del brazo, anduvieron silenciosos durante algunos minutos por las calles del barrio Latino, no deteniéndose hasta llegar al Sena, en cuyo pretil se apoyaron, recibiendo en el rostro el húmedo vaho que exhalaban las aguas del río.

—Aquí estamos más seguros —dijo Lambertina—. Pasan patrullas por estas inmediaciones; pero estando conmigo es difícil que te prendan. Un hombre que acompaña a una mujer a estas horas, no puede parecer sospechoso. Pasa por un enamorado y nada más. ¡Resulta chusco que te tomen a ti por un enamorado de mi persona! Nada tan lejos de la verdad. ¿No es esto, Guzmán?

El joven acogía con manifiesta confusión estas palabras de Theroigne. Fue a hablar para justificarse; pero ella le atajó diciéndole con expresión sonriente:

—Es inútil que intentes justificarte. Conozco mucho a los hombres y sé el caso que debe hacerse de sus palabras en ocasiones como esta. Dejémonos de amores. He venido aquí para salvarte y nada más. No sé

qué diablos tienes, no sé qué poder misterioso hay en ti, que me es imposible odiarte, ni menos aún tratarte con ese desprecio que yo manifiesto siempre a los hombres. Puedes estar satisfecho del imperio que tienes sobre mi persona; puedes proclamar a la faz de todo París que la bella Theroigne te es fiel como una perra y contesta a tus golpes lamiéndote los pies. Me has desconocido esta tarde; viéndome en una situación difícil, te has negado a auxiliarme para socorrer a tu damisela, esa rubita sosa de la que no quiero hablar; y sin embargo, aquí me tienes como una esclava fiel, atropellando mi orgullo, olvidando mi dignidad de mujer ofendida, tan sólo porque sé que te hallas en peligro y porque deseo salvarte. ¿Qué dices tú a todo esto, ingrato?

Y envolvió a Guzmán en una luminosa mirada como si estuviera orgullosa de su conducta y comprendiera que con esta adquiría una gran superioridad moral sobre su antiguo amante.

Guzmán, conmovido por la generosidad de aquella mujer, que olvidaba todas sus ofensas cuando le veía en peligro, cogió una de sus manos e intentó besarla; pero al instante se detuvo, viendo en el rostro de la hermosa un gesto de enfado.

—¡Eh! ¡Cuidadito, señor Guzmán! Aunque me degrade ante sus ojos olvidando mi dignidad, no he descendido todavía hasta el punto de contentarme con las sobras de otra mujer. Guarda tus besos para la rubita. Entre nosotros ha concluido todo. Sólo he venido a buscarte para que conocieras el peligro y facilitar tu fuga. Cuando estés en salvo olvídame, pues yo nunca más me acordaré de ti.

Pero el rostro de Lambertina al hablar así, desmentía tales palabras.

Sus ojos miraban con demasiada pasión a Guzmán y la benévola sonrisa que vagaba por sus labios, daba a entender que más bien estaba inclinada al perdón que a aquel encono intransigente que quería mostrar.

Transcurrieron algunos minutos en el más absoluto silencio, Theroigne parecía pensativa, y el fruncimiento de sus cejas, demostraba lo penosas que eran sus ideas. Después murmuró con desaliento:

—¡Verme despreciada!, ¡verme desconocida por un hombre al que amo tanto! Al fin esto había de suceder. Yo que me complazco en tratar a los hombres como autómatas, sometiéndolos a todos mis caprichos, había de encontrar uno que me hiciese sentir la crueldad de su desdén. Félix, puedes estar satisfecho de tu conducta. Tú eres el vengador de todos los

de tu sexo: tú con tus desdenes me haces sufrir las mismas penas que yo he hecho experimentar a mis antiguos amantes. Eres mi castigo, y por esto aún te amo más. Tu ingratitud me hace experimentar ese placer amargo e inmenso que muchas veces nos proporciona el dolor.

Volvió a quedar silenciosa la joven; pero de repente sacudió su cabeza como si un sueño entorpecedor la dominara y quisiera desprenderse de él.

—¿Pero qué hacemos aquí? —dijo con extrañeza—. Estamos perdiendo un tiempo precioso, y además no podemos permanecer en este sitio mucho tiempo sin inspirar sospechas. Vamos a mi casa y allí hablaremos de tu viaje.

Apartáronse del río, y Guzmán, conducido siempre por Lambertina, que le trataba con creciente superioridad, emprendió su marcha hacia la calle de Richelieu.

Por el camino fue relatando la joven todo cuanto le había ocurrido desde que fue cogida prisionera en el Campo de Marte.

Aquellos dos indecentes nacionales, que la trataban con tanta rudeza como si fuese una perdida recogida borracha en el arroyo, la condujeron a presencia de Lafayette, que en compañía de Bailly y otros individuos de la Municipalidad, presenciaba la matanza.

A todos los conocía Theroigne. Algunos de ellos habían cenado en su casa cuando ella era la amiga de Mirabeau, y en cuanto al general, tratábalo con bastante confianza, pues había sido gran admiradora de él en la época que marchaba francamente al lado de la revolución.

Todos aquellos señores, al verla desgreñada, con los vestidos rotos y conducida prisionera, desarrugaron su ceño de asesinos y prorrumpieron en una carcajada, declarando que el caso era chistoso.

A los guardias los riñó Lafayette por haberla tratado con tal falta de consideración; pero después de esto ¡ira de Dios!, todos aquellos señores la habían tratado como a una loca, sermoneándola cual si fuese una niña y aconsejándola que en adelante no se mezclase en motines, que podían traerle fatales consecuencias.

Ella quedó en aquel sitio como prisionera y allí estuvo hasta el anochecer, hora en que se retiraron los directores de la matanza.

Iba ya a salir aquel estado mayor del Campo de Marte, cuando Theroigne se fijó en dos hombres vestidos con el traje de los arrabales y

que hablaban con Lafayette y Bailly.

El rostro de uno de los dos; le llamó inmediatamente la atención. Ella le reconoció a pesar de su disfraz. Era un petimetre al que odiaba, uno de aquellos jóvenes aristócratas que se complacían en lanzar calumnias contra ella, al ver que despreciaba sus amorosas solicitudes. Llamábase el conde de Beringel y su afeminado y maligno rostro de finos y agudos perfiles, que recordaba el de un Borgia traidor, saltó inmediatamente a la vista de Theroigne.

Ella no pudo explicarse la verdadera causa de sus sospechas; pero su instinto de mujer sublevóse y sintió gran inquietud al ver un hombre de tales antecedentes hablando con Lafayette.

Cerca de ella estaba un joven oficial, un buen muchacho que sonreía a Lambertina, muy satisfecho de tener una ocasión que le permitía rozarse con una mujer tan en moda.

Ella le preguntó por qué estaban allí aquellos dos hombres disfrazados, y entonces el oficial hizo revelaciones que la produjeron inmensa indignación.

Tanto el joven conde de Beringel, como el marqués de Dampierre, que era el mocetón que le acompañaba disfrazado de cargador, habían estado durante todo el día confundidos con las masas populares, procurando deshonrar a los patriotas con excitaciones a la rebelión y al exterminio. Capitaneaban un grupo de nobles disfrazados, lacayos y espadachines, todos vestidos con el traje de los arrabales, y a su banda pertenecían los dos hombres encontrados por la mañana bajo el Altar de la Patria y que ellos fueron los primeros en herir de muerte para evitar de este modo que hiciesen revelaciones.

Por la tarde habían circulado entre la multitud, haciendo propaganda para que el pueblo, con su actitud enérgica, justificase la bárbara agresión que ellos ya esperaban, y al presentarse las tropas en el Campo de Marte, cumplieron lo prometido a los individuos de la Municipalidad en secretos conciliábulos, arrojando pedradas sobre los batallones, que acatando las órdenes de sus jefes, en vez de hacer fuego contra aquellos insolentes, apuntaron sus fusiles al indefenso pueblo.

—Ahora —había dicho el oficial a Lambertina— esos miserables, terminada ya la matanza, no tienen rubor en ejercer de espías, y si hablan con el general, seguramente será para delatar a cuantos infelices se hayan

salvado. Me avergüenza el que la guardia nacional tenga tales auxiliares.

Lambertina se había alarmado más aún, al saber que aquellos hombres estaban haciendo delaciones a Lafayette y Bailly, y con su astucia femenil, afectando distracción, la hermosa aproximóse al grupo que formaban los individuos de la Municipalidad y los dos realistas.

Detúvose algunos instantes a espaldas de Beringel y de Dampierre, siendo tanta su suerte, que pudo oír a este último cómo daba las señas de Guzmán y su domicilio, acusándole de haber herido de un pistoletazo a un nacional de caballería; hecho que él había presenciado desde los glacis y que ahora ponía en conocimiento de la autoridad para que no quedase sin castigo el terrible descamisado.

Un comisario de la Municipalidad apuntó el nombre y las señas de Guzmán, con la nota al margen de muy peligroso, en la misma lista donde aparecían inscritos todos los patriotas que debían ser arrestados en aquella misma noche.

Desde que hizo tal descubrimiento, Lambertina sintiose devorada por la impaciencia y quiso salir de la explanada cuanto antes para ir en auxilio del hombre a quien amaba. Los desdenes sufridos aquella misma tarde, quedaron olvidados y la joven sintiose invadida por un cariño inmenso al ver que Guzmán estaba en peligro.

Cuando las autoridades se retiraron del Campo de Marte, Bailly hizo entrar a la joven en un carruaje de alquiler, y en compañía de dos nacionales respetuosos y de bastante edad, la envió a casa, encargándole con aire amenazador, que no saliese hasta el día siguiente si es que no quería dormir en la cárcel de mujeres.

Apenas se vio en su casa y hubo despedido a los dos guardias, cambió el traje de amazona por un vestido de mujer del pueblo, escribió una carta a un demagogo de los arrabales y corrió inmediatamente al Barrio Latino para salvar a Guzmán si aún era tiempo.

Había ya cerrado la noche y Theroigne no se tranquilizó hasta que entrando en la calle de los Fosos de San Jacobo, vio a la portera del hotel de Guzmán, inmóvil en su cuchitril y con un descuido que daba a entender que allí no había ocurrido nada todavía. Desde la puerta, y recatándose en la sombra, preguntó a la señora Santos si estaba arriba el señor español, y cuando le contestó negativamente, exhaló un suspiro de satisfacción.

Le esperaría al extremo de la calle para avisarle el peligro; y allí permaneció Lambertina más de cuatro horas sufriendo toda clase de incomodidades, que sobrellevaba con resignación, contenta de poder salvar a su ídolo. Paseábase por las estrechas aceras, huyendo de la luz de los reverberos, como ajada y degradada ramera en acecho de transeúntes para ofrecerles mustios encantos; tomábanla algunos por mujer de las de peor especie, prodigándola insultos y palabras groseras; intentaban otros al paso, caricias brutales, de las que ella se libraba a manotadas; y viril, engrandecida por la buena acción que la obligaba a estarse allí, orgullosa de salvar al hombre amado, permanecía inmóvil, alejándose sólo algunos pasos u ocultándose en el quicio de una puerta profunda, cuando veía acercarse algún borracho con vacilantes pasos.

Vio pasar la patrulla, al frente de la cual iba un comisario de la Municipalidad, y reconoció a Dampierre en un hombre que marchaba por la acera opuesta, procurando recatarse, aunque siempre próximo al comisario para aconsejarle en caso de duda sobre la identidad de Guzmán.

Ella vio cómo todos aquellos hombres se introdujeron en el hotel, sin duda para permanecer ocultos en emboscada, cayendo sobre Guzmán en el momento que entrase, y después de una hora más de cruel espera, vio llegar por fin al español, y experimentó un goce sin límites al poder alejarle del peligro.

Esta alegría que le causaba su buena acción, fue lo que le impidió mostrarse ofendida, ceñuda y cruel, tal como era su propósito al recordar los desdenes sufridos en aquella tarde.

Cuando Theroigne aseguraba que era una esclava de Guzmán, decía la verdad, pues en presencia de este le era imposible mostrar su enfado por mucho tiempo, y bastaba una sonrisa del joven, para que al momento se sintiera desarmada.

—Ahora te conduzco a mi casa para hacer tiempo —dijo Lambertina cuando terminó la relación de todo lo que le había ocurrido—; a las doce en punto, te esperará fuera de la puerta Maillot, un patriota de confianza con un magnífico caballo para tu fuga. En los pocos instantes que he permanecido en casa al anochecer, he escrito a un hombre de mi confianza, dándole instrucciones que de seguro serán cumplidas.

Y como la pareja entrara en aquel momento en la calle de Richelieu, callaron los dos para continuar su conversación arriba en el hermoso

gabinete de Theroigne.

En la entrevista, que duró unas dos horas, apreció Guzmán hasta dónde llegaba el cariño de aquella mujer apasionada, capaz de los mayores sacrificios en favor del hombre amado.

Sostuvo ella una empeñada lucha con el joven para hacerle aceptar cincuenta luises, explicándole lo difícil que iba a ser su situación en Inglaterra, donde encontraría pocos amigos, y al fin se los hizo embolsar, con la promesa de que iría en persona a reclamarlos al día siguiente a su padre, a quien se comprometía a visitar para explicarle la razón de aquella fuga.

—Es preciso que huyas —dijo la joven—. Los otros patriotas perseguidos por la Municipalidad podrán permanecer ocultos en París sin miedo a ser cogidos, pero tú tienes un ángel malo que es Dampierre, el cual hará todos los esfuerzos imaginables para encontrarte. En Londres estarás más seguro, y aunque pocos, tendrás amigos, pues en esa carterita donde va el dinero, encontrarás la dirección de unas cuantas personas a las cuales escribiré mañana, rogándoles que te reciban como a mí misma. Pronto volverás. Esto de hoy es un mal viento que no tardará en pasar, y otra vez nos pondremos encima de los aristócratas. Comprendo tu tristeza, amigo mío. Vas a alejarte de la rubita y esto te produce inmenso pesar. ¡Ah, ingrato!

Y la joven al decir estas palabras con tono irónico, miraba a Guzmán de un modo, cuya verdadera significación comprendía éste.

Lambertina parecía turbada, como si en su voluntad existiese un deseo que no se atreviera a formular francamente.

Contemplaba a Guzmán con mirada hambrienta de enamorada, y al fin, con voz balbuceante comenzó a hablar de su pasión. ¡Cuán felices habían sido pocas noches antes en aquel mismo gabinete! ¡Qué hermoso cuadro ofrecían, ella, anhelante de amor, mirándose en el fondo de los ojos de Guzmán, y él, arrodillado a sus pies, lo mismo que los amantes de las comedias! ¡Por qué se había de desvanecer tan pronto tanta felicidad!

Y la bella Lambertina, al mismo tiempo que pronunciaba con acento entrecortado tales palabras, lanzaba incitantes miradas sobre Guzmán, como para evocar en su memoria las risueñas escenas de que habían sido mudos testigos aquellos brillantes amorcillos que asonaban sus flechas de

oro por entre las colgaduras de blonda, que encerraban el lecho en una tienda de deslumbrante blancura.

Pero Guzmán permaneció frío e impasible. Hubo un momento al principio en que casi se sintió embriagado por los fulgores de aquellos ojos que parecían encadenar su voluntad; pero no tardó en reponerse, y sonriendo tristemente, contestó a Lambertina:

—Es imposible. No quiero engañarte más; bastante me avergüenza el encuentro de esta tarde, en el que me he mostrado como un repugnante ingrato. Ya sabes que amo y que mi corazón no se halla aquí.

La bella Theroigne hizo un gesto de desesperación, y escondiendo su cara entre las manos, comenzó a llorar silenciosamente.

—Si no te profesase cariño —añadió Guzmán conmovido por aquel llanto— si fueses para mí una mujer indiferente, entonces me sería fácil el engañarte. Una mujer tan hermosa como tú lo eres, siempre impulsa a un hombre a apartarse de su deber y a mentir si es necesario. Pero por lo mismo que te profeso grande cariño e inmenso agradecimiento, sería yo un miserable si fingiera durante unas cuantas horas un amor, que en el fondo sólo sería pasión carnal. No, Lambertina; tú no eres la mujer a quien adoro como amante; pero en cambio me inspiras un cariño respetuoso, profundo e inquebrantable, que me haría perder la vida por ti si fuese preciso. No seré nunca tu amante, te lo aseguro; pero en cambio me tendrás siempre como un fiel y cariñoso hermano.

Y al decir esto, acercóse a Lambertina, apartó sus manos del bello rostro mojado en lágrimas, y en aquella frente llena de majestad, que tenía la lechosa transparencia del marfil, depositó un casto y afectuoso beso, una verdadera caricia de hermano.

Lambertina aún pareció sentir más dolor con aquella caricia fríamente afectuosa, y siguió llorando como si estuviera en los funerales de sus muertas ilusiones.

Triste despedida fue aquella.

El risueño gabinete, testigo de tantas escenas de amor, parecía estar tan conmovido como su dueña, y todo él presentaba un aspecto de desolación, de inmenso pesar.

El intermitente goteo en la cercana pila sonaba en los oídos de Guzmán como un quejido desesperado interrumpido por las sofocaciones de la agonía; las perfumadas bujías chisporroteaban como cirios de

entierro en los retorcidos y floreados brazos de los candelabros de plata; los espejos, siempre tan diáfanos y claros, reflejábanlo todo ahora con borrosos contornos como si su brillante superficie estuviese empañada por las lágrimas, y los dorados cupidillos ocultábanse cada vez más tras la cascada de encajes, como si les indignara la presencia de aquel imbécil que despreciaba el amor, cuando este le salía al paso ofreciéndole su copa de enloquecedores perfumes.

A media noche terminó aquella entrevista, que más parecía una velada fúnebre.

Un patriota del arrabal de San Antonio, esperaba en el salón a Guzmán para conducirlo fuera de la puerta Maillot, donde aguardaba un hombre de confianza con un brioso caballo.

La despedida fue rápida y triste, aunque mostrando en ella Lambertina toda la energía de su carácter.

Abrazó como una hermana a Guzmán, ya que así lo quería él, y con asombrosa serenidad, le habló de lo que pensaba hacer al día siguiente, de la visita a su padre y después de su entrevista con la señora Santos, la portera de la calle de los Fosos de San Jacobo, para recoger todos los efectos del joven y enviárselos a Inglaterra.

La hermosa, con los labios fríos por la emoción, dio su último beso a Guzmán, y rígida como una estatua, le acompañó hasta la escalera.

Mientras el español y aquel patriota audaz que había arreglado todo lo referente a su viaje, marchaban hacia la puerta Maillot, ocultándose algunas veces para no tropezar con las patrullas, Lambertina, en un exceso de furiosa desesperación, propio de su arrebatado carácter, revolcábase en un diván de su gran sala, con los ojos escaldados por el llanto y complaciéndose para desahogar su dolor, en hacer añicos costosas porcelanas, rasgar las bordadas telas de los sillones y romper a mordiscos las blondas de los cortinajes.

Fue aquello una desesperación en valor de muchos miles de francos y que duró hasta el amanecer.

Mientras tanto Guzmán galopaba con dirección a Caláis por la desierta carretera, maravillándose de su extraño destino.

También él había nacido como su padre, para ser arrojado cual una pelota por la inconstante suerte, no parando en ningún sitio y dejando en todos cariñosos afectos.

Aún no hacía dos meses que había salido fugitivo de España y ya tenía que huir de su segunda patria, dejando en ella el corazón y sin saber ciertamente cuándo podría volver.

PARTE SEGUNDA

LA EXPLOSIÓN

I.- UN ABATE REVOLUCIONARIO

Todas las mañanas a las ocho, los vecinos curiosos de la calle del Sena veían pasar ante sus puertas al abate español que vivía en un viejo edificio situado a mitad de la calle, ocupando en el último piso una habitación compuesta de tres piezas, que contenían más libros que muebles y más manuscritos que impresos.

Era un hombrecillo de corta estatura, escaso de carnes, de color avellanado como legítimo meridional, cargado de espaldas, cráneo poco poblado, miembros nerviosos, rostro siempre animado y gesticulante y unos ojos luminosos que lucían con extraño brillo bajo el profundo arco de sus cejas y que con sus vivas miradas delataban la despierta inteligencia que existía tras ellos.

Representaba en 1792 una edad de cuarenta años y tenía cierta celebridad en el barrio por su descuido en el vestir y el abandono en que tenía sus habitaciones, desaliño que provocaba los animados comentarios de la portera encargada de la limpieza de su cuarto.

Cuando las calles de París estaban secas y limpias, el vivo y nervioso abate iba de una parte a otra de la ciudad con sus zapatos y medias negras cubiertos de polvo, como si acabase de hacer una larga marcha por sucia carretera; conservaba en su traje manchas de barro hasta una semana después de las últimas lluvias, y no existía en el mundo poder capaz de corregirle en sus manías de llevar el rojo pañuelo colgante de los bolsillos posteriores de su casaca, ni de evitar que sobre su negra chupa se acumulasen las capas de rapé, cuya formación tenía una historia de muchos años.

Se contaban en la calle del Sena chistosas extravagancias de aquel hombre distraído, vivaracho y al mismo tiempo melancólico, en torno del cual, por la originalidad de su vida, íbase formando insensiblemente una

extraña leyenda.

Sabíase de él, que el único ser con quien compartía su habitación, era un pequeño jabalí que desempeñaba las funciones de perro fiel, y que sin perjuicio de rugir sordamente y enseñar los colmillos a cuantos tocaban a la puerta, trataba a su amo con el cariño pegajoso de un animal doméstico, acostándose en las noches de frío a los pies del abate.

Mayores extravagancias se contaban aún de aquel extraño personaje, que a pesar de sus originalidades y de las ideas avanzadas que profesaba, tenía sus tendencias ascéticas y vivía en su habitación como en una celda, sin pasiones, sin apetitos censurables y no saliendo a la calle más que en casos de imprescindible necesidad.

Los curiosos ignorantes de la calle del Sena, se hacían lenguas de la sabiduría de aquel señor, en cuya casa los libros eran tan numerosos y estaban tan revueltos, que parecía que surgían espontáneamente de los rincones en fraternal unión con el polvo y las polillas.

Sabíase de él que era pobre, que vivía en perpetua batalla con la miseria; pero que iba subsistiendo con cierta dignidad, a causa de sus escasas necesidades y de las lecciones que como experto latinista y concienzudo literato, daba a domicilio, educando a varios primogénitos de familias aristocráticas.

Además era escritor; su portera contaba que permanecía hasta altas horas de la noche llenando hojas de papel con versos españoles o prosa en francés, latín o castellano y esto bastaba para que todas las gentes del barrio lo considerasen en esa especie de respetuosa admiración y de culto supersticioso que el pueblo de París parece tributar a los que llama hombres de letras.

Este era el concepto que merecía a los pocos años de vivir en París el español don José Marchena, conocido en Francia con el nombre de abate Marchena.

Su historia resultaba vulgar en una época en la que el fanatismo y la rutina encerraban en los seminarios a la edad de la inexperiencia a todos los jóvenes, que aficionados al estudio y contagiándose de la filosofía incrédula del siglo, no debían tardar en ahorcar los hábitos, pasándose a las filas de aquellas escuelas políticas que anatematizaba la Iglesia.

Marchena era hijo de unos modestos labradores de Osuna, en la provincia de Sevilla, y como desde muy niño manifestó despierta

inteligencia y grande afición al estudio, su familia, para librarle de la vida del terruño y ponerle en camino de alcanzar cierta posición, nada encontró más con arreglo a su pobreza, que dedicarlo a la carrera eclesiástica, enviándolo al Seminario, donde se hizo de notar en los estudios teológicos por su afán de discusión y sus atrevidas proposiciones.

Llegó a tomar las órdenes mayores, alcanzó triunfos como uno de los primeros latinistas del siglo; pero su misma fama y cierto tratado sobre el celibato del clero le atrajo la atención del Santo Oficio, que mediante su espionaje, conocía las audaces opiniones de Marchena en materias religiosas y las lecturas a que de continuo se entregaba.

Sabía Marchena de lo que era capaz la Inquisición con hombres de su clase, y deseoso al mismo tiempo de vivir en un país cuyas instituciones estuviesen en armonía con sus ideas, huyó a Francia, la tierra de la libertad, casi al mismo tiempo que el Santo Tribunal le condenaba como relapso y hereje.

El talento de Marchena y su asombrosa erudición le abrieron pronto paso entre aquellos hombres eminentes que tenían entonces su cenáculo en París.

Fue amigo de todos los grandes escritores revolucionarios y Mirabeau profesó al endeble abate su afecto ruidoso y vehemente.

El gigante de la tribuna, que cuando no preparaba sus discursos se entretenía en traducir con elegancia las voluptuosas poesías de Tíbulo, no podía menos de admirar a Marchena, tan experto latinista, que imitaba los versos de los más famosos poetas de la antigüedad hasta el punto de hacerlos pasar por originales.

Marchena se arrojó con el mayor entusiasmo en el torbellino de la revolución. Fue miembro del club de los Jacobinos, republicano entusiasta, gran amigo de Brissot y uno de los primeros que siguieron sus doctrinas; pero siempre en el abate predominó la cuestión religiosa sobre la política.

Las agitaciones de Francia no le hacían olvidar el estado de España, y aquel trabajo a que tan asiduamente se entregaba todas las noches, era la traducción pura y castiza de famosas obras francesas, que luego de publicadas por un editor de París, pasaban cautelosamente los Pirineos a despecho de las precauciones de la Inquisición, siendo leídas ocultamente

por los españoles ilustrados que a fines del pasado siglo estaban ansiosos de una general reforma. De este modo su pluma fue la primera en dar a conocer en España las famosas Novelas de Voltaire, El Emilio de Rousseau, Las Ruinas de Palmira de Volney, El Origen de los Cullos de Dupuy y otras obras que eran perseguidas duramente por las autoridades españolas.

Marchena era amigo en 1792 de todos los hombres populares en París, pero los tenía clasificados y a cada uno de ellos le concedía mayor o menor afecto.

Estrechaba la mano de Robespierre y hablaba con él, lo que no impedía que le fuese antipático y que lo mirara con cierta repugnancia a causa de la doblez de su carácter y de la impenetrabilidad de sus miradas; a Danton lo estimaba por sus genialidades y sus franquezas, aunque le tenía cierto rencor por el desprecio que el tribuno manifestaba a la gente de letras; pero el político que él adoraba con más entusiasmo era Brissot, su íntimo amigo, en el que además de un carácter dulce y simpático, encontraba reunidos los prestigios del orador popular y del literato.

Marat le causaba repugnancia por aquella monotonía sanguinaria que se notaba en todos sus escritos; pero cuidábase muchas veces de no emitir esta opinión, por no indisponerse con el único español a quien trataba en París, el coronel Andrés María Guzmán, que era casi un hermano del famoso amigo del pueblo.

Cuando la antigua Asamblea Constituyente fue disuelta por haber llegado el término de sus poderes, muriendo desprestigiada e impopular a causa de la traidora matanza en el Campo de Marte, el abate Marchena fue de los primeros en proclamar la candidatura de Brissot como diputado por París en la inmediata Asamblea legislativa, e hizo toda clase de esfuerzos para asegurar el triunfo de su amigo.

La elección de Brissot fue la página más brillante de la vida de Marchena, el período en que con más constancia usó de todas sus facultades de hombre activo e inteligente.

Nunca se vieron en París elecciones tan empeñadas como las de la Asamblea legislativa, ni la vida privada de los candidatos fue registrada con tan brutal minuciosidad.

Realistas y constitucionales promovieron una terrible cruzada contra el propagandista republicano, empleando lo mismo el periódico que el

pasquín para desacreditar su candidatura. Las aventuras de la juventud de Brissot fueron comentadas en los más desfavorables términos; los periódicos entablaron empeñadas polémicas, llegando la infame sátira hasta a hablar de los hornillos del padre de Brissot, como si el ser pastelero significase un crimen; y en los cafés, los concurrentes dividíanse en bandos, llegando muchas veces a discutir a palos y botellazos la moralidad de aquel candidato tan combatido.

Todo París se apasionaba ofuscándose con la controversia, mientras que el interesado, el dulce Brissot, era el único que permanecía en pie, con su eterna sonrisa, hablando con franqueza sobre sus antecedentes y contestando con calma y mesura a los brutales insultos de sus enemigos.

Marchena fue quien en aquella ocasión se distinguió más por su actividad y por su inquebrantable afecto al candidato Brissot. Discutió ardientemente en los clubs con los que pretendían mancillar la honra de su ilustre amigo, frecuentó los cafés hablando a todos con su elocuencia gesticuladora, tuvo choques personales a causa de la insolencia de los enemigos y de la viveza de su sangre meridional, y cuando por fin la candidatura de Brissot salió triunfante, experimentó tanta alegría como si él mismo fuese el diputado por París.

Al terminar aquella empeñada lucha, Marchena volvió a su vida modesta y retirada, aunque tratándose con Brissot vio crecer rápidamente el círculo de sus amigos.

Habían llegado a la Asamblea legislativa procedentes de los departamentos, algunos jóvenes diputados de gran elocuencia y entusiasmo sin límites, que adoradores del talento de Brissot y de sus doctrinas políticas, le habían reconocido como jefe de su agrupación. Procedían en su mayoría del departamento de la Gironda, y de ahí el nombre de Girondinos que el pueblo dio a dicho grupo de diputados.

Eran en su mayoría jóvenes legistas, imaginaciones exaltadas, adoradores de lo bello y de lo justo, que influenciados por los estudios clásicos, soñaban con hacer de Francia una nueva república ateniense, regida siempre por la aristocracia del talento.

Vestidos rigurosamente de negro como curiales, con el ceño de los demagogos ásperos e inabordables y una expresión de melancolía en sus juveniles y frescos rostros, mostrábanse grandes artistas, para los cuales la forma lo era todo y que pensaban rodear la revolución de las fiestas y esplendores de los antiguos juegos olímpicos.

En aquel grupo, destinado a pesar decisivamente en los destinos de Francia, la imaginación preponderaba sobre el raciocinio, la impresionabilidad sobre la energía y los arrebatos entusiastas del artista sobre la frialdad de juicio del político.

No había entre ellos un solo hombre de Estado; en cambio todos eran buenos oradores.

Salían de la obscuridad arrancados por la fuerza de la revolución; sin esta, habrían vegetado tristemente en sus bufetes, limitándose a lucir su elocuencia en los tribunales de provincia, y enardecidos por aquel suceso político que les abría las puertas de la celebridad, llegaban a París locos de entusiasmo, dispuestos a arrollar toda clase de obstáculos y con la idea fija de eclipsar las glorias de sus héroes favoritos, patriotas de la antigüedad que habían adorado en la continua lectura de Plutarco.

A la cabeza de aquella elocuente juventud, que en el seno de la fría y severa Asamblea parecía hacer surgir una primavera de entusiasmo, figuraba Vergniaud, orador de mil deslumbrantes aspectos, que tan pronto era impetuoso cual Mirabeau, tronaba cual Danton o se arrastraba hábilmente cual Barnave, como imitaba la dulzura persuasiva y el frío raciocinio de Brissot. Tras él, como soldados iguales en mérito a su capitán, seguían Guadet, hábil tirador en oratoria que siempre hacía llegar sus palabras al corazón del enemigo; Isnard, un provenzal fogoso cuyas palabras parecían deslumbrantes rayos del centelleante sol de su país, incendiando cuantos asuntos servían de tema a sus discursos; Gensonné, un discutidor frío y sutil que sabía subyugar al auditorio aun cuando la razón no estuviera de su parte, y el famoso Condorcet, el amigo de Voltaire, el marqués republicano que por su edad y por su sabiduría era el Néstor de aquella agrupación de jóvenes, callando siempre, ocupando raras veces la tribuna, pero honrando a sus inquietos compañeros con aquel silencio, que era el monte de nieve bajo el cual se ocultaba un volcán de pensamientos.

El director de tan brillante falange, el dios que a su voluntad movía las agitaciones girondinas o con su voz dominaba las borrascas oratorias, era Brissot, el cual, a pesar de todo este poder, permanecía con su aspecto modesto, siempre combatido por los enemigos, siempre en lucha con la miseria, siempre calumniado, negándose hasta lo que más a la vista estaba en su personalidad, o sea, el talento.

Marchena intimó con toda aquella juventud, que era el porvenir de la

patria, y muchas noches, rompiendo con sus habituales costumbres, salía de su casa e iba a la de madama Roland para mezclarse en la reunión de los diputados y tomar parte en sus brillantes conversaciones.

Allí, además de los grandes oradores citados, encontraba otros diputados jóvenes que eran los hombres de acción del partido girondino, especialmente el literato Louvet, carácter audaz y agresivo que no gozaba todavía de otra gloria que la muy triste de haber escrito la pornográfica novela El Baroncito de Faubias y el marsellés Barbarroux, joven hermoso y fuerte como Aquiles, que se mostraba siempre más dispuesto a llamar el pueblo a las armas que a sentarse en los escaños de la Asamblea.

Las visitas a la nocturna tertulia de madama Roland y la asistencia a las sesiones de la Asamblea para oír los discursos de los amigos, habían introducido cierto desorden en la vida del abate Marchena, que ya no fue tan regular y metódica.

Acostábase más tarde que de costumbre, pasábase los días sin escribir y muchas mañanas al levantarse tenía que correr apresuradamente a casa de sus discípulos para acudir a la hora de la lección.

Esto mismo le ocurría al distraído abate una mañana del mes de abril de 1792.

La noche anterior se había retirado muy tarde de casa de madama Roland; después había velado hasta las tres de la madrugada ocupado en traducir un capítulo que su editor le pedía con insistencia desde algunos días antes, y a esto se debió que a la mañana siguiente diese un salto despavorido en su revuelta cama, al oír que daban las nueve en el modesto cu-cú de la Selva Negra que adornaba su alcoba.

Marchena se vistió con el apresuramiento de costumbre, apuró el jarrito de leche que todas las mañanas le subía la portera como desayuno, hizo una caricia al jabalí su compañero de habitación, y se dirigió inmediatamente a la calle sin olvidarse de tomar su paraguas rojo, un asombroso y monumental mecanismo de seda y ballena, que le acompañaba a todas partes como si fuese un nuevo músculo de su cuerpo crecido debajo de su brazo y que lo mismo se ostentaba en los días de lluvia que en los de sol.

Cuando salió a la calle, Marchena pensó que había obrado precipitadamente avergonzado por su pereza, pues en realidad no tenía

ninguna ocupación hasta media hora después.

A las diez tenía que ir al palacio de una baronesa en el arrabal de Saint- Germán para dar lección de latín a una señorita a quien pensaba encerrar en un convento. Quedábale tiempo para llegar puntualmente a la hora de la lección, tanto más cuanto en aquella casa se levantaban tarde y siempre le hacían esperar.

El abate emprendió su marcha con paso lento, proponiéndose subir hasta el Luxemburgo, ya que lucía un hermoso sol, y torcer después en dirección al barrio de Saint-Germán.

Iba a entrar Marchena en la calle de la Escuela de Medicina, y a pesar de su habitual distracción, notó que un transeúnte que venía en dirección opuesta se detuvo al verle, no llegando a distinguir el gesto de contrariedad que le producía aquel encuentro.

El abate, al fijarse en él, lanzó una alegre carcajada, y con aquella vivacidad gesticulante que le era característica, fue a su encuentro con los brazos abiertos.

—¡Hola, Andrés! —gritó en español—. Venga un abrazo. Ya hace tiempo que no nos veíamos. ¿Cómo te encuentras? ¿Cómo está tu esposa?

Y diciendo esto daba cariñosos golpes en la espalda de aquel hombre, que era el coronel Andrés María Guzmán, el padre de Félix.

El señor Guzmán contestaba con efusión a las muestras de cariño de su amigo; pero adivinábase en él cierta contrariedad y, de vez en cuando, miraba de soslayo a una casa cercana, que era la imprenta donde Marat tenía su subterráneo.

Indudablemente iba con gran urgencia a ver al amigo del pueblo, cuando le interrumpió aquel inesperado encuentro.

—¿Dónde ibas, amigo Andrés? —continuó el abate—. Sin duda a desempeñar alguna comisión de tu ídolo Marat. Ese pretendido amigo del pueblo te tiene sorbido el seso. Mala compañía has escogido. Tú debías venirte con nosotros, ser girondino, ya que así nos llama la gente de los arrabales. Siendo militar como eres, harías una brillante carrera al lado de aquellos jóvenes. Hay allí muchos oradores y pocos soldados, y ahora que se habla de la próxima guerra es posible que antes de dos meses fueras general.

El señor Guzmán parecía molestado por estas palabras del abate y

contestó afectando indiferencia:

—He pasado el río para buscar en este barrio a un amigo de mi hijo. —A propósito —dijo Marchena con curiosidad—. ¿Qué hace ahora tu hijo? ¿En dónde se halla? ¿Sabes que tengo grandes deseos de conocer ese muchacho y de oírle contar sus aventuras?

—La última vez que me escribió lo hizo desde Londres. Pronto vendrá a París, según él asegura en su carta. Ahora ya nada tiene que temer. La Municipalidad que le perseguía por lo ocurrido en el Campo de Marte, no existe ya; aquellos constitucionales, que eran tan malos como los realistas, salieron del Hotel de Ville al disolverse la antigua Asamblea y ahora, como ya sabes, tenemos buenos amigos en la Casa de la Ciudad. El alcalde de París ya no es Bailly, sino Petión, que aprecia mucho a mi Félix, y además tenemos a Jorge Danton, concejal y procurador del Ayuntamiento, el cual ha escrito a mi hijo diciéndole que puede volver cuando quiera, pues está arreglado lo de su participación en el Campo de Marte.

—¿Cuánto tiempo ha durado la emigración de tu hijo? —Diez meses. Mi esposa, que es una mujer angelical, le ha enviado de su peculio particular más de lo que él necesitaba para vivir en la metrópoli inglesa. Pronto vendrá mi Félix y de seguro que las circunstancias no pueden ser mejor escogidas para un patriota tan entusiasta y audaz como él lo es. Esto se va, amigo Marchena: no sé lo que podrá venir cuando la indignación popular estalle; pero lo cierto es que no se puede dar un ochavo por la vida de la monarquía.

—Lo mismo digo yo. El rey va a verse forzado a hacer la guerra a los mismos monarcas europeos, a quienes su esposa escribe secretamente pidiéndoles que vengan a exterminar el patriotismo francés. Creo que estarás enterado de las discusiones de la Asamblea. Tenemos en el ministerio de Estado a Dumouriez, un general que hasta ahora no ha encontrado ocasión de distinguirse; pero que, indudablemente, alcanzará el nombre de gran caudillo luchando en favor de la Francia revolucionaria. Los girondinos estamos entusiasmados por esta guerra. Impropio es de filósofos el hacer que los hombres se exterminen sobre el campo de batalla; pero hay que amoldarse a las circunstancias y pensar que Francia es un pueblo belicoso y que para que ame la libertad es preciso que la conquiste con la punta de la espada. Anoche hablaba de esto Brissot en casa madama Roland y estaba elocuentísimo tratando de

la próxima guerra. Según él, pronto presenciaremos un espectáculo tan sublime y original cómo será el derecho popular abriéndose paso a cuchilladas por entre el mundo antiguo, con la impetuosidad de un paladín. El porvenir de la revolución quedará confiado al valor del pueblo francés, medio el más seguro para que no decaiga; la filosofía del siglo, vistiendo el uniforme del soldado, marchará a la frontera para combatir a los tiranos de Austria y de Prusia y la Libertad tendrá en adelante por pedestal la cureña de un cañón. No sé por qué, amigo Guzmán, creo que esta guerra va a ser tan gloriosa como interminable.

—Lo mismo creo yo, amigo Marchena. Ahora comenzamos declarando la guerra a Austria y a Prusia; pero pronto combatiremos con toda la Europa coaligada. Francia es hoy una hoguera peligrosa que todos los reyes tienen interés en extinguir. Presiento que va a comenzar ahora una lucha de titanes que durará muchos años, una epopeya al lado de la cual resultarán mezquinas las narraciones homéricas. Por fortuna, Francia es grande, tiene el entusiasmo necesario para combatir con toda Europa, la revolución da a sus hijos una fuerza de gigantes y además parece que exista un poder oculto que se esfuerza en protegerla. Gustavo Adolfo, ese rey de Suecia fantástico y audaz como un caballero andante, que pensaba ponerse al frente de la cruzada de los tiranos contra la revolucionaria Francia, acaba de ser asesinado en un baile de máscaras por la misma nobleza que le rodeaba. Tenemos un enemigo menos.

—Ya sabrás que en la sesión de ayer de la Asamblea, el rey en persona declaró solemnemente la guerra a su cuñado el tirano de Austria.

—Sí, y también sé que Robespierre en los Jacobinos y en todas partes perora contra la guerra diciendo que esta va a ser una locura que pondrá en peligro la revolución. Es incomprensible ese Robespierre.

—Y tanto, amigo Guzmán. Siempre le he mirado como un ser misterioso y he dudado de su patriotismo.

—Lo mismo me sucede a mí, que le miro siempre como una sabandija. Esto me hace tener algunos altercados con mi amigo Marat, que aprecia demasiado a Robespierre.

El impresionable Marchena, al oír el nombre de Marat, no pudo reprimir un gesto de desprecio y repugnancia que no pasó desapercibido para Guzmán.

Aquello le recordó la diversidad de opiniones que tanto les separaba e

inmediatamente enfrióse su entusiasmo, desvaneciéndose la afectuosidad amistosa que se notaba en el tono de sus voces.

Mientras hablaban, Guzmán hablase llevado a su amigo insensiblemente por una pendiente callejuela con dirección a Luxemburgo, como si le inspirase inquietud la permanencia de Marchena en la calle de la Escuela de Medicina.

Cuando llegaron a las verjas del célebre paseo, Guzmán estrechó la mano de su amigo, diciéndole con su peculiar gracejo:

—Te abandono. Veo que, influenciado por tus amigos los girondinos, sigues queriendo mal al sencillo Marat. Si dispusiera de más tiempo, yo te convencería del error en que vives; pero ahora tengo que cumplir los encargos de mi hijo y me es imposible acompañarte.

—Acepto el reto y poco he de poder yo o te has de venir con estos girondinos a quienes tanto aborreces. Además, en cuanto venga tu hijo a París, avísame, pues tengo grandes deseos de conocerle.

—¡Oh!, no hay cuidado de que le pesques. Félix es de Danton y no lo arrastrarás tan fácilmente a casa de tu madama Roland.

Estrecháronse por última vez las manos de los dos amigos, y el coronel Guzmán, cuando ya se había alejado algunos pasos, preguntó sonriendo socarronamente:

—¿Adónde te diriges ahora, abate arrepentido? ¿Vas a alguna reunión de girondinos para acordar si debéis alistaros en el ejército?

—No —contestó sencillamente Marchena—. Voy a ganarme el pan. A las diez tengo una lección de latín en casa de la baronesa de la Tour d Argent.

II.- MARCHENA, EN GASA DE LA BARONESA

Ante el abate Marchena se abrían todas las puertas de aquella mansión elegante, medio voluptuosa, medio ascética, que habitaba la antigua querida de Luis XV.

La servidumbre, que es siempre fiel reflejo de las simpatías de sus amos, recibía al abate con visible respeto, pues a todos los criados les constaba el afecto que le tenía la señora baronesa.

Era realmente extraño ver en un hotel del barrio de San Germán, donde dominaban las ideas más ultrarrealistas, a un individuo como Marchena, amigo de los girondinos y entusiasta admirador de la revolución.

Además, en aquellos ricos y dorados salones, frecuentados por los abates elegantes, perfumados como damas, causaba muy mal efecto Marchena, con su traje raído, su aspecto descuidado y, sobre todo, su fama de hereje, que aunque no muy pública, no por eso dejaba de ser algo conocida en casa de la baronesa.

El revolucionario abate había entrado allí sin solicitarlo, impulsado por deberes de su profesión.

Un año antes había ido a buscarle un joven elegante y de aspecto antipático, rogándole que se encargase de dar lecciones de latín a una hermana suya, joven que odiaba las pompas del mundo, que había de abrazar muy pronto la vida religiosa, y que por su nacimiento aristocrático estaba destinada a ser abadesa de un histórico monasterio de Alsacia, sobre el cual su familia había gozado siempre el derecho de señorío.

Durante seis meses, el abate Marchena fue todas las mañanas a la

habitación que ocupaban los dos hermanos en la calle de San Agustín, encontrando las más de las veces completamente sola a aquella joven, de carácter dulce y aspecto resignado, que sonreía siempre con cierta amargura como si un triste suceso del pasado ocupase a todas horas su memoria.

El abate, a pesar de que no se entusiasmaba nunca con sus discípulos y de su carácter rudo y refractario al cariño, sentíase impresionado por aquella joven, siempre dócil y entristecida, maldiciendo él allá en sus adentros la voluntad que impulsaba a una mujer así a encerrarse en un convento.

Pocas veces se avistó Marchena con el hermano de su discípula; pero esto no le produjo contrariedad alguna, pues le resultaba muy antipático aquel joven aristócrata y altivo, en quien adivinaba uno de aquellos petimetres que conspiraban ridículamente contra la revolución.

Lo único que sabía Marchena de los dos hermanos, consistía en que eran hijos del difunto conde de Beringel, que se llamaban Renato y Margarita y que medio arruinados por la supresión de los derechos feudales, ordenada por la Asamblea, vivían en París con una modestia que contrastaba con la suntuosidad y la opulencia que habían rodeado su cuna.

Margarita Beringel sería monja ya que no le quedaba afecto alguno en el mundo, según ella decía con acento de extraña y misteriosa melancolía, y su hermano tomaba indudablemente parte en peligrosas maquinaciones, en tramas reaccionarias, que le obligaban muchas veces a dormir fuera de casa, dejando a su hermana a solas con una vieja criada, o andar con diversos disfraces.

Un día Renato, al terminar el abate su lección, rogó a éste que en adelante fuese al hotel de la baronesa de la Tour d'Argent, donde encontraría a Margarita, pues él, por asuntos particulares, tenía que emprender un largo viaje y nada le tranquilizaba como dejar a su hermana en casa de una señora de tan reconocida virtud y religiosidad.

El abate adivinó inmediatamente el verdadero significado de aquel viaje de Renato Beringel. Comprendía que el punto adonde marchaba el noble levantisco, cansado de las estériles agitaciones en París, era a Coblenza, en cuyo punto fronterizo se estaba acabando de organizar el ejército de los emigrados.

A pesar de esto, el abate Marchena experimentó gran satisfacción en vista de tal viaje, pues hacía tiempo que le repugnaba aquel trato indirecto con un hombre tan enemigo de la revolución.

A enemigo que huye puente de plata, díjose él recordando el antiguo adagio de su país, y con la mayor atención recibió todos sus encargos, prestándole además algunos pequeños servicios, entre estos, el influir en las oficinas de la Municipalidad para que le diesen el pasaporte hasta la frontera.

A Marchena le gustaba que los nobles emigrasen, pues estaba convencido de lo poco que podría hacer el ejército de los príncipes en Coblenza y prefería ver a los enemigos de la revolución armados en la frontera que revueltos con el pueblo de París, fomentando tumultos y obrando siempre con la más infame alevosía.

Desde la marcha de Renato, el abate Marchena comenzó a frecuentar la casa de la baronesa de la Tour d'Argent.

El abate, que entró allí los primeros días con cierto recelo, no tardó en adquirir confianza en vista de la conducta de la baronesa. Esta le trataba siempre con altivez, cuidadosa de que ni por un solo instante fuese olvidada la distancia que separaba a una aristócrata favorita de un rey, de un pobre abate feo, mísero y obligado a dar lecciones para poder vivir; pero aparte de esto concedía a Marchena una confianza afectuosa que asombraba a toda la servidumbre.

Acostumbrada ella al trato melifluo y dulzón, a las costumbres afeminadas de aquellos abates perfumados y empolvados que eran el principal ornato de los salones en su juventud y que aún figuraban en su reaccionaria tertulia como restos del gran naufragio tradicional, la baronesa, por la fuerza del contraste, encontraba cierto encanto rudo, cierta atracción brutal en Marchena, que aunque hiciera esfuerzos por mostrarse respetuoso, resultaba siempre cáustico, atrevido, delatando muchas veces la menor de sus palabras el poco amor que tenía a lo pasado y lo entusiasta que era por todas las irreverencias de la revolución.

El abate español, con su carácter inquieto, su facilidad de lengua y sus continuas distracciones, resultaba un mal cortesano en aquella casa, donde todos los visitantes se creían en la obligación de decir cada cinco minutos alguna galante lisonja a la antigua amiga de Luis XV.

En el cerebro del abate la protuberancia del respeto no debía existir, pues por instinto era irrespetuoso con los superiores y muchas veces, queriendo decir una galantería, soltaba una tremenda insolencia bien contra su voluntad.

Esto, aunque pareciera extraño, resultaba muy agradable a la baronesa. Estaba tan acostumbrada a la insípida falsa galantería de los salones, que con la franqueza brutal de Marchena y aquel instinto igualitario que le arrastraba casi a tutear a todo el mundo, experimentaba el mismo placer extravagante del gastrónomo que, hastiado del perfume de las grandes mesas, se extasía ante el vaho fuerte y punzante de un guiso de bodegón.

En el hotel de la baronesa resultaba una excentricidad propia de mujer de buen tono el afecto tolerante que la señora profesaba a Marchena. Sus tertulianos, gente atildada, discreta, que llevaba la galantería hasta la imbecilidad, y pasaba un cuarto de hora pensando una palabra antes de soltarla, ocupábanse con desprecio del mísero abate y no podían explicarse aquel capricho de la baronesa; pero era porque desconocían el verdadero carácter de aquella dama criada en la corte más intrigante de Europa, bajo la dirección de la Pompadour, diplomático con faldas que lo mismo sabía engañar al rey que encantar a sus ministros.

La baronesa de la Tour d'Argent, legítima discípula de tan famosa maestra, era incapaz de mostrar afecto a una persona si esta no había de servirle de algo en sus ocultos planes.

El abate Marchena era para ella un hombre importantísimo, y desde que comenzó a entrar en su casa como maestro de Margarita Beringel, se propuso ella aprovecharse de sus visitas.

Conveníale que el abate fuese bien recibido en su hotel y que la considerara como una señora, que aunque altiva e infatuada con su nobleza, era de trato llano y no conspiraba como otras personas de su clase, contra la victoriosa revolución.

Adivinaba la baronesa que algún día podía verse perseguida por los enemigos del rey y de la nobleza, y fomentando aquella buena amistad con Marchena, preparábase un medio para librarse de futuros peligros.

Ella afectaba no dar importancia a las ideas del abate y a los amigos con que contaba; fingía tenerle como un escritor oscuro, perseguido por sus ideas heréticas, y que sin apoyos ni influencias, veíase obligado a dar

lecciones de latín y literatura; pero en el fondo conocía perfectamente la situación de Marchena, su asistencia a los clubs donde tenía algún prestigio, sus visitas a casa madama Roland, cuyo marido era ministro del Interior, sus relaciones con el general Dumoriez, el hombre de moda que desempañaba la cartera de Estado, y su estrecha amistad con Brissot, aquel extraño ambicioso dotado de la más asombrosa abnegación, que era capaz de llegar hasta el crimen para encumbrar a su partido y que una vez conseguido el triunfo corría a ocultarse en la obscuridad de su miseria, dejando a sus amigos que se repartieran el botín.

La baronesa tenía empeño en que el revolucionario abate visitase su casa todos los días. Esto la ponía a cubierto de toda sospecha y le permitía dedicarse con mayor confianza a ciertos asuntos importantes que llevaba entre manos, pues tenía la seguridad de que nadie creería hallar un centro de conspiración en la misma casa, frecuentada por un amigo de los gobernantes patriotas y relacionado con los más furibundos periodistas y oradores de club.

Existía además otra razón, aunque menos importante y de carácter doméstico, para recibir bien a Marchena en el hotel.

La fealdad del abate, su carácter altivo y rudo y su preocupación revolucionaria, tranquilizaban a la baronesa, que como todas las antiguas cortesanas que a la vejez se hacen beatas, mostraba ahora un odio irreconciliable al amor y no quería encontrar el menor vestigio bajo su techo.

Recibiendo como maestro de Margarita Beringel y de su sobrina Luisa a uno de aquellos boquirrubios abates, chismosos como mujeres y afectando graciosos ademanes de Cupido, tenía la seguridad de que pronto comenzarían los amoríos en el hotel, pues conocía la afición de tales seres a las tercerías amorosas, sirviendo de correos a los amantes. Con el abate Marchena, al que ella comparaba con un perro gruñón y salvaje, estaba segura la baronesa de que su exquisita vigilancia no sería burlada y las dos jóvenes permanecían en la casa como en un convento, que era el deseo de la vieja baronesa.

Ella, que tan verde juventud había tenido, estremecíase de indignación al imaginarse que el amor podía entrar allí algún día, turbando su existencia devota y mundana, en la cual los rezos iban unidos a las costumbres elegantes y voluptuosas que conservaba de la época de su esplendor.

El abate Marchena iba con más gusto a casa de la baronesa que a la de los otros discípulos.

Aparte de que algo halagaban su amor propio las consideraciones afectuosas que merecía de la baronesa, gozaba un bondadoso placer mientras explicaba las bellezas de la literatura latina a aquellas dos jóvenes, que con sus hermosos rostros inclinados con irónica atención, formaban como un marco de frescura y alegres colores en torno de su cabeza abultada, inquieta por movimientos nerviosos y de saliente fealdad.

¡Vaya un par de diablillos que tenía por discípulas! Margarita Beringel mostraba cierta sumisión propia de muchacha entristecida, que piensa ser enterrada en un convento, pero su resignada mansedumbre era turbada a cada paso por la travesura de Luisa, la sobrina de la baronesa, joven de carácter alegre, que en presencia de su tía bajaba los ojos afectando una compostura monacal, pero que apenas volvía aquella la espalda, iba de un lado a otro del cuarto de estudio, cantando y saltando como un pájaro, permitiéndose toda clase de bromas con Marchena, incluso el tirarle de las orejas, afirmando con irónica seriedad que era muy guapo y que cualquier día iba a enamorarse de él pidiéndole que la robara.

La melancólica Margarita alegrábase con las travesuras de su amiga y parecía contaminarse de la bulliciosidad de Luisa para bromear también con el bondadoso Marchena.

—¡Orden, señoritas! —decía este queriendo imitar el ademán terrible e imponente de un tirano.

Pero en vista de las carcajadas de sus discípulas no tardaba en mostrarse tal como era, murmurando con resignación bondadosa:

—Me habéis conocido el genio y haréis de mí cuanto queráis. Con los hombres soy una fiera, me reconozco; si fuerais discípulos temblaríais en mi presencia y no os atreveríais a levantar los ojos; pero sois mujeres, sois jóvenes y graciosas y yo, a pesar de mi virtud, he sido siempre débil con la juventud y la hermosura. ¡Reíd, señoritas! Burlaos de mí y cuando acabéis volveremos a la lección. Pero si os figuráis que voy a ofenderme por vuestras burlas, estáis equivocadas. Cubrid de carcajadas mi fealdad. Los escarabajos se han hecho para que rían las mariposas. Lo que debéis procurar, señoritas, es que en un momento de estos no entre la baronesa.

Y mientras las dos jóvenes danzaban alborozadas por el cuarto, pues la hora de estudios era para ellas la de expansión, el abate aguardaba pacientemente que se desvaneciera aquel estallido de juventud comprimida por una educación mojigata, y como un padre bondadoso, reíase de las travesuras de sus discípulas.

Marchena había saltado de la castidad al amor paternal, sin tropezar con la pasión a la mujer; en todas las jóvenes hermosas que despertaban en él simpáticos afectos, sólo veía hijas, sin pensar nunca en la posibilidad de que fuesen esposas o amantes; y con la sublime bondad de un filósofo que está convencido de que en la vida todo es tristeza y que debe consentirse la risa en los seres que le rodean, aunque sea a costa propia, Marchena experimentaba el santo goce de la abnegación cuando su fealdad o su torpeza servían para provocar la carcajada en aquellas discípulas, Cándidas e inocentes en medio de sus mayores muestras de travesura.

Por esto sufría imperturbable los chistes de Luisa y las alegrías de Margarita, siendo el primero en reírse, cuando en los cuadernos de traducciones encontraba su caricatura grotescamente trazada o la sobrina de la baronesa le lanzaba miradas lánguidas asegurando que estaba loca de amor por él.

Lo único que entristecía algunas veces a Marchena y otras le indignaban, era el empeño que Margarita tenía en entrar, así que lo dispusiera su hermano, en aquel convento de la Alsacia donde su familia tenía el derecho señorial.

—¿Pero tenéis realmente vocación? —Decía indignado el abate—. Bien se os conoce que vuestra voluntad no os impulsa al convento; pero sois como todas: os falta valor para romper con la estúpida preocupación de vuestras familias y os hacéis infelices por toda la vida.

Pero cuando Marchena se indignaba más, era si Margarita, con expresión de desaliento, aseguraba que estaba cansada del mundo y que era imposible encontrar la felicidad en la tierra.

¡Vaya un sacrilegio! ¡Cansada de la vida cuando aún no tenía veinte años! Valiente pedantería la de aquella mozuela que hablaba como si en su pasado existiesen terribles tragedias, cuando en realidad no había visto del mundo más que aquello que su familia le permitiese mirar a través de una ventana de su castillo.

Siempre que se suscitaba esta discusión en la sala de estudios, Luisa apoyaba con energía la opinión del abate Marchena. Ella también consideraba una irritante estupidez el encerrarse tan joven en un convento, aunque fuese para ser abadesa, mandar despóticamente a un escuadrón de monjas y entretener el fastidio escribiendo cartas en latín a los curas de las inmediaciones o discutiendo con el sacristán los detalles de la próxima fiesta.

No; no le gustaba a ella tal género de vida. Encontraba que aun a riesgo de condenarse, la sociedad mundana era bastante agradable con todos sus peligros y sus tristezas. Ella había sufrido mucho, había sido perseguida, y sin embargo, nunca había llegado a ocurrírsele la idea de hacerse monja. Quería ser como las demás mujeres.

—Entonces, os casaréis, señorita, y haréis muy bien —decía Marchena al llegar a este punto.

—No sé lo que haré —contestaba Luisa con rubor—. No soy libre y mi tía parece que tiene empeño en que yo llegue a la vejez siendo una solterona como ella.

—¿Y vos pensáis obedecer?

—Allá veremos —contestaba Luisa sonriendo maliciosamente—. Eso depende de las circunstancias… Sois muy curioso, señor abate.

Y de este modo terminaban muchas de aquellas conversaciones en el salón de estudios, que interrumpían el curso de literatura latina y retardaban la estrecha amistad que la baronesa quería que contrajesen las dos jóvenes con los versos de los poetas romanos y la prosa de los padres de la Iglesia.

Nunca el abate al entrar en aquella casa a las diez de la mañana, marchaba directamente al salón de estudios, sino que antes preguntaba a la doncella de la baronesa si esta estaba visible, pues sabía su especial gusto de hablar con él algunos instantes.

Muchas veces algunas preguntas intencionadas de la baronesa Amalia, dábanle a entender que esta quería enterarse por su conducto y como quien no lo deseaba, de la marcha de los negocios políticos; pero el abate consideraba esto como una curiosidad de antigua cortesana, sin llegar a darle nunca su verdadero alcance.

En aquella mañana de abril, Marchena hizo como siempre, que pasasen recado a la baronesa de su llegada.

La criada que gozaba la confianza de la señora, era una doncella joven y bastante agradable, aunque de aspecto solapado. La señora Antonia, aquella vieja fiel en la cual treinta años de servidumbre no habían borrado su origen campesino, había muerto un mes después de la matanza del Campo de Marte, sin duda a consecuencia del susto sufrido en tal hecatombe.

El abate Marchena no había conocido a aquella bondadosa vieja y si sabía su nombre era por haberlo oído muchas veces a Luisa, que no podía consolarse de la pérdida de una criada tan fiel y tolerante con todos sus caprichos. El vacío que en su existencia había dejado la muerte de tan sencilla compañera, llenábalo con creces su nueva amiga Margarita Beringel; pero a pesar de esto no dejaba de afligirla tal desgracia, pues con la defunción de Antonia quedaba interrumpido todo medio de comunicación con Inglaterra y ya no se recibirían en el hotel ciertas cartas de Londres dirigidas a la vieja y que se suponía eran de un sobrino que tenía dedicado al comercio en Gran Bretaña.

La joven criada que llenaba las antiguas funciones de Antonia, hizo entrar a Marchena en el tocador de la baronesa, sentándose el abate en un taburete casi a los pies de la antigua cortesana, que erguida dentro de su corsé, semejante a una coraza, y ocupando todo un ángulo de la habitación con los gigantescos pliegues de su falda, en la que se habían invertido innumerables varas de seda negra, examinaba su rostro en un espejito de mano para apreciar si la doncella había colocado bien el colorete sobre su piel terrosa y áspera por la edad, los placeres y el inmoderado uso de afeites.

—Buenos días, señor abate-dijo la baronesa sonriéndose del mismo modo que solía hacerlo en sus buenos tiempos de Versalles.

—¿Qué se dice por París?

—La ciudad está tranquila —contestó Marchena, que conocía el deseo de la baronesa de adquirir noticias por su conducto—. El pueblo parisién da muestras de cordura, y nunca ha existido mayor seguridad que en esta época.

—Pues yo, amigo mío, os digo que ayer tuve que salir a pie y poco me faltó para volverme inmediatamente a casa asustada al ver el aspecto que presentaban las calles. No se puede dar un paso sin tropezar con gentes que exhiben ese horrible gorro colorado, cuyo uso recomiendan con tanto entusiasmo los girondinos. ¡Oh!, no es que yo odie a la

revolución; quiero vivir tranquila, y ya sabéis que no me mezclo en nada, ni estoy a favor de unos ni de otros; pero encuentro muy aterradoras y de poco gusto las modas puestas en vigor por esos jóvenes diputados de la Gironda que peroran en la Asamblea. ¿Para qué tantas picas?

—Señora baronesa: los que llevan esas armas, son el mismo pueblo que tomó la Bastilla y que es ahora la principal salvaguardia de la libertad. Además, resulta poético ver al pueblo armado de tal modo; recuerda a los galos de la época primitiva, aquellos hombres amantes de la libertad hasta la fiereza, que se reunían para deliberar en el Campo de Mayo, mientras que los hierros de sus enhiestas lanzas se doraban al primer sol de la primavera.

—Muy bien, señor abate; nadie os negará que sois poeta y que tenéis el poder de hermosear con vuestra palabra lo más feo; pero… ¿y esos horribles gorros colorados?, ¿y esas antipáticas caperuzas de color de sangre, con cogotera y colgantes sobre las orejas, que recuerdan el gorro de los presidiarios?

El abate Marchena al oír la última comparación, que era muy usada por los realistas para vilipendiar el tocado de los patriotas, agitóse nerviosamente, se enrojecieron un tanto sus mejillas y contestó con cierta irritación:

—Sin duda, señora baronesa, os referís al gorro frigio que el patriotismo ha puesto en boga. Pues bien, sabed que dicha prenda es un hermoso símbolo de libertad, pues recuerda a los pueblos griegos que lo usaron; a aquellas pequeñas repúblicas de marinos y comerciantes, de sabios y de artistas, que establecidas en las riberas del mar Jónico, arrulladas por el canto de todos los seres mitológicos de la religión más poética que se ha conocido, encendieron la antorcha de la civilización, que no se ha apagado todavía; escribieron versos y labraron mármoles que vivirán tanto como el mundo, y vivieron felices con la inmensa dicha de no haber conocido nunca los reyes, ni haber acatado otra aristocracia que la del talento. Todo esto es lo que simboliza y recuerda ese gorro que tanto horror os inspira.

Dijo Marchena estas palabras con tanto brío, que la baronesa creyó prudente callarse, aunque mordiéndose los labios, y con afectada y desdeñosa indiferencia siguió contemplando su ajada faz en el espejito de mano.

Pero el abate no era capaz de callar tan pronto cuando se le

presentaba una ocasión de herir el orgullo aristocrático.

—Ya que tan enemiga os mostráis de nuestro gorro frigio, no puedo menos, señora baronesa, de repetiros lo que el ilustre Brissot decía ayer en su periódico haciendo la apología del gorro colorado. Según él, no se recomienda únicamente como símbolo de libertad, sino también porque alegra y despeja la fisonomía, porque la presta más franqueza, porque cubre la cabeza sin ocultarla, realzando con gracia su dignidad natural, y sobre todo porque es menos ridículo que las grotescas pelucas y los extravagantes tricornios cargados de plumajes y colorines, puestas en moda por los realistas. Estas son las mismas palabras de Brissot.

La baronesa levantaba los hombros en señal de desprecio y seguía con la vista fija en su espejito.

Reinó una larga pausa y al fin la altiva Amalia, dijo fijando sus ojos en el abate:

—Sé que sois uno de nuestros enemigos, que figuráis entre los más fogosos revolucionarios, que tenéis grande amistad con esos jóvenes diputados de la Gironda y que miráis a Brissot como a un ídolo.

—Sí —contestó con energía Marchena—. No tengo por qué ocultar mis opiniones. Si estas molestan a la señora baronesa, no tiene más que indicármelo para que yo salga inmediatamente de aquí y no vuelva más.

La aristócrata se apresura a contestar con una carcajada, dando un sesgo festivo a la conversación:

—¡Pero qué impetuoso sois, señor abate! Bien dicen que los españoles son altivos en demasía y no pueden consentir la menor sombra de desprecio. ¿Pero quién os ha dicho, hombre intratable, que aquí se os mira mal por vuestras opiniones? Ya sabéis que yo no me preocupo de la política, y que para mí, con tal que sean personas agradables, lo mismo me da un patriota que un realista. La condición que en vos necesito es que seáis un buen maestro para las niñas, y como en este punto estoy satisfecha de vos, excuso deciros el gusto con que os veo siempre en mi casa.

La baronesa, con sus halagos y sus marrullerías de antigua cortesana, tenía la virtud de aplacar las nacientes cóleras del irritable abate, así es que éste volvió a recobrar su confianza y se arrellanó en el asiento que momentos antes casi había abandonado como dispuesto a salir a la primera indicación de la baronesa.

—Lo que quería deciros al hablaros de vuestras opiniones —continuó Amalia después de una ligera pausa— es que con vuestra rudeza republicana, con ese desprecio que manifestáis al lujo y a la suntuosidad de la antigua Francia, os hacéis acreedores los patriotas al mote de descamisados que os dan vuestros enemigos.

—No nos ofendemos por esto —repuso Marchena alegremente — antes bien, nos creemos honrados y hacemos de tal apodo nuestro nombre propio. Imitamos a los holandeses, que al sublevarse contra los españoles, llamáronse el partido de los mendigos, ya que sus tiranos les habían designado con tal calificativo. Además, esto de llamarnos descamisados da lugar a hermosas contestaciones. ¿No sabéis lo que Dumouriez, el ministro de Estado, dijo el otro día en las Tullerías?

La baronesa mostró gran curiosidad, y al ver que el abate vacilaba con expresión ruborosa, ella se apresuró a decir:

—Hablad con confianza. Ya sabéis que cuando las niñas no están presentes, no soy asustadiza y permito a mis amigos el hablar con franqueza.

Y así era efectivamente. Amalia Dampierre, a pesar de su devoción, era una legítima hija de la corte de Luis XV, y como la mayor parte de las aristócratas de aquella época, hablaba entre los íntimos de su tertulia con una libertad, que hubiese ruborizado a las mismas mujeres de los arrabales, que tanto horror le causaban. Además tenía empeño en que hablase siempre Marchena con absoluta confianza, como si estuviese ante un hombre, pues el cinismo volteriano del abate, producíale una picante satisfacción.

—Pues bien, baronesa —dijo el español girondino—. El general Dumouriez es el que ha dado la verdadera contestación a ese apodo que inventaron los realistas. El primer día que fue a las Tullerías, dijéronle en la antecámara del rey que los cortesanos llamaban a los ministros gobierno de descamisados. —Me alegro, contestó el general; si carecemos de camisa, se verá mejor lo que tenemos de hombre.

La baronesa, por la fuerza de la costumbre y a falta de abanico, cubrióse la cara con el espejo de mano, como si aún estuviera en los salones de Versalles y se ruborizara oyendo una galantería demasiado subida de color; pero en los esfuerzos que hacía por contener su risa, adivinábase que le resultaba muy chusca aquella frase.

Transcurrieron algunos minutos en absoluto silencio, y por fin la baronesa, serenándose, reanudó la conversación, como si no hubiese oído lo referente a Dumouriez.

—Antes, señor abate, os hablaba de Brissot y ya casi me había olvidado de preguntaros qué os parece ese folleto que contra él ha publicado ese periodista a quien llaman Camilo Desmoulins. Yo lo he leído y me parece una puñalada mortal, de la que no sé cómo podrá curarse vuestro ídolo. Mis tertulianos trajeron la otra noche un ejemplar del Brissot Desenmascarado y yo escuché la lectura con bastante gusto. Reconozco que ese señor Desmoulins tiene mucho talento y que su estilo mordaz e irónico, es verdaderamente temible. No quisiera tener por enemigo a ese satírico periodista. Qué cosas tan amargas le dice a Brissot sobre su juventud y su vida en Londres.

Y la baronesa, aunque decía estas palabras con naturalidad, no podía ocultar del todo el maligno placer que la producía herir con sus elogios a Desmoulins los más entusiastas afectos del abate, adorador idolátrico de Brissot.

—Efectivamente, señora baronesa —dijo Marchena con acento irritado— Camilo Desmoulins es un joven de talento, uno de nuestros primeros escritores; pero esto no impide que, como hombre, sea ligero en demasía, impresionable en sumo grado y que con la mayor facilidad, lleve a la discusión pública sus negocios particulares. Si vos supierais que ese mismo Camilo, que tan insultante y procaz se muestra ahora, ha sido uno de los más íntimos amigos de Brissot, ya no os merecería tan buen concepto su calumnioso folleto. Camilo ejerce la abogacía desde hace poco tiempo, está encargado de un pleito importante contra el Estado, y el haberse negado Brissot a insertar en su periódico un escrito del cliente de Desmoulins, ha sido suficiente para que éste le declarara cruda guerra publicando el calumnioso folleto. Lo que más me irrita en esta cuestión es ver que dos hombres notables por su talento, y de los cuales espera mucho la Francia, olvidan por completo el bien público y se insultan y despedazan por cuestiones puramente particulares.

—Esto demuestra, querido abate, que andan muy mal las cosas en el campo revolucionario. Vuestros grandes hombres se combaten y por esto resulta inútil el entusiasmo de esas masas desarrapadas, pues ellos se destrozarán, y sin necesidad de grandes esfuerzos, el rey recobrará sus antiguos derechos.

—Si las disidencias y las luchas personales son signos de próxima derrota, entonces temblad por los vuestros, señora baronesa. Allá en Coblenza está el ejército de los príncipes, la falange formada por todos los emigrados nobles. La discordia y la ambición no pueden ser mayores entre ellos. El rey a quien dicen defender resulta un personaje de quien nadie se acuerda, y su única preocupación es hacer la guerra de modo que no sufran los privilegios de la nobleza y que permita el ocupar a cada uno el puesto que cree corresponderle por su nacimiento. Todos se llaman allí voluntarios de la buena causa y pretenden combatir unidos y compactos, pero el duque quiere estar en todas ocasiones por encima del marqués, éste alega sus privilegios sobre el conde o el barón, y los dos últimos odian a todo el que se halla por encima de ellos, con lo que resulta que todos se maldicen, que nunca se entienden, y que transcurre el tiempo sin que puedan hacer nada de provecho esos rebaños de emigrados realistas que desde Coblenza amenazan un día y otro día a la nación francesa, no llegando nunca a invadirla. Ya veis, pues, señora baronesa, cómo en vuestro campo tampoco andan muy bien las cosas, y cómo no os faltan guerras civiles que imposibilitan el triunfo del realismo.

La baronesa comprendió que había hablado ligeramente transparentando su pensamiento, y por esto se apresuró a decir:

—¡Oh! ¡Por Dios, querido abate! Pensáis con demasiada ligereza al suponer que estoy interesada en que los negocios de Coblenza marchen perfectamente. Ya sabéis que a mí me interesa poco la política. Amo al rey y a su familia, pero mi deseo es que viva en paz con la nación, y que tanto el monarca como vosotros los entusiastas de la revolución no tengáis el menor rozamiento.

Y la astuta Amalia decía estas palabras con sencillez, como si expusiera en ellas todos sus sentimientos. Marchena, siempre distraído, y que además se preocupaba poco de las ideas políticas de la baronesa, no podía apreciar toda su astucia.

Volvió a reinar el silencio e iba ya a levantarse Marchena pidiendo permiso a la baronesa para retirarse e ir al salón de estudios en busca de sus discípulas, cuando entró la doncella anunciando una visita.

Era un caballero joven, con traje de camino y que decía acababa de llegar de Londres necesitando hablar con la señora baronesa.

Esta, que en el primer momento no pudo reprimir un gesto de alegría, al serenarse después, fingió admirablemente cierta extrañeza, diciéndose

a sí misma en alta voz, que bien podría ser aquel recién venido un recomendado de alguna de las amigas que tenía en Londres.

El abate Marchena, que deseaba ir cuanto antes en busca de sus discípulas, salió del salón sin fijarse en las explicaciones de la baronesa, mientras que esta, abandonando su espejito de mano, iba a sentarse en el estrado, adoptando una actitud majestuosa para recibir al desconocido.

III.- EL SEÑOR WILSON

No le pareció mal a Amalia Dampierre el joven que poco después entró en el salón. Era alto, gallardo, de aspecto decidido y resuelto, y además tenía un hermoso color moreno y una cabellera negra que caía rizada sobre sus hombros.

Poseía todas las condiciones físicas en que soñaba Amalia Dampierre cuando era joven y se veía asediada por los galanes de la corte, ganosos de merecer la alta honra de quitar al rey una de sus amantes.

La baronesa, con aquella mirada rápida y escudriñadora que la permitía verlo y apreciarlo todo en un solo minuto, fijóse en que el joven llevaba con cierto aire militar su levita de paño rojo, cerrada con alamares negros y con vuelillos de encaje en los puños; su calzón de punto gris perla, ajustado a la nervuda pierna marcando los atléticos y tirantes músculos, y sus charoladas botas con vueltas amarillas, rematadas con espuelas de acero y cubiertas en la parte baja de una capa de polvo que el joven sacudíase distraídamente con el extremo de su latiguillo.

Al entrar aquel desconocido de aspecto tan simpático, inclinóse con tanto respeto como si estuviera en presencia de una reina, dejó su sombrero sobre una silla y avanzando hacia la baronesa sin decir palabra, sacó de un bolsillo de su levita un objeto que dejó en manos de Amalia.

Era una escarapela de raso blanco, en cuyo centro estaban bordadas en oro las tres flores de lis de la casa de Borbón, rodeadas de una leyenda que decía: ¡El rey o morir!

Una sonrisa de confianza dilató el ajado rostro de la baronesa al examinar aquel objeto, que era para ella una contraseña bien conocida, y fijando su benévola mirada en el joven, díjole con amabilidad:

—Podéis sentaros, caballero. Estáis en vuestra casa, pues cuanto

tengo se halla siempre a disposición de los que sirven fielmente a la buena causa. ¿Cuándo salisteis de Londres, caballero?

—Hace cinco días, señora baronesa.

—¿Sois francés? Digo esto porque habláis perfectamente nuestro idioma.

—No, señora. Soy inglés, y mi nombre es Ricardo Wilson.

—Es extraño vuestro color en un hijo de la Gran Bretaña. Más bien parecéis un meridional.

—Eso consiste, señora baronesa —se apresuró a contestar el joven— en que he nacido a las orillas del Ganges y en que por mis venas corre también sangre que no es inglesa. Mi padre era un empleado de la Real Compañía de las Indias,

Que se casó con una señorita de Calcuta.

—Muy bien, señor Wilson —dijo la baronesa, que resultaba algo importuna cuando sentía excitada su curiosidad—. Vos seréis indudablemente militar; lo dicen vuestros ademanes marciales y ese aire de resolución que tenéis.

—No señora —contestó el llamado Wilson con sencillez y sin inmutarse por la penosa declaración que iba a hacer— nunca he tenido por profesión las armas. Mis padres me dedicaron al comercio, y estoy empleado hace ya muchos años en las oficinas de la casa Aise Gaseóme y Compañía, de Londres.

Y la baronesa exhaló con esta exclamación todo el desencanto que la producía ver convertido en un vulgar mercader al que momentos antes tenía por un militar valeroso, capaz de conmover el corazón de las bellas con las más asombrosas hazañas.

La altivez de la aristócrata dio señales de existencia ante aquel hombre de origen inferior, al que por la fuerza de las circunstancias recibía en su salón como a un amigo; pero pronto se tranquilizó la baronesa pensando que Wilson venía de Inglaterra, en la cual el comercio lo es todo y donde los hombres de más valía dedícanse a la importante empresa de recoger con mil pretextos el dinero de todos los pueblos, lo que hace a su nación la más importante del mundo.

—Decid, señor Wilson —dijo la baronesa después de una larga pausa dedicada a los anteriores pensamientos—, ¿qué encargos os han dado para mí? ¿Traéis alguna carta?

—No, señora baronesa. Las fronteras de Francia están muy vigiladas por el gobierno revolucionario; basta que uno inspire la más leve sospecha para que inmediatamente le prendan y le registren, y por esto mis principales han preferido darme el encargo de viva voz para que yo os lo repita.

—Hablad, pues.

—Lo que debo deciros es que podéis manifestar a la Señora, que el gobierno inglés está dispuesto a secundar a las potencias del continente, y que declarará la guerra a la Francia tan pronto como se le presente una ocasión, que ya está buscando por medios hábiles. Decid, además, que la casa de banca en que yo trabajo está dispuesta a hacer un empréstito a los emigrados para que estos hagan surgir la guerra civil en toda la Bretaña francesa, y especialmente en el departamento de la Vendée, donde los campesinos excitados por el clero se muestran muy dispuestos a tomar las armas contra las nuevas ideas que hoy dominan. Ya lo sabéis, pues, señora baronesa. Seguridad completa de que Inglaterra se unirá a la coalición de los reyes contra la Francia revolucionaria, y probabilidades de que muy en breve los campesinos con sus señores a la cabeza, se alcen en armas contra el gobierno haciendo la guerra con dinero nuestro. Creo que no tardaréis en comunicar tan agradables noticias a la Señora. He ahí todo el mensaje de que soy portador.

—Y bien, amigo mío —dijo la baronesa mirando fijamente al joven —. ¿Sabéis quién es la Señora? ¿Os han dicho los que os envían quién es?

—No, señora baronesa.

—Pero lo sospecháis, ¿no es eso, amigo mío?

—Hay cosas que se adivinan, aunque uno haga esfuerzos para no saberlas.

—¿Y quién creéis que es la Señora? —preguntó la baronesa bajando la voz y con tono misterioso.

—Creo que la Señora —repuso el joven con el mismo misterio— es la reina de Francia.

—No os desmentiré, amigo; pero creo innecesario manifestaros que sois poseedor de un secreto de Estado y que la tranquilidad de los reyes de Francia depende de vos. Creo que seréis discreto y que no revelaréis a nadie lo que sabéis.

—Señora —contestó Wilson con cierta solemnidad— juré no hace muchos días que después de decir mi mensaje a la baronesa de la Tour d'Argent procuraría no acordarme de las noticias de que soy portador, y lo que yo juro por mi conciencia de hombre honrado, jamás deja de cumplirse.

—Perfectamente, caballero Wilson; vuestra fidelidad será premiada algún día. La reina estará agradecida a vuestros servicios.

—No —se apresuró a decir el joven con cierta viveza—. No quiero el agradecimiento de nadie. Me basta con la satisfacción de haber cumplido lo que prometí. Cuando salga de esta casa, habré olvidado las noticias que acabo de daros, y por tanto es inútil que habléis de agradecimiento.

Amalia experimentó cierta extrañeza ante el apresuramiento con que Wilson había rechazado aquella promesa de agradecimiento por parte de la reina, pero consideró tal conducta como una muestra de excentricidad inglesa, y pasados algunos instantes de silencio, volvió a sus preguntas:

—¿No habéis encontrado en Londres alguna persona que os diera para mí encargos especiales?

—Sin duda la señora baronesa se refiere al joven conde de Beringel, del cual he tenido el honor de ser amigo.

—A ese me refiero. Renato es un joven amable, entusiasta defensor de la buena causa, y que antes de partir para Coblenza, dejó a mi cuidado a su hermana Margarita, que constituye toda su familia. ¿Sigue aún en Londres Renato?

—Allí le dejé. Hace más de un mes que llegó a Londres con el caballero de Noailles, encargado por los príncipes que están en Coblenza para solicitar recursos del gobierno inglés. Como la casa de banca a que pertenezco es la encargada del empréstito de los emigrantes, he visto a los dos señores con mucha frecuencia y especialmente al conde de Beringel, el cual se hace amar por su altivez caballeresca, que recuerda los buenos tiempos pasados.

—Así es —dijo la baronesa con cierto entusiasmo—. Renato es un fiel representante de la antigua nobleza y yo le aprecio y le distingo entre todos los jóvenes que antes sostenían aquí latente y poderosa la conspiración realista.

—El señor conde me habló con grandes elogios de vos, diciendo que siempre os estará agradecido por el servicio que le habéis prestado

recogiendo a su hermana, y al mismo tiempo me encargó que viese a la señorita Margarita y la saludase en su nombre.

—La veréis ahora mismo, señor Wilson. Está en la sala de estudios dando su lección de latín, pues como sabéis, por disposición de su difunto padre, Margarita ha de abrazar la vida religiosa. La pobre niña goza aquí de tanto cariño y atención como si estuviera en el seno de su familia. Vive feliz al lado de una sobrina mía a la que ella quiere como si fuese su hermana.

—Ah! —exclamó Wilson con expresión extraña—. ¡La señora baronesa tiene una sobrina!

—Sí, una hija de mi difunto hermano mayor, el marqués de Dampierre. Se llama Luisa y aún no hace un año que vive a mi lado. Antes estaba en el castillo de Dampierre al lado de mi hermano Antonio, que tenía con ella todas las atenciones propias de un tío cariñoso, pero esta maldita revolución, que poseída de una furia infernal quiere el exterminio de toda la nobleza, hizo que mi hermano fuese asesinado vilmente cuando el rey volvía prisionero de Varennes. Por cierto, señor Wilson, que tratando al conde de Beringel, es fácil que éste os haya hablado de otro sobrino mío, César Dampierre, el hijo único de mi desgraciado hermano Antonio.

—Sí; algunas veces me ha hablado del joven marqués de Dampierre, que, según parece, es grande amigo suyo y también entusiasta defensor de la buena causa.

—¿Le habéis visto en Londres?

—No; creo que se halla en Coblenza como oficial del ejército de los emigrados, pero tengo la seguridad de que si se levantara en armas la Bretaña, él iría a ponerse al frente de los campesinos. Posee condiciones para esta clase de guerra sanguinaria y feroz, pues tengo entendido que el señor marqués no se distingue por la bondad de su carácter.

—Esa es la verdad, caballero Wilson. Yo os debo manifestar que nunca he vivido en buenas relaciones con mi sobrino. Es rudo en demasía, y además posee muy agrandados todos los defectos que ya hacían intratable a mi hermano, que en santa gloria esté. Reconozco que es un buen servidor de los reyes, pero no quiero verlo por mi casa… En fin, estas son preocupaciones íntimas, asuntos de familia, odios particulares que datan ya de larga fecha y que no creo tendréis interés en

conocer.

Y la baronesa, después de algunos momentos de silencio, preguntó al joven por reanudar la conversación:

—¿Pensáis permanecer en París mucho tiempo?

—Ya que he hecho el viaje, quiero utilizarlo en favor de los asuntos de la casa a que pertenezco, y es posible que mis negociaciones con los banqueros de París me entretengan algunas semanas.

—Tendré mucho gusto en que visitéis con asiduidad esta casa, a pesar de que en estos tiempos, las reuniones de gentes de nuestra clase resultan sospechosas para los suspicaces revolucionarios; tengo mi tertulia formada todas las noches por algunos amigos antiguos que me son fieles. Podéis venir cuando gustéis, pues las puertas de esta casa estarán siempre abiertas para vos. Ahora, si os parece, pasaremos a ver a Margarita. La pobrecilla tendrá un gran placer en que le habléis de su hermano. Vive en el saludable aislamiento propio de una joven noble y cristiana, y tanto ella como mi sobrina, no cruzan su palabra con otros hombres que los que acuden a mi tertulia, gente toda de gran discreción e irreprochable moral. Además salen muy poco de casa. En ciertas tardes, les permito que paseen por el jardín del hotel, y como ahora sólo hay en las iglesias de París curas patriotas que han jurado fidelidad a la execrable revolución, no quiero que oigan misa como antes en San Germán de los Prados, y las pobrecillas, con harto dolor de su alma, quédanse muchos domingos sin asistir al santo sacrificio: no es fácil encontrar un cura injuramentado y enemigo del gobierno que se preste a celebrar en la capilla que tengo en casa.

El señor Wilson creyó del caso elevar los ojos con expresión de asombro, como si rogara a Dios que no prolongase por más tiempo las angustias y las penalidades de aquella dama cristiana y realista, contrariada a cada instante en sus más puros afectos.

—Yo bien quisiera —continuó la baronesa— dar mayor esparcimiento a las dos niñas de cuya dirección estoy encargada; tendría gusto en llevarlas algún día a Versalles, a Saint-Cloud o a los más hermosos paseos de París, principalmente por Margarita, que apenas si conoce la gran ciudad; pero, amigo mío, resulta tan grande la maldad en estos tiempos, que es imposible que una joven pura transite por las calles sin que espectáculos repugnantes la horripilen, empañando su inocencia. ¡Ah, señor Wilson! Vos sois forastero e ignoráis cómo vivimos aquí; pero

cuando os encontréis algunas semanas entre nosotros, quedaréis convencido de que todas las furias del infierno andan sueltas por París. Hace pocos días verificose la glorificación de los suizos de Chateauvieux. ¿No habéis oído hablar de esta fiesta horripilante?

El joven inglés hizo un gesto negativo y la baronesa continuó:

—Ya recordaréis lo ocurrido hace dos años en Nancy. Los soldados suizos del regimiento de Chateauvieux, en vista de que los absurdos derechos que la revolución daba a los ciudadanos no se hacían extensivos al ejército, y de que los oficiales les trataban con la altivez propia de jóvenes nobles, subleváronse contra sus jefes, pidiendo ciertas pagas que se les adeudaban. La sedición fue ahogada en sangre. La canalla suiza que tan entusiasmada se mostraba con la revolución, fue pasada a cuchillo en su mayor parte y los supervivientes fueron enviados a presidio, de donde acaba de sacarlos un decreto de esa Asamblea, verdadera reunión de locos. Un tal Maillard, antiguo ujier del Palacio de Justicia, que según parece hizo muchas atrocidades en la toma de la Bastilla, ha sido el encargado de organizar la glorificación de esos soldados que vuelven del presidio con tantos honores como si fuesen unos héroes. Hace pocos días verificose la solemne entrada de esos presidiarios en París. ¡Qué fiesta, Dios mío! ¡Qué ceremonias tan ridículas! ¡Cómo nos hemos reído en mi tertulia del aparato teatral y romano que revisten estas fiestas de los descamisados! Unas cuantas jovenzuelas de los arrabales iban vestidas con blancos velos como vírgenes vestales, abriendo paso a la comitiva y llevando por todas armas espigas de trigo, con las cuales les bastaba tocar a aquel público de papanatas para que estos se apartaran inmediatamente. ¡Qué farsa, Dios mío! Bayonetas les hubiera dado yo y no espigas para que empujaran a la estupidez curiosa que acude a presenciar tal clase de fiestas. Después marchaban las veinte secciones de París como un aquelarre haraposo, con sus picas, sus gorros colorados y sus grotescas banderas; seguíanles los héroes de la fiesta, los cuarenta suizos, ostentado como trofeos de gloria las cadenas que han arrastrado en presidio, y cerraba la marcha un catafalco de esos que idea el pintor David, ese artista loco que si fuese dueño de hacer su voluntad, nos vestiría a todos como los romanos del tiempo de Bruto. Además hubo en la fiesta, como no podía menos de ocurrir, el correspondiente himno de José Chenier, ese poetastro que deshonra a su hermano Andrés, el divino cantor de la buena causa

realista; y durante toda la carrera, la comitiva fue aburriendo al público con coros de guerreros, de ancianos, de madres, de hijos y no sé si de nietos. ¡Eh! ¿Qué tal os ha parecido la mascarada?

El grave Wilson creyó del caso corresponder a la descripción de la baronesa con una sonrisa en la que pretendía demostrar la lástima y el desprecio que le inspiraban las ceremonias revolucionarias.

—Todas las personas de entendimiento sano —continuó la baronesa— riéronse, como reís vos, al presenciar la tal procesión, digna de un martes de Carnaval. Sólo un poeta podría encontrarla hermosa, y por esto cuando la comitiva pasó por la calle de San Antonio, el anciano Beaumarchais salió al balcón de su casa para aplaudir con el gozo infantil de un octogenario aquel aparato ridículo en honor de la paz y de la fraternidad, esas dos palabrejas que siempre tienen en boca los revolucionarios.

—¡Beaumarchais! —murmuró Wilson con expresión pensativa—. ¿No es ese el autor de El Barbero de Sevilla?

—Sí; y también de su segunda parte, o sea, Las Bodas de Fígaro. Puede tolerarse El Barbero, pues al fin es una comedia de intriga, buena para pasar alegre una noche; pero por Las Bodas de Fígaro se debió ahorcar al autor, y así tal vez nos hubiésemos evitado la revolución. Yo asistí al estreno de esa comedia infame en el teatro del rey en Versalles. Toda la corte rió las agudezas del barbero sevillano y aplaudió a Beaumarchais, declarándolo grande hombre. ¡Ah, cuán imbéciles fuimos! Seguros de nuestro poder, gozábamos como el señor feudal que impulsaba a su bufón a que le dijera insolentes desvergüenzas; reímos con locas carcajadas al ver sobre la escena una sátira cruel e ingeniosa de nuestros privilegios y de nuestros defectos; aplaudimos al que nos ponía en caricatura, y en aquella noche célebre nadie llegó a pensar que Fígaro hablaría también en teatros menos distinguidos, que el pueblo escucharía con fruición las niveladoras enseñanzas del rapista español para ponerlas en práctica, y que llegaría un momento en que lloraríamos con lágrimas de sangre lo que tanto nos había hecho reír en el teatro de Versalles. Creedme, señor Wilson, la culpa de todo lo que hoy ocurre es de la corte de Luis XV, es de todos los que en ella figurábamos, que seguros de nuestra eterna prosperidad, nos reíamos de todo y aplaudíamos al enemigo, encontrando muy graciosos sus ataques. Si a Voltaire en vez de solfearle las espaldas los lacayos de Rohan le hubiesen cosido a

puñaladas; si Rousseau hubiera sido encerrado en una casa de locos; si a Diderot no lo hubiese sacado del castillo de Vincennes y a Beaumarchais le hubiesen ahorcado al terminar la representación de Las Bodas de Fígaro, es indudable que se habría evitado la revolución, o por lo menos retrasado en un centenar de años.

Quedó en silencio la baronesa como abrumada por el recuerdo de los desaciertos del pasado y poco después volvió a hablar:

—¡Pero cuán loca soy, señor Wilson! Estáis en pie esperando que os conduzca al gabinete de estudio de las niñas y me entretengo recordando desaciertos que ya son irremediables o haciendo la crítica de las mascaradas de esos descamisados a los cuales no hay que combatir con sátiras, sino a balazos. Dispensad, caballero, mi distracción y seguidme.

Y la baronesa, abandonando su sillón de seda azul, echó a andar majestuosamente y salió del salón.

El señor Wilson la seguía, y como era imposible que Amalia Dampierre pudiera verle, en el rostro de aquel inglés de tez morena marcábase una expresión de gozo no exenta de ansiedad.

IV.- QUIÉN ERA EL SEÑOR WILSON

Cuando la baronesa y su acompañante entraron en el gabinete de estudio, el bondadoso abate Marchena estaba muy ocupado en enumerar a sus discípulas las principales bellezas de la Eneida, de Virgilio, mientras que las dos jóvenes, poco sensibles a las sublimidades clásicas, oían a su profesor como si lloviera y se entretenían en alinear sobre la mesa pajaritas de papel formadas rápidamente entre sus ágiles dedos.

Bastó que apareciera en la puerta del gabinete la imponente figura de la baronesa, para que aquel par de cabecitas graciosas abandonasen su gesto de señoritas traviesas y alegres, adoptando el mojigato aspecto de novicias, al mismo tiempo que las pajaritas de papel desaparecían como por arte mágico, de encima de la mesa, hábilmente escamoteadas.

Marchena cesó en su explicación, y al ver al señor Wilson levantóse para corresponder a su saludo y se quedó contemplando fijamente aquella cara, como hombre en cuya memoria despiertan recuerdos confusos difíciles de desenmarañar.

Mientras tanto, la baronesa hablaba a Margarita Beringel, diciéndola que aquel caballero deseaba verla de parte de su hermano; esta presentación fue de gran utilidad para Luisa Dampierre, pues así no pudo fijarse su tía en la palidez y la confusión que se notaba en su rostro desde que había entrado en el gabinete el inglés.

Wilson, con su rígida cortesanía y la frialdad de su expresión, demostraba ser un buen hijo de la vieja Inglaterra, que no desmentía las tradiciones acerca del carácter ceremonioso y áspero de sus compatriotas.

Apretó la mano de Marchena con tanta brusquedad que el abate estuvo próximo a quejarse; saludó con reverencias violentas y profundas a las dos jóvenes y después quedose erguido como un soldado en gran parada, al lado de la baronesa.

El más profundo observador no hubiera encontrado en él rastro de la menor emoción. Miraba a todos con fría amabilidad y sus ojos no se fijaban especialmente en ninguna persona determinada.

Todos le resultaban indiferentes por igual, y la educación era lo único que le hacía mostrarse amable y atento. En cuanto a Luisa, resultaba inexplicable la palidez de sorpresa que había mostrado al ver a Wilson, pues éste en quien menos se fijaba era en ella.

La baronesa servía como de intermediaria entre Wilson y Margarita y ella era más que el inglés la que daba noticias de Renato Beringel.

Toda aquella escena, que duró una media hora, tuvo dos testigos mudos:

Marchena y Luisa.

El abate miraba al inglés con creciente curiosidad. Nada le irritaba tanto como que su memoria le fuese infiel, y además se preciaba de gran fisonomista.

Él había visto alguna vez aquella cara. ¿Dónde diablos había sido? Por más esfuerzos que hacía no lograba recordarlo y esto es lo que excitaba su mal humor.

Buen pájaro debía ser aquel inglés cuando la baronesa le trataba con tanto afecto y venía de Londres trayendo recuerdos de emigrados realistas.

Sin duda era un conspirador, un enemigo de la revolución, que, a existir en París verdadera policía, debería estar encerrado a aquellas horas en la cárcel. ¡Y pensar que aquel hombre sospechoso lo conocía él! ¡Y entrar un amigo de Brissot en aquella casa donde indudablemente se estaba en relación con los emigrados y se conspiraba contra el gobierno!

Estas consideraciones aumentaban el mal humor de Marchena y a esto era debido que permaneciese en aquella conferencia en actitud reservada, contestando con gran laconismo a las palabras de la baronesa y con la misma actitud de un can receloso, más dispuesto a morder que a dejarse acariciar.

En cuanto al otro personaje mudo, que era Luisa, no daba señal alguna de existencia.

Después de aquellas muestras de turbación, había inclinado la cabeza y permanecía con la mirada fija en el suelo, como si temiera a los ojos de Wilson, el cual, por su parte, no se dignaba mirarla.

El inglés sólo se había fijado por breves instantes en la joven.

—Esta es mi sobrina Luisa Dampierre —había dicho la baronesa.

—Hermosísima joven: os felicito baronesa —había contestado el señor Wilson, fijando en Luisa una mirada tan rápida como ardiente, que hizo ruborizar a la joven.

Después el dependiente de la casa británica sólo se ocupó de Margarita Beringel, la cual, con su eterno aspecto de resignación, oía todas las noticias de su hermano y algunas veces se aventuraba a hacer una pregunta con timidez propia de colegiala.

El señor Wilson se mostraba muy optimista al hablar de aquellos nobles señores que estaban en la emigración y lo enviaban como mensajero.

No cabía duda alguna: la buena causa estaba próxima a triunfar. La maldita revolución sería vencida, los antiguos derechos del rey quedarían restaurados y la aristocrática emigración volvería a sus hogares para gozar todos los honores y mercedes que lleva consigo el triunfo.

Y el señor Wilson presagiaba para Renato Beringel un porvenir glorioso, sin que por esto brillase la alegría en la melancólica faz de Margarita, para la cual todo era indiferente, segura ya de que debía vivir y morir en un convento.

El joven inglés, que a pesar de su cortesía rígida y ceremoniosa, mostrábase locuaz en extremo, habló también de César Dampierre, anunciando a la baronesa que su sobrino reportaría igualmente mucha gloria a la familia; pero al mismo tiempo que decía esto a la altiva Amalia, miraba con el rabillo del ojo a Luisa Dampierre, que cada vez se mostraba más confusa y lanzaba furtivamente ávidas miradas, como si en el inglés encontrase algo que la ponía en crueles dudas, o más bien como si no acertara a poner en relación sus palabras con su rostro.

En cuanto al abate Marchena, oía cada vez más escandalizado a aquel joven que se atrevía a hablar tan descaradamente contra la revolución, y que en presencia de un amigo de los gobernantes no se recataba en asegurar que el triunfo de la tiranía estaba muy próximo.

—Es un agente realista —decíase el abate haciendo esfuerzos para ocultar su indignación—. Obraría yo como un mal patriota si diera al olvido este encuentro casual y no siguiera la pista a este joven, que me parece muy peligroso. Nada me importa haberle conocido en casa de la

baronesa. De todos modos ya me va resultando insufrible la conducta de esta señora, que finge no ocuparse de política, mientras que sus actos y sus palabras la delatan como la más terrible conspiradora del barrio de San Germán.

Y el abate proponíase no dejar salir solo de allí a aquel hombre y estaba dispuesto a acompañarle y enterarse de cuál iba a ser su alojamiento en París, aunque su conducta resultara inoportuna.

Cuando la conversación entre la baronesa, Margarita y Wilson comenzó a languidecer, éste pidió permiso para retirarse y entonces miró fijamente por primera vez a Luisa, la cual pareció encontrar en aquellos ojos algo que le era muy conocido de antiguo y cuyo hallazgo saludó con una ligera sonrisa.

La baronesa volvió a rogar al señor Wilson que no dejase de acudir alguna noche a su tertulia, pues sus amigos tendrían gran gusto en conocerle, repitiendo una vez más que toda la casa estaba completamente a su disposición.

Tras el inglés salió Marchena apresuradamente, abandonando a sus discípulas y a la baronesa con el pretexto de que había transcurrido mucho tiempo en aquella visita y él tenía ocupaciones urgentísimas.

Wilson y el abate atravesaron juntos el jardincillo que existía frente al hotel de la baronesa, y al llegar a la calle detúvose el joven inglés, diciendo a Marchena con cierta socarronería:

—¿Hacia dónde os dirigís vos?

—Yo, a cualquier parte, no tengo ninguna ocupación inmediata. Tendré mucho gusto en acompañaros.

—Gracias —contestó Wilson, volviendo a sonreír con expresión socarrona—, Prefiero ir solo.

—Sin embargo —dijo el abate, que se esforzaba en mostrarse amable y servicial— sois extranjero, desconocéis París y no perderéis nada en que una persona de mi experiencia os acompañe. Permitidme, pues, que os moleste con mi pobre auxilio.

Wilson, sonriendo siempre, hizo un movimiento de hombros, como indicando que estaba resignado a sufrir la pegajosa amabilidad del abate, y ambos siguieron la calle en dirección contraria al Sena, no deteniéndose hasta llegar al mercadillo de San Germán.

Allí se paró el inglés, y mirando fijamente a Marchena, díjole con una

expresión que pretendió hacer aterradora:

—Vamos a ver, señor abate, ¿por qué me mirábais con tanta atención en casa de la baronesa y por qué me seguís examinando ahora? ¿Es que la Municipalidad os da algún sueldo para que vigiléis a los extranjeros sospechosos?

Estas palabras las dijo Wilson en correcto español y el abate quedó asombrado, más que por la acusación que le dirigía, por oírle emplear tal lenguaje.

—¿Sabéis, señor Wilson, que habláis perfectamente el castellano?

El aludido contestó con una sonrisa y el asombro del abate fue en aumento cuando le oyó decir:

—Eso nada tiene de extraño, si se tiene en cuenta que yo soy tan inglés como vos.

—¿Entonces no os llamáis Wilson?… ¿Sois un inglés falsificado?

—Eso mismo, señor Marchena: soy inglés en casa de la baronesa porque así me conviene, pero fuera de ella soy… ¿A ver si adivináis quién soy? Ya que hace poco rato me examinabais atentamente, encontrando sin duda en mi rostro algún vago e inexplicable parecido, tomaos el trabajo de adivinar a quién me asemejo y de ahí sacaréis como consecuencia mi patria y mi nombre.

Estas palabras acabaron de aumentar el asombro del abate. No se había engañado él al primer golpe de vista. Aquella semejanza vaga que él había entrevisto, existía, según declaración del mismo interesado, y a Marchena le bastó reflexionar algunos minutos rebuscando en su memoria para ver inmediatamente la luz.

—Ya sé a quién os parecéis. Vuestra cara es semejante a la del coronel Andrés María Guzmán, cuando tendría vuestra edad. ¿Sois su hijo?

Bastó una sonrisa y un ligero movimiento de aprobación para que el abate estrechase amigablemente al joven entre sus brazos.

—Cuánto deseaba conocerte; aún no hace dos horas hablaba de ti a tu padre y por él supe que habías salido de Inglaterra y que ibas a llegar a París de un momento a otro. El exacto parecido que tienes con tu padre me llamó la atención desde el primer instante, ¡pero cómo diablos iba a conocerte no habiéndote visto nunca y encontrándote en una casa como la de la baronesa, que no es el sitio más adecuado para un buen patriota!

—También sois vos, amigo Marchena, amante de la revolución, y, sin embargo, vais a ese hotel con bastante frecuencia.

—Yo es diferente, pues voy allí en cumplimiento de mis deberes profesionales… ¿Pero qué misteriosa causa te ha impulsado a presentarte en aquella casa como agente realista, conquistando las simpatías de la baronesa?… No me lo digas, no me lo digas; quiero adivinarlo. Indudablemente es el amor, el pícaro amor que trastorna el seso a todos los jóvenes, el que te ha obligado a ese fingimiento. Cuenta, muchacho, cuenta. Si estuviera aquí tu padre, él te diría el entusiasmo que siempre me has inspirado, aun sin conocerte, y el gusto con que he oído siempre la relación de tus aventuras. Presumo que en tu extraña presentación en casa de la baronesa se oculta algo interesantísimo y espero con ansia que me lo reveles si no es para ti un secreto.

Y el inquieto abate agarróse nerviosamente de un brazo de Guzmán, como dispuesto a no soltarle hasta que conociera toda su historia.

—Yo voy a casa de mi padre —dijo Félix—. Ya sabéis que vive en la calle de San Honorato, y por tanto, si no es este vuestro camino, dejaremos mi historia para otro día.

—Hasta el infierno iría yo contigo, con tal que me relatases lo que tanto deseo oír. ¿Acaso no te inspiro confianza?

—Nada de eso, querido abate. Sé que sois antiguo amigo de mi padre y aún recuerdo que éste me habló de presentarme a vos antes de mi marcha a Inglaterra. Os lo diré todo, ya que parecéis interesado tanto por mis cosas, lo que siempre causa cierta satisfacción; pero os ruego que guardéis en secreto cuanto os diga, no revelándolo ni aun a mi padre, pues me conviene tener franca la entrada en casa de la baronesa, y cualquier indiscreción podría serme fatal.

Los dos hombres dirigiéronse hacia el Puente Nuevo lentamente, para pasar el Sena e ir a la calle de San Honorato. Después que el abate hubo terminado una serie de promesas que garantizaban el silencio con que guardaría el secreto, Félix Guzmán comenzó su relación:

—He vivido en Londres, como sabéis, diez meses. Después de la matanza del Campo de Marte, tuve que huir de la persecución de aquella Municipalidad reaccionaria, y me refugié en Inglaterra recomendado a algunos patriotas británicos que simpatizaban con nuestra revolución. Innecesario es que os cuente cuál ha sido mi vida en la ciudad de las

nieblas. He vivido como todos los emigrados, sufriendo la nostalgia del país y deseando volver cuanto antes a Francia, a la que considero como mi segunda patria. En Londres he visto a los amigos de Tomás Payne, los que en Inglaterra se muestran partidarios de la república, y de ellos he recibido un encargo para Brissot, a quien admiran mucho.

—¡Para Brissot! —exclamó el abate con alegría—. Esta misma noche le verás, querido joven. Y aunque resulte curiosa mi pregunta, ¿qué encargo es ese?

—Ya hablaremos de él más adelante: ahora seguid escuchando si es que deseáis conocer mi historia. Apenas supe por mi padre el cambio que las últimas elecciones habían impreso a los destinos de la Francia, me propuse volver a París, confiando en que la Municipalidad ya no me perseguiría, figurando como figura entre sus individuos mi amigo Danton. Mi padre me envió dinero para emprender el viaje, y yo salí una mañana de Londres, montado en un caballejo, espada al cinto y con un par de pistolas en el arzón, pues los caminos de Inglaterra están más abandonados que los de Francia, la miseria es allí mucha, y de Londres al puerto de Douvres, lo más fácil es encontrarse algún entusiasta anglicano que, apuntándoos con el arcabuz y en nombre del Dios de la Biblia, os pida la bolsa para socorro de sus necesidades.

Aún no hacía dos horas que galopaba por la desierta carretera, cuando me encontré con otro jinete, cuyo rostro no me era desconocido. Nos saludamos cortésmente, trabamos conversación igualando el paso de nuestras cabalgaduras, y a los pocos momentos vine en conocimiento de que si el rostro de aquel joven no me resultaba extraño era porque le había visto varias veces en la casa de banca que me pagaba las letras enviadas por mi padre, y en la cual servía él de dependiente. Llamábase Ricardo Wilson, tenía algunos años más que yo y en su rostro notábase la expresión astuta y reservada del perfecto negociante.

Aquel hombre en el escritorio debía resultar un águila, pero viajando por un camino de Inglaterra, era un tímido ratoncillo que se asustaba de cualquier cosa.

El tal Wilson me hizo pasar un viaje delicioso. Al principio hay que confesar que me divertía algo con sus temores, viendo la expresión de espanto con que miraba los bosques y los setos, como si de un momento a otro fuesen a surgir de ellos los cañones de una docena de carabinas. Los escasos transeúntes que encontrábamos en el camino parecíanle

bandidos disfrazados, y es seguro que a no haberme visto antes varias veces en su oficina, mi persona le hubiese inspirado terribles sospechas. Aquel viaje lo hacía contra su voluntad, obligado por sus principales y dándose a todos los diablos por haber perdido la cómoda calma de que gozaba en su escritorio de la Cité.

El motivo de aquel forzado viaje, que él guardaba en secreto, no tardó en interesarme, aumentándose mi curiosidad cuando él me hizo ciertas preguntas. Creyéndome francés, comenzó a sondear mis opiniones políticas, diciendo a continuación, que ya que había estado tanto tiempo lejos de mi patria, forzosamente debía ser realista.

—¿Y tú qué dijiste entonces? —interrumpió el impaciente Marchena.

—Dejé hablar a Wilson sin afirmar ni negar mi supuesto realismo, y mi compañero de viaje, teniéndome ya decididamente por un emigrado, comenzó a nombrar a los señores franceses que él había conocido en Londres y en especial al joven conde de Beringel, a quien había visto varias veces en su oficina. A pesar de la característica astucia de aquel negociante inglés capaz de ocultar la verdad bajo la capa del más absoluto disimulo, yo no tardé en adivinar que su viaje tenía por objeto alguna misión política. Sin duda el miedo que le inspiraban los peligros del camino y que le hacían confiar en mí como en un valeroso protector, era la principal causa de que no mostrase su habitual astucia y fuese imprudente hasta el punto de que se trasluciera un secreto que indudablemente le convenía guardar.

Cerca de Douvres, al anochecer, ocurrió lo que tanto temía Wilson. En una revuelta del camino vimos brillar un relámpago sobre un seto inmediato, el estampido de tres o cuatro carabinas conmovió el espacio y el caballo de mi compañero se desplomó, arrastrando en su caída al jinete, que no pudo levantarse del suelo. Saqué las pistolas del arzón, en el mismo instante que dos hombres andrajosos saltaban al camino; hice fuego, huyeron aquellos miserables y quedé dueño del campo, teniendo a Wilson cerca de mí sofocado por el peso de su muerta cabalgadura y lanzando gemidos de dolor.

Estaba herido. La descarga que había muerto a su caballo habíale tocado a él, pues tenía una herida en el pecho, de la que manaba sangre en abundancia. Desmonté, puse a Wilson cuidadosamente sobre la silla de mi caballo, y emprendí con lentitud la marcha hasta encontrar cerca del camino una granja, en la cual se prestaron al infeliz joven toda clase

de auxilios.

Wilson estaba en gravísimo estado. Su desgracia y la timidez que antes había mostrado hacíanle simpático a mis ojos, y además me interesaba descubrir su secreto desde que le había oído hablar del conde Renato Beringel.

—Vos, señor Marchena, no comprenderéis en qué pueden interesarme a mí los asuntos de ese conde, al que apenas conozco; pero basteos saber que todo cuanto él haga, es para mí de cierta importancia, pues acostumbro a cuidar de los intereses de los amigos como de los míos propios.

Corrí a todo galope de mi caballo a la ciudad de Douvres en busca de un médico para mi pobre amigo, y cuando el doctor llegó a media noche a la granja, adquirí el convencimiento de que la vida de Wilson sólo duraría hasta el amanecer.

Al pobre joven no se le ocultaba esta terrible verdad. Conocía que iba a morir y manifestó deseos de quedarse a solas conmigo para revelarme ciertos secretos de importancia.

Nunca experimenté sorpresa tan grande como la que tuve en aquella rústica habitación. Las palabras de aquel moribundo me parecieron un ensueño de mi deseo. Si estuvierais enterado, señor abate, de las interioridades de mi vida en París antes de partir para Inglaterra, comprenderíais la inmensa sorpresa que experimenté al oír que el agonizante Wilson me suplicaba en nombre del cielo que apenas llegar a esta ciudad fuese a casa de la baronesa de la Tour d'Argent, señora que me recibiría con gran amabilidad apenas le mostrara una contraseña que aquel desgraciado me entregó.

Con voz balbuciente fue revelándome el secreto de que era poseedor o más bien el mensaje verbal que le habían encargado sus principales y que era lo que le obligaba a hacer el viaje a París.

—¿Y qué era ello? —preguntó Marchena con su expresión de curiosidad excitada—. Habla con franqueza, hijo mío; ya sabes que seré callado como un muerto.

—No puedo, me es imposible. Antes de que Wilson me hiciera poseedor de su secreto, obligóme a jurar por mi honor que apenas repitiese sus revelaciones a la baronesa de la Tour d'Argent, procuraría olvidarlas para siempre. Comprendo que el infeliz joven tomase la

acertada precaución de hacerme jurar. Era tan importante su secreto, que únicamente lo reveló impulsado por la urgencia que le habían recomendado sus principales y creyéndome un decidido realista. Ya que mentí pasando en política por lo que estoy muy lejos de ser, no queráis ahora que sea perjuro y falte a la sagrada promesa que hice a un hombre que está ya en la tumba.

—Eso —dijo Marchena con la testarudez que siempre acompañaba su curiosidad— eso que haces será muy noble, muy digno, pero nada tiene de patriótico. Juraría yo por mi parte, que ese secreto que te revelaron, debe ser la trama de alguna conspiración reaccionaria, y tú, como buen hijo de la revolución, debes revelar a nuestros gobernantes todo lo que sepas.

—Nunca incurriré en tal vileza —exclamó Guzmán con energía—. Juré olvidar y he olvidado; es, pues, inútil que se intente hacerme hablar. Además, para tranquilidad vuestra, querido abate, debo manifestaros que yo no creo gran cosa en el poder de estas conspiraciones reaccionarias. La nobleza emigrada anuncia con gran aparato los planes que piensa realizar, pero yo no creo en sus esfuerzos y tengo la certeza de que esa protección de las grandes potencias, que ellos tanto cacarean, tiene más de ficticia que de real.

—Guarda tu secreto, ya que así lo deseas —repuso Marchena con visible malhumor.

—Sí lo guardaré, porque no sólo me conviene obrar así para cumplir mi juramento, sino porque quiero tener franca la entrada en casa de la baronesa.

—¿Y qué interés es el tuyo? ¿Es que tienes gusto en seguir fingiendo tu papel de conspirador realista?

—No parece, querido abate, sino que todos los que entran en aquella casa han de ser precisamente enemigos de la revolución. ¿Cómo es que vos vais allí todos los días?

—Voy por deber y no por capricho: voy porque soy pobre y en alguna parte he de ganarme el pan. Tengo allí a mis discípulas.

—Pues, precisamente esas mismas discípulas son las que me atraen a mí también. No creáis por esto que quiero quitaros vuestra plaza de profesor. Sólo aspiro a dejaros con la mitad de la escuela, pues pienso que alguna de esas dos señoritas preferiría conversar con un joven como

yo, a oír la fastidiosa lectura de los clásicos latinos.

—¡Ah, tunante! —exclamó Marchena riendo bondadosamente—. Sin duda te has enamorado de una de mis discípulas en el corto tiempo que las has visto. Tu corazón es inflamable y esto no me extraña. Tienes a quien parecerte: tu padre cuando tenía tu misma edad era incapaz de ver un rostro bonito sin enloquecer inmediatamente por él y mostrarse dispuesto a hacer toda clase de diabluras…

Conque vamos a ver, muchacho: ¿cuál de mis dos discípulas es la que ha tenido el honor de interesar tan por completo al señor Wilson? ¿Ha sido Margarita Beringel? ¿Te gustan a ti esas muchachas de carácter melancólico y aire monjil que parecen aborrecer el mundo?

—No, querido abate. Es la otra, la sobrina de la baronesa, la que es dueña de mi corazón.

—¡Ah!, ¿conque es Luisa? En gracioso diablillo te has fijado. Su corazón es tan hermoso como su rostro, pero a veces traviesa como un muchacho y me hace pasar muy malos ratos. Si la conocieras tanto como yo…

—No, querido abate, la conozco más que vos y antes que supierais que existía en el mundo.

Marchena acogió con un gesto de cómica extrañeza aquella noticia inesperada, y Guzmán dijo después de una corta reflexión:

—Como vos tenéis alguna influencia en aquella casa y forzosamente habré de solicitar en ciertas ocasiones vuestra protección, voy a seros franco para que sepáis de una vez el interés que tengo en ser bien recibido por la baronesa sin llegar a inspirarla sospechas.

Y Félix, en breves palabras, relató a su viejo amigo la historia de sus relaciones con Luisa Dampierre, desde que la encontró junto al castillo incendiado, hasta que hubo de abandonarla en la misma noche de la matanza del Campo de Marte.

Marchena quedó estupefacto por el asombro, al saber que su joven amigo conocía desde tanto tiempo a Luisa y no le causó menos admiración la facilidad con que Guzmán sabía mostrarse frío e indiferente en presencia de su amada.

—¡Ah, diablo! —exclamó el abate— ahora lo comprendo todo. Ahora me explico el verdadero significado de ciertas palabras que algunas veces he sorprendido en la conversación de mis discípulas. No

dejaba de chocarme la expresión misteriosa de las dos y las ojeadas significativas que cambiaban al hablar de Londres. Sin duda, Luisita estaba enterada de tu fuga y tu permanencia en aquella ciudad. ¿No es eso, querido Félix?

—Sí; así fue, respetable abate. Huí de París sin tener tiempo para despedirme de ella, sin decirle adonde me dirigía. Acababa de dejarla cerca del hotel de la baronesa, después de los trágicos sucesos del Campo de Marte, cuando ya iban en mi busca los agentes de la Municipalidad. Así que llegué a Londres, me apresuré a escribir a Luisa, dándole cuenta de todo lo ocurrido y rogando que tuviera la suficiente energía para sobrellevar tal contratiempo. Luisa fue tan buena, que me contestó.

—¿Y cómo era eso? —interrumpió Marchena—. ¿Cómo os lo arreglabais para sostener esa correspondencia sin que se apercibiera de ello la baronesa?

—Teníamos un auxiliar dentro de la casa. Contábamos con la protección de Antonia, una vieja criada que quería mucho a Luisa, y en la que tenía la baronesa absoluta confianza.

—Sí, he oído hablar de esa sirvienta; pero yo no la he conocido.

—Murió hace ya algunos meses a consecuencia del susto que la produjeron los sucesos del Campo de Marte y desde entonces que nuestra correspondencia quedó interrumpida. Hemos estado cerca de ocho meses sin poder escribirnos y sin que ella supiera nada de mí. Yo sí que he sabido de Luisa, pues algunas veces, burlando la vigilancia de su tía, enviábame una carta, que era para mí de un valor inestimable, ya que durante una semana hacía que yo me considerase como el más feliz de los mortales.

—Debe haber sido, pues, muy grande su sorpresa al verte aparecer repentinamente disfrazado de inglés y en la misma casa de su tía.

—Así debe haber sido, pero Luisa es mujer acostumbrada al sufrimiento y sabe ocultar tan diestramente sus alegrías como sus penas. Cuando yo entré allí, el único temor que me agitaba era que Luisa no pudiera ocultar su sorpresa, y que su emoción vendiera nuestro secreto; pero ella ha sido fuerte tal como yo me prometía, la baronesa de nada se ha apercibido y seré el más feliz de los hombres teniendo entrada franca en aquella casa, donde no faltarán ocasiones para hablar con mi Luisa.

Marchena hizo un gesto de disgusto.

—Muestras sobrado entusiasmo por esa joven —exclamó—. ¿Es que piensas dedicarte en absoluto al amor y no ser un patriota activo y resuelto como antes de partir para Inglaterra?

—No os enfadéis, respetable amigo —dijo Guzmán sonriendo—. Me siento tan patriota como antes, pero no soy un lacedemonio; soy un español, soy joven y creo que sin perjuicio de la revolución ha llegado para mí la hora de amar.

—Ama cuanto quieras, pero no olvides que los hombres como tú tienen el deber de prestar sus servicios a las ideas que defiendan. ¿Decías que eres portador de noticias para Brissot?

—Sí; los clubs de Londres que simpatizan con la revolución, me han dado varias cartas para el célebre republicano.

—Pues bien, esta noche vendrás conmigo a casa Roland, el ministro del Interior, y verás a nuestro grande hombre. Allí se recibe siempre con agrado a los jóvenes de valía como tú lo eres. No tuerzas el gesto. Sé que eres grande amigo de Danton y uno de sus más entusiastas admiradores. Adórale cuanto quieras, no me opongo; yo también soy amigo suyo y le estimo; pero esto no debe impedir que tú conozcas a los girondinos y los aprecies, confesando entonces que no son tan censurables por su tibieza revolucionaria, como afirma todos los días ese sucio Marat en su Amigo del Pueblo. Quedamos, pues, que esta noche vendrás a casa Roland. ¿No es eso?

—Sí iré. Forzosamente he de ver a Brissot, a quien venero como uno de los hombres más puros, y lo mismo me importa verlo en casa Roland que en otra parte. Yo voy ahora a casa de mi padre. Si os parece podremos reunimos esta noche en el café de Foy y de allí me Nevaréis a casa madama Roland.

—Estamos conformes, y puesto que nos hallamos ya en la calle de San Honorato, cerca de la casa de tu padre, te dejo, pues comprendo que tu inesperada entrada producirá gran emoción y en esta clase de actos siempre resulta importuna la presencia de los extraños.

—Permitid, abate: una pregunta antes de marcharos. ¿Conocéis vos a Santiago Vadier? Es un capitán de la guardia nacional retribuida, que pertenece al Estado Mayor de Lafayette.

—No, no lo conozco. Y, sin embargo, ese nombre despierta cierto eco en mis oídos. De seguro que no es la primera vez que lo he escuchado…

¿Pero tienes mucho interés en encontrarle?

—Es un amigo, al que quiero como si fuera un hermano. Dos veces me ha salvado la vida y hace ya mucho tiempo que nada sé de él… Ahora que recuerdo, Brissot era también amigo de él; esta noche le preguntaré acerca de su paradero.

Marchena y Guzmán se estrecharon las manos y despidiéronse hasta la noche, prometiendo encontrarse en el café de Foy.

El abate parecía preocupadísimo, como si rebuscase en su memoria un recuerdo rebelde, y ya se había alejado algunos pasos del joven, cuando le llamó volviendo a él repetidas veces.

—¡Ya lo tengo!, ¡ya lo sé! —exclamó Marchena muy alborozado.

—¿Qué es lo que os sucede, abate? ¿Habéis perdido la razón?

—La memoria creía haber perdido; pero gracias a Dios todavía se conserva firme. Ya sé dónde he oído el nombre de Santiago Vadier, de ese amigo de quien me hablabas.

—¿Le conocéis?

—Nunca le he visto, pero su nombre lo oí de labios de Margarita Beringel, un día que entrando en el cuarto de estudio la sorprendí hablando confidencialmente con Luisa.

Guzmán acogió estas palabras con una sonrisa de satisfacción.

—No me extraña eso que decís, señor abate. Margarita hace muchos años que conoce al capitán Vadier; pero esto no impedirá que cuando yo encuentre a mi amigo, el pobre se alegre mucho al saber dónde se halla la hija del conde de Beringel y que esta se acuerda todavía de sus infelices amigos de la infancia.

V.-EL SALÓN DE MADAMA ROLAND

Antes de que la revolución surgiera en Francia, cuando la corte vivía tranquila segura de su poder y el pueblo agitábase con los primeros estremecimientos de fiebre sediciosa, que sólo hubiesen podido adivinar ojos más observadores que los de los reyes, vivía en París, en una vieja casucha situada en un extremo de la isla de la Cité, un modesto artista, un experto grabador, llamado Graciano Philipon.

Su mujer y una hija de corta edad constituían toda su familia, y aquel matrimonio que en la escala social ocupaba el término medio entre el artista y el artesano, vivía feliz y contento con su suerte, rindiendo una especie de culto idolátrico a la pequeña Manon, fruto de sus amores, linda, graciosa y muy notable por la precocidad de su inteligencia.

Aquella niña, hija de unos pobres artistas, había de llamarse por el tiempo madama Roland y pesar mucho en los destinos políticos de su patria. Los reyes, que vivían en Versalles gozando todas las dulzuras de su poder omnipotente, estaban muy lejos de imaginarse que andando el tiempo había de arrebatarles la corona y excitar al pueblo en favor de la república, una chicuela que por entonces correteaba en los sombríos y húmedos pasadizos de un caserón de la Cité o pasaba las horas al lado de su padre, inmóvil y atenta aprendiendo el manejo del buril y ejecutando algunos pequeños trabajos con una maestría impropia de sus años.

La pequeña Mariquita Philipon tenía desde pequeña el presentimiento de que había de figurar en el mundo y mostraba importancia personal y cierta ambición literaria en su modo de hablar o de escribir.

Era todavía una rapazuela y cuando su madre la enviaba a comprar ensalada o perejil a las tiendas del barrio, lo hacía con tanto decoro, con tan espontánea dignidad, que todas las verduleras la respetaban instintivamente, tratándola cual si fuese una princesa.

Pronto abandonó el buril y los modestos encargos de su padre. Había nacido para buscar la gloria, presentía cuál iba a ser su destino y por esto en vez de grabar tapas de reloj o cincelar alfileteros o cajitas, lanzóse de lleno en el estudio y tanto llegó a dominarla la lectura, que sus libros favoritos la acompañaban a todas partes.

A los doce años llevaba a la iglesia las Vidas de los Hombres Ilustres, de Plutarco, y leía en esta obra como si fuese un devocionario: Fenelon la hizo llorar: Tasso, el gran bardo del cristianismo, exaltó aún más su imaginación: tuvo épocas en que le entusiasmó el tierno misticismo de San Francisco de Sales; pero el continuo estudio de Voltaire, Diderot y Holbach la hicieron retroceder en este peligroso camino, la impulsaron a mirar cara a cara a las religiones; sobrepúsose en ella el raciocinio a la imaginación y después de ser mística y soñadora, fue filósofa y entusiasta por la crítica racionalista. Aquellas lecturas continuas y mal digeridas en que las obras de tendencia más diversa, iban lastimosamente mezcladas, y aquella imaginación ardiente, tornadiza, que el estudio no podía enfrenar, hacían que dentro de la joven existieran siempre frente a frente y en continuo combate, dos distintas tendencias, y que su carácter dúctil e influido constantemente por las diferentes lecturas, cambiase a cada momento. Tan pronto impresionada por la lectura de la Vida de los Santos quería alcanzar la perfección divina y se arrojaba a los pies de su madre pidiéndola con lágrimas que la llevase al convento del arrabal de San Marcelo, donde pasó algunos años de su adolescencia, como ya en el claustro, influenciada por Plutarco, sueña en las grandes mujeres de la historia y quiere ser como las espartanas o como la madre de los Gracos en Roma.

Aquella época de voluntaria reclusión, fue la más feliz de su existencia: allí soñó con completa libertad poblando las soledades del claustro de fantásticas imágenes; pero la afición al estudio, cada vez más creciente, la hizo abandonar el retiro donde la había lanzado el misticismo y volvió a la vida social, convertida en una mujer de carácter grave y reflexivo, de gran elevación de ideas y revolucionaria en la esfera intelectual.

Impulsada por una exquisita sensibilidad, odiaba a aquel mundo basado en la tiranía y el privilegio, aborrecía la nobleza hereditaria, tanto como adoraba a la aristocracia del talento, y en épocas de aparente y engañosa tranquilidad, presentía la próxima tragedia revolucionaria, en la

cual había de desempeñar uno de los principales papeles.

Aquella mujer, que bajo su exterior grave y sencillo ocultaba el ardoroso fuego de los inspirados, no era hermosa en la verdadera acepción de la palabra, pero en su frente resplandecía la inteligencia, tenía una hermosa cabellera negra, ternura en la sonrisa, tez fresca y lozana, mirar abierto, franco, vivo y dulce, el andar rápido y ligero, y una actitud firme, sin dejar de ser graciosa.

En 1780, doce años antes de que el pueblo de París comenzase a pensar en suprimir a los reyes, Mariquita Philipon contrajo matrimonio con el señor Roland, especie de cuáquero, honrado, instruido y laborioso, hombre de graves costumbres, pero que con su edad madura, su cabeza calva, y su genio adusto y retraído, era más propio para provocar respeto, que para inspirar amor.

Este matrimonio fue una unión casta, extraordinaria, puramente intelectual; el pensamiento de los dos esposos estaba en continuo contacto cambiando un eterno y silencioso beso, pero sus cuerpos vivían alejados, y madama Roland experimentaba el amargo goce de contemplar su fortaleza, su austeridad virtuosa, que la hacía permanecer pura en medio de las seducciones del mundo.

Aquella abnegación de que continuamente daba ejemplo, su valor heroico al permanecer fiel a su viejo esposo estando rodeada de una juventud seductora y brillante, proporcionábanla cierto orgullo, y la hacía mirar con desdeñosa superioridad los conflictos y los dolores que ocurrían en torno de su persona.

Ella fue para Roland la imagen de la fortuna. Aquel viejo filósofo, que intelectualmente no pasaba de ser una medianía, viose convertido en centro de la brillante agrupación girondina, pues su casa fue el punto de reunión de todos los jóvenes ilustres, que entusiasmados por el talento y la gracia inexplicable de madama Roland, después de sus campañas en la Asamblea, iban en busca de aquella mujer, deseando como todo premio, una sonrisa, una palabra cualquiera.

La gloria de la señora Roland reflejábase sobre la adusta figura de su marido, de aquel hombre con quien se había casado para tener un padre. Por esto, apenas el partido de la Gironda, gracias a los irresistibles manejos de Brissot, estuvo en condiciones para constituir ministerio, Roland fue nombrado para la cartera del Interior, aumentándose con esto el prestigio que gozaba la esposa.

En 1792 tuvo madama Roland la época más célebre y brillante de su vida.

Toda aquella juventud ilustrada, valerosa y rebosando entusiasmo, que parecía hacer brotar sobre los bancos de la Asamblea una primavera de elocuencia, agrupábase en torno de la señora Roland, diosa de la Gironda y directora del país, pues en su gabinete conferenciaban muchas veces los ministros antes de ir al consejo del rey y ella era quien con una palabra, con una sonrisa o con una ligera indicación, animaba a los tímidos, refrenaba a los exaltados y calmaba muchas veces la furia de las discusiones.

Francia tenía entonces dos soberanas: María Antonieta en las Tullerías y madama Roland en la calle.

La una era el sol próximo a morir entre celajes sangrientos después de triunfal carrera; la otra, el astro refulgente que comenzaba a remontarse en el cielo de la revolución.

Aquellas dos mujeres no se conocían, pero se odiaban.

Al fin ambas vinieron a igualarse en el desenlace de su existencia, muriendo sobre el tablado de la guillotina. ¡Pobre madama Roland! El pueblo tiene bromas crueles. Muchas veces es niño caprichoso, voluble y feroz; adorna su juguete, lo acaricia y lo venera, todo para darse después el gusto de destrozarlo entre sus manos.

El encumbramiento de madama Roland no hizo cambiar en lo más mínimo las costumbres de aquella pareja de filósofos habituada a una vida frugal y modesta.

A semejanza de Brissot, a quien el triunfo político y el poder no redimían de la pobreza, Roland y su esposa seguían viviendo en su modesta casa, sin ocupar las suntuosas habitaciones del ministerio del interior. Ella se mostraba como siempre, con su belleza original y aquella elegancia propia y modesta que tenía por principales adornos una flor y un traje de vaporosa batista, y él, a pesar de su cartera y del poder político de que disponía, era siempre el hombre de las costumbres espartanas, el cuáquero austero al par que benévolo, con su rostro enjuto y prolongado, sus ojos de dulce mirar, su calva venerable, orlada de lacias y blancas guedejas y el traje negro sin adorno alguno.

La aparición de Roland en las Tullerías al ser nombrado ministro, levantó un grito de sorpresas y de indignación en la dorada balumba de

cortesanos.

En aquellos salones donde las mujeres empleaban en sus trajes y tocados todos los colores del iris y donde los hombres cubrían su cuerpo con la seda, el terciopelo, las blondas y las piedras preciosas, causaba el efecto de un fantasma aterrador aquel filósofo sencillo, con su traje de paño negro mal cortado y sus medias de lana, con más aspecto de notario de aldea que de ministro del Interior. Ni un mal espadín de acero colgaba de su cintura, allí donde todos los caballeros llevaban rabitiesos y cruzados sobre los riñones sus estoques con vaina de terciopelo, contera de oro y empuñadura de diamantes.

La presencia de Roland en las Tullerías era horrible. Representaba la irrupción del victorioso pueblo en los círculos privilegiados de la aristocracia, cerrados hasta entonces para todo aquel que no exhibiera un apellido ilustre.

Los cortesanos aterrorizábanse ante el inofensivo Roland, pues todos estaban de acuerdo en adivinar el porvenir.

Aquel filósofo dulce y sencillo era la vanguardia del pueblo. Cuando por la fuerza de las circunstancias la monarquía había de buscar sus ministros en hombres de tal clase, era inevitable que el pueblo entrase algún día triunfante y vengador en aquellos salones. La nobleza cortesana, pues, miraba a Roland con su traje negro, como un sepulturero, que entraba en las Tullerías para medir el cuerpo de la monarquía y arreglarla el féretro.

El día en que el ministro del Interior se presentó por primera vez en el palacio con sus compañeros de gabinete para despachar con el rey, el maestro de ceremonias hizo un gesto de asombro y quedó estupefacto contemplando el democrático traje de Roland. Sus zapatos, de gruesa suela y sin brillo alguno, propios de un hombre que por no tener carruaje había de andar sobre el lodo de las calles, llamaron poderosamente la atención del cortesano.

—¡Ah, caballero! —dijo el maestro de ceremonias con expresión de asombro al oído del general Dumouriez—. Fijaos en vuestro compañero… ¡Zapatos sin hebillas!

—Es verdad, caballero —contestó el famoso general con su característica ironía—. ¡Es horrible! Después de ver cosas como esta, justo es creer que el fin del mundo se aproxima.

La sencillez de Roland, sus costumbres democráticas y el talento de su mujer, dábanle un gran prestigio popular, del que participaba el partido girondino, aquella brillante agrupación que contaba con los primeros oradores de la Asamblea.

Las tertulias nocturnas en casa madama Roland tenían fama en todo París. Por allí desfilaban los hombres de más ingenio, los patriotas más ilustres, y allí también se afirmaban cada vez más los lazos de partido que unían a hombres de tan distintos caracteres como eran los individuos de la Gironda.

A las nueve de la noche, hora en que el cenáculo girondino estaba en su mayor brillantez, entraron Guzmán y el abate Marchena en el salón de madama Roland, pieza no muy desahogada para tanta gente, y en cuyo adorno se reflejaban los caracteres de sus dueños.

Era una habitación austera y vulgar, con sillería y cortinajes propios del gusto ramplón de una familia burguesa o de un filósofo poco amigo de fijarse en exterioridades; pero un hermoso piano, algunos grupos de fragantes flores y cuatro bustos de mármol de Homero y Virgilio, Demóstenes y Cicerón, delataban el gusto artístico de madama Roland, siendo estos detalles los que mitigaban un tanto la monotonía de la sala.

Al entrar Guzmán, vio que en aquella pieza, ocupada por tantos hombres, la dueña de la casa era la única mujer que allí estaba, destacando su blanco y vaporoso traje sobre los sombríos tonos de los trajes masculinos.

Madama Roland era poco aficionada a que asistiesen mujeres a su tertulia.

Su única coquetería consistía en recibir ella sola el homenaje de admiración y respetuoso cariño de todos aquellos hombres que discutían en su presencia, mirándola siempre con el temor de notar en ella un gesto de desagrado.

Camilo Desmoulins había llevado algunas veces a esta tertulia a su linda Lucila; pero las dos mujeres no simpatizaban: la graciosa ligereza y el afán de reír de la esposa del periodista molestaban a madama Roland, siempre serena y olímpica como la Juno de la revolución. Además esta miraba mal al célebre satírico, por haber dicho de ella que no la encontraba hermosa. Tal odio resultaba natural en una mujer, aunque fuese filósofa y quisiera estar por encima de vulgares preocupaciones.

Marchena dirigióse rectamente hacia la dueña de la casa e hizo la presentación de Guzmán, quien después que fueron expuestos sus méritos patrióticos y una parte de su historia, mereció una sonrisa benévola de la diosa del girondinismo.

La célebre mujer ofreció su casa a Guzmán, le manifestó el gusto con que le vería concurrir a su tertulia e inmediatamente se olvidó de él, para atender a las palabras de dos hombres sentados a su lado y que parecían siervos, pugnando por adivinar el menor capricho de su señora para cumplirlo inmediatamente.

El abate habló al oído de Guzmán:

—Esos que están a su lado son Vergniaud y Barbaroux, la voz y el brazo de la Gironda.

Guzmán miró a los dos jóvenes diputados, que veneraban a madama Roland con un culto platónico y caballeresco, y después siguió a Marchena que se dirigía al otro extremo del salón.

Sentado junto al señor Roland, que escuchaba sus palabras con aire pensativo, estaba Brissot, rodeado de algunos jóvenes que le atendían como a un maestro.

Era el Brissot de siempre, el hombre sencillo y modesto, resignado con su suerte y mostrando, a pesar de que sus amigos ocupaban el poder, las ropas raídas y las botas viejas que habían de acompañarle hasta la muerte.

Brissot era un buen fisonomista, y a pesar de que sólo había visto a Guzmán contadas veces antes de su emigración, le reconoció, recibiéndole como a un amigo.

Félix tomó asiento al lado de aquel hombre que todos apreciaban tanto e inmediatamente le preguntó por Santiago Vadier, de quien también se acordaba el famoso periodista.

Había acompañado a Lafayette al ejército, formando parte de su estado mayor; pero el general acababa de enviarle a París con una comisión para Dumounez y no sería extraño que Vadier apareciese de un momento a otro en el salón.

Después Brissot, notando en el joven español cierto aire misterioso y adivinando que deseaba hablarle a solas, lo condujo al hueco de una ventana y allí aislados del salón por un cortinaje y sin otra luz que la rojiza de un reverbero de la calle, Guzmán le entregó algunas cartas y fue

dando cuenta de los encargos que verbalmente le habían confiado los patriotas de Londres.

En la capital inglesa existían varios clubs republicanos, que inspirándose en las predicaciones de los jacobinos, querían implantar en la Gran Bretaña la República.

Los revolucionarios ingleses eran admiradores de Brissot, conocían la gran influencia de éste sobre el gobierno de Francia y por esto habían encargado a Guzmán que manifestase al célebre periodista el entusiasmo de los britanos.

Brissot escuchaba en silencio, y cuando el español terminó, dijo con su voz dulce y reposada:

—Los deseos de nuestros hermanos de Inglaterra se verán cumplidos. La guerra es el único medio para llevar la libertad a aquel pueblo grande. La nación francesa no puede ya contener el entusiasmo que en su interior hace hervir la revolución y entra en el período de la propaganda armada. La Asamblea ha dicho claramente cuál va a ser su conducta por boca del diputado Merlín de Thiunville: — Votemos la guerra a los reyes y la paz a las naciones.

Brissot, después de cambiar algunas palabras más con el joven, volvió al salón; pero antes de ocupar su antiguo asiento preguntó a Guzmán:

—¿Y no habéis visto nada en Londres referente a los emigrados?

El joven se turbó ligeramente y contestó:

—Nada he visto, nada puedo deciros; pero aunque algo supiera no es fácil que hablase. Me tengo por patriota, pero nunca he pensado en convertirme en espía.

Brissot quedó algunos instantes, sorprendido por tal contestación; pero después estrechó las manos del joven como admirando su honradez.

No tardó Guzmán en separarse del famoso Brissot.

La tertulia de los esposos Roland, se hacía cada vez más numerosa; nuevos personajes entraban a cada momento en aquel salón, demasiado angosto para contener tanta concurrencia, y era casi imposible transitar por entre tantas personas, que de pie o sentadas, formaban animados grupos discutiendo los últimos sucesos.

Marchena hablaba con el novelista Louvet y Guzmán permanecía derecho en un rincón completamente aislado, sin encontrar una cara

conocida.

El brillo de un uniforme militar atrajo su mirada y hacia él se dirigió, reconociendo al ministro Dumouriez en un hombre a quien muchos rodeaban con grandes muestras de consideración.

Era varonilmente hermoso; en sus ojos brillaba esa chispa de los hombres predestinados a escalar audazmente las alturas, y en toda su persona notábase la mezcla extraña de la finura sutil del diplomático con la ruda franqueza del soldado. Era el genio de la víspera, el hombre que acababa de salir de la obscuridad para ocupar el primer puesto, y su monótono y sombrío pasado contrastaba con la rapidez que acababa de tener su elevación.

Había llegado a la madurez de su edad, agitándose como aventurero audaz y de talento, aunque sin conseguir nunca salir de la oscuridad ni ver retribuidos dignamente sus servicios. Como diplomático había actuado de agente secreto en varias embajadas y como soldado habíase batido en Córcega y en Polonia, luchando a favor de los desdichados polacos, que intentaban inútilmente restaurar su muerta república. En todas partes había demostrado grandes condiciones de general y de embajador, pero en el antiguo régimen no bastaba el talento para llegar a las alturas, y al sobrevenir la^ revolución, Dumouriez vegetaba en la oscuridad como un militar sin porvenir. Éste era el hombre famoso que atraía las miradas de toda Francia, que parecía comunicar a la nación entera la nerviosidad de su genio inquieto.

Guzmán le contemplaba curioso como todos los que le rodeaban, y ocupado en examinar el aspecto del general, no se fijó en los oficiales que le acompañaban. Por esto su sorpresa fue inmensa cuando dos brazos robustos se enlazaron en su cuello y a su espalda sonó una voz bien conocida que gritaba con sorpresa:

—Félix, ¿tú aquí?

Era Santiago Vadier, que enviado a París con un mensaje de Lafayette, figuraba accidentalmente entre los edecanes de Dumouriez.

Los dos amigos, después de dar expansión a su alegría por el encuentro, retiráronse a un extremo del salón y allí estuvieron más de media hora hablando apresuradamente con la impaciencia de relatar lo que a cada uno le había ocurrido en aquellos meses de separación.

Vadier tenía poco que contar. Las cosas no iban muy bien para el

ejército francés en las fronteras. Los regimientos, maleados por la propaganda de los realistas, manifestaban escasos deseos de batirse, y en especial los cuerpos de caballería, compuestos de soldados afectos al absolutismo, desbandábanse siempre al oír los primeros tiros. Urgía reemplazar a aquel ejército mercenario por un ejército popular compuesto de hombres libres que amasen la revolución. Para esto le enviaba Lafayette a París y él bendecía su buena fortuna, pues gracias a su viaje podía escuchar de labios de Guzmán, cómo éste había visto a Margarita Beringel.

Los dos jóvenes, animados por el calor de su amistad, mostraban gran entusiasmo y proponíanse ver al día siguiente a las pupilas de Amalia Dampierre.

—Las veremos —decía Guzmán con resolución—. La baronesa me ha dado permiso para visitarla y no me será difícil introducirte en su tertulia, siempre que tú sepas fingir y presentarte como un militar arrepentido de tu historia y dispuesto a batirte por la causa del rey.

—Difícil será eso —contestaba Vadier—. Pero en fin, mayores sacrificios pueden hacerse por el amor.

Estaban los dos amigos en el instante de mayor entusiasmo, forjándose las más optimistas ilusiones, cuando se hizo el silencio en todo el salón y los concurrentes miraron con interés a la señora Roland que estaba de pie junto al piano, en la actitud de una diosa que se dispone a hablar.

—Silencio —gritaron algunos dirigiéndose al rincón donde los dos amigos continuaban su charla—. Madama va a hablar.

—No es nada, amigos míos —dijo la señora Roland con la más amable de sus sonrisas—. Os ruego que calléis un instante para escuchar una canción patriótica y belicosa que con el título de Canto del Ejército del Rhin, acaba de componer un oficial de ingenieros de Strasburgo a quien creo llaman Rouget de l'Isle. Yo no la he oído, pues la recibí esta mañana enviada galantemente por su autor. Venid, Chenier, amigo mío —continuó dirigiéndose al famoso poeta—. Dadnos a conocer esta canción guerrera y a ver si vale tanto como vuestros hermosos himnos.

Chenier, obedeciendo a la dama, fue a sentarse al piano al mismo tiempo que Vadier se ponía en pie diciéndole a Guzmán:

—Vámonos, amigo mío. No nos dejarán hablar con tranquilidad y al

mismo tiempo a mí me cargan estas cancioncitas guerreras, buenas para ser oídas en un salón y de cuyo género en menos de un año se han escrito más de mil.

Los dos amigos dirigiéronse con cierta cautela a la puerta de salida, sin que nadie reparase en su marcha, pues todos fijaban su vista en Chenier, que sentado ante el piano, estudiaba con rápida mirada la partitura que tenía delante.

Bajaron la escalera los dos jóvenes y en el mismo instante que salían a la calle llegaron a sus oídos las primeras notas del piano y la voz robusta y sonora del poeta que dejaban escapar hasta la calle las abiertas ventanas del salón.

Marchemos, hijos de la patria.

Glorioso día luce ya.

Guzmán y Vadier no pudieron darse cuenta exacta de lo que sentían; pero al oír los dos primeros versos de aquella canción, cuya música tenía el tono solemne, majestuoso, al par que agitado del torrente popular, quedaron inmóviles en la oscura calle y con los ojos fijos en las ventanas por las que se escapaba el belicoso himno.

Las estrofas de aquel canto solemne conmovían a los dos jóvenes y cada uno de sus versos semejaba un latigazo que despertaba su dormido entusiasmo.

Arriba en aquellas ventanas que brillaban como cuadros de fuego sobre el obscuro edificio, veíanse las sombras de algunos de los tertulianos, inmóviles y rígidas, como si aquella canción ejerciese sobre todos un encanto anonadador.

Cuando la voz de Chernier conmovió el silencio de la noche gritando con energía:

¡Al arma, ciudadanos!

Formad los batallones!

por las ventanas salió un murmullo de asombro y de satisfacción, y abajo los dos jóvenes, con los ojos bañados en lágrimas y el labio trémulo de entusiasmo, estrecháronse las manos y así permanecieron mucho tiempo sintiendo una dulce emoción y considerándose capaces en tal instante de realizar las más grandiosas hazañas.

Los dos amigos no se dieron cuenta del tiempo que permanecieron estáticos por el entusiasmo en aquella desierta calle. Varias veces repitió

Chernier aquella canción sublime, y al fin, cuando el piano dejó de sonar y arriba estallaron los aplausos, Guzmán y Vadier parecieron volver en sí como si despertasen de un sueño épico.

Los dos, animados por el entusiasmo, habían experimentado idénticas impresiones, y alzando sus ojos creyeron ver en el oscuro espacio la imagen de la Francia republicana, volando a la conquista del mundo, esparciendo las doctrinas revolucionarias y aterrando a los reyes con aquel mismo canto de belicosa emancipación, que por una injusticia de la historia había de ser conocido en lo futuro con el título de La Marsellesa.

VI.- LA TERTULIA DE LA BARONESA

Dos días después, Vadier y Guzmán, a las nueve de la noche, entraban en el hotel de la baronesa de la Tour d'Argent.

El joven militar vestía su uniforme de gala y Guzmán presentábase con un elegante traje a la moda inglesa y sin la escarapela tricolor, signo de patriotismo que entonces ostentaban toda clase de gentes.

Iban a la tertulia de la baronesa y Guzmán recomendaba a su amigo la mayor discreción a fin de que Amalia Dampierre no pudiera recelar qué sentimientos impulsaban a los dos jóvenes a entrar allí.

—Ten serenidad —decía Guzmán a su amigo—. Acuérdate de que vas a ser presentado como un militar que siente entusiasmo por la causa realista, y que con su amor al monarca pretende borrar los hechos de su vida pasada, y especialmente su participación en la toma de la Bastilla.

—Aprovecharé tus consejos. Verás con qué facilidad sé fingir mi papel.

—En esa casa se habla siempre muy mal de los actos revolucionarios. Apruébalo todo y no des a la baronesa el menor motivo de sospecha.

Diciendo esto, los dos jóvenes atravesaron el jardín y entraron en el hotel, en cuyo piso bajo estaba el gran salón donde Amalia recibía sus visitas.

Cuando entraron en él, habían acudido aún muy pocos tertulianos. Dos o tres abates elegantes, con ropa de mucho brillo, corbata de deslumbrante blancura y pelucas tan llenas de rizos como de polvos; y unos cuantos señores del antiguo régimen, fríos, correctos, con un ceño de desdeñosa altivez, pálidos por la anemia y otras enfermedades, producto del libertinaje de su juventud. Aquellos nobles exangües y altivos, eran los restos del gran naufragio de la monarquía, los representantes de la época de Luis XV, que viejos ya, preparábanse para

ir al cielo, rezando el rosario y platicando con los curas, lo que no impedía que recordasen con fruición sus bellos tiempos de la Pompadour y las orgías desenfrenadas del Trianón.

La baronesa Amalia, sentada entre dos ventanas en un elegante sillón de seda china, parecía presidir aquella tertulia, en la cual las bocas desdentadas o con adorno postizo, sólo sabían murmurar galanterías en honor a la dueña de la casa.

Todos los tertulianos ofrecían un aspecto de regularidad, no sólo en sus trajes y adornos, sino en sus palabras y posiciones. Conocíase que todos ellos pertenecían a un mundo agonizante, y que para resistir el empuje del enemigo, agarrábanse a la tradición. Ninguno de ellos sabía hablar sin tener en las manos la tabaquera de oro y esmaltes; a cada instante nombraban la sensibilidad, el buen tono o la vieja Francia y continuamente daba vuelta en sus bocas la pastilla de rosa o algún otro perfume para ocultar la hediondez del aliento.

Sólo en el aristocrático barrio de San Germán podían encontrarse reuniones tan distinguidas como aquella.

Allí se juntaban los representantes de todas las grandezas de aquella vieja Francia que la revolución acababa de matar.

Uno de aquellos almibarados abates había alcanzado gran éxito en la corte en tiempos de la Du Barry, escribiendo poesías monísimas, en las cuales se hablaba siempre de pastorcitos, requebrándose con frases tan insubstanciales como encantadoras; junto a éste representante de las bellas letras, figuraba un antiguo marqués asentista en tiempos de Luis XV y el cual podía decir cómo se ganaban entonces los millones a costa del Estado sólo con tener por amiga y protectora a la amiga del rey; y al lado de este representante de la Hacienda, simbolizaban las glorias militares de la monarquía, unos cuantos vizcondes y barones, temibles guerreros que en su juventud habían salido siempre a campaña llevando un equipaje completo de guantes y medias de seda y no olvidándose en ninguna ocasión del peluquero.

A poca distancia de la baronesa, vestidas de blanco y con más aire de novicias que de señoritas de la casa, estaban Luisa y Margarita, las cuales sólo se atrevían a hablar con expreso permiso de aquella y sin levantar los ojos del suelo.

Guzmán dirigióse a la baronesa para hacer la presentación de su

amigo y Amalia acogió con una amable sonrisa a aquel joven militar que se mostraba partidario de la buena causa.

—Aquí, señor Wilson —dijo a Guzmán— ya sabéis que se recibe con la mayor benevolencia a los que aman las santas instituciones del pasado. Todos estos señores —señalando a su tertulia— piensan del mismo modo, y no entra en esta casa quien no ame al rey y a la religión, tan combatidos actualmente.

Todos los tertulianos acogieron con sendas inclinaciones de cabeza las palabras de su oráculo y Vadier creyó del caso decir con todo el entusiasmo que pudo:

—Señora, encuentro muy acertadas sus palabras. Oyéndoos acrece mi entusiasmo. Mi amigo Wilson habíame hablado con cierta exaltación de vuestro talento y vuestras sanas ideas; pero veo que la realidad excede en mucho a sus palabras

aquel joven militar que como deseando darle a

Amalia saludó con la más amable de sus sonrisas a entraba en el número de sus cortesanos y ella misma, entender que quedaba admitido por siempre en aquella casa, se dignó presentarlo a Luisa y Margarita, dejándolo al lado de ellas para llamar aparte a Guzmán.

—Veo, señor Wilson, que vuestro viaje va a resultar de utilidad. Aún no hace tres días que estáis en París y ya hacéis trabajos en el ejército.

—¡Oh! Esto no es más que empezar —dijo con petulancia Guzmán —. He conquistado en favor de nuestras ideas a mi amigo Vadier y éste se encargará de hacer nuevos prosélitos en el ejército. Os ruego que le tratéis con consideración,

Pues es un joven de mérito al que conviene conservar.

—Descuidad. Aquí se aprecia a cada uno lo que vale; y vos —dijo la baronesa sonriendo— no sois excluidos de esta cuenta. Ayer hablé con la Señora.

Amalia detúvose unos instantes para apreciar el efecto que sus palabras causaban en el joven y añadió después:

—Mostrose muy agradecida por vuestros servicios y quisiera daros una prueba de agradecimiento, ya que habéis sido portador de tan buenas noticias.

—Pues yo, señora, os ruego que no habléis de tal asunto. Juré olvidarlo y lo había olvidado por completo.

—¡Qué discreción! —murmuró la baronesa mirando al supuesto inglés como admirada de su acto.

Mientras Guzmán hablaba con la baronesa, sus ojos iban instintivamente hacia el lugar donde estaba Vadier con las dos jóvenes.

El militar hablaba con Margarita con cierta animación, y a pesar de que en sus rostros, pálidos por la sorpresa no se manifestaba impresión alguna, Guzmán adivinaba lo que se estaban diciendo.

Luisa seguía junto a ellos; pero aunque aparentaba tomar parte en su conversación, su mirada escapábase a cada instante hacia el lugar donde estaba el español, a quien saludó con ligeras sonrisas. Félix ardía en deseos de ir a sentarse junto a la joven y aprovechó el instante en que uno de los abates hablaba con la baronesa para ir a engrosar aquel grupo de juventud, que parecía aislarse del resto de la tertulia.

Luisa, al verse junto a Guzmán, olvidó a su amiga y a Vadier y las dos parejas emprendieron un animado diálogo, sin acordarse la una de la otra.

¡Pobre baronesa! Ella tan astuta, tan enemiga de que el amor penetrase en su casta vivienda, estaba lejos de imaginarse que a pocos pasos verificábanse dos apasionados reconocimientos, después de ausencias más o menos largas.

Mientras ella conversaba con sus abates y sus antiguos y nobles amigos, Guzmán reanudaba aquella declaración de amor que había quedado interrumpida después de la matanza del Campo de Marte y Vadier recordaba con Margarita el tétrico pasado y sus horripilantes aventuras.

Pero poco rato pudieron conversar, pues la baronesa, aunque no sentía desconfianza, no era capaz de permitir a sus dos protegidas largas pláticas con un hombre.

Por esto acercóse al grupo de los jóvenes e intervino en su conversación, sin llegar a sentir la menor sospecha, pues cuando ella llegó, Vadier, advertido sin duda, hablaba con naturalidad de la vida de campaña a la tímida Margarita, y Guzmán describía a Luisa las costumbres de Inglaterra y los incidentes de sus viajes.

Transcurrió la tertulia sin novedad alguna y a las doce se retiraron los dos amigos tan contentos de la conversación que habían sostenido con las dos jóvenes, como malhumorados por el trato ceremonioso de los

tertulianos.

Vadier relató a su amigo cuanto le había ocurrido con Margarita. Esta le reconoció a las pocas palabras y su sorpresa fue inmensa, pues aunque recordaba al joven vagabundo de la Alsacia, nunca había llegado a imaginarse que pudiera encontrarlo en la persona de un militar distinguido por su valor y en camino para alcanzar la gloria guerrera.

—Me ama, no hay duda —decía con entusiasmo el capitán a su amigo—. Soy todavía para ella el cariñoso compañero que alegraba su infancia. Nada le he dicho de amor; pero en sus ojos he visto la misma mirada de aquella época de felicidad. ¡Ay, amigo Félix! ¡Cuánto te debo! Cuánta dicha me has proporcionado haciéndome entrar en esa casa, que es para nosotros un paraíso de amor. Bien vale todo ello la pena de hacerse pasar por realistas.

Transcurrió una semana, que fue para los dos amigos de ciega y absorbente felicidad. Guzmán olvidó la política, negose a ir con su padre o con Marchena a los clubs, importole muy poco que el rey quisiera destituir el ministerio girondino, y Vadier, por su parte, rehuía avistarse con Dumouriez, temiendo que éste diese su misión por concluida y lo enviase al ejército.

Los dos amigos pasaban el día juntos paseando por las cercanías de París, almorzando en los figones de los bosques y encontrando grato placer en hablar a todas horas de sus amadas y de las conversaciones que con ellas sostenían a hurtadillas de la baronesa. Apenas cerraba la noche, acicalábanse para ir a aquella tertulia, en la cual habían de fingir y estar siempre en guardia, procurando que una palabra indiscreta no revelase el verdadero motivo que allí les llevaba.

Tal situación era en verdad insostenible; pero los dos jóvenes, cegados por el amor, creían que había de prolongarse mucho tiempo.

Una noche, apenas entraron en el hotel, notaron algo extraordinario que les produjo cierta alarma.

El mayordomo de la baronesa, viejo bretón testarudo y fanático, que cerraba los puños ante las manifestaciones del París revolucionario y rezaba todos los días por la salud del rey, recibió a los dos amigos con una mirada hostil, y en vez de introducirlos en el salón donde se reunía la tertulia, hízoles pasar a un gabinete, donde esperaba la baronesa, de pie, con el rostro congestionado por la indignación y aquella mirada iracunda

que hacía temblar a todos los de la casa.

Al ver los dos jóvenes aquella figura, que parecía la viviente estatua de la tradición indignada, sintiéronse intimidados, y en especial el español, que presentía una explosión de violencia.

—Buenas noches, señor Guzmán —dijo Amalia con sarcasmo—. ¿Cómo sigue el señor Wilson?

Félix sintió un escalofrío de sorpresa y de miedo al convencerse de que aquella señora conocía su verdadero nombre. Por esto permaneció silencioso, lo mismo que Vadier, lo que aumentó la irritación de la baronesa.

—Bien veo que sois culpable-continuó esta—. Creísteis acaso que nunca llegaría a descubrirse vuestra absurda falsedad y estáis muy equivocada. Hoy mismo he recibido carta de Inglaterra y en ella, me cuentan todo lo ocurrido en el camino de Douvres. El verdadero Wilson yace bajo tierra, ¿y quién sabe si sois vos el que lo matasteis para tomar su nombre y penetrar en esta honrada casa?

Esta infamante suposición, indignando a Guzmán, desvaneció toda su timidez.

—Señora —dijo con energía—. Confieso que os engañé al tomar el nombre de Wilson; pero esto no os autoriza para suponerme un asesino. Bien sabe Dios que hice cuanto pude para defender a aquel infeliz joven y que le asistí como a un hermano en la hora de su muerte.

—Puede que así sea —dijo la baronesa con tono desdeñoso—. Podéis negar que sois asesino, pero no que sois espía y que el gobierno revolucionario debe haberos recompensado dignamente por esas farsas con que os habéis introducido en el hogar de una dama, que es aristócrata, como vosotros decís. No intentéis protestar: os conozco, sé quién sois. Mis amigos de Londres, esos amigos a los que decíais conocer, al enterarse por las autoridades inglesas del asesinato del verdadero Wilson, han averiguado que quien iba con él erais vos, Félix Guzmán, español arrojado de la patria por sus ideas infernales, e hijo de un amigo de Marat, tan monstruoso y sanguinario como éste. Ya veis que os conozco y que estoy enterada de vuestro pasado, lo que basta para mi convencimiento de que sois un espía de la Municipalidad. Podéis contar a vuestros amos lo que habéis averiguado en vuestra infame intriga; afortunadamente los seres a quien odiáis están muy por encima de los

espías.

Félix callaba, dispuesto a sufrir con la mayor resignación todos los insultos de la baronesa. A pesar de la violencia de la escena, experimentaba cierta alegría viendo que aquella señora no sospechaba la verdadera causa, que tanto a él como a Vadier los llevaba allí. Prefería pasar post esbirro de la Municipalidad, a que la baronesa supiera los amores de sus protegidas, pues esto podía ser un motivo de martirio para Luisa y Margarita.

Vadier presenciaba silencioso aquella escena.

La baronesa dirigíase únicamente a Guzmán, como si Vadier no estuviese allí y afectando no verle; pero el capitán sentía bullir en su interior una sorda indignación oyendo las injurias que la baronesa dirigía a su amigo, y al ver que éste callaba como sumido en la mayor confusión, dejóse arrastrar por la impetuosidad de su carácter e intervino en el diálogo.

—Vuestras palabras —dijo— señora baronesa, las sufriremos pacientemente tanto mi amigo como yo. Vienen de una señora y callamos, aunque la más leve de ellas bien pudiera costarle la vida al hombre que osase proferirlas; pero no permaneceré en silencio ante esa suposición de que somos espías de la Municipalidad.

Al oír esto, fue cuando Guzmán tuvo miedo, pues presintió lo que su amigo iba a decir; pero por pronto que quiso hacerle callar, le fue imposible el que Vadier dejase de decir toda la verdad.

—Nosotros —añadió el capitán— no hemos venido aquí como espías. ¡Valiente cosa nos importan las conspiraciones de los aristócratas! Los hijos de la revolución tenemos espada como los antiguos nobles y sabemos espantarlos en las fronteras de la Francia, así como nos reímos de lástima ante las ridículas maquinaciones que se fraguan en el barrio de San Germán. Sabedlo, señora baronesa. El amor y no la infame esperanza del lucro, propia de los esbirros, es lo que nos ha impulsado a presentarnos aquí fingiendo lo que estamos muy lejos de ser. Estáis bien enterada. Guzmán es un revolucionario entusiasta y yo no reniego de mi origen, ni de esa santa revolución, que de siervo azotado me convirtió en guerrero victorioso. Esto no impide que él ame a vuestra sobrina, Luisa Dampierre, y que yo adore desde hace muchos años a Margarita Beringel. Ved ahí la verdadera causa de nuestra presentación.

¡Qué golpe para la baronesa! Horrible era el que en su casa se hubiesen introducido dos espías de la Municipalidad, enterándose de las negociaciones de los emigrados y de la complicidad de la reina; pero aún le resultaba más inaudito, el que unos revolucionarios, unos descamisados, llevasen su audacia hasta declarar que amaban a dos señoritas nobles, pertenecientes a familias de las más ilustres.

¡Qué tiempos eran aquellos! Y la baronesa sentíase indignada y maravillada de tanta audacia, como la criolla altiva que viese llegar a un negro con la cadena de la esclavitud y la espalda surcada de latigazos, pidiéndole la mano de esposa.

Tanta era la sorpresa que le producía el saber que aquellos hombres habían pensado en amar a sus protegidas, que permaneció algunos minutos muda y absorta, no encontrando palabras bastante fuertes para arrojarlas a la cara de los descamisados.

Su rostro estaba rojo por la indignación, hasta tomar tintes violáceos, sus labios temblaban de ira, y al fin, balbuceando, dijo por toda contestación señalando a la puerta:

—¡Salid!, ¡salid u os arrojarán mis criados!

—Eso sería difícil —repuso Vadier atusándose el bigote y sonriendo con feroz ironía—. Pero no queremos someter a vuestros tertulianos y criados a tan ruda prueba. Basta que seáis una mujer para que os obedezcamos. Saldremos inmediatamente. Vámonos, Guzmán.

Y Vadier, al decir esto, encaminóse a la puerta requiriendo su sable y sonriendo de un modo que delataba su intención de corresponder con una lluvia de cintarazos al primero que le mirase con insolencia.

Guzmán sentía honda tristeza al ver que su amigo había revelado el motivo que allí les llevaba.

Temía que las dos jóvenes fuesen víctimas del irritado carácter de la baronesa, y con la vaga esperanza de apaciguarla, la dijo en voz muy queda cuando ya se dirigía a la puerta:

—Señora; juré al pobre Ricardo Wilson no decir a otra persona que a vos el encargo que sus principales le habían dado. Juro por mi honor que a nadie he dicho una palabra, ni aun a ese amigo que acaba de salir. Tal vez falto a mis deberes de patriota, tal vez soy traidor a esa Francia que adoro; pero callaré siempre, por no faltar a mi palabra y por no perderos. Ahora tened a este espía en el concepto que mejor os cuadre.

VII.- EN BUSCA DE LA BARONESA

A la mañana siguiente, frente a un café de la terraza de las Tullerías, una mujer, vestida con elegancia, tocaba suavemente en el brazo a un hombre que caminaba con la cabeza inclinada, pensativo y como ensimismado.

—Olvidáis a las amigas con gran facilidad, señor Guzmán —dijo la mujer con voz cariñosa, pero en la que se notaba cierta expresión de reproche.

Y Guzmán, porque efectivamente era él aquel joven distraído, levantó la mirada y vio a pocos pasos una mujer, cuyo rostro conoció inmediatamente.

—¡Lambertina! —exclamó el español con inmensa sorpresa.

—Sí, yo soy: veo que aún te acuerdas de mí, lo que dudaba mucho. Por fin logro verte después de tu regreso de Inglaterra.

Guzmán sentía gran confusión en presencia de aquella mujer, a la que siempre mostraba ingratitud bien contra su voluntad. En sus palabras notaba ahora una triste ironía y su turbación fue en aumento cuando oyó decir a la hermosa Liejesa:

—Te has portado conmigo de un modo poco gentil. No es que yo quiera recordar lo que por ti hice: lo he olvidado; pero creo que bien merecía algo más que escribirme desde Londres dos o tres cartas, para guardar después un silencio de muchos meses. Además, al llegar a París, bien podías haberme buscado, y ni siquiera te acordaste de preguntar por mí.

—Perdóname, querida Lambertina —dijo Guzmán ruborizado de vergüenza—. Reconozco que he sido un ingrato, un hombre indigno de tus bondades de ángel.

—¡Bah! —riendo la hermosa—. Tú no eres ingrato, te conozco bien.

Si tu corazón estuviera libre serías el hombre más atento y amable del mundo; pero se conoce que este viaje no te ha hecho olvidar a aquella rubita con quien paseabas por el Campo de Marte.

Guzmán, al oír esto, hizo un gesto de contrariedad.

—No te ofendas, amigo mío, ni te parezca mal que yo diga estas palabras. No creas que voy a rogarte, como en aquella noche de nuestra despedida. No temas que piense en el amor. Me he convencido de que tú no puedes amarme, y como yo durante tu ausencia he logrado acallar mi pasión y vivir con tranquilidad, no quiero que aquella reviva.

Guzmán tranquilizóse oyendo estas palabras y su satisfacción fue en aumento cuando le dijo Theroigne:

—Seamos amigos únicamente.

—Seámoslo —dijo el español—. Este ha sido siempre mi deseo y cree,

Lambertina, que si en mí no tienes un amante, encontrarás al menos un amigo fraternal dispuesto a corresponder con su auxilio a tus innumerables favores.

—Lo sé, Félix, y sé también que tú eres el único hombre que en el fondo no me consideras como los demás; cual una meretriz poco vulgar, pero al fin y al cabo mujer de todo el mundo.

—No, Lambertina: bien sabes que desde que nos conocimos adiviné el fondo de bondad y de virtud que existía en tus desarregladas costumbres. No pueda amarte; no te amaría, aunque fueses una joven pura e inocente, pues hay otra mujer que llena mi corazón; pero, a pesar de esto, lamento con toda mi alma el verte en semejante estado.

—¡Ah! —exclamó con tristeza Lambertina—. Si en una vida de puras costumbres consistiese el conquistar tu amor, ¡cuán dichosa sería yo en este instante! Tú ignoras que aquella Theroigne fastuosa que vivía en medio del lujo y las riquezas, arruinando a los aristócratas y escandalizando a las mujeres honradas, ha muerto ya para siempre: hoy sólo queda una mujer arrepentida de su pasado, ganosa de expiar sus faltas y que piensa en la regeneración del pueblo, obra sublime a la que dedica su existencia entera. Soy pobre ahora y vivo en una medianía muy próxima a la miseria.

Guzmán examinó el aspecto de la joven y vio que efectivamente su traje y tocado, aunque suntuosos, daban a entender que procedían de una

riqueza ya muerta.

—Ya no vivo en la calle de Richelieu —continuó— aquella casa con su lujo estrepitoso, me resultaba odiosa desde que tú te alejaste; me avergoncé de mi modo de vivir, no tuve paciencia para sobrellevar las infames caricias de los aristócratas que compraban mi belleza, y abandoné tal mansión para trasladarme a un pobre y pequeño cuarto del arrabal de San Antonio, donde estoy cerca del pueblo y me veo rodeada de mis amigos antiguos, los bravos patriotas que tomaron la Bastilla. Allí, viviendo en estrechez voluntaria, sabiendo algunas veces lo que es hambre y rozándome de continuo con los infelices desheredados, conozco mejor las necesidades del pueblo y aumenta mi entusiasmo por la revolución. Ven a verme algunas veces, Félix. Esto embellecerá mi vida, monótona y obscura en el presente.

Al español le impresionaron bastante estas declaraciones de Theroigne y dijo con acento de convicción:

—Mil veces he pensado, que algún día sentirías horror al darte cuenta exacta de tu degradación. Al verte antes, atolondrándote con el vértigo de la orgía, adivinaba yo que algo penoso y amargo querías olvidar, y ese algo era tu pasado. Tú lo has dicho mil veces, Lambertina: de tu infamia no eras tú la responsable, sino el hombre que corrompió tu inocencia.

—¡Ah! ¡Si supieras!… ¡Si conocieras lo ocurrido desde que tú abandonaste París! El pasado ha vuelto a surgir ante mis pasos.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Que he encontrado al hombre que causó mi deshonra, que la fatalidad ha hecho que nos hallemos frente a frente: él tembloroso, asustado, temiendo la explosión de mi venganza, y yo más fuerte que nunca, más inexorable y menos dispuesta a perdonar al que tanto mal me ha causado, al que hizo que mis padres se avergonzasen de mí.

—Terrible habrá resultado vuestro encuentro.

—Así fue —dijo Lambertina sonriendo de un modo que daba miedo —. Mi odiado seductor debe estar a estas horas intranquilo, a pesar de que yo no extremé mucho mis amenazas. ¡Oh! Afortunadamente han pasado ya para no volver los antiguos tiempos. Ahora ya no es pobre campesina, la que temblorosa y llorando arrojan a empujones insolentes criados: es el noble caballero, el aristócrata, el que tiembla pensando en sus antiguas culpas y solícita inútilmente misericordia.

—¿Pero cómo has encontrado a ese hombre? ¿Dónde está?

—Ignoro dónde se oculta; pero yo lo encontraré. En cuanto a cómo le vi, él mismo vino a buscarme para solicitar mi perdón. Aventuras tan infames como la que conmigo tuvo, le han obligado a abandonar Bélgica, refugiándose en París, donde tiene algunos parientes. Con el deseo de vivir aquí sin riesgo alguno, y temiendo mi venganza, ha venido a pedir mi perdón.

—¿Y tú te mostraste inexorable?

—Hice más. El infame, deseoso de acallar mi odio, me preguntó con hipócrita dulzura qué podría hacer para conquistar mi estimación; y yo entonces, con la mayor frialdad, fui recordándole todo el pasado para que tuviese pleno conocimiento de su infamia. Mi inocencia perdida, la deshonra de mi familia, la maldición de mi padre, el verme alistada en la infame bandera de las rameras; todo se lo recordé, preguntándole después si existe en el mundo algo que pueda compensar tanto deshonor, tanta vergüenza.

—¿Y él qué dijo?

—Se apresuró a ocultarse, convencido ya de que nunca podré perdonarle y de que mi venganza irá a encontrarle por mucho que se aleje. Ahora no tengo interés en buscarlo; pero el día en que se remueva la furia popular, yo sabré encontrarle, y entonces mi venganza será satisfecha.

Y Theroigne decía estas palabras con aparente tranquilidad, pero notábase en ella el propósito inquebrantable de que su venganza fuese ruidosa, así que encontrara a aquel hombre odiado y que tanto la temía.

Guzmán contemplaba con interés a la generosa joven, que tan grandes servicios le había prestado; pero el afecto que por ella sentía no podía confundirse con el amor.

Definitivamente su pasión por Theroigne había muerto, y aquella noche de delicias en el fantástico gabinete de la calle de Richelieu, no era ya en su memoria más que un agradable recuerdo, cuyos contornos resultaban vagos a través del tiempo y de la indiferencia.

Félix pasó más de una hora paseando con Lambertina por el jardín de las Tullerías.

Ella, fijando en Guzmán sus miradas de inmensa pasión, mostrábase maternal y hacía al joven numerosas preguntas sobre su vida en

Inglaterra y sus amores con la joven rubia. Esto último era lo que más excitaba su curiosidad. Quería que Guzmán le revelase sus secretos, pero él mostrose reservado, a pesar de que la imagen de Luisa era lo que ocupaba su pensamiento.

La despedida de los dos jóvenes fue muy afectuosa. Lambertina demostró con su locuacidad apasionada sus grandes deseos de que Félix fuese a visitarla alguna vez en su casita del barrio de San Antonio.

Podía ir sin escrúpulo alguno, sin que sufriera menoscabo su prestigio de hombre virtuoso y enamorado platónico. Ya no era la ramera cuyo lujo escandalizaba a todos. Si iba a visitarla, la vería en un pequeño cuarto, con pocos y míseros muebles, gran ventana orlada de tiestos de flores y jaulas de pájaros, y guardando como todo recuerdo de su pasada opulencia, la mesa de su tocador y la roja amazona que vestía en los días de motín.

Al alejarse Guzmán de Lambertina, no tardó en olvidarla con ese egoísmo propio de los enamorados, y pensó en Luisa y en aquel hotel aristocrático, de donde había sido despedido y adonde pensaba volver a toda costa.

Desde la noche en que la baronesa de la Tour d'Argent les había hecho salir de su casa, la preocupación constante del español y su amigo el capitán, era encontrar un medio que les permitiese avistarse con sus amadas.

Los dos jóvenes habían celebrado consejo para acordar la conducta que debían seguir, y su primera decisión había sido dejar pasar algunos días sin presentarse en el barrio de San Germán, pues temían que la baronesa, al verles, extremase sus rigores con sus dos protegidas.

Durante cuatro días, ninguno de los dos apareció en las inmediaciones del hotel; pero Guzmán, después de su encuentro con Lambertina, no sabía qué hacer, y por la fuerza de la costumbre, dirigióse al barrio de San Germán.

Hasta el anochecer no vería a su amigo Santiago, que había sido llamado por Dumouriez para dar ciertos informes sobre la campaña.

Cuando Félix entró en el barrio aristocrático, no pudo evitar cierta inquietud.

Temía que la baronesa se apercibiese de su presencia, y por esto fue aproximándose al hotel con cierta cautela, como dispuesto a volver atrás

y ocultarse. Pero apenas vio el aristocrático edificio, sintiose dolorosamente impresionado, presintiendo una desgracia.

Todas las ventanas estaban cerradas y el hotel tenía el aspecto mudo y sombrío de una casa abandonada.

Tan ruda sorpresa disipó la timidez de Guzmán, quien fue avanzando resueltamente dispuesto a conocer la verdad.

Al llegar a la verja del jardín, vio parado frente a su puerta un enorme carromato, en el cual algunos mozos de carga iban colocando grandes envoltorios de ropa y algunos muebles.

Adivinábase que no era aquello una mudanza total, sino un cambio de domicilio por cierta temporada y en el cual los dueños sólo se llevaban lo más preciso y de uso íntimo.

El español, resuelto a enterarse de todo, dirigióse a los cargadores, con el aplomo de un aristócrata y afectando sus maneras altivas hasta la insolencia.

—¡Eh, vosotros! —dijo a dos de aquellos—. ¿Es que la señora baronesa sale de viaje?

—Creo que sí —contestó uno de los cargadores—. La señora debe haber salido ya, pues nadie vive en el hotel.

—¿Y no sabéis adonde se ha dirigido?

—No nos importa, ni nos hemos enterado. Creo que la baronesa ha ido a la Bretaña. ¿Pero deseáis saberlo con certeza?

—Sí. Soy gran amigo de la baronesa y necesito saber su paradero.

—Pues entonces —contestó el cargador señalando la puerta del hotel — dirigíos a aquel hombre que está en la escalinata. Es el criado que ha dejado la baronesa para empaquetar el equipaje.

Guzmán penetró en el jardín, dirigiéndose hacia aquel hombre, que estaba de espaldas a él, ocupado en apretar las cuerdas de un enorme cofre.

Al aproximarse el joven, el hombre volvió la cabeza y Félix reconoció al viejo fanático y realista, que era el criado de confianza de la baronesa.

El español no se intimidó por esto, y le sonrió con gracia, como para amansar a un enemigo que tan hostilmente le miraba.

—¡Eh, buen amigo! ¿Podréis decirme adonde ha ido la baronesa?

—Ni os importa, ni lo sabréis nunca.

Y el viejo, al decir esto, irguióse y cruzó sus brazos en actitud hostil, como dispuesto a cerrar el paso a Guzmán si seguía avanzando.

—Gracias. Sois muy amable. Tratáis bien a los tertulianos de vuestra señora.

—La baronesa —contestó el viejo con voz temblorosa por la rabia— nunca ha tenido por amigos a espías de los descamisados, y gracias a Dios se halla ahora en un país donde no pueden ir a incomodarla gentecillas de vuestra clase.

—Sé dónde está: en Bretaña. Hacedla presente mis respetos cuando la veáis y decidle que no tardará en tener noticias mías.

Y Guzmán saludando irónicamente al criado atravesó la verja con gentil talante, como burlándose de la furia del viejo fanático.

Pero así que estuvo en la calle, desapareció su afectada alegría, sintiendo en toda su crueldad el rudo golpe de aquella desaparición inesperada.

Ver a Vadier inmediatamente para comentar juntos el suceso, fue lo único que pensó, y dirigióse apresuradamente al ministerio de Estado, frente al cual estuvo paseando más de dos horas.

Al anochecer, cuando salió el capitán de su conferencia con Dumouriez, Félix abalanzóse a él como un loco para decirle con voz temblorosa:

—¡Las hemos perdido!

—¿A quiénes?

—A Luisa…, a Margarita…, a las que amamos. La baronesa se las ha llevado huyendo de nosotros.

—¿Pero adonde? —pregunto el capitán Vadier, que ante aquella noticia inesperada mostrábase tan agitado de ánimo como su amigo.

—No lo sé. Creo que a Bretaña: pero esto es lo mismo que ignorar su paradero. ¡Ve a buscar una baronesa que se esconde en provincias tan extensas y en donde todos los naturales son partidarios de los aristócratas y les obedecen ciegamente!

Vadier quedó en silencio como reflexionando algunos instantes. Después alzó su cabeza con aquella arrogancia que le era peculiar y exclamó:

—Pues hay que buscarlas.

—Eso mismo creo yo. ¿Pero cómo?

—No hay que desconfiar de nuestras fuerzas. Tiempo nos queda para decidirnos. Esta misma noche pensaremos qué es lo que nos toca hacer para librar a nuestras amadas de la tutela de la baronesa, pues en verdad no deben pasarlo muy bien estando expuestas a las iras de aquella señora, que sentirá la más santa de las indignaciones, al pensar que dos jóvenes aristócratas aman a dos descamisados como nosotros.

Guzmán y Vadier, en la habitación de este, pasaron gran parte de la noche ocupados en discutir si debían abandonar a sus amadas a merced de la baronesa.

—No y cien veces no —decía el español con energía—. Seremos indignos del amor de esas dos mujeres, si las dejamos abandonadas y no intentamos librarlas de la baronesa. ¡Quién sabe de lo que esta es capaz para castigarlas a las dos! En mi país los hombres se imponen siempre el deber de hacer los mayores sacrificios por la mujer amada, de acometer las más imposibles empresas para librarlas de un leve peligro. No podré vivir tranquilo en París, mientras ignore el paradero de Luisa y no tenga la certeza de que vive con relativa tranquilidad al lado de su orgullosa tía.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo Vadier—. ¡Pero qué puedo hacer yo! Mis deberes de soldado me obligan a permanecer en París. Faltaría a mis juramentos, sería un hijo ingrato de la revolución, si por causa del amor dejara de servirla y abandonase la comisión que me dio mi general.

—Quédate pues aquí, ya que el deber te retiene; pero yo que soy libre, no pienso permanecer ni un día en París. Iré a Bretaña, al mismo infierno, si sé que allí se oculta la baronesa con sus pupilas.

—¿Estás resuelto a ello, amigo Guzmán?

—A todo; recorreré la Bretaña entera, sin que quede granja ni castillo donde no pregunte por la baronesa de la Tour d'Argent.

—Difícil es lo que te propones.

—Mi vida no ha sido más que una serie de aventuras. Este viaje será una nueva empresa arriesgada, de la que saldré en bien como de todas.

—Piensa que el país bretón es peligroso. Los campesinos odian mortalmente a la revolución y a sus defensores.

—Cuento con mis pistolas y con mi astucia y audacia, que valen mucho más.

—Sea, ya que tan decidido estás. Lo que más siento es no poder acompañarte. Pero ya que no es posible, por mi desgracia, que el viaje

sea por cuenta de los dos. Tendrás que valerte del dinero para hacer hablar a los campesinos, tú eres tan pobre como yo y además, la reciente emigración en Londres, ha causado algunos gastos a tu padre y tu madrastra.

—Es verdad —dijo con desaliento Guzmán, quien hasta entonces no había pensado en los medios de realizar su aventurada correría.

—Te he dicho esto —continuó Vadier— no para desanimarte, sino para que te decidas a admitir mi auxilio. Ya que nos juramos un afecto fraternal, todo debe ser común entre los dos. Además el resultado del viaje me interesa tanto como a ti.

Guzmán afirmaba con movimientos de cabeza, aunque sin comprender adonde se encaminaban las palabras de su amigo.

—En fin —dijo el capitán rebuscando en un cajón de su mesa y sacando un puñado de papeles— aunque soy tan pobre como tú, la vida de campaña me ha hecho ser económico y tener ahorros. Ahí tienes este paquete de asignados. Creo que hay en valor de unos dos mil francos; con esto y mi caballo, que tengo en las cuadras del Estado Mayor, habrá suficiente para el viaje.

—Acepto el dinero —dijo Guzmán—, ¡Pero tu caballo…, ese noble animal, que según dices tan buenos servicios te ha prestado en la campaña!

—¡Bah! Ya me lo devolverás, y si antes que tú regreses a París tengo que salir para la frontera, no me faltarán medios para encontrar una cabalgadura tan buena como mi caballo.

El viaje quedó decidido tras breve discusión.

A media noche estaban ultimados todos los preparativos para la próxima marcha.

Los dos jóvenes, con un mapa de Francia extendido sobre la mesa, estuvieron mucho tiempo estudiando los departamentos de Bretaña, como si por los nombres de las poblaciones esperasen adivinar el punto de refugio de la baronesa. Al fin se tendieron los dos en la misma cama, durmiendo vestidos hasta el amanecer.

A esta hora dirigiéronse al edificio donde estaba establecido el Estado Mayor de la guardia nacional de París.

El capitán Vadier hizo abrir las cuadras, mandó ensillar su caballo, y cuando salía el sol, Guzmán montaba sobre un caballo negro, de piel

lustrosa y nariz humeante, que estremecía nerviosamente sus piernas y relinchaba con brío al menor movimiento del jinete.

—Con un caballo así —dijo Guzmán con expresión satisfecha— puede correr uno toda la Europa.

—Feliz viaje, amigo Félix. Te espero, confiado de que sabrás encontrar lo que buscamos. Si cuando vuelvas a París no estoy ya aquí, escribe al ejército de operaciones. Ya sabes mi dirección. Estado Mayor del general en jefe.

Las manos de los dos jóvenes cambiaron el último apretón cariñoso, y Guzmán tocó ligeramente con sus espuelas los negros ijares de su corcel, que salió del patio veloz como una exhalación, conmoviendo con su galope el empedrado del patio y el pavimento de la calle.

—¡A Bretaña! —gritó el español con la expresión enérgica del hombre tenaz que desprecia los obstáculos.

Y el capitán, que salió tras él a la calle, le vio desaparecer en una revuelta, mientras, los escasos transeúntes volvían la cabeza admirando a aquel jinete que con tanta velocidad corría por el interior de París.

VIII.- EN LA POSADA DEL GALLO ROJO

Era en el riñón de la Bretaña, al borde de un mal camino y junto a un sombrío bosque de abetos, donde se levantaba la posada del Gallo Rojo, miserable casucha de paredes agrietadas y negruzcas, grandes aleros dentados por la lluvia y el vendaval como el filo de una sierra, ventanas que parecían agujeros y una puerta que tenía el mismo aspecto de una entrada de cueva, con cierres de maderos mal unidos.

El único adorno de aquel sombrío y bárbaro edificio, era una tablilla colocada a guisa de muestra y en la cual un siglo antes habían pintado con grosero arte un gallo rojo, cuyo dibujo y colores estaban próximos a desaparecer bajo las negras huellas del tiempo.

Adivinábase al instante en aquella posada, el nido de salvajes, la habitación bárbara, donde sólo de tarde en tarde entraba un viajero para ser robado, a cambio de malas comidas y servicios rudos y groseros.

Era la posada de la bárbara Bretaña, próxima a un bosque que podía servir de guarida a los bandoleros y al borde de un camino que conducía a la costa y por el cual todas las noches pasaban los contrabandistas con el fusil bajo el brazo y la mano en el puñal.

Adivinábase en la sombría casucha toda una serie de horrorosas historias, para las cuales el más propio escenario era aquel paisaje tétrico y salvaje.

Las ventanas debían haber servido muchas veces de troneras y los maderos de la puerta abrían sus anchas rendijas como para dar paso a las bocas de las carabinas.

Comprendíase que el viajero que allí durmiera, pondría sus pistolas bajo la almohada y despertaría a cada instante de su sueño intranquilo y nervioso, creyendo percibir en los rumores de la cercana selva, los alaridos de viandantes asesinados.

Los dueños de la posada no eran para inspirar confianza. El tipo fiero, ceñudo y sombrío de los bretones aparecía extremado en aquella familia, que vivía allí como en un desierto, habituada a luchar con los hombres y los elementos, creyendo en la Virgen y en el diablo y teniendo por los seres más superiores del mundo al cura de la vecina parroquia, que les sacaba todos los ahorros, y al antiguo señor de la comarca, que se divertía apaleando a sus abuelos.

La posadera era un marimacho, nervuda, tostada, vellosa y siempre con tocas sucias y sayal remendado; el marido, un hombre cuadrado, de frente estrecha, pelo hasta las cejas y mandíbulas prominentes. Sus cinco hijos, mocetones hercúleos, fieros y silenciosos, resultaban dignos de tales padres.

La posada, en la que rara vez entraban viajeros durante el día, debía servir en la noche, de momentáneo asilo a seres misteriosos, llegados con las nocturnas sombras para pagar y salir antes del amanecer. En sus graneros debían estar ocultos muchos de aquellos fardos que a la luz de la luna pasaban por el inmediato camino, sobre las espaldas de ciertos hombres, prontos a dejarlos en el suelo y tirar del puñal al menor ruido sospechoso.

Hasta se murmuraba en la comarca que el posadero y los hijos ayudaban algunas veces a sus misteriosos huéspedes en la tarea de trasladar los bultos que los faluchos ingleses dejaban en la costa al otro lado de la selva.

En una mañana del mes de julio, la posada del Gallo Rojo tenía viajeros, cosa extraordinaria que parecía dar al sombrío establecimiento una nueva fisonomía.

Era domingo; sonaban a lo lejos las campanas de un pueblecillo oculto tras una ondulación del terreno y la selva movía su verde oleaje, acariciada por un viento cálido propio de la estación.

La hermosura esplendente de aquel día prestaba una momentánea belleza al selvático panorama.

El ardiente sol de verano daba a la casucha gris reflejos dorados; los peñascos sombríos brillaban como bloques de metal, y sobre los espinosos matorrales, erizados de silvestres flores, aleteaban enjambres de insectos, conmoviendo el espacio con una vibración de rumorosa vida.

El posadero y sus hijos aparecían de vez en cuando fuera de la casa,

luciendo su traje del domingo; los amplios calzones de grosero lienzo, las polainas negras y el coleto, que en los días de trabajo era de piel de carnero, pero que en los festivos volvían al revés, dejando el pelo a la parte interior para lucir los dibujos bárbaros y chillones bordados en la superficie curtida.

Habían ido a misa al amanecer, y terminadas ya sus tareas del día, fumaban al sol su pipa de barro con las manos en los bolsillos, y paseando por frente a la puerta de la posada, parábanse algunas veces a contemplar dos caballos atados a un poste y pertenecientes a los viajeros que almorzaban en la cocina.

De aquellos dos caballos, uno estaba ensillado y era el que atraía la atención de los campesinos por su gallarda estampa, su brío y la finura de su piel negra y húmeda de sudor; el otro era un robusto caballo de tiro, pesado y vulgar, que estaba enganchado a un carricoche descubierto. Los dos animales comían amigablemente la cebada en el mismo saco, aunque el del carricoche parecía conceder cierta prioridad en el mascar al negro corcel, como si apreciase respetuoso la diferencia de linaje entre el caballo de guerra y la bestia de tiro.

Algunas veces el posadero o sus hijos aproximábanse en sus paseos a la puerta de la casucha, echando al pasar una rápida y extraña mirada a aquel interior de antro, negro, humoso y mal oliente que recibía el nombre de cocina.

Allí, alrededor de una pequeña mesa y próximos al gran hogar, que aún conservaba los restos de las fogatas de invierno, estaban dos hombres y un muchacho comiendo amigablemente los pedazos de una liebre que descansaban en el fondo de ancho plato.

Otra de las habilidades del posadero era poner a contribución la cercana selva para su cocina, y nadie tan experto como él en la comarca para cazar con lazos y cepos a despecho de todos los guardabosques.

La posadera, de pie y a corta distancia de los huéspedes, rígida y con los ojos entornados, mostrábase con la actitud estúpida del servidor que aguarda órdenes; pero en realidad, lo que hacía era espiarles, sin dejar de fijarse en la más leve de sus palabras.

Desde que entraron allí, la mujerona habíase fijado en ellos con manifiesta hostilidad. ¡Vaya una gente! A juzgar por sus trajes, por sus maneras francas y desenfadadas, por su aire altivo, debían ser

descamisados; tal vez perteneciesen a aquellos monstruos que allá en París insultaron al rey y a Dios, atreviéndose a cometer los mayores atentados contra los señores y los curas.

Y de vez en cuando los ojos de la posadera se entreabrían para dejar escapar una mirada relampagueante, sangrienta, que hacía pensar en el gallo rojo de la muestra.

Los dos hombres, a pesar de que mostraban iguales y desenfadadas maneras, tenían diverso aspecto, que no pasaba desapercibido para la posadera. El más joven era el dueño del hermoso caballo y tenía un aspecto distinguido, lo que aún le hacía más antipático a los ojos de la mujer.

El otro hombre, había llegado en el carricoche con el muchacho que a su lado estaba.

Era un viejo robusto, de faz granujienta, encendida y con gruesas arrugas, ojos vivos y alegres y pelo rojo e hirsuto. Vestía un largo redingot, sombrero redondo con escarapela tricolor y llevaba pendiente de una correa que cruzaba su pecho una gran cartera, de la que no se despojaba a pesar de su peso, así como tampoco separaba sus piernas de un maletín de cuero que oprimía entre ellas.

El muchacho tenía el tipo de un pilludo de oficina; una especie de escribiente de notario, con el rostro macilento y la mirada vivaracha del pícaro. Un amanuense en fin, tan apto para llenar pliegos y más pliegos de faltas de ortografía, como para robar unas manzanas al menor descuido.

El joven del caballo negro era Guzmán; el viejo de pelo rojo y el muchacho, un recaudador de tributos y su ayudante, que recorrían la comarca arrostrando con estoica serenidad los mayores peligros.

El español había alcanzado al carricoche a media hora del Gallo Rojo, y el recaudador, tranquilizado por la escarapela tricolor de Guzmán y por sus palabras, había hecho amistad con él, acabando por convidarle a almorzar en la inmediata posada.

Aquel recaudador era un glotón, aficionado en demasía al vinillo de aquella comarca y al de todas las de Francia. Su mayor placer era estar a la mesa con un amigo que aguantase el flujo de palabras que en él se desataba a los postres.

Guzmán aceptó la invitación, pensando que nadie mejor que aquel

hombre, que conocía palmo a palmo la Bretaña, podría darle algún informe de lo que él iba buscando dos meses hacía, sin éxito alguno, por aquellas provincias peligrosas.

El señor Didot, que únicamente se mostraba serio al pensar en su maleta, tuvo buen cuidado en bajarla del carricoche para guardarla entre sus rodillas mientras almorzaba. El recaudador se tenía por muy astuto y perspicaz; pero le pasó desapercibida la mirada de curiosidad poco tranquilizadora que lanzaron el posadero y sus hijos cuando vieron que él y su ayudante trasladaban con dificultad aquel bolsón de cuero tan pesado.

La marcha desde el amanecer había abierto el apetito a los viajeros; Guzmán comió bien, pero el recaudador y su escribiente devoraron la mayor parte de aquella enorme liebre, hicieron desaparecer después un queso entero y por la mesa desfilaron media docena de botellas que, exangües y sin vida, fueron a amontonarse sobre la ceniza del hogar.

Aquel banquete rústico y grosero tenía su convidado de piedra en la posadera, que derecha a espaldas de Guzmán, permanecía inmóvil, aunque de vez en cuando entreabría los ojos para mirar fieramente a sus huéspedes.

Una atmósfera de sorda hostilidad parecía ir condensándose en torno de los viajeros. Si la posadera les contemplaba fieramente, no eran más tranquilizadoras las miradas de su esposo y los hijos cuando por un momento se asomaban a la puerta; pero el recaudador Didot y su acólito estaban demasiado alegres con el vinillo del país para fijarse en tales detalles, y Guzmán, siempre confiando en su valor y en su buena estrella, no reparaba en tales demostraciones.

Estaba acabando el señor Didot la última botella y el último pedazo de queso, y su charla caprichosa desarrollábase en curso interminable para contestar a la menor pregunta de Guzmán.

—Os digo, ciudadano —gritaba el recaudador, una de cuyas cualidades era no poder hablar en voz baja—, os digo que conozco la Bretaña palmo a palmo y no sé qué en ella posea castillo ni granja esa baronesa de que habláis. Podéis fiaros de mis informes. Hace más de seis años que cobro tributos en la Bretaña y nunca he dejado de cumplir mis funciones, a excepción de estos dos últimos meses que los he pasado en París.

—¡En París! —exclamó Guzmán, que consideraba la gran ciudad como su patria y no podía hablar de ella sin estremecimientos de emoción—. ¿Y qué ocurre por allá? Me han asegurado que grandes cosas.

—¡Oh! Sucesos asombrosos. ¿Hace tiempo que faltáis de allá?

—Hace dos meses que salí de París. El tiempo que he empleado en recorrer esta dilatada comarca, siempre en busca de una persona, que parece desvanecerse como un fantasma.

—Pues es lástima que un patriota, entusiasta como vos parecéis serlo, no haya presenciado los últimos sucesos de París. ¡Ira de Dios! ¡Y qué gran pueblo es aquel! El señor Veto y sus cortesanos están atemorizados por los patriotas de las veinte secciones de París. Yo presencié el hecho. ¡Ciudadano, qué gran espectáculo! ¡Qué jornada la del veinte de junio!

—He oído hablar de ella a los habitantes de este departamento; pero no me fío de sus palabras, pues son gentes que todo lo saben por conducto de los enemigos de la revolución y mienten y exageran de un modo asombroso.

—Os han engañado si dijeron que la entrada del pueblo de París en las Tullerías no fue uno de los sucesos más grandiosos que se han conocido. Yo fui arrastrado por las valerosas turbas y pasé por los dorados salones del real palacio, viendo al rey asustado y pálido, a tanta distancia como estoy de vos.

Lo mismo al narrador que a Guzmán, pasaron desapercibidos un nervioso movimiento de la posadera y la furibunda mirada que lanzó al recaudador como si quisiera anonadarle por sacrílego.

—Sí —continuó el señor Didot, cada vez más entusiasmado con sus recuerdos —; la familia de los Capetos pagó con un buen susto el haber hecho dimitir al general Dumouriez y demás ministros girondinos. ¡Cómo se puso el pueblo de París al saber la dimisión! La noticia circuló el 19 de junio y al día siguiente hervía ya el arrabal de San Antonio y le seguían todas las secciones de París. El barrio revolucionario por excelencia, aquel que tenía la Bastilla en su centro y la supo destruir, fue el que rompió la marcha, bajando por los boulevares con dirección a la Asamblea, pues la comitiva quería desfilar ante los diputados para significarles que sólo a ellos reconocen como señores de la nación.

Aquel desfile del pueblo de París, ha sido calumniado como todos los

actos revolucionados. Las masas han sido pintadas como bandas de forajidos, y nada menos cierto. La fraternidad y la igualdad hacían los honores de aquella fiesta, en la cual iban confundidos, dándose el brazo, el artesano y el escritor; los nacionales y los inválidos casi centenarios; antiguos servidores del absolutismo, arrepentidos de su obra.

—Hermoso sería el espectáculo.

—Como todas las fiestas del pueblo de París. Abundaba el hierro; veíase sobre aquel río de cabezas un bosque de picas y fusiles; pero no eran menos los ramos de flores que mujeres y niños agitaban proponiéndose entregarlos a los diputados.

—¿Y entró el pueblo en la Asamblea?

—Sí; desfiló por el hemiciclo dando vivas a la nación y a los legisladores; pero como la multitud era inmensa y no todos podían penetrar en el salón de sesiones, el resto de aquella avalancha humana chocó con tal fuerza contra las verjas de las Tullerías, que se abrieron y el pueblo se desparramó por el patio de la real mansión, deseando ver de cerca al rey, ya que estaba allí. Todos esos atentados que se han supuesto contra la persona de Capeto son estupendas mentiras. Si los revolucionarios hubiesen querido matarle a él y a su familia, poco les habría costado, pues todos los cortesanos huyeron al ver que el pueblo invadía el palacio. Nunca he visto a los parisienses tan comedidos y respetuosos. Asaltaban el palacio derribando verjas y puertas, pero lo hacían con el propósito de satisfacer una curiosidad infantil, por ver al rey y hacerle algunas advertencias, riendo bondadosamente. París entero desfiló por el salón del trono. Luis, tras una mesa y teniendo al lado a Santerre, que lo mostraba al pueblo, vio pasar la popular avalancha durante algunas horas, sin que los grupos tuviesen con él otras exigencias que verle con el gorro colorado y hacerle brindar a la salud de la nación. Cuando llegó la noche, no quedó otro rastro en las Tullerías de la invasión del pueblo, que la rabia que sentían Capeto y su esposa al considerar que había tenido que humillarse ante los que un año antes llamaban mendigos y a dar vivas a la nación, por ellos tan odiada. Ésta ha sido, ciudadano, la jornada del 20 de junio.

—No os podéis figurar, ciudadano recaudador, qué efecto tan terrible ha causado aquí el suceso; ¡cómo lo exageran!, ¡cómo lo comentan!

—Sí, conozco bien a esta gente. Con razón se dice que nadie es tan duro de mollera como un bretón. Creen a puño cerrado en cuanto les

dicen sus antiguos señores y sus curas y son tan brutos que odian a la revolución, que les libra de la rapiña feudal y del diezmo de la Iglesia.

La posadera seguía inmóvil, como si no comprendiera estas palabras, y únicamente se animó su cetrino rostro con una momentánea llamarada de indignación.

El señor Didot clavó sus ojos en ella sonriendo con expresión zumbona.

—Creed —siguió diciéndole a Guzmán— que estas gentes no tienen la menor dosis de sentido común. Ahora veréis.

Y dirigiéndose a la campesina, la preguntó:

—¿Cuál es el nombre de vuestro marido?

—Jacobo —contestó la mujer con concisa sequedad.

—¿Y no tiene ningún sobrenombre?

—En el país le conocen por Apalea-ranas.

—¡Eh! ¿Qué os parece, ciudadano? ¿Entendéis el significado de ese apodo?… Y de seguro —continuó el recaudador dirigiéndose a la mujer-amáis mucho al barón, conde o marqués que es señor de esta comarca.

—Después de Dios, es el señor de la tierra y debemos respetarle y quererle como el que nos dio la vida. Así nos lo enseña siempre el cura de la parroquia.

El recaudador estalló en interminable carcajada.

—¿No os lo decía yo? —murmuraba con voz ahogada por la risa, dirigiéndose a Guzmán—. Son unos brutos que llegan en su ceguera al último extremo. Creen en el señor, porque así lo aconseja el cura, y en este porque así lo exige aquel. Excelente sociedad de dos picaros, para explotar y embrutecer a estos infelices.

La posadera ya no fingía indiferencia. Miraba de frente al recaudador y a Guzmán, y al uno por sus palabras y al otro por su silencio, mostrábales igual odio.

—Señor —dijo la mujer con rudo y agresivo lenguaje—. Mejor es creer en nuestro cura y en nuestro señor, que vivir adorando al demonio, como ciertas personas.

El recaudador contestó con otra de sus estruendosas carcajadas.

—Vamos a ver —dijo balbuceando todavía por la risa—. ¿Por qué creéis que a vuestro marido le llaman Apalea-ranas?

La mujer levantó los hombros y tras una corta reflexión murmuró:

—No lo sé; creo que el nombre viene de sus abuelos.

—Eso es; estáis en lo cierto. Los abuelos de vuestro marido serían los primeros en llevar tal apodo, sin duda porque el señor feudal de esta comarca, como otros muchos de Francia, harían pasar a vuestros ascendientes la noche entera metidos en algún charco inmediato a su castillo apaleando las aguas para que las ranas no turbasen con su canto el sueño señorial. Considerad si los reumas y pulmonías de vuestros abuelos os agradecerán poco ese cariño que demostráis tener al señor de la comarca.

La posadera acogió sin pestañear el discurso del recaudador.

—Decididamente —continuó éste— sois unos bárbaros indignos de que la revolución se preocupe de vosotros y de que procure la libertad a seres tan ingratos.

La mujer, al oír hablar de libertad, sacó el hocico como en señal de asco y desprecio.

—¡Pues, y en punto a curas! —continuó el locuaz recaudador—. También lo que ocurre en este asunto es muy chistoso. Para estos bretones sólo es buena la misa que diga alguno de esos curas ignorantes y cerriles que se han negado a jurar la Constitución. La misa de un sacerdote digno, de los que no se meten en política y obedecen al gobierno actual de Francia, es para esta gente un horrendo sacrilegio, al cual se puede asistir bajo la pena de caer en pecado mortal.

La mujer demostraba con sus gestos que creía firmemente en estas últimas palabras.

—Tengo la seguridad —continuó el señor Didot— de que esta mañana habréis asistido a misa.

—Ningún domingo faltamos a ella. Somos buenos católicos y yo desde los ocho años soy hija de la Virgen.

—Perfectamente. Pero apostaría cualquier cosa, buena mujer, a que no habéis ido con vuestra familia a la iglesia del vecino pueblo.

Ella contestó con una sonrisa orgullosa, que afirmaba tales palabras.

—¡Garo! —continuó el recaudador—. En las iglesias de los pueblos hay curas juramentados que respetan el gobierno de la Francia y no mezclan la religión con la política y vosotros preferís que os diga la misa en lo más intrincado de la selva o en la encrucijada de un camino, alguno de esos perillanes con sotana, que debían estar en la horca, pues van

excitando los ánimos de los crédulos bretones contra la libertad y el pueblo de París y no quieren reconocer los acuerdos de la Asamblea, porque cortan de raíz los antiguos abusos.

Conocíase que estas palabras herían a la posadera en lo más íntimo, que atacaban a sus más caros ídolos, pues su rostro púsose rojo y con lengua balbuciente por la rabia contestó:

—Los perillanes con sotana son vuestros curas sacrílegos, esos malos sacerdotes que hacen pacto con el diablo y a quienes Dios castiga poniendo de manifiesto sus relaciones estrechas con el maligno.

Una nueva carcajada del recaudador conmovió la negra cocina.

—Ya salió lo que me esperaba —dijo dirigiéndose a Guzmán—. ¿Sabéis, ciudadano, la treta discurrida por los curas realistas para desacreditar a los sacerdotes afectos a la Constitución? Pues es de lo más curioso. Hace honor a su inventiva y a la bárbara credulidad de estas gentes. Al celebrar sus primeras misas los curas liberales después de su juramento de fidelidad a la Constitución, los curas refractarios y realistas metían un gato negro bajo del altar, y en un momento dado algún pilluelo de sacristía encargábase de azuzarlo para que saliera mayando y produciendo grande estrépito por toda la iglesia. Era el diablo, con el cual habían hecho pacto los sacerdotes juramentados, y estos imbéciles lo creyeron y lo creen aún, asustándose de una revolución que tiene por compadre al príncipe de las tinieblas. ¡Ah, imbéciles! ¡Cuántos seres se albergan en vuestras cuadras con más sentido común que vosotros!

Este apostrofe que el señor Didot lanzó a la posadera mirándola de frente como si fuese la representación de toda la Bretaña fanática e ignorante, acabó de indignar a la ruda mujer, que indecisa algunos instantes entre contestar o salir, acabó por abandonar la cocina, grave, rígida y con gesto iracundo, yendo a reunirse con su familia fuera de la posada.

Al quedar solos, Guzmán rompió el silencio.

—Creo, ciudadano Didot, que habéis hecho mal en hablar de tal modo a esa mujer. La habéis herido en sus sentimientos más íntimos, y de seguro que os profesa un odio implacable.

—¡Bah! Todos estos brutos son iguales. Siguen como corderos al que los engaña y aborrecen a cuantos pretenden abrir sus ojos a la verdad. Conozco a los bretones.

—Por lo mismo creo que debíais expresaros con mayor cautela estando en lugares como éste. Las gentes del país son capaces de todo. Hoy tienen el ánimo soliviantado por los curas refractarios y los antiguos señores y no me extrañaría ocurriese alguna sublevación.

—Ya han comenzado los chispazos del fuego sedicioso. En esta comarca todavía existe tranquilidad, pero en otras de la Bretaña empiezan los campesinos a empuñar el fusil para emboscarse tras un seto y hacer fuego a los gendarmes. Sé perfectamente lo que va a ocurrir aquí. ¿Por qué creéis que viajo sin otra compañía que este muchacho?

—Realmente me extraña vuestra audacia, ciudadano recaudador.

—Esta es la primera vez que voy por los caminos de Bretaña sin llevar como escolta dos gendarmes de a caballo. Ayer le pedí escolta al alcalde de la población donde pernocté, pero el funcionario me rogó que esperase, pues no tenía en el pueblo un solo gendarme. Esta comarca está sin fuerza alguna que sostenga a los funcionarios del Estado. La gendarmería la han reconcentrado para sofocar el levantamiento de los campesinos del Marais.

—No tenía noticia de sucesos tan alarmantes.

—Sí, ciudadano; esta Bretaña se pone mal y no tardará en dar al Gobierno que sentir. El hidalgo conspira para reconquistar los feudales derechos; el cura predica pensando en los perdidos diezmos, y esta gente es tan imbécil que desea romperse la cabeza en defensa de sus antiguos opresores.

—Ya que reconocéis los deseos sediciosos de estos campesinos, debíais ser más cautos y expresaros en su presencia con menos franqueza.

—¡Bah! Los de esta comarca permanecen tranquilos por ahora. No es fácil que se subleven.

—Sí; pero ya conocéis su codicia. Son gentes acostumbradas al contrabando y al robo; vuestro cargo atrae la atención de todos, y esa maleta que guardáis entre las rodillas es capaz de tentar al bretón más virtuoso.

Al oír esto el señor Didot, púsose pálido. La menor alusión a su maleta desvanecía su buen humor, poniéndole intranquilo y nervioso.

—Es verdad —murmuró—. Estos bretones son codiciosos en extremo y capaces de matar a un hermano para apoderarse de un luis de

oro. ¡Si ellos supiesen que en mi cartera y en esta maleta llevo más de treinta mil francos en moneda y asignados!

Guzmán, instintivamente, al decir esto el recaudador, volvió su cabeza y parecióle que en el mismo momento una persona se retiraba de la puerta de la posada. Hasta creyó percibir un extremo de la burda falda de la posadera.

¿Habría estado escuchando tan imprudentes palabras aquella mujer feroz?

Guzmán sintió que le abandonaba su imperturbable confianza, y las sospechas comenzaron a germinar en él.

—Mirad, amigo mío —dijo al recaudador—. Creo que nos acreditaríamos de prudentes y previsores, saliendo cuanto antes de esta posada. No podré deciros el verdadero motivo de mis sospechas, pero esa mujer, con su esposo y sus hijos, cuyo aspecto es poco tranquilizador, no me inspiran confianza alguna.

La serenidad del señor Didot desvanecíase rápidamente. Aquella alegría, producto del vinillo, y el acento zumbón con que hablaba a la posadera, acababan de desaparecer, y ahora se mostraba el recaudador balbuciente y tembloroso por las sospechas que en Guzmán no causaban trastorno alguno, pero que a él le alteraban profundamente.

—De modo que ¿creéis que debemos salir de aquí cuanto antes?

—Sí, ciudadano —contestó Guzmán— y presiento que esta salida va a ser más difícil de lo que os figuráis. Mirad —añadió en voz más baja— fijaos en ese hombre.

El señor Didot miró a la puerta y vio cómo uno de los hijos del posadero se deslizaba cautelosamente en el interior de la casa, subiendo la desmoronada escalera que conducía al piso superior.

Una mirada aviesa y hostil que aquel mocetón dejó escapar, fue un indicio de alarma para Guzmán.

El español, cada vez más intranquilo, siguió con su vista aquel gañán temible, y cuando hubo desaparecido en lo alto de la escalera, miró significativamente al recaudador, cuya inquietud aumentaba por momentos.

—¿Qué opináis de esto, ciudadano? —preguntó a Guzmán.

—Opino que habéis sido un imprudente, primero mostrando ideas ante esos fanáticos, y después hablando del dinero que lleváis en vuestra

maleta. Decís conocer bien la Bretaña y extraño que siendo así mostréis con tanta confianza a los ojos de estos salvajes una cantidad para ellos tan enorme.

—Pero… ¿qué os parece que hagamos?

—Ante todo, ¿lleváis armas?

—Dos pistolas que hace años no he disparado; pero las tengo fuera, en un cajón bajo el pescante de mi carruaje.

—¡Pues estamos bien! —dijo Guzmán sonriendo con amarga expresión de ironía—. Vos y el muchacho sois dos cuerpos sin defensa alguna, y en caso de que ocurra lo que espero, a mí me tocará batirme por los tres. ¡Brava situación! ¡Y yo que no tengo más que mis dos pistolas! Menos mal que soy precavido y no las he dejado como vos en mi montura. ¿Para qué diablos queréis las armas si no las lleváis consigo?

Y Guzmán, que aunque afectaba serenidad estaba furioso por aquella aventura peligrosa en que le había metido la imprudencia del recaudador, abandonó su asiento y cautelosamente se dirigió a la puerta, como si su instinto le delatase que algo grave se estaba preparando contra ellos fuera de la posada.

Apenas asomó su cabeza al borde de aquel enorme agujero, la retiró como si temiera verse sorprendido, volviendo apresuradamente al lado del recaudador y su acólito.

El señor Didot tembló, adivinando en el rostro pálido del español y en el brillo salvaje que a su mirada daba el peligro, alguna noticia terrible.

—Estamos perdidos —murmuró Guzmán—. No me equivoqué al sospechar lo que ese mocetón iba a hacer arriba.

—¿Qué habéis visto? —preguntó el recaudador con voz que el miedo apenas hacía perceptible.

—Las armas del posadero y sus hijos están arriba, y por esto ese truhán se ha encaramado al piso superior. He visto cómo desde la ventana arrojaba escopetas y hachas a su familia. Se están armando para entrar en nombre de Jesús y el rey a conquistar vuestra maleta.

—¡Dios nos valga! Maleta y cartera dejaría yo con tal que no nos exterminasen. Estas gentes son sanguinarias.

Y el recaudador y su ayudante se pusieron en pie, pálidos de terror, y mirando con angustia la puerta de la posada, en la que nadie aparecía.

El pillete abría sus ojos como si se resistiera a creer en tan espantoso peligro, y maquinalmente agarrábase al redingot de su principal, como si el señor Didot pudiera salvarle.

Éste, al convencerse de lo peligroso de la situación, parecía haber adquirido un valor extraordinario.

Conocíase en él al hombre que saca fuerzas de flaqueza, y seguramente que ya no pensaba en su maleta, preocupado como estaba en salvar su vida.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó a Guzmán con resolución.

—Esos miserables van a entrar de un momento a otro. ¿Tenéis ánimo?

—Estoy dispuesto a todo, antes que ser exterminado por esos bandidos.

—Ellos piensan sorprendernos. En que nosotros seamos los que les sorprendan, se cifra la salvación. Aquí no hay otro punto de huida que esa puerta.

—Bien lo veo. Esta maldita cueva sólo tiene agujeros al camino.

—Preciso es, pues, que nos abramos paso de frente. Vos y el muchacho colocaos tras de mí y seguidme cuando corra. Si la sorpresa que en ellos causan mis pistolas nos permiten llegar hasta nuestros caballos y desatarlos, nuestra salvación será un verdadero milagro.

—Lo mismo creo —murmuró Didot con desaliento.

—Ciudadano, no por esto hay que desconfiar de la suerte. De trances peores he salido yo. Conque serenidad, y sobre todo ojo con la escalera. El mozo que está arriba bajará para completar la sorpresa.

Y Guzmán, mientras decía esto, sacó sus pistolas de bajo su casaca, examinó los cebos y montó las llaves.

Eran extraños, aquella sorpresa y los preparativos de defensa, en medio del día y teniendo enfrente una puerta a través de la cual veíase el campo bañado de deslumbrante luz, la selva como irregular muralla de verdor y el cielo azul, diáfano y sin una nube.

Este esplendor del paisaje, contrastando con lo terrible de la escena, parecía dar a ésta un extraño ambiente trágico.

De pronto Guzmán se estremeció, avanzando un paso. Su oído sutil acababa de advertirle.

—Ya están aquí; ¡atención! —murmuró.

En el mismo instante un grupo obstruyó la puerta, cubriendo con sus sombras el torrente de luz que entraba hasta la negruzca cocina, trazando en el suelo una gran mancha de oro.

Eran los dos esposos y tres de sus hijos. La mujer y el más pequeño de sus lobeznos llevaban hachas y las otras escopetas con el dedo puesto en la llave como dispuestos a echárselas a la cara inmediatamente y disparar.

Aquella gente estaba muy lejos de imaginarse que encontraría a los huéspedes tan bien preparados. Por esto al verlos de pie: a Guzmán delante con los brazos extendidos y apuntándoles con sus pistolas y detrás al recaudador y su ayudante sosteniendo entre los dos la pesada maleta y en actitud de huir, experimentaron ruda sorpresa y por un momento quedaron inmóviles por el estupor, sin saber qué hacer.

La terrible escena fue rápida. Guzmán no se dio cuenta exacta de cómo ocurrió aquello; parecióle que un vértigo sangriento le arrastraba en sus vueltas de torbellino.

En lo alto de la escalera sonó una detonación, y el recaudador, dando un espantoso alarido, vino al suelo, arrastrando en su caída al muchacho y a la maleta. Era que acababa de disparar su escopeta el mocetón que había subido al granero para arrojar las armas a su familia.

El señor Didot era la víctima anhelada por aquellos miserables que ansiaban apoderarse de su maleta, y por esto el feroz mocetón tuvo un cuidado especial en apuntar al recaudador.

Guzmán, al ver en tierra a su compañero y que el grupo de la puerta, repuesto ya de su sorpresa, avanzaba hacia él, decidióse a abrirse paso salvando al menos su vida e hizo fuego contra aquellos miserables al mismo tiempo que estos le apuntaban también con sus escopetas.

Los disparos del español fueron certeros. El posadero y uno de sus hijos cayeron bañados en sangre, y el otro mocetón que tenía escopeta disparó en el mismo instante que Guzmán, dando un salto violento, se abría paso entre ellos y salía corriendo de la posada. Esto hizo que el tiro se perdiese en el fondo de la negra cocina sin rozar siquiera al español.

Cuando Guzmán se encontró en el camino tranquilizóse al ver que su caballo seguía atado al poste. Aquellos miserables estaban tan seguros del éxito de su sorpresa, que no habían cuidado de evitar los medios de fuga.

El joven abalanzóse al noble bruto. Afortunadamente las riendas no estaban atadas fuertemente al poste, pues Guzmán tenía la seguridad de que el caballo, familiarizado con él hasta el punto de obedecer su voz, no podía escaparse.

Mientras el joven de un violento tirón desataba las riendas, lanzó una rápida mirada a la puerta de la casucha.

Nadie se veía en ella. Sin duda aquellos fanáticos habían creído más urgente apoderarse de la maleta del recaudador que perseguirle a él.

El caballo del carricoche relinchaba furiosamente, como si presintiera lo que estaba pasando en el interior de la posada.

Tenía ya Guzmán el pie en el estribo, cuando volvió su cabeza al oír exclamaciones de dolor y espanto.

El muchacho ayudante del recaudador, salía corriendo de la posada con el rostro cubierto de sangre y cegado por el dolor y el miedo.

A pocos pasos de él le seguía la posadera blandiendo un hacha ensangrentada y sonriendo con espantosa ferocidad.

Pobre muchacho. Antes de que Guzmán pudiera moverse, fue alcanzado por la bárbara amazona, que descargó un tremendo hachazo sobre su cráneo. El niño cayó sin exhalar un grito para no levantarse jamás.

En aquel instante Guzmán habría considerado como la mayor de las felicidades el tener cargadas sus pistolas para hacer fuego sobre aquella mujer, que riendo ferozmente, sucia de sangre y blandiendo su hacha, parecía una salvaje en fiesta de antropófagos.

La posadera detúvose a algunos pasos de Guzmán, y sonriendo cruelmente, gritó a los que estaban dentro de la posada:

—¡A mí, hijos míos!, ¡aún nos queda éste!, ¡acabemos con él!

Y se abalanzó con el hacha levantada sobre el joven español; pero éste agarró con fuerza su nervudo brazo, mientras que con la otra mano golpeaba con la culata de la pistola el duro cráneo de aquella arpía.

Al primer golpe vaciló la posadera y al segundo vino al suelo aturdida por aquel choque brutal.

Guzmán montó en su caballo, que se agitaba nervioso como dispuesto a emprender la más vertiginosa de las carreras.

Ya era tiempo de huir. Un momento más de permanencia en aquel sitio, y la salvación de Guzmán sería imposible.

Acababan de aparecer en la puerta de la posada dos de los bandidos con las cargadas escopetas de aquellos a quienes habían herido los pistoletazos de Guzmán.

El negro caballo, con el cuello extendido, las narices humeantes y las piernas casi horizontales, emprendió una carrera loca hacia la selva, al mismo tiempo que los de la puerta hacían fuego.

Sólo una bala atravesó los flotantes faldones de la casaca de Guzmán, quien temiendo la descarga, se había arrojado sobre el cuello del caballo para presentar menos blanco.

En aquella ocasión demostró el caballo de Vadier hasta dónde llegaba en momentos decisivos. Atravesó la selva, galopó por la escarpada orilla del Océano y al anochecer atravesaba las puertas de San Miguel de Dol, fatigado por una carrera tan desesperada.

Guzmán se presentó al alcalde de la población, a quien relató todo lo ocurrido, y el funcionario patriota le aseguró que aquella misma noche saldría con un destacamento de gendarmes y guardias nacionales con dirección a la posada del Gallo Rojo.

El joven español, aposentado en una mísera taberna, que era la única posada de Dol, propúsose esperar hasta la tarde siguiente la vuelta del alcalde.

Guzmán estaba decidido a regresar a París, dando por muertas todas sus esperanzas. Era imposible encontrar a aquella baronesa, a la que parecía haber tragado la tierra.

Al día siguiente por la tarde llamó a Guzmán el magistrado popular.

—Amigo mío —le dijo con tristeza— venimos de allá y hemos presenciado un horroroso espectáculo. El cadáver del pobre Didot, que era amigo mío, estaba despedazado en medio de la cocina y su pobre amanuense tendido en el camino con el cráneo roto a hachazos.

—¿*Y* los asesinos? —preguntó Guzmán.

—Habían desaparecido y será imposible dar con ellos…, por ahora. Tengo informes ciertos. La familia de Apalea-ranas, a pesar de que el padre y uno de los hijos están heridos gravemente, se han trasladado a la selva, y anoche mismo congregaron un centenar de contrabandistas y salteadores de caminos, formando una partida, que dice va a defender los derechos de Dios y del rey. Esta mañana han asesinado a los guardias nacionales de un pueblecito. No tardará en generalizarse aquí esa guerra

civil, que ya ha comenzado en otros puntos de la Bretaña. Creedme, joven patriota; si no tenéis en esta tierra ninguna ocupación importante, os aconsejo que regreséis a la capital antes que el camino quede cerrado.

Guzmán aceptó el consejo, y a la mañana siguiente salió para París, sin que su viaje le hubiese servido para otra cosa que para apreciar la ferocidad de los fanáticos bretones en la horrorosa tragedia del Gallo Rojo.

PARTE TERCERA

LA CAÍDA DEL TRONO

I.- LA LLEGADA DE LOS MARSELLESES

A las ocho de la mañana de un hermoso mes de julio entraba en París, por la puerta de Vincennes, un joven con traje de viaje cubierto de polvo y montado en un caballo negro.

Era Guzmán que regresaba de su viaje a Bretaña.

Una inmensa muchedumbre agolpábase a aquella entrada de la ciudad, y la extensa calle, que desde allí se veía, estaba adornada con vistosas colgaduras tricolores y arcos de triunfo.

La muchedumbre vestía los trajes de los días de fiesta y en su actitud bulliciosa y expectante adivinábase que esperaban con anhelo un acontecimiento capaz de inflamar el entusiasmo de todo París.

Iban llegando las secciones armadas, con sus gorros encarnados y sus bosques de picas; las vírgenes revolucionarias con sus blancas vestiduras, sus largos velos y sus ramos de flores; los grupos de niños encargados de cantar los tiernos himnos que Chenier entonaba a la patria; y llegaban también revueltos con los armados grupos algunos cañones de la milicia nacional cubiertos de banderas y coronas por ir a una fiesta pacífica, llevando como tiros los caballos que el Municipio empleaba en sus servicios y los que prestaban algunos panaderos y cerveceros patriotas de buena voluntad.

Guzmán quedó sorprendido ante aquel aparato de fiesta y para satisfacer su curiosidad preguntó a algunas de las personas que rodeaban su caballo.

Los marselleses, tanto tiempo esperados, acababan de llegar a las inmediaciones de París. Barbaroux, el hombre de acción de la Gironda, deseando precipitar los acontecimientos y mezclar a la tenacidad y entusiasmo de los parisienses el ímpetu fogoso e irresistible de los meridionales, había escrito a sus compatriotas los electores de Marsella

pidiéndoles que organizasen un batallón que marchara a París con el pretexto de ir a guerrear en la frontera.

Ochocientos eran los marselleses y sin embargo su presencia conmovía a la Francia entera.

Habían hecho a pie y con lentitud el camino de Marsella a París atravesando casi toda la Francia y el eco de sus pasos parecía repercutir en las Tullerías, en aquella corte degradada y cobarde, que les veía aproximarse con el mayor terror.

El batallón de Marsella era la gota decisiva que iba a hacer que se derramase el vaso de la revolución.

No se sabía qué ambiente extraordinario rodeaba a aquellos hombres; pero lo cierto era que su presencia inflamaba a los patriotas más tibios y daba valor a los más débiles. Atravesaban poblaciones que hasta entonces se habían mostrado indiferentes con la revolución, y a la vista de su marcial apostura, del entusiasmo heroico que se reflejaba en sus rostros, las mujeres salían a las ventanas para arrojarles flores, los niños sostenían sus armas para que descansasen y los hombres mezclábanse en sus filas para pedirles que fuesen inexorables y supiesen dar a la Francia completa libertad.

Llevaban con ellos un talismán, origen de su misterioso poder, y era el himno que entonaban al entrar en los pueblos, el que cantaban en los caminos al sentir cansancio y cuyas belicosas estrofas infundían nueva vida en sus cuerpos.

Aquel himno era el mismo que Guzmán había oído cantar en el salón de madama Roland. La obra del capitán Rouget de l'Isle de la guarnición de Estrasburgo.

Por uno de esos misterios tan comunes en la historia, la belicosa canción había saltado desde los Vosgos a las orillas del Mediterráneo, como si necesitase el calor del sol del Mediodía y las caricias del mar latino, para nacer nuevamente a una vida de mayor celebridad.

El autor había escrito el canto para los ejércitos que se batían en las fronteras; pero el popular batallón de Marsella fue el primero en aceptarlo, y en su peregrinación armada a través de la Francia, lo popularizó con el título de la Marsellesa.

Precedidos por la aclamación de todo el pueblo francés y dejando tras sí una estela de bélicos entusiasmos, llegaron los marselleses a las

inmediaciones de París, pasando la noche en el pueblo de Charenton, adonde salieron a recibirles su ídolo Barbaroux, los más animosos jacobinos y el popular Santerre, quienes discutieron si convenía a la mañana siguiente al entrar el batallón en París dar el golpe revolucionario, proclamándose unido a las secciones, en abierta insurrección contra la monarquía.

No prevaleció este propósito y al fin acordóse que la entrada de los marselleses fuese una simple manifestación de entusiasmo.

Guzmán, al hallarse confundido entre el pueblo de París, sintió que su antiguo entusiasmo renacía.

Durante dos meses el ansia de encontrar a la baronesa y a sus pupilas le había hecho olvidarse de la revolución, y ahora, ante aquella explosión de entusiasmo popular, avergonzábase considerando su antigua indiferencia.

Su buen golpe de vista mostrábale en el pueblo de París algo nuevo, que él calificaba de madurez del entusiasmo.

Aquellas masas habían llegado ya al verdadero período de la acción. En aquellos hombres armados de las secciones ya no se veía al patriota inocente y confiado de un año antes que pasaba el tiempo aplaudiendo a los diputados, cantando la Carmañola y lanzando chistes contra el señor y la señora Veto: los peligros de la revolución, las amenazas de todos los reyes coaligados en la frontera, les hacían reír menos y pensar más, y ya dirigían sus ojos a las

Tullerías, diciéndose que mientras la familia de los Capetos estuviese allí dentro, sería imposible asegurar la libertad de la patria.

Eran, en una palabra, los vecinos de parís, un pueblo que tras el período de propaganda, creía más en el fusil que en los argumentos de los oradores.

Con masas que se hallaban en tal estado de ánimo, resultaban ya imposibles hecatombes como la del Campo de Marte, y movimientos bulliciosos e infructíferos como la invasión del pueblo en las Tullerías.

En la corte temblaban por lo mismo que sabían esto. Reconocían que las masas andrajosas cuando volvieran a entrar en el palacio regio, no lo harían acompañadas de himnos e insulsas canciones, sino entre las descargas de fusilería y el rugido del cañón.

Guzmán con su caballo encallado en la compacta muchedumbre y

esperando la llegada de los marselleses, hacía las anteriores reflexiones, teniendo su cabeza inclinada sobre el pecho.

Por esto no notó que un hombre, viéndole a larga distancia, por sobresalir el jinete sobre aquel mar de cabezas, le hacía señas y le llamaba por su nombre, concluyendo por acercársele, en vista de la inutilidad de sus movimientos.

Mucho trabajo costó a aquel hombrecillo vestido de negro el abrirse paso en la compacta multitud, pero su movilidad de ardilla consiguió vencer la compacta muralla de carne que se oponía a su paso, y a fuerza de codazos y pisotones, protestas y hasta insultos, consiguió llegar a donde estaba Guzmán.

—¿Adónde bueno, joven heroico? —preguntó en español—. ¿De dónde sales que no te veo hace tanto tiempo?

Guzmán fijó la vista en el que le interpelaba y reconoció al abate Marchena, con su traje de siempre, negro y manchado, y aquella movilidad nerviosa, propia de su temperamento. El joven se inclinó sobre la montura para estrechar con efusión la mano del abate.

—Vengo de Bretaña, señor Marchena. He estado por allá unos dos meses ocupado en buscar a una persona, que se ha desvanecido como si fuese un fantasma.

El abate sonrió maliciosamente.

—No continúes, Félix. Adivino el motivo de tu excursión. Has ido en busca de nuestra baronesa. Por cierto que es una verdadera estupidez que antes de emprender el viaje no te avistases conmigo.

Guzmán al oír estas palabras experimentó gran sorpresa. Era verdad. El abate tenía derecho a calificar de estúpida su conducta. Había partido para Bretaña a ciegas, sin rumbo determinado y sin ocurrírsele el buscar a Marchena, que por su intimidad con la baronesa, debía conocer el punto adonde esta se había dirigido. La precipitación con que él y Vadier habían organizado el viaje, era la causa de tal descuido.

—¿De modo, respetable amigo —dijo Guzmán con ansiedad— que vos sabíais dónde se halla la baronesa?

—Lo sabía; esa es la verdadera palabra: lo sabía, porque ahora ya no lo sé. Esta picara memoria, que es asombrosa cuando se trata de casos históricos y de otra porción de cosas que no me importan, resulta infiel siempre que intento recordar sucesos de la vida práctica.

—Vamos, señor Marchena —dijo Guzmán sonriendo para animarle —, haced un esfuerzo; obligad a vuestra memoria a entrar en razón y tal vez recordaréis claramente.

—No, hijo mío; por más esfuerzos que haga todo será inútil. Me conozco bien: pregúntale a tu padre hasta dónde llego en mis distracciones y él te dirá que soy tan capaz de recordar cómo le llamaban al abuelo de Demóstenes, como de olvidar de repente mi propio nombre. Varias veces me he dicho por pura curiosidad: A ver, Marchena, si recuerdas adonde ha ido la baronesa… y nada, mi memoria ha seguido tan perezosa como de costumbre.

—¿Pero habéis sabido alguna vez adonde fue Amalia Dampierre? —preguntó el joven con desconfianza.

—¡Oh! Eso, de seguro. Me lo dijo su mismo criado de confianza. Como no me viste después que la baronesa os arrojó de su palacio a ti y a tu amigo el capitán, ignoras lo que me ocurrió a mí con la misma señora.

—¿También a vos os arrojó de su casa?

—No llegó a tanto, pero la faltó poco. Al saber que tú eras español debió sospechar que entre nosotros existía cierta complicidad y evitó hablar conmigo. Al día siguiente de tu despedida me presenté en el hotel como todos los días para cumplir mis deberes profesionales; pero me recibió la doncella de la baronesa anunciándome que la señora estaba enferma, y que como mis discípulas no podían dar lección me rogaba aguardase hasta nueva orden. Dos días después recibí en mi casa la visita del criado de confianza, aquel viejo fanático, que vino a pagarme mis lecciones, notificándome que la baronesa había salido de París para un largo viaje. La baronesa, siempre sospechando que yo estaba en inteligencia con vosotros, le había encargado que fuese cauto y que eludiese el decir el punto adonde se dirigía; pero bien puedes creer que yo gano en astucia a un criado y más siendo bretón, y además que mi carácter semisacerdotal imponía gran respeto a aquel viejo fanático de inteligencia sumamente obtusa. En fin, que contra su voluntad se le escapó el decirme que su señora iba a vivir en la Bretaña huyendo de unos descamisados que habían penetrado en su casa y que el lugar donde sentaría sus reales era…, era… ¡Aquí de mi memoria! Ves, ya no me acuerdo. Sólo sé que el punto donde iba a vivir era un castillo, cuyo nombre empieza en Villa.

—Pocas señas son esas.

—Pues no puedo darte más, hijo mío. Yo en tu lugar lo que haría sería no acordarme de la baronesa ni de su sobrina. ¿Qué diabólica idea la de ir a enamorarse de una aristócrata cuando hay en París patriotas tan bellas y elegantes? Créeme, muchacho, es casi un crimen lo que haces, olvidándote de los asuntos públicos para correr tras unas faldas. Tu padre está descontento. El otro día hablé con él y mostraba cierto agravio por tu viaje, especialmente al considerar que habías abandonado París sin otra despedida que una carta lacónica que le llevó tu amigote Vadier.

—Y a propósito de Vadier. ¿Qué sabéis de él? ¿Sigue en París?

—¡Qué quieres que te diga! Apenas conozco a tu Vadier; y además buenos están los tiempos para fijarse en un oficial. Esto es un oleaje. Todos los días pasan por París y salen para las fronteras miles de hombres que van a engrosar nuestros ejércitos, sin que por esto encuentren alivio los males de la patria. Allá va la cosa cada vez peor. La traición corroe las filas y sigue la costumbre de que los regimientos se desbanden gritando ¡traición!, antes de entrar en fuego. Se adivina que el oro de los reyes corre bien en nuestros campamentos.

—¿Qué me decís? Ignoraba todo eso —dijo Guzmán con sorpresa.

—Sí, amigo mío. Nuestros asuntos militares van mal y se comprende teniendo en cuenta la clase de generales que mandan nuestros ejércitos. Allá está Lafayette, un general que nació para diputado, y que estando en la frontera, mira con más atención a París que el campo enemigo. Las deliberaciones de la Asamblea le causan más inquietud que los avances de prusianos y austríacos. Al saber que el pueblo había invadido las Tullerías, vino aquí rápidamente abandonando su ejército. Trataba de atemorizar a la Asamblea y a París entero, asegurando en tono de amenaza, que si otra vez el pueblo volvía a molestar a los reyes, él era capaz de traer su ejército de la frontera para castigar a los patriotas y presentar una valla infranqueable a los avances de la revolución. Esta conducta antipatriota produjo las mayores protestas y Lafayette tuvo que huir de París, comprendiendo que no queda aquí quien le obedezca ni crea en él. Ya ves, amigo mío: mal andan las cosas de las Tullerías. El único defensor que le quedaba a Capeto era Lafayette y este hará bastante en conservarse al frente del ejército sin que sufra su prestigio, ya bastante quebrantado.

—Terrible caída la de ese general —dijo Guzmán—. Hace un año era el hombre más popular de Francia y hoy nadie se acuerda de él.

—Su impopularidad —continuó Marchena— lo persigue hasta en los campamentos y no será extraño que algún día haya de abandonar su ejército, convencido de la imposibilidad de seguir mandando soldados que le odian. La entrada de los marselleses en París será para él y para todos los amigos del rey un golpe terrible.

—Veo que el entusiasmo es grande, respetable amigo.

—Mayor lo sería —dijo Marchena con cierto despecho— si no fuera porque la política se mezcla en los intereses patrióticos, y las ambiciones personales quieren dirigir por determinados cauces la corriente revolucionaria.

—Pues aquí veo reunidos los más belicosos patriotas de París.

—¡Bah! No están todos los que esperábamos. Santerre prometió anoche en la reunión de Charenton, que todos los barrios populares enviarían aquí miles de patriotas armados, y sin embargo sólo se han presentado los batallones del barrio de San Antonio. ¿Sabes lo que esto significa? Pues que Robespierre con sus jacobinos, Danton con sus franciscanos y Marat con sus fanáticos admiradores, aunque se alegran de que los marselleses vengan a activar la explosión revolucionaria de París, ven con malos ojos que esta expedición sea obra de la iniciativa de los girondinos. Basta que Barbaroux sea quien ha llamado a esos bravos guerreros, para que todos miren con cierto recelo su llegada y procuren quitar a la manifestación una parte de su importancia.

Estaba el abate Marchena murmurando entre dientes amargas quejas del apasionamiento de los políticos, cuando la multitud experimentó un estremecimiento de curiosidad, al mismo tiempo que estallaba un griterío ensordecedor.

Los marselleses se aproximaban, así acababan de anunciarlo una turba de muchachos que llegaban de Charenton a todo correr, y la multitud alargaba sus pescuezos pretendiendo cada uno empinarse sobre la cabeza del vecino para ver mejor.

Guzmán, aprovechándose de la excelente situación que le proporcionaba la altura de su caballo, lanzó una mirada a lo lejos y en lo último del camino vio marcarse una movible línea obscura entre enjambres de puntos negros, que eran las personas salidas al camino para saludar a los marselleses.

Conforme se iba acercando el batallón meridional aumentaba la

agitación en las masas.

Guzmán vio cómo se fueron marcando a lo lejos el resplandor de las bayonetas, los gorros rojos y los uniformes del mismo color, hasta que por fin una ráfaga de viento llevó hasta la muchedumbre que esperaba, los sones armoniosos de una banda militar y un coro inmenso de voces varoniles entonado un cántico de guerra.

Era la Marsellesa, la canción que tanto entusiasmaba a Guzmán.

Al llegar los bravos voluntarios del Mediodía a la entusiasta muchedumbre, confundiéronse con ella, siendo objeto de una delirante ovación.

Los cañones de la milicia y los comisionados de las secciones con sus banderas abrían la marcha y seguía detrás el batallón, siempre entonando su grandioso himno, acompañado por la banda y esparciendo entre la muchedumbre escarapelas de lana, como dando a entender que debían cambiarlas por las de seda y cintas que usaban los parisienses.

Guzmán se fijó en aquellos hombres de aspecto decidido, en quienes la larga jornada desde Marsella a París no había hecho mella alguna y que iban, como siempre, entonando aquel himno que despertaba a la Francia. Eran hombres enjutos de miembros, ágiles, respirando audacia, con el rostro bronceado y curtido por el sol del Mediodía y las salobres brisas del Mediterráneo y mostrando en sus ojos inquietos de meridionales todo el fuego propio de imaginaciones desbordadas, para las cuales la palabra imposible no tenía significación alguna.

El batallón entró en París casi empujado por la delirante ovación de aquella muchedumbre. Las bayonetas florecieron, cubriéndolas las mujeres con vistosas guirnaldas; desde los balcones saludaban a los recién llegados agitando banderas, y una parte de la muchedumbre, que con esa fina percepción propia del pueblo parisién, había aprendido ya la Marsellesa, entonaba el estribillo cantando con bélico furor:

¡Al arma, ciudadanos!

¡Formad los batallones!

Los marselleses, con todo su bullicioso cortejo, pasaron rápidamente ante Guzmán, desapareciendo en el interior de París cual si fuesen una visión fugitiva.

Al poco rato, en aquellas praderas de la puerta de Vincennes ocupadas por tan inmensa muchedumbre, sólo quedaban algunos grupos

de curiosos que no habían querido seguir a la ruidosa comitiva.

De todo aquel vértigo de entusiasmo sólo quedaba el estribillo de la Marsellesa, que sonaba cada vez más lejos, saliendo del corazón de la ciudad para flotar sobre los tejados como gigantesco mugido de insurrección.

Guzmán se decidió a entrar en París, y evitando el tropezarse con aquella manifestación que obstruía las calles, dirigióse al edificio donde estaba establecido el Estado Mayor de la guardia nacional.

Entró en las cuadras, dejó en manos de los palafreneros aquel caballo, al que había tomado gran cariño por las aventuras que juntos habían arrostrado, y al preguntar por el capitán Vadier, supo que este se hallaba en el ejército desde el mes anterior, pues le había llamado a la frontera una orden imperiosa de Lafayette.

Guzmán, aunque sintió la ausencia de su amigo, congratulóse al mismo tiempo de no tener en París un compañero que con su presencia le recordase el perdido amor.

El joven español percibía en la atmósfera algo que anunciaba el estallido final de la preparación revolucionaria y quería permanecer libre y dueño de sus acciones para tomar en la próxima tragedia toda la participación que le permitía su entusiasmo.

II.-EL CUADRANTE AZUL

Este era el título de una célebre hostería establecida en el boulevard y a la que asistían algunas veces los patriotas más exaltados para celebrar banquetes, y a los postres tramar insurrecciones que muy raras veces llegaban a realizarse.

Aquel establecimiento, que era propiedad de un italiano bastante conocido en París por su bodega y su habilidad en preparar el estofado, tenía en los pisos altos, gabinetes particulares en los que se podía comer y alborotar sin temor a que ningún extraño turbase la fiesta, pues el dueño vigilaba las puertas, no permitiendo la menor intrusión en los asuntos ajenos.

Aunque el boulevard era en aquella época peligroso y solitario apenas cerraba la noche, el famoso Cuadrante Azul tenía sus parroquianos nocturnos, en su mayor parte misteriosas parejas que llegaban recatándose el rostro y pedían una cena en cuarto aparte. Por esto no llamaba la atención ver después de medianoche iluminadas las ventanas de la hostería en aquel barrio envuelto en la sombra, ni causaba extrañeza tampoco que sonara en su interior la música y el ruido de un baile.

En la noche del 3 de agosto, en el más espacioso gabinete del Cuadrante Azul, efectuábase una reunión a la que asistían los hombres más populares de los arrabales y algunos de los periodistas que más directamente influían en la opinión pública.

Alrededor de una larga mesa, en la que sólo había algunas botellas y copas, mostrábanse todos los revolucionarios de segunda fila, los oradores que en los clubs se encargaban de animar con vulgares discursos la orden del día y los agitadores que a tambor batiente visitaban los barrios populares, consiguiendo en pocas horas armar y entusiasmar a las masas.

Danton no asistía a la reunión, pero allí estaba Camilo Desmoulins para representarle; Marat había seguido en su profundo encierro, pero enviaba a su amigo Andrés Guzmán con el encargo de hablar y oír en su nombre.

Todo el París belicoso, el París revolucionario y entusiasta que deseaba acudir a las armas, estaba allí congregado por propia inspiración, deseoso de aprovecharse de la llegada de los marselleses. Allí estaban también los jefes del batallón del Mediodía con sus rojos uniformes y su actitud de hombres resueltos, aunque a cada instante miraban a Barbaroux con expresión tímida de forasteros que temen ser engañados y consultan a cada instante; y frente a este grupo de hombres, como el más legítimo representante del París de la revolución, mostraba Santerre su hermoso rostro de cervecero, majestuoso y sonrosado, su pequeño tricornio con penacho tricolor y la dorada gola de comandante sobre el cuello desnudo que dejaba al descubierto la rica camisa siempre entreabierta.

Era la noche del 3 de agosto. Los parisienses habían conocido pocas veces un calor tan sofocante como el de entonces y los conspiradores veíanse obligados a sudar y sofocarse en aquella sala con las ventanas cerradas y caldeada por un sinnúmero de luces. Temían que sus voces pudieran oírse desde el boulevard y esto les obligaba a cerrar herméticamente, a pesar de que algunos patriotas obscuros se habían encargado de vigilar los alrededores de la hostería, evitando el espionaje.

Eran las diez de la noche y acababan de llegar los últimos conjurados.

También Félix Guzmán figuraba en la reunión. Camilo Desmoulins, que seguía sintiendo por el joven un afecto de hermano, habíale llevado a la reunión, y bastaba que le presentase el ilustre periodista para que nadie discutiera el derecho de su asistencia.

Aquel conciliábulo contra la monarquía no lo había convocado nadie. Sentíase la necesidad de dar el golpe decisivo a los reyes, el pueblo estaba en sazón para realizar tal acto, y esto bastaba para que se reunieran todos aquellos hombres espontáneamente movidos por su odio a la monarquía.

Desmoulins hablaba a todos con su lengua siempre dificultosa y tartamuda, pero matizando su conversación con frases propias de su ingenio y que hacían sonreír a aquellos patriotas rudos y siempre indignados.

—La cosa no es difícil —decía el periodista—. ¿Qué necesitamos el 20 de junio para que el pueblo saliera en imponente manifestación invadiendo las Tullerías y haciendo que el rey se calase el gorro colorado? Muy poco; bastó que vosotros, que sois hombres de popularidad, arengaseis a las masas, y que nosotros los periodistas las excitáramos por medio de la lectura. Y si aquello fue fácil, considerad cuánto más no lo será ahora que el pueblo entero sabe a lo que han venido los marselleses, a los que quiere como hermanos, y que conoce ese manifiesto infame que el duque de Brunswich ha publicado como lugarteniente de la coalición de los reyes, jurando que con sus ejércitos de prusianos y austríacos, llegará hasta el corazón de la Francia, arrasándolo todo y haciéndonos sus esclavos. Estas ridículas fanfarronadas del general de los aliados las conoce el pueblo y brama de coraje, no sólo contra Brunswich, sino contra el gordo Luis y su mujer que son sus cómplices, que se cartean con él y le azuzan a que con sus legiones de tudescos venga a esclavizarnos a todos. ¿A qué, pues, esperar? Hay que aprovecharnos de la ocasión, machacar ahora que el hierro está caliente, impulsar al pueblo contra las Tullerías, seguros de que ahora las masas al entrar en aquella casa no se contentarán con que el rey beba a la salud de la nación. No admito, pues, amigo Santerre, esas demoras que tú presentas. Es preciso dar el golpe y pronto.

El entusiasmo de Desmoulins parecía haber contagiado a aquella asamblea de conspiradores. Todos eran de la misma opinión. Había que aceptar el consejo de Camilo y hacer que París estallase en insurrección cuanto antes.

Las miradas de todos fijábanse en Santerre, quien sonreía bondadosamente.

—¿Queréis dar el golpe? —exclamó—. ¡Conforme! ¿Cuándo me he negado yo a ello? Soy de la misma opinión que Camilo. Hay que machacar el hierro cuando está caliente; no hay que dejar que se enfríe el entusiasmo que en nuestros hermanos ha producido la llegada de los marselleses. Pero esto no significa que debamos por esto aturdimos hasta lanzarnos en la empresa sin los preparativos necesarios. ¡Mirad, amigos míos! El panzudo Capeto y los suyos no duermen tanto como creéis. Ven próxima la tormenta y se preparan para defenderse. Acordaos lo que ocurrió en los Campos Elíseos al día siguiente de la llegada de los marselleses. Los realistas insultaron a los nuestros cuando estaban

comiendo tranquilamente y hubo riña, aunque ellos llevaron la peor parte.

—¡Bah! —dijo con desprecio un mocetón hercúleo de los arrabales—. Yo estuve allí. Obsequiamos a los marselleses con un frugal banquete, y en el restaurant de al lado, separados ambos cenadores por una valla baja, estaban varios escritores y granaderos de la sección de Hijas de Santo Tomás, que como sabéis, son todos ellos realistas. Hubo sonrisas desdeñosas, palabritas de doble sentido; primero cruzáronse botellazos y palos, después salieron a relucir los sables, y al fin, pusimos en fuga a aquellos mequetrefes, llevándose algunos de ellos la cabeza partida. El hecho no tuvo importancia. Se ha dicho que aquellos insolentes los envió María Antonieta para turbar nuestra fiesta. Si así fue, les salió caro el obedecer a madame Veto.

—No dudes, ciudadano —dijo Santerre— que la reina enviaba a aquellos enemigos del pueblo. En las Tullerías conspiran más de lo que creéis.

—Es verdad —afirmó el coronel Guzmán con su voz grave—. Mi amigo Marat, que lo sabe todo, estaba bien enterado de cuanto ocurre en las Tullerías. Él me ha encargado os manifieste, que en los desvanes del palacio se han colocado trescientas camas de campaña, para otros tantos nobles venidos ocultamente de provincias y que duermen allí todas las noches, destinados a defender las habitaciones interiores, así como los suizos defienden las puertas.

—Eso —dijo un joven que pertenecía a la municipalidad— también lo sabe el alcalde Petion, y esta misma tarde se lo ha dicho cara a cara al grueso Capeto, cuando este se quejaba de que se toman contra él medidas ocultas.

—Me alegra que Petion lo sepa —contestó Guzmán con cierto despecho, pues le molestaba que alguien estuviese tan enterado como Marat—; pero lo que seguramente no sabrá vuestro alcalde, a pesar de su cuerpo de espías, es para lo que sirve el Club francés.

—¿Qué club es ese? —preguntaron a un tiempo en los dos extremos de la sala.

—Una sociedad patriótica establecida en una casa del Carrousel frente a las Tullerías. Una agrupación insignificante.

Esto lo dijo el joven concejal, y el coronel le miró con expresión de

superioridad, convencido de que esta vez, ni él ni Petión estaban tan enterados como el amigo del pueblo.

—¡Conque agrupación insignificante! —exclamó con acento victorioso—. Veo que la Municipalidad, a pesar de sus agentes, no está muy bien enterada. El Club francés, ¡sabedlo, ciudadanos!, es una sociedad realista fundada por Bertrand de MoMeviMe, el agente de Capeto. Los enemigos se proponen combatirnos con nuestras propias armas, y se valen de las asociaciones patrióticas para los fines reaccionarios. Ese club es un punto de reunión para todos los oficiales y soldados partidarios del antiguo régimen.

—Poco peligro es ese —dijo el concejal.

—Es que, además —continuó Guzmán— reúnanse allí los trabajadores de la fábrica de Perier y de otros establecimientos, cuyos dueños son realistas. Forman un total de dos mil obreros, gente soez, sin idea alguna, que sólo desea dinero para ir a gastarlo en la taberna, y que están destinados cuando estalle una insurrección a mezclarse en la lucha con gorro rojo y pica para introducir la confusión en el pueblo y hacerle titubear.

La reunión pareció conmoverse ante la denuncia de esta traición.

—Y esto que os digo, ciudadanos, es tan cierto como que ahora es de noche. Marat me lo ha dicho, y ya sabéis que el amigo del pueblo dispone siempre de buenos informes. El intendente de las Tullería se encarga de pagar a esos traidores, y sé hasta el sueldo que tienen en los días que trabajan por el rey y cuando no están empleados en su servicio.

Miró Guzmán con superioridad a los oyentes, y continuó cada vez más satisfecho:

—Marat sabe también otras cosas, y me encargó os las dijese. Una multitud de jóvenes nobles, capitaneados por el vizconde de Hervilly, tienen en las Tullerías armas y uniformes, y al menor asomo de insurrección irán al palacio, y se vestirán de suizos para defender unidos a estos las verjas y las escaleras del edificio. Hay además en los arrabales una partida de gente escapada de presidio, puesta a las órdenes de un marsellés, que es realista furibundo y que tiene por lugarteniente a un picarón muy hábil y peligroso, pues tiene el talento de mudar de figura y lenguaje tan fácilmente como de vestidos, y se mezcla en las reuniones que los patriotas del barrio de San Antonio celebran en las tabernas.

Varios amigos de Marat le siguen la pista para administrarle una paliza; pero es tan hábil en disfraces y estratagemas, que siempre se les escurre cuando creen tenerlo entre las manos.

Estas noticias de Guzmán, que todos creían oír de labios del mismo Marat, interesaron mucho a la reunión.

Aunque sabían que la corte se preparaba a la resistencia, creían que ésta se basaría únicamente en el batallón de suizos y los regimientos que fueran fieles al rey, pero nunca creían que en las Tullerías se valiesen de procedimientos maquiavélicos, ni se buscasen auxiliares en el pueblo, valiéndose del oro.

Santerre había aprobado todas las palabras de Guzmán con movimientos de cabeza.

—Algo de eso que os ha dicho el español sabía yo también, pero no creía que los amigos de Capeto estuviesen tan bien preparados. Celebro haber escuchado tales noticias; éstas nos enseñarán a ser más cautos y ultimar mejor todos los preparativos antes de dar el golpe. Yo, amigos míos, después de la carnicería del Campo de Marte he perdido la afición a las manifestaciones tumultuosas, en las que reina gran entusiasmo, pero en las que siempre se zurra al pueblo por no ir bien preparado ni tener organización alguna. Sabedlo bien; yo no soy de los que gritan ¡a morir!, en un arranque de sublime desesperación; yo quiero vencer, y de morir que se encarguen nuestros enemigos.

Un murmullo de satisfacción recorrió la sala. ¡Qué hombre el tal Santerre! ¡Qué placer proporcionaba el oírle, a todos aquellos patriotas que le admiraban como un Hércules sencillote y generoso cuando marchaba al frente de su batallón sobre la jaca de su cervecería!

—Pero veamos qué es lo que piensas en concreto —dijo Desmoulins—. Habla claramente, y dinos si estás dispuesto a ayudarnos.

—Lo estoy, ¿quién ha podido dudarlo? En lo que no me conformo tanto, es en que el golpe lo tengamos que dar pasado mañana, como alguien ha propuesto aquí. Unos pocos días más de prórroga es cuanto os pido. Si os parece podemos fijar la sublevación para el día diez.

—¿Aguardar seis días más? —murmuraron con disgusto algunos de los presentes.

—¡Eh, ciudadanos! —gritó Camilo—. Tantos siglos ha aguardado la Francia a ser libre, que bien podemos nosotros esperar pacientemente

unos cuantos días. Encuentro muy razonable la proposición de Santerre. Y no es que yo no tenga ganas de que triunfemos. Hablando con franqueza, estoy ya cansado de que los patriotas nos veamos siempre abajo, en lo más hondo. Y yo también me canso de batallar un día y otro día sin que logremos un triunfo definitivo. Pero a pesar de esto, os pido que concedamos ese plazo a Santerre.

—Es indispensable —continuó el cervecero patriota—. Se necesitan grandes preparativos para asegurar el éxito. Todos los barrios de París deben levantarse en armas al mismo tiempo, y formando fuertes columnas de combate, caer sobre las Tullerías en una hora determinada. Hay que montar, en fin, la revolución, como una máquina de delicados engranajes y tener gran cuidado, pues la menor falta puede producir nuestra derrota, o lo que es lo mismo, la victoria de la corte y su venganza.

—¡Es verdad! —murmuraron en varios puntos de la sala—. Tomar las Tullerías no es tan fácil como parece. En tiempos normales parece aquello un palacio, pero cuando amenaza a Capeto algún peligro, se convierte en fortaleza. El Carrousel tiene gruesas paredes que hay que asaltar para encontrarse en el patio con las baterías de cañones que acampan allí al menor asomo de motín. Además, el panzudo Capeto, fiado en las promesas de los suyos, confía en vencer.

—Algo hay de eso —dijo el coronel Guzmán—, También Marat está enterado.

El tirano Luis, hablando el otro día con uno de sus cortesanos, dijo que tenía tomadas todas las precauciones y estaba dispuesto a jugar con el pueblo revolucionario. «¡O ellos o yo!» dijo, según una moza de retrete, gran patriota, que fue a contarlo todo al amigo del pueblo. La misma ciudadana manifestó que el rey se ha hecho construir un chaleco-coraza que piensa llevar bajo su chupa el día en que empiece el combate a las puertas de su palacio.

Decía esto Guzmán cuando resonó un trueno espantoso.

Era tan intolerable el calor de aquella noche, que algunos de los asistentes, a pesar de los recelos propios de una conjuración, se habían decidido a abrir las ventanas.

El cielo empapábase momentáneamente con la lívida luz de los relámpagos, y espantosos truenos conmovían el espacio, estallando

secos, ensordecedores, sin ir acompañados de esa gradación que se prolonga, perdiéndose en el infinito.

Era una espantosa tempestad de verano. Las convulsiones del espacio, que no podía sufrir la inmensa cantidad de calor en él existente. La revolución de un cielo cargado excesivamente de electricidad.

En el espacio se veían pocas nubes. No llovía: antes bien, el calor aumentaba conforme crecía la tempestad, y un hálito ardiente soplaba sobre París.

Las descargas eléctricas sucedíanse con vertiginosa rapidez. Veíanse culebrear sobre la obscura masa de tejados de la gran ciudad, los cárdenos relámpagos, y adivinábase que algunas de aquellas exhalaciones causaban grandes destrozos.

El espectáculo resultaba grandioso y horrible. Comenzaba la tempestad con gigantesco y estridente tableteo, crecía por instantes, corríase el peligro de morir abrasado por el rayo, pero a pesar de esto, todos los hombres reunidos en el Cuadrante Azul sólo fijaron su atención breves instantes en aquella imponente convulsión del espacio, y continuaron tratando sus asuntos con la misma tranquilidad que si al exterior de las ventanas se gozara de la más serena de las noches.

Santerre miró aquel horizonte de fuego, y sonrió murmurando:

—Esto parece que anuncia algo.

—Sí —contestó Camilo— anuncia el 10 de agosto. Si fuéramos conspiradores de la antigua Roma, creeríamos que la cólera de los dioses estaba en favor nuestro. Pero nosotros no necesitamos de tales estímulos. Continúa, Santerre.

—Lo que yo creo es que en esta reunión debe tratarse ante todo de designar la persona que ha de dirigir al pueblo en la suprema batalla contra la monarquía. Necesitamos un general. ¿Quién ha de mandarnos?

Esta pregunta produjo en la sala gran expectación. Todos se interrogaban mirándose con la misma expresión del que se encuentra ante un obstáculo inesperado. ¿Quién iba a ser aquel jefe que se reclamaba para dirigir la lucha? El único militar que allí estaba era el coronel Guzmán y en él fijaron algunos su atención.

Pero Santerre continuaba hablando.

—El que haya de mandarnos necesita ciertas condiciones. Dirigir al pueblo de París es más difícil que mandar un ejército. Aparte de la

sabiduría militar, es necesaria esa superioridad que comunica el entusiasmo a las masas y las arrastra al sacrificio sin vacilación alguna. ¿Conocéis quién tenga esto?

Un hombre que hasta entonces había permanecido silencioso en el ángulo más obscuro del salón, púsose en pie cuando terminó de hablar Santerre.

—Yo seré ese jefe que necesitáis.

Su voz vibrante, sonora y de entonación enérgica conmovió a todos. Las cabezas instintivamente, como movidas por un resorte, volviéronse hacia él, clavando en su rostro los curiosos ojos.

Nadie parecía conocerle, a excepción de Camilo, que sonreía como satisfecho del golpe.

—¿Quién eres tú? —preguntó Santerre—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Westerman.

—No te conozco.

—No lo extraño. Tú, Santerre, joven, rico y célebre, vives en una atmósfera de popular adulación para que puedas fijarte en los pobres y obscuros como yo que ahora empiezan la carrera. Sin embargo, pronto me conocerás tú y el pueblo de París. Estoy seguro de que no os arrepentiréis de haberme elegido vuestro general.

Westerman decía estas palabras sin arrogancia, pero con la firmeza hija de la convicción. Adivinábase en él la seguridad que presta el convencimiento de las propias fuerzas. Sin duda presentía su futura gloria militar y que algún día la historia hablaría de él como de un rayo de la guerra que, infatigable y audaz, debía aterrorizar a los vendeanos para al fin morir en la guillotina sin gloria alguna.

Mientras él hablaba, Santerre y otros de los presentes examinaban con curiosidad a aquel hombre, apreciando los rasgos enérgicos de su moreno rostro encuadrado por unas anchas patillas y su cuerpo ancho y fornido propio de un hombre creado para la lucha, y poseedor de músculos de acero.

—¿Eres militar? —le preguntó el célebre cervecero.

—No; nunca he servido en el ejército.

—¿Cuál es, pues, tu profesión?

—Fui notario en otro tiempo.

—¡Notario! ¿Y quieres ser general?

Algunas carcajadas interrumpieron la seriedad casi lúgubre de aquella reunión de conspiradores. Realmente era muy extraordinario aquello de que un notario aspirase a ser general, aun cuando tuviera el aspecto, como Westerman lo tenía, de hombre enérgico dispuesto a todo.

Pero una mirada que lanzó en torno suyo, hizo acallar todas las risas.

—Hacéis mal en reíros, ciudadanos —dijo con gravedad—. Y tú —continuó dirigiéndose a Santerre— tú eres quien tiene menos derecho a mofarse de mi pretensión. ¿Sería lógico que yo no te considerara un héroe a pesar de tus hazañas revolucionarias, sólo porque eres un cervecero? ¿Tu profesión poco militar, te ha impedido ser un buen jefe de los batallones populares? Pues un notario vale tanto como un cervecero, y si tú has sido jefe del pueblo en varias ocasiones, también puedo serlo yo.

Esta lógica de Westerman hizo enmudecer a Santerre y trocó en seriedad las sonrisas de todos. Además, el aspecto de aquel hombre no se prestaba a permitir risas burlonas.

Reinó un largo silencio dentro de la sala, mientras fuera continuaba la tempestad cada vez más estridente. Sucedíanse las exhalaciones con tanta rapidez, que el espacio estaba siempre empapado en una lívida luz. Parecía como que aquella claridad tempestuosa era la normal, y cuando cesaban por un momento las exhalaciones y el cielo quedaba como un lago de espesas tintas, los ojos, acostumbrados al vibrante resplandor, invertían los términos y creían que el espacio estaba alumbrado por una luz azufrada y permanente que obscurecían por un instante relámpagos de densa sombra.

Los conjurados oyeron durante algunos minutos el rudo tableteo de aquella tempestad seca y estridente, hasta que por fin el girondino Barbaroux, que había permanecido silencioso, se decidió a hablar.

—El batallón de Marsella tiene sus jefes que lo conducirán al combate; pero ya que el pueblo de París necesita un general, ¿qué méritos tiene el ciudadano Westerman para pedir puesto tan importante?

—Méritos, ninguno —dijo el aludido con expresión resuelta—. No puedo hablar más que de mi prisión, que ha durado hasta hace poco y que ha sido debida a mis ideas patrióticas.

—Poco es eso —murmuró Barbaroux. Camilo intervino entonces.

—El ciudadano Westerman olvida un mérito que algo vale en una

reunión de patriotas. Danton os lo recomienda para general. Me encargó que así os lo manifestase.

Un murmullo de satisfacción recorrió la asamblea.

Aquella recomendación bastaba para que se generalizase la confianza.

Todos reconocían en Danton un gran golpe de vista para apreciar la valía de los hombres. Algo grande debía haber visto en aquel notario arruinado para pedir que le entregasen el mando del pueblo.

Efectivamente, el genio guerrero de Westerman, fue desentrañado por la perspicacia de Danton. El triunfo del 10 de agosto y la campaña de la Vendée, se encargaron de justificar la recomendación del tribuno.

Las anteriores palabras de Camilo fueron acogidas por Barbaroux y los suyos con una atención fría, aunque respetuosa. Ellos sólo se entusiasmaban con lo que procedía del partido girondino.

Pero en cambio, Santerre, el coronel Guzmán, los corifeos de los arrabales y todos los jacobinos, franciscanos y maratistas que allí estaban, aceptaron con entusiasmo la indicación de Danton.

Santerre reconoció inmediatamente a Westerman.

—Cuenta con mis batallones. Te seguiremos.

Y así fueron expresándose todos los demás que representaban allí alguna fuerza revolucionaria.

Westerman mostrábase modesto ante aquel triunfo.

—No quedaréis descontentos: os lo aseguro —dijo con la sencillez de un héroe—. Tengo mi plan para el día diez. Reunámonos mañana, y ante el plano de París os lo expondré claramente. Digo el día diez, porque creo que ese es el que habéis fijado. Por mi parte estoy dispuesto a batirme mañana si es preciso y la gente está dispuesta.

—No; que sea el día diez —dijo uno de los jefes de los marselleses —. Mi batallón no está tampoco en disposición de batirse inmediatamente. Tenemos fusiles, pero nos faltan pólvora y balas. Como nos temen procuran escasearnos las municiones. Pero pronto las tendremos de sobra. La Municipalidad nos las dará.

—¡Oh! —exclamó Barbaroux que gozaba relatando los hechos notables de sus marselleses—. Petion está conmovido por vuestros soldados. Esta tarde me relataba con lágrimas en los ojos cómo se han portado dos marselleses que fueron al Hotel de Ville a pedir pólvora y

balas. Como los concejales vacilasen, uno de los dos púsose una pistola en la frente y gritó con vehemencia:

—¡Pronto!, ¡cartuchos o me hago saltar la tapa de los sesos! La Municipalidad está conmovida, y mañana se le entregarán al batallón cinco mil cartuchos con bala.

La conversación versó entonces sobre los marselleses, y todos mostraron el mayor entusiasmo y la más absoluta confianza hablando de aquellos auxiliares que enviaban los revolucionarios de la Provenza.

Era ya media noche, y algunos de los conjurados retirábanse a pesar de la horrible tempestad. Camilo, el coronel Guzmán y su hijo, fueron de los primeros en marcharse, pues el periodista pensaba en su Lucila, mujer nerviosa que temía a las tempestades con cierto horror supersticioso.

Cuando salieron del Cuadrante Azul, apreciaron en toda su magnitud aquella gigantesca revolución del espacio.

Los continuos relámpagos envolvían la ciudad en un nimbo de luz violácea como si en el cielo brillase un sol de azufre.

Todas las casas estaban herméticamente cerradas, y los tres hombres pasaron varias calles sin tropezar con transeúnte alguno.

París estaba atemorizado, y a pesar del exterior mudo y sombrío de los edificios, adivinábase que dentro de ellos nadie dormía y que la gente, desde sus camas, agitada por la comezón de la inquietud o el temblor del miedo, escuchaba horrorizada aquella avalancha de truenos que confundidos parecían entretejerse, prolongándose hasta lo infinito.

Sólo seres de ánimo fuerte, hombres dispuestos a romper todo lo existente, eran capaces de transitar por París en una noche como aquella.

El aire era cálido, respirábase con dificultad y había momentos en que el trueno, estallando sobre las mismas cabezas de los escasos transeúntes, conmovía el pavimento como si un carro gigantesco descargase sobre él toda una montaña de hierro viejo.

Hubo un momento en que Camilo y los dos Guzmanes creyeron llegada su última hora.

Estaban ya cerca de Paláis-Royal y de repente viéronse envueltos en una nube de fuego que les quemaba los ojos, y sus pulmones quedaron en suspenso, no pudiendo respirar en aquella atmósfera de azufre. Duró aquello un instante. Estalló un estrépito inmenso, indefinible, como si todo el barrio conmoviéndose de los tejados a los cimientos, viniera al

suelo, y pasado el rápido instante en que esto se verificó, hízose el silencio. Acababa de caer un rayo dos casas más allá del sitio donde se hallaban los tres hombres. En aquella noche cayeron más de cincuenta en París, según afirma en sus memorias un escritor de la época.

El rayo en la noche del 3 de agosto derribó la mayor parte de las cruces de París y los caminos de los alrededores. En cambio —como dice amargamente un escritor realista— respetó la hostería del Cuadrante Azul, donde se tramaba la muerte de la monarquía.

Los tres patriotas siguieron su camino, algo aturdidos por la anterior emoción, y al llegar frente a Paláis-Royal, detuviéronse para escuchar.

En las cortas pausas de aquella sinfonía horrorosa de truenos, oíase un coro de voces varoniles que iba acercándose.

Poco después desembocó por una calle cercana, un gran grupo de hombres que cogidos del brazo iban cantando, acompañando de este modo su rítmico y marcial paso.

Eran marselleses. Retirábanse al cuartel, y al pasar frente a las Tullerías habían entonado la Marsellesa, creyendo sin duda que para el himno de las sublimes cóleras, ningún acompañamiento cuadraba mejor que aquella horrísona tempestad.

Los tres patriotas vieron alejarse al grupo y durante algunos minutos todavía oyeron las sublimes notas mezcladas con los bramidos de la tormenta.

La familia real debía estar despierta aún, y Camilo sonrió pensando en el efecto que les habría producido en noche tan horrorosa, surgiendo de las calles de aquel París que parecía muerto, oír el himno revolucionario cómo pasaba bramando bajo las ventanas de su palacio.

Aquel himno en tales circunstancias, era un desafío a los elementos, a aquella que profetizaba cómo la revolución marcharía arrogante por en medio de cuantas tempestades se suscitasen contra ella.

III.- EL 10 DE AGOSTO

La noche del 9 de agosto contrastaba, por su quietud y esplendidez, con el estado agitado y nervioso en que se hallaba el ánimo de los patriotas de París.

La ciudad parecía dormida bajo los rayos, que como tibias caricias, le enviaba desde lo alto una luna deslumbrante, que campeaba en el espacio azul, moteado por el polvo luminoso de los astros.

Las calles estaban desiertas.

De nueve a diez innumerables gentíos habían recorrido las principales calles gritando ¡viva la nación!; pero a media noche habíase restablecido el silencio y la calma absoluta de París tenía algo de la esfinge que oculta un pavoroso misterio.

Solamente discurrían por las calles, deslizándose en la sombra que proyectaban los aleros, algunos hombres misteriosos, que después de llamar en ciertas casas y entregar un papel, alejábanse para ir a repetir en otros sitios idéntica operación. Eran los mensajeros que el directorio revolucionario enviaba a los jefes de las secciones dando órdenes para el día siguiente.

En algunos barrios las ventanas estaban adornadas con luces, y esta iluminación sin objeto, que envolvía las calles en roja claridad, parecía aumentar el misterio de la solitaria noche.

En los barrios más apartados veíanse hombres con el fusil en la mano, inmóviles cual estatuas frente a ciertas casas, en cuyo interior adivinábase extraordinaria concurrencia y que tenían temible fama por servir de punto de reunión a la gente más levantisca.

Los arrabales permanecían silenciosos; pero del fondo de ellos parecía salir un rumor extraño, algo semejante al sordo bramido de la fiera que se despereza y se prepara a levantarse para ponerse en guardia.

A media noche comenzó a sonar el toque de rebato en algunos campanarios de París.

Transcurría el tiempo, el campaneo arreciaba, parecía tejerse en el espacio una red de sonidos metálicos, furiosos, estridentes; pero a pesar de esto, París permanecía inmóvil y en silencio, como si repentinamente hubiese quedado sordo o creyera que no le llamaban a él.

Todo París presentía la proximidad de la gran batalla entre el pueblo y el rey; pero a pesar de esto nadie rompía la inmovilidad, y el silencio y la calma continuaban.

En los barrios populares armábanse los patriotas, preparaban sus cartuchos para el día siguiente y ni el más leve ruido les denunciaba al exterior; en las Tullerías numerosos batallones agrupábanse en torno de la familia real y en el patio del Carrousel rodaban cañones, brillaban bayonetas y relinchaban los caballos hiriendo impacientes la tierra con sus herraduras, a pesar de lo cual, el palacio aparecía, visto de fuera, como una masa oscura, silenciosa y sin vida, como una tumba gigantesca dentro de la cual reinaba el silencio y era imposible adivinar la existencia de tantas fuerzas.

Las campanadas del rebato eran lo único que daba a entender que París vivía aún. Tocaban los campanarios de todas las iglesias de París y hasta llegaba a unirse a este concierto las campanas de San Germán Auxerrois, las mismas que doscientos años antes habían tocado a degüello por orden del rey en la infame noche de San Bartolomé.

Al examinar un curioso el diverso aspecto que presentaban el pueblo y los reyes, hubiera considerado como segura victoria de estos. En el palacio real reinaba gran alegría entre las gentes que estaban dispuestas a defender al soberano.

En el patio del Carrousel estaba la gendarmería de a caballo y los batallones de guardia nacional menos afectos a las masas populares; pero como la corte desconfiaba de ellos, les había colocado en aquella posición avanzada, donde las masas revolucionarias les hostilizarían cruelmente y les sería imposible el causar la ruina del rey por medio de una traición. El interior del palacio estaba guardado por la gente de absoluta confianza, por los que creían que el rey forzosamente había de estar en lo cierto en todas sus divergencias con el pueblo y que se mostraban dispuestos a hacer los mayores sacrificios en favor de aquella familia, a la que miraban como un grupo de mártires.

El batallón de los suizos, gente inconsciente y dura, que se batía siempre con un valor heroico sin saber jamás por qué razón, ocupaba las escaleras de palacio, y en los pisos altos pululaban por los salones, próximos a las ventanas para hacer fuego, los jóvenes nobles, que mostraban ante la familia real tanta petulancia como adhesión.

La corte estaba casi segura del triunfo. Contaba con el intrépido valor de los suizos, con el antiguo cuarto militar del rey que a pesar de haber sido disuelto por la Asamblea, permanecía al lado del monarca, con los guardias licenciados, que habían sido llamados en el fondo de las provincias donde residían, y más que todo con la terrible impresión que creían causar en una muchedumbre desordenada, cuando la recibieran a cañonazos en el patio del Carrousel.

Los nobles defensores del rey reían y bromeaban mientras llegaba la hora del combate.

Desconocían el furor del pueblo y mostraban la misma confianza inocente del niño que juguetea junto a un abismo. Muchos de los jóvenes nobles paseaban perezosamente por el jardín de las Tullerías como si estuvieran en la casa paterna gozando la frescura de una noche de verano sin recelo alguno, otros dormían tranquilamente en los divanes de los salones y algunos a falta de espada se armaban con las tenazas de las chimeneas asegurando que con ellas bastaba para zurrar al pueblo.

Nadie sospechaba la gravedad de la situación. Todos pensaban lo mismo. El combate del día siguiente consistiría en unas cuantas descargas y después ellos, en honor al re)?, se tomarían la molestia de perseguir a las fugitivas masas, que ya jamás volverían a alzar su frente ante la monarquía.

Mientras se forjaban en el palacio tan optimistas ilusiones, un hombre recorría los barrios populares.

Era Danton. El, que se había mostrado tan sereno en los días anteriores, sentíase presa de nerviosa inquietud conforme se aproximaba la fecha fijada para realizar la sublevación.

Con el fusil al hombro y llevando al lado a Camilo Desmoulins y a Félix Guzmán, que iban igualmente armados, recorría las calles del barrio de San Antonio, llamando en las casas conocidas por vivir en ellas un patriota popular o reunirse los directores de un grupo.

De todos los hombres célebres de la revolución, él era el único que

estaba en la calle.

Nadie sabía dónde estaba Robespierre, aunque todos suponían que la esposa del carpintero Duplay y sus hijas, una de las cuales era su prometida, se opondrían enérgicamente a que el grande hombre saliese a exponer su vida; los girondinos, después de preparar el golpe, flaqueaban en el momento decisivo con esa impresionabilidad del entusiasmo nervioso y permanecían invisibles; y en cuanto a Marat, seguía escondido en su antro subterráneo dudando de todo y casi convencido, en vista de la tranquilidad pública, de que el pueblo iba a ser vencido, efectuándose la contrarrevolución.

Sólo Danton, el hombre que vivía en las tempestades populares como en su elemento natural, sacaba el cuerpo a descubierto e iba en busca de las masas que tantas veces había enardecido con sus discursos.

Danton y Camilo, sin ser hombres de armas, iban por las calles dispuestos a todo, mientras la esposa del tribuno y Lucila lloraban desconsoladas temiendo la muerte de sus maridos.

La noche avanzaba y el toque de rebato no daba resultado.

A la puerta del club de los Jacobinos unos cuantos descamisados gritaban: ¡a las armas!, sin que sus voces alcanzasen otra respuesta que la del eco en las desiertas calles, y en el barrio de San Antonio los tambores tocaban generala, pero su ronco clamoreo sólo congregaba algunos centenares de individuos mal armados.

París sentía pereza en el instante de dar el golpe decisivo. No tenía prisa, como si presintiera el sangriento sacrificio que había de hacer en la mañana siguiente.

Un alma inquieta, fogosa, irresistible, iba animando aquel organismo débil y moribundo, y esa fuerza potente era Danton.

Conocía perfectamente la situación. Sabía que en las Tullerías se ocultaba casi un ejército y veía al pueblo en la otra parte, soñoliento, perezoso, falto de energía; pero a pesar de esto fiaba en su buena estrella y más que todo en la fuerza de la revolución, que un día u otro había de triunfar. ¿Por qué no había de ser en el 10 de agosto?

Danton estaba desesperado por las vacilaciones de la revolución. Él ya no podía aguardar más. Dar el golpe y morir si era preciso, antes que permanecer más tiempo en la obscuridad miserable, sin otra grandeza que el poder sobre unas masas que no sabían triunfar.

Avistóse con Santerre y Westerman, los dos generales del pueblo, y ambos le dieron la misma contestación. Era pronto todavía y no se podía desconfiar. El toque de rebato no producía gran cosa; pero había que esperar a que saliese el sol y entonces podría juzgarse si el movimiento había fracasado o si adquiría la fuerza por todos esperada.

Mientras tanto, algunos de los grupos armados que iban por las calles, al saber que el Consejo Municipal estaba en sesión permanente, dirigiéronse al Hotel de Ville y atravesando las filas de la atónita guardia nacional, subieron al Consistorio. Los concejales huyeron ante aquella gente armada y a las tres de la madrugada se constituyó un Municipio revolucionario con tres individuos por cada sección de París. De este modo nació el famoso Municipio del 10 de agosto, en el cual sólo figuraban de la corporación anterior Petion, Danton y Manuel.

El primer acto de aquel organismo revolucionario, fue nombrar a Santerre comandante en jefe de la milicia nacional y mandar retirar del Puente Nuevo los cañones que habían de impedir la reunión de los patriotas de las dos riberas del Sena.

Eran las cuatro de la mañana, comenzaba a amanecer y madame Isabel, la hermana del rey, mirando el cielo enrojecido por la primera luz del día, decía a María Antonieta:

—Hermana mía, venid a ver la aurora.

Aquella era la última que habían de ver desde una ventana sin rejas.

En el palacio de las Tullerías recurríase a todos los medios para reanimar a los defensores del monarca. La retirada de los cañones del Puente Nuevo había desorganizado la defensa del palacio y también producía bastante desaliento el saber que Mandat, el comandante general de la milicia, había sido asesinado a las puertas del Ayuntamiento, cuando el Municipio revolucionario lo enviaba preso por haber mandado a sus subordinados que hiciesen fuego sobre el pueblo.

En la familia real mostrábanse diversos sentimientos. El rey parecía indeciso, temeroso, como si adivinase lo que iba a suceder, pero la reina confiaba tanto en una victoria, que deseaba el combate y hablaba de imponerse a la Asamblea después del triunfo.

El regimiento de suizos mostraba la indiferente firmeza del mercenario que desea cumplir con su deber, ya que le pagan para que se bata, y los centenares de nobles, reclutados para la defensa, alborotaban

con entusiasmo; pero sus palabras perdíanse en el vacío.

A las seis de la mañana, el rey con su familia, recorrió el palacio para revistar a sus defensores y animarles. Su aspecto era triste y angustioso. Acababa de levantarse de un canapé y sus cabellos, aplastados de un lado solamente, mientras que por el otro estaban rizados y empolvados, presentaban un aspecto ridículo. Llevando el sombrero debajo del brazo y mirando suplicante a todos con sus ojos escaldados por el llanto, aquel hombre, que representaba la majestad real, inspiraba compasión a unos y desprecio a otros.

Los suizos le aclamaron sordamente como autómatas que cumplen una función de su mecanismo; la juventud noble fue más entusiasta y saludó a los reyes ruidosamente; pero cuando la familia real bajó a los patios donde estaban los batallones de la milicia, aunque los tambores tocaron marcha y algunos gritaron ¡viva el rey!, los artilleros y el batallón de la Cruz Roja no cesaron de gritar ¡viva la nación!

Al pasar la familia real por un terrado inmediato al jardín, algunos grupos armados de picas que estaban abajo, gritaron muera el traidor, y Luis volvió a su palacio, pálido, falto de ánimo, mientras la reina decía con desaliento a una de sus camaristas:

—Todo está perdido: el rey no ha mostrado energía alguna y esta revista ha hecho más mal que bien.

Marcábase cada vez más la sorda antipatía existente entre los diversos elementos que debían defender el palacio. Los batallones de milicia, compuestos de gente del pueblo, no querían batirse con sus hermanos cuando se presentasen allí las columnas revolucionarias y al mismo tiempo miraban con odio a aquellos nobles que se mezclaban en sus filas y a los que habían de considerar como compañeros, a pesar de que les trataban con altiva superioridad.

Uno de aquellos marquesitas, con casaca bordada, chaleco de raso y medias de seda blancas, que iba de un lado a otro con su espadín guarnecido de piedras preciosas, dijo con expresión impertinente, dirigiéndose al batallón del barrio de las Termas:

—Vamos, señores de la milicia nacional; ya se aproxima el momento de mostrar valor.

—No nos faltará —respondió furioso el jefe de la fuerza— pero no lo probaremos a vuestro lado, sino frente a vosotros.

Y dando media vuelta con su batallón, se alejó, yendo a unirse a los artilleros de la milicia, que ya apuntaban sus cañones contra el palacio.

De este modo iban colocándose frente al palacio de los reyes muchos que habían sido llamados para defenderlo.

La poca artillería que aún se conservaba fiel y guardaba con sus piezas las avenidas de las Tullerías, no se mostraba más decidida en favor del monarca. Algunos artilleros contestaban a las excitaciones de los cortesanos, descargando los cañones, echando la pólvora al suelo y poniendo el pie sobre las mechas.

La situación se hacía cada vez más crítica y difícil. Entre los cortesanos, eran muy pocos ya los que se hacían ilusiones, y se daba por seguro que el choque del pueblo y los defensores de las Tullerías iba a ser terrible.

—¡Todo París marcha contra nosotros! —decían los íntimos del rey para decidirle a que abandonase el palacio.

Luis XVI no estaba ya dispuesto a esperar. Gustábale el plan de refugiarse en la Asamblea, para desde allí, bajo la salvaguardia de los diputados, esperar la marcha de los acontecimientos. Por esto se puso en pie diciendo a la reina y a toda su familia: «Vamos.»

Los nobles, al verse abandonados de la familia real, querían seguirla; pero Luis se opuso a ello. Debían permanecer en las Tullerías defendiendo a aquel palacio vacío.

Su plan era bien sencillo. Si triunfaba el pueblo, él y su familia estarían bien seguros en la Asamblea y a cubierto de la justa indignación de las masas, y si sus partidarios, los suizos y los nobles, resultaban victoriosos, ya volvería él a las Tullerías para premiar a los buenos y castigar a los malos. Lo importante era conservar la vida y con ella la corona.

La familia salió escoltada por un fuerte piquete de nacionales y al pie de la escalera el rey cambió su sombrero con el del guardia que iba a su lado, temiendo que las blancas plumas de aquel atrajesen sobre su cabeza alguna agresión.

Aquella comitiva atravesó el jardín de las Tullerías, dirigiéndose al cercano edificio donde estaba establecida la Asamblea.

A pesar de lo corto que era aquel camino, fue para la familia real una verdadera calle de amargura. Frente a la Asamblea, una inmensa

muchedumbre gritaba contra los reyes, y más de un cuarto de hora estuvieron luchando la comisión de diputados, los ministros y las demás gentes que acompañaban al monarca, hasta que por fin, la familia entró en aquel local donde buscaba su salvación.

Mientras tanto París había despertado ya. Danton hacía bien, confiando en aquel pueblo, que era siempre el de las inesperadas sorpresas y los repentinos entusiasmos. A media noche dormía oyendo el toque de rebato; pero apenas comenzó el día, lanzóse a la calle armado, poseído de la fiebre revolucionaria y dispuesto a los mayores sacrificios.

Se agrupaban todavía en los arrabales las columnas que debían atacar las Tullerías, cuando ya pululaba en torno de este palacio una multitud mal armada y sin dirección conocida, pero que se mostraba audaz hasta la temeridad y frenética hasta ser sanguinaria.

Eran grupos de hombres haraposos con pica y gorro colorado, turbas de mujeres famélicas y desgreñadas, enjambres de muchachos, mozos de tahona o de carnicería, que con el mandil del oficio y empuñando un arma o un garrote, confundíanse con los vendedores de periódicos o los pilluelos de esquina, todos excitados por el gran suceso que se preparaba y deseosos de comenzar el ataque contra el palacio.

Al frente de aquella avalancha, tan sobrada de bullicio como falta de ropa, figuraba Theroigne de Mericourt, la Bella Liejesa, con su roja amazona y su sable y pistolas. Era la heroína de la toma de la Bastilla, cuyas hazañas recordaba aún el pueblo, aclamándola con entusiasmo.

Con el sable desnudo marchaba al frente de aquella vanguardia del ejército popular, ocupando los alrededores de las Tullerías.

Pedía a gritos la muerte de todos los realistas, peroraba a los grupos para que tuviesen valor, y con el cabello suelto y ondeando bajo su gran sombrero, y los ojos brillantes por la excitación nerviosa, parecía un bacante que comenzaba a sentir terrible embriaguez, percibiendo el olor de la sangre que iba a derramarse.

Algunos muchachos de su partida se encaramaban sobre los muros del patio del Carrousel y desde lo alto hablaban con los nacionales y la gendarmería de a caballo, que estaban dentro, más dispuestos a irse con el pueblo, que a defender el palacio.

La fuga del rey había introducido la consternación en las Tullerías. Hasta los nacionales que más dispuestos estaban a la defensa, decíanse

que era innecesario sacrificarse por el triunfo de una causa que se abandonaba ella misma, y batallones enteros salían del palacio, dispersándose antes de llegar a los arrabales, pues sus individuos abandonaban las filas para ir a confundirse con los grupos armados.

Los nobles lloraban de rabia al ver el mal sesgo que tomaba su causa, y los suizos, como mercenarios, faltos de entusiasmo, alegrábanse de ganar su soldada sin tener que hacer fuego.

A la hora en que comenzaba en el interior de las Tullerías la confusión y el desaliento, llegaba Félix Guzmán a los alrededores del palacio.

Curioseó por la parte del Sena y después trasladóse al otro lado del palacio, o sea, a la terraza de los Fuldenses, donde bullía la muchedumbre haraposa y amenazante, capitaneada por la Bella Liejesa.

Guzmán la reconoció inmediatamente por su rojo vestido y plumeado sombrero; pero Theroigne no vio al joven español, ocupada como estaba en dirigir a los grupos contra el cuerpo de guardia del patio de los Fuldenses.

Allí estaban encerrados once realistas que habían sido hechos prisioneros, cuando con el fusil al hombro se dirigían a las Tullerías para unirse a los defensores del rey.

Entre los prisioneros estaba el periodista Souleau, aquel famoso Souleau, el Marat del realismo, que con su sátira biliosa tanto se había burlado de la revolución, lo mismo en París que desde Bruselas y Coblenza.

El rostro de Theroigne estaba animado por el salvaje gesto de una satisfacción sanguinaria. Recordaba el cúmulo de desvergüenzas y calumnias infames que Souleau había arrojado sobre ella para hacer reír a los realistas, y su satisfacción era inmensa al pensar que iba a vengarse.

—¡Ah! —murmuraba—. Por fin voy a verme frente a frente con ese canalla. ¡Ánimo, ciudadanos!, ¡sacad pronto los prisioneros!, ¡echad las puertas abajo si es preciso!

Cuando aquella avalancha de gente, a quien la excitación revolucionaria hacía feroz, sacó casi arrastrando a los once prisioneros que se resistían con la furia desesperada del que no quiere morir, Theroigne no vaciló en reconocer a Souleau. Su alta estatura, la expresión insolente y desdeñosa con que miraba a sus verdugos y más

que todo la predilección que por él mostraban las picas y los sables dirigiéndose contra su pecho, diéronle a entender quién era aquel hombre.

—Dejádmelo a mí —gritó avanzando sable en mano contra Souleau y rompiendo el círculo de picas que le rodeaba—. Nadie tiene sobre él más derechos que yo. Me ha insultado cobardemente.

Y levantando su sable dirigió una terrible cuchillada al cuello de Souleau. El periodista estaba casi desnudo de cintura arriba a causa de la lucha sostenida con sus perseguidores y en la cual se habían hecho trizas su casaca y su camisa.

Guzmán huyó de allí. Comprendía aquella explosión de la cólera popular, que convertía a los ciudadanos en asesinos y les hacía aplaudir con entusiasmo las sangrientas cabezas colocadas en la punta de las picas; pero le repugnaba ver a Theroigne, aquella mujer que él había conocido tierna y sumisa en la intimidad, convertida ahora en furia sanguinaria, cuyos ojos brillaban con expresión inmensa de felicidad, al ver cómo caía a sus pies el cuerpo de Souleau con una ancha herida en el cuello y cómo su cabeza era cortada rápidamente por la enloquecida muchedumbre para pasearla en triunfo.

En aquel momento sonaban las ocho de la mañana en el reloj de las Tullerías y los nobles gritaban a los suizos que se preparasen a recibir a la canalla.

Esta canalla era el pueblo, cuya vanguardia se presentó a las puertas del Carrousel.

En aquella primera oleada revolucionaria iban hombres de todas clases y condiciones. La guardia nacional mezclábase con la gente de pica, los industriales y comerciantes iban fusil en mano entre sus criados y dependientes fraternizando con ellos, y los marselleses, juntos con los federados de Brest, marchaban en primera fila con sus uniformes rojos cantando el himno bélico que enardecía a las masas.

Al frente, montado en un caballejo huesudo y con un uniforme de general bastante usado, destacaba Westerman su hercúlea figura y su aire resuelto de hombre dispuesto a todo.

Las puertas del Carrousel estaban cerradas y Westerman, mandando hacer alto a los marselleses que marchaban en primera fila, avanzó algunos pasos y fue a llamar con el puño de su sable en aquellas gruesas

hojas de roble, al mismo tiempo que gritaba acompañando sus palabras con una blasfemia de cuartel:

—Abrid al pueblo de París.

No se sabe si por esta intimación o por atraer el pueblo a una emboscada para derrotarle mejor, las puertas se abrieron, e inmediatamente la ola popular, aglomerándose furiosa en aquella entrada, que resultaba estrecha, esparcióse por toda la ancha explanada del Carrousel mirando con curiosidad el palacio que tenían delante.

Lo primero que vio el pueblo fue la roja mancha que los uniformes de los suizos proyectaban sobre el blanco mármol de la escalera principal de palacio.

Aquellos mercenarios permanecieron inmóviles apuntando con sus fusiles al pueblo que entraba; pero en sus rostros notábase la inmensa sorpresa que les producía la vista de la multitud.

Habíanles hablado de la canalla que iba a atacarles, de un populacho soez, con el que iban mezclados ciertos presidiarios fugados de Marsella, y ahora, en lugar de esto, encontrábanse con que tenían enfrente al pueblo de París, a los burgueses, obreros y tenderos, y que mezclados con ellos, estaban los mismos guardias nacionales que una hora antes formaban también parte de los defensores de las Tullerías.

Esta sorpresa conmovió a los suizos hasta el punto de que en su exterior de hombres fríos, petrificados por la disciplina, notasen los jefes la impresión que experimentaban.

Algunos de los suizos que defendían las ventanas altas del palacio, arrojaron al patio sus cartuchos como en señal de paz.

Aquellos mercenarios, que vivían de prestar sus robustos cuerpos de soldados a todos los monarcas de Europa, parecieron conmoverse por el grandioso espectáculo que presentaba el pueblo de París, y olvidando momentáneamente los deberes que les dictaba su rígida disciplina, recordaban que eran hijos de la libre Helvecia, de aquel país que hacía ya siglos no conocía reyes y se regía por la más patriarcal de las democracias.

Pero estaban allí los jefes adictos a la disciplina y los nobles empeñados en sostener la causa del rey, y no podían por tanto los soldados dejarse arrastrar por su entusiasmo.

El pueblo avanzaba confiado hasta invadir la escalera, llegando a

poca distancia de aquella línea de fusiles que contra él apuntaban los silenciosos suizos.

Si disparaban no se perdería un solo tiro y la matanza sería espantosa. Pero aquella vanguardia no temía el peligro, ni suponía en los suizos la perversidad de hacer fuego sobre unas masas que no les hostilizaban.

Justamente, en la avalancha popular, los que estaban en primer término eran hombres andrajosos sin otras armas que garrotes y picas.

Westerman, que había desmontado y estaba en la escalera, hablaba a los suizos en alemán, pues era alsaciano, y les rogaba en nombre de la patria que no hiciesen fuego. Los marselleses, que estaban a su lado, también se unían a sus ruegos, y como no sabían una palabra de alemán, expresábanse con su animada pantomima, propia del vehemente carácter meridional.

Guzmán presenciaba aquella escena. Al huir aterrado del patio de los Fuldenses, después del degüello de Souleau y sus compañeros, habíase unido a la vanguardia del ejército popular cuando Westerman llamaba a la puerta del Carrousel y había entrado en la vasta explanada, formando parte de las avanzadas de la muchedumbre.

Caminaba al lado de un grupo de hombres resueltos, que llevaban desnudos los brazos y las piernas. Las manchas de tintura que teñían sus extremidades daban a entender que eran curtidores de las riberas del Bievre a quienes el toque de rebato y la fiebre popular habían arrancado de su trabajo.

Consistía todo su armamento en picas y enormes garrotes, y a pesar de esto, marchaban animosos y confiados en primera fila, tan dispuestos a abrazar fraternalmente a los suizos, como a entablar con ellos un desigual combate.

Guzmán había cruzado algunas palabras con uno de aquellos curtidores, mozo de veinte años, robusto, hermosote, con esa belleza que presta una salud a toda prueba y una alegría inagotable. Sus palabras daban a entender que era un muchacho rudo y de pocos alcances; pero Guzmán sintió por él cierta simpatía, al ver con qué ingenuidad se lamentaba de la suerte de aquellos pobres suizos, obligados a batirse por un rey que los abandonaba en el momento de más peligro.

La muchedumbre había invadido los primeros tramos de la gran escalera de mármol de las Tullerías, y Guzmán, con los curtidores, estaba

en primera fila cerca de los fusiles de los suizos.

Tales simpatías parecían establecerse entre los asaltantes y los defensores del palacio, que muchos esperaban ya se resolvería el asunto sin derramamiento de sangre.

El pueblo avanzaba con los brazos abiertos llamando hermanos a los suizos, y algunos de estos lloraban conmovidos al ver tales muestras de afecto. La muchedumbre en sus brazos, atrajo a su seno a dos suizos, e inmediatamente se dejaron llevar otros dos arrastrados por el cariño popular.

Los nobles, que desde arriba presenciaban esta escena, temblaron de rabia viendo que aquello iba a imposibilitar la resistencia, y apelaron a la traición para excitar la rabia de los suizos. Hicieron fuego sobre los dos soldados que se dejaban arrebatar y cayeron estos, al mismo tiempo que el pueblo y los defensores de la escalera se miraban con asombro, no pudiendo comprender de dónde procedía la agresión. Los cortesanos y los militares realistas aprovecharon las circunstancias o más bien la sorpresa de los suizos.

El batallón recibió la orden de hacer fuego…; obedeció, y aquello fue espantoso. El vestíbulo y los primeros peldaños quedaron cubiertos por un montón de cuerpos palpitantes, de los cuales escapábanse espantosos alaridos.

Nunca vio Guzmán pasar la muerte tan de cerca.

La mayor parte de aquellos curtidores cayeron al suelo sin vida, manchando con su sangre el blanco mármol de la escalera.

Estaba él preguntando a su compañero, a aquel mocetón simpático, de dónde habían procedido los primeros disparos, cuando los muros de la escalera retumbaron con el horrendo estrépito de la descarga cerrada, y el plomo pasó rugiendo para hundirse en aquella compacta masa de carne.

Guzmán vio vacilar a su compañero llevándose las manos al pecho; una convulsión de agonía le agitó, al mismo tiempo que en sus labios asomaba una espuma sanguinolenta, y cayó de espaldas, pero antes de llegar al suelo le detuvo el vigoroso brazo del español.

Guzmán estaba indignado por la traidora y terrible agresión que acababa de sufrir el pueblo.

El, que momentos antes era oprimido y estrujado por una compacta multitud, hallábase ahora sólo y aislado en medio de la escalera. De sus

compañeros, los unos estaban tendidos sobre los peldaños, y los demás, aterrados momentáneamente por la mortífera descarga, habían huido a la entrada del vestíbulo, y desde allí contestaban con pedradas y con sus escasas armas de fuego a los tiros de los suizos.

A pesar de que su aislamiento le hacía presentar un fácil blanco a los que estaban arriba, Guzmán no pensaba en huir. Antes bien, enfurecido por la muerte de su compañero y deseando vengarse de aquella agresión, buscó con la mano que tenía libre una pistola en los bolsillos de su casaca y disparó contra la guardia suiza.

Este acto atrajo sobre él la atención de los defensores de la escalera, y pronto comenzaron a silbar balas en torno del joven. Entonces este, cediendo al instinto de conservación, se retiró escalera abajo sin abandonar el cuerpo de aquel compañero desconocido, hasta que al llegar a la plaza del Carrousel hubo de dejarle en vista de que era ya un cadáver.

No conocía el nombre de aquel joven valeroso, tal vez no lo sabría nunca; sus cortas relaciones con él constituían uno de esos encuentros insignificantes de la vida, y a pesar de esto, el joven español al dejar suavemente en el suelo aquel cadáver, experimentó la misma impresión que si abandonara un hermano.

Guzmán quedaba libre a tiempo.

Los suizos, después de ahuyentar al pueblo con su descarga inesperada, cargaban a la bayoneta, verificando una salida para limpiar de enemigos todo el Carrousel.

La mayor parte de la muchedumbre, armada únicamente con palos y picas, huía a la desbandada, no pudiendo oponerse a aquella compacta columna, que barría todos los obstáculos y se apoderaba de los cañones del pueblo.

Los marselleses, los federados de Brest y los parisienses que tenían fusil, eran los que resistían heroicamente, batiéndose a tiros y bayonetazos con los suizos.

Un marsellés caía herido del pecho, y en las ansias de la muerte decía a un hombre que estaba sin armas:

—Te lego mi fusil. Busca en mis bolsillos y encontrarás cartuchos. ¡Viva la república!

Y moría.

A pesar de los heroicos esfuerzos de aquellos grupos aislados, el

Carrousel fue barrido, y los suizos, al verse libres de enemigos, creyéronse vencedores.

Se engañaban. Sólo se habían batido con la vanguardia de la insurrección. Mientras tanto, como negras e interminables serpientes, avanzaban ondulantes por ambas orillas del Sena, las columnas que enviaban contra las Tullerías los dos arrabales terribles de París; el de San Antonio y el de San Marcelo.

Westerman había sido arrollado por la muchedumbre que huía, arrastrándole fuera del Carrousel, pero el heroico alsaciano, enfurecido por aquella derrota y a fuerza de insultos y sablazos, logró detener algunos grupos, y ayudado por estos volvió a organizar el ataque.

Guzmán, que estaba cerca de aquel general improvisado, admirábale y le veía más grande de lo que era, con sus facciones descompuestas por la rabia, sus ojos inyectados de sangre, su viejo uniforme roto y en desorden, y aquel sombrero con penacho tricolor que agitaba en la punta de su sable, como si fuese una bandera en torno de la cual debían reunirse todos los que estuvieran dispuestos a morir por la causa popular.

La saña de Westerman había contagiado a aquellas masas que huían poco antes y ahora querían morir.

—¡Adelante! ¡Rayos y truenos!—rugía Westerman—. ¡Venguémonos de esos miserables!

Y la avalancha popular volvió a introducirse rugiente en el Carrousel, arrastrando algunas piezas de artillería.

Los suizos, dueños por un momento del campo, habíanse retirado otra vez al palacio, y los cañones del pueblo comenzaron a hacer fuego contra las Tullerías. Una turba de mujeres y muchachos saludaba cada cañonazo con salvas de aplausos.

Mientras tanto llegaron las dos imponentes columnas que constituían el grueso del ejército popular.

La lucha era desigual y horrible.

El pueblo batíase a cuerpo descubierto y sus enemigos hacían fuego atrincherados en las Tullerías. Los patriotas acribillaban con sus balas las paredes, mientras que desde el palacio no se perdía un solo tiro disparando sobre la compacta muchedumbre.

A pesar de esta ventaja, la lucha era desigual para los defensores del palacio. ¿Quiénes eran ellos? Un puñado de extranjeros mercenarios y de

nobles odiados por la nación; y quien les atacaba era París, París entero, desde el comerciante al trabajador, desde el rentista al mendigo. Fácil era adivinar a qué lado se decidiría la victoria.

El segundo asalto de las Tullerías fue feroz, horrible. Acababan de sonar las diez de la mañana, el día era hermoso lucía un sol esplendente, y a pesar de esto, en el Carrousel nadie distinguía al compañero que se hallaba a su lado; tan densas eran las nubes de humo de pólvora que allí se amontonaban.

Cada paso le costaba al pueblo un montón de cadáveres; pero iba avanzando, y los suizos defendiéndose siempre, retrocedían dentro del palacio, no siendo ya dueños más que de los pisos superiores.

Los nobles, viendo la jornada perdida y olvidando su petulante insolencia, escapábanse disfrazados por las galerías del palacio y ciertas escaleras poco conocidas, mientras que los infelices suizos diezmados y acorralados, defendíanse con el último rebato de la desesperación.

Cuando fue imposible la defensa, aquellos mercenarios, que habían demostrado un valor tan tenaz sin brillo alguno, huyeron del palacio en pequeños grupos, proponiéndose abrirse paso con sus bayonetas y refugiarse en la Asamblea al lado del rey, para que los amparase: pero el pueblo y la gendarmería de a caballo cayó sobre ellos en el jardín de las Tullerías y muy pocos fueron los que se libraron de la saña popular.

Una aclamación inmensa que resonó en todo París, surgió del seno de las masas cuando estas se vieron dueñas de las Tullerías.

Comenzó la destrucción y el saqueo en los dorados salones; pero aquel despojo verificado a nombre de la nación tuvo un carácter de honradez conmovedora.

Hombres de aspecto miserable y mujeres hambrientas, cogían con sus callosas manos estuches de soberbias joyas, objetos de oro y de plata, sacos que contenían monedas de oro y corrían inmediatamente a la Asamblea, orgullosos de su abnegación, a depositar sobre la mesa del presidente tanta riqueza. Algunos ladrones cogidos in fraganti en los salones de las Tullerías, fueron arrastrados por el pueblo hasta las orillas del Sena, donde se les fusiló.

Guzmán, aturdido todavía por el reciente combate, casi cegado por el picante humo de la pólvora, vagaba por el Carrousel sin pensamiento alguno, como si el inmenso peligro que acababa de arrostrar le hubiese

producido un momentáneo idiotismo, y tropezando a cada instante con los cadáveres que casi cubrían aquella extensa explanada.

Conservaba aún en sus manos el fusil que había arrebatado a un herido al iniciarse el segundo ataque, y tan aturdido estaba, que no parecía notar el excesivo calor de aquel cañón que caldeado por tantos disparos le quemaba las manos.

De pronto, y sin poderse explicar la causa, le llamó la atención un joven delgado y pequeño, que salió cautelosamente de una de las pequeñas casitas que existían en el Carrousel y en las que se hallaban establecidos comercios de bisutería.

Aquel hombre parecía asustado. Miraba con alarma al populacho dueño de las Tullerías, y al pasear su vista por el millar de cadáveres que había en el Carrousel, un estremecimiento de horror agitaba todo su cuerpo.

Guzmán miró fijamente a aquel hombre meditabundo y asustado, en cuyo perfil y actitud creía encontrar algo que le era conocido. De pronto desvaneciéndose su aturdimiento dio con la verdad.

—¡Calle! —murmuró—. Es el señor Bonaparte, mi antiguo casero.

Efectivamente, era el oficial de artillería expulsado del ejército, pero con un aspecto lastimoso, con cara de hambre y el largo redingot pardo más sucio y raído que nunca.

El ataque de las Tullerías era el primer combate que había visto. Por la mañana habíase refugiado en aquella tienda, cuyo dueño era hermano de Bourrienne, el condiscípulo íntimo de la Escuela Militar, que había de ser su secretario de confianza en la época de grandeza.

El futuro dios de la guerra había presenciado pálido de emoción aquel combate horrible, desempeñando en la jornada del 10 de agosto el papel de espectador espantado.

Después, contemplando en el Carrousel tantos hombres tendidos unos sobre otros por la muerte, sintió miedo y horror a un tiempo y maldijo la guerra ¡él, que algún día debía quejarse de que las mujeres de Francia no le daban bastantes hijos para llevarlos a morir en todos los campos de batalla de Europa!

La hecatombe del 10 de agosto, impresionó de tal modo a Napoleón, que después de su caída, en el oscuro destierro de Santa Elena, todavía se acordaba de ella diciendo que le había aterrado más que todas las

mortíferas batallas del Imperio.

IV.-. LA PATRIA EN PELIGRO

Después del 10 de agosto cambió radicalmente el aspecto de París y Francia entera.

Danton era ministro de Justicia, y según él decía, los cañonazos le habían elevado al ministerio; la familia real estaba encerrada en el Temple, y Marat, saliendo del subterráneo, mandaba en la casa Ayuntamiento, adonde le habían conducido en brazos y como triunfador sus frenéticos partidarios.

Esta elevación de los dos revolucionarios y la ruina de la familia real, daban a entender claramente cuál iba a ser en adelante la situación de la Francia.

La revolución lo invadía todo y su fiebre comunicaba nueva vida a la nación.

El Municipio formado el 10 de agosto seguía las inspiraciones de Marat y dictaba radicales medidas, propias de la situación.

Las puertas de la ciudad eran cerradas y se suspendía la expedición de pasaportes para impedir aquella deserción continua, que llevaba noticias y elementos importantes al ejército de los enemigos de la patria; el Municipio adoptó medidas severísimas para impedir las conspiraciones de los vencidos cortesanos; envió dos mil federados a Rúan para ahogar la contrarrevolución que intentaban los realistas más audaces; y pensando al mismo tiempo en la necesidad imperiosa de defender el territorio ante el avance del ejército de los coaligados, decretó el alistamiento voluntario y en todas las ciudades de Francia levantó altares patrióticos adonde iban a inscribirse como soldados los ciudadanos de buena voluntad. Fundieron las campanas para hacer cañones y con el bronce de las estatuas de los santos fabricáronse armas.

El Municipio de París ejercía una dictadura absorbente sobre la

Asamblea y aun sobre toda la Francia. Estaba orgullosa aquella corporación de ser la verdadera autora del 10 de agosto; y había que convenir en que su dictadura absorbente resultaba beneficiosa para la nación y propia de las circunstancias.

Bien se necesitaba de medidas extraordinarias para salvar a la patria. La revolución iba a tropezar con mayores obstáculos que nunca.

Su única defensa contra aquella avalancha de prusianos y austríacos, que mandados por el duque de Brunswich, avanzaba en territorio francés, consistía en el desorganizado ejército mandado por Lafayette, y este general, después de su infructuoso viaje a París, mostrábase cada vez más reaccionario.

Cuando Lafayette supo lo ocurrido el 10 de agosto en las Tullerías por mediación de tres comisionados que le envió la Asamblea, su indignación no tuvo límites y se mostró dispuesto a dar el golpe de Estado que tantas veces habían sospechado en él sus enemigos. Arrestó a los comisionados de la Asamblea y pensó en abandonar la frontera, cuya defensa le estaba confiada, para ir a París con el ejército y volver el rey a su trono.

Pero tenía enfrente a la revolución que ahora empezaba y a aquella Asamblea que estaba segura de que únicamente obrando con energía le sería posible vivir.

Lafayette fue declarado fuera de la ley, así como todos los generales que le obedeciesen, y el departamento de las Ardenas, donde estaba acampado el ejército, fue declarado hostil al gobierno, siendo considerados todos sus habitantes como responsables de la vida de los tres comisionados presos.

Otra comisión de la Asamblea, de la cual formaba parte el valeroso Isnard, salió para el ejército del Norte con facultades para requerir a los ciudadanos y soldados.

Bastó la presencia de estos tres representantes para desbaratar la contrarrevolución que ideaba Lafayette. Éste intentó mover las tropas en favor de la causa del rey, les habló de sus deberes militares que les obligaban a ir a París para restablecer el orden: pero los soldados, que habían oído antes a los representantes de la Asamblea, contestaron al discurso del general con vivas a los diputados y a la libertad y la igualdad.

Lafayette comprendió lo inútil que sería la resistencia; no le quedaba más recurso que la fuga, y temiendo que los batallones llegaran a hacerlo prisionero y lo condujeran a París, huyó durante la noche con el propósito de entrar en Holanda, pero fue tan desgraciado que cayó en poder de las avanzadas austríacas y fue conducido preso al castillo de Olmuz.

Entonces el mando del ejército quedó confiado a Dumouriez, quien por consejo del alsaciano Westerman, que era ya general del ejército, llevó sus tropas hacia Sedan para imponerse a la invasión del enemigo.

La situación resultaba difícil; el ejército era poco y desorganizado; los voluntarios mostraban más entusiasmo y heroísmo que pericia militar, y entre París y la frontera existían muy pocas plazas fuertes para impedir el avance del enemigo. Quedaban entre los jefes del ejército francés muchos realistas que deseaban una ocasión para faltar a sus deberes en provecho de sus ideas, y de aquí que las traiciones fuesen frecuentes y que muchas poblaciones se entregasen al enemigo a pesar de que el vecindario estaba dispuesto a la defensa.

No pasaba día en que no se recibiera una noticia fatal. Europa entera se levantaba contra aquella Francia que se atrevía a destronar a sus reyes, y eran muchos los que daban por seguro que la revolución iba a morir al día siguiente de su triunfo definitivo.

Los girondinos, siempre impresionables, creían que los aliados iban a aparecer de un momento a otro en las cercanías de París, y hablaban de llevar la estatua de la Libertad al Mediodía de Francia. Roland, el ministro del Interior, no ocultaba su miedo y decía al ministerio que era preciso abandonar cuanto antes la capital; pero por fortuna estaba allí Danton, el hombre de las absolutas confianzas y de las sublimes audacias, que conociendo los peligros que existían para la revolución, tanto en el interior como en el exterior, soñaba en una hecatombe primero en la que pereciesen todos los traidores y después en un levantamiento en masa, en un torrente de hombres entusiasmados por la Marsellesa, que arrojándose sobre los aliados barriese el suelo de Francia de enemigos y los persiguiera hasta más allá de las fronteras.

Cuando Danton se presentó ante la Asamblea luciendo su traje de escarlata, su robustez de gigante y su voz de trueno, un movimiento de confianza agitó a la masa de representantes. Iba a pedir permiso a la Asamblea para adoptar medidas extraordinarias propias del momento.

—Con una convulsión —gritó— hemos derribado el despotismo: sólo con una gran convulsión nacional haremos retroceder a los déspotas de Europa. Se han cerrado las puertas de la capital y con razón; importaba apoderarse de los traidores, y aunque haya treinta mil, es preciso que mañana se les prenda; os pedimos que nos autoricéis para practicar visitas domiciliarias. Debe haber en París ochenta mil fusiles servibles. Todo pertenece a la patria cuando la patria está en peligro.

La Asamblea aceptó las medidas de Danton, y aquella gigantesca redada, a través de todo París, arrojó al seno de las cárceles un sinnúmero de conspiradores realistas.

Después de esto, y teniendo en cuenta las noticias cada vez más terribles que llegaban de la frontera, comprendíase que la indignación popular en su estallido debía revestir una forma sangrienta. Ocurrieron las matanzas de septiembre. Las cárceles fueron asaltadas por una multitud furiosa, que pasaba a cuchillo a todos los sospechosos de realismo, y durante tres días, las masas, enloquecidas de furor, cubriéronse de sangre en los patios de las cárceles asesinando nobles y clérigos.

Una lógica espantosa impulsaba el arremangado brazo de aquellos verdugos populares.

—Iremos a morir en la frontera —gritaban—; defenderemos la patria, pero no queremos dejar a las espaldas, traidores que aprovechen nuestra ausencia y hagan la contrarrevolución, exterminando a nuestras mujeres e hijos. Seguemos esta cizaña ahora que es tiempo.

Y la matanza continuaba en las cárceles, fríamente, sin ensañamiento, con monstruosa regularidad y con tanto orden, que si entre los presos se encontraba uno que resultaba inocente, el pueblo lo declaraba libre y le llevaba en triunfo hasta su domicilio.

Mientras en las cárceles se desarrollaban estas escenas de honor, en las plazas se desbordaba el entusiasmo y se rendía culto a la patria del modo más noble y patético.

El alistamiento de voluntarios para el ejército, revestía ya la forma de una sublime locura, y el Municipio veíase obligado a establecer reglas y a prohibir que los artesanos de oficios de primera necesidad pudieran inscribirse, pues de lo contrario, París iba a quedarse sin obreros.

—¡La patria está en peligro! —grita la gente entusiasmada por los

oradores y por la abnegación de aquellos jóvenes que iban a batirse en la frontera, y el entusiasmo contagiaba a todos hasta el punto de que se ofrecieran a tomar las armas personas que por su edad o por su sexo lo tenían vedado.

Las vendedoras de los mercados se comprometían a montar la guardia de París, mientras los hombres estuvieran en la frontera; los empleados jóvenes pedían permiso para formarse en batallones e ir al ejército del Norte; los estudiantes de medicina presentábanse en masa ante la Asamblea solicitando el marchar con los voluntarios como cirujanos; los actores de la Comedia Francesa, ofrecían tomar la mochila así que la proximidad del peligro hiciese suspender las funciones teatrales; y al mismo tiempo que viejos rentistas imposibilitados de batirse, cedían a la nación la mitad de sus bienes, las mujeres y las niñas despojábanse de sus joyas, depositándolas como ofrenda sobre el altar de la patria.

Este entusiasmo revolucionario, esta fiebre bélica que tenía su foco en París, esparcióse al principio por los municipios del contorno hasta extenderse por toda Francia. Había aldea que quedaba sin más habitantes que las mujeres y los niños, pues hasta los ancianos seguían a los jóvenes en su marcha a la frontera; los caminos estaban ocupados continuamente por los voluntarios que mal vestidos, con el pan clavado en la bayoneta y la Marsellesa en los labios marchaban hacia el ejército del Norte, olvidando a sus madres y a sus esposas por aquella patria cuya imagen les obsesionaba.

Eran los cruzados de una nueva religión, la de la República, que deseaban la muerte si es que esta había de salvar a la patria.

Todos los días llegaban a la Asamblea numerosas cartas, cuyo contenido era un derroche de bélico entusiasmo. Había cura patriota que nombrado comandante por los voluntarios de su pueblo, pedía a la Asamblea le conservase su curato para cuando volviera de la guerra.

El entusiasmo aumentaba conforme sobrevenían las desgracias. Se supo que Verdun, la única plaza fuerte que existía entre los aliados y París, acababa de rendirse al enemigo a pesar de la oposición de su gobernador Beaurepaire, heroico soldado que habiendo jurado no rendirse sino muerto, se mató de un pistoletazo antes que ver al enemigo dentro de la ciudad.

París se conmovió viendo expedito el camino que habían de seguir

sus enemigos, pero su ardimiento creció conforme se agrandaba el peligro, y aquel mismo día el diputado Chabot gritaba en la Asamblea ¡No más reyes!, y todos juraban eterno odio a la monarquía.

El día en que se supo la rendición de Verdun en París, la efervescencia fue inmensa, imponente.

Félix Guzmán encontrábase aquel día en el Hotel de Ville, adonde había ido para hablar con su padre, que perteneciendo a la corporación municipal, y ocupado en los asuntos públicos, pasaba días enteros sin ir a su casa.

La plaza de la Greve, esa explanada teatro de tantas insurrecciones populares, que tiene por límite el Sena y se extiende ante el majestuoso Hotel de Ville, estaba ocupada por una inmensa multitud que se agitaba con la convulsión del entusiasmo.

Allí tenía lugar el alistamiento de los voluntarios de París; allí se recibían las ofrendas a la patria, que no escaseaba el patriotismo de los parisienses.

Un alto tablado surgía sobre aquel agitado mar de cabezas que inundaba la plaza y en él verificábase el alistamiento.

El genio artístico de la revolución hermoseaba con adornos aquel catafalco, que era un nuevo altar de la patria. Grupos de coronas cívicas, de ramos de encina símbolo de la fuerza, adornaban las cuatro caras del tablado, y dos picas con el gorro rojo a la punta, sostenían la tienda de tela, rayada con los colores nacionales, bajo la cual estaban los encargados del alistamiento. Un montón de tambores servía de mesa y apoyado en ella un miembro de la Municipalidad, con banda tricolor, iba consignando en el libro de los defensores de la patria los nombres de los voluntarios que acudían a prestar su juramento de soldados. Un oficial, apoyado en su sable y fumando su pipa, sentado junto al magistrado popular, contemplaba con sonrisa de satisfacción aquel alistamiento de entusiasmo.

Cuatro cañones defendían los ángulos del catafalco, y dos escaleras, una de subida y otra de descenso, impedían que se aglomerase la gente sobre la plataforma.

Abajo entre la muchedumbre, una música militar entonaba la Marsellesa, contestando a sus estrofas un coro viril de miles de voces; y en los momentos de silencio, un joven orador, desde un extremo del

tablado, arengaba con energía, describiendo vivamente los males de la patria y el deber en que estaban los buenos patriotas de ir a defenderla.

¡Qué espectáculo tan conmovedor!

Sin tregua alguna, y como una corriente interminable, iba pasando sobre la plataforma una fila de hombres de todas edades y condiciones. Subían libres, dueños de sus personas, y sin embargo mostrábanse inquietos como si temiesen que por cualquier circunstancia inesperada no se admitiera su sacrificio; pero así que su nombre quedaba inscrito en el libro municipal, así que eran esclavos de la patria, ligados a ella por el más santo de los juramentos, bajaban por la segunda escalera radiantes de gozo, saludando a la muchedumbre, que les aplaudía, y dando vivas a la nación.

Arriba ante aquellos tambores que servían de mesa, ¡qué de frases entusiásticas!, ¡qué de expresiones vehementes en las que se demostraba el entusiasmo loco que dominaba a todo el pueblo!

—¡Apuntad mi nombre!

—¡Mi nombre, mi sangre, mi vida!

—¡Inscribidnos a mi padre y a mí!

—¡Ah! ¡Si yo pudiera ofrecer a la nación algo más que mi cuerpo!

Aquel alistamiento era inmenso.

En un solo día la patria contaba con dos mil guerreros más y esta explosión de bélico entusiasmo se repetía en todas las poblaciones de Francia.

El pueblo de París parecía poseído de una tétrica alegría. Callábanse los afectos ante las necesidades de la patria y nadie osaba protestar contra el alistamiento. Los ancianos acompañaban a sus hijos hasta la mesa de inscripción, los casados abandonaban el brazo de sus esposas para subir a la plataforma, y las madres esperaban al pie de la escalera para dar a los que bajaban un silencioso abrazo, en el cual el dolor ocultábase como vencido por el deber.

Al pie de aquel tablado eran continuas las escenas de inmensa ternura. Besos, abrazos, palabras entrecortadas por las lágrimas, juramentos heroicos, frases que encerraban inmensa resignación.

Había muchachos, que por no tener dieciséis años, no eran admitidos, y después de rogar y suplicar al magistrado que se les admitiera entre los defensores de la patria, bajaban con expresión de desaliento, con

lágrimas de coraje en los ojos y mirando con inmensa envidia a los que estaban ya inscritos como voluntarios.

De este modo se formaba aquella falange heroica de los voluntarios del 92, que había de pasear la bandera tricolor por toda Europa. El pueblo, arrastrado por el patriotismo, iba a fusionarse con el ejército, a comunicarle la grandiosidad de la revolución y de este maridaje habían de surgir los heroicos generales de la República y los invencibles mariscales del guerrero Imperio.

Félix Guzmán, contemplando la sublime escena del alistamiento, sintiose conmovido. Un escalofrío de entusiasmo agitó su cuerpo.

Aquella Marsellesa que continuamente vibraba en los aires, las fogosas palabras de aquel orador joven, y el sublime espectáculo de un pueblo que casi en masa corría a las armas, arrastraron al joven español, quien sin darse cuenta exacta de lo que hacía, subió la escalera, formando parte de la interminable cola de hombres que desfilaba por el tablado.

Al llegar junto a los tambores, donde se verificaba la inscripción, el joven dijo al magistrado con entonación resuelta:

—Escribid mi nombre. Félix Guzmán. Quiero ir al ejército del Norte.

V.- EN EL EJÉRCITO DEL NORTE

Por la carretera polvorienta que conducía a Chalons, caminaba Guzmán llevando sobre el hombro la espada envainada a guisa de palo y pendiente de la empuñadura el pequeño maletín de cuero que contenía todo su equipaje.

Marchaba al frente de un centenar de hombres, una compañía formada a toda prisa por el Municipio de París y enviada con no menos premura al campamento de Chalons, que era donde se adiestraban los voluntarios antes de incorporarse al ejército del Norte.

Guzmán llevaba en sus hombros las charreteras de teniente.

El coronel Guzmán había experimentado cierto pesar al saber que su hijo se había inscrito en los voluntarios; pero esto sólo fue una impresión momentánea que su patriotismo acalló, y ya que Félix había de partir para la frontera, su padre procuró que fuese comprendido en la lista de oficiales nuevos que se formaba en el Hotel de Ville.

El joven tenía méritos suficientes para solicitar una charretera. Su intervención en el asunto de Varennes, la persecución de que había sido víctima después de la matanza en el Campo de Marte y el heroísmo demostrado en la toma de las Tullerías, eran méritos bastantes para que la Municipalidad accediera a las solicitudes del coronel Guzmán, concediendo a su hijo el grado de teniente.

Félix se vio, pues, al día siguiente de su alistamiento, convertido en oficial del ejército francés y fue de los primeros en vestir aquel uniforme, diseñado por David, el pintor de la Revolución, y con el cual habían de aparecer ante la historia futura, rodeados de la gloria de los héroes, los soldados de la República. Vistióse la azul casaca de largos faldones con solapas y vivos blancos, calzóse las altas y arrugadas botas con vueltas amarillas y cubrió su cabeza con el pequeño tricornio rematado en un

penacho de plumas tricolores.

Sus charreteras eran de estambre como las de todos los oficiales, y de acero el puño de su espada. En aquella guerra de desesperación y tétrico entusiasmo, hasta los generales se habían arrancado de sus viejos uniformes los adornos de oro para remediar la miseria de la nación. La patria estaba pobre y los que iban a morir por ella aborrecían el lujo.

Guzmán fue agregado a una compañía que había de salir inmediatamente sin saber a qué batallón sería incorporada.

Formábanla cien hombres, en su mayoría pertenecientes a los barrios obreros de París, gente que se había batido en todos las revueltas populares y estaba acostumbrada al manejo del fusil.

Su aspecto no era muy brillante. Toda su uniformidad militar consistía en viejas casacas de los antiguos guardias franceses que les había podido proporcionar la Municipalidad: cubrían sus cabezas, unos con raídos y deformados tricornios, otros con casquetes de cuero erizados de crines cortas, que eran la prenda usada por la infantería ligera, y los más ostentaban el mismo gorro rojo con que se habían presentado en los motines y los clubs.

La Revolución, reformista en todo, había hecho caer en desuso el calzón corto, prenda del antiguo régimen, poniendo en boga el pantalón largo, y la mayoría de los voluntarios que salían para la frontera, llevaban anchos calzones blancos rayados de rojo y azul, que caían hasta los pies, calzados unos con zuecos y otros con groseros zapatos de munición. Esto era un verdadero lujo que pronto se suprimió. A los pocos meses los ejércitos de la República ganaban batallas y conquistaban ciudades con los pies descalzos, o cuando más, cubiertos con andrajos, que remediaban la falta de zapatos.

La única uniformidad que se manifestaba en la compañía de Guzmán era en el armamento, en las pobres mochilas, casi vacías, que colgaban de las espaldas de los voluntarios, y en que todos ellos ostentaban en la boca esa pipa de barro, eterna compañera del soldado francés, y clavado en la bayoneta un enorme pan, que era la ración del día.

Félix se hallaba muy bien en su nueva vida. Aquellos voluntarios no eran modelos de disciplina; pero todos ellos se manifestaban como buenos muchachos, alegres ante el infortunio, capaces de sobrellevar las mayores penalidades y con un entusiasmo patriótico que disimulaba sus

faltas.

Todos los individuos de la compañía eran igualmente simpáticos para el teniente Guzmán. Lo mismo los soldados que el tamborillo, muchacho de catorce años, pilluelo parisién, tan capaz de hábiles picardías como de arranques heroicos, y que entusiasmado por aquella convulsión nacional que arrojaba los hombres a las fronteras, había pedido de rodillas en la plaza de la Greve, en el tablado del alistamiento, que le permitiesen marchar al ejército del Norte, ya que no como combatiente, al menos para hacer sonar una caja de guerra y enardecer a la gente en el combate. Las agudezas del tambor Luis y sus travesuras de muchacho criado en medio de las calles, divertían a toda la compañía.

Pero lo que en su nueva vida más había impresionado a Félix era el trato con el capitán que mandaba aquel puñado de hombres.

Era un joven casi de la misma edad de Guzmán, alto, enjuto de carnes, algo cargado de espaldas, aunque marcial en sus ademanes, pálido de rostro, de ojos soñadores y algo vagos, tal vez por una precoz miopía que disimulaba, y encuadrando sus facciones con unas patillas negras que se perdían bajo el alto cuello de su antiguo y raído uniforme azul.

Llamábase Lázaro Hoche y el joven español estaba lejos de imaginarse que este nombre, antes de dos años, había de ser el del caudillo más famoso de Francia.

La revolución, como madre amorosa, elevaba a sus hijos predilectos, con vertiginosa rapidez, desde la obscuridad a los esplendores de la gloria; pero a pesar de la prontitud con que en aquella época de genios y de héroes se improvisaba una celebridad, Félix se hubiese sonreído con aire incrédulo si le hubieran dicho que el capitán Hoche, en el transcurso de pocos años iba a ganar difíciles batallas; a vencer al rey de Prusia; a ser la espada invencible, bajo cuya protección descansaría la República; a pacificar la Vendée, acabando una guerra civil de emboscadas y salvajismos, en la que se habían estrellado los primeros generales, y a ser tan grande por su valor, tan respetable e imponente por sus virtudes y su entusiasmo republicano, que a no arrebatarle la vida una vulgar enfermedad, Bonaparte no se hubiera atrevido a dar el golpe de 18 de Brumario y tal vez no hubiera existido el Imperio, entrando la Europa en el siglo XIX como en una era de absoluta tranquilidad.

Realmente nada había en el exterior del capitán Hoche que anunciase

lo brillante de su porvenir. Aún no se le había visto en los combates lanzándose al lugar de más peligro con impasibilidad sorprendente, frío ante la muerte, meditabundo en el momento decisivo de una batalla y con el entrecejo fruncido y la mirada radiante al ordenar la resolución definitiva que había de conquistar la victoria.

La grandeza del general Hoche ocultábase obscura y desconocida en lo más recóndito de aquel humilde capitán de voluntarios, así es que era imposible adivinar su glorioso porvenir.

Es verdad que Guzmán se sintió atraído desde el primer instante por aquel hombre pálido, dulce y meditabundo cual un poeta; pero su simpatía no era debida a que viera en él un futuro héroe, sino a que le impresionaba su sencillez de carácter y la humildad de su origen, que le daba cierta semejanza con Santiago Vadier.

Al emprender la marcha hacia el campamento de Chalons y antes de que terminara la primera jornada, el capitán Hoche, marchando al lado de su teniente, le había dicho quién era, con esa sencillez afectuosa, propia de compañeros que van juntos a exponer la vida.

Hoche al hablar de su origen mostrábase, no sólo satisfecho, sino hasta orgulloso. No había conocido a sus padres, pero hablaba de una tía frutera que tenía en Versalles, con la misma fruición con que un joven noble pudiese recordar a alguna duquesa o princesa de su familia.

Describía con acento conmovido sus correrías de vagabundo por las calles de Versalles, sus visitas al obscuro portal donde la tía tenía establecido su modesto comercio, sus merodeos en los cuévanos de fruta y por fin su ingreso en un regimiento de guardias francesas, donde llegó a sargento, gracias a su afición al estudio y a la gran capacidad que demostraba en todos los asuntos militares.

Los primeros años de la revolución habíalos pasado en la obscuridad. Eran períodos de agitación en las ciudades, donde se distinguían los audaces, los elocuentes, los hombres de arrolladora ambición, y por esto él, que era tímido fuera de los campos de batalla, que se expresaba con cierta dificultad, que tenía tendencia al aislamiento y a la meditación y que carecía de amigos, permaneció obscuro y desconocido, vegetando en Versalles al lado de su anciana protectora, hasta que por fin el Municipio de París se acordó de hacer justicia a sus méritos, dándole el mando de una compañía de voluntarios.

Y hacia la frontera marchaba Hoche con su dulce gravedad de filósofo, que le convertía en un extraño soldado, soñando en el mayor de sus optimismos, que dentro de tres o cuatro años, a fuerza de hazañas, podría ser coronel, y sin llegar nunca a imaginarse que la suerte le reservaba la jefatura suprema de los ejércitos de la República.

Hoche ignoraba aún que el gran mérito de la revolución, la fuerza que había de hacerla invencible, consistiría en su habilidad para escoger los hombres, reconociendo el mérito allí donde lo encontrara.

La marcha de la compañía hasta el campamento de Chalons nada ofreció de notable.

Hoche y Guzmán marchaban al frente, conversando cada vez con más intimidad y sintiendo que aumentaba en ellos la simpatía, mientras que sus subordinados, cuando encontraban fatigoso el camino, entonaban la Marsellesa, que el tamborcillo Luis acompañaba con sus alborozados redobles.

En todos los pueblos del tránsito salíales al paso la misma ovación cariñosa. Aquellos aldeanos, a pesar de su proximidad al teatro de la guerra, mostrábanse enardecidos por el entusiasmo patriótico, y su frenesí inagotable saludaba siempre con la misma vehemencia a aquel interminable rebaño de hombres que la convulsión nacional arrojaba a las fronteras.

En dos días llegó la compañía al campamento de Chalons.

Había allí una aglomeración de fuerzas dispersas, de organismos militares a medio bosquejar, de batallones desorganizados, una verdadera avalancha de hombres que deseaban batirse y no sentían perder la vida por la patria, pero que mostraban cierta repugnancia en desprenderse de sus derechos de hombres libres, sometiéndose a la dura disciplina del soldado.

La compañía de Hoche era lo mejor que existía en aquel campamento.

El capitán ejercía inconscientemente una inquebrantable superioridad sobre sus subordinados, y esto, unido a sus talentos militares, hizo que la compañía, después de una semana de estancia en el campamento, se mostrase apta ya para entrar en fuego.

Necesitábanse con urgencia los soldados en el ejército que Dumouriez tenía en el desfiladero del Argonne y que era la única

esperanza de salvación. Por esto los voluntarios, apenas adquirían alguna práctica en el manejo del fusil y conocían las evoluciones más rudimentarias, abandonaban el campamento para incorporarse al ejército de Dumouriez, tres o cuatro veces inferior en número a las tropas prusianas y austríacas que tenía enfrente.

La compañía de Hoche, con siete más de voluntarios procedentes de diversos departamentos y a quienes había costado más el instruirse, formaron un batallón, de cuyo mando debía encargarse un oficial que había de llegar de un momento a otro del Estado Mayor de Dumouriez.

El nuevo jefe llegó al campamento para encargarse del batallón, incorporándolo al ejército, y Guzmán experimentó la más inesperada de las satisfacciones al reconocer en él a su amigo Vadier, del que hacía tanto tiempo no tenía noticias.

El antiguo sargento de guardias francesas había conocido a Hoche cuando ambos ocupaban tan humilde posición en el ejército de Luis XVI. Esta antigua amistad y la que ambos profesaban a Guzmán, hicieron que entre los tres jóvenes, a pesar de sus diferencias en categoría, se estableciera una estrecha intimidad.

Vadier tenía mucho que contar desde que se había separado de su amigo Guzmán.

Lafayette se había presentado en París para amenazar a la Asamblea, después de la primera invasión del pueblo en las Tullerías, y al retirarse descorazonado y vencido a su ejército, había llevado consigo a su ayudante Vadier, volviéndolo a la frontera.

Para él no fueron un misterio las tendencias reaccionarias que se acentuaban en Lafayette conforme avanzaba la revolución, y esto hizo que el joven ayudante fuese enfriando su afecto hacia el general, y que al intentar este, después del 10 de agosto, marchar sobre París y dar un golpe de estado con su ejército, él fuese de los primeros en oponerse, pues su entusiasmo republicano no le permitía apostasías ni traiciones. Vadier había apoyado a los comisarios de la Asamblea, arengando los batallones para que permaneciesen fieles a la Revolución; había visto partir sin pena al desprestigiado Lafayette, y al presentarse Dumouriez ante el ejército, él había sido el primero en reconocer sus méritos de organizador y de caudillo. Por una preocupación propia de la intimidad que había tenido con Lafayette, no quería permanecer en el Estado Mayor del nuevo general en jefe y Dumouriez le había dado el mando de

uno de los batallones que se formaban en el campamento de Chalons.

Hoche y Guzmán mostrábanse satisfechos de tener por jefe a aquel amigo, y los tres, en sus ensueños de jóvenes entusiastas, proponíanse realizar juntos asombrosas hazañas que les produjeran la mayor celebridad.

El batallón de Vadier fue bautizado con el nombre de batallón del 10 de agosto, pues en aquel ejército, que tan precipitadamente se formaba, los nombres de los cuerpos quedaban por completo a la voluntad de los jefes.

Partió el batallón para el gran bosque del Argonne, donde estaba todo el ejército del Norte en diferentes acantonamientos.

Todos los desfiladeros de aquel bosque, de trece leguas de largo, estaban ocupados por el ejército francés, que cerraba el paso por completo a los invasores.

El batallón del 10 de agosto fue incorporado a la división que mandaba el general Miranda, español, nacido en la provincia de Venezuela, y cuyo nombre era bien conocido por el teniente Guzmán, pues su padre hablaba a cada instante de aquel inseparable compañero, con el que había corrido casi toda Europa.

Al día siguiente de acampar el batallón en el punto del bosque que llamaban el Gran Prado, el comandante Vadier buscó a Félix para decirle que el general acababa de preguntar por él y que le esperaba en su alojamiento, en una granja a una legua de distancia, donde estaba con todo su Estado Mayor.

Félix montó en el caballo de su amigo, aquel mismo que le había servido en su expedición por la Bretaña y que los palafreneros del Estado Mayor de París habían devuelto a Vadier.

Cuando llegó a la granja, en cuyos alrededores acampaba el grueso de la división, fue introducido inmediatamente en una sala del piso bajo.

Allí estaba el general Miranda rodeado de algunos oficiales de su Estado Mayor. Sobre una tosca mesa estaba extendido un mapa del departamento de los Ardennes, y el general, señalando el bosque de Argonne, discutía con sus subordinados.

Félix al entrar examinó rápidamente al general Miranda. Su aspecto revelaba energía, y tanto sus palabras como sus ademanes, eran los del hombre valeroso, tan tardo como tenaz en sus resoluciones.

Su tez tenía el color pálido de los hijos de la América. Era enjuto de carnes, pero su figura resultaba robusta a causa de la fortaleza de su esqueleto, casi gigantesco. Su mirada, que brillaba con imperturbable fijeza bajo unas cejas algo levantadas en sus extremos, y las dos arrugas, que profundizaban su espaciosa frente, eran los detalles de su rostro que primeramente llamaban la atención del observador.

En cuanto a sus condiciones de soldado duro e infatigable, las daban a entender su uniforme de general, que estaba tan raído y maltratado por las inclemencias del tiempo, como el del último tambor que durmiera al raso. Adivinábase que Miranda era de los generales que a media noche, cuando todos sus subordinados descansan, en vez de dormir salen al campo y recorren las líneas del campamento para vigilar a los centinelas y convencerse de que no amenaza una sorpresa.

Algunos brillantes que llevaba en los dedos, sin duda por no poder romper con sus hábitos de americano, amigo de la ostentación, eran todo el lujo que se permitía en aquel ejército de patriotas, defensores de una nación pobre.

Francisco Miranda hablaba con sus oficiales en el mismo momento que entró Guzmán, y este, a pesar de la corrección con que el general se expresaba en francés, notó que aún conservaba el acento meloso y aniñado de los pueblos americanos. Sus largas correrías por Europa, su existencia cosmopolita de hombre audaz y aventurero, su larga permanencia en la corte de Rusia al lado de Catalina no habían borrado en él al hijo de América, que batiéndose por la libertad de

Francia, soñaba ya en erigir en repúblicas las provincias españolas del otro lado del Océano.

En 1792 pasaba por uno de los mejores generales del ejército francés. Tenía fama de estratégico. Muchos le superaban en temeridad y en irreflexiva audacia, podía encontrar rivales en preparar un ataque; pero nadie sabía cómo él verificar una retirada con tropas quebrantadas, dando siempre la cara al enemigo y evitando sus avances.

Estaba destinado a mandar en jefe los ejércitos de la República, proporcionando a su patria la honra de que un apellido español figurase entre los nombres de aquella brillante legión de generales destinada a la inmortalidad.

Cuando entró Guzmán, cesó de hablar Miranda, y con un gesto de

superioridad, le indicó que estaba dispuesto a oírle.

—Soy Félix Guzmán, teniente del batallón del 10 de agosto. Creo que el ciudadano general ha ordenado mi presentación.

El rostro de Miranda se transfiguró. Una sonrisa bondadosa, casi paternal, se extendió por su pálido rostro, al mismo tiempo que abandonando su silla avanzaba hacia Guzmán con los brazos abiertos.

—Adelante, muchacho —gritó en castellano—. Tenía grandes deseos de conocerte. Siéntate aquí…, a mi lado. Abstente de cumplimientos; para mí sólo eres el hijo de mi mejor amigo.

Y mientras los ayudantes de Miranda se retiraban discretamente a una ventana para dejar en libertad a su general, este seguía hablando con Félix familiarmente.

En la noche anterior había recibido de París una carta del coronel Guzmán, su gran amigo, el compañero de su existencia errante y aventurera por toda Europa. ¡Qué cosas les habían ocurrido a los dos! ¡Cómo recordaba él la época pasada con Guzmán en la corte de Rusia!

Y Miranda, a pesar de que aún se hallaba en la madurez de su vida, parecía saborear con tanta fruición como un anciano todos los recuerdos de su azarosa juventud.

—También tú eres buena pieza —continuaba el general en tono chancero—. Tengo antecedentes tuyos y veo que eres el exacto retrato, tanto en presencia como en acciones, de tu padre cuando tenía tu misma edad. Harás carrera en el ejército. Esta guerra presenta un gran porvenir a toda la juventud que ama a la Revolución. Ahora tenemos en frente a Austria y a Prusia y pronto lo estará toda Europa. La guerra empieza ahora, pero nadie sabe cuándo acabará. Lo único cierto es que nosotros no seremos vencidos. ¡Qué magnífica ocasión para que la juventud muestre esa audacia y esa fogosidad que tanto envidiamos nosotros los viejos!

Miranda siguió hablando de la campaña que se preparaba. Él tenía buen golpe de vista militar y conocía todos los defectos del ejército francés, aglomeración de voluntarios sin instrucción; pero estaba seguro de la victoria. Triunfarían como siempre el entusiasmo y la justicia.

Las palabras de aquel soldado experto enardecían a Guzmán y le proporcionaban nuevos ánimos para creer en el triunfo de la Revolución.

—Sí —continuaba el general—. Este bosque en que estamos, y sobre

todo el desfiladero del Argonne, serán, como ha dicho Dumouriez, las Termopilas de Francia. Solo que en las Termopilas, el heroico Leónidas cayó lleno de gloria, y aquí los espartanos seremos los vencedores.

Miranda daba a entender su convencimiento de que el choque con el ejército de los aliados no tardaría en verificarse. Era asunto de esperar solamente dos o tres días.

Y el general, que recordó sin duda apremiantes asuntos, púsose en pie, tendiendo su mano al joven teniente.

—Conque, muchacho —dijo con su acento franco y rudo— ya sabes dónde me encontrarás siempre. Nada de reparos ni escrúpulos: yo soy aquí tu padre, pues así me lo ha encargado mi querido Andrés.

Félix estrechó con la efusión del agradecimiento aquella mano, al mismo tiempo que el general decía con la expresión satisfecha del que ha encontrado una buena idea:

—Lo más conveniente sería que tú abandonases el batallón y te incorporases a mi Estado Mayor como ayudante. ¿Estás conforme?

—No puedo, mi general.

—¿Por qué? ¿Qué te liga a ese batallón?

—Tengo en él al jefe y al capitán de mi compañía, que son mis amigos, casi mis hermanos.

—Comprendo esos afectos entre soldados. En otros tiempos tampoco me hubiera separado yo de tu padre aun a cambio de la faja de general. Quédate, pues, allá, ya que es tu gusto.

Las manos del general y del subalterno estrecháronse con el último apretón afectuoso.

—¿Quieres algo de mí? — dijo Miranda como despedida—. ¿Tienes alguna cosa que pedirme?

—General —dijo Félix con resolución—. Quisiera que cuando llegue el momento de alcanzar gloria os acordaseis de mi batallón.

—Concedido, muchacho. Dile a tu comandante que tan pronto como ataquemos a los prusianos, el batallón del 10 Agosto marchará a la de vanguardia.

VI.- LA CRUZ DE LOS BOSQUES

Dumouriez se consideraba seguro teniendo ocupados todos los desfiladeros y pasos del bosque del Argonne.

Los campesinos habíanse constituido en entusiastas auxiliares del ejército. Aquellos siervos del terruño, recién emancipados de la tiranía feudal, indignábanse ante la invasión que venía a turbar sus primeros goces de hombres libres en posesión de la tierra.

Los emigrados realistas habían prometido a los prusianos y a los austríacos, que serían recibidos en Francia con los brazos abiertos y como libertadores, y en vez de esto, una obstinada resistencia les salía al paso y en todas las aldeas las mujeres gritaban ¡mueran los extranjeros!, al mismo tiempo que los hombres empuñaban las hoces para defenderse.

Todo el país levantábase en masa contra aquella invasión, cuyo triunfo significaba la vuelta al antiguo régimen. Todas las clases sociales estaban ligadas a la Revolución por sus intereses particulares. El ciudadano de la clase media no quería perder la importancia que había alcanzado, el propietario rural sobresaltábase al pensar que podían despojarle de los bienes nacionales que había comprado y el campesino no quería volver a los anteriores tiempos en que el diezmo se llevaba lo mejor de sus cosechas.

Esta indignación que la masa pacífica y trabajadora sentía ante los ejércitos aliados, experimentábanla estos en forma de penalidades y peligros continuos. Los labradores guardaban sus granos y el ejército invasor moríase de hambre en territorio francés; los soldados prusianos y austríacos sólo encontraban para calentarse leña verde que les asfixiaba, y para comer, uvas en agraz, que robaban en los campos y que producían la disentería en el ejército. Los rezagados eran muertos en los caminos a golpes de hoz, y por más que los jefes prusianos ahorcaban a cuantos

campesinos les parecían sospechosos, continuaba la hostilidad sorda del país contra los invasores.

Frecuentes y torrenciales lluvias convertían en lodazales los campamentos invasores; pero el ejército francés no estaba mucho mejor en sus posiciones.

Los soldados acampaban al raso, tiritando bajo sus mojados uniformes y durmiendo muchas veces sobre el barro.

Para extremar más aún tan difícil situación, los envíos de provisiones hacíanse con lamentable irregularidad y los defensores de la patria desfallecían algunas veces de hambre.

En estas ocasiones se demostró hasta dónde llegaba la serenidad de Dumouriez y su habilidad para enardecer al soldado.

Un día los batallones quejáronse por no haber recibido el pan.

—¿No tenéis manteca y harina? — les dijo el general—. Pues bien, haced tortas y sazonadlas con la libertad.

Valíase del entusiasmo y del pundonor de aquellos patriotas, y amenazaba a los que tuviesen la cobardía de no sobrellevar el hambre, con despojarles de las armas y expulsarles del ejército. Esto bastaba para mantener la disciplina en aquellas tropas, que se batían por entusiasmo y no por deber.

Avanzaba la mala estación, aproximábase el invierno y era preciso dar el golpe decisivo, consideraciones que movieron por fin al irresoluto duque de Brunswich.

Las hostilidades se iniciaron en la mañana del 13 de septiembre, comenzando los aliados por aprovecharse de un descuido de Dumouriez, que como él mismo confesaba, «puso a Francia a dos dedos de su perdición».

Había ocupado todos los pasos del extenso bosque, atrincherando en ellos sus tropas de un modo que imponía a los invasores. Todo lo había previsto, todo lo había preparado por sí mismo, a excepción del paso de la Cruz de los Bosques, donde fiándose demasiado de los informes de un oficial, sólo había puesto una compañía.

Este paso era el punto flaco, la brecha por donde se podía asaltar aquella muralla de once leguas de longitud, que formaba el bosque del Argonne. Los espías de los aliados, los pocos campesinos realistas que se atrevían a marchar contra su patria, no tardaron en apercibirse de aquel

descuido de Dumouriez, poniéndolo en conocimiento del general Chairfayt.

Este descubrimiento, que proporcionaba grandes probabilidades de victoria, fue inmediatamente aprovechado por los aliados, y el joven príncipe Carlos de Ligne, con algunos miles de hombres, se dirigió a posesionarse de la Cruz de los Bosques.

La ocupación fue sencillísima. Cien voluntarios guardaban aquella posición, sin otra defensa que algunos árboles cortados y echados en el suelo sin trabazón alguna, así es que aunque intentaron defenderse, aquella avalancha de hombres que caía sobre ellos los barrió, obligándoles a refugiarse en los bosques.

Al saber Dumouriez lo ocurrido, desplomáronse rápidamente todas sus ilusiones. Aquel incidente inesperado trastornaba por completo sus planes, pues si la Cruz de los Bosques seguía en poder de los aliados, era ya inútil sostenerse en la extensa selva, a través de la cual tenían los enemigos camino fácil y seguro.

Precisaba recuperar tan importante posición y Dumouriez, que no podía retirar las tropas de los otros pasos, dio orden a Miranda para que de su división enviase una brigada a reconquistar la Cruz de los Bosques.

Miranda recordó su promesa, y el batallón del 10 de Agosto fue el primero en recibir la orden de marchar contra el enemigo.

Desde el amanecer que estaba en pie y sobre las armas aquel batallón entusiasta, aquel pelotón de ochocientos hombres que sentían la fiebre belicosa que entonces dominaba a Francia y sufrían cruelmente a causa de la tardanza de sus jefes en conducirles frente al enemigo.

Estaban formados en columna mirando al espeso bosque y oyendo con nerviosa inquietud el tiroteo que sonaba a lo lejos y que era el de los cien voluntarios al abandonar la Cruz de los Bosques abrumados por un enemigo inmensamente superior.

Formado en medio de la pradera, a la plomiza luz de un día nebuloso y triste, el batallón del 10 de Agosto, a pesar de sus andrajosos uniformes, tenía un aspecto imponente.

Tres batallones más veíanse formados en otros puntos de la pradera y ninguno de ellos tenía el aspecto del batallón de Vadier, semejante a una masa de una sola pieza, que ningún choque podía quebrar.

Aquellos voluntarios eran tal vez los únicos que merecían el título de

soldados, gracias a los esfuerzos del comandante y de los oficiales.

Estaban inquietos por la fiebre del entusiasmo y de la zozobra, parecían querer salirse de las filas para correr al punto donde sonaba el tiroteo, ansiosos de batirse con el enemigo; pero bastaba una mirada del comandante, o de los jefes de las compañías, para que todos permaneciesen clavados en sus puestos, apoyados en el fusil y con los ojos fijos en el bosque.

Vadier estaba a la cabeza del batallón sobre su gran caballo negro; casi a su lado el tamborcillo Luis mirando a su jefe y con las baquetas sobre el parche, dispuesto a batir marcha a la más leve indicación; detrás Hoche y Guzmán espada en mano al frente de la primera compañía, examinando con interrogadora mirada el alto muro de ramaje que cerraba el horizonte, y tras ellos, como una masa compacta, prolongada y de líneas tiradas a cordel, extendíase la masa de voluntarios con su infinita variedad de tricornios, cascos de cuero y gorros de lana, sobre los cuales ondeaba la bandera tricolor con el nombre del batallón.

Un estremecimiento nervioso agitaba a aquel amontonamiento de hombres, como si todos ellos compusiesen un gigantesco monstruo devorado por la impaciencia y que estaba próximo a salir escapado arrollándolo todo.

Vadier no estaba menos inquieto en vista de que el batallón parecía olvidado y nadie se presentaba a darle una orden. Empinábase sobre los estribos examinando con curiosidad el horizonte, y le imitaban los comandantes de los otros batallones que estaban esparcidos en la pradera, pues todos sentían impaciencia por batirse.

Al fin saltó del bosque a la llanura un pelotón de jinetes aproximándose a todo escape. Era la pequeña escolta del general Chazot, un veterano curtido en las guerras y a quien la Revolución había hecho justicia concediéndole la faja.

La media docena de húsares que le seguía, esparramóse por la pradera para comunicar órdenes a los otros batallones, mientras Chazot iba a rienda suelta al encuentro de Vadier.

—¡Diez de Agosto! —gritó el veterano cuando aún estaba a cincuenta pasos.

—Presente, mi general —contestó Vadier saludando con su sable.

—¡Adelante el batallón! —gritó el general parando su caballo—. ¡A

la Cruz de los Bosques! Los prusianos acaban de apoderarse del camino. Vuestro batallón marcha el primero y todo el ejército os envidia. ¡Buena suerte, ciudadanos! Pegad con firmeza, que yo os sigo.

Y el general picó espuelas a su caballo, yendo a reunirse con aquellos tres batallones, que después de la orden comunicada por los húsares, buscábanse para formar una masa compacta.

A Vadier le bastó espolear su caballo y levantar su sable para que todo el batallón se pusiera en movimiento, pues las palabras del general, oídas en la primera fila, habían circulado con rapidez casi instantánea por todas las compañías.

Fue aquello una marcha precipitada, un galope furioso de hombres, que temían no llegar a su destino y apresuraban la marcha sin perder su formación. El comandante hacía trotar su brioso caballo, los tambores corrían detrás con las baquetas en la mano y las cajas a la espalda, los oficiales llevaban el sable bajo el brazo para tener mayor desembarazo en sus movimientos, los soldados, con el fusil al hombro, trotaban conmoviendo el suelo con los golpes de sus zuecos y zapatones, y toda aquella masa de hombres, haciendo cada vez más viva su carrera, era una furiosa avalancha que se entraba en el bosque, desbordándose fuera del camino, aplastando los matorrales y haciendo trizas las ramas bajas.

El batallón del 10 de Agosto, como una ondulante serpiente, en cuyo lomo brillaban cual aceradas escamas las enhiestas bayonetas, introdújose en el bosque, perdiendo de vista al resto de la brigada, que emprendía la marcha con mayor lentitud.

Media hora duró aquella carrera desenfrenada a través del bosque.

Vadier conocía bien el país y de repente detuvo su caballo, dando la voz de alto al batallón. En el mismo momento sonaron detonaciones entre los árboles y algunas balas pasaron silbando para perderse en los montones de hojarasca.

Estaban a la vista de las avanzadas del enemigo y a poca distancia de la Cruz de los Bosques.

Comenzó el fuego. Las dos primeras compañías desplegáronse en ala, y los soldados, amparándose del tronco de los árboles para cargar sus fusiles y dispararlos, fueron avanzando lentamente y haciendo retroceder a las avanzadas prusianas.

El batallón llegó por fin a la Cruz de los Bosques, espaciosa

explanada libre de árboles, que constituía en la selva como una plaza gigantesca.

El batallón del 10 de Agosto, resguardado tras los últimos árboles que limitaban aquella planicie, comenzó a hacer fuego contra la posición ocupada por los prusianos.

Aún estaban allí los montones de troncos derribados por los franceses, y tras los cuales se habían defendido dos horas antes los cien voluntarios; pero ahora para recobrar la posición de la Cruz de los Bosques, había que batirse con cerca de tres mil prusianos.

Una granizada de balas iba de un lado a otro del bosque, a través de aquella vasta explanada, en la que no aparecían ni prusianos ni franceses. Los unos tras sus barricadas de troncos y los otros tendidos en el suelo entre la maleza, disparaban con furia, como si cada uno de sus tiros hubiera de derribar un enemigo.

Vadier, magnífico y sereno, permanecía sobre su caballo, sin importarle gran cosa que le viesen sus enemigos, ni acceder a las súplicas cariñosas de sus subordinados, que le pedían que desmontase.

Hoche mostrábase impasible, y tal curiosidad tenía en examinar la posición del enemigo, que sacando la cabeza por entre el ramaje, recibió dos balazos en el tricornio, sin que esto hiciera contraerse su rostro de piedra.

El teniente Guzmán carecía de impasibilidad. Estaba irritado, furioso, no comprendía aquello de estar tiroteándose con los prusianos sin gloria alguna y miraba a Vadier a cada instante como extrañando que aún no se hubiera dado la orden de atravesar a escape la explanada para tomar la posición con una carga a la bayoneta.

Vadier movía la cabeza sonriendo con expresión inteligente.

Todavía no era tiempo. Había que esperar la llegada de los otros batallones y esto podía hacerse; pues los aliados, ignorando la fuerza que tenían enfrente, no osaban salir de sus posiciones.

El resto de la brigada llegó cuando el fuego era más nutrido. Sonó a espaldas de los combatientes franceses el grito de ¡viva la nación! e inmediatamente el batallón de Vadier cesó de disparar y los soldados se agruparon como adivinando que era llegado el momento decisivo.

El espectáculo fue magnífico. Desplegóse el batallón, la prolongada masa inclinó hacia adelante sus bayonetas y saltó del bosque a la

explanada, marchando a pecho descubierto.

Una granizada de balas saludó esta aparición, y en las filas formáronse grandes claros.

Esta rociada de plomo, que tantos hombres arrojaba al suelo, enardeció al batallón, haciendo que acelerase su furioso galope.

Tras aquella masa de hombres, salió otra del bosque; después siguió otro batallón y al fin toda la brigada cargó a la bayoneta entonando la Marsellesa.

En momentos como aquel, el famoso himno enardecía a los voluntarios, les cegaba hasta el punto de que cayesen heridos, y sin darse cuenta de ello, siguiesen entonando la belicosa canción.

Los tres batallones marchaban al amparo del 10 de Agosto, que presentaba todo su frente al enemigo.

Brillante espectáculo el que ofrecía aquella legión de héroes mandaba por Vadier. Avanzaba enarbolando sobre su ondulante fila de cabezas la bandera tricolor, y si el suelo de la pradera temblaba bajo sus pies, el espacio conmovíase con el inmenso coro de aquella Marsellesa, que cantaba desde el comandante hasta el último tambor.

Vadier, sobre su gran caballo de guerra y con la cabeza descubierta, marchaba el primero agitando su sable en el espacio; el tamborcillo Luis, con un pie descalzo, pues acababa de perder en el bosque el roto zapato, redoblaba sin tregua sobre el parche que una bala había agujereado, y hacía burlescas muecas cada vez que un proyectil zumbaba cerca de sus oídos; y tras el jefe heroico y el tambor alegre y burlesco, corría el batallón sin reparar en los que caían, poseído de la sublime tenacidad que había de dar a Francia la victoria.

Hoche estaba sereno y marchaba entre las balas como en una gran parada; Guzmán, con el valor impetuoso del meridional, gritaba a los soldados y agitaba en el aire su sombrero.

Aquella marcha a través del espacio descubierto, fue rapidísima, a pesar de lo cual muchos hombres quedaron tendidos en la pradera.

El primer batallón tocó por fin las barricadas de troncos, por entre los cuales salía zumbando un terrible estallido de fuego y plomo, y sus filas se desordenaron, estrellándose contra aquel obstáculo, para después saltar por encima de él.

Viose a los voluntarios encaramarse por aquel muro de ásperas y

gigantescas cortezas; el batallón entero no se dio cuenta de cómo salvó el obstáculo; pero lo cierto fue que con su irresistible empuje se halló al otro lado de la barricada ante grandes masas de enemigos, que hacían un fuego horroroso.

No era momento aquel para apreciar la superioridad numérica del enemigo. El batallón iba a morir o a arrollarlo todo, y con las bayonetas bajas, se lanzó sobre las fuerzas prusianas.

Guzmán no supo nunca cómo fue aquello. En la toma de las Tullerías, batiéndose en el hueco de una escalera, se había sentido aturdido e inconsciente; pero en la Cruz de los Bosques, le pareció que todo el combate tenía la vaguedad y el ambiente maravilloso de un ensueño. Lo único que recordó después es que Hoche estaba siempre a su lado, que una vez le libró de la bayoneta de un granadero prusiano y que un pelotón de voluntarios parisienses, en su mayoría jóvenes obreros de los arrabales, que eran flojos para la marcha y carecían de resignación ante la miseria, se batían de un modo maravilloso, paraban con agilidad de mono los golpes del enemigo y encontraban el medio de plantar un bayonetazo en medio del pecho a cualquiera de aquellos gigantazos que pretendían asustar con sus enormes mostachos, con sus casacas blancas y sus descomunales gorras de pelo.

El teniente no podía apreciar cuánto tiempo duraba aquel choque terrible, aquel horroroso revoltijo en el cual se disparaba a quemarropa, saltaba la sangre, cegaba el humo y las bayonetas crujían al agujerear los pechos y romper las costillas con su brutal golpe.

La masa enemiga iba cediendo y cada vez se veían revueltos en ella más uniformes franceses. Era que los otros batallones de la brigada iban asaltando la barrera de troncos.

Guzmán, en una momentánea lucidez que disipó el vértigo sangriento, vio cómo caía de su caballo un joven vestido de blanco. Era el príncipe de Ligne, a quien acababa de matar una bala francesa.

Esto decidió la derrota del enemigo. Los batallones prusianos retiráronse a la desbandada; pero al amparo de los árboles pudieron reorganizarse y siguieron haciendo fuego a una prudente distancia, que lo mismo podía servirles para decidir por completo su retirada, que para iniciar un nuevo ataque si recibían los socorros esperados.

La brigada francesa también necesitaba reponerse de aquel empuje

brioso que había dado y en cuyo choque sufrió tanto quebranto como el enemigo.

Agolpáronse los cuatro batallones en torno de sus banderas y entonces se apreció el estrago que en ellos había producido el asalto de la Cruz de los Bosques.

El batallón del 10 de Agosto era el más quebrantado, como lo es siempre la vanguardia. Había perdido una tercera parte de sus hombres y algunas de sus compañías habíanse quedado sin oficiales.

Por uno de esos caprichos de la suerte, Vadier, que había combatido siempre a caballo, y Guzmán y Hoche, que marchaban a la cabeza del batallón, no tenían herida alguna. Pero al formarse la primera compañía, notábase en ella algo ausente, cuya falta parecía privarla de vida y movimiento. El tamborcillo Luis había desaparecido.

Buscáronle y un voluntario lo encontró a pocos pasos del cadáver del príncipe de Ligne. Su tambor, agujereado como una criba, había rodado por la yerba, y el muchacho estaba tendido de espaldas, con los brazos abiertos, los ojos vidriosos y la boca destrozada como un horrible agujero negro rodeado de coágulos de sangre. Una bala lo había matado, aniquilando aquella boca, siempre llena de canciones y donaires. El granuja de París caía en el eterno sueño junto al joven príncipe educado en el esplendor. La guerra es terriblemente igualitaria.

Mientras tanto los prusianos, en vez de continuar su retirada, manteníanse firmes y redoblaban su fuego.

Vadier y Hoche afirmaban que el enemigo iba a recibir importantísimos socorros, y que si Dumouriez no acudía en auxilio de la brigada, sería imposible mantenerse en la reconquistada posición.

No tardaron en cumplirse sus predicciones.

Clairfayt acababa de saber la derrota de los suyos, junto con la muerte del príncipe de Ligne, y acudía con toda su división, catorce o quince mil hombres, cuyo empuje no podrían sostener ni un minuto aquellos dos mil franceses quebrantados por el anterior asalto.

Aún no habían acabado los cuatro batallones de la brigada de reorganizarse bajo el fuego del enemigo, cuando este avanzó denodadamente con la seguridad que da una victoria segura.

Era que llegaba Clairfayt con sus fuerzas superiores.

Los batallones austríacos y prusianos salían de la espesura y

avanzaban haciendo descargas cerradas. Por todas partes aparecían uniformes obscuros o largas líneas de blancas casacas. Era aquello un torrente de seres humanos, y el bosque no se cansaba de vomitar batallones, que avanzaban formando compacta masa.

La resistencia era imposible, pues la brigada francesa, aun amparándose tras las barricadas de troncos, no valía más que un mísero guijarro ante el enorme peñasco que baja rodando desde lo alto.

Una espesa lluvia de balas caía continuamente sobre la mermada brigada, causándole más víctimas en breves momentos, que todo el combate anteriormente sostenido.

A pesar de esto nadie pensaba en retroceder. Los batallones franceses habían ido allí para reconquistar la Cruz de los Bosques y conservarla. Por esto se proponían morir en aquel punto antes que abandonar la posición.

Pero ante la avalancha brutal y anonadadora no caben heroísmos. Durante algunos minutos los franceses contestaron al creciente fuego del enemigo, esperando con frío valor su embestida; pero esta fue tan terrible, que hizo saltar a la brigada fuera de sus posiciones, esparramándola por el bosque.

Los catorce mil hombres de Clairfayt cargaron a la bayoneta por el frente y los flancos, sobre la posición ocupada por los franceses, y estos en un momento, a pesar de su decisión de morir, viéronse arrollados, acuchillados y huyendo de aquel choque aplastante.

El general Chazot pudo retirarse con una parte de su brigada; pero el resto se desbandó, y sólo algunas compañías del batallón del 10 de Agosto siguieron fieles su bandera.

Los tres pelotones de hombres, que era todo cuanto le quedaba a Vadier de su batallón, viéronse en medio del bosque caminando sin rumbo fijo por entre el ramaje, siguiendo aquella bandera, que caía melancólicamente a lo largo del asta lucía sus colores, y aquel comandante que marchaba a pie, cabizbajo y humillado, llevando de las riendas a su inquieto corcel.

El batallón marchaba con el desorden propio de las tropas derrotadas.

Sin darse cuenta de ello, aquellos valientes, después de sufrir el rudo choque de tantos miles de hombres, se habían visto fuera de sus atrincheramientos, y los oficiales tuvieron que hacer grandes esfuerzos

para impedir la alarma y la dispersión.

Habían visto cómo Chazot se retiraba con las fuerzas restantes emprendiendo el camino que hasta allí les había conducido; pero cuando intentaban reunirse con él, interpúsose un regimiento de granaderos prusianos, y el batallón del 10 de Agosto, para no caer prisionero, hubo de retirarse por el único punto que encontró, o sea, a través del bosque y abriéndose paso por entre el ramaje.

Durante media hora un destacamento enemigo los persiguió haciéndoles fuego; pero la frondosidad del bosque equilibraba la diferencia numérica, los franceses tenían todavía cartuchos y se defendían amparándose de los árboles, por lo que al fin prusiano y austríaco cesaron en la persecución, ya que habían realizado su objeto al ocupar la Cruz de los Bosques.

Cuando el batallón del 10 de Agosto se vio libre de enemigos, Vadier, que era el único conocedor del país, se alarmó al no saber dónde estaba.

El batallón, para librarse de sus perseguidores, valiéndose de todas las ventajas que ofrecía el terreno, había ido de un punto a otro del bosque y ahora hallábase totalmente desorientado.

Reinaba un silencio absoluto bajo aquellas bóvedas de follaje; al estrépito de la lucha había sucedido la calma religiosa de la naturaleza, y toda aquella masa de combatientes quebrantada por la guerra, mirábase con extrañeza y asombro al pasar junto a los arroyos murmurantes y los matorrales floridos, pues aún resonaba en el interior de su cráneo el eco de las descargas, aún estaban impresos en sus ojos los espectáculos sangrientos, y aquellos esplendores de la naturaleza virgen y silenciosa, producíanles el efecto de un ensueño.

Hasta media tarde estuvo vagando el batallón por aquel bosque, que parecía encantado, y en el cual la espesura prolongábase con monotonía infinita, sin dejar el más pequeño claro ni el más leve sendero. Marchaban siempre entre altos matorrales, sobre troncos caídos o profundas capas de humus y hojas secas, en las que se hundían hasta las rodillas, y muchas veces habían de valerse de sus sables para abrirse paso en las espesas redes de ramas entrelazadas.

Por fin a la caída de la tarde encontraron un camino, por el que fueron avanzando con precaución.

Vadier ignoraba dónde se hallaba y cuál era su dirección, y Hoche

decía con su habitual prudencia, que bien podría ser que cayesen en pleno campamento enemigo por salir a la parte opuesta de la selva, que es donde estaba acampado todo el ejército austro-prusiano.

De pronto el rostro de Vadier se animó al examinar los bordes del camino. Veía allí ciertas señales que le eran familiares.

—Conozco esto —dijo a Guzmán que marchaba a su lado—; varias veces he pasado por aquí. Estamos en buen camino. Pronto llegaremos a una pequeña aldea, cuyo nombre no recuerdo, y es posible que allí nos encontremos con alguna avanzada de Dumouriez.

Esta noticia circuló rápidamente por las filas y animó a aquellos voluntarios, que habían pasado todo el día combatiendo o caminando al azar.

Media hora después, al pasar una revuelta del camino, aparecía ante el batallón un grupo de pobres casas, en torno de las cuales reinaba gran agitación y movimiento.

Los campesinos cargaban en sus carros muebles y sacos de grano, como si en sus hogares les amenazase un peligro y tuviesen prisa en huir de ellos.

Al asomar en la revuelta la cabeza del batallón, aumentó la inquietud de aquellas gentes y hasta algunos arrearon sus bestias como para huir; pero cuando apareció la bandera tricolor, entonces paralizóse el movimiento de alarma y toda aquella gente permaneció inmóvil y como asombrada por la presencia de la tropa.

Al llegar a la aldea. Vadier se lo explicó todo oyendo a los campesinos.

Sus noticias no podían ser más desconsoladoras.

Dumouriez había levantado el campo cuatro horas antes, al saber que el enemigo, no sólo era dueño de la Cruz de los Bosques, sino que se había apoderado también del paso llamado la Encina Populosa. Se había retirado hacia Santa Menehould, donde pensaba establecer su campamento, pues era imposible sostenerse tras el bosque del Argonne, del cual eran ya dueños los enemigos. El país quedaba pues a merced de los prusianos, y por esto los campesinos se disponían a huir, temiendo a los terribles destacamentos de húsares, que no tardarían en aparecer.

Estas tristes noticias no tardaron en circular por todo el batallón. Hoche y Guzmán mostrábanse intranquilos y miraban con fijeza el

bosque del que acababan de salir. Vadier hablaba de marchar inmediatamente para alcanzar a Dumouriez; pero los voluntarios no parecían creer en el peligro y se obstinaban en descansar allí unas cuantas horas, prometiendo que reanudarían la marcha al cerrar la noche.

Aquellos hombres no habían comido en todo el día, estaban cansados por una marcha de tantas horas y sentían impulsos de merodeo y de pillaje a la vista de las provisiones amontonadas en los carros de los campesinos.

La derrota y las penalidades de aquel día interminable, habían quebrantado la disciplina, y por esto los voluntarios, sin hacer caso de su jefe y de sus oficiales, esparciéronse por la aldea, haciendo sufrir a los campesinos una parte de los mismos atropellos, que tan funestos hacían a los húsares prusianos.

Pronto quedaron descargadas muchas de las carretas y las marmitas hirvieron al aire libre, mientras que en torno de las hogueras circulaban los vasos de vino, alegrando a aquellos hombres que se olvidaban de la patria, del enemigo y de sus jefes, para pensar únicamente en la cena que iba a resarcirles de todas las fatigas del día.

Mientras el batallón con el estómago desfallecido preparaba la rústica orgía,

Vadier y sus dos amigos permanecían sentados al pie de un árbol, fuera de la aldea, para no autorizar con su presencia los atropellos, hijos de la guerra, y que ellos no podían evitar.

Poco a poco se restableció el orden. Los campesinos parecieron resignarse aceptando aquella calamidad, y algunos de ellos (los que menos habían perdido en el saqueo), fraternizaron con los voluntarios, bebiendo en sus mismos vasos.

La cena adelantaba, y tanto el comandante como Hoche y Guzmán, comenzaban a reconocer que sus subordinados habían obrado lógicamente al negarse a continuar la marcha.

Les amenazaba el peligro de quedar prisioneros; pero esto era incierto, y en cambio resultaba indudable la imposibilidad de continuar la marcha sin aquel descanso. Ellos mismos se sentían fatigados ahora que la quietud había enfriado sus cuerpos, y los tres agradecieron con toda su alma el pan, el jamón y las dos botellas de vino que espontáneamente les presentó una vieja aldeana.

Los habitantes de la aldea no estaban tan tranquilos como los voluntarios. Es verdad que muchos de ellos a la vista de la bandera francesa y de los fusiles puestos en pabellones se creían a seguro y preguntaban con sonriente incredulidad si los húsares se atreverían a aparecer en aquellos contornos; pero otros más cautos, preferían huir del peligro a permanecer allí guardando sus casas, y arreando los tiros de sus carretas, se alejaban perseguidos por las risotadas de los bravucones.

Extendíanse ya las primeras sombras del crepúsculo, y el vecino bosque adquiría un tinte negruzco y sombrío.

Los voluntarios devoraban el ardiente contenido de las marmitas que acababan de ser retiradas del fuego. Los pocos oficiales que existían en el batallón, confundíanse con sus subordinados, pues estaba tan hambrientos como ellos, y únicamente el comandante con sus dos amigos, vigilaban fuera de la aldea.

De repente, en el mismo momento que la luz y la sombra parecen igualarse en el espacio y no se sabe si realmente ha comenzado ya la noche, los tres amigos vieron a la claridad del crepúsculo cómo venían corriendo hacia ellos con aire despavorido, dos muchachos de la aldea, que hasta entonces habían estado husmeando el bosque llevados de una oficiosidad infantil.

—¡Los húsares! ¡Ya están ahí los húsares! —gritaban sin dejar de correr, agitando sus brazos para llamar más pronto la atención del grupo de oficiales.

Los tres amigos, agitados por la sorpresa, saltaron y se vieron en pie con el sable en la mano.

—¡A las armas! ¡Patriotas, a las armas!

Y los tres, corriendo y gritando imperiosamente entre sus subordinados, consiguieron que en menos de un minuto cambiase todo de aspecto.

Pareció entonces la aldea la cubierta de un buque que ve aproximarse rápidamente un terrible peligro, y cuya tripulación maniobra con la rapidez del que le va la vida en ello.

Todo ocurrió como por obra mágica. Los voluntarios corrieron a las armas, y en confuso pelotón salieron fuera de la aldea, no sin que algunos se cuidasen de dar una patada a las marmitas, todavía llenas, arrojándolas en las humeantes hogueras, para que la comida se consumiera y no

pudiera aprovecharla el enemigo.

El batallón formó una sólida masa, obstruyendo la entrada de la aldea, y allí quedó inmóvil como si todo él constituyera un solo cuerpo.

Los voluntarios, con el dedo en la llave del fusil y la bayoneta hacia delante, escuchaban tan atentamente, que en el tétrico silencio que había sucedido al estrépito anterior, no se oían sus respiraciones.

La atención de todos estaba fija en aquel bosque, mudo y sombrío como una esfinge.

Pasaron algunos minutos sin que rumor alguno turbara la calma del crepúsculo, que parecía tener a la naturaleza en suspenso; pero poco a poco todo aquel pelotón de hombres fue percibiendo un ruido, que crecía y se aproximaba, siendo primero un rumor como el del follaje y después un estremecimiento del suelo, un traqueteo gigantesco, algo que hacía pensar en el galope desenfrenado de una manada de toros a través de la selva.

Vadier mostrábase inquieto y cambiaba con Hoche, que estaba al lado de su caballo, significativas miradas.

Aquel enemigo oculto y ruidoso debía ser imponente por el número.

Los dos oficiales tenían la seguridad de que el galope era producido por varios escuadrones de caballería y acariciaban como una circunstancia feliz, la esperanza de que tantos jinetes marcharan solos sin el apoyo de algunos batallones de infantería.

Si eran una descubierta de caballería aún podían salvarse, pero si lo que se aproximaba era la avanzada del ejército aliado que iba en seguimiento de Dumouriez, el batallón estaba perdido.

Vadier mostrábase cada vez más inquieto. Conocía el estado de sus voluntarios mejor que ellos. Sabía que el que más llena tenía su cartuchera, no contaba con más de una docena de tiros, y que muchos de sus subordinados no disponían de otro medio de defensa que la bayoneta.

El batallón, adivinando que el enemigo que se aproximaba consistía en fuerzas de caballería, habíase apelotonado en torno de la bandera y del comandante, que acababa de montar en su brioso corcel, el cual relinchaba belicosamente como si la proximidad del enemigo oculto despertase en él fieros instintos.

Por fin, a la luz crepuscular viose aparecer en la revuelta del camino un pelotón de negros jinetes que avanzaban al galope, y tras ellos fueron

surgiendo a la vista de los voluntarios filas y más filas de hombres a caballo, con negros uniformes y agitando sus sables en el espacio al mismo tiempo que proferían agudos gritos para enardecer a sus cabalgaduras.

Los muchachos que dieron el aviso habían visto bien.

Húsares eran los que se aproximaban. Vadier los conocía por su uniforme: pero eran húsares de la Muerte, de los que peor fama tenían, soldados soeces y feroces que ostentaban con orgullo los cráneos y demás atributos fúnebres que adornaban sus uniformes y las escarcelas de sus sables; milicia brutal, en fin, que se complacía en dejar tras de su paso incendios y robos, asesinatos y violaciones.

Su aspecto intimidaba. Eran dos escuadrones los que acababan de pararse repentinamente en medio del camino al divisar a aquel batallón a la defensiva, y la altura de sus caballos, los enormes chacos que contribuían a hacer más gigantesca la estatura de los jinetes y los enormes bigotazos que cruzaban unas caras patibularias con ojos feroces y surcadas por innumerables cicatrices, hacían pensar en una legión de centauros evocada por los genios del bosque para arrojarla sobre aquel puñado de destrozados franceses.

La sorpresa había podido más que la ferocidad de los húsares. Acababan de saber que Dumouriez se había retirado algunas horas antes, y al avanzar ellos con el descuido y la confianza del que ha de encontrar libre el terreno, tropezaban con aquella fuerza que les esperaba confiadamente a la defensiva.

En el primer instante creyeron los húsares haber caído en una emboscada y notóse en ellos alguna confusión, pero a la mirada de sus jefes no se escapó el aspecto desalentado y fatigoso de aquellas mermadas fuerzas, adivinando que era algún cuerpo de rezagados que acababan de verse sorprendidos por el avance de los húsares.

La confianza restablecióse en los dos escuadrones, el jefe de la descubierta pensó en la gloria que alcanzaría batiendo aquel cuerpo de desharrapados y apoderándose de su bandera sin necesidad de pedir auxilio a la infantería prusiana, que aún estaba en sus campamentos, y la orden de cargar dada con bárbaras voces alemanas, resonó en aquel silencio, que tenía algo de tétrico.

Los dos escuadrones pasaron con un solo salto de la inmovilidad

absoluta a la más desenfrenada de las carreras.

Los caballos parecían prolongarse sobre sus cuatro remos, que se ponían horizontales, y los jinetes inclinábanse sobre el tendido cuello adelantando su sable para acuchillar a aquella masa de andrajosos que les aguardaba a pie firme.

Era terrible el torbellino de hombres y caballos, de herraduras y de sables, de rostros feroces y hocicos humeantes, que haciendo temblar el suelo avanzaba como un vértigo tempestuoso.

Los voluntarios estaban intranquilos, pero todos permanecían inmóviles, como si sus pies hubieran arraigado en el suelo.

Guzmán se hallaba en primera fila con el sable desenvainado y una pistola en la mano izquierda. Miraba sin pestañear la avalancha de hierro que venía sobre ellos, y gritaba a sus soldados al mismo tiempo que Vadier daba la misma orden:

—No tiréis aún. Haced fuego cuando los tengamos encima. Que no se pierda ni un tiro. Vamos a escarmentar a esos panduros.

Y los voluntarios apuntaban con impasible fijeza a la primera fila de la caballería, mientras que los que no tenían cartuchos, estremecíanse nerviosamente con la bayoneta preparada para hundirla en la viviente avalancha.

Llegó el terrible momento del choque. Las patas delanteras de la primera fila de caballos rozaban ya a los voluntarios más avanzados del batallón, cuando sonó el horrendo trueno de una descarga cerrada y hombres y cabalgaduras rodaron por el suelo.

La descarga fue certera. Más de veinte húsares voltearon por tierra o quedaron oprimidos bajo el peso de sus muertos caballos, mientras los que venían detrás, repelidos por los que caían y con los corceles asustados por la descarga a quemarropa, confundíanse y se desbandaban frustrando una carga tan briosa.

Entonces comenzó una serie de combates parciales y de ataques aislados por parte de los pelotones de húsares, que al ser rechazados se agrupaban para volver a la carga.

También el batallón francés experimentaba grandes pérdidas. Los húsares, con sus ligeros caballos que manejaban con la mayor facilidad y despreciando el fuego graneado de la compacta masa, corrían a lo largo de ella, arrojábanse sobre aquellos que estaban ocupados en cargar su

fusil, y sus terribles sables herían a los voluntarios, de los cuales yacían algunos exánimes en el suelo.

El combate proseguía empeñado, sin que los húsares volviesen grupas más que para volver a cargar, ni los voluntarios pensasen retroceder un solo paso.

Mientras los de la primera fila, en la cual estaba Guzmán, rechazaban a bayonetazos a los audaces húsares, los demás voluntarios habían cargado nuevamente sus fusiles y esperaban la orden del comandante para hacer una segunda descarga cerrada.

La oportunidad no tardó en presentarse. La mayoría de los húsares, atraída por las voces de sus jefes, habíanse formado otra vez en masa, y como un colosal martillo, iba a caer sobre aquel grupo de hombres quebrantado por los numerosos incidentes de un día tan penoso.

Al recibir el huracán de plomo que el batallón despidió por todas partes, la masa de caballos alborotóse, muchos jinetes cayeron al suelo sin herida alguna y todo el grupo se desbandó, huyendo algunos húsares sin poder contener a sus asustados caballos.

En aquel instante una temeridad de Guzmán decidió el éxito del combate, apresurando su terminación. Con la revuelta cabellera al viento, pues su sombrero lo había arrebatado el sablazo de un húsar, Guzmán lanzóse fuera de las filas agitando su espada y gritando a los voluntarios:

—Adelante, patriotas. ¡Viva la nación! Acuchillemos a los panduros antes de que vuelvan a reunirse.

Las primeras filas le siguieron y después todo el batallón.

Los jinetes, aislados o en pequeños grupos, aturdidos todavía por el desorden de la última carga frustrada, no pudieron resistir a aquellos pelotones que con la bayoneta o con disparos sueltos les perseguían y les acosaban saliéndoles al paso por todas partes.

Algunos húsares que intentaron resistirse, cayeron inmediatamente, y al fin los dos escuadrones desordenados sintiéronse poseídos por un pánico contagioso y unos tras otros huyeron a la desbandada por el camino del bosque.

Cuando la aldea quedó libre de enemigos, comenzaron a asomar en puertas y balcones los pálidos y asustados rostros de los campesinos, mirando con admiración a aquellos soldados andrajosos que hacían huir a los terribles húsares de la muerte.

La admiración comenzaba a manifestarse con ofrecimientos de vino, y Vadier, temiendo a sus voluntarios, a quienes el continuo peligro hacía confiados en extremo, ordenó con acento enérgico la inmediata marcha del batallón, manifestando los peligros que correría permaneciendo allí media hora más. Los húsares iban galopando hacia el campamento de los aliados e inmediatamente supiesen lo ocurrido el duque de Brunswich o el rey de Prusia, enviarían allí dos o tres regimientos de infantería, que en unos cuantos minutos darían buena cuenta del mermado batallón.

Esta vez las palabras del jefe produjeron efecto, pues la reciente victoria había reforzado la disciplina, y todo el batallón emprendió la marcha silenciosa y resignada con su triste suerte, que le hacía ir de un punto a otro, como el judío errante, sin encontrar el reposo que tanto necesitaba.

Al mismo tiempo, los asustados campesinos evacuaban la aldea en masa, prefiriendo dejar sus viviendas a merced del pillaje y del saqueo a esperar resignados la vuelta de los vengativos húsares.

El batallón, a pesar de su cansancio y de las dos carretas que escoltaba, en las cuales iban los heridos, marchaba con bastante rapidez, pues la idea de que toda una brigada podía estar a aquellas horas en su persecución, prestábale nuevas fuerzas para resistir tanta fatiga.

La noche fue obscurísima y el camino difícil, a pesar de que Vadier conocía bastante la comarca.

Lo que anhelaban, tanto él como Hoche, era llegar cuanto antes al Biornne y pasar este río, dejándolo como barrera infranqueable entre ellos y los enemigos, que seguramente habían salido en su seguimiento.

Los dos jóvenes oficiales, con su instinto que nunca les engañaba, adivinaban que todo un regimiento de húsares debía haber salido en su persecución ansiando vengar el anterior desastre.

Los húsares prusianos eran aficionados a los ataques nocturnos, y Vadier se estremecía pensando en una acometida furiosa de aquellos jinetes en medio de las sombras y en aquel terreno llano que atravesaba el batallón. Si sus perseguidores les alcanzaban antes de llegar al río, el exterminio de los voluntarios sería tarea de pocos minutos.

Por eso cuando a media noche llegó el batallón a las riberas del Biornne, Vadier se consideró salvado.

Por desgracia, Dumouriez en su retirada, había dejado en la ribera

opuesta dos lanchones para el paso del río, y se perdió más de una hora mientras algunos voluntarios a nado iban a la otra orilla y la exploraban en busca de una barcaza.

Aquella hora fue para los tres amigos de mortal inquietud. Avanzaban el oído, pegábanlo algunas veces al suelo para escuchar, y aunque nada turbaba el silencio nocturno, no por esto se tranquilizaban. Cada vez estaban más convencidos de que les perseguían.

Por fin, los nadadores volvieron con un lanchón que habían apresado en la ribera opuesta a media hora de allí, y comenzó el paso del batallón por el río. Primero verificose el viaje más penoso y difícil, o sea, el trasladar las dos carretas llenas de heridos.

Estaba la barca descargando los vehículos en la orilla opuesta y el batallón aguardaba sobre las armas que le llegase su turno, cuando Hoche que estaba a retaguardia con Vadier y Guzmán, se estremeció y dijo en voz baja a sus amigos:

—Oíd; creo que ya están ahí.

Escucharon los tres con atención procurando no alarmar a sus soldados, y percibieron a lo lejos un rumor semejante al que pudiera producir un torrente despeñándose allá en el límite del horizonte.

Hoche no se engañaba, pues sus dos amigos reconocieron que aquel ruido era el del galope desenfrenado de un gran cuerpo de caballería que quiere alcanzar a un enemigo, aunque reviente las cabalgaduras.

Los húsares estaban lejos, pues había que tener en cuenta el silencio de la noche, que despierta los ecos y agranda los ruidos.

Vadier calculaba que los escuadrones enemigos tardarían un cuarto de hora en alcanzarles, pero al ver todo su batallón en la orilla peligrosa, y considerar la anchura del río, sentía aumentar su inquietud.

Guzmán, arrastrado por la vehemencia de su carácter, corrió a la ribera.

La barca había acabado de descargar las carretas de heridos y cruzaba el río con lentitud evitando la corriente.

—Más aprisa, ciudadanos —gritó a los remeros—. Bogad de firme, pues no es prudente el permanecer aquí mucho tiempo.

Los de la barca parecieron obedecer la orden, pero aun así tardó algunos minutos en llegar a la orilla.

Necesitábanse dos viajes para hacer pasar a todo el batallón.

Algunos voluntarios, los más astutos o de oído más fino, que habían percibido aquel rumor y callado por no sembrar el desorden, abalanzáronse a la barca atropellando a sus compañeros con ese cobarde egoísmo propio de hombres que han pasado todo un día librándose de la muerte y que en el último instante de peligro, no queriendo perderse, olvidan el compañerismo.

La barca se llenó de tal modo, que los hombres iban materialmente amontonados sobre ella y algunos con las piernas fuera de la borda hacían milagros de equilibrio para no caer en el agua. Tan excesiva era la carga, que el lanchón no sobresalía sobre el río más allá de un palmo y a cada golpe de los remeros parecía que iba a zozobrar en su lenta marcha.

En la orilla sólo quedaron el comandante y sus dos amigos con menos de un centenar de hombres, que eran los buenos muchachos del batallón, los patriotas sencillos e inocentes que tenían gran confianza en Vadier y mientras le veían a él en tierra no tenían prisa en embarcarse.

Miraban cómo el lanchón, erizado de bayonetas, delizábase cual un monstruo de lomo plateado sobre la negra superficie del río, pero mientras tanto, crecía de tal modo el gigantesco rumor y se distinguía tan claramente el golpetear de las herraduras y la vibración de los sables, que todos ellos volvieron su cabeza hacia las negras llanuras que tenían detrás, justamente cuando ya la barcaza estaba atracando en la orilla opuesta.

La inquietud de sus jefes les dio a entender la gravedad del peligro.

—¿Qué es eso, comandante? —preguntaron algunos de ellos con temblorosa inquietud.

—Los húsares, amigos míos —dijo Vadier con voz fría e impasible.

Y al notar la mirada de desesperación que aquellos hombres dirigían a la orilla opuesta, continuó el comandante:

—Alguien debía quedarse aquí para que pasasen los demás compañeros, y sobre todo los heridos. Vuestra suerte ha querido que os quedarais en esta orilla al lado de vuestros jefes. Tomad ejemplo de nosotros tres, que podíamos habernos embarcado los primeros y seremos los últimos en abandonar esta ribera. No debéis desesperar tanto. Los húsares llegarán dentro de unos minutos, pero es posible que antes llegue la barcaza y podamos pasar a la otra orilla con felicidad. ¿Lleváis cartuchos?

Todos los voluntarios contestaron con idéntico silencio y levantando los hombros. Sus cartucheras estaban vacías.

—Pues entonces, hermanos míos —dijo Vadier con voz que pretendía ser tranquila, pero que vibraba con los temblores de la emoción—: entonces valeos de las bayonetas. Confiemos en Dios si es que quiere apiadarse de nosotros.

El pelotón de voluntarios, arrastrado por el instinto, en vez de volver la cara a aquel enemigo que con tanto estrépito se aproximaba a través de la sombra, avanzó hacia el río como si impulsado por el terror pretendiese pasarlo a nado. Hoche les cerraba el paso extendiendo su espada.

—Atrás, desgraciados; si os arrojáis al río moriréis seguramente. Presentad la cara al enemigo: eso es más digno y más seguro. Ahora mismo llegará la barca.

Mientras tanto, Vadier gritaba a los remeros:

—¡Bogad aprisa! ¡En nombre de la patria! ¡Venid a salvar a vuestros compañeros!

Los remeros, después de haber descargado en la orilla opuesta su cargamento de hombres, hacían esfuerzos por repasar el río con la mayor prontitud, y la barca hallábase ya casi en el centro del río.

No por eso había pasado el peligro.

Los húsares estaban ya cerca de ellos. Guzmán, en vez de aproximarse al río, permanecía plantado en medio del camino ejerciendo una inútil vigilancia.

Escuchábanse ya claramente las voces de los soldados que gritaban ininteligibles palabras alemanas. Sin duda las voces de Vadier a los de la barca, habían advertido a los húsares la presencia de los que perseguían y por esto sonaba más acelerado aquel galope, que parecía un interminable y creciente trueno.

—¡Ya están aquí! —gritaba el español con la rabia de la desesperación al ver el aturdimiento de los voluntarios—. ¡Truenos y rayos!, no volváis la cara, ¡cobardes!, ¡malos patriotas! No os dejéis acuchillar por los panduros. Presentad las bayonetas.

E insultaba y apaleaba con su sable a los que miraban al río pensando más en la barca que en los húsares.

De este modo consiguió que los voluntarios se agrupasen en actitud

de recibir aquella furiosa carga, que se aproximaba en la obscuridad.

Surgieron de la sombra indecisos e impetuosos como gigantescos espectros los primeros jinetes del regimiento, arrojándose sobre el pelotón de voluntarios al mismo tiempo que algunos fogonazos rasgaban la negrura del espacio. Los oficiales acababan de disparar sus pistolas, así como unos cuantos voluntarios habían empleado algún cartucho encontrado en el fondo de sus bolsas.

A la rojiza luz de los disparos viose la barcaza que atracaba.

Esto acabó con aquella desesperada defensa. El montón de voluntarios, impulsado por el deseo de salvarse y arrollado y revuelto por la carga de los húsares, abalanzóse al río luchando cada uno por pasar delante del compañero y formando una confusa aglomeración, un hormiguero ruidoso en torno de la barca.

Los fusiles eran abandonados para valerse mejor de los brazos, y los hombres se dejaban acuchillar sin volver la cabeza ni indignarse por las brutales carcajadas de aquellos centauros que, dando tajos a mansalva, se vengaban de su anterior derrota.

La horrible escena duró menos de un minuto y pareció un siglo a aquellos desesperados. Desembocaban en la ribera esparciéndose por ella, jinetes y más jinetes, como si las sombras no se cansasen de vomitar enemigos.

Los voluntarios luchaban a brazo partido para abrirse paso, abandonando sus armas, y algunos de ellos caían al agua y desaparecían sorbidos por la densa obscuridad.

Los húsares se atropellaban agolpándose todos en el lugar donde estaba atracada la barcaza y se agitaban los franceses.

Por fortuna, aquella escena fue rápida, y cuando los húsares comenzaban a encontrar más divertido el acuchillar a los fugitivos, el lanchón, con un violento empuje de los remeros, se despegó de la orilla entrándose en el río.

Los jinetes dieron un alarido de rabia, y muchos de ellos, ciegos por el deseo de venganza, arrojáronse al agua y sus caballos fueron nadando penosamente en torno de la barca, esforzándose los húsares en alcanzar a los fugitivos con sus estocadas, mientras estos, ya más serenos, contestábanles a bayonetazos o a golpes de remo.

Brilló en la orilla opuesta una llamarada horizontal, y retumbó el

estampido de una descarga.

Era que el batallón, perdido ya el miedo de herir a sus propios compañeros, hacía fuego contra los tenaces húsares que pretendían vadear el río. Muchos de ellos cayeron para ser arrastrados por la corriente y el resto volvió a incorporarse al regimiento formado en la orilla y furioso por aquel retraso de minutos que le había impedido exterminar a todo el batallón.

Los escuadrones, envainando sus sables, habían descolgado los mosquetes y disparaban contra la barca y la orilla opuesta, desde la cual contestaban los voluntarios con certeros disparos.

Estaba la barcaza en el centro del río, cuando los hombres que iban en ella comenzaron a reponerse del pánico y el desorden.

Se contaron. Unos veinte faltaban. Habían caído bajo los sables de los húsares o en aquel momento agonizaban entre dos aguas volteados por la corriente.

Vadier estaba en la proa tentándose un hombro, en el que había recibido una cuchillada de poca gravedad a causa de que el sable enemigo había perdido su fuerza partiendo la gruesa charretera. El destino de sus amigos le inquietaba más que su herida y les llamó a gritos.

—¡Presente! —contestó la voz tranquila y fría de Hoche desde el centro de la barca.

—¡Aquí estoy! —gritó Guzmán, que iba sentado a popa, con las piernas colgando fuera de la barca y rozando con sus botas la superficie del río.

Había saltado a la barca en el preciso momento que esta se arrancaba de la orilla y ahora ocupábase en cargar sus pistolas para disparar otra vez contra los húsares.

El puñado de hombres que salvaba la embarcación fue recibido con un aplauso en la orilla opuesta.

Vadier hizo formar inmediatamente al batallón, montó en su caballo, que había pasado con las carretas, y emprendieron todos la marcha burlándose de los húsares, que ciegos de coraje, seguían fusilando los árboles y las piedras de la opuesta orilla.

Los voluntarios caminaron toda la noche como unos sonámbulos, insensibles ya al cansancio y al sueño.

Al fin de la noche, cuando en el sombrío horizonte comenzaba a abrirse una ligera y blanquecina hendidura, la cabeza del batallón detúvose al oír que de unos matorrales lejanos salía una voz vibrante que gritaba ¡quién vive!, en francés.

Un estremecimiento de alegría recorrió todo el batallón. Por fin estaban en salvo.

Acababan de llegar a las inmediaciones de Santa Menehould, donde Dumouriez había establecido su campamento.

VII.- LA PRIMERA VICTORIA

La historia de las aventuras y padecimientos del batallón del 10 de Agosto, circuló por el campamento de Santa Menehould al día siguiente, siendo vivamente comentada.

El rincón del campamento donde se había establecido aquel puñado de hombres, era visitado por todo el ejército, y los oficiales admiraban a Vadier y a sus dos amigos como héroes dignos de la gloria.

Resultaba algo milagrosa y extraordinaria la salvación de aquel cuerpo que, cortado por el enemigo, separado del ejército francés, sin víveres y casi sin municiones, había caminado a la ventura por un país del que eran ya dueños los aliados, consiguiendo después de marchas penosísimas ponerse en salvo, no sin antes derrotar a los húsares enemigos.

El general Miranda, al incorporársele la derrotada brigada de Chazot, había dado por perdido el batallón del 10 de Agosto, y por esto, tanto él como Dumouriez experimentaron gran asombro ante la aparición de aquel grupo de hombres que volvían fatigados y perseguidos, pero conservando su bandera y dando a entender que en su retirada a través del enemigo se habían defendido heroicamente.

Dumouriez, con su afición a los golpes de efecto que tanto enardecían al soldado, hizo formar al batallón del 10 de Agosto, y se presentó ante él a caballo, seguido de su Estado Mayor, para arengar a aquellos valientes y decir arrastrado por el clasicismo en moda, que la retirada dirigida por Vadier valía en pequeño tanto como la de Jenofonte.

Las recompensas no se hicieron esperar. Vadier siguió al frente del batallón, sin duda porque como decía Dumouriez, el premio que le esperaba era tan grande, que no podía concederse inmediatamente; pero Hoche fue ascendido a comandante, y Guzmán, hecho capitán, pasó a

mandar la primera compañía.

Estos honores entristecieron algo a los tres amigos. Hoche por su nuevo grado debía encargarse del mando de un batallón de voluntarios que acababa de llegar del campamento de Chalons y mostrábase melancólico al pensar que había de separarse de sus dos amigos. Pero estos sabían que la guerra era el único porvenir del sobrino de la frutera de Versalles, y con el deseo de hacerle adelantar en su carrera, a pesar de que les apenaba la cruel separación, insistieron mucho a fin de que Lázaro Hoche aceptase aquel mando.

Quedaron solos en el batallón Vadier y Guzmán, y los días que el ejército permaneció inactivo en el campamento de Santa Menehould, empleáronlos en reorganizar aquel cuerpo, tan falto de oficiales como de soldados.

Los voluntarios llegados del campamento de Chalons nutrieron las compañías, al frente de las cuales estaban veteranos de la antigua guardia francesa o jóvenes oficiales de la milicia nacional de los departamentos.

El 20 de septiembre verificose por fin el encuentro decisivo del ejército de los aliados con el francés.

Dumouriez, que estaba algo intranquilo en vista de la superioridad numérica que tenían los enemigos, experimentó gran satisfacción cuando en la víspera se le incorporó el general Kellermann, que venía del campamento de Frascati al frente de veinte mil hombres.

El ejército francés, que con este refuerzo ascendía a cincuenta y tres mil combatientes, tomó posiciones para la batalla.

Dumouriez, con el grueso de las tropas, colocóse en una meseta guardada a un lado por la corriente del Aisne y al otro por unas praderas pantanosas, y Kellermann, con su ejército, formó en un promontorio o línea avanzada que se extendía hasta la altura del molino de Valmy, edificio ruinoso y agrietado, con grandes aspas movedizas al viento y cuyo nombre hizo célebre el éxito de la batalla.

El terreno donde esta iba a verificarse tenía su fama, pues allí mismo, trece siglos antes, otros pueblos habían resuelto sus futuros destinos por medio de la destrucción y del degüello. La tierra sobre la cual iban a encontrarse y a chocar por primera vez el despotismo europeo y la joven Revolución, era la de los mismos Campos Cataláunicos, donde en el siglo quinto Atila; después de su vértigo de destrucción, que le hizo

correr media Europa, había sido vencido con sus quinientos mil bárbaros, matándose por no sobrevivir a tan espantosa derrota.

En el campamento de los aliados reinaba una fatal indecisión. El duque de Brunswich, a pesar de su fama de caudillo, dudaba en atacar a los franceses; pero el rey de Prusia, vehemente y deseoso de alcanzar una victoria, ordenó rotundamente el ataque.

Kellermann había colocado casi toda la artillería francesa en torno del molino de Valmy y los prusianos hicieron avanzar cincuenta y ocho cañones para disparar sobre dicha posición.

Una densa niebla ocultó a los dos ejércitos hasta las siete de la mañana, hora en que aquel blanco velo se corrió como un telón de teatro, dejando a la vista los campos bañados por el sol y los ejércitos, cuyas armas brillaban como ascuas de fuego.

Vibró inmediatamente el espacio, surgieron llamaradas del frente de los dos ejércitos y el eco de los valles repitió hasta lo infinito el estrépito de un cañoneo feroz, tenaz e interminable, que convirtió la batalla en un duelo de artillería.

En el campo de los aliados y alejado un poco del Estado Mayor del rey de Prusia, un hombre sin uniforme militar, pie en tierra y con las riendas de su caballo pasadas a través del brazo, examinaba el grandioso espectáculo de la batalla, apuntando de vez en cuando sus impresiones en un cuaderno.

Vestía a la moda de los elegantes prusianos, su faz tenía la expresión augusta de los grandes reyes nacidos en el poder o de los genios que encuentran siempre libre la entrada en la belleza infinita, y su frente olímpica, coronada por un mechón de ensortijados cabellos, parecía envuelta en misteriosa claridad.

Estudiaba los efectos morales del cañoneo, que oía por primera vez, y escribía con lápiz en su cuaderno:

"Es un ruido extraño que parece compuesto del zumbido del trompo, del murmullo de las ondas y del silbido de las aves. Por grados se experimenta una sensación extraordinaria que sólo puede expresarse por medio de una comparación. Es como si estuvieras en un lugar calurosísimo, cuyo calor te penetrase por todas partes, haciéndote sentir que te encuentras perfectamente en armonía con el elemento que te

rodea. La vista nada pierde en fuerza y claridad; pero parece que cada objeto se vuelve rojo obscuro, lo cual hace más viva su impresión."

El hombre que esto escribía, encerraba en su cráneo la gloria de Alemania.

Llamábase Goethe, y justamente en aquellas circunstancias, siguiendo en calidad de curioso al Estado Mayor del rey de Prusia, meditaba su ***Fausto***, la obra gigantesca que había de hacer inmortal su nombre. Tal vez había dormido la noche anterior bajo la tendida lona rodeado de groseros combatientes, pensando en su Margarita, en aquella creación ideal que divinizaba a la muchacha popular, ignorante, crédula y sencilla.

Ninguna parte tomaba en la batalla: iba allí como poeta, en busca de horizontes nuevos, de sensaciones raras, y sin embargo, él era el único que comprendía la verdadera importancia de aquel combate, y por la noche, al terminar la jornada, decía a los ayudantes del rey de Prusia:

—De este lugar y de este día, data una nueva era en la historia del mundo.

Cuando la batalla se formalizó y la infantería entró en fuego, apoyando aquel duelo a cañonazos, el duque de Brunswich sonriose con tristeza al ver con qué rigurosidad se cumplían sus vaticinios. En el cuartel general del soberano de

Prusia, criticaban al duque por la exagerada importancia que concedía al ejército francés. Aquellos batallones de voluntarios, pillería recogida en las tabernas y en los clubs, según decían desdeñosamente los aristócratas del ejército prusiano, no podían sufrir comparación con los regimientos austriacos, erguidos y belicosos dentro de sus casacas blancas, ostentando con fiereza sus erizados mostachos, o con los granaderos del gran Federico, que evolucionaban como piezas de ajedrez, asustando con su colosal estatura y aquel rostro erguido por el corbatín de hierro y surcado por las cicatrices que dejaban las carreras de baquetas y la vara del cabo instructor.

No, de ningún modo; era imposible que tales gavillas de descamisados pudiesen resistir a los mejores ejércitos de Europa, a aquellos soldados que llevaban veinte años de servicio, y estaban tan endurecidos por los palos de sus jefes, como por los combates, y sin

embargo, apenas se inició la batalla, vieron con asombro los oficiales alemanes y austríacos que Brunswich no se había equivocado y que a los franceses les bastaba el entusiasmo para convertirse en guerreros.

Los batallones de voluntarios que tenía Kellermann en Valmy, aquellos hombres poco amigos de la disciplina, que cuando estaban inactivos preocupaban a Dumouriez por su insubordinación, ahora en el momento de peligro batíanse como veteranos, y sin cesar de hacer fuego, burlábanse de los regimientos alemanes, que eran tomados como modelo por toda Europa.

La pillería de París crecíase en el combate hasta tomar proporciones heroicas.

Brunswich desde una altura examinaba con el anteojo las posiciones del enemigo, y no pudo contener una exclamación de asombro al ver que en lo más recio del cañoneo, la caballería francesa estaba aún pie a tierra, mientras sus caballos, sin embridar todavía, comían heno.

—Mirad, señores —dijo el duque a sus oficiales—. Mirad con qué tropas nos las habernos. Aguardan con calma que estemos sobre ellas para entonces montar a caballo y acometernos.

Si grande era la heroica confianza de aquel ejército de patriotas, no resultaba menos su valor.

La batalla habíase concentrado en la altura del molino de Valmy, coronada continuamente de truenos y relámpagos. Las baterías francesas dirigían certeros disparos a las masas enemigas, y los batallones de voluntarios, con la rodilla en tierra y la abierta cartuchera delante, hacían un terrible fuego graneado contra las avanzadas prusianas.

En aquella altura, a la que apuntaban todas las baterías enemigas, existía una aglomeración monstruosa de hombres, confundidos y revueltos con los caballos de la artillería.

El cuerpo de ejército de Kellermann había sido reforzado con algunos batallones de voluntarios y uno de estos era el del 10 de Agosto, que estaba en primer término frente al enemigo en el declive de aquella colina, maltratada continuamente por las granadas prusianas, que abrían anchos surcos y levantaban rojizas nubes de polvo.

El combate iba resultando monótono al quedar reducido a la artillería, mas no por esto era menos destructor. Caían las granadas prusianas sobre aquellas masas de hombres, y al estallar abrían grandes claros, viéndose

entre las nubes de humo, negros objetos que saltaban con rápido impulso y que eran cuerpos destrozados, jirones de vida humana hechos trizas por el rugiente hierro.

A pesar de la continua y horrible destrucción, el pavor no se apoderaba de los batallones de bisoños, y todos aquellos patriotas, con la vista fija en el enemigo, no llegaban a apercibirse de lo que ocurría cerca de ellos.

Los claros que abrían las granadas enemigas, eran llenados inmediatamente por nuevos batallones de reserva que hasta entonces habían permanecido alejados del combate devorados por la impaciencia.

La meseta de Valmy era pequeña para tanta gente, y sólo la mitad del cuerpo de ejército mandado por Kellermann podía entrar en fuego.

Guzmán, detrás de su compañía, que desplegada en larga línea y con la rodilla en el suelo disparaba desde la ladera de Valmy, contemplaba fijamente las obscuras masas del ejército prusiano, que hacían un fuego horroroso sin abandonar sus posiciones. Algunas veces volvía su cabeza a lo alto y veía en torno del molino de Valmy otros batallones arrodillados como el suyo, haciendo un fuego incesante y con sus oficiales a la espalda, erguidos, serenos, como despreciando las balas enemigas, y veía también a los artilleros, agitados, sudorosos por la fiebre de la destrucción, empujando con sus brazos arremangados el mango del escobillón o del atacador por las negras bocas de las piezas, limpiar estas apresuradamente y disparar con tanta vehemencia, que parecía como que su alma seguía al proyectil por el espacio para comunicarle nueva fuerza y hacer que cayese como una exhalación sobre el campo prusiano.

Los conductores de las piezas, montados en sus robustos caballos, inmóviles de cara al enemigo, y los generales y oficiales de Estado Mayor quietos sobre sus cabalgaduras en las inmediaciones del molino de Valmy, parecían al ser vistos desde donde estaba Guzmán, figurillas de tinta china, cuyo contorno borroso destacábase débilmente sobre aquel cielo empañado por la neblina rojiza de la pólvora.

El estrépito de la destrucción crecía por instantes. Parecía que dos tempestades monstruosas se habían encontrado sobre aquellos campos y que se empujaban y repelían con horrísono acompañamiento de truenos y exhalaciones.

Había pasado tanto tiempo desde que sonaron los primeros cañonazos, que Guzmán no sabía con certeza qué hora pudiese ser. Su razón estaba embrollada, como ocurre siempre en los combates, y tan pronto pensaba que sólo habría pasado una media hora, como creía que habrían llegado ya a las primeras horas de la tarde.

Su reloj estaba parado y avanzó algunos pasos en busca de Vadier para que le enseñase el suyo.

En el mismo instante que los dos amigos se inclinaban sobre la pequeña esfera, viendo que eran las diez de la mañana, estalló allá arriba sobre la meseta de Valmy un trueno horroroso, y entre los torbellinos de negro humo, saltó una erupción de piedras, tierra y miembros destrozados, lluvia terrible que después de remontarse por el espacio, cayó en las laderas llegando hasta donde estaba el batallón de Guzmán.

Era que dos granadas prusianas acababan de incendiar algunos cajones de municiones amontonados cerca del molino.

Kellermann, que estaba cerca, cayó al suelo con el caballo muerto, pero sin recibir él ninguna herida, y algunos oficiales de su escolta, así como muchos voluntarios, quedaron destrozados por aquel metrallazo casual y monstruoso, que surgiendo del mismo seno del ejército francés, barrió una parte de la meseta.

El horrendo trueno y el gigantesco penacho de humo, que por algunos minutos coronó la altura de Valmy, dieron a entender en el campamento prusiano lo que ocurría. El rey de Prusia, que deseaba intentar un movimiento decisivo, creyó llegada la ocasión oportuna y ordenó a su infantería el asalto del molino.

Viose entonces a la obscura masa fraccionarse, subdividirse, perfilarse, formando tres negros grupos, que poco a poco se fueron prolongando, adelgazándose hasta formar tres negras serpientes, que en su marcha ondulante avanzaban hacia aquel molino de aspas inmóviles, que parecía cercado por un muro de truenos.

La infantería francesa, al ver aquel avance, se estremeció y no de miedo. Por fin llegaba el momento deseado, el choque de cerca, e iban a cruzarse entre ambos ejércitos las brillantes bayonetas en vez de los rugientes cañonazos.

La artillería siguió haciendo fuego contra las tres columnas de asalto; pero los voluntarios cesaron de disparar sus fusiles antes de que lo

mandaran sus jefes y se pusieron en pie preparando las bayonetas.

Arriba, Kellermann, que acababa de montar un nuevo caballo, corría por entre las filas gritando con voz de trueno:

—¡Viva la patria! ¡A vencer por ella!

Y de tal modo entusiasmaba la presencia de aquel viejo general, con su blanca cabellera suelta y ondulante y su marchito rostro animado por el fuego de la juventud, que los batallones parecían ebrios, y repetían el grito de su general de un modo tan formidable, que impresionaba a las tres columnas que avanzaban.

Los voluntarios, poseídos de aquella fiebre loca que les hacía invencibles, no podían permanecer quietos en la meseta y querían bajar al llano para aniquilar al enemigo, costando gran trabajo a sus jefes el retenerlos en las posiciones.

Mientras tanto las tres columnas prusianas avanzaban con menos empuje y rapidez. Les impresionaba el entusiasmo de aquel ejército que mataba cantando y hacía la guerra de un modo extraño y nunca visto, y al mismo tiempo la artillería francesa era tan certera, que con sus disparos desmoronaba continuamente las cabezas de las tres columnas.

Llegaron estas recelosas e inquietas al pie de la altura de Valmy, los viejos granaderos del gran Federico miraban con intranquilidad a la andrajosa pillería que la Revolución enviaba contra ellos y en todos los regimientos prusianos se notaba mayor tendencia a retroceder honrosamente después de un simulacro de asalto, que a escalar aquella colina, para apoderarse de la cual era preciso que no quedara con vida ni un solo francés.

La Marsellesa resonó en los aires, los batallones de patriotas, con todo su frente erizado de bayonetas, rodaron de la altura con aniquilador ímpetu y el choque fue rápido y decisivo, algo como la lucha entre un perro y el toro, a quien le basta un simple empuje de cabeza para arrojar a lo lejos a su aullador enemigo.

Cruzáronse las bayonetas, forcejearon breves instantes los que bajaban contra los que subían y las tres columnas alemanas retrocedieron desordenadas, recibiendo en la espalda el certero fuego de la artillería francesa.

El duque de Brunswich examinaba el encuentro con su anteojo y decía con desaliento a su soberano el rey de Prusia:

—Nos han ganado la partida. Aquí no nos batiremos con éxito.

De este modo continuó la batalla durante todo el día.

La jornada de Valmy consistió en un gigantesco cañoneo, concentrándose toda la lucha en torno de aquel molino, que visto de lejos con sus aspas inmóviles, parecía un gigantazo que contemplase impasible una batalla de liliputienses.

El rey de Prusia, trémulo de ira, envió dos veces más a sus soldados al ataque de la altura de Valmy; pero siempre tuvieron que replegarse abrumados por la artillería y deshechos por el impetuoso choque de la infantería francesa.

Por fin, a las siete de la tarde, cuando comenzaba a anochecer, cesó el cañoneo y se dio por terminada la batalla.

¿Quién había vencido? Nadie, pues los dos ejércitos continuaban robustos y en pie ocupando sus respectivas posiciones. Pero había allí una victoria moral que correspondía a los franceses y que reconocían los mismos enemigos. Batirse contra los primeros ejércitos de Europa un tropel de hombres sin instrucción militar, recién salidos de las fábricas y de los campos e impedir que aquellos adelantasen un solo paso, rechazándoles en todos sus avances, era más que una victoria, un milagro, un hecho sorprendente que cambiaba por completo el rumbo del porvenir.

Goethe decía la verdad al asegurar que en Valmy comenzaba una nueva era de la historia del mundo.

En torno de un viejo molino, en el fragor de un cañoneo heroico, acababan de hacer su aprendizaje aquellos hijos de la Revolución, de pecho indomable y músculos de hierro, que habían de correr la Europa a paso de carga, derribando déspotas y entronizando principios filosóficos.

El cañoneo de Valmy produjo más de mil muertos en cada ejército y ambos campos quedaron en la inercia, frente a frente, vigilándose, pero sin hostilizarse ni intentar movimiento alguno.

Habíanse entablado secretas negociaciones entre los invasores, que tenían miedo a avanzar, y los patriotas, que habían jurado no retroceder.

El duque de Brunswich, que desde un principio se había manifestado contrario a la guerra, aprovechaba el desaliento de su soberano, escarmentado por el fracaso de Valmy, para entablar negociaciones pacíficas, y entró en relación con Dumouriez, quien se apresuró a

manifestar cuanto ocurría al gobierno de París.

Danton, que deseaba la paz siempre que los enemigos comenzasen por evacuar el territorio, estaba conforme con tales negociaciones.

El célebre ministro deseaba tener libres las fronteras para poder dedicarse con tranquilidad a combatir en el seno de Francia a los enemigos de la Revolución. Tenía Danton al lado de Dumouriez a un hombre de su confianza, que era Westermann, el general del pueblo de París en la jornada del 10 de Agosto. Pero la presencia de este rudo y exaltado guerrero, no era suficiente para evitar las desavenencias surgidas entre Dumouriez y Kellermann.

Este último, que había sostenido el peso de la acción de Valmy, no podía ver con calma que el general en jefe se apropiara la gloria de la jornada, y los dos tratábanse con creciente odio, lo que dificultaba las negociaciones con los prusianos y hacía algo crítica la situación.

Danton, que desde París adivinaba cuanto ocurría en el campamento de Valmy, envió a su confidente íntimo, el poeta Fabré d'Englantine, con el encargo de ajustar un tratado, mediante el cual los enemigos evacuasen la Francia.

Cuando llegó el poeta al campamento, hacía ya quince días que el ejército estaba sin noticias de París.

Era el 23 de septiembre, Guzmán, que por estar su batallón cerca del cuartel general, supo inmediatamente la llegada del emisario de Danton, fue en su busca, recordando la intimidad que tenía con Camilo Desmoulins y con la esperanza de que Fabré le diese noticias de sus amigos de París.

Al llegar frente a la tienda de Dumouriez vio a Fabré rodeado de generales y hablando con su expresiva mímica. Apenas el poeta reparó en aquel oficial que le contemplaba a cierta distancia y reconoció en él a Guzmán, fue a su encuentro con los brazos abiertos abandonando el grupo de generales.

—Me evitáis el buscaros por todo el campamento —dijo el poeta abrazando al capitán—. Ya he preguntado por vos y me han relatado vuestras hazañas. Danton experimentará una gran satisfacción cuando sepa lo que ha hecho su amigo. Ahora permitidme que vuelva a reunirme con aquellos ciudadanos. Estamos tratando del porvenir de la patria. Tomad; mientras tanto podéis entreteneros con la lectura de esta carta que

vuestro padre me encargó os entregase. De seguro que hallaréis en ella cosas sorprendentes.

Y Fabré, sonriendo, entregó al capitán una carta que sacó de su cartera, y después de estrecharle la mano, alejóse hacia la tienda de Dumouriez.

Guzmán, con la carta en la mano, se alejó también en busca de su batallón, pues deseaba leerla lejos de aquel movimiento que existía en las inmediaciones del cuartel general.

En su camino se cruzó con un alto oficial del ejército prusiano, que galopaba sin otra escolta que un húsar de la muerte. Era el general Manstein, enviado del rey de Prusia para ajustar el convenio de paz con el ejército francés.

Manstein iba apresuradamente hacia el cuartel general francés, y a pesar de que su ceño adusto y su expresión altiva no hacían esperar que fuese comunicativo, comenzaba a circular por el campamento un rumor que satisfacía a unos y molestaba a otros.

La campaña iba a terminar, según manifestaban los que se tenían por mejor enterados. El rey de Prusia, instigado por Brunswich, que comprendía la mala situación del ejército aliado, estaba dispuesto a retirarse evacuando las poblaciones francesas que tenía en su poder. Ninguna condición imponían.

Los prusianos deseaban no volver a chocar con los patriotas franceses y les parecía muy expuesto marchar hacia París, dejando a sus espaldas un ejército que tanto arrojo había manifestado en el molino de Valmy.

Guzmán oyó hablar de todo esto en un corro de oficiales, y después de manifestar con breves palabras la alegría que experimentaba al ver la patria libre de la invasión, siguió su camino y al poco rato se hallaba entre sus soldados.

Vadier no estaba allí, y el capitán, después de buscarlo inútilmente, sentose sobre un haz de paja y abrió la carta.

La grata impresión que experimentó Guzmán fue tan grande, que nunca olvidó aquella lectura a la caída de una templada tarde de septiembre, entre los rumores de un grandioso campamento y recibiendo en sus espaldas los acariciadores y oblicuos rayos de un sol de otoño.

La carta del coronel Guzmán era breve, pero cada uno de sus renglones fue una sorpresa que hizo lanzar al joven exclamaciones de

gozo.

Acababa de reunirse en París la Convención, la magna Asamblea que juntaba en sí todos los poderes, la dictadura de mil cabezas, que había de vivir grandiosa y sublime entre las más terribles tempestades, salvando a la Francia de tremendos peligros y muriendo al fin como abrumada por tanta gloria.

El coronel Guzmán hablaba de nuevos diputados que salían a la vida pública, haciendo concebir las más risueñas esperanzas.

No; los grandes hombres no acababan; la Revolución, en cada una de sus convulsiones, daba a luz una nueva legión de genios. En la Asamblea de Versalles habían surgido un Mirabeau y un Robespierre; en el período de la Legislativa se habían hecho famosos en los clubs de París, Danton, Desmoulins, Vergniaud y Brissot, y ahora llegaban a la Convención, desde el fondo de la provincias, desconocidos, pero llevando en su frente la aureola de la futura gloria, un Saint-Just, hermoso como una señorita, iracundo y frío como Nemesis; un paralítico de gran talento, a quien llamaban Couthon, y otros mancebos que llevaban en los labios la elocuencia de los pueblos republicanos y en el pecho el fuego inextinguible de la revolución.

Aquellos hombres habían sido inflexibles en adaptar a la realidad las creencias de toda su vida.

La primera sesión de la Convención había resultado conmovedora y sus acuerdos brillaron como un poderoso relámpago sobre toda la Francia.

Una hora había bastado para cambiar el porvenir de la humanidad. La forma de gobierno popular, aletargada durante tantos siglos, acababa de surgir triunfante.

Un cura, el abate Gregoire, había sido el primero en proponer que la Convención inaugurase sus sesiones proclamando la República.

«La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos», había dicho con una concisión admirable. Y la Convención entera había aplaudido al orador, votando inmediatamente la República y proclamándola como gobierno legal de Francia.

Después de estas noticias, Guzmán apenas si se fijó en las consideraciones que su padre hacía sobre el suceso y en los consejos que le daba como viejo soldado.

¡Por fin la República, aquel ideal tantas veces acariciado en sus meditaciones, era un hecho; la forma de gobierno, perseguida y maldita, hacía su aparición en Europa! Noticia era esta que sumía a Guzmán en reflexión profunda, al mismo tiempo que el estremecimiento de la alegría agitaba todo su cuerpo.

Guzmán permaneció mucho tiempo con la carta en la mano, la cabeza caída sobre el pecho y los ojos casi cerrados como para concentrar mejor su pensamiento. De pronto, algo que le estremeció vino a sacarle de aquella meditación.

Los tambores tocaban llamada por todo el campamento, los soldados corrían a coger los fusiles puestos en pabellones, y los oficiales iban de un lado a otro gritando ¡a formar!

El capitán púsose en pie de un salto, con la rapidez del buen soldado, a quien el deber hace olvidarse de todo.

Creyó en el primer instante, que rotas las negociaciones, el enemigo intentaba un ataque; pero le bastó lanzar una mirada a lo lejos para tranquilizarse. Nada se veía que manifestase hostilidad.

A pesar de esto, la agitación aumentaba. Todo el campamento estaba en revolución.

En tomo de Guzmán los soldados corrían armándose rápidamente, y a unos cien pasos aparecía Vadier a caballo, llevando tras él la bandera del batallón y la banda de tambores, cuyos redobles venían a aumentar aquel sordo mugido que se cernía sobre el campamento.

—¡Primera compañía! ¡A formar! —gritó también Guzmán, imitando a los demás oficiales y dirigiéndose al encuentro de Vadier.

En unos cuantos minutos quedó formado el batallón y emprendió inmediatamente la marcha hacia el punto donde estaba establecido el cuartel general.

Los otros batallones, por distintos caminos, seguían también idéntica dirección y todas las fuerzas del campamento convergían al mismo punto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Guzmán aproximándose al caballo del comandante.

—Al cuartel general —contestó Vadier—. Va a reunirse allí todo el ejército.

—¿Pero a qué obedece la orden?

—Lo ignoro; pero sospecho que será algo referente a las negociaciones con el enemigo.

El batallón del 10 de Agosto confundióse en el gigantesco cuadro que formaban los cincuenta mil hombres del ejército francés agrupados en cuatro robustas líneas, que como murallas humanas, formaban un robusto recinto en torno de las tiendas del cuartel general.

En aquella explanada libre de gente que limitaban las cuatro líneas del ejército, aparecían formando compacto grupo más de cien jinetes, que eran los generales, los comisionados del gobierno y los oficiales del Estado Mayor.

Un hombre, montando un caballo negro e inquieto y con tricornio sin penachos ni adornos, despegóse del grupo y avanzó algunos pasos. Era Dumouriez.

Extendió su diestra y el silencio, que ya reinaba desde que todo el ejército se había reunido, extremóse más aún, se alambicó hasta el punto de parecer que los cincuenta mil pechos no respiraban por miedo a producir ruido.

Todos esperaban una revelación importantísima, aunque sin saber cuál; en los rostros marcábase la ansiedad y se adivinaba que muchos corazones latían con violencia como al esperar una alegría o presentir una catástrofe.

Los héroes de la colina de Valmy, que habían sufrido impasibles las granadas prusianas, temblaban ahora sin saber por qué y estaban pendientes de los labios de su general.

Todo el ejército no era más que un solo cuerpo, del cual resultaba el corazón aquel hombre plantado en medio de la llanura sobre su inquieto caballo y que retardaba el momento de hablar como si gozase contemplando la ansiedad de sus soldados.

Por fin su voz resonó en el general silencio, llegando débil, pero clara, hasta las últimas filas, donde los artilleros estaban inmóviles sobre sus armones.

Cada palabra de Dumouriez, lenta y pausada, hizo aumentar la extraña impresión que sentía el ejército.

Todos oyeron lo mismo.

—¡Soldados de la patria! La fortuna y la gloria están con nosotros. Mañana el enemigo abandonará el suelo de Francia, gracias a vuestro

valor, que es la salvaguardia de la Revolución. Sabed que la patria es libre dos veces; libre de extranjeros y libre de tiranos. La Convención Nacional, reunida por primera vez anteayer, ha proclamado la República. Seamos fieles al nuevo gobierno, que salva y dignifica a la patria. *Soldados… ¡viva la República!*

Transcurrieron algunos segundos sin que se turbara el silencio. Parecía que el monstruo de infinitas cabezas tomaba alientos para rugir mejor, o que la emoción, anudando las gargantas, impedía la salida del grito formidable, inmenso, que se formaba en todos los corazones.

Por fin estalló el volcán del entusiasmo.

Todos aquellos soldados, al batirse por la patria, pensaban en aquello mismo que ahora aclamaban, y al ver que la República era un hecho, dábanse por recompensados de las largas marchas, de la miseria en el campamento de Chalons, de las noches pasadas al raso con el capote calado por la lluvia y de la lucha tenaz sostenida en la altura de Valmy bajo un chaparrón de plomo.

—¡Viva la República!

Y al gritar tantos miles de voces, enronquecidas por la emoción, desordenábanse las filas, confundíanse jinetes con infantes, abrazábanse soldados y oficiales y por las mejillas, curtidas al humo de la pólvora, rodaban gruesas lágrimas.

Al fin el entusiasmo manifestóse de un modo pintoresco. Los soldados pusieron sus sombreros al extremo de espadas y bayonetas, y durante algunos minutos, sólo se vio un mar de puntos negros girando en la punta de hilillos brillantes.

Aquella tarde fue memorable. Ningún soldado olvidó la proclamación de la República en el ejército del Norte.

Los vivas que estallaban ruidosos y potentes como cañonazos, llegaban hasta el campamento de los aliados.

—¡Viva la República!

Esto era lo que como un eco lejano murmuraba el viento de la tarde al rozar el oído de prusianos y austríacos.

Y los soldados de profesión, aquellos granaderos que se batían a la voz de sus reyes sin cuidarse de averiguar jamás el motivo, fruncían el ceño con extrañeza y encogían los hombros no comprendiendo la causa de tanto entusiasmo.

¡Infelices! En su ceguedad de esclavos uniformados, ignoraban que estaban presenciando el renacimiento de una idea que les había de vencer durante veinte años en todos los campos de batalla y había de emanciparles también como a hijos del pueblo

PARTE CUARTA

GUERRA SIN CUARTEL

I.- LA INSURRECCIÓN REALISTA

Conforme avanzaba el curso de la Revolución, iba extremándose la intransigencia realista y fanática de las provincias de Bretaña.

A principios de 1793, cuando el gobierno de la República funcionaba con regularidad haciendo sentir su poder reformador a todos los departamentos de la Francia, aquellas provincias reaccionarias que habían de sostener la guerra llamada de la Vendée, ardían ya en el fuego de insurrección, y las pequeñas partidas de bandidos que desde el año anterior merodeaban por los bosques, eran ahora engrosadas por los fanáticos furiosos y se daban el título de tropas del rey.

El anuncio del juicio de Luis XVI y su ejecución en París vino a excitar la indignación de las masas vendeanas.

El hombre, a quien la nación entera llamaba Luis Capeto fue conducido a la guillotina, y ochenta mil personas agrupadas en los muelles del Sena frente a la plaza de la Revolución, saludaron con fúnebre entusiasmo, al grito de ¡viva la República!, la cabeza ensangrentada que el verdugo les mostraba desde lo alto de la guillotina.

La Revolución era inexorable. Comprendía que para consolidarla República era preciso suprimir a los reyes, y al mismo tiempo quería, con este suplicio, vengar a los miles de patriotas que morían en las fronteras luchando contra aquella coalición de los reyes, provocada y solicitada por la familia real de Francia.

La audacia asombrosa que demostraba la joven República ejecutando al destronado rey, levantó un alarido de indignación en toda la vieja Europa, que durante muchos siglos había presenciado impasible cómo se exterminaban pueblos enteros sobre los campos de batalla por cuestiones sin importancia.

Esta audacia de la Convención hizo que el año 93 comenzase para

Francia en medio de los mayores peligros.

Nuevos soberanos entraron en la coalición de los reyes, cruzada monárquica que enviaba ejércitos y más ejércitos contra las fronteras de Francia sin éxito alguno, y al mismo tiempo produjo otra guerra que fue más terrible, por lo mismo que surgió en el seno de la nación.

Los conspiradores realistas, los emigrados, los curas refractarios y los obispos que habían huido de Francia, volvieron sus ojos a la Bretaña, comprendiendo que en aquel país ignorante y fanático, era donde debían desafiar a la Revolución.

Primero los bretones fueron agitados por una propaganda sorda que tenía su centro en Inglaterra. Los buques que anclaban en Nantes, traían proclamas y pastorales furibundas, de cuya circulación se encargaban los devotos, y al mismo tiempo los mayordomos y sirvientes de los nobles emigrados iban de aldea en aldea con el rosario en la mano, anunciando a los escogidos la próxima llegada de sus señores para ponerse al frente de todos los campesinos de buena voluntad que quisieran tomar las armas en venganza del rey sacrificado y en defensa de Dios escarnecido.

La propaganda realista adquirió un tono más violento y público. La República necesitaba su ejército para enviarlo a la frontera y las autoridades de Bretaña no tenían otra fuerza para hacerse obedecer que algunas compañías de gendarmes acantonadas en las principales poblaciones.

Esta debilidad de la Revolución enardecía a los conspiradores. Los curas refractarios abandonaban sus guaridas de los bosques y reunían públicamente a los labradores para explicarles ciertos pasajes de la Biblia, con los cuales querían darles a entender que Dios tenía interés en que todos los cristianos combatiesen a sangre y fuego la nueva República.

Tan grande era el fanatismo, que un aldeano disparaba contra los gendarmes, y cuando acribillado a bayonetazos le intimaban que se rindiera, contestaba con expresión tenaz:

—Rendíos vosotros a mi Dios.

A cada momento se hablaba de buques ingleses que iban a desembarcar un ejército para hacer la contrarrevolución, y tan agitados estaban los ánimos, que un sacristán o una mujer bastaban para amotinar las poblaciones.

Los nobles, para halagar el amor propio de aquella demagogia reaccionaria, presentábanse en público vestido de campesinos, ostentando en el lado izquierdo de sus chaquetas una imagen del corazón de Jesús.

Además, con esta agitación sediciosa coincidió el decreto del gobierno republicano ordenando una leva de trescientos mil hombres para engrosar los ejércitos de las fronteras.

Los curas refractarios aprovecharon esta circunstancia.

—Cómo —exclamaban en sus predicaciones a los campesinos—. ¿Esa república que Dios maldice, os pide ir a morir por Francia? La Francia está aquí en vuestras granjas. ¡Dejar vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestros bueyes! ¡Jamás!

Estas predicaciones, por lo mismo que halagaban el egoísmo de las masas ignorantes y envilecidas, alcanzaban gran crédito y se esparcían rápidamente por todo el país.

Además encontraban muy propia la ocasión para negarse a satisfacer el impuesto y decían con una certeza que tenía algo de candorosa y revelaba profunda ignorancia:

—Ya que no hay rey, no debemos pagar contribuciones.

El día en que se decretó en toda la Bretaña el alistamiento y sorteo de los mozos disponibles, seiscientas parroquias tocaron a rebato y comenzó formalmente la guerra civil.

Los destacamentos de tropas republicanas, aislados y sin auxilio, fueron sorprendidos y pasados a cuchillo, marcándose desde el primer instante el ímpetu feroz de aquellos fanáticos, que entraban en fuego con el rosario en la mano y buscaban la muerte porque ésta les abría las puertas del cielo.

Las partidas realistas presentaban un aspecto deplorable. Los aldeanos calzaban zuecos e iban armados con horquillas de hierro, hoces, palos o asadores; pero entre ellos marchaban también cazadores diestros y viejos contrabandistas, que tenían gran seguridad en sus fusiles.

Invadieron poblaciones de importancia, quemando los archivos de las oficinas públicas y apoderándose de algunos viejos cañones, y pronto tuvieron jefes de prestigio, a quienes admiraban por su valor o su ferocidad.

La mayor parte de estos campeones del antiguo régimen eran

plebeyos que se batían heroicamente en favor del sistema político que había tenido a sus familias en la servidumbre y que tal vez había apaleado o ahorcado a sus ascendientes.

El guardabosque Stofflet, el carretero Cathelineau, el peluquero Gastón y otros individuos pertenecientes a las últimas clases sociales, eran los jefes del naciente ejército realista y los que con sus hazañas audaces habían de preparar el terreno para que después condes y marqueses viniesen a ponerse al frente de las hordas vendeanas.

El único noble que apareció en el principio de aquella guerra civil fue Atanasio Charette, el más feroz de todos y que debía alcanzar más triste celebridad.

Como guerrero era intrépido y osado, tenía la rudeza de un campesino montaraz y era corrompido y disoluto como un señor de la corte.

En su rostro monstruoso, que tenía cierta semejanza con el de Marat, brillaba la demencia de las pasiones, el hambre de independencia, la soberbia infinita que no le dejaba aceptar iguales ni sufrir un señor.

Charette había nacido en Nantes de una antigua familia de armadores. Sirvió en la marina de guerra como teniente de navío, pero su carácter no podía resistir la despótica disciplina de abordo, y abandonando su carrera, fuese a vivir en su país dedicándose a la caza, pues nada le agradaba tanto como una existencia errante llena de fatigas, de peligros y de azares y la cual, al mismo tiempo que fortificaba su cuerpo, endurecía su alma. Corría jadeante por la selva de Machecoul explorando las espesuras y los abismos, vivía confiando en la casualidad que era quien le proporcionaba el sustento, dormía en la primera choza que se le presentaba y transcurrían semanas enteras sin que volviese al castillo de Briord, cuyo dueño era su tío y protector.

Charette sin saberlo, al entregarse a esta vida extravagante y penosa, hacía el aprendizaje de la guerra de emboscadas y sorpresas que había de sostener. Cazando reses aprendía a perseguir hombres y adquiría exacto conocimiento de todos los bosques, barrancos, retamales y senderos ocultos que hacían el país intransitable.

Era una mezcla extraña de héroe y de bandido, siendo imposible señalar dónde acababa el uno y empezaba el otro. Hacía la guerra por puro gusto, por satisfacer sus instintos feroces y su afán de renombre,

pero en el fondo era escéptico y no creía ni en el rey ni en la Iglesia, aunque para halagar el fanatismo de las hordas que mandaba, entregábase a exageradas prácticas de religión.

Su lujuria le hacía aún más temible que su ferocidad y en todos sus amores demostraba instintos de ave de rapiña. No quería que la mujer se le entregase, sino arrebatarla a viva fuerza, y una imprudente osadía era la expresión de su rostro extravagante y monstruoso. Siempre a la cola de sus partidas llevaba un bagaje de alegres cortesanas vestidas elegantemente o de nobles señoras que se sentían atraídas por la audacia y los vicios de aquel hombre monstruoso, al que ellas miraban como un héroe de la buena causa.

Al frente de sus turbas de fanáticos, batíase como un lobo; pero así que cesaba el combate, los mensajeros encontrábanle siempre rodeado de su andante serrallo o bailando escandalosas danzas con sus cortesanas y algunos frívolos jóvenes que eran sus confidentes íntimos.

Este era el general del realismo en la parte baja de la Bretaña y el que había de inaugurar su celebridad con los horrorosos suplicios de Machecoul.

Todos los prisioneros republicanos y sus familias fueron sacrificados por las hordas de Charette, apreciándose entonces cuántos refinamientos de crueldad pueden inventar la devoción imbécil y bárbara.

Tras el viejo castillo de Machecoul habían abierto una larga fosa, al borde de la cual eran arrodilladas las víctimas, sin distinción de edades ni sexos.

La muchedumbre fanática contemplaba con hipócrita compunción el terrible espectáculo. Los curas rezaban el rosario para salvar las almas de los malditos republicanos, las mujeres contestaban a coro, y al llegar a cierto punto de la oración, hacíase fuego y los prisioneros caían en la tumba que tenían delante y muchas veces se les echaba tierra cuando sus miembros palpitaban aún con las últimas convulsiones de la vida.

Esto era lo que los campesinos realistas llamaban la hornada diaria, y estas hornadas estuvieron repitiéndose durante cinco semanas y a razón de treinta víctimas por día, hasta que todas las familias de patriotas de Machecoul y sus alrededores, quedaron enterradas en torno del viejo castillo.

El cura constitucional de Machecoul, varón de grandes virtudes, que

por ser republicano sufría el odio de toda la comarca, fue entregado a las mujeres que seguían a los campesinos armados, y estas furias piadosas lo destrozaron en un momento, exhibiendo como trofeos los sangrientos pedazos.

Joubert, el presidente del distrito, un anciano de blanca cabellera y rostro sereno, sufrió los mayores tormentos sin que sus verdugos pudieran hacerle gritar ¡viva el rey!

Le aserraron las muñecas, le ataron a un árbol en la pradera donde yacían las víctimas de aquel día y allí, mientras se desangraba por sus heridas, reconoció casi a sus pies los cadáveres de su hija y de sus nietos, que acababan de ser fusilados.

Charette, que con alguna de sus queridas había salido a pasear para que el viento de la tarde despejase su cabeza aturdida por los vapores de la orgía, detúvose en aquel lugar y las cortesanas realistas contemplaron con feroz atención la agonía del viejo republicano.

El infeliz Joubert fue degollado, librándose de este modo de tantos sufrimientos. Peor resultó la muerte de otros patriotas que fueron enterrados vivos, viéndose al día siguiente en la pradera que les servía de fosa, brazos que salían de tierra y se agarraban crispados a la yerba, esforzándose en vano por salir de la asfixiante profundidad.

Antes de que ocurrieran los suplicios de Machecoul, las autoridades republicanas habían mirado con indiferencia aquello, que era una verdadera guerra civil y que ellos consideraban como una simple sublevación de campesinos; pero al hacerse públicas las atrocidades de Charette, la Francia se estremeció de espanto y la opinión pública exigió un inmediato castigo.

Por desgracia, Danton no estaba ya en el ministerio y los miembros del Comité de Seguridad General en quienes la Convención había delegado una parte del poder ejecutivo, pasaban el tiempo entretenidos en discutir su republicanismo más o menos ferviente, y cuando se ocupaban de los peligros de la nación, fijaban sus ojos en el Norte, en aquellas fronteras que amenazaba la coalición de los reyes y despreciaban la insurrección bretona como un movimiento fácil de dominar en el momento se lo propusiesen.

El general Verteuil, comandante militar de la Bretaña, al saber por una parte los crímenes de Charette y por otra que los vendeanos acababan

de tomar y saquear la ciudad de Chantonnay, se decidió a salir de su inercia y envió contra los insurrectos una fuerte columna al mando del brigadier Mareé.

Los realistas abandonaron la ciudad conquistada, tras un breve combate con las tropas republicanas; pero Mareé, entusiasmado por este fácil triunfo, cometió la ligereza de perseguirles a través de los bosques que desconocía y en los cuales el enemigo encontrábase como en su propia casa.

Al anochecer, la columna cayó en una emboscada, viose envuelta, creció el pánico entre los soldados republicanos y la derrota fue espantosa, hasta el punto de que los fugitivos emprendieran una fuga desesperada, que les hizo retroceder veinte leguas de terreno.

Este terrible fracaso, que dio un gran valor moral a la insurrección y aumentó su artillería, sirvió para que en París se fijaran más en la insurrección vendeana y para que la Convención se decidiera a separar algunas fuerzas del ejército del Norte enviándolas a la Bretaña.

Las autoridades republicanas de esta parte de Francia pudieron combatir la insurrección con algún éxito, contando con aquellos soldados que venían del Norte acostumbrados ya a la guerra; pero estos refuerzos, que no pasaban de algunos miles de hombres, resultaban ineficaces para ahogar la sublevación realista, cada vez más formidable.

Los claros que los cañones republicanos abrían en las filas vendeanas, eran llenados inmediatamente por el fanatismo. Todos estaban prontos a combatir, lo mismo las mujeres que los niños y los ancianos, y aquella guerra continua de sorpresas, de emboscadas y ataques en masa cuando lo permitían las circunstancias del país, habíales hecho aceptar una táctica que en ciertas ocasiones les hacía invencibles.

Desplegábanse en silencio por detrás de los setos y no disparaban un tiro sin hacer bien la puntería; esperaban para mostrarse a que el enemigo estuviese disperso, y entonces saltando las trincheras caían sobre él con un vocerío espantoso. Si veían las bocas de los cañones dirigidas hacia ellos, arrojábanse rápidamente al suelo en el momento de hacer la descarga y después se levantaban, corrían hacia las piezas y se apoderaban de las baterías luchando cuerpo a cuerpo con los artilleros. Cargaban sus viejas armas sin dejar de correr, eran certeros tiradores, sus victorias resultaban sangrientas pues degollaban sin piedad a los heridos y a los prisioneros; pero cuando eran vencidos, resultaba infructuosa su

persecución, pues instantáneamente y como por arte mágica, desaparecían en el laberinto de bosques, malezas y desfiladeros, cuyos secretos conocían perfectamente.

Su devoción les hacía más terribles que su ferocidad. Eran valientes por su fanatismo; creían que las balas republicanas quedaban detenidas ante los escapularios del Corazón de Jesús que llevaban cosidos en las chaquetas, y aunque la experiencia les demostraba a cada instante lo contrario, seguían firmes en su idea, no dudando un solo instante de las palabras de los curas, que fueron los principales agentes de la guerra de la Vendée.

El clero reaccionario apelaba a las más burdas estratagemas para enardecer el entusiasmo de los rústicos campesinos, haciéndoles creer que Dios favorecía su causa por medio de estupendos milagros.

Una vez se ocultaron tres curas haciendo circular la noticia de que habían perecido víctimas de la guillotina republicana. Mientras duró su encierro voluntario, cuidaron de tener constantemente un hilo atado alrededor del cuello, de suerte que les dejara una señal circular parecida a una cicatriz, y cuando estuvieron bien preparados, presentáronse ante los embrutecidos campesinos diciendo que habían resucitado después de su suplicio y que la cuchilla de la guillotina sólo había dejado en ellos aquella leve huella.

De este modo exaltaban los curas el entusiasmo de las gentes sencillas, y entre los campesinos armados extendíase la creencia de que muriendo en el campo de batalla o en la guillotina, morían por Dios y resucitarían al tercer día como Cristo.

Estas creencias extravagantes eran la principal causa de que los vendeanos mostrasen un valor tan salvaje y ciego y de que los prisioneros subiesen las gradas de la guillotina sonriendo y asegurando que la muerte no sería para ellos más que un ligero sueño, del cual despertarían más fuertes que antes.

En esta lucha, fomentada por el entusiasmo fanático y por la devoción, tomaban una parte activa las mujeres.

El realismo tenía sus amazonas, que marchando siempre en primera fila, no dejaban a los hombres retroceder y muchas veces daban a estos, horribles ejemplos de ferocidad.

La señora de la Rochefoucauld y María Antonieta Adams, vestidas de

hombre, montando briosos caballos y al frente de hordas de fanáticos, ayudaron cada una a la causa santa, pasando a degüello los destacamentos aislados de guardias nacionales, incendiando pueblos y batiéndose con salvaje tenacidad contra las tropas republicanas.

La señora de la Rochefoucauld, cogida por un destacamento de guardias nacionales, murió en la guillotina, y María Antonieta, a quien los campesinos entusiasmados apellidaban el caballero Adams por su carácter varonil, mereció al caer en poder de las tropas republicanas, el honor de ser fusilada en pie.

Otras mujeres existían en la Vendée, que aunque no combatían al frente de los aldeanos ni llevaban armas, no por esto dejaban de trabajar en favor de la guerra.

Aparte de las hermosas cortesanas y de las condesas viciosas que figuraban en el bagaje de Charette, vivían en granjas ocultas y en castillos casi arruinados que estaban en lo más intrincado de los bosques, un gran número de señoras de la nobleza, que por tener a sus esposos en el ejército de los emigrados o al frente de las partidas vendeanas, huían de las poblaciones donde ejercían jurisdicción las autoridades de la República.

Los horrorosos suplicios de Machecoul habían convertido aquella guerra en una lucha sin cuartel. Los vendeanos martirizaban y mataban sin fijarse en edad ni en sexo, y las tropas de la República, repuestas ya de sus primeras derrotas, imitaban la feroz conducta del enemigo, y cuando no fusilaban, era porque les seguían a retaguardia el verdugo y la guillotina prontos a funcionar.

Por esto las mujeres vendeanas, lo mismo la esposa del rústico cabecilla, que la baronesa o la marquesa, ocultábanse en misteriosos lugares, en torres semiarruinadas, en granjas abandonadas o en profundas cuevas, y allí, sostenidas por la devoción fanática, que era el nervio principal de aquella lucha de fieras, sufrían con resignación toda clase de penalidades, y las largas veladas del invierno pasábanlas cuidando los heridos de los últimos combates, haciendo hilas y vendajes o preparando un disfraz para alguna compañera animosa que se encargaba de recorrer el país, pasando por entre las tropas republicanas para ir a llevar un aviso a alguna partida que estaba lejos.

Aquellas mujeres, que aportaban a la causa vendeana un entusiasmo tranquilo y tenaz y cuyas viviendas constituían un sinnúmero de puntos

de reposo para los fugitivos y derrotados, sabían a lo que estaban expuestas.

La Convención, cansada de los atropellos de la insurrección realista y deseando ahogarla en sangre, había decretado la guerra sin cuartel.

La guillotina, que funcionaba en todas las poblaciones, lo mismo cortaba la cabeza del campesino cogido en armas, como la de la mujer alcanzada en los bosques y cuya complicidad con los insurrectos resultaba probada.

II.- LA MEDIA BRIGADA NÚMERO 56

En marzo de 1793 una pequeña columna republicana estaba acampada en una aldea a ocho leguas de Nantes.

Componíase de dos batallones y de una batería procedente del ejército del Norte. Sus soldados, con grandes bigotes, rostros tostados y los uniformes azules descoloridos y rotos por las inclemencias del tiempo, tenían el aspecto fiero y ceñudo de los veteranos a pesar de que todos ellos eran jóvenes y hacía poco más de un año que impulsados por el patriotismo, habíanse dedicado a la dura vida militar.

Los jóvenes voluntarios de la República, convertidos rápidamente en veteranos a causa de aquella guerra en la que Francia se batía contra toda Europa y en la que las batallas eran casi diarias, habían abandonado las fronteras del Norte para entrar en Bretaña, en la región donde miles de hombres llamándose franceses ayudaban con su insurrección a los enemigos de la patria.

La mayoría de aquellos soldados habían hecho su aprendizaje militar sufriendo el horrible cañoneo de Valmy y asaltando a la bayoneta las tres líneas de reductores de Jenmapes.

Ellos, que se mostraban alegres y generosos en sus campañas del Norte y se animaban a cada instante entonando la Marsellesa, eran ahora en la Vendée sombríos y taciturnos; una arruga de ferocidad contraía sus frentes y cada vez que veían los calzones bombachos y el coleto de piel de un campesino bretón, brillaba en sus ojos la llamarada del odio y sentían impulsos de disparar su fusil como si se hallasen en presencia de un animal dañino.

La repugnancia feroz que experimentaban ante los naturales del país, era la que sentían todos los patriotas de Francia ante aquella Bretaña que entorpecía la vida de la República y le quitaba fuerzas para combatir sus

enemigos exteriores. Comprendíase que los azules (como llamaban los campesinos a los soldados republicanos a causa del color de su uniforme), sentíanse poco dispuestos a tener a sus enemigos consideración alguna y que su ferocidad había de resultar tan horrible como la de los salvajes vendeanos.

Los dos batallones, con sus cuatro piezas de artillería, formaban lo que en la nueva organización del ejército republicano llamábase una media brigada.

Había abandonado un mes antes el ejército del Norte por orden de la Convención y se había dirigido a Nantes, donde el general Canclaux, encargado de dirigir la guerra de la Vendée, había dedicado la media brigada a las empresas más difíciles y gloriosas. El aspecto decidido de sus soldados y el valor de sus oficiales, la hacían el mejor cuerpo de cuantos operaban en aquella guerra.

Formaba parte de la columna que mandaba el general Beysser, un hombre de estatura colosal y de extraordinaria osadía, que había vencido a los rebeldes realistas en Puerto del Santo Padre, y entrado en Machecoul, donde las represalias de los republicanos vengaron el martirio de tantas víctimas.

Muchos centenares de vendeanos, y entre ellos algunos de los oficiales favoritos de Charette, cayeron en poder de los republicanos, siendo fusilados en masa sobre aquella pradera de Machecoul, en cuyo seno dormían eternamente tantos seres inocentes, después de sufrir algunos de ellos las espantosas angustias de un entierro en vida.

Después de esta victoria, la media brigada se había separado de la columna para ir a operar con completa independencia en el país donde ahora estaba acampada.

Los dos batallones que la componían habían tenido antes el título de batallón del 10 de Agosto y batallón de la Igualdad; pero ahora habían perdido sus antiguos nombres al formar el nuevo cuerpo, que era conocido por la media brigada número 56.

Su jefe llamábase Santiago Vadier, y el comandante del primer batallón, era Félix Guzmán.

Sus hazañas antes del choque en Valmy y el heroísmo con que asaltaron las trincheras de Jenmapes, habían valido a los dos amigos estos ascensos y una reputación de valientes en todo el ejército francés.

Hoche, que se había separado de ellos desde antes de la batalla de Valmy para seguir los impulsos de una suerte que había de elevarle a las mayores alturas, sólo muy de tarde en tarde podía enviarles noticias suyas, y esto hacía que Vadier y Guzmán, viéndose privados de tan dulce compañero, estrechasen aún más su amistad.

Ellos eran los que habían pedido a la Convención el ir a la Vendée a pesar de que en el ejército del Norte había más ocasiones para alcanzar la gloria y de que la guerra en la Bretaña resultaba más difícil y repugnante por lo feroz.

Un día en la frontera de Bélgica, leyendo la relación de los atropellos en la Vendée que publicaba un periódico de París, sus ojos tropezaron con los nombres de Renato Beringel y César Dampierre.

Aparecían como oficiales del feroz Charette, tomando parte en las execrables matanzas de Machecoul.

Este hallazgo inesperado trastornó a los dos jóvenes, haciendo que volviese a renacer en su memoria aquel pasado tan lleno de ilusiones y vehemencias y que los azares de la guerra habían hecho olvidar momentáneamente.

Los dos amigos pensaron del mismo modo. El haberse dirigido la baronesa a la Bretaña cuando huyó de París y el aparecer ahora en la misma región de Francia los dos nobles realistas, hacía creer que también en aquellos países azotados por una guerra cruel, vivirían las dos pupilas de la baronesa Amalia Dampierre.

Esta consideración decidió a los dos jóvenes a pedir su traslado al ejército de

Vendée, arrojándose de este modo en una guerra de emboscadas y de traiciones, en la cual a cada momento podía perderse la vida sin gloria alguna.

Más de un mes estaba en la Bretaña la media brigada mandada por Vadier, sin que los dos amigos hubiesen podido adquirir la menor noticia que les revelase la existencia de la baronesa de la Tour d'Argent.

Oían a cada punto los nombres de Dampierre y de Beringel como audaces tenientes de Charette, a los cuales destacaba éste para efectuar bárbaras correrías; pero nunca el nombre de Amalia Dampierre aparecía mezclado con ellos, y a todas las preguntas que hacían Vadier y Guzmán a los campesinos, contestaban estos levantando los hombros con

expresión de estúpida extrañeza.

Casi iban convenciéndose los dos soldados de la República de que habían cometido un desacierto pasando a la Vendée, para no adquirir gloria alguna, ni encontrar rastros de aquellas dos mujeres, que ahora obsesionaban más que nunca su pensamiento.

No; era imposible que en aquel país desolado, donde tras cada matorral surgía un fusil y donde unos y otros se fusilaban y se guillotinaban sin piedad, estuviesen Margarita y Luisa sufriendo toda clase de fatigas y alarmas.

Justamente estaban hablando de esto Guzmán y Vadier en una tarde del mes de marzo, cuando hacía ya seis días que la media brigada estaba acampada en aquella aldea del departamento de Nantes.

Los dos amigos estaban sentados en una sala baja de la mejor casa de la aldea, y a través de los emplomados vidrios de una ventana, veían la calle y a lo lejos la campiña sombría y de un verde obscuro, bajo un cielo entoldado y plomizo, del que caía una lluvia lenta y sutil.

Los soldados estaban dentro de las casas, poniéndose a cubierto de aquella lluvia que duraba ya dos días, y que empapando lentamente los capotes, parecía penetrar hasta los huesos.

Las voces y los cantos que sonaban dentro de las casas y los centinelas que se veían a lo lejos, inmóviles en la campiña, eran lo único que delataban la presencia de los dos batallones, pues las calles, azotadas blandamente por la lluvia, estaban desiertas como si la población hubiese sido abandonada.

Vadier y Guzmán, después de agotar el tema de su conversación, que versaba invariablemente sobre los vendeanos o las dos mujeres amadas, cuya existencia iba resultando problemática, permanecían silenciosos fumando en pipas de barro y con los codos apoyados en una mesa, sobre la cual veíanse dos vasos y una ponchera vacía y todavía humeante.

Aquella tarde de descanso y de regodeo, después de una vida tan agitada y de peligros, convertía a los dos soldados en tranquilos burgueses, proporcionándoles una seráfica calma, que poco a poco iba trocándose en dulce soñolencia.

El caliente ponche parecía enviar desde el fondo de sus estómagos una tenue humareda a sus cerebros, y los dos, siempre tan inquietos y activos, se sentían dominados por una dulce voluptuosidad y miraban el

paisaje a través de la ventana, encontrándolo todo hermoso y sonriente.

Transcurrió más de media hora sin que ninguno de los dos rompiese el silencio; pero al fin Vadier dejó su pipa sobre la mesa y habló a Guzmán, quien con la vista errante y sonriendo vagamente, oía sus palabras como un lejano eco.

—Óyeme, Félix: no es malo que pensemos en esas dos jóvenes, a las que amamos tanto y que tal vez no existan ya; pero no debemos olvidar que somos soldados de la República y que nuestro deber nos obliga a preocuparnos de ese terrible enemigo que tenemos enfrente.

Guzmán, aunque sin comprender claramente lo que su amigo quería decir, asintió con algunos movimientos de cabeza.

—Digo todo esto —continuó Vadier— porque preocupados continuamente por el paradero de la baronesa y sus pupilas, olvidamos nuestra situación, que aunque no es desesperada, no por esto se halla exenta de peligros. Hemos venido a situarnos aquí para impedir que esos bandidos de la Vendée se dirijan a Nantes; pero si intentan el avance, nosotros seremos impotentes para resistirlo. El general Canclaux nos dijo que esperásemos en esta aldea, donde no tardarían en reunírsenos otras medias brigadas para dar una batida a esa línea de bosques que tenemos enfrente; pero han transcurrido seis días, nadie viene a reforzamos y extraño mucho que ese bribón de Charette, que todo lo sabe, no haya aparecido aún por estos sitios para sorprender nuestra tropa aislada y olvidada en medio de un país hostil. ¿Qué opinas tú de esto que digo?

Guzmán sacudiendo su dulce soñolencia, hizo un gesto de desprecio.

—¡Bah! — contestó con la bizarría que le daba la confianza en su valor—. Que se presente aquí Charette con todas sus hordas de bandidos y verás qué paliza le largamos. Nuestra gente es buena.

—No dudo del valor de nuestros soldados, pero tampoco son cobardes los fanáticos de Charette y pasan de diez mil los que le siguen cuando reúne todas sus fuerzas. Ya comprenderás que nos veríamos en un apuro si toda esa avalancha cayera sobre nuestra media brigada.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—No lo sé. No he encontrado todavía una idea que nos saque de este conflicto. Retroceder es tal vez dejar a Nantes al descubierto y el camino franco a los vendeanos. Avanzar equivale a una locura, pues en esos bosques donde pulula el enemigo, es indudable la derrota.

—Pues yo voto por la locura —dijo Guzmán sin jactancia—. Prefiero que avancemos a permanecer aquí inactivos y sin hacer nada por la República. Además, en esos bosques que tanto pareces temer, presiento yo que encontraremos algo que nos dará luz acerca del paradero de la baronesa. Dampierre y Beringel van con Charette; pues cuanto más nos acerquemos a este bandido, mayor será la probabilidad de saber algo. Creo que me explico con lógica.

—Sí, Félix, y esa misma lógica es la que me dice que con mil quinientos hombres no debemos metemos en un terreno desconocido, donde existen en armas más de diez mil salvajes.

—Sea como tú quieras —dijo Guzmán con resignación—. Permanezcamos inmóviles y aguardemos con paciencia que vengan a unírsenos esos batallones prometidos.

Y Guzmán, encendiendo su pipa que durante el diálogo se había apagado, envolvióse en una nube de humo, y dejando caer la cabeza sobre el respaldo de su asiento, permaneció inmóvil, silencioso, con la soñadora mirada fija en el techo.

Comenzaba a extinguirse el día. Las sombras iban condensándose en la habitación y el horizonte se obscurecía, borrándose los contornos de los bosques.

La lluvia arreciaba al aproximarse la noche y por frente a la ventana pasaron algunos grupos de soldados con el fusil bajo el brazo, los picos del sombrero chorreando y la expresión resignada y tranquila del hombre de guerra que está acostumbrado a todas las fatigas y penalidades, sin que cosa alguna pueda extrañarle.

Eran los centinelas y destacamentos avanzados, que iban a establecer en torno de la aldea un cordón de vigilancia, relevando a los que habían prestado el mismo servicio durante el día.

Esta manifestación del deber militar hizo que los dos jóvenes sacudiesen el letargo que les embargaba.

Guzmán fue a la ventana, y después de seguir con la mirada la marcha de aquellos grupos y su desfile por la llanura, dijo a Vadier con alegre acento:

—Óyeme, ciudadano coronel; no creas que olvido mis deberes. Dentro de media hora montaré a caballo y pasaré revista a las avanzadas. ¡Vaya una guerra penosa! Con estos malditos vendeanos hay que estar

vigilando a todas horas y no olvidar la más ligera precaución.

Unos pasos, en extremo ruidosos, sonaron al otro lado de la puerta de la habitación. Parecían de un ser corpulento y pesado, que no podía moverse sin hacer temblar cuanto estuviera a su alrededor.

—Ahí está Goliat —dijo Vadier.

Abriose la puerta y entró un hombre, cuya cabeza casi rozaba el dintel. Era en efecto el sargento Goliat, el soldado más alto del ejército francés y eso que en aquella época la Revolución parecía haber creado toda una generación de gigantes para que la sirvieran.

Aquel coloso tenía en el rostro una sonrisa casi infantil, y a pesar de su rostro tostado y de varias cicatrices que le desfiguraban, conocíase que era muy joven.

Su historia era sencilla y él la relataba con esa ingenuidad molesta de los seres cándidos que creen que interesan a todos los hechos de su propia vida.

Desconocía a sus padres y su propio nombre. Lo primero de que se daba cuenta al recordar su pasado, era que vagaba por el barrio de San Antonio y que la gente le llamaba Goliat, sin duda porque a los siete años tenía casi la fuerza y el aspecto de un hombre.

Había vivido a la ventura protegido por esa Providencia especial que parece amparar a los vagabundos de las grandes ciudades. Se ganó la vida unas veces descargando barcos en el Sena y otras haciendo ejercicios de fuerza, ridículamente pintarrajeado, en las plazas de París o en el Puente Nuevo. Levantaba con una mano un racimo de hombres, ganaba en fuerza a dos caballos, rompía enormes piedras a puñetazos, hacia añicos una barra de hierro entre los dientes, se ceñía una cadena al pecho, bastándole respirar fuerte para romperla, y todas estas habilidades monstruosas valíanle algunos ochavos y mucha popularidad.

En su estrecho cerebro de atleta, donde no cabían más allá de dos o tres ideas, sólo existía un confuso y ridículo concepto de lo que era la Revolución; pero había sido de los primeros en asaltar la Bastilla, había matado suizos en las Tullerías el 10 de agosto y al ser declarada la patria en peligro, creyó que era un deber alistarse como voluntario en la plaza del Hotel de Ville.

Sus brutalidades de atleta causaron sensación en el ejército del Norte.

En Valmy divertíase en atrapar las granadas prusianas para

arrancarles la espoleta impidiendo que estallasen, y por esto lo hicieron cabo; en Jenmapes, al asaltar las trincheras, mataba a los enemigos a puñetazos, y por este rasgo lo hicieron sargento. Salía de los combates cubierto de sangre y con heridas de arma blanca, que para él equivalían a rasguños; considerábase dichoso en la guerra, sonreía con estúpido gozo cada vez que le cumplimentaban los jefes por su valor, y lo único que le entristecía, lo que agriaba su gloria, era que aunque por orden del general se le daba siempre doble ración, no encontraba nunca en las marmitas suficiente cantidad para llenar su estómago.

Esta hambre desesperada, feroz e interminable, que estaba martirizando a todas horas las entrañas del gigante, era la causa principal de que el sargento Goliat adorase al comandante Guzmán, a cuyo batallón pertenecía.

El joven jefe daba carta blanca a su subordinado en asuntos culinarios, encargándole de las provisiones del batallón para que de este modo pudiera combatir al feroz e implacable enemigo que llevaba en las entrañas.

La gratitud de Goliat era inmensa. Nunca se había sentido tan feliz y satisfecho como en el batallón del 10 de agosto, y si su comandante le hubiese mandado escalar el cielo, de seguro que lo habría intentado sin vacilación alguna.

Entró el sargento Goliat, como hemos dicho, en la habitación donde estaban los dos jefes y al verlos terció su fusil, que en sus enormes manos parecía una ligera pluma, y se llevó la mano al viejo sombreo, saludando militarmente. El gastado uniforme azul, a pesar de que era el más grande que había salido de los talleres del ejército, estaba tan ajustado sobre aquel enorme cuerpo y de tal modo oprimía los miembros atléticos y robustos, que a cada movimiento del gigante, el viejo paño y las costuras parecían próximos a rasgarse y a estallar.

—¿Qué ocurre, sargento? —preguntó Guzmán a su subordinado.

Y la voz de Goliat, que no era tan voluminosa como su cuerpo y por extraño contraste tenía cierto tonillo atiplado, contestó lentamente:

—Acabamos de hacer un prisionero en las avanzadas.

—¡Un prisionero! —exclamo Vadier—. ¡Bah! Será algún aldeano imbécil que os habrá inspirado sospechas.

—No, mi coronel; es un vendeano, uno de esos bandidos que

martirizan y achicharran a nuestros camaradas. Lleva escapulario en la chaqueta y no niega que es defensor del rey. Le hemos cogido espiándonos y ha herido a uno de mis soldados antes de que yo pudiera echarle la mano encima.

Un ademán de los dos jefes, indicó a Goliat el deseo de que fuese más explícito y relatase todo lo ocurrido.

—Estábamos esta tarde de avanzada en el camino que conduce al bosque, cuando nuestro centinela dio el quién vive, mirando a unos matorrales que estaban a poca distancia. Acudí con dos soldados. El centinela dijo haber visto una cabeza, que asomando con precaución tras el matorral, examinaba la casucha donde tenemos nuestra avanzada y las obras de fortificación que en ella se han hecho. Al dirigirnos hacia la maleza huyeron los que estaban escondidos y que debían ser cuatro o cinco hombres. Vimos cómo se agitaban las malezas y distinguimos a ese hombre que traemos prisionero, el cual se escapaba a gatas. Al verse sorprendido y que le cortábamos la huida, se levantó, echóse a la cara el fusil e hizo fuego, hiriendo a uno de mis soldados. Yo entonces me arroje sobre él, de una manotada le arranqué el arma arrojándola lejos, y después de cogerle por el cogote y levantarlo en alto cual si fuese un gato maligno, le administré unos cuantos puñetazos para que se acordara bien de lo ocurrido. Hacia aquí lo traen los de mi avanzada y no tardaréis en verlo.

—¿Y cuál es el aspecto de ese vendeano? —preguntó Guzmán.

—Pues el mismo de todos ellos; un campesino rudo, zafio, asqueroso, con cara de imbécil, pero con ojuelos de malicia. Es ya viejo y dice que tiene categoría de teniente en lo que esos bandidos llaman el ejército del rey. ¡Buenos tenientes los de ese ejército de bandidos! Al menos esta vez —continuó riendo con expresión irónica— he tenido el gusto de dar de puñetazos a un superior en categoría. Mi gente, indignada por haber herido al pobre soldado, quería fusilar inmediatamente a ese viejo y he tenido que hacer esfuerzos para que me obedeciesen y lo trajeran aquí. Creo que lo más justo es fusilarlo así que preste declaración en forma ante vosotros que sois los jefes.

En este momento sonó ruido de pasos dentro de la casa, y Goliat, asomándose a la puerta de la habitación, gritó a la gente que llegaba y que suponía eran sus soldados:

Adelante, ciudadanos; entrad al prisionero.

III.- LA DECLARACIÓN

Era el prisionero tal como lo había manifestado el sargento Goliat, un hombre viejo pero fuerte, de pequeña estatura, cuerpo enjuto y ademanes torpes y bruscos, pero que indicaban fuerza y resolución.

Antes de entrar él en la sala, un soldado había dejado sobre la mesa una lámpara, cuya luz, no muy clara, disipó las sombras del crepúsculo.

Casualmente la pantalla estaba colocada de forma que toda la luz concentrábase en el espacio existente entre la mesa y la puerta.

Vadier, colocado cerca de la lámpara, quedaba en una penumbra que permitía distinguir sus facciones; pero Guzmán, sentado detrás de ella, quedaba envuelto por completo en la densa sombra, que aún parecía más negra por el contraste con la rojiza claridad.

El prisionero entró empujado rudamente por los soldados, que se retiraron a una seña de Vadier.

El sargento Goliat quedó en la puerta obstruyendo el paso y en actitud del subordinado obediente, que no ve ni oye nada, ni está dispuesto a desempeñar otro papel que el que le encarguen sus superiores.

El viejo vendeano, que mostraba en su cuerpo cierto quebrantamiento producido por las rudas caricias del sargento Goliat y de los soldados que hasta allí le habían escoltado, paseó una mirada rápida y curiosa por toda la sala, fijándose en Vadier, única persona a quien vio.

En su rostro notábase una expresión inquieta, interrogante y astuta; pero hacía esfuerzos por aparentar el gesto de un hombre tosco y casi próximo a la imbecilidad.

Vadier notó que su amigo Guzmán, al ver al prisionero, se revolvía inquieto como si acabara de experimentar inmensa sorpresa, y antes de que él pudiera hacer una sola pregunta, la voz de su amigo salió de la

obscuridad con una entonación solemne e iracunda, que alarmó aun al mismo coronel.

—Siéntese el llamado Apalea-ranas.

El viejo campesino se estremeció, mirando con expresión de angustiosa alarma, la densa sombra que se extendía más allá de la lámpara. Pero como nada vio, sus ojos fueron a fijarse en Vadier, única persona que aparecía visible, permaneciendo inmóvil y callado.

Durante algunos segundos, el vendeano, trémulo y como aturdido, clavó sus ojos, tan pronto en Vadier, como en aquel espacio de sombra, en el cual comenzaba a distinguir un bulto negro de indeterminados contornos.

—Señores —dijo con humildad exagerada y dirigiéndose lo mismo al silencioso

Vadier que a aquella voz que salía de la obscuridad—. No conozco ese nombre que acabáis de darme. Yo soy un pobre viejo…

Pero no pudo continuar, pues la misma voz volvió a sonar en el silencio de la sala.

—Sois el posadero del camino de San Miguel de Dol y os mando que os sentéis. Tenemos que hablar largamente.

Estas nuevas palabras anonadaron al vendeano, convencido ya de que estaba en presencia de un ser misterioso, con el cual la mentira resultaba inútil.

Sentose en la primera silla que halló a mano, y bajando su cabeza con resignación, esperó nuevas preguntas.

Guzmán, que desde el primer momento había reconocido al feroz dueño de la posada del Gallo Rojo, no tardó en continuar sus preguntas.

Sin poder explicarse la causa, creía que el encuentro con aquel hombre tenía algo de providencial y le había de proporcionar el conocimiento exacto de muchas cosas, que tanto a él como a Vadier les atormentaban desde hacía ya mucho tiempo.

—Creo que ahora, viejo bandido —dijo con expresión iracunda—, no intentaréis negar vuestro nombre. Bien comprenderéis que aquí os conocemos. Vuestros crímenes van a ser por fin castigados. Sólo la verdad podría proporcionaros la salvación. Contestad, pues, a todo y cuidado con mentir, pues así como sabemos que en vuestra posada asesinasteis a un hombre y a un niño para robar cierta cantidad que

pertenecía al Estado, conocemos todos los hechos de vuestra vida.

El viejo, a pesar de su feroz carácter, temblaba al considerar lo bien enterados que estaban allí de sus crímenes y su pavor iba en aumento al pensar si del mismo modo podría repetir aquella voz misteriosa las demás fechorías que él había cometido en su salvaje existencia de guerrillero realista.

—Ante todo —dijo Guzmán—. ¿Pertenecéis a la tropa de Charette?

—No, mis señores —contestó Apalea-ranas lentamente como midiendo el valor de sus palabras, para no decir más que lo necesario y que le creyesen veraz—. Charette es mi general; pero yo soy teniente en la división que mandan el señor marqués de Dampierre y el señor conde de Beringel.

Esta vez Vadier salió de su inmovilidad e instintivamente se hizo atrás un poco para ocultar la emoción que le producían tales nombres. Fue a hablar, pero sintió que Guzmán le tiraba de una manga y dejó que el comandante continuase su interrogatorio, sin extrañarle que se alejase del punto más importante, sin duda para turbar al prisionero.

—¿Y dónde está Charette? —siguió preguntando Guzmán.

—Lo ignoro, mis señores. El general no da a nadie cuenta de sus actos y hace más de un mes que se separó de nuestra división.

—Te pregunto si sabes dónde está Charette y cuándo iba a reunirse con vosotros.

—Yo, señores míos —dijo el viejo quejumbrosamente— ignoro dónde se halla Charette. No quiero engañaros faltando a la verdad.

—Pues mientes, asesino —gritó aquella voz que intimidaba al viejo —. Mientes, porque tu presencia en las inmediaciones de esta aldea, ha sido ordenada por Charette. Te han enviado para que nos espíes y descubras algún punto que facilite una sorpresa.

Guzmán nada sabía. Hablaba a la ventura sin creer en sus propias palabras; pero pronto conoció que había acertado, al ver que aumentaba la turbación del viejo.

—Yo, señores —balbuceó— no he visto a Charette hace mucho tiempo y no puedo haber recibido órdenes suyas.

—Bien —continuó Guzmán— dejaos de distingos y hablad claro. Admito que Charette no os haya enviado directamente; pero siempre resultará que os han dado la orden de espiarnos esos marqueses y condes

que decís tener por jefes.

Apalea-ranas bajó la cabeza como si cada una de las palabras que profería aquella voz misteriosa, fuese un mazazo que recibía su rebelde voluntad.

Guzmán, comprendiendo el efecto que causaba en el vendeano, siguió hablando con voz que por momentos se hacía más iracunda.

—Oíd, viejo bandido. Creo que sabréis la suerte que en el ejército republicano les está reservada a los espías. La salud de la patria nos hace ser inexorables con los hombres como vos. Antes que amanezca seréis conducidos fuera del pueblo con una linterna encendida sobre el pecho y se os fusilará. Esta es vuestra suerte, y es inútil que penséis en resucitar al tercero día, como creen muchos de vuestros papanatas. Esos mismos curas que os engañan con sus farsas dicen que sólo resucitan los que mueren en la guillotina. El milagro no será con los fusilados. Vais, pues, a morir para siempre.

Estas palabras de Guzmán acabaron de aterrar al viejo posadero, y lo que principalmente aumentaba su pavor era que iba a ser fusilado, pues creía firmemente en la resurrección de los guillotinados.

Por esto a pesar de su dureza de malvado empedernido tembló cuando la misma voz dijo con expresión de mando:

—Adelante, sargento Goliat; ponedle a ese hombre el farol en el pecho y que lo fusilen fuera del pueblo.

El coloso avanzó, extendiendo una de sus poderosas zarpas, y el viejo, casi enloquecido por el terror, cayó de rodillas, y fijando sus extraviados ojos en la sombra, gritó con acento lastimero.

—Piedad, señores; tengo mujer, tengo hijos.

Goliat, a pesar del odio que profesaba al viejo por haber herido a uno de sus soldados, detuvo en el aire su pesada mano, movido por un impulso de su corazón de buen muchacho.

Transcurrieron algunos minutos de absoluto silencio, y al fin volvió a sonar la voz de Guzmán:

—Retiraos, sargento. Después os llevaréis al preso.

Goliat volvió a ocupar la puerta, y el interrogatorio continuó:

—Os tenemos lástima —prosiguió Guzmán— y prolongaremos un poco vuestra vida, sin que por esto esperéis perdón, pues aparte del espionaje, son tan grandes vuestros crímenes, que no merecen

misericordia. Pero si no os mostráis rebelde y decís verdad a todo cuanto se os pregunte, en vez de fusilaros esta misma noche, os enviaremos a Nantes, donde el tribunal revolucionario os guillotinará, y si son ciertas las predicaciones de vuestros curas, resucitaréis al tercero día.

A pesar de lo ridículo que era el absurdo milagro de la resurrección, en el rostro del bandido fanático marcóse la alegría, como si la guillotina fuese una salvación cierta para su vida en peligro.

Ya renacía su tranquilidad. Morir en la plaza de Nantes sobre la lúgubre máquina revolucionaria, era preferible a caer fusilado dentro de algunos minutos en las afueras de la aldea, y bien valía algún sacrificio por su parte esta concesión tan grande. Por esto hizo varios movimientos afirmativos con su cabeza, cuando dijo Guzmán:

—Mas para que cambiemos vuestra suerte, es preciso que no os mostréis rebelde ante nosotros y que contestéis con veracidad a todas las preguntas.

Y en vista de que el viejo posadero manifestábase dispuesto a obedecer, Guzmán se lanzó a hacer la pregunta que vagaba en sus labios desde que había empezado el interrogatorio:

—¿Conocéis a la baronesa de la Tour d'Argent?

El vendeano permaneció impasible algunos instantes y por fin hizo un signo negativo.

La voz que salía de la obscuridad se alteró con estremecimientos de impaciencia y de irritación.

—Pensad bien lo que decís, ciudadano Apalea-ranas. La baronesa es tía de Dampierre y gran amiga de Beringel, vuestros dos jefes. Ella está en Bretaña hace ya más de un año y vos debéis conocerla. Os prevengo que vuestra mentira será inútil, y que para hacer que os vuelva la memoria tenemos ahí al sargento Goliat, que os colocará el farol encendido sobre el pecho y os conducirá fuera de la aldea. Conque vamos a ver, ciudadano insurrecto; ¿conocéis a la baronesa Amalia Dampierre?

Esta vez el viejo no dudó. Estaba convencido de que la promesa de fusilamiento se realizaría inmediatamente y además pensó que ningún daño causaba a su partido diciendo que conocía a la vieja aristócrata.

—Sí, señores míos: conozco a la señora baronesa y varias veces me ha distinguido, permitiéndome hablar con ella.

—Celebro que contestéis verídicamente —dijo Guzmán— y espero que de igual modo iréis respondiendo a todas mis preguntas.

Vadier no ocultaba la ansiedad que le producía aquel interrogatorio, y el viejo vendeano, cada vez más aterrado por la voz amenazadora, creía alejarse de la posibilidad del fusilamiento, haciendo gestos de estúpida adulación y moviendo la cabeza para afirmarlo todo.

—¿La baronesa acompaña a su sobrino en las correrías que éste y Beringel hacen?

—Algunas veces, señores míos.

—¿Acompaña alguna mujer a la baronesa?

—Dos señoritas, que creo son sus sobrinas.

—¿Charette se trata con la baronesa?

—Creo que sí, aunque no estoy muy cierto de ello. Yo sólo soy teniente en los ejércitos del rey, y los generales, como son nobles, se tratan poco con nosotros los plebeyos.

—¿Sabéis si Amalia Dampierre conoce los escándalos y las monstruosidades de Charette?

El viejo, a pesar de su situación, sonrió con cinismo.

—En nuestro ejército —dijo— a nadie espantan las bromas de Charette. Cada uno tiene en este mundo su cruz y la de nuestro pobre general consiste en que no puede ver con tranquilidad la falda de una mujer. Esto es lo que pierde su alma.

—¿Pero no sabéis si Charette siente alguna predilección por las sobrinas de la baronesa?

—No lo sé. Si las ha visto es seguro que no le habrán sido indiferentes, pues las dos señoritas son hermosas; pero creo que no es fácil las conozca, pues nuestra división se ha incorporado pocas veces al ejército del general.

—¿Y la baronesa dónde está ahora?

Guzmán preparaba esta pregunta desde mucho antes y todas sus anteriores palabras tenían por objeto entretener y aturdir al campesino; pero este se apercibió del lazo cuando iba a hablar y se detuvo indeciso, comprendiendo que tal contestación era más importante que todas las anteriores.

Reinó un largo silencio y por fin Guzmán dijo con su tono amenazante:

—No mintáis ni permanezcáis silencioso. Decid la verdad si es que no queréis ser fusilado inmediatamente. Contestad, ¿dónde se halla ahora la baronesa?

El viejo bandolero, en quien tal pregunta había producido el efecto de un jarro de agua, aparecía sereno, inquebrantable, como si acabara de adoptar una resolución definitiva.

—No lo sé. Hace tiempo que la baronesa se separó de su sobrino y marchó no sé a dónde.

—Pensad bien lo que decís antes de que nos decidamos por una resolución extrema. Por última vez vuelvo a preguntaros, ¿dónde está la baronesa?

—Lo ignoro.

Con tal rotundidad eran pronunciadas estas palabras y tal expresión de fría testarudez notábase en el rostro del viejo, que Guzmán comprendió que iba a ser muy difícil el hacerle hablar.

La tenacidad del aldeano fanático y realista había resucitado en el viejo bandido; impedíale hablar aquella exaltación que hacía que los vendeanos muriesen tranquilos en defensa de su causa. Revivía en él el afecto inconsciente, la veneración casi religiosa a los nobles, gentes consideradas como de raza superior, y antes quería morir que contestar a una pregunta, en la cual tal vez se envolvía la perdición de una linajuda familia.

Guzmán, para quebrantar aquella oposición tenaz, intentó el medio que creía supremo.

—Avanzad, sargento —gritó al gigante que obstruía la puerta—. Coged a ese hombre y cumplid lo que dispone el decreto dictado por la Convención contra los enemigos de la patria y de la República.

Esta vez la enorme manaza de Goliat cayó sobre el cuello del viejo vendeano, quien se sintió arrastrado hasta el punto de que sus pies se elevaron sobre el suelo.

Iba seguramente a la muerte; no podía esperar compasión, y sin embargo, el terror de momentos antes no reaparecía en su rostro y mostraba ahora la fría impavidez del que cumple con su deber.

Guzmán vio todo esto lo mismo que su amigo Vadier, que se agitaba en su asiento, nervioso e indeciso, sintiéndose irritado contra aquel hombre que no quería hablar y no queriendo al mismo tiempo que le

fusilasen, pues con su muerte perdían ellos importantísimas revelaciones.

La escena fue rápida. El viejo, que oprimido entre las potentes garras del coloso parecía un mísero ratoncillo, estaba ya casi al otro lado de la puerta de la habitación, cuando gritó Guzmán:

—Detente, Goliat. Entra otra vez a ese hombre. Prolongaremos su vida algunos minutos a ver si logramos entendernos.

El enorme soldado, con tan pocos miramientos como antes, condujo al viejo hasta una silla y lo sentó allí rudamente, mostrando a pesar de su subordinación, cierto pesar porque le arrebataban su víctima.

—Mirad, viejo testarudo —dijo Guzmán—. Vais a ser fusilado por no comprender el objeto de nuestras preguntas. Bien se conoce que sois un legítimo bretón y tenéis la cabeza más dura que un peñasco. Si quisiéramos aprovechar vuestras respuestas para hacer daño a los vendeanos, no os preguntaríamos por una baronesa y sus sobrinas, sino dónde está Charette, con qué fuerzas cuenta, cuál es el mejor medio para sorprenderlo, y entonces vos obraríais como un buen realista negándoos a contestar.

Al viejo parecían causarle gran extrañeza estas palabras, dichas con un tono conciliador.

—Pero como no deseamos —continuó Guzmán— aprovecharnos de vuestras revelaciones para batir a los vuestros, a quienes sabemos derrotar sin necesidad de espionajes, de aquí que nada os pregunte referente a vuestros jefes. No quiero saber dónde están Charette y sus tenientes, ni si proyectan algo contra nosotros, como parece indicarlo vuestra presencia en los alrededores de esta aldea: lo único que deseo saber es dónde se halla la baronesa. ¿Estáis dispuesto a contestar?

El silencio del viejo equivalía a una rotunda negativa. Pero Guzmán se había propuesto ser benévolo y transigente con aquel hombre y continuó con marcada expresión de halago:

—Veo que continuáis sin entenderme. Ya que sois tan estúpido os hablaré con claridad. Yo tengo gran interés en ver a la baronesa, de la que fui en otros tiempos gran amigo: decidme dónde se encuentra, y si el viaje no ofrece grandes peligros y ella vive sola alejada de su sobrino y de Beringel, esta misma noche iremos a visitarla y vos me serviréis de guía. Por este servicio es fácil que os libréis, no sólo de ser fusilado, sino hasta de la guillotina de Nantes. ¿Qué os parece la proposición?

El viejo reflexionaba y una sonrisa fugaz cruzó su rostro. Guzmán, que le contemplaba desde la sombra, sonrió también.

Había adivinado lo que pensaba el viejo. Aquella marcha nocturna por terrenos que él, como campesino bretón, conocía palmo a palmo, proporcionábale gran facilidad para la fuga. Aceptaba la proposición; pero le parecía tan seductora, que guardaba silencio como si temiera caer en un nuevo lazo, tendido por aquel hombre misterioso que se ocultaba en la sombra.

—Decidíos pronto —dijo Guzmán— entre ser fusilado inmediatamente o acompañarme al lugar donde se halla la baronesa.

—Admito lo segundo —dijo el vendeano—. Os acompañaré, ya que vuestra visita no ha de proporcionar mal alguno a la señora baronesa.

Vadier estaba asombrado por las proposiciones de Guzmán, que le parecían un absurdo; pero permanecía silencioso no queriendo turbar el interrogatorio, que indudablemente obedecía a un plan formado rápidamente por su amigo.

—Ya que logramos entendernos —dijo el capitán—, hablemos con claridad, ciudadano Apalea-ranas. ¿Dónde está la baronesa?

—Allá en la selva —contestó el viejo señalando la ventana, en la cual las negras sombras de la noche y la lluvia cada vez más tenaz, habían tendido un denso velo borrando el lejano paisaje.

—Eso es no decir nada, ciudadano insurrecto: la selva tiene ocho leguas de extensión; hablad, pues, más claro. ¿En qué lugar de la selva está esa mujer?

—En la torre del Obispo.

Vadier y Guzmán, a pesar de que creían conocer perfectamente el país, nunca habían oído este nombre. En ninguno de los mapas de la Bretaña lo habían leído y tampoco debían conocerlo los pocos patriotas del país que servían de guías a las columnas republicanas.

—¿Qué torre es esa? —preguntó Guzmán.

—Es una vieja torre casi arruinada y que según dice un barbero muy instruido que sirve de cirujano en el ejército del rey, perteneció en otros tiempos a un obispo de Nantes.

—¿Y en esa torre vive la baronesa?

—Sí, señores míos. Allí está la señora desde hace algún tiempo con sus sobrinas y otras santas mujeres, que se ocultan por miedo a los

azules.

—¿Qué distancia hay de aquí a la torre del Obispo?

—Unas cuatro leguas, señores.

—¿Cómo es el camino?

El viejo bandido sonrió irónicamente y dijo después:

—Para las gentes que se ocultan, un camino es el mayor de los peligros. Por eso la torre del Obispo vale tanto; porque para llegar a ella hay que seguir senderos que sólo conocen los animales de la selva y que el hombre huella muy de tarde en tarde.

Transcurrieron algunos minutos en medio del más absoluto silencio y sin que nada turbase la colocación de los personajes. Guzmán en la sombra, Vadier como asombrado por las palabras de su amigo que le parecían extrañas, el viejo vendeano inmóvil en su silla, pero mostrando en su rostro una confianza naciente, y el sargento Goliat en la puerta con el fusil terciado y la diestra pronta a agarrar al prisionero.

—Ciudadano insurrecto —dijo Guzmán—. Creemos que has dicho verdad: ahora sólo te falta para librarte del castigo que tanto mereces, ser fiel esta noche guiándonos hasta la torre del Obispo. Sargento —continuó dirigiéndose a Goliat, que inmediatamente se despegó de la puerta—. Coged al preso y llevadlo a la avanzada en el camino que conduce a la selva. Esperadme allí y escoged diez hombres ágiles y atrevidos. Esta noche vamos de expedición.

El gigante agarró del cuello al viejo vendeano, quien antes de salir saludó profundamente primero a Vadier y después a la densa sombra.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Vadier abandonó su asiento, y mirando a Guzmán, díjole con expresión de dulce reproche:

—Y bien, ¿qué es lo que te propones hacer? ¿Es que estás loco? ¿Qué idea disparatada es esa de hacerte guiar por ese hombre en un país desconocido y lleno de peligros?

Guzmán, que también se había puesto en pie, contestó con risueño laconismo:

—Quiero ir esta noche a la torre del Obispo.

—¿A qué? ¿A que te maten? ¿A que te hagan pedazos como los infelices mártires de Machecoul?

—No, pardiez, no quiero darles ese gusto a los vendeanos: iré a la torre del Obispo, pero será para ver a nuestras amadas, para arrancarlas

del poder de la baronesa, para librarlas de un terrible peligro, porque tú, sin duda, amigo Santiago, no piensas en lo difícil que debe ser la existencia de dos jóvenes honradas y hermosas en un país donde impera ese mono libidinoso a quien llaman Charette.

Estas palabras sumieron a Vadier en profunda reflexión.

—Es verdad-murmuró con tristeza—. Urge librar a nuestras amadas del peligro en que se hallan. Pero esto no impide que sea un absurdo lo que tú piensas hacer esta noche. Además, Margarita y Luisa cuentan con la defensa de la baronesa y de Dampierre y Beringel.

—¡Bah, buenos defensores son estos! Margarita aún puede confiar algo en el auxilio de su hermano; pero en cuanto a Luisa, mayor peligro es para ella César Dampierre que el mismo Charette. Por eso tú puedes permanecer tranquilo; pero no me disuadirás de que esta noche vaya yo a la torre del Obispo.

—Si yo pudiera acompañarte —murmuró Vadier— con desaliento.

—Acompañarme, ¿para qué? En esta clase de expediciones conviene ser poca gente. Además tu deber está aquí y ni por un momento debes abandonar la media brigada, que se halla en país hostil y casi frente al enemigo. Bastante haces con permitirme que abandone por una sola noche mi batallón y vaya a correr esta aventura.

Los dos amigos comenzaron a discutir sobre lo arriesgada que resultaba la expedición.

Vadier, impulsado por el afecto amistoso, oponíase a que su amigo arrostrase tantos peligros; pero al mismo tiempo sus deseos de amante hacíanle encontrar tolerable la descabellada aventura.

Como argumento decisivo dijo a Guzmán:

—Ese viejo es un bandido astuto que indudablemente proyecta el deshacerse de ti. ¿No viste aquella sonrisa extraña que cruzó por su rostro al oír que te proponías marchar esta noche a donde se halla la baronesa?

—Vi esa sonrisa lo mismo que tú y sé lo que significa: la esperanza de escapar apenas estemos en lo más intrincado de la selva y de dar aviso a sus compañeros para que nos pasen a cuchillo. Pero descuida; conozco hace tiempo a ese viejo, sé de lo que es capaz y no es fácil que me engañe. Tomaré mis precauciones y durante la marcha lo confiaré a los cariñosos cuidados del sargento Goliat.

Vadier fue cediendo poco a poco en su oposición.

Ya que Guzmán mostraba tanto empeño en acometer la audaz aventura, concedíale permiso para separarse de la media brigada, aunque con la condición de que no había de exponerse mucho y de que al día siguiente, en las primera horas de la mañana, estaría ya de vuelta en la aldea.

Los dos amigos despidiéronse con un estrecho abrazo. La emoción que experimentaban era mayor que en circunstancias más peligrosas; pero a pesar de esto ninguno de los dos adivinaba que aquel abrazo sería el último que podrían darse.

Guzmán tomó sus pistolas metiéndolas en el cinturón de su sable, se envolvió en su gruesa capa de campaña y salió a la calle, diciéndole a Vadier con una expresión de confianza a toda prueba:

—Mañana al amanecer me tendrás aquí. Esto es una aventura sin importancia, de la que saldré con felicidad. Tal vez experimentes una sorpresa viéndome llegar en agradable compañía con las que tanto amamos.

Y se lanzó a la calle, recibiendo la ruda caricia de un viento huracanado que arremolinaba la incesante lluvia y sacudía los tejados y paredes de la aldea con latigazos de agua.

IV.- CAMINO DE LA SELVA

La avanzada en que el sargento Goliat esperaba a su jefe, estaba establecida en una choza de paredes de barro y techo de paja, que se estremecía a impulsos del vendaval y filtraba por muchas partes la ruidosa lluvia.

Una fogata de ramas verdes que chisporroteaban, dando más humo que calor, ardía en un ángulo de la choza bajo una abertura del techo que servía de chimenea y por la cual penetraban gruesas gotas de agua, que cayendo sobre el fuego producían continuos chirridos.

Goliat se hallaba sentado en un tronco cerca del fuego, con la pipa de barro entre los dientes y teniendo al alcance de su mano al viejo Apalea-ranas, que estaba inmóvil y encogido como si quisiera empequeñecerse, para no atraer sobre sí las miradas oblicuas y hostiles de los veinte o treinta soldados, que sentados o de pie, fumando sus viejas pipas y silenciosos, agrupábanse en torno de la hoguera buscando un poco de calor.

Nadie hablaba. Todos estaban como en meditación, siguiendo con distraídos ojos las espirales del humo del tabaco o el negro e infecto penacho de la hoguera; pero en realidad callaban para que los ruidos fuesen más perceptibles y a su atento oído no se escapara el más insignificante roce.

Esto era lo que hacía más ruda la campaña en la Vendée.

El ejército del Norte, ante las tropas regulares de los aliados, el soldado hacía un servicio más ligero, sin temor a viles emboscadas ni a traidoras sorpresas; pero en la Vendée, como decían los voluntarios de la República, había que dormir con los ojos abiertos, esperando a cada instante alguna estratagema diabólica del enemigo.

Especialmente en las avanzadas de las tropas de la República, la

vigilancia extremábase hasta un límite inconcebible.

No eran necesarias las órdenes de los jefes para evitar los descuidos. El instinto de los soldados adivinaba la clase de enemigo que tenían enfrente, su astucia diabólica, su audacia inconcebible, y esto bastaba para que a todas horas vigilasen sin dejarse vencer por el cansancio.

Si no hablaban era por temor a que el ruido de sus palabras borrase en el espacio el rumor de los lejanos pasos; si a cada instante se asomaban a la puerta de la choza, era para ver si en la obscuridad de la campiña distinguían las negras siluetas de los centinelas, erguidos de trecho en trecho, envueltos en gruesos capotes y con el capuchón hasta los ojos; y a pesar de los extraños rugidos del vendaval, bastaba el más leve rumor, que pareciese no proceder de la tempestad, para que inmediatamente los soldados lanzasen una ojeada a sus cargados fusiles que tenían entre las manos, y que no abandonaban ni aun para acostarse en el suelo y dormir agitados por nerviosa zozobra.

A los pies del sargento Goliat, enroscado y cual un montón de negras lanas, en las cuales brillaban dos ojos como ascuas, estaba un enorme perro, que de vez en cuando se agitaba con nervioso estremecimiento, y avanzando la cabeza para mirar al viejo prisionero, rugía sordamente.

Era el ahijado del batallón del 10 de Agosto. Había ido a la guerra del Norte siguiendo a su amo, un mocetón de la Auvernia que se había inscrito como voluntario arrastrado por el general entusiasmo; el batallón había tomado cariño a aquel perrazo infatigable y fiero, que saltaba de alegría al oír la Marsellesa que tocaban las bandas de música y rugía sordamente enseñando los colmillos, cada vez que alguien por enfurecerle gritaba en su presencia ¡viva Luis Capeto! Un voluntario del barrio de San Antonio, que tenía sus pretensiones de orador popular y en la mochila, en vez de ropa blanca, llevaba una colección de números de El Amigo del Pueblo, bautizó al perro con el nombre de Marat y así fue conocido en adelante por todos los individuos de la media brigada número 56, quienes se declararon sus protectores decididos después que el voluntario auvernés cayó acribillado de balazos en una de las trincheras de Jenmapes.

Marat tenía todas las condiciones buenas y perversas que caracterizan al perro del soldado. Era ladrón, astuto, de apetito insaciable, ladraba ferozmente a todos los que no llevaban uniforme, los cañonazos le hacían bailar una contradanza de alegres saltos, y lo mismo se comía el plato de

rancho de algún soldado descuidado, que robaba una gallina en un corral lejano y la llevaba honradamente a donde estaba el batallón, sin arrancarla una sola pluma.

Su amigo más íntimo, el único en quien reconocía superioridad, tal vez porque le administraba puntapiés con más frecuencia, era el sargento Goliat. Los dos sentíanse atraídos por la semejanza en fuerza y en fiereza, a pesar de que les separaba una rivalidad sorda y egoísta.

El hambre canina del perro era la pesadilla del apetito voraz e insaciable del sargento.

No le bastaba ya a Goliat el permiso de su comandante para disponer libremente del fondo de las marmitas y de lo que quedaba en los sacos de galleta; no podía como antes darse soberbios atracones con la tranquila confianza de que nadie podría disputarle su enorme ración, pues al menor descuido encontrábase con que Marat huroneaba tranquilamente en sus provisiones.

Esto hacía que las patadas, los puñetazos, los ladridos y los rechinamientos de dientes se cruzasen con frecuencia entre el sargento y el perro; pero terminadas las horas del rancho, Goliat y Marat eran los mejores amigos del mundo y se buscaban con tanto ahínco como momentos antes se repelían.

Si el sargento se sentaba junto al fuego, era seguro ver entre sus piernas el enorme montón de lanas negras y brillantes del perro, y si paseaba por el campamento, Marat iba delante de él saltando caprichosamente y mirándole con expresión de súplica para que le hiciese el honor de arrojar lejos una piedra e ir él a recogerla.

En aquella noche tempestuosa, cuando el sargento Goliat esperaba en la avanzada a su comandante, el perro, fiel a su cariño, ocultábase entre las piernas del sargento, rozándose contra sus deshilachadas polainas y no dando señales de existencia más que para mirar al viejo Apalea-ranas y rugir ferozmente.

El traje de los campesinos bretones producía en Marat una exaltación feroz semejante a la rabia.

En un encuentro que la columna republicana tuvo con los vendeanos, Marat, que marchaba a vanguardia, recibió un golpe de guadaña en el lomo, del que tardó a curarse algunos días, y desde entonces no podía ver unos calzones bombachos, un justillo de piel o un sombrero redondo, sin

acometer ferozmente con las abiertas fauces erizadas de corvos colmillos.

La voz de Goliat y algunos vigorosos talonazos aplicados oportunamente, eran lo que había permitido al viejo vendeano permanecer en el interior de aquella choza sin que sus piernas sufrieran deterioro.

Transcurría el tiempo y dentro de la cabaña no sonaban otros ruidos que el rítmico e incesante gotear de la lluvia y los bufidos espantosos del vendaval, que se arremolinaba en torno de la choza para arrancarle su rústica caperuza.

Las ráfagas, colándose por el agujero que servía de chimenea, hacían oscilar las humeantes llamas de la fogata, y esta luz vacilante e indecisa, arrojaba a las paredes un bailoteo de sombras y hacía latir el tono rojizo de todas aquellas caras inmóviles y como abstraídas que se agrupaban en torno del hogar.

Uno de los soldados quitóse la pipa de la boca, y después de avanzar su cabeza como para oír mejor, dijo con voz lenta:

—Alguien viene por la parte de la aldea.

En el mismo instante Marat púsose en pie moviendo alegremente su cola.

—Es el comandante —dijo Goliat como si comprendiera lo que el perro quería decirle con sus miradas.

El sargento abandonó el tronco en que estaba sentado y se dirigió a la puerta precedido de Marat.

Por aquel informe agujero que servía de entrada, arrojaba el vendaval sus finas bocanadas revueltas con la lluvia.

El sargento se caló su viejo sombrero, colocó su fusil boca abajo con la llave bajo el sobaco para resguardarla de la lluvia y esperó la llegada de su comandante.

A los pocos minutos, Guzmán, envuelto en su capa de campaña, surgió como un fantasma de aquella densa sombra empapada de agua, que lo invadía todo, y precedido de Marat que había salido a su encuentro ladrando alegremente, llegó a la puerta, donde le esperaba su subordinado.

El diálogo entre los dos hombres fue rápido, conciso y en voz tan baja que casi se hablaban al oído.

—Oye, Goliat. Vamos a ir inmediatamente a la selva. ¿Te sientes

capaz de acompañarme?

—Iré, mi comandante.

—Ir a la selva es meterse en la boca del lobo: piénsalo bien antes de decidirte.

—Estoy decidido.

—El prisionero nos guiará.

—No tengo confianza.

—Tú marcharás a su lado y harás lo necesario para evitar su traición.

—Esto me tranquiliza.

—¿Has escogido los diez hombres que te encargué?

—Ahí dentro están; son buenos muchachos. Patriotas de París que tendrían gran gusto en hacerle la barba a Charette.

—Procura que este perro se quede aquí.

—¿Por qué, mi comandante?

—Un animal es un peligro en expediciones como esta, un ladrido podría perdemos.

—Marat no ladra si yo no se lo permito. Puede sernos de gran utilidad. Me ayudará a vigilar a ese viejo, y en caso de apuro, puede servir para enviar un aviso al campamento.

—Queda admitido el perro, ya que no quieres separarte de él. ¿Tienes una cuerda?

—No; pero la buscaré.

—Busca también un pañuelo que sea fuerte y guarda ambas cosas hasta que yo las pida.

—¿No queréis nada más?

—Que salgan nuestros hombres y el prisionero. Vamos a emprender la marcha inmediatamente.

Goliat entró en la choza y Guzmán permaneció inmóvil afuera, envuelto en su capa y sufriendo aquella lluvia torrencial.

Fueron saliendo uno tras otro diez soldados con el fusil bajo el brazo y los viejos uniformes todavía calientes por el fuego de la choza. Pasaban sin transición visible de aquel interior, relativamente abrigado, al campo raso, donde el frío y la lluvia producían estremecimientos, y a pesar de este rápido y brutal cambio, no se notaba en ellos malestar ni enfado. Eran soldados viejos que habían pasado muchas noches como aquella y

para los cuales las penalidades y los peligros eran lo normal, lo corriente, mientras que la comodidad y el descanso constituían lo excepcional, lo inesperado.

Entre ellos salió el viejo prisionero, siempre con su aspecto frío e impasible, y fue a colocarse al lado de Guzmán, mirando con alarma al enorme perro que circulaba en torno a él, rugiente y amenazador.

Goliat salió de la choza pasados algunos minutos, y aproximándose a su comandante, dijo en voz muy baja:

—Ya tengo la cuerda y el pañuelo.

—Pues, en marcha —contestó Guzmán.

Y al dar los primeros pasos por el camino que conducía a la selva, el joven comandante dijo al vendeano:

—Nos conocemos hace mucho tiempo y sé de lo que sois capaz. He visto vuestra sonrisa cuando os hablé de ir esta noche a la selva. De seguro que habéis discurrido el medio más cierto de hacernos traición; pero os prevengo que detrás de nosotros van diez fusiles, que os acribillarán apenas intentéis escaparos; que a vuestro lado va el sargento, que con sólo dos dedos os estrangulará, y casi rozándoos las piernas, marcha ese perro, que tiene grandes deseos de degollaros de una dentellada. Sed, pues, prudente y no intentéis engañarnos, porque os va en ello la vida.

Aquel grupo de hombres, que caminaba en la obscuridad como un desfile de fantasmas, pasó la línea de los centinelas, entrando en la desierta llanura que se extendía desde la aldea hasta la selva.

Marchaban de tres en tres por un camino que la lluvia convertía en lodazal y que estaba orlado por los espesos y bajos matorrales y los peñascos de la vasta llanura.

La obscuridad continuaba; pero los ojos de los audaces expedicionarios, acostumbrados ya a la lobreguez de aquel espacio ennegrecido por la noche y por las capas de agua, adquirían un poder extraño en su mirada que les hacía percibir todos los objetos del alrededor, aunque con contornos difusos.

En el cielo, que era plomizo obscuro, distinguíanse las veloces nubes negras y densas que iban de un lado a otro, como el encrespado oleaje de un mar de tinta.

A lo lejos y haciéndose más perceptible conforme avanzaba la

expedición, marcábase la negra faja de la selva limitando el horizonte.

En un momento en que el vendaval pareció calmarse, esparcióse por la llanura el metálico sonido de una campana.

Era el reloj de la aldea que daba las nueve de la noche.

Acababan de sonar estas campanadas, cuando el vendeano, que marchaba cabizbajo y silencioso, tocó respetuosamente el brazo del comandante Guzmán.

—¡Señor, señor! —dijo en voz baja.

—¿Qué ocurre?

—No tendréis queja de mí. Seré fiel y os guiaré rectamente a la torre del Obispo; pero quisiera a cambio de mi sumisión que me dijerais cómo me conocéis y estáis tan enterado de mi vida. Esto me preocupa y me aterra. ¿Sois el diablo?

Y el viejo bandido, que era capaz de todos los crímenes, temblaba involuntariamente al hacer esta pregunta.

—Bien pudiera serlo —repuso Guzmán alegremente—; puesto que el diablo, como dicen vuestros curas, ha hecho pacto con los azules. Pero no, tranquilizaos; no soy el diablo. Si os conozco y sé quién sois, es porque una vez estuve en vuestra posada del Gallo Rojo y pude apreciar por mí mismo cómo dabais hospitalidad a los viajeros. ¿Dónde enterrasteis la maleta de aquel pobre recaudador de impuestos?

El viejo se estremeció al oír esta pregunta y murmuró con lentitud:

—¿Seréis vos acaso?…

—Habéis acertado. Soy el hombre que almorzaba con el recaudador y que se libró de vuestra infame emboscada. El que para salvarse os tendió a vos y a uno de vuestros hijos con sus dos certeros pistoletazos.

Hubo una larga pausa, durante la cual se oyó el chapotear de los pies en el lado del camino.

Guzmán, en quien el encuentro con aquel bandido había despertado antiguos recuerdos, continuó sus preguntas.

—Y a propósito. ¿Qué es de vuestro hijo? ¿Qué resultado tuvo la herida?

—Mi hijo murió seis días después de aquella lucha. Yo tardé más tiempo en curarme la herida que me hicisteis.

Y el viejo, aunque seguía aparentando frialdad, profirió estas palabras con voz tan fosca y con tal expresión de odio reconcentrado, que esta vez

le tocó a Guzmán el estremecerse, arrepintiéndose de haber dicho quién era a aquel hombre. Adivinaba que ahora sentiría más deseos que nunca de entregarle en la selva a los vendeanos, para vengar de este modo al lobezno que le ayudaba en sus actos de bandidaje; pero a pesar de esta consideración alarmante, Guzmán no tuvo miedo ni pensó en volver atrás abandonando una expedición tan arriesgada.

Antes bien, para ocultar la impresión que había experimentado, siguió preguntando con indiferencia, como quien habla por librarse de la monotonía del camino:

—¿Y vuestros hijos? Indudablemente estarán en esas gavillas que llamáis ejército real.

—Mis hijos sirven a la buena causa.

—¿Y vuestra mujer?

—Quedó algo resentida de cierto golpe que le dieron en la cabeza. No tiene muy segura la razón, mas no por esto deja de prestar también sus servicios a la causa de Dios.

Y otra vez el viejo, aunque intentó expresarse con afectada indiferencia, dejó notar en su voz el temblor del odio reconcentrado.

Guzmán no hizo más preguntas. Comenzaba a reconocer que era una verdadera locura su expedición y más desde que había cometido la imprudencia de descubrirse ante su feroz guía.

Mas no por esto dudó. Su valor inspiróle una resolución enérgica.

—La vida de este bandido vale poco —pensó—. Nada de consideraciones. Así que intente vendernos, le salto la tapa de los sesos.

Todavía marchó la expedición como una media hora por el camino que atravesaba la llanura.

El sombrío contorno de la selva iba adquiriendo proporciones colosales y ya surgían en la llanura como gigantes medio enterrados en el barro y elevando sus retorcidos brazos al cielo, algunos grupos de árboles, que eran las avanzadas del bosque.

En el punto donde el camino se hundía definitivamente en la selva, Guzmán mandó hacer alto.

El vendaval había calmado, la lluvia caía con lentitud y sólo turbaba el silencio de la noche el oleaje de la selva, cuyas ramas estremecidas por las últimas ráfagas, producían un interminable quejido, un estertor de moribundo que se extendía gradualmente para volver a adquirir nueva

fuerza.

—¡Sargento! —dijo Guzmán—. Sacad eso.

Goliat comprendió. El comandante le pedía el pañuelo que llevaba en un bolsillo y la cuerda que tenía arrollada a la cintura.

Cuando el sargento presentó ambos objetos a su jefe, éste dijo al vendeano con acento de ligera ironía:

—Amigo mío; vamos a entrar en el bosque y sería una ligereza imperdonable el que os dejásemos marchar con tanta facilidad como hasta aquí. Resignaos pues a que os atemos los brazos y os pongamos una mordaza. Conocéis demasiado la selva y os sería fácil desaparecer a nuestros ojos con sólo un salto; pueden estar alerta vuestros antiguos compañeros y bastar un grito vuestro para avisarles. Sargento Goliat, atad a este hombre.

El coloso no se hizo repetir la orden, y con una gruesa soga de cáñamo, ató los brazos del vendeano sobre la espalda; pero tan fuertemente, que el viejo, a pesar de su silenciosa altivez, hizo algunos movimientos que indicaban dolor.

—Si os parece demasiado molesta la expedición —dijo Guzmán—, aún estáis a tiempo para retroceder. Podéis libraros de servirnos de guía, pero seréis fusilados al llegar a la aldea. ¿Por qué os decidís? ¿Seguimos adelante?

—Adelante, sí —contestó el viejo— iré a la torre del Obispo del modo que vos queráis, señor comandante.

—¿Estáis seguro de que en el camino no tropezaremos con tropas vendeanas?

—¡Oh! Charette está muy lejos, y sus nobles tenientes deben hallarse también al otro lado de la selva. La torre del Obispo esta desamparada, por lo mismo que nadie cree en un audaz avance de los azules. Podéis seguirme sin cuidado.

—El cuidado debéis tenerlo vos, viejo malicioso —dijo Guzmán con tono amenazador—. Goliat, durante la marcha, os tendrá siempre al alcance de sus manos, Marat irá hociqueándoos las piernas, así es que a la menor señal sospechosa, seréis estrangulado y devorado inmediatamente.

Apalea-ranas, con sus movimientos de cabeza, indicaba sus propósitos de ser sumiso y fiel a los azules.

Guzmán terminó su diálogo con una orden imperiosa. —Sargento, tapad la boca a este hombre. No perdamos tiempo: ¡en marcha!

V.- EN LA SELVA

No era aquel puñado de hombres atrevidos, capaz de sentir asombro ni extrañeza.

Curtidos en las trágicas aventuras de la Revolución, después de haber presenciado el asalto de la Bastilla y la toma de las Tullerías, de haberse batido en Valmy y en Jenmapes, creían no encontrar ya en el mundo cosa alguna que pudiera impresionarles, que les produjera el intenso estremecimiento de la alarma, y a pesar de esto, aquella marcha por la selva obscura, completamente a tientas, por caminos caprichosos o a través de los matorrales, les producía un efecto extraño que quebrantaba en parte su impasibilidad e indiferencia de veteranos aguerridos.

Hacía ya más de una hora que caminaban por la selva, y Guzmán, a no ser porque de vez en cuando hacía sonar al oído el débil timbre de su reloj de repetición, hubiera perdido la noción del tiempo.

Bajo aquella bóveda de follaje, la humedad del ambiente, aumentada por la fresca exhalación de la lluvia que empapaba el césped o había quedado detenida en la hojarasca, hacía que en el espacio existiera una neblina fresca, pegajosa y punzante, que producía en los expedicionarios el mismo efecto que si nadasen en un tranquilo lago.

Sonaban en la selva esos ruidos extraños de la naturaleza en reposo y que el eco se encarga de agigantar, convirtiéndolos como en el ronquido que lanza la dormida tierra. La caída de una rama tronchada por el reciente vendaval, los estallidos de la leña seca al hincharse con la humedad y el crujido de la hojarasca bajo los veloces y diminutos pies de alguno de los pequeños habitantes de la selva sorprendido por la inesperada expedición y asustado por el husmeo de Marat, causaban cierta alarma en el pelotón republicano, que avanzaba dispuesto a hacer fuego inmediatamente; pero aún experimentaban mayor impresión

aquellos soldados cuando se restablecía por completo el silencio de la selva, un silencio majestuoso y anonadador que hacía pensar en una tumba gigantesca e infinita.

A pesar de las dificultades del camino que seguían y de que muchas veces había que trepar penosamente los ribazos del bosque asiéndose de las ramas y del musgo, Guzmán no perdía de vista al viejo Apalea-ranas, quien no daba muestras de faltar a sus promesas.

Marchaba el primero siempre al alcance del brazo de Goliat y seguido del feroz perro. Podía haber intentado varias veces el escaparse, sin tener que luchar contra otro enemigo que Marat, pues el sargento, enredándose en la maleza, le dejaba avanzar muchos pasos; pero el viejo deteníase inmediatamente y aguardaba que se le incorporasen Guzmán y los soldados, algunos de los cuales, a causa de la inseguridad de aquel piso empapado de agua, habían caído varias veces.

La marcha no podía ser más caprichosa. Caminaban a tientas, sin ver sobre sus cabezas más que una densa sombra, en la cual, más oscuros aún y como horribles fantasmas, destacábanse los corpulentos árboles, avanzando centenares de retorcidos brazos.

Guzmán, que no era quien menos sufría marchando a ciegas por aquella selva, que merecía el nombre de subterráneo vegetal, comenzaba a arrepentirse de su temeraria empresa. El puñado de soldados que le seguía callaba resignadamente, y cada uno de ellos levantábase sin protestar cuando el suelo, pegajoso y resbaladizo, le hacía dar de bruces contra un áspero tronco; pero a pesar de estos, el comandante reconocía que aquella hora de marcha a través de la sombra, les había quebrantado más que una larga jornada al sol y pensaba en lo mucho que tendrían que sufrir antes de llegar a la torre del Obispo.

Goliat sufría más que todos. Su alta estatura le hacía golpearse la frente contra todas las ramas bajas del bosque, su corpulencia sufría continuos arañazos; pero a pesar de esto marchaba siempre el primero, admirando en cierto modo al viejo Apalea-ranas, que a pesar de llevar las manos atadas a la espalda, andaba con más seguridad que todos y ni una sola vez cayó al suelo.

Su itinerario era caprichoso. A ratos seguía alguna senda oculta del bosque; pero otras veces marchaba rectamente a través de los matorrales, escalaba los ribazos, descendía a profundas hondonadas por declives casi verticales, que sólo podían bajarse de espaldas, y atravesaba espumosos

arroyos, en los cuales los azules se hundían hasta más arriba de las altas polainas.

Y la expedición caminaba ya dos horas a través de la selva.

Tan extraordinaria era aquella marcha, que el gigantesco sargento, a pesar de su impasibilidad en los actos de servicio, en los cuales jamás se permitía reflexionar, comenzaba a creer que su comandante había sido engañado por el viejo y miró varias veces la punta de su bayoneta, pensando en la utilidad de atravesar con ella al vendeano.

Hubo un momento, en que no perdiendo de vista a Apalea-ranas, que caminaba erguido e impávido sin fijarse en las penalidades de los que le seguían, se aproximó a Guzmán y murmuró:

—Mi comandante: ese hombre nos engaña.

—Algo de esto empiezo a creer, pero no existe aún certeza.

—Esto no es camino ni nada. Creo que lo que quiere el viejo bandido es desorientarnos y perdernos para que los suyos nos cojan a mansalva.

—Puede que así sea, pero que el camino sea malo no supone traición. Piensa que vamos, no a un palacio, sino a una guarida de insurrectos, donde hay gentes que reclama la guillotina.

—Adelante, pues —dijo el sargento con alegre arrogancia—, yo con tal de que vos estéis tranquilo, me siento satisfecho; pero el camino se hace largo.

—Aún no podemos decir que ese viejo haya faltado a sus promesas. Aseguró que la torre del Obispo estaba a cuatro leguas y aún no hemos recorrido tal distancia. Todavía no tengo a ese viejo por traidor; pero vigílale, pues en esta guerra todo es de esperar.

Goliat siguió al lado del viejo y así continuaron marchando una hora más.

Era ya la una de la mañana, y Guzmán, por la flojedad con que le seguían sus soldados y por el cansancio que él mismo experimentaba, comprendió que era imposible continuar la marcha sin hacer un regular descanso.

Además sentía la necesidad de hablar al viejo para saber en qué punto del camino se hallaban.

Justamente acababan entonces de escalar un escarpado ribazo y entraron todos en una explanada limpia de árboles y donde era menor la oscuridad, pues la bóveda de follaje quedaba rota, dejando ver el cielo.

El vendaval había terminado, y en las negras nubes habíanse hecho grandes rasgones, a través de los cuales veíase el azul oscuro moteado de estrellas.

No era muy grande la claridad en aquella plazoleta de la selva; pero a pesar de esto, los expedicionarios al llegar allí, sintiéronse casi deslumbrados, pues su mirada guardaba aún la impresión de la profunda y tenebrosa sombra de la espesura.

Guzmán mandó hacer alto y con sus manos desató el pañuelo que cubría la boca del viejo, notando que estaba flojo y que el vendeano podía haber gritado en el caso de desearlo. Esto le tranquilizó, haciéndole tener cierta confianza en el astuto Apalea-ranas.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó el comandante.

—Perfectamente —repuso el viejo con altanería—. Es pesado el camino y no resulta muy cómodo andar con los brazos en la espalda y la boca cerrada; pero por peores trances he pasado yo en esta vida.

El sargento Goliat, a pesar del odio que profesaba al viejo insurrecto, sentía cierta admiración mezclada de asombro al verle resistir, con inconcebible firmeza, tanta fatiga.

Guzmán por su parte también admiraba al viejo bretón, y tranquilizado por su actitud, sentía en su conciencia un agudo remordimiento al considerar las crueles precauciones con que te hacía caminar.

—Si prometéis —le dijo— no abusar de mi benevolencia, marcharéis ahora con los brazos libres.

El viejo sólo hizo un movimiento de cabeza y Goliat hubo de obedecer a su jefe y desligar al prisionero, con harto sentimiento y refunfuñando, pues aunque admiraba la fortaleza del vendeano, esto mismo le hacía desear mayores precauciones.

Cuando Apalea-ranas se vio libre de las ligaduras, extendió sus brazos adormecidos con cierta expresión voluptuosa; pero pronto hubo de quedar inmóvil y en actitud de alarma, pues el cruel Marat, enfurecido por las ventajas que se le ofrecían al prisionero, iba en torno de él rugiendo sordamente y enseñando sus colmillos.

Guzmán hizo algunas preguntas al prisionero.

—¿Dónde nos hallamos?

—Casi en la mitad del camino.

—¿Cómo puede ser eso? — exclamó el comandante con inmensa extrañeza—. Dijisteis que la torre del Obispo estaba a cuatro leguas.

—Y así es, cuando se camina de día y la selva no está tan intransitable como esta noche; pero ahora os juro que aún faltan otras dos horas para que lleguemos a la torre.

—¿Qué creéis harán a estas horas en la torre del Obispo?

—Las señoras que en ella se refugian dormirán ya, después de haber pasado la velada haciendo hilas y vendajes para nuestros heridos.

—¿Y nadie guarda el edificio durante la noche?

—Los defensores del rey —dijo Apalea-ranas con ligera ironía que pasó desapercibida— no temen a nadie dentro de esta selva; por esto sólo guardan la torre algunos viejos o convalecientes, que ayudan a las señoras en sus tareas.

—Dentro de diez minutos continuaremos la marcha. Voy a dejaros libre, pues me duele veros caminar tan penosamente; pero por si os aprovecháis de esto en perjuicio nuestro, vuelvo a repetir que apenas intentéis una traición acabará vuestra vida.

Mientras se desarrollaba este diálogo, el sargento Goliat miraba a una y otra parte, como si presintiese algo extraño en la sombra.

La alarma de Marat le había puesto en guardia.

El perro rugía de tal modo que parecía iba a ladrar de un momento a otro y se agitaba, trazando zigs-zags y husmeando los sombríos matorrales.

De pronto lanzó un aullido feroz, y recto como una flecha, lanzóse en la espesura, abriéndose paso con la cabeza y desapareciendo inmediatamente.

Oyose un grito, que más bien era un rugido de dolor, y después una voz de mujer que pedía socorro a la Virgen y a un sinnúmero de santos.

Goliat lanzóse también en la espesura y no tardó en volver llevando delante a Marat enfurruñado, rugiente y amenazador y sosteniendo con su poderoso brazo un ser mezquino que parecía una mujer.

Guzmán, no queriendo abandonar a Apalea-ranas, dejó que el sargento se acercara y vio entonces a una mujer pequeña, rugosa, de gran nariz y cubierta de harapos, un tipo miserable, pero con cierto aire siniestro que recordaba a las brujas de Macbeth.

—Marat iba a devorarla —dijo Goliat—; pero he llegado a tiempo y

la pobre vieja sólo ha sufrido el consiguiente susto y algunos rasguños en sus viejas faldas.

Mientras tanto la vieja, a pesar del susto que Marat le había hecho sufrir, miraba curiosamente a cuantos la rodeaban, a aquellos hombres uniformados con sus relucientes fusiles y en especial a Apalea-ranas, que permanecía inmóvil y como abstraído, cual si nada le importase el inesperado encuentro.

—¿Qué hacíais oculta tras esos matorrales? —preguntó Guzmán con acento severo.

La vieja sólo contestó con lágrimas y suspiros; pero al fin decidióse a ser más explícita.

Si a aquellas horas estaba en el bosque, era porque el hambre la lanzaba al merodeo, yendo a visitar los cepos puestos por los cazadores, para apoderarse antes que llegasen estos, de las piezas que hubiesen caído. En esta busca se ocupaba cuando el perro había caído sobre ella como una exhalación lanzándole terribles dentelladas.

La historia era verosímil y aún le daba mayor carácter el aspecto mísero y repugnante de aquella infeliz vieja.

Era cierto que en el primer instante había mirado con alarmante atención al prisionero vendeano, fijando en él su mirada de merodeadora de selva, acostumbrada a ver los objetos distantes en las noches de tempestad y a través de la densa sombra; pero este examen había sido rápido y Apalea-ranas no había hecho el menor movimiento que demostrase interés por aquella mujer.

Guzmán, convencido de que la vieja era un ser inofensivo, la dejó en libertad.

—Oíd, buena mujer; podéis marcharos inmediatamente a continuar vuestra busca, pero cuando salgáis otra vez a estas horas, procurad poneros lejos de perros como el nuestro.

La vieja fue a alejarse, andando con lentitud como si le doliese una pierna, a causa de terrible mordisco: pero Marat, que cada vez se mostraba más enfurecido contra la mujer que habían librado de sus dientes, hizo un pequeño movimiento de avance, y esto bastó para que ella retrocediese asustada, pegándose a Apalea- ranas como si se quisiera escudar con su cuerpo.

Guzmán, incomodado por la tenacidad del perro, adelantóse para

darle un puntapié, mientras el sargento Goliat sentíase confuso e indeciso.

Era capaz de apostar su ración del día siguiente sosteniendo que aquella vieja al retroceder asustada había hablado en voz casi imperceptible, contestando al viejo bandido, que sin mover los labios, le dio alguna orden; pero como la obscuridad era tan grande y los sordos rugidos del perro alteraban el silencio, él no estaba muy seguro de haber visto ni oído bien.

La vieja al fin se alejó, mientras un soldado sostenía el perro, y cuando se restableció la calma, el sargento Goliat, rascándose la cabeza y con el aire indeciso que le era propio siempre que había de hacer una advertencia a un superior, le dijo al comandante:

—Yo, en lugar vuestro, no hubiese dejado partir a esa mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sabemos adónde va ahora esa vieja, ni a quién podrá dar cuenta de nuestra presencia en el bosque. Mejor hubiera sido el retenerla con nosotros y no soltarla hasta llegar a esa torre del Obispo, que cada vez se aleja más.

Guzmán quedó pensativo algunos instantes y después murmuró:

—Tal vez estés en lo cierto, pero ya es tarde. Confiémonos a nuestra buena o mala suerte, y sigamos adelante.

La pequeña expedición descansó como un cuarto de hora en la plazoleta y continuó después la marcha.

Apalea-ranas marchaba siempre el primero, pero como ahora tenía libres los brazos y la boca, Goliat extremaba su vigilancia, y si alguna vez por los accidentes del terreno el viejo se adelantaba algunos pasos, el sargento apresurábase cuidando de tenerlo siempre al alcance de su bayoneta.

Además Marat, como si adivinase los pensamientos de su gigantesco compañero, marchaba delante del bretón limitando su marcha y enseñándole algunas veces los colmillos como saludable advertencia.

La marcha hízose al poco rato tan caprichosa como antes de llegar a la plazoleta.

El viejo vendeano parecía tener horror a la línea recta. Tan pronto torcía a la derecha como a la izquierda, y en este zig-zag buscaba siempre el terreno más difícil, los arroyos fangosos y engruesados por la lluvia,

los ribazos de penoso declive y los fosos que había que saltar con gran peligro de estrellarse en el fondo.

Los soldados marchaban automáticamente rendidos de fatiga siguiendo a su jefe como obediente rebaño, sin fijarse en los lugares por donde pasaban y atentos únicamente a librarse de una caída peligrosa, o a no tropezar con los árboles derribados que obstruían el paso; pero Guzmán y Goliat, que estudiaban el rumbo de su guía, sentíanse desorientados y comenzaban a dudar seriamente del viejo.

El joven comandante, a pesar de su confianza que le hacía temerario, sentíase preocupado.

Aquella marcha caprichosa a través de la selva no era natural; adivinábase en ella el deseo de cansar a la expedición para no llegar nunca a la torre del Obispo, o algo peor, cuya sospecha hacia que Guzmán se estremeciera de rabia, llevando sus manos a las pistolas que tenía en el cinturón.

Goliat, aunque no tan alarmado, tampoco se sentía tranquilo y algunas veces volvía la cabeza para mirar a su comandante como si a través de la oscuridad con una ojeada quisiera manifestarle su desconfianza.

Hacía ya casi una hora que habían salido de la plazoleta y Guzmán experimentó inmensa sorpresa al distinguir un árbol de figura extraña que mucho tiempo antes le había llamado la atención cerca del lugar donde habían hecho alto. Además, las sinuosidades del terreno tenían una alarmante semejanza con los alrededores de aquella plazoleta que habían abandonado una hora antes.

Por la mente de Guzmán cruzó enseguida una terrible sospecha. ¿Estaría aquel astuto bretón haciéndolos andar y desandar siempre el mismo camino para ganar tiempo y preparar su traición?

La alarma que producía en el comandante esta cruel sospecha, aumentóse con un grito agudo y vibrante que sonó algo lejano turbando el majestuoso silencio de la selva.

—¿Qué es eso? —dijo Guzmán sacando una pistola y colocándose al lado del guía.

—Señor; es el grito del mochuelo.

El comandante y el sargento permanecieron algunos instantes reflexionando.

—Puede que así sea —dijo Guzmán.

—¡Mochuelos en la selva!… ¡hum! ¡huum! —murmuró Goliat rascándose la cabeza y contrayendo su rostro con un gesto de incredulidad.

Todo el grupo, sin darse cuenta de ello, se había detenido como si presintiera un inexplicable peligro.

—Decid, ciudadano Apalea-ranas —dijo Guzmán cogiendo de un brazo al maligno viejo—. ¿Cómo es que este lugar en que estamos se parece tanto a otro por el que pasamos hace una hora?

Y al decir esto, levantaba su mano armada de la pistola apuntando a la frente del bretón para asustarle.

El grito del mochuelo volvió a sonar más cerca con una entonación siniestra y extraña, como el silbido de un asesino que llama al compañero para realizar juntos el crimen.

—Demasiado cerca cantan esos mochuelos —murmuró Goliat preparando el fusil y sin ocultar su alarma.

Guzmán soltó al viejo para volverse hacia el punto donde había sonado el grito y vio cómo Marat avanzaba con recelo, gruñendo ferozmente cual si se aproximara un tremendo peligro.

En el mismo instante volvió a sonar el grito del mochuelo; pero esta vez claro y vibrante, saliendo del mismo lugar donde estaba inmóvil el pelotón de los republicanos.

Todos se estremecieron. Era Apalea-ranas quien acababa de lanzar aquel grito, contestando sin duda a alguien que se aproximaba.

—¡Ah, traidor! —rugió el gigantesco sargento levantando su fusil.

Y antes de que el bretón pudiera huir ni esquivar el golpe, le asestó tan terrible bayonetazo de abajo arriba, que el cuerpo de Apalea-ranas, ensartado en el brillante acero, elevóse a algunos palmos de tierra.

Los matorrales agitáronse como pisoteados por inmenso y furioso rebaño y la sombra vomitó de pronto todo un ejército de sombras.

Aquello fue momentáneo; tuvo la vaguedad y la rapidez de un relámpago.

Los azules fueron sorprendidos por la repentina avalancha que surgía de la sombra; pero a pesar de esto, solos y perdidos en el fondo de oscura selva, aún tuvieron serenidad para disparar sus fusiles y avanzar después sus bayonetas.

—¡A morir, ciudadanos! ¡Viva la República! —gritó Guzmán disparando sus pistolas.

Pero la resistencia resultaba irrisoria y heroica al mismo tiempo. Defenderse doce hombres contra los centenares de silenciosos demonios que arrojaba la sombría selva, era una locura y una desesperación sublime.

Guzmán recibió en la cabeza un tremendo golpe que pareció hundirle en el suelo. Zumbaron sus oídos, un torbellino de chispas azules pasó ante sus ojos y cayó de bruces anonadado, sumiéndose en una sombra más densa y silenciosa que la del bosque.

Lo último que creyó oír fue un estallido de voces que gritaban con ferocidad:

—¡Mueran los azules! ¡Matadlos a todos!

VI.- EN LA TORRE DEL OBISPO

Cuando despertó Guzmán, un rayo de sol calentaba su rostro.

Intentó incorporarse, pero a pesar de los esfuerzos de su voluntad no consiguió mover ninguno de sus miembros.

Al anonadamiento de aquel confuso despertar, uníase la pesadez que mantenía inerte todo su cuerpo.

El joven, que poco a poco iba volviendo en sí y recobrando sus facultades, levantó un poco la cabeza de la tierra húmeda y musgosa sobre que descansaba, y vio entonces una gruesa cuerda que como una serpiente estaba arrollada con fuerza a su cuerpo, desde el cuello hasta los pies, envolviendo e inmovilizando entre sus anillos lo mismo las piernas que los brazos.

Guzmán, durante aquel letargo profundo y anonadador, comenzado en medio de la noche y que terminaba ahora a la luz del sol, había dejado de ser hombre para convertirse en un fardo inerte incapaz de hacer el más leve movimiento y confiado por completo a la voluntad del primero que se acercase.

Este despertar no podía ser más triste, pero la misma desgracia sirvió para que en el embotado cerebro de Guzmán renaciese inmediatamente la memoria, recordando todos los sucesos de la noche anterior.

Había creído morir en la obscuridad de la selva y encontrábase ahora con que indudablemente era prisionero de los vendeanos. No sabía él cuál de las dos desgracias era preferible.

Aún sentía en la cabeza un dolor agudo como si el cráneo estuviese quebrantado por el terrible golpe de la noche anterior.

La idea de que estaba en poder de tan feroces enemigos, causóle pavorosa impresión, pero no tardó en serenarse recobrando su calma de valiente.

Le guardaban prisionero para fusilarlo así que le vieran restablecido. Moriría; he ahí todo. Alguna vez había de tocarle el turno de salir de la vida, y lo único que le apenaba, era abandonar a su amigo Vadier, no ver más a Luisa y caer oscuramente sin que su padre, el coronel Guzmán, pudiera calmar su dolor con la idea de que su hijo había muerto en el campo de batalla como un héroe.

A pesar de que su situación no podía ser más desesperada, una extraña curiosidad se apoderó de Guzmán. Quería conocer el lugar donde se hallaba y levantando su cabeza, miró alrededor.

Hallábase tendido en una pequeña pradera limitada por una cerca de maderos.

Un grupo de vendeanos con sus fusiles entre las rodillas, estaba sentado al sol, conversando sin mirar a los prisioneros.

Eran hombres de aspecto rudo y casi salvaje, que usaban en su vestido más pieles que paño y que bajo las alas desmesuradas de sus redondos sombreros, mostraban rostros angulosos, perfiles brutales, ojos de mirar feroz, mandíbulas cuadradas y salientes y lacias melenas que descansaban sobre los hombros con toda su suciedad y miseria. Cosidos a sus chaquetas o asomando por la abertura de sus coletos, veíanse rosarios, escapularios y toda clase de amuletos en cantidad suficiente para establecer una tienda de industria piadosa.

Tenían el tipo rudo y feroz de todos los campesinos de Bretaña, pero la escarapela blanca en el sombrero y el viejo fusil lleno de groseros remiendos, les acreditaban como soldados del rey.

Guzmán apartó la vista del grupo de insurrectos sin sentir la menor emoción a pesar de su fiero aspecto.

Estaba acostumbrado a la vista de tales fanáticos, y algunos había derribado él con su sable en la sorpresa de Machecoul.

Era triste morir fusilado por semejantes bandidos, pero había que sobrellevar la desgracia con calma para que el enemigo no gozase adivinando su desesperación.

Paseó su vista por todo el espacio de pradera que estaba al alcance de su mirada, y vio algunos hombres que como él, se hallaban tendidos y con el cuerpo casi oculto entre un rollo de apretadas cuerdas.

Guzmán los reconoció inmediatamente. Allí estaban colocados a cierta distancia uno de otro, para evitar sin duda toda comunicación, el

gigantesco Goliat y tres soldados más de los que habían salido de la avanzada.

Sus casacas rasgadas y los golpes y heridas que se veían en algunas partes de sus cuerpos puestas al descubierto, daban a entender el terrible martirio que habían sufrido antes de ser arrojados en la pradera.

Guzmán creyó en el primer momento que eran cadáveres; pero notó que los tres soldados levantaban como él imperceptiblemente la cabeza para mirar el grupo de vendeanos.

En cuanto a Goliat, rendido sin duda por las fatigas de la noche anterior, dormía con una confianza sublime y alguna vez dejaba escapar sonoros ronquidos que parecían un reto insolente a los realistas que estaban junto a la cerca.

Guzmán, moviendo la cabeza de un modo que ponía en cruel tensión su cuello, intentó mirar hacia atrás y sólo logró ver el borde de una alta muralla, en la cual, entre almenas derribadas, agitaban todo un bosque de plantas parásitas, sus cabelleras verdes.

Aquella muralla ruinosa, por la cual trepaban perezosos lagartos buscando las caricias del sol, impresionó al prisionero. ¿Sería aquello la famosa torre del Obispo, para llegar a la cual había acometido tan descabellada aventura?

Este pensamiento duró poco. Su carácter de soñador y de enamorado sublevábase ante la repugnante ruina.

No; allí, tras el áspero y ruinoso paredón cuyo borde veía, era imposible que viviese la baronesa con sus dos pupilas. A ser cierto, su instinto de amante ya le hubiese hecho adivinar la presencia de Luisa en tales lugares.

Pero la situación no era lo más apropiada para entretenerse con tales pensamientos.

Los cuatro hombres tendidos y empaquetados a corta distancia de él, producíanle hondo pesar, no exento de remordimiento.

No le aterraba la proximidad de su muerte, pero lamentábase de que aquellos soldados hubiesen sufrido crueles martirios y fuesen ahora a morir fusilados sin gloria alguna, por culpa de él que los había arrastrado a una loca aventura.

Además, impresionábale el que fuesen tres únicamente los soldados que allí estaban.

El grito de *¡matadlos a todos!*, que había sido lo último que oyó en la selva al caer abrumado por el golpe en la cabeza, explicábale la desaparición de los demás soldados.

¡Infelices héroes! Guzmán, con los ojos de su imaginación veía sus cadáveres caídos en la maleza del bosque, desfigurados y hechos trizas por las bayonetas y las culatas de los vendeanos.

Lo que él no podía comprender, era cómo se habían salvado de una inmediata muerte, él, Goliat y los otros tres hombres; pero cuando más ocupado estaba en reflexionar sobre tan inexplicable hecho, vinieron a fijar su atención algunas palabras del grupo de vendeanos, quienes conversaban con la inmovilidad grave y enfática propia de los campesinos.

—¿Y no hay esperanza de salvarle?

—Ninguna. El físico extraña que no haya muerto al recibir el golpe. Ese Apalea-ranas, a pesar de sus años, es todo un hombre.

—Tal vez haya muerto ya.

—Tal vez. El bayonetazo le rasgó todo el vientre.

—Recemos un Padre Nuestro por su alma.

Todos se quitaron el sombrero dejando al descubierto las sucias y lacias greñas, y sentados sin abandonar el fusil rezaron durante algunos minutos.

El murmullo de la oración fue seguido por un largo silencio, pero al fin el diálogo se reanudó.

—¿Quién le dio el bayonetazo?

—Aquel grandullón que ronca como si estuviera en su cama.

—Pronto le arreglaremos la cuenta.

—Todo el tiempo que vive desde que lo cogimos, constituye una injusticia y una ofensa que hacemos a Dios.

—Hay aquí mucha indulgencia, se enfría el entusiasmo y así no es extraño que Dios nos olvide algunas veces y nos derroten los azules.

—Antes pillábamos a un canalla de estos para fusilarlo inmediatamente; pero ahora, desde que nos mandan condes y marqueses, se necesitan consejos de guerra y otras farsas para despachar a un azul. ¡Cómo si sus vidas valiesen algo!… ¡Ah! ¡Si estuviese aquí Charette!

—Pronto vendrá; todos lo deseamos. A su lado se pelea, se vive bien y sobre todo, los soldados del rey no se pasan las horas guardando azules

sin poder darse la satisfacción de soltarles un tiro.

—Eso va en gustos. Yo prefiero este sistema. Antes fusilabas a un azul y terminaba el placer; ahora se prolonga la diversión: siempre queda tiempo para fusilarles, pero retardando el momento puede uno entretenerse atormentándolos con todas las angustias y penas que ellos hacen sufrir a las buenas almas con sus sacrilegios y crímenes.

—Pues si esto te divierte, en esta ocasión habrás gozado mucho. ¡Anda, que anoche ese grandullón y los otros tres, fueron bien acariciados antes de llegar aquí!

—Ya lo creo. Hubo quien se hartó de darles culatazos, y la pobre mujer de Apalea-ranas parecía más loca que de costumbre cuando iba en torno de ellos arrojándoles piedras y arañándoles el rostro.

—Lo que a mí me irrita más, es las consideraciones que se tuvieron con el comandante, mientras sus subordinados sufrían una verdadera calle de amargura.

—En todas partes ocurre lo mismo, lo mismo en los azules que entre nosotros. Los jefes se respetan y se sostienen, azuzándonos a nosotros para que nos destrocemos sin piedad.

—A mí lo de anoche me produjo cierta rabia, que todavía no se ha extinguido. Cuando caímos sobre el pelotón, queríamos matarlos a todos, y ya llevábamos despachados más de la mitad cuando se interpuso el señor Pedro, el mayordomo de la baronesa, mandándonos que respetásemos la vida de esos miserables que ahí están. Si sólo hubiera sido esto, aún podía haberse consentido, pero con ese comandante se tuvieron cuidados verdaderamente escandalosos, y lo primero que hizo el señor Pedro al verle herido en la cabeza de un culatazo, fue ordenar a nuestro físico que le curara poniéndole todos esos trapos.

Guzmán, que por estar atado tan fuertemente no podía tocar su cabeza, adivinó oyendo estas palabras que aquello que oprimía su frente calentándola, era un apretado vendaje.

Los vendeanos continuaban su conversación y él siguió atendiendo el diálogo de aquel grupo de hombres, entre los cuales apenas si hallaba diferencia, pues todos tenían el mismo aspecto feroz.

—Ese comandante conoce a la baronesa y tiene gran interés en verla.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dijo anoche Apalea-ranas cuando luchando con las angustias de

una larga agonía, fue relatando el modo como había conducido a la selva el grupo de los azules.

—¿Pero quién fue el que avisó que el enemigo estaba cerca de la plazoleta? Porque yo no me he enterado de esto.

—Fue la vieja Baldour, la hechicera que estaba en lo más intrincado de la selva recogiendo para sus filtros ciertas yerbas, que según ella dice, sólo sirven arrancadas a medianoche. Un perrazo que llevaban los azules, la descubrió arrojándose sobre ella, y cuando ese gigante la agarró llevándola a la plazoleta, Baldour vio con asombro a su amigo Apalea-ranas, a quien los republicanos llevaban prisionero.

—Antes de pasar adelante, permite una pregunta. ¿Qué se ha hecho de ese perrazo que llevaban los azules?

—¡Qué sé yo! Debe ser un perro del infierno, o tal vez el mismo diablo que ha tomado tal forma para acompañar y guiar a sus buenos amigos los azules. Cuando sorprendimos al grupo, derribó al que le dio el culatazo al comandante, y de una dentellada le deshizo la garganta; después mordió a unos cuantos de los que forcejeaban con ese sargento grandote tan difícil de echar al suelo, y cuando vio perdidos a todos sus amigos, desapareció a través de las malezas, sin que al parecer llegase a tocarle ninguna de las muchas balas que se le enviaron. Sin duda era el diablo.

—Sí, el diablo sería —dijeron todos los oyentes con acento de convicción, no exento de terror supersticioso.

Hubo una breve pausa, y el joven que en aquel grupo de insurrectos parecía el más enterado, continuó su relación.

—Como os decía, la vieja Baldour quedó sorprendida al ver a Apalea-ranas. Dos horas antes había estado ella aquí entre nosotros, y sabía que el viejo se hallaba en poder de los azules, lo que nos hacía sospechar que ya habría sido fusilado. Parece que Apalea-ranas encontró medios para decirla que nos avisara la presencia del pequeño grupo de azules en las inmediaciones de la plazoleta; ella vino corriendo y jadeando a dar el aviso al señor Pedro, y ya sabéis lo ocurrido desde el momento en que Apalea-ranas contestó al grito de mochuelo con que le avisábamos nuestra presencia.

—Parece que el señor Pedro está muy satisfecho de haber apresado a este comandante. En el primer momento, cuando le vio tendido en la

selva y lo reconoció, estaba tan asombrado que no parecía creer en sus propios ojos. Debe haber en esto algún asunto de familia. Tal vez la baronesa tenga gran interés en ver a ese azul para arreglar antiguas cuestiones.

—Pues no debe ser menor la impresión que habrán experimentado el conde y el marqués, al saber la prisión de este jefe republicano. El señor Pedro les envió un aviso anoche mismo, y hace media hora han llegado los dos con el resto de la división. Yo los he visto entrar en la torre. Hablaban animadamente, y en sus rostros se notaba la alegría. Creo que algo se prepara, y que esto no va a ser muy bueno para el comandante.

—Lo mismo creo yo. Me parece que pronto veremos algo sorprendente que nos resarcirá de las contemplaciones que anoche tuvimos con los azules.

—Silencio. El señor Pedro se aproxima.

Estas palabras hicieron callar al grupo, y Guzmán levantando su cabeza, vio que andaban por fuera de la cerca y a lo largo de esta, algunos hombres, de los cuales sólo distinguía los redondos sombreros.

Entró el señor Pedro en la pradera seguido de unos cuantos vendeanos sin armas.

Guzmán le reconoció inmediatamente. Era el viejo criado de la baronesa, aquel doméstico fanático que le recibía cuando visitaba el hotel de Amalia Dampierre y con quien habló al día siguiente de la fuga de esta.

Vestía a la moda de los campesinos bretones; pero su traje era de paño fino, cubierto con un redingot pardo, y en la cintura, sobre el correaje del sable y un par de enormes pistolas, llevaba una gran faja de seda blanca con franjas de oro.

El grupo de vendeanos se había puesto en pie respetuosamente, terciando sus fusiles, y Guzmán oyó cómo contestaban a sus preguntas llamándole coronel, lo que le hizo sonreír a pesar de su situación, como si se hallara en presencia de una divertida mojiganga.

El señor Pedro afectaba no mirar al sitio donde se hallaba tendido el comandante republicano; pero le señaló con un ademán, diciendo al grupo de hombres que le había seguido hasta allí.

—Desatad a ese azul y dejadle únicamente una fuerte ligadura en las manos. Después haréis lo mismo con los otros cuatro prisioneros.

Adelantaron aquellos hombres y Guzmán se vio empujado rudamente, volteado sobre el césped como si fuese un fardo y sintiendo que a cada una de aquellas vueltas aflojábase la cuerda y deshacía sus anillos, dejando sobre su cuerpo hondas señales.

Cuando Guzmán quedó libre de aquella serpiente de cáñamo que le había estrujado tantas horas, quedó reducido como antes a la inmovilidad. La inercia parecía haber petrificado su cuerpo, y los miembros, rígidos y muertos, negábanse a obedecerle.

Pero los sicarios, después de atar con fuerza sus muñecas, lo agarraron con violencia y le pusieron en pie, sosteniéndolo a fuerza de empujones y frotándolo de un modo tan rudo, que se quedaban entre las manos los pedazos de su roto uniforme.

El joven, reanimado por este tratamiento brutal y deseoso de no parecer débil ante sus verdugos, hizo grandes esfuerzos de voluntad y así consiguió andar con pasos vacilantes como si estuviese ebrio.

El señor Pedro se apoderó de uno de sus brazos y el grupo de los rudos ayudantes fue a desatar a los otros prisioneros.

Guzmán miró fríamente al antiguo criado de la baronesa, sin mostrar una altivez impropia en tales circunstancias, pero también sin debilidad.

Los ojillos grises y antipáticos del vendeano, fijáronse en él con cruel ironía, y al fin murmuró con su voz de viejo desdentado, que silbaba al salir:

—Creo que el señor Guzmán se acordará de mí.

—Sí, ciudadano; recuerdo quién sois. Ahora sois coronel, según parece, y en casa de la baronesa me abríais la puerta haciéndome una reverencia hasta los pies. Creo que no os quejaréis de la revolución, que hasta entre vosotros ha realzado a los plebeyos.

Al señor Pedro le impresionaron estas palabras, pues inmediatamente desapareció la expresión irónica de su rostro. Además, cuarenta años de domesticidad le habían infundido tal respeto a todos los seres que consideraba como de clase superior, que se sintió ante la sencilla firmeza de Guzmán, dominado por los hábitos de servidumbre que en él existían.

Bajó la cabeza y se limitó a murmurar:

—Seguidme; os esperan.

Salieron de la pradera. El brazo del señor Pedro sostenía a Guzmán en su vacilante marcha, y así caminaron algunos minutos saliendo de la

pradera y siguiendo la cerca de maderos.

Cuando doblaron un ángulo de ésta, Guzmán pudo darse cuenta del lugar donde se hallaba.

Era una vasta explanada, que la selva limitaba por todas partes con un muro de espeso verdor.

Unos dos mil vendeanos vivaqueaban en aquel gigantesco claro del bosque, ofreciendo el mismo aspecto de confusión desharrapada que un aduar de gitanos.

Mujeres desgreñadas y haraposas y muchachos semidesnudos, de color de ladrillo, correteaban por entre los soldados del rey, que taciturnos y silenciosos con su carabina y su escapulario, sus zaragüelles y su escarapela blanca, iban sin objeto de un lado a otro como si les incomodara el descanso y hasta en los momentos de calma necesitasen de un continuo movimiento.

Guzmán vio al extremo de aquella cerca que seguía, un caserón de dos pisos, construido sin duda con parte de las ruinas esparcidas por la pradera y rematado con un techo de ramaje cubierto de barro.

Más allá y en comunicación con el mismo edificio, erguíase una torre chata y de gruesos muros, cuyo remate estaba desmoronado por el tiempo.

A las antiguas almenas que las tempestades arrebataron, había sucedido un caprichoso dentellado, obra de los siglos, y la naturaleza completaba esta obra, ciñendo a la torre una corona de plantas silvestres, que se agitaban graciosas al menor soplo de viento. Dos o tres agujeros obscuros y profundos, que hacían el papel de ventanas, y algunas grietas que subían serpenteando por los robustos muros como recuerdo de guerras pasadas, era todo lo que presentaba en su exterior aquella torre, a quien el tiempo había dado un color tétrico y sombrío.

Guzmán de una sola ojeada abarcó en conjunto el aspecto del paisaje; pero pronto cesó de ver la selva y el sol esplendoroso, pues su guía le introdujo en el piso bajo de la torre, una vasta pieza con bóveda de piedra, que recibían la luz por la puerta y dos ventanas bajas. Guzmán al entrar la encontró muy obscura, percibiendo sólo los vagos contornos de dos o tres personas; pero poco a poco sus ojos se familiarizaron con aquella penumbra y vio claramente los rostros de los que allí estaban.

Eran César Dampierre y Renato Beringel, vistiendo levitones con

esclavina, altas botas armadas de espuelas, chambergo con la escarapela realista y ostentando sobre el cinturón del sable la faja blanca de seda que era el distintivo de los jefes vendeanos.

Los dos estaban en pie, y más en el fondo, sentada en un viejo sillón de cuero, distinguíase una mujer, en la que Guzmán adivinó inmediatamente a la baronesa.

La terrible escena que se preparaba, era el peor tormento que podía sufrir Guzmán.

Hubiese preferido el ser fusilado la noche anterior en el bosque, a comparecer ahora en presencia de sus más terribles enemigos, reunidos para gozarse en su desgracia.

A pesar de lo triste de su situación, Guzmán, con las manos atadas, roto el vestido, la cabeza cubierta únicamente por una tela con manchas de sangre coagulada, avanzó resueltamente sosteniendo con firmeza las miradas irónicas de Dampierre y Beringel.

Reían estos contemplando el triste aspecto que ofrecía Guzmán, mientras que el joven español, a pesar de su debilidad física, comenzaba a sentir interiormente la indignación que le cegaba y le enloquecía, e instintivamente agitaba sus manos como si quisiera romper las ligaduras y abalanzarse sobre sus enemigos.

Por fin, después de tan pesado silencio, hablaron los dos vendeanos casi al mismo tiempo, pues parecían tener gran prisa en abrumar con insultos al pobre vencido.

—Buenos días, señor Ricardo Wilson —dijo Beringel.

—Bien venido seáis, don Quijote de los bosques de Dampierre— gritó el brutal César, y por vía de saludo levantó su látigo y dirigió un golpe terrible al rostro del joven.

El latigazo señaló una línea primero blanca y después sanguinolenta en las mejillas de Guzmán, quien lanzó un rugido y fue a arrojarse sobre él, pero se detuvo instintivamente viendo que sus manos estaban atadas y que era imposible luchar contra sus enemigos.

Prefería devorar su afrenta en silencio, antes que divertir con una furiosa e inútil acometida a aquellos dos enemigos, y sobre todo, a la baronesa, que contemplaba la escena con gran fruición.

César manifestóse satisfecho ante la calma con que Guzmán recibía insultos, y que él consideraba cobardía; y cruzándose de brazos, dijo con

expresión devota y diabólica a la par, digna de un teniente de Charette:

—A pesar de todas vuestras impiedades de revolucionario, no negaréis que hay Providencia. Mirad de qué modo tan extraño y cuando menos lo esperabais vos, habéis venido a caer en manos de vuestros enemigos, que desean arreglaros ciertas cuentas. Lástima grande que vuestro amigo Vadier no os haya acompañado en la expedición de anoche. Hubiésemos tenido mucho gusto en verle por aquí.

Y reía brutalmente al decir esto, mientras su compañero Beringel exclamaba con expresión feroz:

—Sí, es deplorable que no os haya acompañado. Tengo grandes deseos de verle para continuar aquella amistosa entrevista que hace más de un año dejamos interrumpida en el Puente Nuevo de París. Estimo tanto a Vadier como mi amigo Dampierre os aprecia a vos.

Y también el conde reía estúpidamente como si fuera un espectáculo gracioso el contemplar a aquel enemigo indefenso y débil, que a pesar de su estado, mostrábase con más dignidad y nobleza que ellos.

Guzmán se había propuesto callar y que todas las ironías de sus enemigos se estrellasen ante una fría altivez. Miraba fijamente a la baronesa, que estaba tan inmóvil y silenciosa como él, y entre los dos, como único signo de vida, cruzábanse ojeadas furiosas probando el mutuo aborrecimiento que se profesaban.

—Hacéis bien en callar —dijo Beringel cuando se cansó de reír sin motivo—. Los hombres como vos deben apelar al silencio, abrumados por sus infamias. Pero afortunadamente ha llegado el momento de ajustar vuestra cuenta. Intentasteis arrebatar a una joven honrada del seno de su familia con el pretexto de defenderla de no sé qué peligros ilusorios; ejercisteis de espía de la maldita revolución introduciéndoos en una casa honrada con el propósito de perder con vuestras delaciones a gentes que están muy por encima de vos; habéis acuchillado a nuestros hermanos en la toma de Machecoul; en una palabra, habéis sido un espía despreciable a cambio de un puñado de oro y ahora sois un bandido de la República que tiene ya sus horas contadas.

—Y vos —rugió Guzmán, que no pudiendo contenerse ante tanto insulto, dio al traste con su silencio—. Vos sois un cobarde que atacáis a vuestros enemigos puñal en mano y los herís cuando estos no tienen un arma para defenderse. Os conozco, aristócrata brutal y cobarde. En los

bosques de Dampierre, huisteis ante mí; y ahora si tuviera las manos libres, y en ellas una espada, un palo, cualquier cosa, huiríais también a pesar de vuestra gavilla de bandidos que vivaquean afuera. ¡Habla, cobarde! ¡Insulta, miserable!, que yo callaré despreciando tus calumnias, pues para ti mi contestación es esta.

Y casi sin abandonar su actitud rígida e inmóvil, escupió furiosamente al rostro de Dampierre.

Este dio un rugido de fiera enloquecida. Silbó su látigo por dos veces, y nuevas huellas sanguinolentas cruzaron el rostro de Guzmán.

Dampierre estaba loco de furor. Pegaba con toda la fuerza de su robusta musculatura y con la incoherencia de la rabia mascullaba palabras atroces, prometía terribles martirios a aquel enemigo audaz e inquebrantable que, vencido y próximo a la muerte, se atrevía a hacerle la mayor de las injurias.

Era una escena repugnante la que ofrecía el jefe vendeano azotando cruelmente a un hombre con las manos atadas y que recibía los golpes con una impasibilidad heroica, que hacía aún más odiosa la crueldad de Dampierre.

La baronesa, irritada por tal escena y movida sin duda por un rastro de compasión que aún quedaba en su carácter de aristócrata, había abandonado su sillón y se adelantó hacia su sobrino para arrancarle el látigo de las manos.

Beringel la ayudaba, pero no podía suponerse en este tiranuelo cruel y frío el mismo impulso de compasión. Sin duda proyectaba algún plan infame, para el cual era de necesidad que el comandante republicano conservara la vida.

Entre la baronesa, el conde y el señor Pedro, que hasta entonces había permanecido inmóvil en la puerta, pero que acudió a auxiliar a su señora, lograron arrancar el látigo de manos de Dampierre y se restableció la tranquilidad en aquella estancia.

La baronesa volvió a ocupar majestuosamente su asiento. Ella sabía cuál era el motivo que había arrastrado a Guzmán a la loca aventura de penetraren la peligrosa selva; comprendía que tan audaz aventura no obedecía a un plan militar, sino al deseo de ver a Luisa y a Margarita; pero callaba, pues su altivez de aristócrata no la permitía darse por enterada de la atrevida pasión de dos plebeyos revolucionarios.

Mientras César Dampierre, que aún no había desahogado su furor, rugía sordamente mirando con odio a sus amigos que no le habían permitido castigar a Guzmán a su placer, Beringel contemplaba fijamente al prisionero y se roía las uñas como si quisiera manifestar algo importante y rebuscara las palabras para el mejor éxito.

Por fin se decidió a hablar.

—Mirad, señor Guzmán —dijo con una expresión bondadosa impropia de su carácter—; ya sabéis que en esta guerra somos todos inexorables. Dentro de unos instantes serán fusilados vuestros compañeros y vos seguiréis su suerte. No esperéis que yo os trate con tan poca atención como mi amigo Dampierre. Aunque seamos enemigos, me habéis parecido siempre un joven simpático, y lamentaría el que fueseis fusilado ahora mismo sin gloria alguna. En vos consiste el prolongar vuestra vida o hacer que acabe ahora mismo.

Guzmán oía con creciente extrañeza estas palabras amables. Sabía quién era Beringel y le extrañaba tanta bondad, adivinando tras sus dulces palabras alguna terrible y vil proposición.

—Voy a seros franco, señor Guzmán —continuó el conde—. Nuestro deseo es medir las armas con los soldados azules en batalla noble y campal. Deseamos adquirir gloria y nos gustaría sostener un combate con la media brigada que manda Vadier, antes de que llegue nuestro general Charette. Para esto nada mejor que el que enviéis vos una carta a Vadier diciendo que sois nuestro prisionero y rogándole que con sus tropas venga a buscaros a la torre del Obispo. ¿Estáis conforme con esta proposición?

Guzmán nada contestó. Seguía envuelto en su silencio altivo y desdeñoso.

—Reflexionad bien, señor Guzmán —continuó el conde—. Con esa carta que podéis escribir, y que nosotros haremos llegar a su destino, proporcionáis a Vadier un motivo para alcanzar esa gloria militar que tanto ambiciona, y al mismo tiempo os salváis vos. ¿Qué os parece nuestro plan?

Guzmán comprendió lo que deseaba aquel hombre. Quería atraer a la media brigada a alguna terrible emboscada en la selva, y apoderándose de Vadier, saciar en los dos su afán de venganza.

Por esto el comandante rompió por fin su silencio para contestar

enérgicamente:

—Fusiladme; no escribiré.

El feroz Dampierre hizo un movimiento como buscando el látigo para golpear otra vez al comandante; pero se contuvo al ver la fría sonrisa de Beringel.

Los dos nobles, aunque gozaban idéntica categoría en el ejército vendeano, no se consideraban iguales, Beringel tenía sobre Dampierre la superioridad del talento, y este último, excepto en los momentos de combate, siempre se aconsejaba de su astuto amigo y se dejaba conducir por él.

El conde seguía sonriendo escépticamente.

—A pesar de los tratos que sufristeis anoche —dijo con expresión sarcástica- parece que no estáis bastante quebrantado y que aún queda en vos altivez suficiente para mostrar independencia y mirar a la muerte cara a cara sin temor alguno. Pues bien, no satisfaremos vuestro gusto, no tendréis ese descanso absoluto que ambicionáis al pedir que se os fusile. Viviréis, aunque sólo sea hasta mañana, y en tan pocas horas os será posible apreciar cuán pocas comodidades se gozan aquí, cuando se tiene la desgracia de querer desobedecer a los superiores.

Dampierre, al ver que se prolongaba la vida de su enemigo, hizo un movimiento como para protestar; pero bastó una ojeada imperiosa de Beringel, para que se detuviera como abrumado por la superioridad de su amigo.

Tenía en él absoluta confianza. Cuando el conde prolongaba la vida del prisionero, algo asombroso y diabólico habría proyectado.

Beringel llamó con una seña al señor Pedro, quien se acercó respetuosamente.

—¿Está todo preparado?

—Todo, mi brigadier —contestó el señor Pedro en voz muy baja—. Los prisioneros serán conducidos a la explanada tan pronto como lo ordenéis.

—¿Y el almuerzo?

—Acabo de ver desde esa puerta cómo ponían la mesa.

Beringel se dirigió entonces a donde estaba la baronesa, inclinóse ante ella con una galantería propia de los buenos tiempos de Versalles, y, después de murmurar algunas palabras, la acompañó dándola la mano

hasta una puertecita que ponía en comunicación la torre con el inmediato edificio.

La baronesa desapareció lanzando sobre Guzmán como despedida, una mirada iracunda y al mismo tiempo satisfecha, cual si todas las abominaciones que se preparaban la fuesen a vengar de las insolencias y desacatos que creía haber sufrido en su hotel del barrio de San Germán de parte de los dos jóvenes revolucionarios.

Guzmán sintiose cogido de un brazo por el señor Pedro y arrastrado fuera de la torre.

La vasta explanada, animada por el calor y la luz de un hermoso sol, presentaba diferente aspecto que media hora antes.

La muchedumbre armada, antes bulliciosa y dispersa, estaba ahora agrupada formando dos o tres masas inmóviles y silenciosas como si esperasen un suceso interesantísimo.

Un grupo de mujeres aullaba y se agitaba en torno de una camilla de ramaje sobre la cual estaba el cadáver del viejo Apalea-ranas.

Habían querido sin duda los exaltados vendeanos, que aquel mísero cadáver, con el vientre desgarrado por un atroz bayonetazo, presenciase el castigo cruel que iban a sufrir sus matadores.

Cerca de la torre, en el verde césped, habían colocado una mesa y algunos asientos rústicos. Sobre el blanco mantel ostentábanse más de una docena de botellas y algunos platos con ricos fiambres, procedentes sin duda del saqueo de alguna de las pequeñas ciudades que habían asaltado los vendeanos.

Los dos jefes realistas dirigiéronse a la mesa, seguidos del señor Pedro, que arrastraba a Guzmán.

Las masas vendeanas presenciaron esta aparición con curiosidad y sin proferir un grito.

Beringel y Dampierre sentáronse a la mesa, y Guzmán quedó en pie a un extremo de esta con su rostro pálido y macilento, y contemplando con su mirada febril los suculentos manjares.

Aquella comida despertaba furiosa en su interior el hambre hasta entonces amortiguada, el apetito voraz del hombre que ha sufrido toda clase de tormentos y fatigas, y en quien el dolor parece exacerbar aún más las necesidades del estómago.

Dampierre, que había cogido su látigo al salir de la torre, acababa de

dejarlo sobre la mesa.

La vista de Guzmán tropezó con este vil instrumento que le recordaba su afrenta, y una llamarada de odio pasó por sus ojos; pero tan crueles e imperiosas son las exigencias del estómago, que otra vez atrajo toda su atención aquella abundancia de manjares.

Beringel le miraba sonriendo, como si gozara con aquel suplicio de Tántalo que sufría el comandante; pero de pronto pareció cambiar de pensamiento.

—No quiero haceros sufrir el tormento del hambre —dijo a Guzmán —. Para vencer vuestra testarudez esto sería impropio e indigno. Ya que os he prometido la vida hasta mañana al menos, reponed vuestras fuerzas, que bien lo necesitaréis. Coronel, desatad a este hombre.

El señor Pedro pareció extrañar mucho este mandato; pero obedeciendo siempre a sus superiores, se apresuró a librar de sus ligaduras a Guzmán.

Éste, al verse libre, avanzó sus trémulas manos a los platos.

Tenía conciencia de su degradación al aceptar la comida de sus enemigos, había algo dentro de él que le insultaba por su debilidad, molestábale la risita irónica de Beringel, a quien divertía sin duda la furia con que devoraba; pero a pesar de esto, sentíase feliz y alegrábase con un gozo puramente animal al tener entre sus manos el tierno pan, al tragar apenas mascado el jugoso jamón y la gustosa carne y al beber los vasos de vino que con una oficiosidad irrisoria le escanciaba Beringel.

Las penalidades sufridas en la noche anterior y la debilidad producida por el golpe que recibió en la cabeza, lo excusaban todo.

A pesar de esto, apenas sintió satisfecha en parte su voracidad y ya más sereno, pudo darse exacta cuenta de su situación.

Guzmán dejó de comer y permaneció inmóvil como avergonzado de su debilidad.

El señor Pedro y un grupo de armados vendeanos que eran como la escolta de honor de los dos jefes realistas, estaban de pie tras el asiento de Guzmán, pronto a caer sobre el prisionero al menor movimiento de sus libres manos que les resultara sospechoso.

Dampierre y Beringel comieron poco. Como buenos amigos de Charette, mostraron más predilección por la bebida que por los manjares y el vino coloreó un poco las exangües facciones del conde, pálido y

anémico como legítimo aristócrata.

Cuando esta clase de almuerzo hubo animado a Beringel, el señor Pedro recibió de nuevo una breve orden.

—¡Empiece ya!

Un vendeano corrió a lo largo de la cerca desapareciendo tras el ángulo de la pradera donde Guzmán había despertado una hora antes.

Dampierre miró su reloj.

—¡Las doce! —murmuro—. Aún les hemos concedido medio día a esos bandidos, que debieron ser fusilados anoche.

La muchedumbre vendeana se agitó como el público, cuando cansado de una larga espera, ve aparecer por fin el espectáculo anhelado.

Los tres soldados republicanos y el sargento Goliat, con los brazos atados sobre la espalda y empujados rudamente, aparecieron en el ángulo de la cerca y fueron avanzando lentamente por la explanada.

Sus guardianes les conducían hacia el lugar donde estaba el cadáver de Apalea-ranas.

Al mismo tiempo, dos curas salieron de la casa inmediata a la torre.

Tenían un aspecto más militar que eclesiástico. Llevaban alzacuello y sotana para significar su clase, pero de su cintura pendía el sable, y por bajo de la negra túnica, asomaban las botas de montar con fuertes espuelas.

Eran curas injuramentados de los que habían sublevado la Bretaña contra los gobiernos revolucionarios y que una vez comenzada la guerra civil, iban con las partidas vendeanas para seguir proclamando el exterminio general de los republicanos y rematar a sablazos los heridos, después de confesarlos y darles la absolución.

Los dos curas, que siempre que la división vendeana acampaba en la torre del Obispo, formaban la tertulia de la baronesa, estaban sin duda almorzando con las señoras, cuando recibieron el aviso de que iban a verificarse los fusilamientos.

La necesidad de mostrarse fieles guardadores de las prácticas religiosas, les arrancó de la mesa, produciéndoles mal humor. Pero había que dar ejemplo a sus fanáticos admiradores mostrándose grandes y magnánimos a sus ojos, y por esto salieron ambos a la pradera, el uno con el pecho de la sotana moteado de migajas y el otro llevando pendiente del alzacuello una servilleta, que hizo desaparecer tan pronto

como se apercibió de su distracción.

Aquellos sacerdotes, arrastrando el sable y con su aire de perdonavidas, después de saludar a los dos jefes avanzaron por la explanada para cumplir su ministerio.

Goliat y los tres soldados formaban un grupo. Vieron cómo se aproximaban los dos curas belicosos y en sus miradas brilló una llamarada de furor.

Uno de los prisioneros, que en París vivía de dar lecciones a domicilio y había leído a Voltaire, no pudo contenerse:

—Esos canallas son los causantes de que los franceses nos exterminemos como fieras. Ellos azuzan a estos fanáticos. ¿A qué vienen aquí?

Por su parte los dos curas no mostraron grandes esfuerzos por conquistarse el afecto de aquellos que iban a morir.

Uno de ellos, el que parecía más audaz y soberbio, miró con desprecio el grupo de los azules y les gritó con insolencia:

—Decid, bandidos, ¿estáis dispuestos a arrepentiros de vuestros crímenes?

—Cura, no pierdas el tiempo —dijo el soldado volteriano—. Tu ama te estará esperando.

Al sacerdote debió agradarle esta contestación, pues sonrió cínicamente.

—Está bien, bandidos. Ya que queréis seguir fieles al diablo, que él cargue con vuestras almas. Sois unos verdaderos azules.

Y los dos curas se retiraron, yendo a confundirse con las masas fanáticas.

—No han querido arrepentirse —gritaron—. Han blasfemado de Dios; nos han insultado por ser ministros del Señor; han dicho que aman al demonio y quieren serle fieles. Ahí tenéis lo que son los republicanos.

Un grito de asombro y espanto salió de la crédula muchedumbre.

Las mujeres levantaron los brazos al cielo como rogándole que no se irritase por tan estupendas blasfemias, los hombres miraron con torvo ceño a los prisioneros, y los chicuelos, tostados y semidesnudos, comenzaron a tirarles piedras, especialmente a Goliat, que por su desmesurada estatura les parecía un ser monstruoso, de procedencia infernal.

Mientras tanto, el piquete que había escoltado a los prisioneros, preparaba sus fusiles.

Allí estaba también el señor Pedro con toda su gravedad de coronel improvisado, y al frente de un grupo de vendeanos hacía esfuerzos para repeler a la turba de mujeres y chiquillos que querían caer sobre los prisioneros para matarlos a golpes y despedazarlos.

Los dos curas entonaban el oficio de difuntos con robustas y discordantes voces, y la muchedumbre fanática, no sabiendo contestar a sus cánticos en latín, desahogaba su sentimiento religioso rezando sin parar padrenuestros con monotonía abrumadora.

Guzmán contemplaba con creciente asombro la extraña escena, y en ciertos instantes creía estar soñando.

Algunos vendeanos con picos y azadones abrían desde una hora antes un profundo hoyo en el césped de la pradera, y cuando dieron por terminado su trabajo, el piquete, con los fusiles preparados, dio algunos pasos atrás como dispuestos ya a la ejecución.

—¡Eh!, ¡esperad! —gritó el señor Pedro—. Ese grandullón no entra en la cuenta. Fusilad nada más a los tres soldados; hay que prolongar la diversión.

Goliat adivinó que algún horrible tormento le preparaban; pero en él no cabía la debilidad, se había propuesto morir de un modo que asombrase a sus enemigos, y por esto antes que le separasen a empujones y golpes, apartóse de sus tres compañeros, y una mirada triste y cariñosa fue su despedida.

Los tres soldados fueron conducidos hasta el borde de aquel hoyo que había de ser su fosa, y allí quedaron inmóviles, erguidos altivamente, con los brazos a la espalda y presentando sus pechos a la línea de apuntados fusiles, sin que en sus curtidos rostros se notara la menor emoción.

La turba fanática al acercarse el fatal momento redoblaba sus oraciones. Los asesinos pedían perdón a Dios por las víctimas.

Ya no eran oraciones lo que rezaban, pues sus voces discordantes entonaban con fruición unos gozos imbéciles que cantaban para enardecerse, lo mismo en los combates que al fusilar enemigos; desdichada canción digna de ellos y que pretendían oponer a la invencible Marsellesa.

Justamente en el mismo instante que los fanáticos parecían tomar

aliento para continuar su estúpida salmodia, resonó en la explanada un cántico que estremeció a todos, haciendo palidecer muchos rostros y oprimirse rabiosamente muchos puños.

Marchemos, hijos de la patria.

Glorioso día luce ya…

Eran los tres sentenciados que saludaban a la cercana muerte con el canto de la inmortalidad y desafiaban a sus verdugos arrojándoles al rostro el himno triunfal de las victorias republicanas.

La muchedumbre rugía de rabia y avanzó amenazante algunos pasos.

—¡Fuego!, ¡fuego! —aullaron más de cien voces.

Estalló la descarga, cayeron los tres hombres, extinguióse el canto y una avalancha de mujeres y chiquillos, arrollando al señor Pedro y sus hombres, llegó a la fosa en cuyo fondo estaban palpitantes y sangrientos los cuerpos de los fusilados.

Aún vivían. Sus ojos estaban abiertos y giraban en sus órbitas con la desesperada contracción del dolor; uno de los tres gemía sordamente y se llevaba la mano a sus heridas; pero la banda desgreñada y feroz que se agolpaba al borde de la fosa, saludó su agonía con salvajes risotadas y los montones de tierra empujados por un sinnúmero de manos cayeron rápidamente sobre los palpitantes cuerpos.

Era horrible la escena. Los agonizantes abrían la boca para gritar y la tierra la cubría inmediatamente, movían sus miembros desesperadamente y enormes terrones o gruesas piedras los tronchaban, produciendo un seco crujido.

La alegría de aquel enjambre era horripilante. Las paletadas de tierra iban acompañadas de infames insultos.

—Gritad ahora ¡viva la República!

—Ahí va eso, bandidos. Dadle expresiones al demonio.

—Llamad a Danton o a Robespierre para que os salve.

Y la fosa llenábase rápidamente. Pronto los agonizantes cuerpos desaparecieron y tras ellos las manos alzadas en alto como pidiendo venganza a alguien que debía estar en lo alto para evitar tales crímenes.

Cuando la fosa rellena quedó al nivel del suelo, entonces las mujerzuelas y los pequeños salvajes, cuyo furor en vez de extinguirse se había excitado con el repugnante suplicio, comenzaron a patalear sobre la tumba, a apisonar la tierra, a dar dureza al suelo, como si temieran que

los cadáveres fuesen a salir de su eterno encierro.

Guzmán había presenciado de lejos toda la escena; pero percibió sus horrorosos detalles.

Conocía de antiguo la ferocidad de los vendeanos; pero nunca creía que fuesen capaces de alcanzar tal grado de salvajismo. Un sudor frío corría por su rostro. No era miedo a la muerte, era horror a lo desconocido, a las invenciones infernales de aquellos atormentadores, lo que agitaba a Guzmán. Comprendía que le obligaban a presenciar tal espectáculo para aterrarle y que no acogiese con rebeldía las proposiciones de Beringel.

Sólo quedaba Goliat. ¿Qué irían a hacer de él?

Rodeado por algunos vendeanos, su enorme figura descollaba sobre los sombreros de estos, atrayendo las miradas furibundas y las pedradas del maléfico enjambre.

El pobre Goliat presentaba un aspecto horroroso. Estaba casi desnudo de la cintura arriba; el martirio sufrido la noche anterior y los empujones de la multitud habían destrozado su traje, y sólo algunos jirones de ropa blanca quedaban para cubrir aquel pecho ruidoso y ardiente como una ruidosa fragua, y los músculos poderosos, prominentes y tirantes, que se hinchaban bajo la áspera piel cubierta de espeso vello.

Las ofensas de la multitud marcábanse ya en su rostro. Las pedradas de los chicuelos ensangrentaban su cabeza, y aquel gigante temible, que a tener libres los brazos hubiera derribado su escolta, había permanecer inmóvil sin poder librarse de las ofensas de muchachos y mujerzuelas y haciendo esfuerzos por permanecer sereno e impasible, aunque sin lograr que en sus ojos se apagase una llamarada de inmensa cólera.

La muchedumbre sentíase dominada por una cruel alegría.

Hasta los más austeros vendeanos sentían deseos de niño feroz y parecíales a todos muy gracioso el jugar con un gigante y mutilarle cual si fuese un mísero insecto.

Además, a este deseo salvaje uníase la consideración de que Goliat había sido el autor de la muerte de Apalea-ranas.

Allí estaba el cadáver a pocos pasos del preso y los guardianes de Goliat obligábanle a mirarlo, al mismo tiempo que el grupo de mujeres, capitaneado por la esposa del muerto, aullaba con el arrebato de la locura.

—¡Que lo corran! —gritaba un infinito vocerío—. ¡Que no lo fusilen! ¡Traedlo hacia aquí para que lo veamos todos!

Y los guardianes miraban al señor Pedro como esperando su orden para empujar inmediatamente al prisionero hacia la feroz multitud.

El llamado coronel sonreía complacido y miraba a la lejana mesa donde estaban sus jefes, como si esperase una orden.

—¡Qué diablo! —exclamó por fin—. La gente quiere divertirse. Soltadlo, pues, y que buen provecho haga a todos este grandullón endemoniado.

Se abrieron las filas de escolta, y Goliat, ya al descubierto, fue empujado hacia la inquieta muchedumbre, que saludó a su víctima con un rugido de feroz alegría.

—Dejadle pasar —gritaban los que no estaban en primera fila—. ¡No lo matéis en seguida! ¡Que haya para todos!

Y al par que proferían estas súplicas feroces, los grupos empujaban y arremolinábanse buscando al prisionero para saciar en él su odio a los azules.

El oleaje de gestos feroces, de brazos levantados y de bocas vociferantes, envolvió a Goliat, quien con los brazos atados a la espalda, indefenso, pero siempre altivo y valeroso, penetró en aquel mar de rugientes odios, destacando su cabeza por encima de sus enemigos.

El indefenso gigante avanzaba a través de los grupos, que se abrían dejándole libre el paso para prolongar más su agonía.

En su robusto y endurecido cuerpo sentía los arañazos de las mujeres, los mordiscos de los muchachos y los terribles golpes que un sinnúmero de culatas descargaban sobre él.

Aquella marea de terribles tormentos iba subiendo rápidamente y pronto el sereno rostro del gigante fue objeto de dolorosas injurias. Un bayonetazo le rasgó una mejilla, una de su orejas pendía sólo de un poco de piel, la sangre, goteando por los aplastados cabellos, caía sobre sus ojos cegándole, y cuando instintivamente bajaba la cabeza para parar los golpes, un sinnúmero de manos tiraban de su cabellera o de sus bigotes arrancándolos, y terribles dedos penetraban en sus abiertas heridas, pellizcando y tirando de la inflamada y sanguinolenta carne.

El infeliz hacía esfuerzos para conservar su impasibilidad, para no dejarse dominar por el terror y seguía avanzando lentamente entre los

aullidos de la muchedumbre y la lluvia de martirios.

Deseaba un golpe anonadador que acabase con su vida; pero los verdugos querían prolongar el suplicio y todos sus golpes, aunque crueles, no eran capaces de extinguir el fuego vital que latía en tan extraordinario organismo.

De pronto el gigante dio un rugido que destacó sobre el vocerío de la muchedumbre.

Una terrible pedrada acababa de aplastarle un ojo y en su rostro ensangrentado destacábase como un horrible agujero la vacía cuenca, de la que colgaban rojas piltrafas.

No era posible sufrir más.

El dolor era en él más poderoso que el deseo de mostrarse impasible ante los tormentos y aulló como un león, deseoso de morir matando. Tenía las manos inmóviles sobre la espalda y agarrotadas con tanta fuerza, que le era imposible moverlas; pero le quedaban su boca, sus piernas, su gigantesca corpulencia, que era un terrible ariete.

Se revolvió furioso, mordió a cuantos estaban al alcance de sus dientes, crujieron huesos bajo sus vigorosas patadas e instantáneamente formóse un ancho círculo en torno de aquella masa informe, cubierta de sangre, que giraba con las convulsiones de la locura y en la cual brillaba como un ascua el único ojo que le quedaba.

—¡Matadlo! ¡Está rabioso! ¡Tirad sobre él!

Y este vocerío fue seguido de unos cuantos tiros que derribaron el cuerpo del coloso.

Entonces el horror de la escena llegó a un límite repugnante. La multitud abalanzóse sobre el caído cuerpo que aún tenía vida, todos quisieron pasar sobre él, empujáronse los grupos con el ansia de patear al caído, y miles de pies taconeando sobre Goliat, pasando y repasando en diabólica contradanza, convirtieron el cadáver en una masa informe, pegajosa y aplanada, en una papilla cuyos jugos absorbió la tierra y en la cual mezclábanse los músculos aplastados con los fragmentos de hueso y los harapos de tela.

Asquerosos trofeos elevábanse sobre la multitud; pedazos del cuerpo de Goliat goteaban en las puntas de las bayonetas, y la mujer da Apalea-ranas que separando las costillas del cadáver, había arrancado el corazón, aullaba de alegría agitando aquel pedazo de carne sangrienta y lo pasaba

por el rostro del cadáver de su esposo como si pretendiera que éste después de muerto devorase a su matador.

Esta escena de caníbales duró más de un cuarto de hora.

Guzmán, que desconocía el miedo, sentía terror al ver de cuánta ferocidad eran capaces aquellos seres, y en ciertos instantes seguía creyendo que era víctima de espantosa pesadilla.

Los dos jefes vendeanos habían contemplado la escena con marcada complacencia, sin experimentar repugnancias y sin dejar de beber.

Cuando la muchedumbre cesó de gritar y dio por extinguido su afán de exterminio, Beringel cambio de postura en su asiento y dijo con expresión indolente:

—Muy bien: ya acabó ese bravucón.

Dampierre sonrió con ferocidad y dijo fijando sus insolentes ojos en Guzmán:

—Lo mismo os ocurrirá a vos, buen mozo, si mañana os negáis a escribir a vuestro amigo. Por cierto que nuestra gente tendrá más gusto en aplastar a patadas a un comandante republicano que a un sargento.

Las palabras de aquel odiado enemigo disiparon en Guzmán la expresión de terror de momentos antes. Olvidó el fusilamiento de los soldados y el atroz suplicio de Goliat para pensar únicamente en los insultos de que él había sido objeto dentro de la torre.

¡Ah! Pero esta vez, gracias al diablo, sus manos estaban libres y nadie le impedía devolver golpe por golpe, paladeando el amargo goce de la venganza.

La escena tuvo la rapidez de un relámpago.

Antes de que los dos jóvenes realistas se dieran cuenta de lo que sucedía, Guzmán empuñaba ya el látigo que Dampierre había dejado sobre la mesa, y avanzando gritaba con los ojos fijos en su enemigo:

—Me golpeasteis cobardemente cuando no podía defenderme y ahora os devuelvo los latigazos ante todo vuestro ejército. Golpe por golpe.

Y mientras decía esto, su látigo, describiendo veloces curvas en el espacio, caía por dos veces con silbido estridente sobre el rostro de César Dampierre, a quien el asombro parecía haber enclavado en su asiento.

Lo que siguió después fue una verdadera tempestad.

Un terrible grito se levantó en toda la explanada, los vendeanos más inmediatos a la mesa abalanzáronse sobre Guzmán, y después de

arrancarle el látigo, arrojáronlo al suelo para golpearle sin misericordia y toda la masa adelantóse amenazante, cual si fuese a devorar al audaz que se atrevía a desafiar la cólera de algunos miles de hombres.

Beringel, empeñado en conservar la vida de Guzmán, púsose en frente de los que avanzaban con el sable desenvainado, mandándoles como jefe que no diesen un paso más, y mientras era obedecido a regañadientes, Dampierre permanecía en su asiento rugiente de dolor y ocultando el rostro entre las manos para que no se vieran las escoceduras del látigo.

Guzmán en el suelo bajo una verdadera lluvia de puntapiés y culatazos, tenía los ojos puestos con extrañeza fijeza en el único balcón del edificio anexo a la torre.

Cuando le derribaron después de su audaz venganza, atrajo su atención un grito femenil que sonó allá arriba y que en su entonación especial delataba inmenso dolor y no menos sorpresa.

Había creído ver en el balcón dos trajes de vivos colores, dos rostros que evocaban en él dulces recuerdos; pero esto fue tan rápido, que la visión resultó insegura. Un momento después, la única mujer que se veía en el balcón era la baronesa, contemplando fría e impasible cuanto pasaba en la explanada.

Guzmán mientras le molían a golpes pensaba en la posibilidad de que Luisa y Margarita le hubiesen visto realmente desde el balcón, retirándose en seguida confusas y aterradas ante las órdenes imperiosas de la baronesa, que indudablemente tendría interés en que ignorasen sus pupilas la presencia del comandante en la torre del Obispo.

VII.-EL AUXILIO DE «MARAT»

A costa de muchos esfuerzos, el prisionero se libró del suplicio con que le amenazaban las irritadas masas. El señor Pedro, obedeciendo al conde de Beringel, se encargó del prisionero, y escoltándolo con un fuerte piquete, lo condujo, atadas de nuevo sus manos, a un calabozo subterráneo abierto en los cimientos de la torre del Obispo.

El joven comandante permaneció allí muchas horas atolondrado por los golpes que había recibido y no sintiendo en su embotado cerebro otra idea que la posibilidad de que Luisa y Margarita fuesen las dos apariciones momentáneas que había columbrado en el balcón.

El tenue rayo de sol, que penetrando por una alta ventana a flor de tierra, trazaba en la pared del calabozo una mancha de oro, fue desvaneciéndose lentamente y al fin el frío soplo del crepúsculo comenzó a extenderse por la tétrica estancia, en la cual las sombras eran ya tan densas como a media noche.

A esta hora fue cuando el señor Pedro entró para encargarse nuevamente de la conducción del prisionero.

Anochecía cuando Guzmán salió a la explanada.

En el dilatado espacio de cielo que aquella gran plaza de la selva dejaba al descubierto, comenzaban a brillar las primeras estrellas y la luna asomaba su disco por encima del muro de ramaje que cerraba el horizonte.

El prisionero encontróse inmediatamente con Beringel, que se paseaba cerca de la torre con expresión pensativa.

Nadie le acompañaba, y por más que Guzmán miró a todos lados, no consiguió ver la antipática figura de César Dampierre.

Cuando Guzmán llegó ante Beringel, una mujer se aproximaba a ellos atravesando la pradera.

La más absoluta calma había sucedido al espantoso aquelarre de la mañana. Los vendeanos, que acababan de digerir su rancho de la tarde, preparábanse a dormir y eran muy pocos los seres que se mostraban en pie en la dilatada llanura. Esta parecía haber sufrido una erupción, pues eran infinitas las pequeñas chozas de ramaje que sobre ella se habían levantado y que vistas a la indecisa luz del crepúsculo parecían grandes tumores.

Beringel se gozó en contemplar el mísero aspecto de Guzmán, que iba casi desnudo y con el rostro manchado de coágulos de sangre.

Para el conde, que le había visto en otros tiempos hermosos, altivo y arrogante, esto le proporcionaba en cierto modo el placer de la venganza satisfecha.

Reinó un largo silencio, durante el cual Guzmán permaneció impasible ante la mirada escudriñadora e irónica de aquel enemigo.

Dos o tres veces miró al balcón de la casa con la esperanza de volver a contemplar aquellas apariciones, de cuya realidad dudaba ahora; pero experimentó profunda decepción al verlo obscuro y cerrado.

Las palabras del aristócrata volviéronle a la realidad.

—Oíd, Guzmán. He tenido compasión de vos y quiero evitaros que paséis la noche en un oscuro calabozo. La mujer de Apalea-ranas se encargará de vuestra custodia hasta mañana al amanecer y junto a ella pasaréis muy bien la noche al raso. Creo que no os quejaréis de mi atención.

Guzmán no quiso contestar a estas palabras, dichas con una ironía mortificante. Bien adivinaba el significado de tales atenciones. El concepto de Beringel era sin duda sobrada comodidad e intolerable calma el que permaneciera toda la noche solo y aislado en el fondo de una mazmorra y había discurrido entregarlo a la viuda de Apalea-ranas para que le acosara con terribles tormentos, propios de su locura y del afán de vengar la muerte de su marido.

Ella era la mujer que cruzaba la pradera y que quedó inmóvil a corta distancia de Beringel y Guzmán, contemplándolos con fijeza.

—Avanza, mujer —le gritó el conde.

La mujer se acercó. Era aún la misma posadera, hombrona y feroz, del Gallo Rojo; pero en su mirada notábase la brillantez y el extravío propios de una locura intermitente.

—Vas a encargarte de este hombre —dijo Beringel—. Lo guardarás toda la noche y mañana vendrás a presentarlo vivo en este mismo sitio.

La posadera asentía a todo con estúpidos movimientos de cabeza.

—Puedes hacer con él cuanto gustes, con tal de que no pierda la vida.

Esta autorización hizo que aquel rostro salvaje se contrajera con un gesto de alegría, mostrando su dentadura blanca y deslumbrante.

—Tú debes conocer a este hombre. Es el jefe de los azules. Tu marido, antes de morir, dijo que él había estado una vez en vuestra posada y hasta creo que aseguró que él fue el autor de cierto golpe que trastornó tu cabeza. Mírale; veas si lo reconoces.

La mujer avanzó, puso sus manos rudas sobre los hombros de Guzmán, y pegando su rostro al de este, le miró por unos instantes con sus ojos de loca.

—¡Sí!, ¡es él! —exclamó riendo ferozmente—. Lo reconozco; es el que me machacó la cabeza a la puerta de nuestro Gallo Rojo. ¡Oh, Virgen María!, ¡gracias por el encuentro! Por fin eres mío, bandido.

Y sacudió un fuerte bofetón en el rostro de Guzmán.

El conde intervino.

—Guarda eso para después. Tiempo tendrás de acariciar al prisionero y aún presumo que has de cansarte.

Beringel volvióse después a Guzmán para decirle con su vil ironía:

—Quedáis bien guardado hasta mañana, señor Guzmán. No diréis que no soy amable al daros por guardián a una mujer. Tal vez las atenciones de esta señora os convenzan más que mis exhortaciones y mañana os decidáis a escribir a vuestro amigo para que venga a visitarnos. Os vuelvo a repetir que si mañana os mostráis tan terco como hoy, tendré el gusto de haceros despedazar antes de que llegue el medio día. ¡Buenas noches!

Y llevándose la mano al sombrero saludó irónicamente a Guzmán.

La viuda de Apalea-ranas, que se había separado para entrar en la casa anexa a la torre, salió a los pocos instantes con una gran cuerda, en la que hacía un nudo corredizo.

—¿Qué es eso? —la preguntó Beringel que iba a retirarse.

—Un collar que fabrico para mi perro.

Y rió brutalmente sus mismas palabras, considerándolas como un hermoso chiste.

—Cuida que el prisionero no se escape y no te alejes mucho del campamento.

Retiróse Beringel y la feroz mujer ciñó el lazo corredizo al cuello de Guzmán, tirando inmediatamente de la cuerda.

—¡Arre!, ¡arre! —aulló sofocada por su risa feroz.

Y Guzmán, con las manos atadas a la espalda, hubo de seguirla para no ser estrangulado por la tirante cuerda.

La resignación de aquel hombre tan maltratado por la desgracia, resultaba hermosa y conmovedora; pero no había en todo el campamento vendeano ningún ser capaz de apiadarse de tanto infortunio unido a tanto valor.

Si en la torre del Obispo existían almas tiernas y sensibles, estaban sin duda ocultas y cohibidas por una vigilancia tiránica.

Al atravesar el campamento aquel horrible grupo formado por la feroz mujer y el triste prisionero, algunos vendeanos, interesados por el espectáculo, incorporáronse, y sacudiendo la naciente somnolencia, rieron brutalmente al ver un jefe republicano que era conducido a tirones y golpes como un ser irracional.

—¿Adónde vas con tu bestia? —gritaron algunos.

—¿Dónde has comprado ese buey?

Y de casi todas las chozas salían groseros insultos y brutales carcajadas; pero la posadera callaba y seguía tirando, deteniéndose algunas veces para dar puntapiés al prisionero o golpearle con el extremo de la cuerda.

Una banda de chiquillos, como ronda de malignos duendes, rodeó al prisionero, arrojándole piedras o pinchándole con agudos palos.

Esto enfureció a la loca. Mostraba la misma indignación que aquel que ve en manos ajenas un objeto de su propiedad, y agachándose varias veces, comenzó a aullar arrojando piedras a los muchachos.

—¡Largo, granujas! ¡Fuera de aquí! Dejad a mi bestia; sólo yo puedo pegarle con autorización del señor conde. Marchaos u os descalabro.

Y tanto gritó y amenazó a los muchachos, que estos después de haber sido alcanzados varias veces por las uñas de la loca, fueron rezagándose y al fin dejaron en paz al prisionero y su conductora.

Abandonaron la explanada para entrar en la arboleda.

La luna, que filtraba sus oblicuos rayos por entre el follaje, iluminaba

fantásticamente el extraño grupo.

La posadera, desgreñada, haraposa y con el rostro feroz, parecía una furia, arrastrando camino del infierno una alma encadenada.

Anduvieron algunos minutos por entre los árboles y la loca no se detuvo hasta llegar al pie de un alto ribazo.

—¡Al suelo, animal! —gritó azotando con su cuerda al prisionero.

Y Guzmán dejóse caer sobre el césped, al mismo tiempo que recibía una verdadera lluvia de azotes de manos de la furiosa arpía.

Aullaba de gozo al poder maltratar a su sabor a aquel hombre odiado.

—¡Toma, asesino de mi hijo! ¡Ahí va otro, matador de mi marido! ¡Toma este, perro republicano!

Y con estos gritos, que salían barboteando de rabia de su boca, contraída por un gesto feroz, iba acompañando sus golpes, que parecían embriagarla y sumirla en un goce extraño y salvaje.

Por fin, o se fatigó la feroz mujer o la recomendación de Beringel reapareció en su memoria, pues cesó de golpear al prisionero, que había permanecido inmóvil sentado sobre el césped y sufriendo en su pecho y en su rostro los azotes de la loca.

—Dentro de un rato —murmuró la feroz mujer— empezaremos otra vez.

Y se arrojó al suelo, donde comenzó a agitarse con terribles convulsiones. La excitación causada por los tormentos a que sometía a su prisionero, era lo que resucitaba en ella la amortiguada demencia.

Guzmán, que a fuerza de experimentar martirios iba resultando ya insensible al dolor, permaneció inmóvil contemplando con extraña curiosidad la furiosa mujer, que lanzando rugidos y con la boca espumeante, rodaba por el suelo como una pelota.

A la luz de la luna y en aquel apartado rincón de la selva, la escena tenía un carácter fantástico.

Poco a poco fue amortiguándose el furor de la feroz bretona, que cesó de voltear por el suelo, quedando al fin tendida de espaldas, con los ojos cerrados y la respiración jadeante.

La crisis nerviosa había pasado, sucediéndola una languidez anonadadora, y al poco rato oyó Guzmán la ruidosa y silbante respiración de la vendeana dormida profundamente.

El soldado valeroso que no había temido a nadie en terribles batallas,

experimentaba ahora la dulce tranquilidad del débil que se libra de un peligro, viendo rendida por el sueño a aquella furia que anhelaba martirizarle con inauditos suplicios.

El majestuoso silencio de la selva y la frescura de la noche, produjeron en Guzmán agradable impresión, amortiguando un poco los efectos de aquella serie de tormentos que había sufrido durante todo el día.

A pesar de esto, su situación era bien difícil, y Guzmán no pudo menos que pensar en ella. Sus brazos, embotados por larga inacción y heridos por las apretadas cuerdas, estaban cruzados sobre la espalda, y además apenas si tenía libre la cabeza, pues la feroz mujer conservaba asido fuertemente el extremo de aquella gruesa cuerda de cáñamo que oprimía el cuello de Guzmán.

En tal situación le era imposible moverse ni intentar la defensa contra un enemigo peor que los vendeanos y que se aprovechara de la sombra y el silencio para caer sobre él.

Guzmán pensaba en los lobos, que atraídos por el incendio y la carnicería propios de la guerra, recorrían el país en grandes bandas, abandonando muchas veces los bosques para penetrar audazmente en las aldeas. El prisionero temblaba ante la idea de ser atacado por tan feroces enemigos en aquel rincón de la selva, y cuando más pensaba en esto, oyó a sus espaldas el ruido de la hojarasca como si un animal se arrastrara sobre ella. Volvió la cabeza y vio en lo alto del ribazo una sombra negra, aplanada y enorme, que a la difusa luz de la luna, tenía la apariencia de un animal fabuloso.

Guzmán tembló y sintió impulsos de gritar para que la dormida guardiana acudiese en su auxilio; pero antes de que la voz pudiera salir de su garganta, el monstruo se replegó en lo alto del ribazo y saltó después ágil y silenciosamente, cayendo a los pies del prisionero.

Éste reconoció inmediatamente al enorme Marat, el perro prohijado por el batallón del 10 de Agosto.

En ninguna ocasión se mostró el fiel animal tan discreto y conocedor de la situación.

La alegría que le causaba el encontrar al comandante, la manifestó con movimientos de cola y pasando su hocico por el martirizado rostro de Guzmán, sin que se le escapara el más ligero gruñido de satisfacción.

Daba vueltas en torno del prisionero, deteniéndose algunas veces para lanzar miradas de hostilidad y alarma a la mujer dormida y volviendo después a acariciar al destrozado cautivo.

Esta escena duró algunos minutos, sin que el perro hiciese otra cosa que mostrar su alegría.

Guzmán, que en el primer momento al ver aparecer a Marat habíase sentido dominado por una repentina esperanza, comenzaba a creer que el encuentro con el fiel animal de nada le serviría.

De pronto tuvo una idea. La esperanza de salvarse comunicóle una rara energía, animando su cuerpo quebrantado.

Sentíase capaz, en compañía de Marat, de atravesar toda la selva e ir en busca de sus amigos; pero para ello necesitaba tener las manos libres y abandonar el ribazo sin que se apercibiera de ello la feroz bretona, que con solo un grito, agrandado por el silencio de la selva, podía difundir la alarma por todo el campamento vendeano.

Guzmán, ladeando su cuerpo cada vez que el perro intentaba acariciarle, presentábale la espalda y las dos manos cruzadas y atadas con algunas vueltas de cuerda.

Marat, extrañando el movimiento con que eran recibidas sus caricias, parecía no comprender, hasta que por fin dio un ligerísimo gruñido y se abalanzó sobre las manos de Guzmán, buscando delicadamente con sus colmillos el punto donde podía hacer presa en las ligaduras.

La operación fue difícil y duró mucho tiempo. Guzmán oía a sus espaldas el crujido de los dientes triturando el cáñamo y vigilaba con ansiosa alarma a la dormida mujer, temiendo que despertara antes de que él estuviera libre.

Por fin sintió que las ligaduras se aflojaban, y haciendo un esfuerzo violento con sus manos, la cuerdecilla vino al suelo.

Ya tenía libres los brazos, ya podía creer en la realización de su fuga, y deseoso de no perder tiempo para devolver a sus miembros embotados y muertos por la inacción la vida y la fuerza que necesitaban, comenzó a frotar uno con otro, haciendo de este modo que la sangre circulara nuevamente.

Mientras tanto, Marat, cada vez más satisfecho de su papel y más penetrado de la gravedad de la situación, avanzó cautelosamente hasta colocarse junto a la viuda de Apalea-ranas, que seguía durmiendo

profundamente.

Guzmán poco a poco fue poniéndose en pie, cuidando de evitar los movimientos violentos en la gruesa soga que aún conservaba al cuello y cuyo extremo seguía empuñando la mujer.

Cuando estuvo derecho ensanchó el lazo corredizo y se quitó el collar de cáñamo, considerándose ya desde entonces como en definitiva libertad.

Salir del bosque lo consideraba Guzmán una tarea sencilla, aunque desconocía por completo el camino.

Estaba débil y quebrantado; pero al verse libre de ligaduras, después de un día de prisión y martirios, una inmensa alegría inundaba su ser y volvía a surgir en él la confianza en las propias fuerzas, que tan audaz le hacía en todas ocasiones.

El comandante miró a la bretona por última vez, dudando entre alejarse inmediatamente o prevenirse contra la alarma que produciría aquella mujer al despertar y verse sin el prisionero.

La prudencia le hizo adoptar este último medio, y aunque se sentía débil y con pocos deseos de luchar, abalanzóse sobre la mujer, arrancándola con vigoroso empuje la cuerda que aún conservaba en las manos.

Despertó la viuda de Apalea-ranas, y a pesar de la sorpresa que experimentó viendo libre al prisionero, quiso gritar para difundir la alarma en el lejano campamento, pero una mano de Guzmán que se aferraba a su garganta y los amenazantes rugidos de Marat, quien descargaba todo el peso de su cuerpo sobre el pecho de la bretona, obligáronla a callar.

Guzmán no anduvo torpe en librarse de su fiera enemiga. Arrolló la gruesa soga fuertemente en torno del cuerpo de la mujer, impidiendo todo movimiento a sus piernas y sus brazos, y despojando a la prisionera del pañuelo que llevaba al cuello, vendó su boca para impedir el grito de alarma que denunciase su fuga.

Cuando la fiera bretona quedó en el suelo atada y amordazada como un paquete humano, sin voz y sin movimiento, Guzmán llamó a Marat con un ligero silbido, y el perro abandonó aquel cuerpo que sofocaba con su peso.

El perro colocóse delante del joven, y ambos, abandonando el ribazo,

emprendieron la marcha.

Guzmán marchaba a la ventura. Desconocía la selva y estaba completamente desorientado, por lo que se confiaba a Marat, aunque con la triste certeza de que este ignoraba tanto como él el rumbo adecuado para salir del bosque.

Creía el comandante que Marat, después de escapar al iniciarse la refriega de la noche anterior, había vagado por la selva sin saber cómo salir de la inmensa arboleda y encontrándole a él casualmente; pero pronto experimentó una agradable sorpresa al notar que el perro marchaba con seguridad y en línea recta.

Esto hizo que el comandante sospechase la verdad. Sin duda Marat conocía el camino para salir de la selva y lo había recorrido antes, yendo tal vez a la aldea donde estaba Vadier para avisarle con su presencia todo lo ocurrido y volviendo después en busca de los prisioneros, de los cuales sólo encontró a Guzmán.

El joven iba pensando en la inteligencia de aquel fiel animal; pero pronto tuvo ocasión de admirar aún más su sagacidad, viéndole detenerse y husmear con alarma.

Pasados breves momentos de olfateante espionaje, Marat se arrojó fuera del camino y el joven le imitó. Aplanóse el perro con la intención manifiesta de hacerse menos visible; Guzmán siguió el ejemplo arrojándose al suelo, y así los dos despacio y evitando los crujidos de la hojarasca, fueron arrastrándose lentamente.

Más de una hora invirtieron en adelantar de este modo unos quinientos pasos, pero Guzmán no se arrepintió de este retraso en su marcha, pues elevando su cabeza por entre los matorrales, vio algunos vendeanos que hacían el servicio de escuchas y que seguros de que los azules no habían de atacarles, conversaban alegremente sobre los suplicios de Goliat y sus tres compañeros.

Cuando Guzmán y el perro estuvieron lejos de aquellos hombres, irguiéronse y continuaron su marcha a paso acelerado.

El comandante no se dio cuenta exacta de lo que caminó aquella noche. Debieron ser muchas horas pues al fin aquel océano de árboles que parecía prolongarse hasta lo infinito, daba vueltas en torno de su cabeza, que estaba agitada por el oleaje del vértigo.

La debilidad hacía temblar sus piernas; pero a pesar de esto, seguía

caminando automáticamente, extinguidas las fuerzas físicas, pero animado por la voluntad tenaz de salvarse.

Por fin la arboleda cesó bruscamente. Había llegado el fugitivo al término de la selva, y allí al ver ante sus ojos la dilatada llanura, que con sus insensibles repliegues, parecía a la luz de la luna un mar luminoso con islotes de sombras, Guzmán reconoció que había salido del bosque por un camino distinto al que había seguido la noche anterior para entrar en él.

La aldea debía hallarse muy lejos; pero Guzmán, fiando siempre en la inteligencia de su perro, dejóse guiar por este, que sin vacilaciones, marchó en línea recta hacia occidente.

A la media hora de marcha, el joven no pudo resistir tantas fatigas y se dejó caer sobre un peñasco, donde permaneció mucho tiempo, siendo invadido por un profundo letargo.

Cuando despertó, la luna se hundía lentamente en el horizonte, descolorida y opaca ante la faja de luz azulada que iba marcándose en el oriente.

Sintió en el rostro una cosa fría y pegajosa que le acariciaba. Era la lengua de Marat, quien aullaba débilmente intentando reanimarle.

Guzmán, transido por el fresco del amanecer y con el cuerpo entumecido, púsose en pie impulsado por un supremo arranque de su voluntad.

A lo lejos blanqueaban los muros de la aldea, y esto pareció comunicar al joven nuevo valor.

Volvió a emprender su marcha con las piernas vacilantes y temiendo a cada momento caer al suelo. El deseo de llegar a la aldea era la única fuerza que le mantenía en pie, y seguía caminando atemorizado por la duda de si tendría fuerzas suficientes para reunirse con sus amigos.

Cuando aún le faltaba mucho camino para llegar a la aldea, detúvole la aparición de una mujer pequeña, vieja y encorvada, que venía hacia él con una hachuela y un manojo de cuerdas. Era sin duda una miserable aldeana que se encaminaba al bosque para cortar algunos haces de leña.

Al llegar a pocos pasos de Guzmán detúvose asombrada, reconociendo en los harapos sangrientos que le cubrían el uniforme de los azules.

El comandante tuvo aún fuerzas para hablar con voz débil.

—Decid, buena mujer: ¿están muy lejos los centinelas de la brigada?

La vieja sonrió con expresión sarcástica.

—¿De qué centinelas habláis? ¿De los republicanos?

Guzmán contestó con un movimiento afirmativo, y casi se desmayó oyendo la respuesta de la campesina.

—En la aldea no queda ya ningún azul. Anoche a las ocho marcharon los vuestros a la selva en busca del general Charette. Yo creí que la función había comenzado ya, y que erais uno de los pocos fugitivos que quedaban con vida.

Y la vieja decía esto con insolencia, como segura de que una expedición por el interior de la selva debía terminar con una completa y feroz victoria de los suyos, o sea de los vendeanos.

En el modo de mover la hachuela que empuñaba su diestra, adivinábase los deseos que tenía de aprovechar el encuentro con aquel azul, débil, quebrantado y vacilante, para librar de un enemigo la causa del rey; pero inspirábale cierto cuidado el enorme perro, que cual si adivinase sus ocultas intenciones, rodaba en torno de ella gruñendo y enseñando los colmillos.

La vieja se dispuso a continuar el camino para sustraerse de malos pensamientos.

—¡Buena suerte! —dijo sonriendo irónicamente, y se alejó.

Guzmán no pudo resistir más. Aquella inesperada marcha de sus compañeros acababa con su escaso valor, y desalentado cayó al suelo, sintiendo ganas de llorar como un niño.

Su desaliento era inmenso. No le quedaba más auxilio que el de Marat, aquel animal fiel que ahora se mostraba triste y aullaba como si comprendiera lo terrible de la situación.

El comandante disponíase a morir. Allí acabaría su vida, vencido por la inanición y el hambre, sus huesos blanquearían en aquella llanura si antes no llegaba una turba de aldeanos realistas, que con cobarde ferocidad se encargaran de destrozarle y aniquilarle como al desgraciado Goliat.

Lo que más le apenaba en su triste situación era la suerte de Vadier.

Todo lo adivinaba con asombrosa intuición. Vadier, alarmado por la presencia de Marat en la aldea, había comprendido que su amigo era prisionero de los vendeanos, y con el noble deseo de salvarle, decidióse

audazmente a penetrar en la selva para batir al enemigo, a pesar de que este tenía en su favor el conocimiento del terreno y las emboscadas.

Guzmán daba ya por muerto a Vadier, víctima noble del afecto amistoso, y esta seguridad era lo que le hacía transigir con su triste situación sin desesperarse.

Puesto que Vadier estaba perdido, él debía morir.

Y pensando en esto, se extendía sobre el suelo con la fatalista resignación del musulmán, que alejado de la caravana, se tiende en la arena del desierto esperando impasible la llegada del arcángel de la muerte.

De pronto, los ladridos de Marat atrajeron su atención.

El perro alarmábase mirando un grupo de hombres armados que se acercaba, y tras los cuales, a larga distancia, distinguíase la masa confusa de un ejército en marcha.

La escasa luz del amanecer no permitía distinguir con claridad los uniformes de aquella fuerza que marchaba como de avanzada; pero Guzmán no dudó ni un solo instante.

Serían vendeanos: la división acampada en la torre del Obispo, que avanzaba después de haber exterminado las fuerzas de Vadier, o el ejército de Charette que al fin marchaba sobre Nantes luego de haber atravesado la selva.

Una sonrisa fúnebre contrajo el rostro de Guzmán. Llegaba para él el remedio apetecido. Ya no moriría abandonado en aquella llanura sin otra compañía que la de Marat. Caería como un valiente bajo el plomo del enemigo.

Hizo un esfuerzo desesperado; después de andar a gatas consiguió ponerse en pie, y vacilando como un borracho, plantóse en medio del camino.

—¿Quién vive? —le gritó una voz enérgica y grave.

—¡Tirad, cobardes!… ¡Viva la República!

Guzmán, después de este grito, esperó en vano la descarga.

Viose rodeado de hombres armados, algunos brazos le estrecharon cariñosamente y él se desmayó de sorpresa y emoción.

Aquellos hombres vestían el azul uniforme de los soldados de la República.

VIII.-LA CATÁSTROFE

Al anochecer salió de la aldea la media brigada republicana.

Vadier, desde el instante en que la presencia de Marat en la aldea, le hizo sospechar lo que había ocurrido a Guzmán en la noche anterior, perdió la calma, experimentando con anhelo la necesidad de entrar cuanto antes en aquella selva, terrible guarida de los bandidos vendeanos y en la cual no sabía si encontraría aún vivo a su amigo el audaz español.

No se le ocultaban a su pericia de soldado los grandes peligros que había que arrostrar para ir en busca de su compañero, ni lo descabellado que era marchar con dos batallones al encuentro de fuerzas que preocupaban seriamente a todos los generales de la República.

Además, su deber como militar era obedecer las órdenes de sus superiores, aguardando con calma la llegada de aquella división que había de reunírsele para impedir el avance de Charette sobre Nantes; sabía que intentando por propia cuenta un movimiento aislado, con la derrota como única esperanza, corría el peligro de atraerse la cólera de aquella terrible Convención, que lo mismo guillotinaba a los generales traidores que a los que no sabían triunfar; pero a pesar de cuantas reflexiones le dictaba la prudencia para hacerle desistir, siempre quedaba algo dentro de Vadier que le impulsaba a la loca aventura, a aquel avance audaz, capaz de aterrar a los más atrevidos veteranos.

El combate que internamente sostuvieron en Vadier el afecto amistoso y sus deberes militares duró poco tiempo.

—Si yo me hallase en la situación de Guzmán (si es que el pobre aún vive), tengo la convicción de que él no vacilaría en socorrerme. Vamos, pues, a buscarle y… ¿quién sabe si mi atrevimiento me proporcionará una victoria? Nada hay imposible para los soldados de la República. Danton lo ha dicho: audacia y siempre audacia.

Y el joven caudillo, después de formular interiormente este razonamiento como argumento supremo, dio a la media brigada la orden de marcha.

No sabía el camino, pero en cambio la claridad de la noche venía en su auxilio y hacía menos penosa la marcha.

Cuando llegaron al lindero del bosque ya había circulado por toda la columna el verdadero motivo de aquella marcha nocturna a través de un país desconocido. Iban a librar a sus infelices compañeros aprisionados por los bandidos, y esta noticia inflamaba el entusiasmo de los soldados republicanos, los cuales como verdaderos hijos de una época de audaces avances y sublimes atrevimientos, sólo sentían simpatía por las empresas extraordinarias y asombrosas.

La columna, como animada por extraño instinto, internóse en la selva, caminando con bastante rapidez y siguiendo una dirección, que aunque no muy exacta, iba aproximándola a la torre del Obispo, lugar desconocido para Vadier, pero cuyo nombre le obsesionaba.

Dos guardias nacionales de Nantes servían de guías a la columna. Desconocían los senderos de la selva, pero eran expertos en adivinar señales y rastros imperceptibles que dejaban los vendeanos, y a esto se debía el que la expedición no se extraviara en su marcha y el que a costa de vacilaciones y rodeos se fuera aproximando a donde estaban acampadas las fuerzas enemigas.

Vadier iba al frente de la vanguardia, a pie, llevando su caballo de las riendas, y entre los dos batallones de infantería, rodaban las cuatro piezas de campaña, que pasaban a través de la maleza, más que por los violentos tirones de los rocines, por el esfuerzo de los soldados, que en los pasos difíciles se agrupaban a las ruedas empujándolas violentamente.

La columna marchaba silenciosamente como una sombría procesión de vengativos espectros, y únicamente delataba su presencia el sordo rumor de las ruedas aplastando la maleza o haciendo saltar los guijarros y los miles de pies que se hundían en el terreno húmedo y fangoso.

Miraba Vadier su reloj a la luz de la luna en un claro del bosque y se convencía de que era más de media noche, cuando un fogonazo surgió de una masa obscura de árboles y una bala pasó silbando por entre los primeros soldados de la vanguardia.

Acababan de tropezar con las avanzadas de los vendeanos.

El tiro produjo efecto en toda la columna. Los fusiles apuntaron a la sombría parte del bosque que tenían enfrente y una descarga general iba a contestar al disparo aislado del centinela insurrecto, cuando Vadier gritó a sus soldados:

—¡Nada de fuego! ¡Guardadlos cartuchos!… ¡A la bayoneta!

Y el primer batallón, obediente a la voz de Vadier, apenas acababa este de proferir su grito, se lanzó con la bayoneta calada sobre el lugar que ocupaban las avanzadas enemigas.

El resto de la columna siguió adelante y los cuatro cañones eran llevados casi en volandas por centenares de brazos, pareciendo seres animados que galopaban sin tocar el suelo.

De todas partes surgían rojos fogonazos; los disparos de los vendeanos eran certeros, pues caían algunos de los que avanzaban; pero sólo algunos minutos les costó el desalojar de sus posiciones a las avanzadas enemigas.

Los vendeanos no esperaban aquel ataque y resultó fácil el desbaratarlos. Era tan audaz el avance de los republicanos, tan inesperada su aparición en aquella selva, donde nunca habían osado penetrar los azules, que los vendeanos, arrollados por las bayonetas, aun dudaban de la realidad de aquel ataque.

Vadier tenía en su favor lo arriesgado de tan loca operación, la sorpresa que esta causaba en los enemigos y lo poco preparados que estaban para sufrir el rudo empuje de aquella avalancha de soldados excitados por el deseo de salvar a sus compañeros y de vengarles, exterminando al enemigo.

En esta situación quedaban anuladas para los vendeanos las ventajas de conocer exactamente el terreno donde se desarrollaba la lucha.

Ellos mismos, en su retirada, huyendo ante las bayonetas de los republicanos, marcaban a estos el camino que debían seguir para llegar a la torre del Obispo.

En ningún combate se dio Vadier cuenta menos exacta de lo que ocurría, que en aquel ataque nocturno. Avanzaba siempre con el sable en la mano y sin reparar en peligros, y varias veces los granaderos que le rodeaban hubieron de contenerle respetuosamente para evitar que, avanzando demasiado, cayese en una celada.

Una hora duró aquel combate a través de la selva, avanzando

briosamente la columna, a pesar del tiroteo cada vez más certero y ruidoso que contra ella dirigían los vendeanos.

En la entrada de aquella vasta explanada, sobre la cual alzábase la torre del Obispo, fue donde los realistas extremaron la resistencia.

Hubo que dar varias cargas a la bayoneta a la luz de la luna y por entre los grupos de árboles, cada uno de los cuales era una verdadera fortaleza. Los cuatro cañones de la brigada puestos en batería, comenzaron a vomitar metralla sobre la muchedumbre que ocupaba la explanada, y a las primeras descargas, viose cuan decisivo era en aquella sorpresa el auxilio de la artillería.

Cejaron los vendeanos, en quienes la estupefacción y el asombro habían quebrantado el valor tenaz y fanático que les caracterizaba; una carga a la bayoneta, dada por los dos batallones, acabó de decidir la dispersión; huyeron los realistas a la desbandada, y como una avalancha destructora penetraron los republicanos en la llanura, esparciéndose en todas direcciones para perseguir a los grupos enemigos que corrían a refugiarse en la otra parte de la selva.

Vadier, al ver a la luz de la luna la torre del Obispo con el edificio adherido a ella, no vaciló en dirigirse a dicho punto, olvidando por el momento la persecución de los enemigos. Un grupo de granaderos le seguía.

La sorpresa había sido completa. De la torre y el caserón salían galopando sobre veloces caballos algunos hombres a medio vestir, que demostraban ser los jefes y los curas sorprendidos en lo mejor de su sueño.

Un carricoche estaba situado a la puerta del caserón. Piafaba impaciente el caballo enganchado al vehículo, y alguien gritaba desde su interior agitado por la angustia.

Dos caballos de silla estaban también a corta distancia inmóviles, sin asustarse por los disparos y el infernal estruendo que reinaba en la explanada.

—¡Los azules!, ¡que vienen los azules!… ¡Van a degollarnos!… ¡Pronto, niñas!

Esto fue lo que oyó Vadier al aproximarse al carricoche. Era una voz cascada y temblorosa por el miedo, que salía del interior del carruaje.

Casi al mismo tiempo vio aparecer en la puerta del caserón dos

hombres que llevaban como a viva fuerza a dos mujeres vestidas de blanco y en las cuales se notaba esa estupefacción que impide los movimientos y produce la parálisis del miedo.

Aunque la vaga luz de la luna no permitía apreciar con exactitud el rostro de aquellas gentes, Vadier conoció a las dos mujeres.

Experimentó una interna sensación como si un espíritu misterioso le anunciase al oído el nombre de aquellas fugitivas.

—¡Adelante! ¡Rayos y truenos! —gritó a los granaderos que le seguían—. Que no se nos escape ninguno.

Y corrió hacia el carricoche con el sable levantado y seguido del pelotón de granaderos.

La escena fue rápida. Un vendeano viejo, que por su traje e insignias parecía un jefe, intentó impedir el paso a Vadier disparándole un pistoletazo, pero el jefe republicano contestóle con una estocada que lo tendió muerto a sus pies.

Era el señor Pedro, el criado de confianza de la baronesa, que en un supremo arranque de doméstica lealtad había saltado del interior del carricoche al aproximarse el peligro.

Los dos jefes que acompañaban a las mujeres, abandonaron los brazos de estas para tirar de las espadas y defenderse. En el mismo momento el carricoche salió escapado a todo galope del robusto rocín que de él tiraba, saltando sus ruedas sobre los vendeanos que caían en la desordenada fuga.

La confusión aumentaba en la explanada y el pavor producido por la sorpresa hacía que todos se contagiasen de la general cobardía.

Los dos jefes vendeanos veíanse próximos a quedar envueltos por el grupo de granaderos y esto bastó para hacerles retroceder.

El peligro les obligaba a olvidarse de las dos mujeres que conducían. Quedar allí inmóviles un momento más era desafiar a la muerte, y por esto retrocedieron instintivamente buscando sus pacientes caballos, que con tan asombrosa inmovilidad les aguardaban. Saltaron a sus sillas cuando ya casi rozaban sus pechos las bayonetas de los granaderos republicanos, y clavando espuelas salieron en desenfrenado galope perseguidos por el tiroteo de los azules que corrían tras los caballos, deteniéndose únicamente para disparar.

La pradera estaba ya casi desierta. Sólo en el centro de ella veíase la

artillería de la brigada, pues los dos batallones habíanse esparramado por la parte opuesta del bosque persiguiendo a los fugitivos vendeanos.

Vadier, con la misma sorpresa que si despertara de un sueño, se vio entre aquellas dos mujeres que, mudas, absortas, vestidas de blanco y a la luz de la luna, tenían el aspecto de las apariciones fantásticas.

El asombro y el miedo no les permitía reconocer a Vadier y este por su parte contemplaba a una de ellas absorto y como en estática adoración.

—¿Me conoces, Margarita? —dijo al fin con voz dulce y cariñosa.

—¡Ah! ¡Eres tú!

—¡Sois vos, señor Vadier!

Y Margarita y Luisa, al lanzar estas exclamaciones con expresión de inmenso asombro, aproximáronse al jefe republicano con movimiento instintivo, reconociendo en él un protector para el terrible miedo que sentían.

—¿Y Guzmán? —preguntó Vadier con expresión angustiosa.

Un triste lamento de Luisa Dampierre fue la contestación a tal pregunta.

Las dos jóvenes callaban como si quisieran evitar a Vadier un terrible dolor; pero por fin cedieron a la necesidad de comunicar sus penas, y mientras Luisa lloraba silenciosamente. Margarita fue la que relató todo cuanto sabían.

Ignoraban cuál era la suerte de Guzmán; pero indudablemente debía haber muerto ya.

Ellas le habían visto un momento desde el balcón de aquella casucha, maltratado por los vendeanos, martirizado del modo más infame y era indudable que los feroces realistas le habrían fusilado ya como a otros infelices, cuyos cadáveres guardaba en sus entrañas aquella explanada funesta.

Más de media hora transcurrió sin que los tres jóvenes hiciesen otra cosa que dirigirse ansiosas preguntas, sin fijarse muchas veces en lo extraordinario de la situación y como si deseasen llenar cuanto antes el gran vacío formado en sus vidas por una ausencia tan prolongada.

Las dos jóvenes encontraban muy agradable al ser prisioneras de los republicanos. A pesar de hallarse alejadas de sus parientes, mostraban cierto terror al pensar que podían reunirse de nuevo con los vendeanos y ambas hicieron un movimiento de repulsivo terror al oír el nombre de

Charette en labios de Vadier.

Sus explicaciones fueron francas. Temían al terrible general realista, cuya llegada a la torre del Obispo había sido anunciada, y antes que verle de nuevo, preferían gemir bajo el despotismo de la baronesa Amalia o vivir con la intranquilidad que proporcionaba el trato del brutal y lascivo César Dampierre.

Las dos jóvenes recordaban aún con horror los dos días que habían pasado en Machecoul estando allí el audaz Charette. Un momentáneo respeto a la baronesa y a Renato Beringel había contenido los ímpetus licensiosos del monstruoso cabecilla, el cual, después de un ataque de los republicanos, se separó de las fuerzas que mandaban el hermano de Margarita y César Dampierre; pero las dos mujeres tenían la certeza de que si Charette volvía a verlas, no sería tan comedido y respetuoso y su honor correría gran peligro.

El toque de las cornetas vino a arrancar a Vadier de aquella conversación que le abstraía hasta el punto de olvidar el lugar donde se hallaba y los grandes deberes que estaba obligado a cumplir.

Las tropas republicanas, que acaloradas en la persecución se habían esparcido por el bosque, volvían atraídas por el toque de llamada, y reuniéndose, entraban en la llanura yendo a formarse junto a los cañones.

Vadier, vuelto en sí y repuesto de aquella embriaguez amorosa que le había producido el encuentro con Margarita, dedicóse a averiguar la suerte de Guzmán, por el cual lloraba la pobre Luisa.

A pesar de que en aquella guerra feroz nunca se daba cuartel al fugitivo, habíanse hecho un centenar de prisioneros, mujeres de rostro fiero y hombres ceñudos y silenciosos que miraban torvamente al jefe de los azules.

Vadier les interrogó, y después de grandes esfuerzos para hacerles hablar, no supo gran cosa.

Ellos habían visto a Guzmán cuando era golpeado cruelmente en la puerta de la torre, después le habían contemplado en poder de la viuda Apalea-ranas, atravesando el campamento con paso vacilante y sufriendo los mismos tormentos que una bestia reacia; pero nada más sabían y lo mismo podían creer que aún vivía el comandante que asegurar su muerte.

La vaguedad de estas noticias sumió a Vadier en profunda y triste reflexión. Margarita, junto a él, pretendía hacer creer en la posibilidad de

que Guzmán se hubiese salvado, y Luisa lloraba silenciosamente presa de un dolor inmenso e inaccesible a todo consuelo.

El estrépito de una descarga sacó a Vadier de su abstracción.

Era que comenzaba el fusilamiento de los prisioneros vendeanos.

En aquella guerra sin cuartel era desconocida la misericordia. Las feroces represalias iniciadas por los realistas convertían a los hombres en fieras, y después de un combate se fusilaba a los prisioneros con la mayor sangre fría.

Vadier, que influido por las ideas de destrucción, entonces en boga, encontraba natural y lógico aquel castigo, no se impresionó al oír las descargas, y lo que es más extraño, las dos jóvenes tampoco mostraron terror al oír el rugido de la fusilería y ver los fogonazos, que como bocanadas de fuego atravesaban el espacio, alumbrado por la luz de la luna. Adivinábase que aquellas dos señoritas estaban acostumbradas a presenciar horrendas hecatombes desde que marchaban entre las tropas vendeanas.

Sólo Margarita Beringel, más tierna o más expansiva, murmuró con doloroso desaliento:

—¡También aquí!… ¡También los azules matan!

Algunos oficiales de la media brigada se aproximaron a donde estaba el jefe para pedirle órdenes y Vadier hizo entonces que las dos jóvenes entrasen en el caserón.

Los oficiales dieron a su jefe informes que resultaban algo alarmantes.

Algunos prisioneros, momentos antes de caer fusilados, aseguraban con feroz expresión que no tardarían en ser vengados y hablaban de Charette como de un salvador que debía ya estar próximo a la torre del Obispo.

Podían ser estas afirmaciones producto de la fe ciega que aquellos fanáticos tenían en su jefe, pero por vía de precaución, Vadier, aunque permitió descanso a su gente, ordenó que todos los soldados conservasen el fusil, colocando además fuertes avanzadas en las inmediaciones de aquella explanada.

Mientras que los soldados, tendidos en el suelo alrededor de los cañones, se entregaban a ese sueño ligero propio de los hombres cuando están en situación peligrosa, Vadier se paseaba solo por frente al caserón,

no queriendo penetrar en este ni avistarse con las dos jóvenes para que sus subordinados no pudieran hacer malévolas conjeturas.

Mientras paseaba Vadier forjábase risueñas ilusiones, y dominado por su imaginación, creía que el tiempo iba transcurriendo con vertiginosa rapidez.

Ya tenía él formado su plan. Al despuntar el día emprendería la retirada con sus tropas para ir a ocupar la misma aldea de donde había salido.

Entristecíale no haber encontrado a Guzmán, cuyo hallazgo era el principal objeto de tan arriesgada expedición; pero al no tener la certeza de la muerte de su amigo y el encontrarse dueño de Margarita Beringel, producíale gran alegría.

Se casaría con Margarita tan pronto como le fuese posible ir a Nantes y… ¡quién sabe si encontraría al fin a Guzmán y éste sería el esposo de Luisa Dampierre!

Y Vadier, animado por tan gratas ilusiones, con la cabeza inclinada y los brazos a la espalda, paseaba apresuradamente por frente al caserón, sin fijarse en que el fulgor de la luna debilitábase y una faja de luz azulada y vaporosa se iba extendiendo por el cielo.

Sonó un tiro, tras este siguió una descarga y al fin estalló un estrépito infernal en la parte de la selva por donde habían huido los vendeanos.

Vadier tiró de la espada dando gritos, los oficiales iban de una parte a otra imitando a su jefe y llamando a los tambores y los cornetas; pero antes de que sonase el toque, ya estaba la brigada en pie, con esa prontitud de los soldados viejos que duermen recelosos y están habituados a todas las sorpresas de la guerra.

Uno de los batallones corrió a auxiliar a las avanzadas que sostenían el fuego contra el oculto enemigo, y las descargas conmovieron el bosque como una tempestad de interminables truenos.

Vadier, desde el centro de la explanada donde estaba la artillería y sin ver al enemigo, adivinó su importancia con ese buen golpe de vista propio de los que han nacido para mandar ejércitos.

Debía ser Charette con seis o siete mil hombres el que atacaba las avanzadas republicanas, pues los azules, a pesar de su fiera tenacidad, comenzaron a retroceder, viéndose a los soldados entrar de espaldas en la explanada, siempre con la cara vuelta hacia el enemigo y disparando

contra la espesura de la selva, de las que salía una granizada de balas y una tempestad de aullidos.

—¡Retroceden los nuestros! —gritó un oficial que estaba al lado de Vadier—. Creo, ciudadano coronel, que debíamos enviar la mitad del segundo batallón para sostener el primero.

—No —contestó el jefe con acento triste, pero firme—; lo conveniente es que el batallón siga retrocediendo si no quiere verse envuelto. Van a atacarnos por otra parte.

Y apenas dijo esto comenzaron a sonar tiros frente a la torre del Obispo. Era otra columna vendeana que intentaba penetrar en la explanada por un punto distinto.

En el nuevo lugar de ataque eran muy débiles las fuerzas republicanas y a los pocos instantes el pelotón de azules salió de la selva a la desbandada y los anchos sombreros de los vendeanos comenzaron a asomar entre la arboleda.

Notábase en todas partes el irresistible empuje de una fuerza superior y arrolladora.

El primer batallón retrocedió a la carrera para ir a agruparse en torno de las piezas de artillería, mientras el segundo atacaba a la bayoneta a un torrente de hombres desarrapados y feroces, que saltando del bosque a la explanada y despreciando el fuego de los fusiles, intentaba apoderarse de los cuatro cañones, valiéndose de sus hoces y puñales.

Cuando las bayonetas republicanas barrieron el feroz enjambre arrojándolo de nuevo a la selva, los dos batallones, apoyándose en la torre y el caserón, formaron un grupo sólido y compacto, cuyos ángulos estaban defendidos por las piezas de artillería.

Era la única actitud que se podía adoptar en tales circunstancias.

La situación no era todavía desesperada; pero Vadier preveía claramente cuanto podía ocurrir. Emprender el camino de la aldea a través de la traidora selva y con enemigos cuádruples en fuerzas, era una locura. Tenían los republicanos cortada la retirada y había que permanecer allí confiados a la voluntad de Dios, batiéndose a la desesperada y sin otra esperanza que la que pudiera ofrecer a Vadier aquella suerte caprichosa y buena que le había salvado en situaciones dificilísimas.

Los vendeanos les rodeaban ya por todas partes.

La explanada tenía un cinturón de fuego y la selva resultaba una muralla circular, tras la cual se amparaban los insurrectos de Charette fusilando a los republicanos por entre los árboles.

El feroz cabecilla había cerrado la mano y tenía entre los dedos a la columna republicana. Podría esta prolongar la heroica resistencia, pero su exterminio era ya únicamente cuestión de tiempo.

Los vendeanos intentaban el ataque por todos los lados de la explanada, y sus descargas, convergiendo todas en el mismo punto o sea en aquella masa de soldados azules, causaban gran destrozo en los batallones republicanos.

La luz del amanecer, disolviendo las sombras del bosque, iluminaba el campo del combate, pero mientras la columna a pecho descubierto y en la explanada ofrecía un tiro seguro, los insurrectos estaban a cubierto ocultos tras los troncos y el ramaje.

Vadier, viendo cómo caían heridos o muertos sus soldados, pensaba en la necesidad de reformar el combate. Ofrecía terribles inconvenientes el encerrarse en la torre del Obispo; pero para prolongar la resistencia era esto lo más apropiado y dio inmediatamente la orden para que la mitad de los soldados se posicionaran dentro del caserón y de la ruinosa fortaleza, mientras que la artillería, desde los pisos bajos, haría un fuego mortífero.

La orden se ejecutó y desde entonces el combate equilibróse un tanto entre ambas partes.

Las descargas de los republicanos penetraban como una tempestad de plomo en la arboleda, tronchando el ramaje, embotándose en los troncos o tumbando sin vida a los tiradores vendeanos, que arrodillados tras las malezas, acribillaban a balazos el viejo caserón unido a la torre.

Los insurrectos no tenían artillería y los cuatro cañones de los republicanos estorbábanles en sus avances causando gran destrozo.

Al entrar Vadier en el caserón, después de colocar a sus soldados en las ventanas, tras las tapias y en la robusta torre, su primer cuidado fue ir a la habitación donde estaban las dos jóvenes aristócratas.

—No os habíais engañado —les dijo al entrar—. Charette acaba de caer sobre nosotros.

Las jóvenes, al oír este nombre odioso, estremeciéronse y prosiguieron rezando con voz temblorosa. Parecían estupefactas por el

terror, y los rugidos de aquella tempestad de fuego que cruzaba en todas direcciones la explanada, producían nerviosos temblores.

Vadier intentaba consolarlas, pero pronto hubo de abandonar aquella habitación para acudir a su puesto de honor y preocuparse de la defensa.

Tantas veces como los vendeanos habían intentado salir de la selva y atravesar a pecho descubierto la explanada, la fusilería de los republicanos y la metralla de sus cañones les habían diezmado, obligándoles a refugiarse de nuevo en el bosque. Pero para ellos era preciso llegar a la torre, le empujaba a ella su salvaje ardimiento, y pronto echaron mano de sus recursos de guerrilleros.

Más de una docena de pesadas carretas cargadas de heno aparecieron en la explanada empujadas por un tropel de insurrectos que se ocultaban tras aquella muralla vegetal.

Unos cuantos cañonazos destruyeron las carretas que avanzaban por frente a la torre y el caserón, arrojando al suelo a los que las empujaban, pero las que iban rodando por los dos extremos de la explanada, donde no podía llegar el fuego de los cañones, fueron aproximándose a la vieja fortaleza sin que pudieran detenerlas las balas de la infantería republicana, que se perdían en lo interior de aquellos colosales montones de heno.

Nuevos vehículos sirviendo de improvisadas y movibles fortalezas fueron saliendo de la selva y aproximándose a la torre, mientras que los vendeanos, para apoyar este avance, extremaban su fuego arrojando una lluvia de balas sobre el caserón, que hacía saltar su rústico tejado y destrozaba las puertas y ventanas.

El sol, que inundaba ya con su luz la explanada, iba a alumbrar el choque decisivo de aquellas fuerzas enemigas que tanto se odiaban.

Más de la mitad del ejército de Charette, resguardándose tras las carretas y empujándolas, avanzaba hacia la torre. Los vendeanos que tenían fusil, asomando tras el montón de heno, hacían fuego contra la torre y los otros empujaban las carretas o blandían chuzos, hoces o puñales, enardeciéndose con cánticos salvajes y deseando batirse cuanto antes con el enemigo cuerpo a cuerpo.

Llegó el momento en que las carretas estuvieron inmediatas al caserón y a la torre, y entonces el choque fue horrible. Mientras los cuatro cañones disparaban de frente sin alcanzar gran resultado, los

aguerridos soldados de la República salieron en tropel de sus fortificaciones y cargaron a la bayoneta contra los grupos que se ocultaban tras las carretas.

La lucha fue encarnizada, brutal, cuerpo a cuerpo. Durante algunos minutos, viose en revuelta confusión los uniformes azules con los toscos trajes bretones, brillaban las armas blancas, rodaban los hombres con las piernas entrelazadas y los brazos en alto y amenazantes, y un círculo de cuerpos inertes y sangrientos extendíase en torno de las carretas.

Por fin, los vendeanos hubieron de retroceder, pero en este momento, a pesar de los cañonazos y del nutrido fuego que desde sus posiciones hacía el resto de la brigada republicana, todo el ejército de Charette abandonó la selva, y enardecido, loco de furor, avanzó a pecho descubierto.

La metralla penetraba rugiente en aquella masa de carne humana, formábanse grandes claros, pero pronto se cubrían estos con nuevos combatientes, y toda aquella avalancha seguía corriendo hacia la torre, contestando con rugidos a las letanías entonadas por algunos curas, que con la sotana arremangada, la cruz en una mano y el sable en la otra, iban en primera fila.

Los azules, diezmados por el asalto de las carretas, habíanse retirado al interior del caserón y de la torre, y a bayonetazos y tiros sostuvieron el empuje de la avalancha enemiga que caía sobre ellos.

Tras algunos minutos de terrible lucha, los insurrectos fueron rechazados, volviendo en desorden a refugiarse en la selva.

Tenían los defensores del rey una impetuosidad salvaje, pero se estrellaban ante el valor frío e inquebrantable de los veteranos de la República, cuya única preocupación era saber morir de pie como los antiguos romanos.

Charette, que había tomado parte en aquel ataque y que regresaba casi derrotado a la selva, dirigióse a una pequeña replaza, donde como él, estaban también sable en mano dos jefes insurrectos.

Eran César Dampierre y Renato Beringel. A pocos pasos estaba la baronesa conmovida y temblorosa por el miedo.

—¡Voto a Cristo! —exclamó Charette con rudeza—. Bien me está este escarmiento, ya que he sido imbécil hasta el punto de creeros. Es una estupidez gastar las fuerzas y llevar la gente al matadero para apoderarse

de esa casucha por los medios vulgares. ¿Y todo por qué? Porque hay dentro dos damiselas, como si en el mundo no existiesen mujeres de sobra. Pero se acabaron las contemplaciones. Soy el general y hago lo que me da la gana. Voy a asar como a herejes a todos los republicanos que están en esa casucha, y si les acompañan esas dos damiselas, peor para ellas.

—Charette, por Dios —dijo Renato—. Considera que allí tengo a mi hermana.

—General, allí está mi sobrina —gimió la baronesa.

César Dampierre nada dijo y se limitó a sonreír con ferocidad como si le halagase la idea de su jefe.

—Nada de súplicas —gritó Charette enfurecido, contrayendo con un gesto salvaje su perfil de ave de rapiña—. Tú, Beringel, cuidado con llorar, como si fueras una mujerzuela. ¿No decimos a cada instante que la causa del rey merece toda clase de sacrificios? Pues bien vale perder una hermana a cambio de que ardan en gigantesca hoguera unos cuantos centenares de azules.

Y Charette, después de decir estas horribles palabras, se alejó con aire satisfecho seguido de César Dampierre, mientras que Renato, sin fuerzas para protegerse contra aquel golpe terrible, lloraba amargamente, arrojándose en brazos de la baronesa.

Mientras tanto Vadier recorría el interior de su improvisada fortaleza para apreciar el estado de sus fuerzas.

La violenta acometida de los vendeanos había sido rechazada; pero a los republicanos costábales mucho esta victoria.

Las horas de combate transcurridas habían destrozado la brigada de tal modo, que dos terceras partes de ella estaban tendidas en la explanada o en el interior de la torre.

Encontrábase sangre en todas partes, y Vadier, al andar, resbalaba en ella. Los heridos arrastrábanse por las habitaciones del caserón y la torre. Algunos daban feroces aullidos, y otros, mirando los cadáveres que les rodeaban, resignábanse a morir con frío estoicismo.

Eran unos trescientos hombres los que aún permanecían en pie, con el fusil en la mano o junto a los cañones. Algunos estaban heridos, y con el rostro sangriento y la cabeza vendada, seguían haciendo fuego contra el enemigo, enardecidos por la furia del combate, que presta fuerza

sobrehumana.

Vadier estaba ya decidido a morir, y halagábale su situación, pues tenía la seguridad de caer gloriosamente.

No le faltaban medios para prolongar la lucha, pues en el piso bajo tenía todos los bagajes de la columna, consistentes en cargas de cañón y municiones de fusilería, todo en gran abundancia. Había allí lo suficiente para morir matando, para sembrar la destrucción entre los realistas mientras quedase en pie un solo republicano; pero aparte de esto, Vadier sentía honda inquietud pensando en las dos mujeres que la casualidad había puesto bajo su custodia, y de las cuales deseaba desembarazarse a pesar del afecto que las profesaba.

Las dos jóvenes, aterradas por el combate, mostraban sin embargo energía y decisión cada vez que Vadier iba a proponerlas el suspender las hostilidades para pasarlas al campo enemigo.

—¡No, no! —gritaban aterrorizadas— con Charette nunca; preferimos quedarnos aquí.

Al terminar Vadier su rápida revista, iba a avistarse nuevamente con las dos jóvenes, cuando le detuvo un alarido de sus soldados.

Corrió a una ventana, se asomó a ella sin precaución alguna, con riesgo de recibir un certero balazo, y la vista de lo que ocurría en los alrededores de su improvisada fortaleza, arrancóle un grito de asombro y de espanto.

Los vendeanos habían incendiado las carretas de heno, aproximándolas más al caserón y formando en torno de este un círculo de llamas que crecían rápidamente, pues todos los realistas, despreciando el fuego de los azules, ocupábanse únicamente en acarrear combustible desde la selva a las inmediaciones de la torre.

El espectáculo resultaba grandioso y horrible.

Las llamas elevábanse serpenteantes e inquietas, lamiendo las viejas paredes, y no tardó la techumbre del caserón, que era de troncos y ramajes, en incendiarse también, arrojando al interior del edificio una lluvia de ascuas.

Los republicanos, arrastrados por loca desesperación, reían fúnebremente, y a través de las llamas seguían haciendo fuego contra el enemigo. Los cuatro cañones disparaban con regularidad sus botes de metralla, a pesar de que el humo impedía toda puntería, y de los pisos

superiores salía un fuego nutrido e interminable.

Vadier, sable en mano, el ceño fruncido, pálido, pero impasible, iba de un punto a otro animando a sus soldados, y tan pronto estaba en el piso bajo entre los artilleros, como aparecía en la plataforma de aquella torre, en tomo de la cual, como gigantescas serpientes, arrollábanse las espirales de asfixiante humo.

El incendio crecía y la serenidad de aquellos hombres resultaba sublime; pero a los pocos minutos el calor y el humo hicieron renacer el instinto de conservación.

Ahogábanse los azules en la asfixiante atmósfera que existía en el edificio incendiado, tal vez pensaron que era preferible caer luchando cuerpo a cuerpo a ser abrasado vivo, y por esto más de la mitad de los soldados, sin previo acuerdo y como obedeciendo a misterioso instinto, armaron bayoneta, y por entre las carretas llameantes, pisoteando los cadáveres de sus compañeros y de los vendeanos, arrojáronse a la explanada, donde murieron matando.

En menos de un cuarto de hora, el caserón convirtióse en gigantesca hoguera, que elevaba en la inmensidad una interminable espiral de humo y de chispas, con acompañamiento de crujidos espantosos.

Los pocos que aún se defendían haciendo fuego contra los vendeanos, abandonaron aquella hoguera, en la cual caían las paredes calcinadas, los techos convertidos en pavesas, y fueron a situarse en la torre, cuyos robustos muros preservábanles del fuego, aunque no de la asfixiante humareda.

A los vendeanos les era ya imposible aproximarse a la torre, pues tanto combustible habían amontonado, que un impenetrable muro de llamas les cortaba el paso. Los infelices sitiados seguían disparando sobre la explanada, pero enfurecida la chusma realista y excitada por la destrucción del enemigo, expresaba su alegría cerca de las llamas, y centenares de hombres y mujeres cogidos de las manos, danzaban en fantástica ronda tan cerca del fuego, que algunas veces llegaban a chamuscarse.

De pronto fue algo más que el tiroteo de la torre lo que sonó en la explanada.

Todos oyeron nutridas descargas en el interior de la selva, e inmediatamente un grito de alarma circuló por las huestes realistas.

—¡Los azules! —gritaron cien voces con angustia—. Más azules que llegan.

Y era tan inesperado aquel refuerzo, tanta confianza tenían los de Charette en que nadie vendría a auxiliar a los sitiados, que sólo el anuncio de la aparición de fuerzas republicanas, produjo un principio de dispersión.

Las tropas que se acercaban era la división que Vadier había estado esperando varios días para incorporarse a ella.

Guzmán había encontrado a sus avanzadas cerca de la aldea, y cuando repuesto del desmayo que le produjo aquel encuentro, se convenció de que eran azules y no vendeanos, pidió hablar al general que mandaba la división, suplicándole que no abandonase a Vadier, que en aquellos instantes debía estar en peligro en el interior de la selva.

A pesar de su debilidad aún tuvo fuerzas Guzmán para montar a caballo y servir de guía a la división en su marcha a través de la selva.

A las nueve de la mañana tropezaban con el ejército de Charette y comenzaba el combate.

Esta vez las fuerzas republicanas eran casi iguales en número a los realistas y además los azules estaban muy sobreexcitados por aquel incendio, cuyo humo flotaba por encima de los árboles y que les hacía presentir la terrible suerte de sus camaradas.

A los fuertes granaderos de la República, que formaban la vanguardia, les bastó una carga a la bayoneta para ahuyentar a los asombrados realistas que tenían delante y penetrar en la explanada, mientras que el resto del ejército les seguía acosando al enemigo y acuchillándole sin permitirle que se rehiciera.

Guzmán fue de los primeros en penetrar en aquella vasta plaza del bosque, y al ver el incendio en toda su horrorosa grandiosidad, lanzó un grito de terror.

Allá arriba en la plataforma de la torre, perseguidos por el fuego y con el loco anhelo de subir y subir siempre para librarse de las llamas que quemaban los pies y del humo que ahogaba los pulmones, veíanse algunos soldados y un oficial, que tenía en sus brazos, casi desmayadas, a dos mujeres vestidas de blanco.

Aquella visión fue casi momentánea.

Los de la plataforma, al ver el inesperado auxilio que les llegaba,

olvidaban lo terrible de su situación y parecían despreciar ya al humo y a las llamas.

—¡Luisa! ¡Santiago! ¡Margarita! —gritó Guzmán reconociendo el grupo que se erguía en la plataforma de la torre.

Mientras tanto Marat, el perro fiel que había seguido a Guzmán hasta allí, lanzóse en el incendio arrastrado por generoso impulso y cual si él sólo pudiese librar a los que se veían en tan terrible peligro.

—¡Viva la República! —gritaba Vadier a la vista de los uniformes azules, y con tal fuerza, que su voz oíase desde abajo a pesar de las descargas y del ruido del incendio.

Pero todo cesó repentinamente.

Tembló la tierra en espantosa convulsión, enrojecióse el cielo, sintió Guzmán la misma impresión que si desgarrasen sus oídos y el bosque entero cayese sobre su cabeza, y doblando las piernas se desplomó en el mismo instante que el espacio, lleno de humo, se poblaba de veloces e innumerables puntos negros.

Cuando Guzmán se levantó del suelo aturdido y quebrantado, creyó que habían transcurrido horas enteras y sólo había pasado un minuto.

La explanada estaba oscurecida por una nube de humo denso y blanquecino que olía a pólvora.

Miró en torno suyo y vio el suelo cubierto de cascote y grandes piedras que habían caído allí como proyectiles, siendo un milagro que no le aplastasen a él. La destrucción causada por aquel cataclismo, estaba patente en los cuerpos destrozados y palpitantes que se veían en el suelo.

Tardó mucho Guzmán, aturdido como estaba, en explicarse la causa del suceso.

Era que el fuego, llegando a los barriles de pólvora y las cajas de granadas y metralla abandonadas en el edificio incendiado, había producido una horrible explosión, que conmovió toda la selva.

Guzmán anduvo mucho tiempo casi a ciegas en aquella atmósfera densa, pesada y sofocante.

Por fin, cuando el viento hubo aclarado algo el ambiente, Félix pudo ver en toda su horrible grandiosidad el resultado de la catástrofe.

El incendio, aumentado por la explosión, formaba un haz de llamas gigantesco.

La torre del Obispo no existía ya.

Sólo quedaban en pie los robustos cimientos ennegrecidos y agrietados, y sobre el montón de escombros movía el incendio su roja e inquieta cabellera.

Guzmán se había detenido junto a un cuerpo informe y sanguinolento, en el que hubiera sido difícil reconocer al fiel Marat, destrozado por la explosión.

Los ojos de Guzmán estaban fijos en aquel montón de escombros que formaba la destruida torre.

Bajo de aquellas ascuas, de aquella piedra ennegrecida y pulverizada, estaba lo que más apreciaba en el mundo, lo que había hecho latir su corazón; el amor y la amistad.

Permaneció mucho tiempo inmóvil y absorto, como si su cerebro se hubiese paralizado con la terrible catástrofe, y por fin, cual si saliera de un sueño, murmuró con voz sorda extendiendo su mano hacia el incendio:

—Descansad, amigos míos, pedazos de mi alma; yo os vengaré.

Y pensando después en su impotencia y debilidad para salvar aquel muro de llamas, llegar hasta el sitio donde estaban los cadáveres queridos y librarlos del fuego, púsose a llorar como un niño.

EPÍLOGO

Entre los prisioneros que las tropas republicanas hicieron cerca de la torre del Obispo, figuraba Renato Beringel.

Guzmán no supo esto hasta después que los soldados, enfurecidos, hubieron fusilado a todos los prisioneros.

La muerte de Renato fue una satisfacción para el joven comandante, que había jurado vengar a sus amigos y a la mujer amada y cuyo carácter había adquirido cierto grado de ferocidad a causa del salvaje encono con que se exterminaban los hombres en aquella guerra civil.

Guzmán pasó a mandar un nuevo batallón en el ejército de la Vendée y se distinguió con prodigios de valor y audacia.

Formó parte de la división de Westerman, el héroe de la toma de las Tullerías, que combatiendo a los realistas de la Bretaña, mostrose como un rayo de la guerra.

Guzmán alcanzó tanta gloria como su jefe en aquella campaña de sorpresas, emboscadas y audaces avances.

El joven, antes tan sencillo y humanitario, parecía agitado por una locura sangrienta. Nadie obedecía mejor que él las órdenes de Westerman, que para librar la República de la guerra civil, quería arrasar la Vendée entera.

Guzmán asaltaba las aldeas ocupadas por los insurrectos, era inexorable con los vencidos, fusilaba a cuantos veía con las armas en la mano y experimentaba un cruel placer en exterminar a aquellos que procedían de las tropas de Charette.

El batallón de Guzmán estuvo a vanguardia en la célebre batalla de Chollet, donde tan grandes pérdidas sufrieron los vendeanos.

Había ya comenzado la retirada de estos, que tomaba por momentos caracteres de fuga, y el batallón de Guzmán cargaba a las desordenadas masas enemigas, cuando el joven comandante, que iba a la cabeza de sus soldados, vio tendido en un pequeño foso y con la cara pegada al suelo, un hombre corpulento que ceñía la blanca faja de los altos oficiales vendeanos.

Guzmán, por un instinto inexplicable, dejó pasar a su batallón y se inclinó sobre aquel hombre inmóvil, que tenía una pierna atravesada por un balazo.

El herido, que sin duda empujado por los que huían había caído en aquel sitio y con el rostro pegado a la tierra esperaba la muerte, hizo' un movimiento al percibir que alguien estaba junto a él, y volviendo la cabeza mostró su pálido rostro.

Guzmán no pudo reprimir un grito de sorpresa y de alegría, al que contestó el herido con un rugido sordo.

—¡Ah! ¡Es él! —exclamó el comandante con alegría—. Por fin te encuentro.

—Sí, yo soy —murmuró sordamente César Dampierre—. ¿Qué deseas? ¿Matarme?, pues la ocasión no puede ser más oportuna. Asesíname.

—Asesinarte, no —dijo Guzmán con fría dignidad—. Bien sabes que hace tiempo podía haberlo hecho; pero tales vilezas las dejo para ti, que fuiste asesino y cobarde en el Puente Nuevo. ¿Estás en disposición para defenderte?… ¿No? Lo siento, pues quería matarte ahora mismo. Pero ya que no puedes batirte conmigo frente a frente, te conduciré a nuestro hospital, pediré a Westerman que no te fusile, y así que estés sano y fuerte, te pagaré a sablazos o pistoletazos lo mucho que por mí te has interesado. No me agradezcas esta solicitud; lo mismo ahora que entonces estoy seguro de matarte… ¡Vamos, levántate!

Y Guzmán tendió generosamente las manos a aquel hombre aborrecido, ayudándole a ponerse en pie.

Nadie contemplaba esta escena.

Los batallones republicanos, persiguiendo a las desordenadas masas realistas, se habían alejado y sólo quedaban en las inmediatas alturas los artilleros disparando sus cañones, que enviaban granadas a la serpenteante línea negra que allá a lo lejos huía ante los grupos azules.

Dampierre púsose trabajosamente en pie y admitió el brazo que le ofrecía Guzmán. Cojeaba el herido de un modo lastimoso; pero a pesar de estos sus quejidos tenían cierta expresión de falsedad que hubiesen alarmado a otro no tan confiado como Guzmán.

Aquellos dos hombres formaban un extraño grupo, nunca visto en una campaña donde se hacía una guerra sin cuartel. Un hombre con uniforme azul sosteniendo a otro que ostentaba la faja blanca sembrada de flores de lis, era extraño, y de seguro que a ser visto por los batallones republicanos, hubiese provocado gritos de indignación y de protesta.

Guzmán conservaba el sable en la mano, y con la seguridad que presta el valor, no se fijaba en lo que hacía aquel enemigo que llevaba del brazo.

Anduvieron hasta unos cien pasos y de pronto Dampierre se desasió, viendo Guzmán al mismo tiempo que le apuntaba al pecho con una pistola que lentamente había sacado de su cinturón.

Guzmán, con rapidez propia del peligro, agarró su mano desviándola, salió el tiro y el joven comandante sintió en su hombro izquierdo la impresión del balazo y la caliente pegajosidad de la sangre.

La bala, dirigida al corazón, al ser desviada le había atravesado un hombro.

Esta agresión traidora enloqueció a Guzmán y más aún la brutal carcajada del vendeano al ver que su tiro había hecho blanco.

—¡Ah, miserable! —rugió—. ¡Espera, canalla!

Y con una violenta estocada atravesó el pecho de César Dampierre, quien se desplomó inmediatamente. Pero esto no calmó el furor de Guzmán, y durante algunos minutos estuvo acribillando el cuerpo de su enemigo a tajos y estocadas, hasta que por fin se convenció de que estaba muerto.

Al desvanecerse su cólera, fue cuando Guzmán comenzó a sentir la gravedad de su herida, y débil por el esfuerzo anterior y por la pérdida de sangre, dirigióse con paso vacilante a las ambulancias del ejército republicano.

La mala organización de la sanidad en aquellos ejércitos, que obligados a operar rápidamente llevaban pocos bagajes, hizo que Guzmán pasara más de un mes en el lecho con aquella herida, que en diferentes circunstancias hubiese carecido de gravedad, y al fin, a

instancias del mismo Westerman y de otros compañeros de armas, hubo de abandonar el ejército y pedir licencia para trasladarse a París y atender allí a su curación.

En la capital de la República y cuidado por la bondadosa esposa de su padre; pronto recobró el joven su antiguo vigor y pudo apreciar por sí mismo el vértigo que dominaba y dirigía la política revolucionaria.

La Convención era un mar agitado continuamente por terribles borrascas, y los hombres que tres años antes iban unidos y compactos a destruir la monarquía, combatíanse entre sí con terrible saña, tratándose peor que si fuesen tachados de realismo.

Danton insultaba a Robespierre, Robespierre calumniaba a Danton, los dos despreciaban a Marat y este azuzaba contra ambos la indignación del pueblo.

Los Girondinos estaban al borde de su perdición.

La Convención les odiaba por su elocuencia y su altivez; y el pueblo no podía perdonarles sus aficiones aristocráticas.

Eran más artistas que políticos y esto les perdía.

Rivalizando todos los convencionales en generosidad y deseosos de que el pueblo pudiera juzgarles si obraban mal, habían abolido la inviolabilidad parlamentaria, poniendo de este modo la cabeza de los diputados al alcance de la guillotina.

Esta fue la principal causa del sistema terrorista que reinó en la Convención, de aquel loco frenesí que dominó a los revolucionarios, haciendo que cada uno de ellos pensase en el exterminio de su enemigo.

Una vez estuvieron las cabezas de los representantes del pueblo bajo la jurisdicción del verdugo, llovieron las denuncias de traición a la patria.

La Convención, que comenzó por perseguir a los Girondinos, acabó por exterminarse a sí misma.

Fue un vértigo sangriento lo que impulsó a los hombres de la República. Poseedores de inmensa fuerza para destruir a los enemigos de la revolución, no supieron limitar sus golpes y ellos mismos los recibieron de rechazo.

Marat, que era quien había comunicado a la revolución aquel anhelo sanguinario, fue el primero en perecer. No le mataron los aristócratas, los enemigos de la República, sino una entusiasta de la revolución a quien repugnaban sus exageraciones de sectario.

El puñal de Carlota Corday le sorprendió en el baño, cayó para siempre aquel a quien unos llamaban monstruo y otros ser sublime. Francia se creyó libre del terror y sin embargo desde tal momento fue cuando este comenzó a extremarse.

La nación vivía engañada.

El hombre terrible no era Marat; era Robespierre.

El amigo del pueblo vociferaba en favor de la destrucción y era incapaz de derramar por sí una gota de sangre, mientras que Robespierre, frío, teórico, capaz de todos los desmanes con tal de librarse de quien pudiera discutir su prestigio personal, contenía únicamente su maquiavélica audacia ante la mirada vigilante de Marat, que no podía admitir la dictadura del orador jacobino.

La muerte de Marat dejó a Robespierre dueño de la situación.

Danton, que acababa de enviudar, habíase casado en segundas nupcias con una hermosa joven, y encantado por aquella luna de miel que venía a dulcificar su existencia agitada por las tormentas revolucionarias, vivía alejado de la Convención, olvidado de la política y entregado por completo a los placeres campestres y al amor en una quinta de las inmediaciones de París.

Robespierre supo aprovecharse al ver que la muerte y el amor le libraban de sus dos rivales más temibles. Supo hacerse dueño de la Convención, introducir a Cohuton, Saint Just y sus más fieles amigos en las principales comisiones y convirtió la representación nacional en una máquina, que hábilmente dirigida por su talento maquiavélico, fue destrozando uno a uno a todos sus enemigos.

La Gironda cayó primero y un grupo de diputados de dicho partido fue sentenciado por el tribunal revolucionario y marchó a la guillotina cantando la Marsellesa.

Todos los prohombres de la Gironda, desde Vergniaud y Brissot hasta Roland y Barbaroux, murieron a manos de aquella República a la que tanto habían amado.

Poco después las mismas carretas que habían conducido a la guillotina a los diputados girondinos, arrastraron también a los hebertistas, individuos de la municipalidad de París que en nombre de los intereses revolucionarios querían oponerse a los propósitos dictatoriales de Robespierre.

Limpio así el campo de enemigos, llegó el momento en que iban a verse frente a frente los dos gigantes de la revolución, Danton y Robespierre.

Si se hubiera tratado de una lucha en la cual la fuerza, la energía y la audacia hubiesen sido los principales medios, es seguro que Danton hubiera resultado vencedor; pero Robespierre nunca atacaba de frente, su política era tortuosa y cobarde, llena de emboscadas y asechanzas, y en este combate, fácil era adivinar que el vencido sería el arrebatador tribuno.

Danton y Desmoulins estaban avergonzados de aquel Terror que dominaba a Francia y que tenía por alma a Robespierre.

Ellos dos habíanse mostrado partidarios de los procedimientos de exterminio y hasta los habían puesto en práctica, pero era cuando arrojado el rey de las Tullerías, próximo a fundarse la República y ocupadas por los enemigos las fronteras de Francia, urgía aterrar a los traidores y limpiar el suelo de la patria de ocultos peligros. Pero ahora que los ejércitos de la República estaban victoriosos y ocupaban el terreno de los enemigos, no teniendo el gobierno otro peligro que la ya derrotada insurrección de la Vendée, consideraban Danton y los suyos que era un salvajismo sin objeto el que continuase el Terror dando todos los días espectáculos sangrientos en París y en las principales ciudades.

Camilo Desmoulins, animado por su esposa la gentil Lucila e impulsado por el más generoso de sus sentimientos, comenzó a publicar el periódico El Viejo Franciscano, en el cual a nombre de la clemencia y de la libertad pedía que cesasen las persecuciones irritantes y que la guillotina no funcionase con tanta frecuencia en las plazas de París.

Atacar al Terror cuando este resultaba más imponente, era un rasgo de heroísmo y al mismo tiempo una audacia asombrosa, que forzosamente había de enfurecer a Robespierre y al tropel de fanáticos que le adoraba.

Danton se hizo solidario de las manifestaciones de Desmoulins y abogó por la política de la paz y de la tranquilidad pública, lo que excitó más aún la rabia de Robespierre.

Por desgracia el tribuno, después de hacer tan rotundas afirmaciones, no tuvo constancia para sostenerlas y propagarlas, el amor le atrajo de nuevo al interior del hogar, y en su osadía de coloso despreció lo que

Robespierre pudiera hacer aprovechando su ausencia.

El astuto jacobino aprovechó aquel eclipse del tribuno para preparar su perdición y librarse de él y los suyos.

Sus secuaces en el tribunal revolucionario pintaron a los dantonistas como enemigos de la patria, aprovecháronse de su carácter franco y expansivo para describirles como hombres corrompidos y crapulosos que deshonraban la austeridad republicana, y al fin una noche, los soldados de la Convención arrancaron a Danton de los brazos de su esposa, a Desmoulins de los de Lucila y apresaron al mismo tiempo a todos los significados como dantonistas, entre los cuales se encontraba Westerman, el héroe de la Vendée.

El juicio de los dantonistas fue uno de los más grandes crímenes que cometió Robespierre.

Por su orden el tribunal revolucionario escuchó con agrado la terrible acusación del fiscal, llena de irritantes embustes, de calumnias groseras, y cuando los procesados fueron a defenderse impidiéronles hablar extensamente, quitándoles la palabra cuando les veían emplear argumentos convincentes que demostraban su inocencia.

Danton habló con su voz de trueno, que saliendo por las abiertas ventanas del tribunal, llegaba hasta el pueblo que se agolpaba en las inmediaciones del palacio de Justicia; pero pronto hubo de callar, pues los jueces, notando que dicha voz despertaba ecos simpáticos en aquella muchedumbre que tantas veces había aplaudido al tribuno, quitaron a este la palabra.

A Desmoulins no le dejaron leer la defensa que llevaba escrita, y el periodista, en un arranque de su carácter nervioso, rasgó el cuaderno y arrojó los pedazos de papel al rostro del presidente del tribunal.

Los dantonistas, sin ser oídos, fueron sentenciados a muerte y conducidos a la guillotina en las mismas carretas que acarreaban a los realistas.

Los hombres del 10 de agosto, los que habían derribado a la monarquía, eran enviados al cadalso en nombre de la República y los que les sentenciaban eran los que se habían ocultado al ocurrir la toma de las Tullerías, los que se asustaban al saber que se conspiraba contra el trono de Luis Capeto.

El pueblo, tornadizo y caprichoso, casi había olvidado a Danton en

los meses que este permaneció alejado de la política y por esto contempló impasible cómo su orador era llevado a la guillotina por la envidia y el odio.

Una chusma desharrapada e innoble, recogida en las más bajas zahúrdas de París, iba tras la carreta gozándose en insultar a Danton, que erguía su colosal figura sobre el grosero vehículo.

—¡Ya no tienes la palabra! —gritaba aquella turba en son de mofa—. ¡Ya no tienes la palabra!

—¡Y tú, pueblo imbécil, no tienes pan! —contestó el tribuno con su laconismo aplastante, entregándose de nuevo a su olímpica indiferencia.

Desmoulins acogía el infortunio con menos serenidad. El que tanto había trabajado por la República, no podía transigir con la ingratitud popular y rebelábase contra el suplicio, agitándose en la carreta con convulsiones de epiléptico.

—Pueblo, te engañan —gritaba a los que seguían la carreta—. No somos enemigos de la patria. Yo soy Camilo Desmoulins, el que el 13 de julio os dio la escarapela tricolor, el que llevó el pueblo a la conquista de la Bastilla.

Pero el populacho, que es cruel con los ídolos caídos, le contestaba con risotadas, y otra vez rompió Danton su silencio para decir con altivez:

—Calla y deja en paz a esos pilletes.

Desmoulins adivinaba en su suplicio la venganza de Saint Just, su orgulloso rival, que ocupaba al lado de Robespierre la misma posición que él junto a Danton.

El periodista había dicho de Saint Just:

—Ese orgulloso yergue con tanta soberbia su cabeza, que parece que lleva sobre los hombros el Santísimo Sacramento.

A lo que contestó el amigo de Robespierre con ironía espeluznante:

—Algún día la llevará él como San Dionisio, debajo del brazo.

La profecía de Saint Just se cumplió exactamente.

Danton y sus amigos fueron decapitados en la plaza de la Revolución y desde entonces Robespierre quedó dueño y árbitro de los destinos de la República.

Fingiendo humildad y modestia, era el verdadero dueño de la situación, manejaba a la Convención y a los comités por medio de sus

adeptos y tan inmenso llegó a ser su poder, que la soberbia vino a turbar aquella inteligencia fría y sistemática, y se mostró tan soberbio que poco a poco fue alejándose de los hombres que hasta entonces le habían servido.

Creyó al verse vencedor de enemigos gigantescos que podía despreciar a los más enanos de la Convención y estos fueron los que causaron su ruina.

Púsose en pugna con la mayoría de los convencionales porque estos no le obedecían ya ciegamente, y tras una borrascosa sesión en la cual apuró todas las amarguras de la derrota, declaróse en abierta insurrección contra la Asamblea Nacional, resultó vencido en la jornada de Thermidor, intentó suicidarse y al fin el que había sido dueño de Francia y llegó a personificar la República, fue con la mandíbula rota por un balazo y sufriendo golpes e insultos, a morir sobre el mismo tablado fatal a donde había enviado todos sus enemigos.

Guzmán, que arrastraba en París la vida monótona de oficial fuera del servicio, presenció todos estos terribles hechos, que se sucedían con vertiginosa rapidez y que empujaban la República a horizontes cada vez más oscuros y desconocidos.

Al morir Danton entró en una conspiración organizada por Lucila, mujer de Desmoulins, para vengarse de Robespierre, pero la conspiración fue descubierta, y la infeliz joven pagó en la guillotina el afecto que profesaba a su esposo.

Guzmán libróse milagrosamente de la policía de Robespierre, pero al ver sacrificados a sus más íntimos amigos, guardó profundo rencor a aquel aspirante al despotismo, y al llegar la jornada thermidoriana tomó las armas y fue de los primeros que asaltaron el Hotel de Ville, donde se habían refugiado Robespierre y sus parciales.

El joven español saludó con fúnebre entusiasmo la caída de tan odiada cabeza, creyendo que esto salvaba la República, pero pronto vinieron los hechos a demostrar su error.

Robespierre con su soberbia y su anhelo del poder, era al menos un republicano que por interés había de combatir a los antiguos realistas, pues le separaba de ellos un lago de sangre; pero cuando él cayó y para reemplazar su poder constituyese el Directorio, las austeras costumbres del Terror se desvanecieron y la antigua cortesanía realista salió a luz

apoyada por los mismos hombres que ocupaban el gobierno.

Fue moda el anatematizar el Terror, burlarse de la República que todavía existía, y en tomo de los Directores de la nación, agrupábanse los realistas de la víspera, los que habían conspirado contra el gobierno revolucionario y deseaban la vuelta del antiguo régimen.

La autoridad cerraba para siempre el club de los Jacobinos; la grandiosa Convención daba por terminadas sus sesiones; bandas de petimetres estrambóticamente vestidos, exhibíanse en los lugares más públicos de París apaleando a aquellos patriotas que tenían más renombre de republicanos y la moda ponía en uso los trajes a lo víctima, siendo de mal tono en los salones el no haber tenido un pariente guillotinado y el no maldecir a los descamisados, fundadores de aquella República que había heredado el Directorio.

Barrás, el principal individuo del gobierno, llamaba la atención por sus costumbres licenciosas; el Directorio en pleno, después de despachar los asuntos públicos, divertíase en las famosas cenas, que no eran más que asquerosas orgías; Teresita Cabarrús, la mujer de Tallien, exhibíase casi desnuda en los paseos públicos, y mientras tales corrupciones existían en las alturas del poder, extremábase la reacción, y los periodistas revolucionarios eran perseguidos y asesinados.

Gavillas de bandidos que ostentaban el título de Compañías del Sol y de Compañeros de Jesús, recorrían las provincias meridionales, asesinando patriotas después de hacerles sufrir horrorosos martirios, y cuando a París llegaban tan espantosas noticias, los hombres del gobierno encogíanse de hombros y la sociedad elegante que se reunía en los salones acogíalas con carcajadas de alegría.

Viendo la corrupción de las costumbres y la reacción política que dominaba, Guzmán avergonzábase de haber tomado parte en las jornadas del Thermidor y echaba de menos a Robespierre.

—¿Dónde están —se decía— aquellos tiempos en que un gesto de Danton, una palabra de Robespierre o un artículo de Marat hacían temblar a todos los realistas? Mala era la dictadura de Robespierre; se derramaba entonces sangre, pero al menos la República no estaba en peligro, se respetaba la virtud y Francia era una nación de soldados y de patriotas, y no como ahora que nuestra suerte está en manos de prostitutas ilustres y hombres corrompidos.

Las armas republicanas alcanzaban más allá de las fronteras brillantes victorias. Aquellos ejércitos formados por los voluntarios de 1792, seguían la brillante carrera comenzada en Valmy y Jenmapes; no encontraban tropas que pudieran oponerse a su paso; cada día proporcionaban a Francia nuevos laureles; pero los triunfos del exterior no impedían que la nación estuviera corrompida internamente y que la libertad, que era su alma, se extinguiera con rapidez.

Guzmán oía hablar con entusiasmo de las victorias de Hoche, general invencible y famoso que había sido su hermano de armas de simple capitán; pero la alegría que esto le causaba no podía borrar la tristeza producida por aquel prematuro fin de la República, que veía claramente.

Un día, paseando por el jardín de las Tullerías el joven comandante, fue saludado por un hombre de baja estatura, de rostro bondadoso y que vestía un traje negro bastante descuidado.

Llevaba un grueso libro en las manos y tenía el aspecto de un filósofo meditabundo.

Guzmán tardó en reconocerlo, pero por fin surgió en su memoria el recuerdo de Rommé, aquel filósofo sencillo, bondadoso y extravagante, que era el maestro y consejero de la hermosa Lambertina, a la que profesaba un afecto paternal.

Los dos hombres al reconocerse saludáronse con tranquilidad como si se hubiesen hablado la víspera.

Hacía ya más de dos años que no se habían visto, pero en aquel período tormentoso y agitado, en el cual el vivir constituía un verdadero milagro, los caracteres más fogosos y expansivos adquirían una frialdad que les hacía mirarlo todo con indiferencia.

Rommé experimentaba iguales sentimientos que Guzmán al ver la marcha de los asuntos públicos.

Entristecíale el carácter reaccionario del Directorio, y a pesar de la mansedumbre de su carácter, se irritaba y mostraba la mayor indignación al pensar que podía morir aquella República, por la cual se habían hecho tan grandes sacrificios y tanta sangre se había derramado.

No, aquel estado de cosas no podía continuar sin que los buenos patriotas se pusieran de acuerdo para impedir la caída de la República, y esta protesta surgiría de un momento a otro.

Y al hablar así oprimía con fuerza las manos de Guzmán, guiñaba

maliciosamente sus ojos vivarachos y daba a entender con gestos la existencia de un plan oculto, de un nuevo Thermidor que derribase a los individuos del Directorio, tiranuelos corrompidos que eran la caricatura de Robespierre.

Rommé se alegraba de que Guzmán participase de sus ideas: contarían con él, pues un joven tan audaz y valeroso, debía de ser de gran utilidad en una conspiración.

Guzmán, bien fuese porque no quisiera comprometerse hasta conocer el plan en todos sus detalles, o porque temiera que algún espía del Directorio escuchara su conversación y tomase acta de las palabras que el indignado Rommé pronunciaba en voz alta, procuró llevar el diálogo a otro tema, hablando del pasado.

—¿Y Lambertina? Lo que más extrañeza me causó al regresar a París, fue ver que la gente no se ocupaba ya de la hermosa Liejesa. Este pueblo es voluble como pocos. Al ídolo de ayer lo olvida hoy y gracias que no se acuerda para destrozarlo, como podía dar fe de ello el infeliz Danton.

El rostro de Rommé se había obscurecido y en su frente marcábanse esas arrugas siniestras que son signo de tristes pensamientos.

—¿Es que realmente desconocéis cuál ha sido el fin de la pobre Lambertina? —murmuró el triste filósofo.

—Lo ignoro por completo, querido Rommé.

—Pues bien, Lambertina está más de año y medio en Charenton, en la casa de los locos. Un insulto que ella creyó irreparable, robóle la razón, la arrojó en un perpetuo estado de salvaje furia y tuvimos que llevarla a aquel lugar de desgracia, de donde no saldrá jamás.

Esta noticia produjo profunda impresión en Guzmán, quien inmediatamente manifestó deseos de conocer la historia de Lambertina desde el día en que la vio por última vez.

—La pobre joven —dijo Rommé— fue una víctima más del despotismo de Robespierre. Ya sabéis cuánto amaba ella a Brissot. Sentía por aquel hombre un respeto supersticioso, le adoraba como un genio sobrehumano y las desgracias del famoso escritor la entristecían más que las suyas propias. Cuando comenzó para los Girondinos la mala época y fue perdiéndose su popularidad, Lambertina, que se había limitado a ser una entusiasta por la revolución, sin decidirse jamás por fracción alguna,

mostrose abiertamente partidaria de los Girondinos e intentó explotar en favor de estos su inmensa popularidad. La desgracia de Brissot la atraía con inmensa fuerza. Sabía que Vergniaud y los filósofos austeros del girondinismo, la despreciaban llamándola cortesana impúdica; pero a pesar de esto, ella, que hasta entonces había sido tan irritable en su amor propio, seguía fiel a aquel partido en la desgracia, tan sólo porque en él figuraba Brissot. Sus trabajos de propaganda llamaron pronto la atención de Robespierre. Yo la reñía, pues también era enemigo de los Girondinos; pero ella, tenaz y testaruda, no hacía caso de amenazas y consejos, y con sus discursos y su propaganda ardorosa, atraíase la ira de los Jacobinos. Por fin ocurrió lo que yo me temía y nuestra pobre amiga fue víctima del peor de los insultos.

Detúvose el viejo como si un triste recuerdo le martirizara, y tras una larga pausa, continuó:

—Una tarde de motín, a poca distancia de aquí, en las mismas puertas de la Convención, la bella Lambertina iba por entre los grupos hablando en favor de los Girondinos y especialmente de Brissot, contra el cual mostrábanse irritadas las masas. Un grupo de mujeres desharrapadas, de aquellas que iban a la tribuna de los Jacobinos a entusiasmarse oyendo los interminables discursos de Robespierre, a quien adoraban, llamándole siempre el incorruptible, rodearon a Lambertina acosándola con groseros insultos, y por fin aquellas furias, entre las risotadas de los complacidos robespierristas, arrojáronla al suelo, y levantándole las ropas, la zurraron hasta que la infeliz perdió el sentido a causa de los golpes y del furor que la produjo tan vergonzoso castigo. Nunca más volvió en sí. Algunas personas de buena voluntad condujéronla a su casa, y cuando al día siguiente fui a verla, la encontré poseída de furiosa demencia. Creía la infeliz a todas horas que era perseguida por las brutales mujerzuelas, aullaba de furor dando puñetazos al espacio, y cuando al fin imaginábase que repetía el vergonzoso vapuleo, revolcábase furiosa, con los ojos extraviados, la boca espumeante y rugiendo de un modo que nos espeluznaba a los que la oíamos. Fue imposible conservarla más tiempo en su domicilio. Obsesionada por la cruel idea de aquella degradación sufrida, negábase a cumplir ninguna necesidad de su vida, y convertida en una fiera, iba de un lado a otro con los vestidos desgarrados, rechazando a golpes los alimentos que se la presentaban y rompiendo los muebles y cuantos objetos estaban a su alcance. Los vecinos quejáronse

por fin de la pobre loca y fue preciso conducirla a Charenton… ¡Ay, amigo mío! ¡Cuán falsos son los afectos de esta vida! A Lambertina, que tantos adoradores tuvo, que le bastaba lanzar una mirada benévola sobre un hombre para que este se considerara feliz, sólo le queda hoy un ser que se interese por su suerte y ese soy yo.

Debió ver Rommé en el rostro del conmovido Guzmán un ligero gesto de protesta, por cuanto se apresuró a añadir:

—Tal vez vos, querido joven, os intereséis también por la pobre Lambertina. Vuestro corazón es bueno, y como hombre honrado, no podéis olvidar la mujer que tanto os amaba y que por vos era capaz de los mayores sacrificios.

Vaciló algunos instantes el pobre viejo, y por fin dijo con acento suplicante y con la zozobra del que teme verse desairado:

—¿Tendríais gusto en verla? ¿Admitiríais el venir conmigo a Charenton? Sería esto una buena obra. Tal vez la infeliz al veros de repente y tras una ausencia tan larga recordase su pasado, y la perdida razón volviese a ella.

Guzmán se apresuró a aceptar esta invitación. Habíale conmovido el recuerdo de la triste suerte de Lambertina, a la que él suponía rica, feliz y más hermosa cada vez que de ella se acordaba.

Su dolorosa sorpresa no tenía límites al ver convertida en loca furiosa la reina de la belleza que años antes dominaba como señora absoluta a todo París; pero experimentaba un triste placer, algo semejante a una satisfacción para su conciencia, al visitar a aquella infeliz cuyo amor había despreciado, pero a la que guardaba profundo agradecimiento.

El filósofo y el militar salieron de las Tullerías cogidos del brazo y tomaron un coche de alquiler para ir a Charenton.

Toda su vida recordó Guzmán la impresión terrible experimentada al ver a la pobre loca.

En una celdilla pequeña, oscura, muy húmeda y sin muebles estaba la pobre Theroigne, semejante a una de aquellas sombras olvidadizas de que habla Virgilio, que en vano pugnan por acordarse de la vida y agarrarse a un pensamiento rebelde que se desvanece.

La terrible enfermedad había causado en ella grandes estragos, pero aún seguía siendo la hermosa Liejesa y conservaba en su rostro y en sus carnes la rosada frescura de su raza.

Con la demencia habíase borrado en ella el sentimiento del pudor. Una camisa de lienzo grueso y fuerte era lo que la cubría, pero en los accesos de locura rasgábala con los puños y los dientes, y entre los jirones asomaba el sonrosado cutis.

Su espléndida cabellera escapábase como brillante cascada bajo un sucio pañuelo que llevaba anudado sobre la frente a estilo de Marat, y en sus bellos ojos, que lucían aún más sobre el rostro demacrado, notábase el estrabismo de la demencia.

Estaba descalza, sus blancos pies hundíanse en la paja mojada, y tanto estos como las manos, tenían una perfección graciosa.

El loquero que acompañaba a los dos hombres había hablado a Guzmán de las manías de aquella infeliz mujer.

Enfurecíase cuando no le proporcionaban agua en abundancia, y un día había mordido tan ferozmente a una mujer, que le arrancó un pedazo de carne.

A pesar de esto mostrábase dócil y tranquila siempre que se accedía a su voluntad y se le proporcionaban cuatro o cinco cubos de agua.

Vivir en continua humedad era su placer.

Aun en lo más crudo del invierno, cuando tenía que romper el hielo dentro de los cubos, gozaba en inundar su cama, el piso de la celda y su propio cuerpo, sin que el menor estremecimiento viniese a sorprenderla en su terrible manía. En ciertos días devoraba cuanto tenía a su alcance, lo mismo los mendrugos de pan que encontraba en el suelo, que la paja y las plumas de su pobre lecho; pero normalmente, cuando no experimentaba estos accesos de voracidad, permanecía inmóvil en un rincón de la celda, o plantándose en medio de ella, acompañaba con extravagantes contoneos canciones incoherentes en las que iban mezcladas las estrofas más conocidas de los himnos patrióticos.

Algunas veces sus guardianes la oían perorar difusamente, su voz enronquecida emitía más sonidos que palabras, y lo único que podía adivinarse era que la pobre loca creía estar hablando en la Convención y pedía la cabeza de Robespierre.

Cuando Guzmán y Rommé entraron en la celdilla, Lambertina, después de contemplarlos con su vaga mirada durante algunos minutos, dirigióse lentamente a un rincón, y sentándose en el suelo, se contrajo hasta el punto de descansar la cabeza sobre las rodillas.

Miraba al suelo con indiferencia de idiota, y dos o tres veces levantó la cabeza para dirigir una vaga sonrisa a los visitantes.

Guzmán, que casi estaba próximo a sollozar a la vista de tanto infortunio, avanzó hacia ella, y dijo con voz dulce y conmovida:

—Lambertina, ¿me conoces?

Tuvo que repetir la pregunta varias veces, y por fin, la loca, fijando en su uniforme una mirada iracunda, dijo con voz ronca:

—Sí, tú eres Dumouriez, el traidor Dumouriez. ¿Has derribado ya la República? ¿Vienes por mi cabeza? Tómala; yo soy una gran patriota.

Guzmán y Rommé, al oír estas palabras, cambiaron una mirada de desesperación.

Era inútil insistir. Guzmán era para Lambertina como uno de tantos curiosos, y su presencia no lograba despertar el más leve recuerdo en su memoria anulada.

El desconsolado joven intentó todavía animar aquel cerebro muerto.

—No, Lambertina —dijo—; yo no soy Dumouriez. Soy Félix Guzmán, aquel a quien tanto amabas y que tanto agradecimiento te debe.

Y estas palabras eran dichas con una voz tan dulce, denotaban tanto cariño y tristeza, que la pobre loca, antes iracunda, fue serenándose y estuvo algunos instantes con los ojos entornados y moviendo la cabeza como si buscase una rebelde idea que se le escapaba.

—Yo… no sé —murmuró con voz queda como hablándose a sí misma—. Lo he olvidado todo… todo.

Y convencida de su nulidad e insignificancia, volvió a sumirse en la estupidez y en el silencio, sin que lograran sacarla de este estado las preguntas que Guzmán y Rommé la dirigieron.

—Vámonos —dijo por fin Guzmán—. Esto me mata.

Y los dos hombres salieron de la mísera celdilla cabizbajos y con los ojos húmedos por el llanto.

Desde aquella tarde se estrechó la amistad entre Guzmán y Rommé.

Paseando por Paláis Royal o por las Tullerías hablaban de la pobre Lambertina, y cuando no, recordaban a Danton, Desmoulins y demás amigos muertos en la guillotina revolucionaria o comentaban indignados el carácter reaccionario del Directorio.

No eran ellos los únicos que se quejaban de la marcha de la política; el pueblo de París, que había visto marchar impasible a la guillotina a

Danton y a Robespierre, recordaba ahora la austeridad y la virtud de aquellos tiempos, que ofrecían terrible contraste con la corrupción del Directorio.

La gente murmuraba de aquella República reaccionaria y aristocrática y protestaba públicamente, ya que los periódicos no podían hablar bajo la presión del gobierno y las bandas de petimetres apaleadores.

Las masas de los arrabales, enemigas de los aristócratas, ya no podían cantar como en tiempos de Robespierre:

Vosotros, sanguijuelas del pobre pueblo,
a puntapiés tratabais
a los plebeyos**;**
mas la tortilla
se ha vuelto, y os espera
la guillotina. Vosotros con las ruedas
de vuestros coches
manchabais el semblante
de lodo al pobre**;**
conducta inicua
que hoy de vengar se encarga
la guillotina.

Ya no podían manifestar su triunfo de este modo los combatientes de la revolución; pero como el pueblo de París tiene siempre un canto para encomiar o satirizar cada una de sus situaciones, pronto en las calles de la gran ciudad surgieron estrofas insultando a los cinco individuos del Directorio:

Gran regalo nos hizo la Montaña dándonos por Gobierno un Directorio; por no sufrir un rey nos sublevamos, y hoy a cinco tenemos en el trono; ellos, cubiertos con el gorro frigio, la República arrastran por el lodo. Ellos la libertad, la igualdad santa y la fraternidad han hecho trozos, y su lujo ridículo ostentando insulta la pobreza de nosotros.

El barrio de San Antonio era como siempre el lugar donde con más fuerza se mostraba el espíritu de la sedición.

Los antiguos patriotas, que aún conservaban las picas con que habían

marchado contra la Bastilla y las Tullerías, no podían permanecer indiferentes ante el carácter reaccionario que iba tomando el Gobierno de Francia y la prisa que se daba en suprimir las conquistas de la Revolución.

Guzmán, atento observador de todo cuanto ocurría, convencíase de que era indudable el alzamiento insurreccional del pueblo de París. Además, para hacer más crítica la situación, nunca se había conocido una carestía tan terrible de víveres; ni aun en los períodos más terribles del Terror el vecindario de París se había visto tan acosado por el hambre.

El grito del pueblo era ¡Pan y la Constitución de 1793! existiendo algunos patriotas de importancia que ocultamente fomentaban el descontento popular para combatir de este modo a los reaccionarios que dominaban ahora en la Convención.

El joven comandante avistábase casi todos los días con Rommé y lentamente fue enterándose de la conspiración que tramaban el austero filósofo, en unión de otros diputados de la Convención como lo eran el enérgico Duquesnoy, el valeroso Bourbotte que se había batido en la Vendée con el valor de un caballero de la Edad Media y Soubrany y Goujon, dos almas grandes que se habían distinguido como comisarios de la Convención en los ejércitos del Norte, compartiendo con los soldados todas sus penalidades y peligros.

Estos eran los compañeros de Rommé en su santa empresa de detener el curso de la contrarrevolución y volver la patria al mismo estado en que se hallaba dos años antes, o sea, en el 93.

Guzmán asistió a algunas de las reuniones de aquellos diputados verdaderamente republicanos y todos ellos, apreciando la valía del joven comandante, reconocíanle de hecho el carácter de jefe militar de la próxima insurrección.

Nunca se había dedicado Guzmán con tanto fervor a los asuntos políticos.

Parecía que deseaba olvidar en la inquietud propia de una conspiración, los dolorosos y tenaces recuerdos que pesaban sobre su memoria.

Fuera del entusiasmo patriótico no sentía ningún afecto que le ligase a la vida.

Su amor había muerto del modo más trágico, después de Vadier creía

imposible encontrar un verdadero amigo, y hasta carecía del afecto paternal, pues su padre el coronel Andrés Guzmán resultaba sospechoso por su estrecha amistad con Marat y había tenido que emigrar a Suiza con su esposa, dejando a Félix en posesión de su casa en la calle de San Honorato.

La soledad y el vacío que reinaban en torno de Guzmán, hacían que el joven, cuando no estaba ocupado en los asuntos de la conspiración, cayese sin quererlo en terrible estado de melancolía.

Una tarde en que esperando a Rommé paseaba su doloroso tedio por frente a la puerta de la Convención, se fijó en un joven que vestía el uniforme de general de brigada con marcado desaliño y que le miraba con curiosidad.

El joven comandante experimentó la misma impresión que aquel hombre o sea la de aquel que viendo un rostro conocido, se interroga y no puede encontrar en los registros de su memoria el nombre que desea.

¿Dónde había visto él aquel rostro pálido y huesoso, la lacia cabellera que lo encuadraba y el porte desmañado, pero audaz, del joven general?

Félix no tardó en dar con el recuerdo. Era el señor Bonaparte, su casero de la calle de los Fosos de San Jacobo, con el cual había hablado algunas veces en el cuarto de la portera.

Guzmán se dio a conocer, estrechando la mano de aquel hombre extraordinario, que resultaba imponente hasta en su sencillez. Él le felicitó con palabra fría por haber ingresado en el ejército y ser ya comandante.

Según manifestaba con amarga expresión, no había adelantado gran cosa. Es verdad que por recomendación del hermano de Robespierre había alcanzado el mando de la artillería en el ejército que sitiaba a Tolón, cubriéndose de gloria en tal empresa y consiguiendo con ella la faja de general; pero al ser muerto Robespierre su fortuna habíase obscurecido y hallábase ahora en París sin colocación, acosado por la cruel penuria que había sido siempre su tormento y sin otras ropas que el usado uniforme, que en sus dorados ajados revelaba la miseria de su dueño.

Guzmán tuvo una inspiración. Tal vez aquel hombre fuese de gran utilidad para el plan que Rommé y los suyos proyectaban, y con hábiles palabras comenzó a explorar su ánimo por ver si Bonaparte estaba

dispuesto a tirar de la espada contra el Directorio.

Pero pronto hubo de retroceder en tal exploración. Bonaparte era partidario del principio de autoridad, quería estar siempre al lado del Gobierno, ya que esto era lo que le convenía por el momento, y además se había hecho amigo del director Barrás, confiando en que este haría algo por su carrera.

A pesar de esto, Guzmán, en quien ejercía cierta influencia aquel general obscurecido y acosado por la miseria, despidióse de él con el propósito de verle con frecuencia y estrechar su amistad. Pero aquella fue la última entrevista, pues Guzmán había de morir antes de que Bonaparte saliese de la obscuridad y se hiciese famoso con la metrallada en las gradas de San Roque y el casamiento con la viuda del general Beauharnais, medio de conseguir el mando del ejército de Italia.

Llegó por fin el momento de la insurrección de los barrios populares en los primeros días del mes de marzo, que el almanaque republicano llamaba Pradial.

Una masa inmensa invadió la Convención del mismo modo como se hacía en tiempos del Terror.

—Los hombres llevaban picas y en los sombreros y gorros, escrito con tiza, el lema ¡Pan y la Constitución de 1793!

Un artillero de la milicia de París que ejercía de orador de la multitud, leyó a la Convención las proposiciones del pueblo, encaminadas todas a detener el curso de la contrarrevolución. Rommé y los otros diputados que simpatizaban con el movimiento popular hicieron uso de la palabra, apoyando tales proposiciones y la

Convención las aprobó inmediatamente.

Aquella Asamblea, que había asustado a Europa entera, estaba ahora compuesta de residuos; de los hombres que, por su cobardía o su insignificancia, habíanse librado del vértigo mortal del Terror y que al verse ahora dueños de los destinos de la patria, eran reaccionarios cuando se consideraban libres y apoyados por la fuerza pública y temblaban y accedían a todo cuando tenían enfrente al pueblo.

Las masas, al ver cumplidos sus deseos y que era ya entrada la noche, retiráronse a sus viviendas, no creyendo en retractaciones traidoras.

Guzmán, que había pasado el día ocupado en organizar las fuerzas populares, presentía algo de lo que iba a ocurrir y hacía esfuerzos para

que se reuniera un núcleo de fuerzas que velara durante la noche; pero sólo pudo lograr la concentración de algunos grupos, con los cuales quedó en los alrededores de la Asamblea.

Esta se hallaba en sesión permanente y pronto se tocaron los resultados de su trabajo.

Al amanecer comenzaron a llegar tropas de los alrededores de París, a cuyo frente marchaban oficiales interesados en que continuara la política contrarrevolucionaria, que era la del Directorio.

La Convención, al verse apoyada arrojó la máscara, y no solo dio por nula la votación del día anterior, sino que excitó ferozmente a las tropas para que fuesen sanguinarias y exterminasen a los descamisados.

Guzmán intentó resistir a la masa de caballería que acababa de llegar a París, y que hasta entonces había ocupado los caminos inmediatos para proteger el paso de los convoyes que el gobierno enviaba a las fronteras.

Los descamisados fueron acuchillados y puestos en dispersión, y Guzmán cayó prisionero por no querer retroceder.

Casi a la misma hora, la Convención votaba el arresto de Rommé y sus cinco compañeros, encargando de su proceso a una comisión militar.

La ira de la contrarrevolución iba a caer sobre estos diputados y sobre Guzmán que había sido su principal agente, y tal vez porque su suerte sería la misma, fueron conducidos juntos al castillo del Toro en la antigua Bretaña, donde permanecieron veintitrés días.

Pasado este tiempo, recibióse en el castillo la orden de conducir los presos a París para presentarlos ante la comisión militar, o lo que era lo mismo, para llevarlos a la muerte, pues su perdición estaba ya acordada por los elementos reaccionarios que hipócritamente gobernaban a nombre de la República.

Antes de partir, Rommé reunió a sus compañeros en su habitación, y después de enseñarles un pequeño cuchillo que llevaba oculto entre sus ropas y que había sustraído a la vigilancia de los guardianes, juraron todos acabar con sus vidas antes que la contrarrevolución les hiciera morir en la guillotina.

Tranquilos todos de que el odio de sus enemigos no conseguiría hacerles pasar por las manos del verdugo, emprendieron la marcha hacia París, asombrando a los soldados de la escolta por su serenidad e indiferencia.

Oíaseles hablar en el interior del carruaje que ocupaban, de la muerte y de los condenados a la última pena, con tanta serenidad, como si marchasen a una fiesta tratando asuntos indiferentes.

Su tranquilidad proporcionaba gran confianza a los guardianes, y tan escasa era la vigilancia de estos, que los presos tuvieron durante el camino muchas ocasiones para huir.

Pero todos ellos desdeñaron tan favorables circunstancias. No querían proporcionar a sus enemigos la alegría de decir que huían, y además Rommé exclamaba con profunda convicción:

—¡Para qué queremos la vida si la República está muerta! Es preferible acabar de una vez, a sufrir lenta y dolorosa agonía, viendo cómo se extingue lo que tanto nos ha costado conquistar.

Guzmán, por su parte, levantaba los hombros con indiferencia ante aquella facilidad para la fuga.

Su suerte no le interesaba. Si los reaccionarios thermidorianos respetaban su existencia, aceptaría la vida como una carga, y si le sentenciaban a muerte, despediríase con tranquilidad de un mundo en el cual no tenía otro ser querido que aquel padre a quien por culpa de las circunstancias había tratado muy poco.

El 24 de Pradial comenzó en París el proceso de aquellos patriotas, que según la frase de un ilustre historiador, sólo fue un asesinato prolongado.

La acusación resultó injusta, apasionada y calumniosa, pero ninguno de los acusados protestó contra ella. Rommé y sus compañeros no se hacían ilusiones, y sabían que su muerte estaba acordada de antemano.

No por esto perdían su noble altivez, pues su firme propósito de librarse de la infamante guillotina les daba una serenidad inquebrantable.

El público que asistía a las deliberaciones de la comisión militar, mostraba claramente la viva impresión de simpatía que le causaban los procesados.

Rommé impresionaba con su exterior sencillo y modesto de filósofo bondadoso; Goujon admiraba a todos por su sangre fría y la belleza moral que revelaban sus palabras; Bourbotte con tranquilidad sublime sonreía graciosamente, y jugueteando con su tabaquera, miraba con expresión galante a las mujeres hermosas que figuraban en el auditorio; Duroy encantaba por la dulzura de su rostro pensativo; Soubrany

desconcertaba a los jueces con su soltura caballeresca que tanto hermanaba en él con la energía republicana y Duquesnoy inspiraba tierna lástima por las huellas que una enfermedad reciente había dejado en su rostro.

Entre este grupo de diputados, todos vestidos de negro, destacábase la arrogante figura de Guzmán, cubierto con aquel uniforme que estaba raído y viejo por las campañas terribles en que su dueño había expuesto la vida.

Cinco días duró la vista del proceso y el 29 de Pradial dictóse la sentencia de muerte tal como esperaban los procesados.

Duquesnoy se levantó entonces diciendo con sencillez conmovedora:

—Deseo que mi sangre sea la única sangre inocente que se derrame y ¡ojalá pueda consolidar la República!

Bourbotte también habló.

—Los enemigos de la libertad —dijo—, son los únicos que han pedido mi sangre. Mi último suspiro será para la patria.

Los otros procesados nada dijeron. Permanecieron rígidos e inmóviles en sus asientos, mientras que el público, cabizbajo y aterrado, abandonaba el salón; pero cuando hubieron salido los últimos curiosos, pusiéronse en pie y solemnemente avanzaron hacia la mesa del tribunal.

Allí, uno por uno, fueron entregando sus tarjetas de diputados y sus carteras, encargando las remitieran a sus familias. Guzmán entregó un pliego doblado y gastado por los bordes. Era su nombramiento de comandante, lo único que podía agradecer a la República.

Después salieron solos del salón, lanzando una mirada altiva a los jueces, que parecían confusos y avergonzados de su obra.

En la gran escalera del palacio no había nadie. La escolta de gendarmes esperaba abajo.

El grupo de sentenciados, erguidos y serenos, bajó lentamente los peldaños de blanca piedra.

Al llegar al primer rellano, detuviéronse como movidos por el mismo impulso y cruzaron una mirada, que hubiese hecho estremecer a sus perseguidores casos de haberles contemplado.

—Pronto… ¡ahora o nunca! —dijo Guzmán.

Rommé sacó rápidamente algo de entre sus ropas, y se golpeó varias veces con furia en el cuello y en el pecho.

Tenía en la diestra el pequeño cuchillo, en el que cifraban su salvación todos aquellos hombres.

La sangre brotó impetuosamente y con tal abundancia, que en un instante todo el rostro y las ropas de Rommé quedaron empapados.

Aquella figura trágica y sangrienta, vaciló al darse de puñaladas, pero antes de caer al suelo, apoyóse contra la balaustrada de piedra, y aún tuvo fuerzas para extender su trémulo brazo, ofreciendo el rojo cuchillo al compañero que estaba más próximo.

Esta escena, que recordaba los suicidios de la antigua Roma, tenía una grandiosidad espeluznante.

Los sentenciados dábanse de puñaladas, pero antes de caer, reunían todas sus fuerzas para entregar el cuchillo a los que aún conservaban la vida.

Aquella arma bañada en sangre, pasando de las manos de unos a las de otros, parecía un ser animado, una víbora roja que iba rasgando los pechos con su mortal picadura.

Guzmán fue el último que alcanzó la sangrienta arma, y cuando la tenía ya levantada sobre su pecho, sonrió amargamente mirando los cuerpos palpitantes que estaban a sus pies.

Sentía la necesidad de protestar contra los hipócritas que les empujaban a la muerte, y gritó con voz atronadora casi al mismo tiempo que con el puñal se atravesaba el corazón:

—La República nos mata… ¡Viva la República!

Y cayó. Así murieron los últimos republicanos que habían sobrevivido al período brillante del 93.

El grito de Guzmán atrajo a los jueces que estaban arriba, y cuando estos se asomaron a lo alto de la escalera, vieron con horror aquellos cuerpos agonizantes, caídos unos sobre otros en los peldaños como negro montón.

La caliente sangre formando un rojo arroyuelo, saltaba serpenteando hasta perderse en un montoncillo de basura que estaba en el rellano inferior.

Aquella sangre, que era la de los últimos republicanos, resultaba la imagen de un próximo porvenir.

La República, que tanto costaba a la Francia, siguiendo la tortuosa corriente de su destino, había de perderse en la basura de un Directorio

primero, y después en la de un Imperio, que sólo fue una locura gigantesca.

NOTAS

[1] 1973: HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, VOL 5: el siglo XIX, ARIEL, BARCELONA